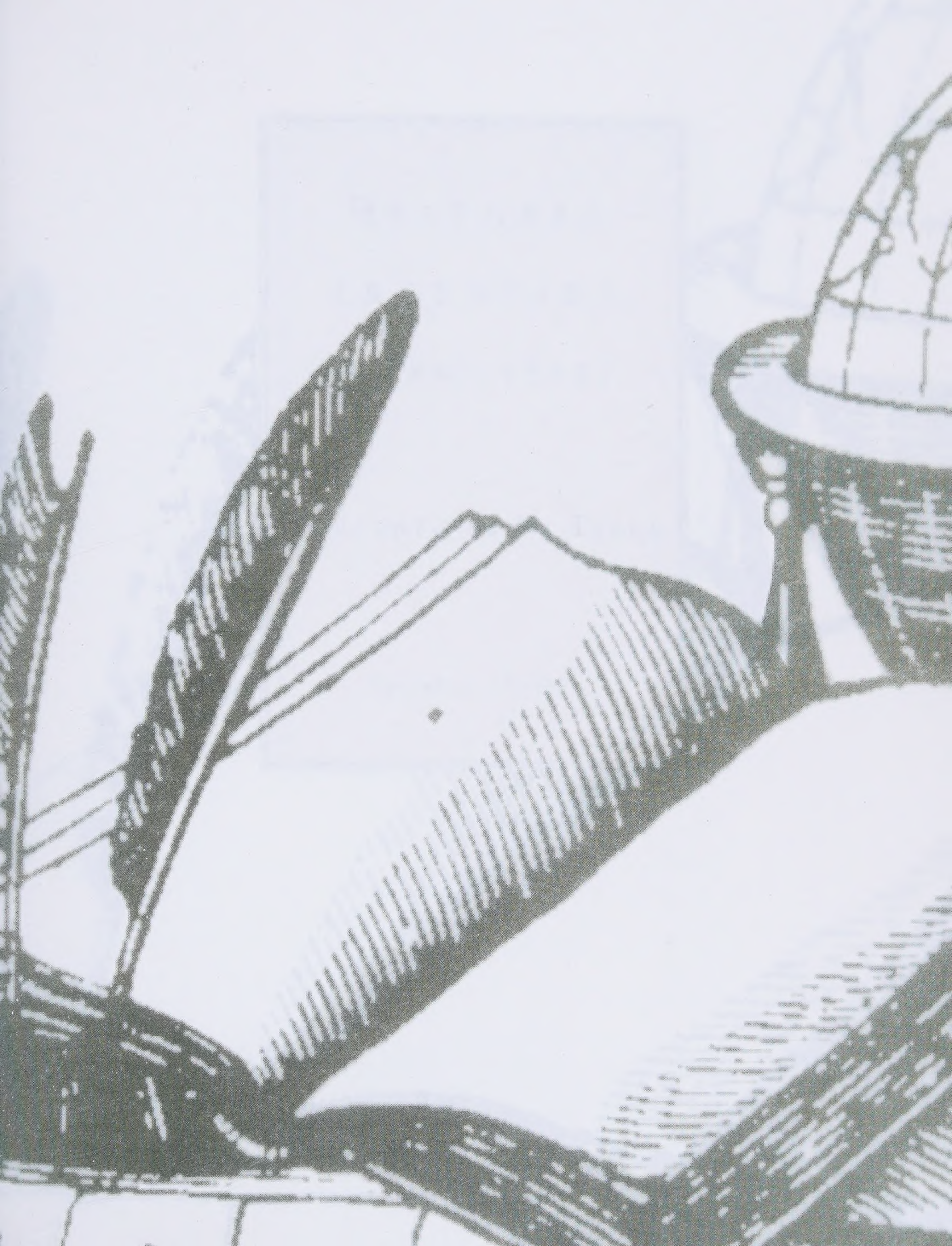
TORCUATO DI TELLA

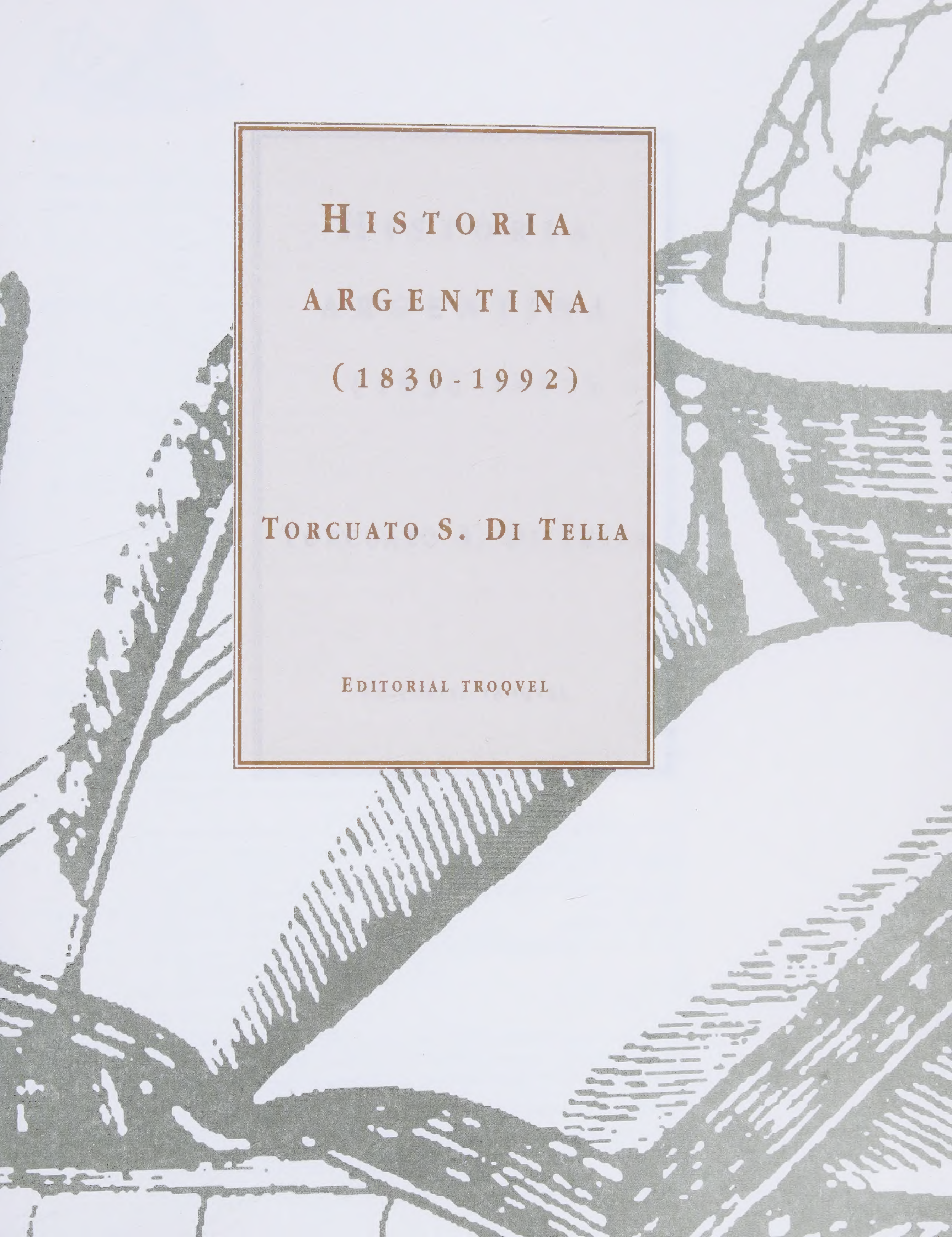
historia argentina

-desde 1830 hasta nuestros días-



EDITORIAL TROQVEL





HISTORIA ARGENTINA (1830-1992)

TORCUATO S. DI TELLA

EDITORIAL TROQVEL

HISTORIA ARGENTINA (1830-1992)

TORCUATO S. DI TELLA

EDITORIAL TROQVEL

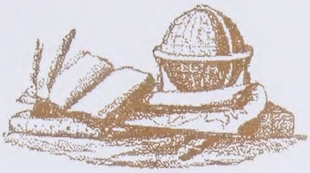
Primera edición: enero de 1993

Pichincha 967/69, Capital Federal
(1219) Buenos Aires, Argentina
Tel. 941-7943
ISBN 950-16-6246-2
Queda hecho el depósito que establece la ley 11723.

Printed in Colombia
Impreso en Colombia

Arte y diseño: Mariela Szejnblum,DIN-A Diseño.
Composición : Alicia Galvele para DIN-A Diseño.

Corrección: Lucila Galay



INDICE

PREFACIO

El pasado es un pais extraño, lleno de gritos y de estatuas, y de voces que hablan un idioma distinto al de todos los dias. Pero pobres de nosotros si no fueramos capaces de despejar la maraña que lo cubre, y de vernos reflejados en el. Estariamos condenados a seguir repitiendolo hasta el infinito, a recorrer una especie de maquina del tiempo en espiral. Por eso uno de los primeros historiadores, cuando iniciaba su relato de las terribles tragedias que le habia tocado vivir en la guerra entre Atenas y Esparta, les decia a sus lectores que lo hacia para aquellos que querian conocer la verdad de las cosas pasadas y por ellas juzgar otras parecidas que podrian suceder en el futuro. En el fondo, esta curiosidad, ya no por el pasado sino por el futuro, es la que mueve a todo historiador.

Dicen los entendidos que hoy dia todos los franceses son descendientes de Carlomagno. Dificil de creer, pero es asi, por un mecanismo parecido al que uso el creador del ajedrez, cuando pidio un granito de trigo por la primera casilla, dos por la siguiente, y asi sucesivamente, hasta que todos los graneros del reino no hubieran bastado para satisfacerlo.

¿Seran, entonces, los personajes que aparecen en este libro nuestros antepasados? Seguramente, algun dia llegaran a serlo, y los sentiremos como tales. Una exploracion en la historia debe proponerse acelerar ese momento, y comunicarles el calor de nuestras pasiones, pero tambien el de nuestras decepciones.

Leer una historia es como explorar un arbol de familia, contado sin

concesiones. Cuando uno es grande, es bueno enterarse de lo que hicieron sus abuelos, aunque alguno no quede del todo bien parado. Si fueron nuestros antepasados, debemos acercarnos a ellos en busqueda de la verdad, pero con reverente recuerdo, con temor y temblor, como decia Kierkegaard que habia que contemplar a la divinidad. ¿Quien nos asegura que nosotros dejaremos un rastro menos mezclado de impurezas?

Como sociologo aficionado al estudio del pasado, he combinado el relato de "lo que paso", con el analisis sistematico y comparativo. He tratado de dejar de lado el excesivo detalle, que no corresponde en un libro de sintesis como este. Trato tambien de abrir una ventana hacia la vida diaria, hasta intima, de los tiempos idos.

No todos los personajes de este cuento tienen estatuas, ni quizas las merezcan. Algunos tuvieron la oportunidad de dejar una fuerte marca personal en el futuro. Otros lo hicieron anonimamente, a traves de sus grandes numeros, y tambien ellos tienen un rol, e importante, en esta representacion.

Un sociologo del siglo pasado decia que una verdad matematica se aprende en un minuto, mientras que una verdad sociologica se aprende en cincuenta años, o se muere rechazandola. Los profesores de matematica seguramente podran atestiguar que la afirmacion es optimista respecto a su materia. Pero desgraciadamente es cierta para la sociologia, que es como decir la historia razonada. Espero, de todos modos, lector, que no te desanimes y que entres en esta "selva oscura" con animo ligero, a pesar de los duendes y endriagos que en ella abundan, que tambien hay princesas y caballeros andantes.

Torcuato S. Di Tella

NOTA BIBLIOGRAFICA

Las referencias de pie de pagina tienen un doble objeto. Primero de todo, fundamentar lo que se afirma, o dar la fuente cuando se trata de una cita especifica. En segundo lugar, sugerir lecturas adicionales, para ampliar un tema.

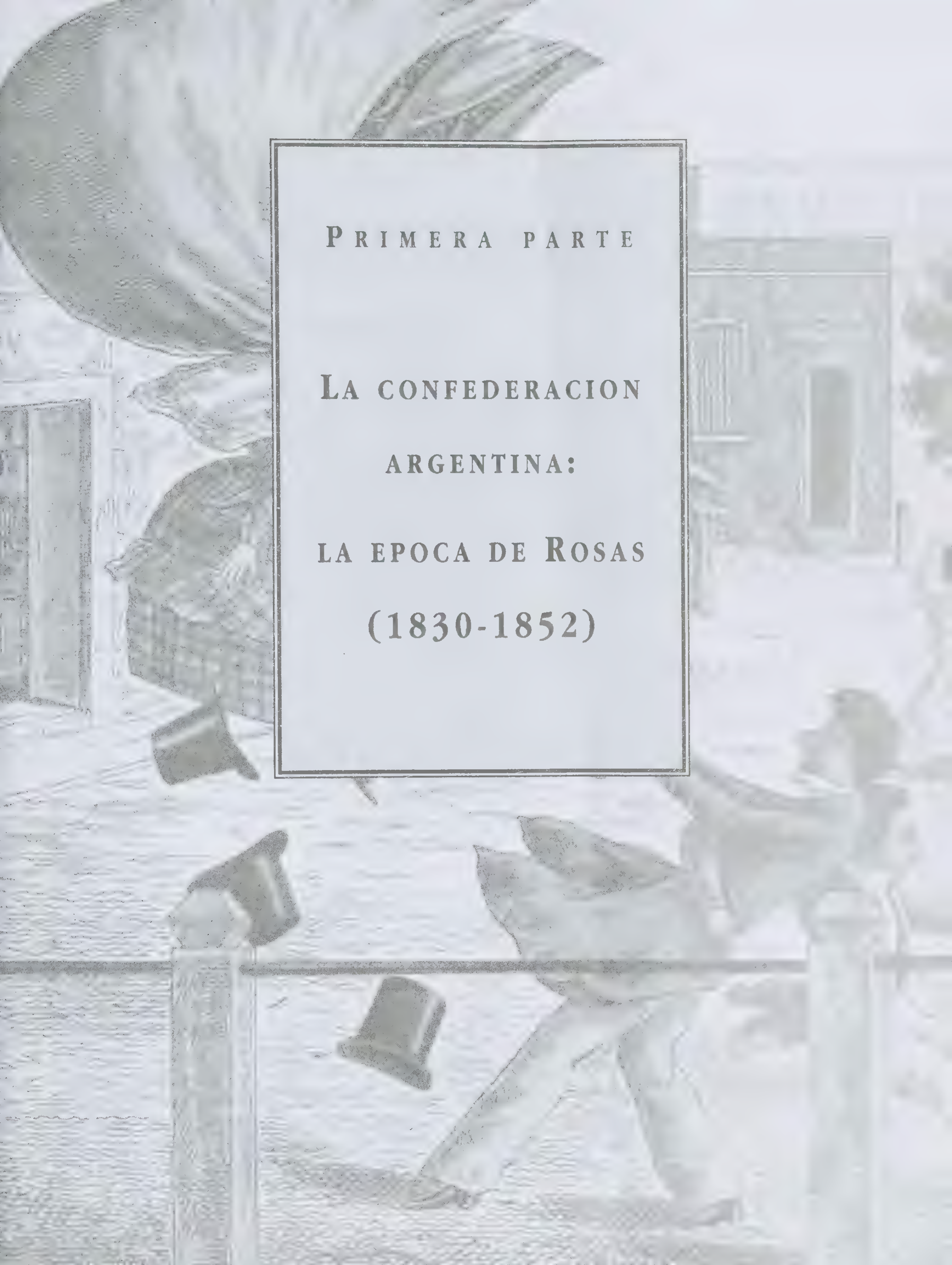
Las citas de textos han sido simplificadas, por motivos tipograficos. Hemos evitado incluir los usuales puntos suspensivos (...) para señalar interrupciones del material reproducido, o los parentesis para indicar alguna particula añadida con el objeto de mantener la coherencia sintactica.

Para las cronologias, se han usado en buena medida los libros de Oliver de la Brosse, *Chronologie universelle* (Hachette, Paris, 1987) y de Hermann Kinder y Werner Hilgemann, *Atlas historico mundial* (Istmo, Madrid, 1971).

En la seleccion de ilustraciones, tarea en la que Cristina Lucchini ha sido de gran ayuda, hemos querido reflejar la vida cotidiana de cada epoca estudiada. En la reproduccion de las semblanzas de los grandes personajes nos hemos tomado algunas libertades, en cuanto a incluirlos a veces como los veian los caricaturistas, sus contemporaneos. La falta de solemnidad, aunque unida al respeto, con que han sido tratados tanto en la imagen como en el texto, puede hasta llegar a hacerlos mas humanos, y esperamos que desde la eternidad en que seguramente reposan, no nos lo han de echar en cara.

Torcuato S. Di Tella

Cristina Lucchini



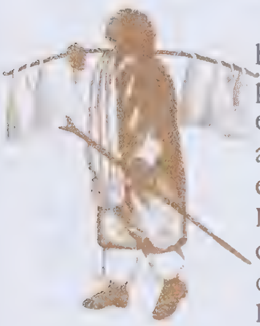
PRIMERA PARTE

LA CONFEDERACION ARGENTINA: LA EPOCA DE ROSAS (1830-1852)

CAPITULO 1

CARACTERISTICAS SOCIALES Y POLITICAS DE LA ARGENTINA DE INICIOS DEL SIGLO XIX

LA SITUACION DE LAS CLASES POPULARES



La ciudad de Buenos Aires, desde las invasiones inglesas, había tenido una importante experiencia de agitación política con amplio impacto popular. Ante la amenaza externa, el gobierno colonial se había visto forzado a enrolar a casi toda la población masculina adulta, salvo los esclavos, en las milicias, agrupadas por razas o región de procedencia. Los miembros de esas milicias tenían que estar a disposición de las autoridades militares, manteniendo sus actividades civiles normales, salvo algunos días de entrenamiento. Durante esos períodos, o cuando se las convocaba para servicio activo, recibían un pago, a menudo mayor que el que ganaban como ayudantes en el artesanado o el comercio locales.

Como se suponía que se trataba de una ciudadanía en armas, los mismos soldados elegían a sus mandos, desde los cabos y sargentos hasta los jefes, aunque por supuesto esto último sólo entre los que tenían grados militares. Muchos civiles, en aquella época, fácilmente accedían, con un mínimo de educación, a la condición de oficiales, sin hacer ninguna academia técnica. Belgrano, abogado y economista de profesión, había sido un ejemplo de ese tipo de carrera, aunque no a través de las milicias de Buenos Aires sino del ejército profesional que se organizó después de la independencia.

Las milicias porteñas, con la organización mencionada, se mantuvieron aun después de alejado el peligro inglés, pues fue necesario contribuir a la lucha por la independencia o ejercer funciones de mantención del orden en la ciudad. Su carácter en alguna medida democrático se veía robustecido por la escasez de mano de obra en una ciudad que ya entonces, desde fines del siglo XVIII, estaba en rápida expansión económica. Al existir mucha demanda de trabajo, aun los más humildes jornaleros se sentían fuertes y se hacían respetar por sus superiores jerárquicos, a diferencia de lo que pasaba en otras partes, tanto de América como de Europa.

La elección de los mandos contribuía a crear un ambiente de confianza entre jefes y tropa, y en esas condiciones emergían líderes capaces de dirigir masas de hombres, tanto para tareas militares como políticas. Para esto último era necesario saber defender, cuando se necesitaba, los intereses de sus reclutas.

Con el tiempo fueron incorporando cada vez más a un sector de la numerosa población de color que entonces existía. Según el censo de 1810, aproximadamente un cuarto de la población de la ciudad de Buenos Aires estaba



formada por esclavos, a los que se les facilitaba la libertad si se enrolaban en los ejércitos nacionales. Entre el numeroso artesanado de la capital había muchos que temían la excesiva apertura comercial al exterior, porque ella implicaba la entrada de mercaderías más baratas, que amenazaban dejarlos sin trabajo. Aunque a la larga el desarrollo económico que seguramente vendría como resultado de la ligazón al mercado internacional podría mejorar las posibilidades ocupacionales de todo el mundo, la transición podía ser penosa.

De este ambiente basado en una temprana experiencia de movilización militar emergieron los caudillos del naciente Partido Popular Porteño. Manuel Dorrego había sido el jefe de ese partido, que se definió como federal.[1]

LOS PARTIDOS POLITICOS EN LOS ORIGENES DE LA NACIONALIDAD

El Partido Unitario, basado en sectores del fuerte comercio local y de los profesionales, así como en general de la clase alta porteña, insistía en las ventajas a largo plazo de su política aperturista, minimizando los problemas de la transición. Incorporaba también las simpatías de la bastante numerosa población extranjera que ya se estaba instalando, justamente en el comercio, fuera de gran escala o al por menor, y en artesanías adaptadas al nuevo orden de cosas. El federalismo que veía en Dorrego a su jefe, en cambio, estaba preocupado por el impacto que el cambio haría sufrir al pueblo.

La fórmula política en que se apoyaba Dorrego contrastaba con la del caudillismo federal de las provincias menos desarrolladas, tanto las del interior como las poco pobladas del litoral, donde la popularidad de los líderes se asentaba más bien en el campo. También ahí existía un problema en la adaptación de las masas a las nuevas políticas de desarrollo económico que se venían imponiendo desde la independencia.

Esas políticas económicas exigían consolidar la propiedad privada y asegurar la provisión de brazos como asalariados para fomentar la exportación agropecuaria. En grandes regiones del país había numerosos ocupantes semilegales de tierras, sobre todo en zonas de frontera con el indio. Aun en lugares más asentados, las grandes propiedades a menudo estaban explotadas con el trabajo de arrendatarios o "aparceros", o sea individuos que trabajaban un pedazo de campo con sus propios implementos, o usando los del patrón, pero actuando como responsables de su pequeña unidad productiva.

El mismo Martín Fierro, figura imaginada por un muy buen conocedor de la campaña bonaerense, dice que antes de que empezaran sus desgracias al ser reclutado para el servicio militar de frontera tuvo "hijos, hacienda y mujer". Todo eso debió abandonar, dejando a su familia en la destitución, pues no era posible para ellos seguir explotando su campo, y al volver a sus pagos se enteró de "que el campo se lo pidieron/ la hacienda se la vendieron/ pa'pagar arrendamientos,/ y qué se yo cuántos cuentos:/ pero todos se fundieron".

En otros lugares eran las fuerzas del mercado las que presionaban a la gente a perder sus situaciones tradicionales. El patrón les pedía la devolución de las

tierras que ocupaban, ahora más valiosas, para explotarlas directamente, a través de peones, o con arrendatarios de mayor capacidad empresarial. Por otra parte, muchos ocupantes de tierras no tenían títulos formales sobre ellas, y ante el empuje de vecinos mejor conectados tenían que abandonarlas. Esa masa rural empobrecida daba reclutas para los caudillos del interior, con tal de que los protegieran en alguna medida de esos despojamientos, o les dieran empleo alternativo, aunque fuera en las milicias que defendían la frontera contra el indio o el portugués. Es éste el origen de la disposición de los gauchos a enrolarse en las huestes de jefes que podían ir desde Güemes, en Salta, aliado a nivel nacional con los unitarios, o Quiroga, en La Rioja, asociado a los federales aunque él decía que en el fondo era de ideas unitarias.

Situación parecida tenían los artesanos del interior, sobre todo los tejedores, muy difundidos en algunas provincias hoy pobres pero en aquella época relativamente más prósperas, y sobre todo muy pobladas por comparación a Buenos Aires. En la década de 1820 la población del Noroeste, desde Santiago del Estero a Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja y Catamarca, superaba a la de Buenos Aires, cuando hoy no alcanza a una fracción de la de esa provincia (incluyendo la Capital).[2]



LA ESTRUCTURA POLITICA DEL ROSISMO

Juan Manuel de Rosas provenía de una familia muy acaudalada y tradicional. A raíz de un conflicto con su padre se hizo solo, y consiguió hacer su fortuna comenzando de cero y con sólo la ayuda de algunos parientes. En esa etapa de su vida conoció muy bien a la gente del campo, y más tarde llegó a ser importante estanciero en el sur, además de saladerista. Como propietario de tierras en zona de frontera tenía responsabilidades militares, al frente de las milicias locales.

Las milicias rurales eran una organización militar paralela a la del Ejército, en alguna medida parecida a las urbanas. Sin embargo, la estructura social allí era muy distinta a la de la ciudad. El predominio de los estancieros se daba por sentado, y su relación con la masa de los pobladores era mucho más paternalista que en la ciudad. Los habitantes de la frontera estaban sujetos al servicio de armas en la milicia, cuyos jefes en general eran los grandes propietarios de la región. Por encima de ellos había un "comandante de la frontera", cargo al que Rosas accedió ya desde 1826. Aunque en teoría todos los hombres hábiles podían verse obligados a servir, en la práctica se los reclutaba de manera arbitraria, buscando sobre todo incorporar a los "vagos y malentretenidos".

El reclutamiento estaba a cargo de los jueces de paz. Como no había autoridades municipales electas, pues ese sistema aún no se había organizado, el juez de paz, que acumulaba la función de jefe de policía, era un verdadero déspota local, de cuya buena voluntad dependía el futuro de la población humilde del campo.

La definición de "vago" era muy amplia, y podía incluir desde personajes



cercanos a la criminalidad hasta trabajadores que no tenían empleo y buscaban sobrevivir ocupando pedazos de tierra fiscal o a veces privada. Los conchabados como peones en las estancias estaban exceptuados del servicio de armas --salvo en ocasiones especiales de alarma-- pero había una muy amplia capa de población fluctuante, en busca de oportunidades en la frontera, ya fuese como arrendatarios o aparceros, especialistas en tareas de doma o yerra, peones en momentos de alta demanda estacional de mano de obra. Los había también que se dedicaban al transporte en carretas, o a cazar animales,-- salvajes o no tan salvajes-- para comercializar luego sus cueros y pieles en las pulperías.

Las pulperías eran centros de comercio, no siempre legal, de sociabilidad, y de influencia política. De ahí emergían los jefes locales, capaces de llevar gente a votar a la cabecera de distrito. Para esto no bastaba la amenaza de la autoridad, era también necesario el intercambio de favores y protecciones, o sea una mezcla de autoritarismo, temor a las venganzas, y popularidad.

En todo ese ambiente, que superaba holgadamente el número de los peones encuadrados en el personal permanente asalariado de las estancias se reclutaba la mano de obra estacional, es decir por temporada. Cuando había necesidad de hombres para servicio de fronteras se hacían redadas, facilitadas si el consumo de alcohol había sido abundante. En una de esas cayó Martín Fierro, que poco sospechaba el futuro aciago que le esperaba; fue a cumplir su servicio montado en su mejor pingo, que enseguida le fue confiscado por el comandante local. Aunque el poema de Hernández se refiere a una época algo posterior a la que estamos ahora viendo, la realidad social que describe no era demasiado diferente, o estaba apenas en vías de alterarse.

LA EVOLUCION DEL ROL POLITICO DE ROSAS

Como comandante de fronteras, en una época en que el ejército nacional prácticamente había desaparecido después de la disolución de la unidad nacional, Rosas no podía menos que ejercer un rol político. Pero en sus inicios éste fue muy solidario con las experiencias que se intentaban desde Buenos Aires, primero a través del Directorio, y luego, de los gobiernos inspirados por Rivadavia. Durante la crisis del año 20, Rosas estaba muy lejos de simpatizar con los caudillos del Litoral, como Estanislao López y Francisco Ramírez, o con la agitación de masas a que se dedicaban los varios líderes federales porteños. En uno de estos desórdenes, al finalizar el año 1820, tuvo que acudir, al frente de sus Colorados del Monte, a salvar el orden constituido, ante la amenaza de una insurrección con apoyo popular dirigida por el "demagogo" Manuel Pagola.

Durante el innovador gobierno inspirado por Rivadavia, Rosas siguió apoyando al régimen, aunque cada vez más preocupado por las excesivas reformas que a su juicio se estaban introduciendo y minando las bases de estabilidad del orden social existente. Durante la expedición de los Treinta y Tres Orientales, para liberar al Uruguay del dominio brasileño, en 1825, causa de la guerra con el Imperio, Rosas participó con ayuda financiera, en virtud de

sus vínculos con algunos de los propietarios de tierras de la vecina orilla. Pero su rol no fue muy prominente en la política de la época, hasta que se dio el golpe de Lavalle de diciembre 1828 y el fusilamiento de Dorrego.

En este momento tuvo que emigrar a Santa Fe, por considerárselo aliado del jefe federal derrotado, pero dirigió desde allá una resistencia, que por otra parte tomó forma bastante espontánea en grandes áreas de la provincia de Buenos Aires. Rosas se convirtió a sí mismo en sucesor y vengador del jefe asesinado, con lo cual complementó su estructura política propia, rural, con otra que le fue transferida por los dirigentes intermedios del dorreguismo.[3]

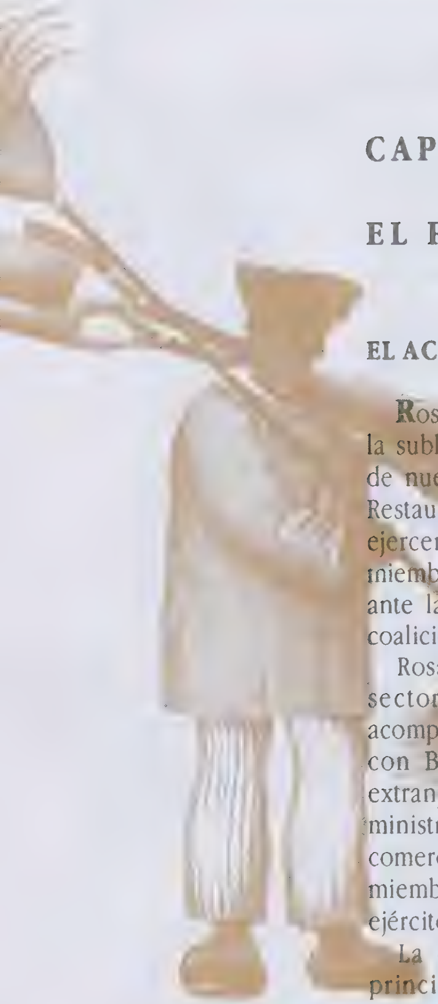
Con esta suma de voluntades pudo vencer a Lavalle en el campo de batalla, gracias a una movilización muy general en la campaña. Llegó así a un pacto por el que se le dio la gobernación provisoria a Viamonte, y luego la reglamentaria, por designación de la Legislatura o Sala de Representantes, al mismo Rosas, para el período que iba desde fines de 1829 hasta 1832.

Un rol muy central en este proceso fue jugado por los grandes estancieros de la provincia -residentes casi todos en la Capital- que hasta hacía poco habían sido uno de los apoyos de la experiencia unitaria. Cuando Rivadavia, desde la gobernación de la provincia (1821-1824), estableció el voto universal masculino, esa medida, considerada progresista y poco usual en el mundo en aquella época, se explica en parte por su creencia en que de esa manera los estancieros iban a darle su voto automáticamente. Así compensarían los resultados más dudosos de la ciudad de Buenos Aires, difícil de controlar ante la fuerte popularidad de un federalismo opositor.

Pero resultó que el voto rural no iba tan automáticamente en favor de los grandes estancieros, aunque sí podía ser captado por intermediarios políticos como los que Rosas estaba organizando. Y además, la clase alta porteña, especialmente la propietaria de tierras, comenzó a estar disconforme con la política "cara" de los unitarios, que para unificar el país tenían que gastar grandes sumas en armar un fuerte ejército. Ya durante la época de Pueyrredón la insistencia en seguir financiando las campañas de San Martín había puesto al Directorio al borde de la quiebra, y provocado resistencias localistas hacia su política internacional.

Ahora, finalmente, las familias poseedoras de amplias extensiones de tierras y otros sectores conservadores de la ciudad de Buenos Aires preferían hacer un alto en las reformas y concentrarse en el desarrollo de su provincia, privilegiada por la geografía para volcar sus productos al exterior. Una vez que la economía local se robusteciera, se podría pensar en volver a unificar al país.

Rosas emergió como un líder capaz de integrar dos elementos de poder esenciales para gobernar en la época. Por un lado, tenía el apoyo de un sector importante de las clases altas, sobre todo rurales, así como del clero conservador. Por otro lado, poseía una estructura de movilización popular, significativa no sólo por su voto, sino por estar en disponibilidad para participar en acciones armadas, que necesitaban una cierta aceptación popular, pues de lo contrario era difícil mover a la gente. La crisis del gobierno central había desorganizado a las Fuerzas Armadas nacionales, dejando sólo restos de ellas en la provincia de Buenos Aires y otros en el interior del país.



CAPITULO 2

EL PRIMER GOBIERNO DE ROSAS (1829-1832)

EL ACCESO AL PODER

Rosas asumió el gobierno el 1 de diciembre de 1829, justo un año después de la sublevación de Lavalle. La Legislatura de la época de Dorrego fue convocada de nuevo, y otorgó a Rosas no sólo el cargo de gobernador, sino el título de Restaurador de las Leyes, y las Facultades Extraordinarias, por las cuales podía ejercer el mando sin control legislativo. Aunque hubo oposición de algunos miembros, prevaleció el criterio de que la concentración del poder se justificaba ante las condiciones de crisis, que incluían una posible guerra civil contra la coalición unitaria organizada por el Gral. José María Paz desde Córdoba.

Rosas nombró un ministerio que daba garantías de continuidad a muchos sectores políticos. En Hacienda puso a Manuel José García, que había acompañado a Rivadavia casi a lo largo de toda su gestión, había firmado la paz con Brasil, y merecía confianza de los círculos financistas nacionales y extranjeros. En Gobierno colocó a Tomás Guido, colaborador de San Martín y ministro de Dorrego, reemplazándolo al poco tiempo por el gran hacendado y comerciante Tomás Anchorena. En Guerra fue designado Juan Ramón Balcarce, miembro de una distinguida familia militar que había dado varios hombres a los ejércitos de la Independencia y que también había sido ministro de Dorrego.

La oposición unitaria había quedado muy debilitada, y varios de sus principales dirigentes se refugiaron en Montevideo. Entre ellos figuraban Lavalle, Valentín Alsina, Florencio y Juan Cruz Varela, y Julián S. de Agüero, que había sido estrecho colaborador de Rivadavia. Rivadavia mismo estaba desde su caída establecido en Colonia, donde el gobierno uruguayo le concedió una chacra en enfiteusis* y se había apartado del grupo que apoyara el golpe de Lavalle. Algunos intelectuales contratados por Rivadavia en Europa, como el napolitano Pedro de Angelis, pasaron a apoyar a Rosas. De Angelis, de orígenes liberales y partidario de Napoleón en su momento, se convirtió en uno de los principales intelectuales del nuevo régimen.

DISIDENCIAS EN EL FEDERALISMO PORTEÑO

Ante la virtual desaparición de la escena porteña del Partido Unitario, comenzaron a manifestarse diferencias entre los federales: por un lado se organizaron los antiguos partidarios de Dorrego, seriamente interesados en establecer un régimen federal con garantías cívicas, lo que exigía convocar un

* Enfiteusis: Cesión de un terreno a cambio de una renta.

Congreso Constituyente nacional. Incluían al hermano del fusilado de Navarro, Luis, y publicaron periódicos de oposición, como *El Cometa* y *El Nuevo Tribuno*, clausurados en enero de 1832. Por el otro lado se nuclearon los partidarios más netos de Rosas, que fueron armando alrededor del gobernador una especie de culto de la personalidad, y una movilización de masas dirigida por la policía, pero no por ello exenta de calor y espontaneidad populares.

Un rol importante en este apoyo popular a Rosas fue jugado por la comunidad negra, que era muy numerosa en la ciudad de Buenos Aires, así como en algunos otros centros urbanos del país. Ya desde la época colonial esa comunidad había sido organizada en cofradías religiosas, que cumplían algunos roles asistenciales para sus miembros, casi todos esclavos. Con el tiempo ellos se fueron liberando, y hacia la época del Restaurador tenían organizadas asociaciones que denominaban naciones, estructuradas según su origen étnico. Estas poseían en general su centro, un edificio donde se reunían para fiestas y celebraciones y donde vivían algunos miembros del grupo. También tenían funciones de asistencia, y eran más autónomas que las cofradías religiosas, aunque controladas de cerca por la policía. A menudo se dividían, llegando a contarse varias docenas de entidades.

Rosas, a diferencia de los gobiernos anteriores, permitió la celebración de las danzas, carnavales y otras fiestas de origen africano, que habían sido muy mal vistas hasta ese entonces. Tanto la Iglesia, como luego los gobiernos liberales, desconfiaban de esas costumbres que consideraban paganas o típicas de una mentalidad bárbara. Rosas las legitimó, e incluso él mismo y su familia a menudo concurrían a esas festividades, por lo cual consiguió una gran popularidad entre la gente de color. Años después de la caída de Rosas, los opositores todavía temían que las comunidades negras apoyaran su retorno al poder.[4]

EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACION CONSTITUCIONAL DEL PAIS

Rosas, aunque desconfiaba de todos los partidos, era suficientemente práctico como para adoptar, por lo menos públicamente, la bandera federal, sin necesariamente creer en ese sistema de gobierno. Pensaba que era peligroso establecer una Constitución nacional, con la complicada división de poderes federales y provinciales que ello implicaba, fuente de interminables disputas. A su criterio era mejor pasar por una etapa previa, de consolidación de por lo menos algunas provincias como entidades económica y culturalmente fuertes, acostumbradas a la paz, para luego intentar la reunificación nacional.



Además, en esta etapa en que el país todavía se estaba restableciendo de las pasadas guerras civiles, era necesario un gobierno paternal, en parte autoritario, que obligara a la gente a dedicarse a su trabajo y a dejar de lado las estériles luchas ideológicas, generadoras de violencia. Condenaba a los liberales unitarios, y también a los federales doctrinarios, por ser demasiado teóricos. Consideraba que los dirigentes intelectuales de esos partidos copiaban sin originalidad los modelos europeos o norteamericano, y de esa manera no



podían tener éxito en sus empresas, por mejor intencionadas que estuvieran. En esa categoría incluía, por supuesto y en primera fila, a Rivadavia.

Debido a sus prevenciones acerca de la convocatoria a un Congreso Constituyente, Rosas tuvo fricciones con sus aliados del Litoral, como Estanislao López, de Santa Fe, y Pedro Ferré, de Corrientes. Ferré, especialmente, quería que una Constitución nacional estableciera, a la brevedad, la libertad de navegación de los ríos, por la cual cualquier barco extranjero pudiera internarse y descargar sus mercaderías en los puertos fluviales sin trasbordar y pagar derechos en Buenos Aires.

Rosas, temeroso de que ese sistema degenerara en facilitar el contrabando y en robustecer las finanzas de los gobernadores provinciales, siempre dispuestos a rebelarse, se oponía a toda concesión. A su criterio, cualquier mercadería extranjera que entrara al país debía primero descargarse en Buenos Aires, pagar ahí derechos de aduana y luego internarse en barcos de cabotaje. Deseaba también de esta manera ahogar la economía del Paraguay, al que no reconocía como país independiente sino como provincia separada de hecho.

Un Congreso Constituyente, con mayoría provinciana, no podría aceptar que Buenos Aires siguiera controlando el acceso a los ríos, y obligaría a que los recursos cobrados en la Aduana fueran repartidos entre todas las provincias. Rosas temía que de esta manera no se pudiera establecer la necesaria unificación de la política económica nacional. Desconfiaba de que un Congreso nacional le delegara el poder central. Aunque él ejercía el mando de manera autoritaria en Buenos Aires, no le era tan fácil hacerlo en el resto del país, cuya capacidad de rebelarse por las armas si no se lo tomaba en cuenta era aún muy grande.

Por lo tanto, prefería demorar indefinidamente la organización nacional, y mientras tanto, de hecho, controlar el acceso a los ríos como tema de política exterior, y seguir cobrando los derechos de aduana que le daban a su provincia una indiscutida superioridad económica sobre el resto del país. Pensaba --con razón-- que con el tiempo el incremento de la población, la riqueza y la capacidad bélica de la provincia de Buenos Aires impedirían que el interior se le resistiera.

Sus opositores consideraban que este argumento expresaba un mero egoísmo o localismo porteño. En realidad, aunque es imposible desentrañar las motivaciones últimas de cada uno, es probable que genuinamente creyera que de esta manera aseguraba las bases para poder organizar mejor el país en un futuro. En entrevistas que tuvo en el exilio, ya anciano, argumentaba que su gobierno había sido "de transición", y que hacia el final se estaban acercando las condiciones para adoptar un sistema constitucional integrado. Por cierto que esas declaraciones pueden haber sido un mero intento de justificación retrospectiva, pero de hecho constituyen un argumento difícil de rebatir. En sus palabras, como le decía en una carta a Estanislao López:

Los congresos no deben ser el principio, sino la consecuencia y último resultado de la organización general. En los países republicanos la formación de Estados en nación jamás se hizo por congresos, sino por

previas estipulaciones. Así sucedió en la Grecia, y en los tiempos modernos así ha sucedido en Norteamérica, en Suiza, etc. Los congresos han venido a ser el resultado de la organización obtenida por sucesivos conventos, según lo ha exigido la práctica de la experiencia.[5]

LA POLITICA INTERNA

En política interna, Rosas persiguió a sus opositores aplicando un decreto que consideraba reo de rebelión a todo "cómplice" del golpe de Lavalle o responsable de alguno de los "atentados" cometidos por su gobierno. Estas palabras podían interpretarse muy ampliamente, y de hecho lo fueron, para perseguir no sólo a los unitarios sino también a los federales doctrinarios. Desde temprano, en el año 1830, se impuso la obligatoriedad de llevar un cintillo rojo punzó como marca de adhesión a la causa federal.

La unificación de la opinión, considerada necesaria para consolidar las instituciones, se estaba intentando de esta manera, pero no fue tan fácil de conseguir. Entre los mismos federales había un amplio grupo opositor que finalmente consiguió convencer a la mayoría de la Legislatura de que retirara las Facultades Extraordinarias, aun cuando reeligiera a Rosas como gobernador, en diciembre de 1832. Rosas se negó a aceptar la reelección si no se le extendían esas Facultades, y finalmente se retiró, siendo reemplazado por Juan Ramón Balcarce, su ministro de Guerra y bien vinculado en las Fuerzas Armadas.



CAPITULO 3

LOS GOBIERNOS PROVINCIALES AUTONOMOS (1829-1835)

LA LUCHA ENTRE UNITARIOS Y FEDERALES EN EL INTERIOR: PAZ Y QUIROGA (1829-1831)

Después del golpe de Lavalle de diciembre de 1828, el Gral. José M. Paz emprendió, con tropas también retornadas de la guerra contra Brasil, una campaña hacia su nativa Córdoba, como parte de un plan para cambiar los gobiernos provinciales y reunificar el país bajo régimen unitario. Fácilmente derrocó a Juan Bautista Bustos, que se eternizaba como gobernador de Córdoba desde 1820. Bustos huyó a La Rioja, pidiendo apoyo a Quiroga, quien atacó a Córdoba por sorpresa, rodeando la sierra por el sur, y apareciendo a través de Río Cuarto.

Una resistencia rural se combinaba con este ataque armado, y en la misma sierra se formaban montoneras, contra las cuales los subordinados de Paz intentaron aplicar el terror, ajusticiando a cualquier sospechoso, sin conseguir efectos duraderos. Pero en el enfrentamiento militar, Paz, con mucho mejor organización, derrotó a Quiroga en La Tablada (1829).

El Gral. Paz consolidó entonces relaciones de coexistencia con Estanislao López, gobernador de Santa Fe y gran poder del Litoral, y con el nuevo gobierno de Buenos Aires, donde Lavalle y Rosas habían llegado a un armisticio y nombrado gobernador interino a Viamonte. Al retirarse del gobierno, Lavalle envió a Paz una carta (9 de setiembre de 1829), anunciándole los acontecimientos y agregándole, de manera muy significativa:

> *Sabe usted el carácter que había tomado aquí la guerra, y que mi obstinación en prolongarla hubiera dado por resultado la devastación de Buenos Aires y la ruina de su población. Sin embargo, jamás hubiera cedido si hubiese debido sucederme un gobierno indigno de este país; pero por fortuna creo haber asegurado el ascendiente de la primera clase de la sociedad sobre nuestra muchedumbre bárbara e inmoral, que como usted sabe fue mi primer objeto al hacer la revolución del 1 de diciembre.*[6]

Lavalle pensaba, obviamente, que Rosas era la garantía del ascendiente de la clase culta sobre la popular, pero a los pocos días, en otra carta, veía de nuevo el panorama negro, debido a la división de los federales, que ya se evidenciaba. [7]

La masa popular, tanto rural como urbana, muy movilizada por los acontecimientos políticos, era vista por muchos observadores de la época como una fuente de amenazas contra el orden social establecido. Precisamente un

tema importante de la política de entonces era el control de esa masa. El propio Rosas lo veía así, como lo explicó, en ese mismo año 1829, al representante uruguayo Santiago Vázquez:

> *Conozco y respeto mucho los talentos de los señores Rivadavia, Agüero y otros de su tiempo, pero a mi parecer todos cometían un gran error: se conducían muy bien con la clase ilustrada, pero despreciaban a los hombres de las clases bajas, los de la campaña, que son la gente de acción. Yo noté esto desde el principio, y me pareció que en los lances de la revolución, los mismos partidos habrían de dar lugar a que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males, porque Ud. sabe la disposición que hay siempre en el que no tiene contra los ricos y superiores. Me pareció, pues, muy importante conseguir una influencia grande sobre esa gente para contenerla, o dirigirla, y me propuse adquirir esa influencia a toda costa; para esto me fue preciso trabajar con mucha constancia, hacerme gaucho como ellos, hablar como ellos y hacer cuanto ellos hacían, protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus intereses. Esta conducta me atrajo los celos y las persecuciones de los gobiernos, en lo que no sabían lo que hacían, porque mis principios han sido siempre obediencia a la autoridad y a las leyes. Creen que soy federal, no señor, no soy de partido alguno, sino de la patria.*[8]



J.M. de Rosas

Las hostilidades entre Paz y Quiroga continuaron, y en febrero de 1830 las tropas del caudillo riojano, que habían avanzado de nuevo hasta casi la capital de Córdoba, fueron derrotadas en Oncativo. El desastre fue total: Quiroga huyó hacia Buenos Aires, buscando la protección de Rosas. Paz quedaba dueño de prácticamente todo el interior del país, salvo el Litoral. En La Rioja misma, el Gral. Gregorio Aráoz de Lamadrid, uno de los inmediatos colaboradores de Paz, se hizo nombrar gobernador. En casi todo el Noroeste los gobiernos provinciales fueron cayendo rápidamente en manos unitarias.

LA DERROTA DE LA LIGA DEL INTERIOR UNITARIA (1831)

A pesar de las apariencias de entendimiento entre Paz, jefe de una Liga del Interior, y los gobernadores del Litoral, las hostilidades se fueron preparando. Los cuatro gobiernos del Litoral (Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes) se encontraron el 4 de enero de 1831 para firmar el Tratado del Litoral, en que se comprometían a organizar la República, convocando a un Congreso Constituyente una vez que hubiera condiciones para ello. Mientras tanto nombraban una Comisión Representativa, con un miembro por provincia, que simplemente cumpliría funciones de coordinación y sesionaría en la ciudad de Santa Fe.

Este tratado, de hecho era una alianza defensiva y ofensiva, y al mes ya se iniciaban las hostilidades contra Córdoba. Paz, aunque dueño de todo el interior, se encontraba en una situación económica desesperada. Salió a enfrentar a los invasores, dirigidos por López, y en una confusa escaramuza en que creyó estar rodeado de tropas propias resultó que había entrado hasta las

líneas enemigas; su caballo fue boleado cerca de la localidad de El Tío (10 de mayo de 1831). Inició así un largo período de ocho años, durante los cuales estuvo preso primero en Santa Fe y luego en Luján.

La prisión de Paz produjo desconcierto en Córdoba, de donde se retiró hacia el norte el Gral. Lamadrid, que después de una nueva derrota ante el recuperado Quiroga tuvo que internarse en Bolivia. En Córdoba, por influjo de Estanislao López, fue designado gobernador José Vicente Reinafé, quien inauguró un período de predominio de un clan que incluía a cuatro hermanos entre quienes se repartían los puestos de mayor influencia. Sin embargo intentaron, después de las venganzas de los primeros momentos, realizar un gobierno institucionalizado, llamando a antiguos unitarios y hasta a colaboradores de Paz a participar, lo que produjo malestar en las filas de los federales "netos".

En La Rioja y otras provincias andinas Quiroga restableció su predominio, mientras que Ibarra retornó al mando en Santiago del Estero. En Tucumán asumió la gobernación Alejandro Heredia, federal que intentó un gobierno con apertura a sectores independientes.

EL INTERVALO DE LOS LOMOS NEGROS (1832-1835) Y LA CAMPAÑA AL DESIERTO

En Buenos Aires, Rosas se retiró cuando expiró su mandato en diciembre de 1832, al no conseguir que la Legislatura le otorgara las Facultades Extraordinarias por un nuevo período. Consiguió que la designación de gobernador recayera en quien fuera su ministro de Guerra, Juan Ramón Balcarce, básicamente solidario con él, y lo mismo puede decirse del ministerio que éste formó, salvo por el encargado de Guerra, Gral. Enrique Martínez.

Este estaba enrolado entre los federales doctrinarios de origen dorreguista, en adelante apellidados "lomos negros", expresión que hacía referencia a su uso del aristocrático frac en vez de la más popular chaqueta, precursora del actual saco. Los partidarios de que Rosas reasumiera el mando con poderes absolutos se llamaron "apostólicos" y, por contraste, también motejaban a sus adversarios de "cismáticos", o sea herejes.*



Rosas, a cargo de la Comandancia de Frontera, aprovechó el intervalo para realizar una campaña contra los indios, cuyos ataques se habían incrementado ante las luchas civiles de los criollos. Se combinó con los gobernadores de las provincias fronterizas --Córdoba, San Luis y Mendoza-- para mandar varias expediciones convergentes, encargándose en teoría Quiroga de la coordinación general de la campaña, cargo honorífico que no llegó a cumplir.

Por mar partió una goleta que llegó a explorar y trazar mapas del río Negro. Rosas avanzó hasta ese mismo río (1833) y sus tropas alcanzaron al "país de las manzanas", como los indios llamaban a Neuquén. En las batallas y en posteriores escarmientos se produjo una gran matanza de población autóctona, y en muchos casos sus mujeres e hijos eran tomados presos y luego

* Herejes: que opinan distinto a la norma o autoridad establecida.

"repartidos" entre familias de Buenos Aires para que los emplearan en diversas tareas. También se rescataron muchos cautivos.

Después de un año de campaña y de dejar instalados varios fortines, Rosas volvió a Buenos Aires, donde su fama había llegado a un nivel aún más alto como resultado de esta campaña. De todos modos, no fue posible poblar adecuadamente la gran zona conquistada, de manera que pronto buena parte de ésta fue reocupada por los aborígenes, cuya población era realimentada por los araucanos chilenos. Como Córdoba y San Luis habían tenido poca participación en la expedición, las nuevas fronteras ampliaron los territorios de Buenos Aires y Mendoza, que llegaron a ser limítrofes, y en principio a extender sus posesiones hasta el Estrecho de Magallanes.

CAPITULO 4

EL RETORNO DE ROSAS AL PODER

LA MOVILIZACION POPULAR ROSISTA

En abril y junio de 1833, habiendo partido Rosas a su Campaña al Desierto, se realizaron elecciones de diputados en la provincia de Buenos Aires. Compitieron dos listas, ambas federales y ambas encabezadas por Rosas. Pero esa aparente unidad escondía una fuerte oposición entre lomos negros y apostólicos. Ganaron los lomos negros, por el apoyo que tenían del gobierno, especialmente del ministro de Guerra, Enrique Martínez. El enfrentamiento en las elecciones complementarias (de junio) fue muy violento. Los seguidores de Rosas estaban encabezados por su esposa, doña Encarnación Ezcurra, que resultó ser una mujer de armas llevar.

Continuamente se producían tumultos y protestas, dirigidos por quienes luego formarían la Sociedad Popular Restauradora o Mazorca. Una multitud de publicaciones, folletos y pasquines incitaban los ánimos a la lucha, alegando que el gobierno "cismático" estaba en acuerdos con los unitarios para cortar la vida política de Rosas, y quizás incluso asesinarlo. No es imposible que algunos de los más exaltados de sus enemigos efectivamente complotaran este tipo de acciones, muy comunes en la época.

Ante los excesos de la prensa rosista, el gobierno decidió acusar ante un tribunal de prensa a varios periódicos, entre otros el denominado *Restaurador de las Leyes*. El día que correspondía el juicio, el 10 de octubre de 1833, las huestes de doña Encarnación aprovecharon la confusión que se podía crear entre el nombre del periódico y el que se usaba para designar a Rosas. Propalaron entre el pueblo, siempre adicto al jefe ausente, que iba a ser procesado el Restaurador, por obra del nuevo dictador "unitario", el ministro Enrique Martínez.

LA REVOLUCION DE LOS RESTAURADORES (1833)

Ante esta noticia, comenzaron a juntarse masas de gente con talante amenazador, mezcladas con milicianos de los Colorados del Monte, reunidos en las afueras de Buenos Aires. El gobierno mandó disolver esas concentraciones, pero el encargado de la represión, simpatizante rosista o decidido a allegarse al sol que más calentaba, se plegó a los grupos que debía controlar. Así se inició un sitio de la ciudad por "ciudadanos en armas", contra los cuales el gobierno federal lomo negro no tenía suficiente homogeneidad ni decisión para oponerse, pues estaba minado por dentro.

Parte de las Fuerzas Armadas gubernamentales se plegó a los rebeldes. Finalmente, el 3 de noviembre de 1833 la Legislatura destituyó a Balcarce y al día siguiente designó gobernador a Juan José Viamonte, también federal lomo negro, quien venció al candidato rosista. Viamonte, de todos modos, estaba decidido a entenderse con los rebeldes, y nombró en el ministerio a Tomás Guido y a Manuel García, que habían ejercido esas funciones durante el primer gobierno de Rosas.

La transacción no conformó a los apostólicos, que siguieron en armas y controlando las calles, baleando de noche las casas de los cismáticos. Fue así como, a pesar de estar éstos en el poder, el ex gobernador Balcarce, cuya casa había sido también atacada, tuvo que emigrar a Uruguay junto a un número cada vez mayor de sus partidarios. Guido deseaba una reconciliación, y discrepaba con doña Encarnación, que dirigía la movilización popular, acerca de los métodos a seguir para obtener el retorno de Rosas al poder.

Aprovechando el reciente regreso al país de Rivadavia, hecho que alimentaba las versiones de un entendimiento entre lomos negros y unitarios, los ataques arreciaron. Se creó una situación de inseguridad para toda persona ajena al rosismo más neto, haciendo peligrar aun a los apostólicos "blandos". El gobierno se vio obligado a ordenar la partida de Rivadavia, para evitar complicaciones.

El gobernador Viamonte estaba cada vez más inerme ante la emigración de muchos de sus partidarios y el auge de la agitación rosista. Finalmente renunció en junio de 1834, y la Legislatura decidió nombrar a Rosas. Este persistía en no aceptar el cargo si no se le conferían las Facultades Extraordinarias. Después de un largo tira y afloja el nombramiento recayó en su colaborador cercano, Manuel Vicente Maza, quien asumió en octubre de 1834.

Rosas ahora ya estaba de vuelta en Buenos Aires, desde inicios de ese año, aunque se mantenía residiendo en la campaña, en su cargo de comandante de frontera, y estaba decidido a dejar que la situación hiciera crisis para que los hechos mismos demostraran que él era insustituible, y con poderes absolutos. Los "hechos", claro está, incluían la agitación que él mismo, por intermedio de su mujer y la Sociedad Popular Restauradora, promovía.

EL ASESINATO DE QUIROGA

Quiroga, desde que Paz había sido eliminado del panorama militar y político del interior, había vuelto a posesionarse de su provincia y de una vasta área de influencia. Consolidado su reducto andino, retornó a Buenos Aires, dispuesto a convertirse en una figura política de peso nacional. Amigo de Rosas, trataba sin embargo de cumplir un rol más independiente, e incluso llegó a ofrecer su protección a Rivadavia durante los pocos días que éste estuvo en Buenos Aires.

En diciembre de 1834, hacia el final del período de los lomos negros, ante un conflicto entre dos gobernadores del Norte, Rosas, que ya era el poder detrás del trono, lo mandó en misión mediadora. Fue su último viaje. En el camino de vuelta, en el norte de Córdoba, en Barranca Yaco, fue asesinado en febrero de 1835 por una partida numerosa, a la que toda la opinión local y nacional señalaba como enviada por los Reinafé, celosos de su influencia. La tensión volvió a subir al rojo vivo.

Con Quiroga desaparecía un caudillo que llegó a ser emblemático, sobre todo por el libro que Sarmiento le dedicó. En ese libro Sarmiento exagera y distorsiona ciertos hechos, entre otros los ligados al origen de Quiroga. Este provenía --como Sarmiento mismo, de quien era pariente lejano-- de una familia de antiguo arraigo e influencia en su zona, que incluía a La Rioja y San Juan. Su padre, acaudalado hacendado y comerciante, llegó a ser un importante funcionario local en tiempos coloniales.

Facundo se inició en las actividades familiares llevando mercaderías en largos viajes por el interior. Muchacho de poca educación y fuertes impulsos, en uno de esos viajes había jugado y perdido a las cartas el valor de los productos que transportaba y, al pensar que su padre nunca lo perdonaría, decidió enrolarse en una milicia local, en condición muy modesta. Inició así una carrera militar y un breve período de vida aventurera que le permitió --como a Rosas en circunstancias algo parecidas-- conocer muy de cerca la forma de vida del pueblo. Pronto se reconcilió con su padre, y reinició una combinación de actividades comerciales, rurales y militares de comandante de frontera, que lo convertirían en una de las personas más acaudaladas de su tiempo en el país.[9]

LAS INTERPRETACIONES DEL CAUDILLISMO

Las interpretaciones que desde épocas tempranas se han realizado acerca del tipo de fuerza social representada por jefes políticos como Quiroga o Rosas han sido muy diversas. Ya sus contemporáneos vertieron ríos de tinta en ese análisis, como veremos en el próximo capítulo. En una generación posterior, José Ingenieros, en su obra *Sociología argentina*, influido por un esquema evolucionista un poco simplificado, ubicaba a los caudillos federales, tan ligados a estructuras rurales arcaicas, como representantes del feudalismo nativo, en contraposición al capitalismo más progresista, reflejado por los unitarios.

Este esquema fue puesto en duda ya por escritores como Juan Agustín

García, en *La ciudad indiana* (1900), José María Ramos Mejía, en *Las multitudes argentinas* (1899), y Juan B Justo, en *Teoría y práctica de la historia* (1909), quienes enfatizaban el componente popular del federalismo. Para Ingenieros este componente, aunque real, no era significativo sociológicamente, porque debido a su ignorancia "sirvió a sus patrones inmediatos y decidió el triunfo de la clase feudal". O sea, lo que se daba, en esta perspectiva, era una lucha entre dos facciones en último análisis oligárquicas. Para historiadores de orientación "revisionista" --lo que incluye a individuos de diversas posiciones ideológicas-- ambos personajes se han convertido en cambio en figuras valoradas por su capacidad de reflejar sentimientos populares y enfrentar a intereses extranjeros.[10]

Los abusos de poder cometidos por Quiroga en su pago chico son indudables y no son demasiado distintos a los que caracterizaron a Rosas en su escena más grande, aunque tuvieron menos oportunidad de sistematizarse. El torbellino de las guerras civiles envolvió a Quiroga como a todos los demás participantes de los conflictos políticos de su época, sin excluir a su biógrafo Sarmiento. A todos los empujó a violencias y violaciones de derechos humanos que se fueron intensificando con el agravarse de las pasiones, hasta que las transformaciones económicas crearon un ambiente distinto después de la etapa de la Organización Nacional.

CAPITULO 5

EL SEGUNDO PERIODO DE ROSAS (1835-1852): EL REGIMEN INTERIOR

LA CONSOLIDACION DEL PODER

La noticia del asesinato de Quiroga en Barranca Yaco (1835) conmovió a la opinión pública, que comenzó a tejer todo tipo de hipótesis acerca de los motivos del crimen. Los más temían un complot unitario, tramado por vía de los Reinafé, mientras que otros veían la mano de Rosas, envidioso del prestigio que estaba adquiriendo Quiroga.

Ante este peligro de caos, Maza renunció a la gobernación, y la Legislatura finalmente se decidió a conferir a Rosas la Suma del Poder Público por cinco años, y éste aceptó ejercer de nuevo el mando. Para legitimar su cargo realizó un plebiscito, sólo en la ciudad de Buenos Aires, pues consideraba que la campaña había expresado ya de hecho su opinión. La consulta, en marzo de 1835, no fue una compulsa genuina, dadas las condiciones represivas ya imperantes. Aunque era cierto que Rosas tenía un fuerte apoyo popular, la cifra de 9.320 votos a favor y sólo 8 en contra no podía reflejar la realidad.

Además de la Suma del Poder Público de Buenos Aires, Rosas tenía la delegación, por parte de las provincias, de las Relaciones Exteriores del país, que se renovaba cada año por parte de las legislaturas. También era responsable de la Defensa Nacional, así como de mantener el orden en el país ante conmociones graves. En principio se trataba de una situación provisional que debería ser subsanada a través de la convocación de un Congreso Nacional Constituyente, precedido de entendimientos entre los gobernadores acerca de cómo elegirlo. Esto se había convenido ya en el Pacto del Litoral, de 1831.

En uso de sus atribuciones, Rosas consiguió la captura de los imputados como culpables del asesinato de Quiroga, lo que no era fácil, pues ellos incluían a José Vicente y Guillermo Reinafé. Con la anuencia de todas las provincias mandó una corta fuerza a Córdoba y promovió allí un cambio de gobierno, apresando a los Reinafé y enviándolos a Buenos Aires para ser juzgados. Finalmente, después de un proceso que duró dos años, los Reinafé fueron ajusticiado y sus cadáveres colgados en la Plaza de Mayo, mientras otros cómplices eran también fusilados. A partir de este ejemplo, el poder de Rosas en las provincias se fue consolidando, y los gobernadores que eran elegidos se hacían cada vez más dependientes de su poder.

EL ROL DE LA ADUANA DE BUENOS AIRES

El poder de Rosas estaba refrendado por los ingresos de la Aduana de Buenos Aires. En aquel entonces, los principales impuestos que se cobraban en el país eran los de importación, que deberían corresponder al Estado nacional. Pero al no existir éste, cada provincia los recaudaba en el punto de entrada y que era, casi monopólicamente, la ciudad de Buenos Aires. El hecho de que Rosas tuviera que asumir la responsabilidad de las Relaciones Exteriores y de la Defensa Nacional justificaba en alguna medida el que retuviera los recursos comunes, dando a las provincias sólo pequeños subsidios ocasionales.

En diversos lugares, a lo largo de los años, hubo gobiernos opositores a Rosas, federales o unitarios. Enfrentados con la posibilidad de ser ahogados económicamente por Buenos Aires, o de que sus grupos dirigentes fuesen eliminados físicamente, en algunos casos optaron por proyectos de segregación y alianza con países vecinos. Así en Salta, en 1831, un gobierno de orientación unitaria propuso a Andrés Santa Cruz, presidente de la Confederación Perú-Boliviana, unirse a ese país. En Mendoza el gobernador Pedro Molina, en 1834, estableció un pacto de comercio con Chile, lo que tendría que haber sido antes consultado con el encargado de las Relaciones Exteriores. Hacia esa época en esa provincia hubo propuestas de pedir la anexión a Chile. Igualmente, en Entre Ríos dirigentes federales eran acusados por Estanislao López de tramar la unión con el Uruguay, haciéndole el juego a los unitarios refugiados allá. Estanislao López, gobernador de Santa Fe, aunque aparentemente amigo de Rosas, rivalizaba con él por un rol de predominio en la Confederación, y representó un peligro para el gobernante porteño prácticamente hasta su muerte en 1838.[11]

LA LEY DE ADUANAS DE 1835

Para consolidar su frente interno, Rosas hizo sancionar, apenas llegado de nuevo al poder, la Ley de Aduanas (diciembre de 1835). La situación era muy compleja, porque había muy diversos intereses implicados en este tema. Por lo menos se pueden diferenciar los siguientes.

(1) Los exportadores agropecuarios de Buenos Aires, interesados en el libre comercio, opuestos a un proteccionismo aduanero que encareciera los productos que debían comprar para sus actividades. El ministro de Hacienda, José Rojas y Patrón, representaba a este grupo.

(2) Los productores agropecuarios del Litoral, con posición parecida, pero que además deseaban que se permitiera a barcos mercantes extranjeros remontar los ríos y operar en los puertos del Paraná y el Uruguay. Santa Fe, gobernada por Estanislao López, así como Entre Ríos (donde pronto se impondría Urquiza), eran particularmente sensibles a esta argumentación. Lo mismo ocurría con Paraguay, cuya independencia aún no había sido reconocida por la Argentina.

(3) Los productores artesanales del interior, incluyendo los talabarteros de Tucumán, constructores de barcos de Corrientes, trabajadores textiles del Noroeste y bodegueros de Cuyo, que temían la competencia de productos extranjeros baratos. El gobernador de Corrientes, Pedro Ferré, era uno de los más activos en este sector.

(4) El artesanado nativo de Buenos Aires, temeroso también él de la competencia extranjera, aunque con posibilidades de beneficiarse si se daba un rápido desarrollo económico que ampliara sus perspectivas ocupacionales. Los líderes movilizadores del sector popular rosista, organizados en la semipolicial Sociedad Popular Restauradora, o Mazorca, eran particularmente sensibles a estas demandas.

(5) El "público consumidor" de la ciudad y campaña de Buenos Aires, sobre todo los sectores acomodados o de clase media, que preferían un comercio libre, sin tarifas protectivas, para abaratar sus consumos. Este sector era mayoritariamente opositor, unitario.

Rosas optó por una solución intermedia, estableciendo algunas tarifas proteccionistas, a pesar de que el grupo agroexportador bonaerense hubiera preferido otra solución más ortodoxamente liberal. Con esto apaciguaba a los caudillos del interior, y a su público popular porteño. Más grave era la situación respecto a los productores agropecuarios del Litoral. A ellos no los pudo satisfacer adecuadamente, porque no estaba dispuesto a conceder la libre navegación de los ríos.

Desde la independencia, éste era un tema urticante, y Buenos Aires siempre

insistía en que toda operación de importación o exportación debía pasar por su puerto, incluso el comercio ultramarino de la Banda Oriental y del Paraguay.

El argumento era que si no se hacía así, las provincias, al verse dueñas de una aduana internacional y de los ingresos correspondientes, podrían buscar la independencia, fragmentando al país en una serie de pequeñas repúblicas. Para evitar ese peligro, la forma más segura era establecer un control sobre la navegación, aprovechando la situación geográfica excepcional de Buenos Aires en la boca de los dos ríos, y exigir carga y descarga de la mercadería en Buenos Aires. De esta manera, cualquier barco de ultramar que operase en las costas de los ríos podía ser detectado in fraganti y apresado, sin que pudiera aducir ninguna justificación. El problema del contrabando, si no, sería prácticamente imposible de controlar.

La ley de Aduana de Rosas afectó a los comerciantes extranjeros, cuyas actividades sufrían reducción. Con Corrientes la relación no se pudo componer, a pesar de haber sancionado el proteccionismo demandado, pues su posición se complicaba con la del Paraguay. Rosas, efectivamente, estableció fuertes tarifas para el tabaco y la yerba, que venían de ese país, pero que también producía Corrientes. Como no se podía diferenciar a esos productos por su origen, era preciso gravar fuertemente a los que entraban a Buenos Aires desde cualquier origen, afectando así a Corrientes. Por otra parte, al no conceder la libre navegación de los ríos, continuó ahogando a la economía de ésa y otras provincias ribereñas.

LA ACTIVIDAD CULTURAL DURANTE EL REGIMEN DE ROSAS

La persecución a los opositores y la eliminación de la prensa independiente (salvo el periódico inglés *British Packet*) dificultaron la actividad cultural y docente. Ante los apremios económicos ocasionados por el bloqueo francés en 1838, el gobierno suspendió su apoyo económico a la Universidad y a las escuelas secundarias y a las primarias de los barrios ricos, cuyos estudiantes debieron pagar una matrícula a partir de entonces.

Se dio mayor injerencia al clero en la educación común, y fueron reintroducidas en el país las órdenes religiosas, incluso la jesuita, cuyas actividades se habían visto muy cercenadas en la época de Rivadavia. Hubo intolerancia hacia los protestantes, pero en este campo Rosas supo contemporizar, pues no le convenía antagonizar a la importante comunidad británica, que fue autorizada a abrir un templo anglicano. Se promovió un fuerte desarrollo de las escuelas privadas, incluyendo varias organizadas por ingleses y otros extranjeros, más protegidos de la influencia oficial.

Aunque los profesores tenían que dar manifestación de fe federal, muchos lo hacían sólo por formalidad, y en los ambientes educacionales se mantenía un sentimiento de oposición. Uno de los profesores que más influyó a su generación fue Diego Alcorta, médico que además enseñaba Filosofía, ampliamente reconocido como maestro, y que aun permaneciendo en el país dio a sus discípulos ejemplo de independencia de criterio.

En la investigación científica se distinguió Francisco Javier Muñiz, estudioso de la Paleontología y precursor de los trabajos de Ameghino sobre la fauna y flora pampeana.

Entre los visitantes estuvo Carlos Darwin, autor de las teorías evolucionistas sobre el origen de las especies, que pasó varios meses en el país y dejó observaciones no sólo naturalistas sino sociales. Impactado por la belleza de las porteñas, que parecen haberlo afectado fuertemente, se empeñó sin éxito en buscar alguna explicación para ese hecho, a su juicio insólito.

Otro visitante fue Alcides d'Orbigy, que después de varios años de viaje por diversos países del continente publicó en Francia su *Viaje a la América Meridional.*

En el sector oficialista la principal luminaria fue el napolitano Pedro de Angelis, que había sido reclutado por Rivadavia y ahora se plegaba sin demasiadas dificultades al poder de Rosas. Sus orígenes eran "carbonarios", o sea que era un liberal muy jugado en la lucha contra el despotismo borbónico, pero adherente al autoritarismo de Napoleón. En el Río de la Plata tuvo intensa actividad periodística, de lucha y de análisis.

Publicaba un resumen de noticias internacionales e interpretaciones de los sucesos argentinos en su *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*, con traducción al inglés y francés para mayor impacto en el extranjero. Al mismo tiempo publicó varios tomos de estudios eruditos y reproducción de documentos históricos, que constituyen un valioso aporte para el conocimiento de la región.

La pintura y la litografía tuvieron un fuerte desarrollo, en parte por obra de artistas inmigrados o de paso, como César Hipólito Bacle, Juan Mauricio Rugendas, Carlos Enrique Pellegrini (padre de quien habría de ser presidente), o argentinos, como Carlos Morel y Prilidiano Pueyrredón. En Morel hay un decidido intento de captar las costumbres populares locales, expresión de sus convicciones federales. En Pueyrredón (hijo del director supremo) se nota más su retratismo de personajes de las clases altas de la ciudad.

En el teatro actuaron Juan Casacuberta y Trinidad Guevara. Hubo también intensa actividad musical.

Hacia 1837, ya consolidado Rosas en el poder, se abrió un período en que parecía que iba a iniciarse una apertura política. Disminuyó la vigilancia sobre los opositores, y varios personajes del régimen, que formaban su sector civilista, promovieron actividades culturales más independientes que las que normalmente se daban en la época. El resultado de este breve florecimiento fue la formación del grupo de intelectuales que los historiadores han bautizado como "generación del 37", cuyas actividades se describirán en el próximo capítulo.

CAPITULO 6

LA GENERACION DEL 37

LA ASOCIACION DE MAYO

La juventud universitaria de Buenos Aires buscó formar núcleos de oposición, así como ambientes donde poder ejercer su libertad de pensamiento y mantenerse informados de novedades internacionales. El librero Marcos Sastre, buen federal pero atento a las ventas, respondió a estas necesidades habilitando, detrás de su negocio, un Salón de Lectura, lugar donde charlar y transmitir chismes, o sea, mantener el uso de las facultades críticas.

Pronto la concurrencia desbordó sus instalaciones y se formó un Salón Literario, aprovechando lo que parecía ser una relativa apertura en el régimen. Sin embargo, las actividades llamaron la atención de la policía y Sastre tuvo que cerrar el salón y liquidar sus libros para evitar complicaciones. Parecido fin tuvo un intento de Juan Bautista Alberdi de fundar un periódico, *La Moda*, supuestamente para "señoritas", sobre temas musicales y literarios, dentro del cual incluía algún material político. Quedaron, de todos modos, de esa etapa del pensador tucumano, varias composiciones musicales, que él ejecutaba con mucha destreza en el piano, haciendo los encantos de las señoritas a las que estaba dirigida su publicación.

Al ver las vías legales cerradas, los jóvenes formaron ese mismo año de 1837 una sociedad secreta, inspirada en las que en Europa luchaban contra el absolutismo, que se llamó Joven Argentina (luego cambiaría su nombre por el de Asociación de Mayo, en el exilio montevideano, en 1846). Esteban Echeverría, que había pasado varios años en París en contacto directo con las luces de la civilización, y que desde que volvió se "peinaba a la Byron" y arrasaba con las chicas y --por motivos diversos-- aun con los muchachos de su clase, fue el iniciador de esta experiencia.[12]

Contó con la colaboración de Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López (hijo del autor del Himno, personaje bien ubicado en el régimen) y Miguel Cané, padre del autor de *Juvenilia*. Luego se formarían filiales en el interior del país y en el exilio, donde se integraron entre otros Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento, gente de menor posición social que los iniciadores del movimiento. Echeverría nos cuenta así su experiencia, recordándola en su *Ojeada retrospectiva* escrita en 1846:

> *Se propuso el que suscribe promover el establecimiento de una Asociación de Jóvenes que quisieran consagrarse a trabajar por la Patria. La sociedad argentina entonces estaba dividida en dos facciones irreconciliables por sus odios, como por sus tendencias, que se habían largo tiempo despedazado en los campos de batalla: la facción vencedora, que se*





apoyaba en las masas populares y era la expresión genuina de sus instintos semibárbaros, y la facción unitaria, minoría vencida, con buenas tendencias, pero sin bases locales de criterio socialista,[13] y algo antipática por sus arranques soberbios de exclusivismo y supremacía. Los unitarios, sin embargo, habían dejado el rastro de una tradición progresista. La generación nueva, educada la mayor parte en escuelas fundadas por ellos, acostumbrada a mirarlos con veneración en su infancia, debía tenerles simpatía o ser menos federal que unitaria. Así era; Rosas lo conocía bien y procuraba humillarla marcándola con su estigma de sangre.

Considerábamos que el país no estaba maduro para una revolución material, y que ésta, lejos de darnos Patria, nos traería o una Restauración (la peor de todas las revoluciones) o la anarquía, o el predominio de nuevos caudillos. Creíamos que solo sería útil una revolución material que marcase un progreso en la regeneración de nuestra Patria. Creíamos que antes de apelar a las armas para conseguir ese fin, era preciso difundir, por medio de una propaganda lenta pero incesante, las creencias confraternizadoras, reanimar en los corazones el sentimiento de la Patria, amortiguado por el desenfreno de la guerra civil y por los atentados de la tiranía, y que solo de ese modo se lograría derribarla sin derramamiento de sangre.

El punto de arranque, como decíamos entonces, deben ser nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestro estado social. Pocos sospechaban que el progreso es la ley de desarrollo y el fin necesario de toda sociedad libre, pero cada pueblo, cada sociedad tiene sus leyes o condiciones peculiares de existencia. En que un pueblo camine al desarrollo y ejercicio de su

actividad con arreglo a esas condiciones peculiares de su existencia, consiste el progreso normal, el verdadero progreso. [14]

LAS TEORIAS SOCIALES DE LA GENERACION DEL 37.

Con parecido criterio evolucionista, Alberdi mantendría, también en un escrito de la época del exilio, que "hay en la vida de los pueblos, edad teocrática, edad feudal, edad despótica, edad monárquica, edad aristocrática, y por fin edad democrática". En esta secuencia era preciso reconocer la inevitabilidad de las etapas, aceptando, como decía el poeta y político conservador francés Chateaubriand, que el futuro de la humanidad es la democracia, pero --agregaba Alberdi para evitar entusiasmos fuera de lugar-- "el modo de que no sea futura, ni presente, es empeñarse en que sea presente, porque el medio más cabal de alejar un resultado es acelerar su arribo con imprudente instancia". Es así como se podía decir que "Rosas es un mal, y un remedio a la vez", pues "en donde haya repúblicas españolas, formadas de antiguas colonias, habrá dictadores llegando a cierta altura del desarrollo de las cosas".[15]

A pesar de esta moderación teórica, las autoridades no se dejaron engañar, y pronto los más destacados tuvieron que refugiarse en la vecina orilla. Hubo algunos intentos, como el de Echeverría, de "irse a la estancia" para pasar ahí inadvertidos, pero no les sirvieron por mucho tiempo. Otros sobrevivieron en la capital, disminuyendo su compromiso político, y beneficiándose de la buena posición federal de sus familias.

En realidad, cuando la generación del 37, por boca de sus principales intérpretes, argumentaba que había que ir lentamente en la evolución social, sin saltearse etapas, tenía dos objetivos en vista. Por un lado, se trataba de no saltearse la "etapa despótica", que Francia o Inglaterra habían pasado bajo un Luis XIV o un Enrique VIII, cuyo equivalente local sería Rosas. Este argumento iba dirigido contra los antirrosistas extremos, en general del Partido Unitario, dispuestos a cualquier maniobra, a cualquier violencia, con tal de derribar al tirano. Pero, por otra parte, también existía el objetivo de apaciguar a los que querían llegar demasiado de prisa a la "etapa democrática", o sea a los liberales más radicales.

Ya en una generación anterior, Simón Bolívar había dicho que las instituciones federales norteamericanas, o aun las monárquicas parlamentarias de Gran Bretaña, no se aplicaban a nuestros países por ser "demasiado perfectas", o sea, demasiado complejas. Para evitar la oscilación entre "anarquías demagógicas o tiranías monocráticas" era necesario a su juicio concentrar en mayor medida el poder en el Ejecutivo, dentro de una legalidad que no coartara excesivamente sus movimientos.[16] La posición contraria, recomendada desde inicios de la independencia por un numeroso sector de liberales más radicales, afirmaba que justamente para destruir las características "asiáticas", o sea feudales o autoritarias, de nuestra cultura, era necesario aplicar un revulsivo fuerte, que hiciera reaccionar a la población y rompiera con sus viejos hábitos.



En la secuencia de Alberdi --que no es meramente retórica-- entre el despotismo y la democracia están las importantes y bien largas etapas de la monarquía (constitucional, como la británica) y de la aristocracia, o sea el régimen de voto restringido, otorgado sólo a quienes tenían un cierto nivel de educación o de recursos económicos.

El problema es que la secuencia, en este aspecto, no era tan unilineal como podría desprenderse del texto de Alberdi. Porque ya en esos momentos bajo el "despotismo" se aplicaba la "democracia", por obra de Rosas, cuyo genio político consistía precisamente en combinar ambos aspectos. Echeverría, en su citada *Ojeada retrospectiva*, se refiere muy detalladamente al tema del voto:

> *La ley de la Provincia de Buenos Aires de 14 de agosto de 1821 concedía el derecho de sufragio "a todo hombre libre, natural del país o avecindado en él, desde la edad de veinte años". Lo diremos francamente. El vicio radical del sistema unitario, el que minó por el cimiento su edificio social, fue esa ley de elecciones, el sufragio universal. El partido unitario desconoció completamente el elemento democrático en nuestro país. Reconociendo en principio la soberanía del pueblo, debió, sin duda, parecerle antilógico no concederle amplio derecho de concurrir al único acto soberano (salvo el de la fuerza) en que un pueblo como el nuestro hace alarde de su soberanía. Pero acostumbrado a mirarlo en poco, se imaginó tal vez que no haría uso, o no abusaría de ese derecho. Todo era una ficción: una tercera parte del pueblo no votaba, otra no sabía por qué ni para qué votaba. El partido unitario desconoció el elemento democrático. Estableció el sufragio universal para gobernar en forma por él; pero, en su suficiencia y en sus arranques aristocráticos aparentó o creyó poder gobernar por el pueblo, sin el pueblo y a pesar del pueblo; y se perdió y perdió al país con la mayor buena fe del mundo. Rosas tuvo más tino. Echó mano del elemento democrático, lo explotó con destreza, se apoyó en su poder para cimentar la tiranía. Los unitarios pudieron hacer otro tanto para fundar el imperio de las leyes.* [17]

Aquí Echeverría no está acusando a los unitarios de haber sido demasiado "democráticos" al establecer el sufragio universal, aunque por cierto la institución era democrática en principio. La falta que Echeverría encuentra en los unitarios es más bien haber usado un régimen no adaptado a la realidad del país, y haber creído, equivocadamente, que ellos lo podrían controlar a su antojo.

Para Echeverría el pueblo era, por cierto, manipulable, pero las reglas necesarias para hacerlo eran complejas, y las conocía mejor Rosas que sus enemigos. No es que Rosas fuera más capaz que ellos, sino que ocupaba, sin necesariamente proponérselo, un lugar social desde el cual se podía lanzar la fórmula política del autoritarismo con apoyo popular, basada en saber aceptar las características culturales de esa masa, y darles expresión, dosificando sabiamente las concesiones y los límites. El problema es que no es fácil ubicar a este autoritarismo popular en la secuencia histórica planteada por Alberdi,

sea porque no existen realmente leyes que rigen los cambios sociales de manera tan firme, o bien porque ellas son más complejas y no pueden reducirse a secuencias unilineales.

LOS EXILIADOS EN URUGUAY Y CHILE

El principal lugar de concentración de quienes tenían que emigrar era, por supuesto, Uruguay. En menor medida Chile y, ocasionalmente, Bolivia y Brasil. En Uruguay los argentinos se vincularon muy estrechamente a las facciones locales y participaron al máximo en las luchas civiles de ese país, cuya nacionalidad en aquella época no estaba aún claramente diferenciada de la argentina.

Había una fuerte heterogeneidad dentro de la comunidad argentina de Montevideo. Se podían contar por lo menos tres grupos: el unitario tradicional, el federal lomo negro, y el de la nueva generación de la Joven Argentina. Este último grupo pretendía independencia respecto de los demás, y por otra parte era demasiado recién llegado, teniendo un pasado de convivencia si no colaboración con el rosismo.

Los unitarios no habían visto con demasiado buenos ojos los intentos de esos jóvenes intelectuales de "explicar" a Rosas y justificar una cierta colaboración con ese régimen. Es posible, por otra parte, que la emigración de esos jóvenes, en 1838, haya tomado la ocasión del conflicto con Francia --que veremos en el próximo capítulo-- iniciado con un bloqueo por la escuadra de ese país, y como resultado del cual se podía prever la próxima caída de Rosas.

Prácticamente todos los exiliados se ligaron al Partido Colorado, una de las dos facciones que se dividían las preferencias de los orientales. El jefe de ese partido era Fructuoso Rivera, un caudillo no demasiado distinto a los federales, pero aliado a los liberales de ambas orillas del Plata. Su enemigo era Manuel Oribe, del Partido Blanco, más afín a los federales y aliado de Rosas.

Los colorados eran fuertes en la ciudad de Montevideo, entre la clase media y dentro de las muy numerosas comunidades de inmigrantes europeos. Esas comunidades incluían a muchos que eran también perseguidos políticos, especialmente los italianos que huían de la represión austríaca. Otros llegaron después del fracaso de las revoluciones liberales de 1830 o de 1848. Entre esos emigrados estaba Giuseppe Garibaldi, luego héroe de la unificación italiana, y otros discípulos de Giuseppe Mazzini, teórico de la república progresista, que llegó a estar, como Garibaldi, asociado a la Primera Internacional fundada por Karl Marx y otros revolucionarios en 1864.

Hacia los años 30 ó 40 del siglo pasado las diversas tendencias desde el liberalismo hacia la izquierda estaban bastante mezcladas, y sus reflejos se notaban también en los países del Plata. De ahí el uso ambiguo por Echeverría de la palabra "socialista" para designar a su libro en que planteaba las creencias de la nueva generación. Con el tiempo las aguas se separaron, en parte como reacción ante los coletazos de la revolución de 1848 en Francia, donde después de la etapa liberal de febrero se dio un intento obrero y socialista en junio, fuertemente reprimido.



En etapas tempranas de los procesos europeos muchos intelectuales de la Generación de 1837, así como algunos de orientación federal "cismática" o provinciana, simpatizaban con aspectos que podían llamar vagamente socialistas. Uno de los portadores de esas ideas fue Francisco Bilbao, intelectual chileno, equivalente en alguna medida de Echeverría, quien vivió exiliado en la Confederación Argentina, en Paraná y en Buenos Aires. Mitre y Sarmiento también pasaron por etapas de simpatía hacia alguna forma de ideas socialistas --o eran acusados de ello por sus adversarios-- y la prédica de Pierre Leroux, uno de los creadores de la palabra "socialismo", era muy acogida en el Plata. Las últimas novedades en general llegaban a través de la *Revue des Deux Mondes*, publicada en París y ávidamente leída por los jóvenes que querían estar al día con lo que sucedía del otro lado del océano.

En Chile el sistema político, unitario, bajo dominio de los conservadores, llamados "pelucones", estaba más estabilizado que en el Río de la Plata. Los opositores eran los liberales federales, de tipo dorreguista, llamados despectivamente "pipiolos", lo que se refería a su modesta condición social.

Los emigrados argentinos, que al elegir Chile optaban por un menor compromiso político que los que en Montevideo vivían de complot en complot, tendían a colaborar con el gobierno local. Este, aunque conservador, era civilista, y la solidez institucional del país permitía un sensible desarrollo económico y educacional. Sarmiento fue uno de los que ascendió a posiciones bastante elevadas en el gobierno, llegando a estar a cargo de la Escuela Normal, y recibiendo un apoyo para viajar a Europa a estudiar la educación, oportunidad que aprovechó para hacer conocer su libro sobre Facundo. Alberdi también pasó en Chile la época de Rosas, llegando a tener una holgada posición como abogado y publicista.

CAPITULO 7

LA OPOSICION ARMADA A ROSAS

COMPLICACIONES INTERNACIONALES: EL BLOQUEO FRANCES Y LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA

En 1836, mientras Rosas se consolidaba en su segundo período, en Uruguay el líder colorado Rivera se rebelaba contra Oribe, presidente constitucional, pero era derrotado. Oribe inmediatamente expulsó del país a los más connotados unitarios --Rivadavia, Agüero, Valentín Alsina-- obligándolos a refugiarse en Santa Catarina, en el sur de Brasil. Pero al año siguiente Rivera vuelve a levantarse, esta vez con éxito, asumiendo en 1838 la presidencia y

llamando a los argentinos de su doble exilio brasileño. Ahora le tocaba a Oribe refugiarse en la Argentina, entrando a funcionar en los ejércitos de Rosas.

La situación internacional era compleja porque en 1837 Chile había declarado la guerra a la Confederación Perú-Boliviana, unión de los dos países bajo la dirección del presidente boliviano Andrés Santa Cruz. La Argentina, por intermedio de Rosas, se plegó a este conflicto, alegando interferencias de Santa Cruz en las provincias norteñas. Alejandro Heredia, gobernante federal de Tucumán, fue designado jefe del ejército aunque, sin muchos recursos, la campaña apenas se redujo a defenderse de algunas incursiones bolivianas en Jujuy y Salta. La victoria le correspondió a Chile, que envió un fuerte ejército y después de la exitosa batalla de Yungay provocó la caída del gobernante del altiplano y la disolución de su proyecto unificacionista.

En coincidencia con estos conflictos, se produjo otro entre Rosas y el comandante de la fuerza naval francesa en el Plata, almirante Luis Leblanc. En aquella época era común que las grandes potencias mantuvieran fuerzas navales surtas en puertos neutrales, bajo condiciones de paz, como parte de su estrategia de desplegar sus fuerzas a lo largo de todo el mundo. También potencias menores, como Italia, mantenían barcos en el Plata, donde existían ya entonces suficientes connacionales, y relaciones comerciales.

Por una ley de la provincia de Buenos Aires, los extranjeros con más de dos años de residencia podían verse obligados a enrolarse en las milicias ante situaciones de emergencia. Los ingleses estaban exceptuados por el Tratado que se había firmado en 1825, cuando esa nación había reconocido nuestra independencia. Los franceses ahora pedían el mismo tratamiento, lo que no fue acordado. Como represalia, iniciaron un bloqueo del comercio de Buenos Aires, en marzo de 1838. El conflicto, estrictamente hablando, era entre Francia y la provincia de Buenos Aires, no con el resto de la Confederación.

LA OPOSICION INTERNA: EL CICLO DE LAVALLE (1839-1841)

El conflicto con Francia hacía presagiar una próxima caída de Rosas, ahogado su comercio y sus fuentes de ingresos por el bloqueo francés. Esto levantó una ola de especulaciones políticas, tanto entre unitarios como entre federales.

En Corrientes, Genaro Berón de Astrada había sido electo gobernador. Junto a Estanislao López trató de conseguir que los franceses limitaran su bloqueo al comercio porteño, no al que quisiera remontarse aguas arriba. Este "cortarse solos" no era, claro está, muy leal hacia la Confederación. La negociación fue llevada a cabo por Domingo Cullen, de Santa Fe, quien a poco asumió la gobernación de su provincia por muerte de López. Llevando más adelante su disidencia, le retiró la representación de las Relaciones Exteriores (que se renovaba cada año) a Rosas, y junto a Berón de Astrada demandó la inmediata reunión de un Congreso Constituyente nacional.



El conflicto se encendió y Rosas envió algunas fuerzas para deponer a Cullen, reemplazándolo por el hermano del desaparecido Estanislao López,



Juan Pablo. La cosa se había complicado aún más, porque los franceses, de acuerdo con el uruguayo Rivera, habían enviado una misión por las provincias para conseguir que éstas retiraran la representación a Rosas y se avinieran a un acuerdo con Francia. Finalmente, Rosas consiguió que Cullen, refugiado en Santiago del Estero, le fuera entregado por Felipe Ibarra, y lo fusiló al ingresar a territorio de Buenos Aires (junio de 1839).

Para este entonces, la guerra civil se había extendido a todo el territorio nacional, estimulados los opositores a Rosas por la perspectiva de complicaciones de éste con el extranjero. En Tucumán el gobernador Alejandro Heredia fue asesinado, al parecer por motivos pasionales, pero por gente amiga de los unitarios, quienes estaban dirigidos por Marco Avellaneda, que asumió la gobernación. Al poco tiempo, todo el interior estaba en manos de los unitarios, formando una Coalición del Norte, como en tiempos del Gral. Paz.

Paralelamente, Berón de Astrada entraba en un pacto con Rivera, y juntos declaraban en febrero de 1839 la guerra a Rosas, nombrando al Gral. Lavalle jefe de las fuerzas armadas conjuntas. En un principio, estaban decididos a actuar independientemente de los franceses, pero las exigencias de la lucha con un enemigo común los llevó a colaborar con los extranjeros en esta guerra que era civil e internacional al mismo tiempo. Los exiliados argentinos que actuaban en Montevideo formaron una Comisión Argentina, con predominio de viejos unitarios, que actuó como asesora de los movimientos políticos de las fuerzas antirrosistas.

Aprovechando la ocasión, los opositores porteños a Rosas también iniciaron un movimiento, el denominado de Los Libres del Sur. Estos, que incluían a Pedro Castelli --sobrino del miembro de la Primera Junta-- eran en su mayoría estancieros, disconformes con la manera en que Rosas manejaba la economía de la provincia. En la mayoría de los casos eran enfiteutas, y el gobierno había decidido elevar el pago anual ("canon") que les correspondía, y además no renovar en una amplia zona del sur las concesiones. Esto los obligaba a perder sus posesiones, salvo que se decidieran a comprar las tierras, lo que implicaba un costo elevado, por comparación a su situación anterior.

Estas presiones económicas, unidas a la molestia por las consecuencias del bloqueo --atribuible a la política irrazonable de Rosas-- hicieron que los hacendados del Sur prestaran oídos atentos a la prédica que los opositores ideológicos a Rosas hacía tiempo ensayaban en ese medio. Entre ellos estaba nada menos que el coronel Ramón Maza, hijo del presidente de la Legislatura y alto personero del régimen, Manuel Vicente Maza.

Rosas pudo salir de este berenjenal, que por cierto amenazaba muy seriamente su supervivencia. La lucha se dio de la siguiente forma:

(1) En el frente del Litoral, sus segundos Juan Pablo Echagüe y Justo José de Urquiza vencieron a Berón de Astrada, a quien dieron muerte, en marzo de 1839. Sin embargo, el nuevo gobernador, el reelecto Pedro Ferré, siguió la guerra, asumiendo el Gral. Lavalle la dirección de la misma.

(2) En el frente del Sur, una delación permitió descubrir la participación de

los Maza, que condujo al fusilamiento del hijo y el asesinato del padre por un grupo de la Mazorca (junio de 1839). Cuando los complotados hicieron su levantamiento en Dolores (octubre de 1839) no consiguieron mucho apoyo, y fueron derrotados en Chascomús, siendo ajusticiados sus jefes.

(3) Lavalle, que había llegado con tropas de Corrientes hasta las cercanías de Buenos Aires usando los barcos franceses para pasar el Paraná, se dio cuenta de que no contaba con apoyo en la campaña. Como no tenía suficientes tropas, su estrategia se basaba en la convicción de que la población local se levantaría contra Rosas, lo que no ocurrió. Ante la decepción de toda la opinión pública antirrosista de la ciudad de Buenos Aires, que esperaba la llegada del Ejército Libertador, éste tuvo que retirarse a fines de ese año 1840 hacia el interior del país, pues no contaba con fuerzas suficientes para atacar a la ciudad de Buenos Aires. Otro factor que decidió su retiro fue que Rosas había llegado a un acuerdo con los franceses, en la Convención Arana-Mackau de octubre de 1840, por lo que Lavalle ya no podía contar con el apoyo de la escuadra bloqueadora.

RETIRADA Y MUERTE DE LAVALLE

En su retirada, Lavalle pasó por Córdoba, donde pocos meses antes un golpe unitario había establecido un gobierno amigo. Además, contaba con el veterano Gral. Gregorio Aráoz de Lamadrid y con el apoyo de las provincias de la Coalición del Norte, inspiradas por Marco Avellaneda, gobernador de Tucumán. Pero en su retirada Lavalle sufrió una derrota en Quebracho Herrado. Hostilizado por fuerzas dirigidas por Angel Pacheco, Manuel Oribe y Félix Aldao, con diversas alternativas de éxitos y fracasos, llegó a Tucumán. Cerca de esa ciudad, en Famaillá, sus tropas, junto a las reclutadas por el gobernador Marco Avellaneda, fueron derrotadas en setiembre de 1841. La represión fue muy dura, incluyendo el degüello de Avellaneda y la exhibición de su cabeza en la punta de una lanza en la plaza pública, costumbre ésta habitual en las guerras civiles de aquella época y empleada por ambos bandos.

Lavalle tuvo que retirarse hacia el norte, y en Jujuy fue finalmente alcanzado por una partida que lo baleó cuando alojaba en una casa de la ciudad, en octubre de 1841. Desde ahí sus hombres llevaron su cadáver hasta Bolivia, en una larga marcha, para evitar que también su cabeza terminara en una pica.

Con este desenlace, todo el interior, salvo Corrientes, volvía a ser controlado por Rosas y su ejército, que se estaba fogueando como fuerza capaz de actuar a escala nacional, ya no sólo local.

EL TERROR (1840-1842)

Durante el asedio de Lavalle a Buenos Aires la resistencia del régimen acudió al terror para acallar las protestas de los opositores y sus posibles

connivencias con el ejército unitario. La Mazorca recibió libertad de acción, cometiendo sinnúmero de excesos, muchos de ellos no planeados por el gobierno. Este incluso en algunos casos trató de poner coto a esos desmanes, pero de hecho dejaba hacer a los niveles medios de la organización policial, que aprovechaban para desahogar odios personales, o beneficiarse con el robo de los bienes de los perseguidos políticos. El gobierno, por su parte, ordenaba la incautación de los bienes de los opositores recalcitrantes, especialmente de los emigrados. En algunos casos se trataba de la confiscación de sus bienes, en otros de una temporaria apropiación de ellos y del uso de los ganados para financiar al ejército.

Un contemporáneo, el padre Rafael Berdugo, describía así el funcionamiento de la Mazorca:

> *Se compone de dos clases de hombres: los unos, carniceros, abastecedores y gente de cuchillo acostumbrada a degollar reses. Otros, de más humanos principios y decencia que, por asegurar sus bienes, o por evitar alguna persecución, o ser públicos empleados, u otros motivos forzosos, han dado sus nombres. Para empeñar (a éstos), apenas se alistan, reciben orden o de hacer algún degüello, o de allanar alguna casa y golpear a las mujeres, para que con hechos semejantes, perdido el primer miedo y dado el primer paso en el camino, no se detengan en lo demás, y queden de tal manera comprometidos, que no puedan retroceder sin peligro de la vida. Así es que cuando reciben órdenes se los ve reunidos en grupos aterradores, uniformados de chaleco colorado, poncho, sable, puñal y pistola, paseando las calles que o enlutan o consternan, o recorriéndolas con gritos de vivas y mueras, siendo uno o más cohetes la fatal señal de su reunión o ejecución de sus horrorosas hazañas.* [18]

Sarmiento hacía una comparación con la "Sociedad del Diez de Diciembre", organizada por Luis Napoleón en Francia, base de las movilizaciones populares que le ayudaron a alcanzar el Imperio después de un plebiscito que convalidó su golpe de Estado de 1851:

> *Su grito de orden era Viva el Emperador!, sus medios de influencia sobre la opinión, hacer grupos en la calle, dar gritos de Viva el Emperador, y dar de bastonazos y de golpes a los que gritasen Viva la República!. Se organizaba un poder coercitivo extra-legal para representar o fingir la voluntad del pueblo, con el ánimo de subvertir las instituciones de la República.*
> *Siendo la soberanía del pueblo el principio fundamental en que reposan los gobiernos modernos, de ella debía salir el instrumento de opresión y de destrucción de esa misma soberanía.* [19]



La ola de represión terrorista duró desde setiembre de 1840 hasta casi todo el año 1842, en que comenzó a amainar.

LA OPOSICION INTERNA: EL PRIMER CICLO DE PAZ EN CORRIENTES (1840-1842)

Durante el año 1838, mientras arreciaba la tormenta creada por los franceses, los Libres del Sur y los correntinos, Rosas decidió liberar al Gral. Paz. Quería con esto dar una señal a un sector independiente de opinión, y quizás esperaba poder contar con los servicios de ese general, en la lucha contra un enemigo extranjero. Esto, sin embargo, no se dio, y en 1840 el Gral. Paz se fugó hacia Montevideo, dispuesto a continuar el combate.

Pronto Paz se puso al servicio de la provincia de Corrientes, que seguía dirigida por Pedro Ferré. Este concertó un tratado con el Paraguay, en julio de 1841, incluyendo aspectos militares y de comercio y navegación. La provincia, habiendo retirado la representación de Relaciones Exteriores a Rosas, actuaba asumiendo su soberanía en esos aspectos. También llegó a una alianza con Rivera, quien al mismo tiempo establecía un entendimiento con la República de Río Grande do Sul, separada del Imperio de Brasil desde 1835 a 1845.

Iniciadas las hostilidades entre Corrientes y las tropas del gobernador rosista de Entre Ríos, Pascual Echagüe, éste fue derrotado por Paz en Caaguazú, sobre el río Corrientes (diciembre de 1842). Ante la derrota de su gobernador, la Legislatura entrerriana eligió como su reemplazante a Urquiza, que de este modo llegaba al primer puesto de su provincia, donde ejercería el mando durante muchos años.

Paz, después de su victoria, ocupó Entre Ríos y se proclamó su gobernador. Entró entonces en conflicto con Ferré, que no quería desguarnecer de tropas a su provincia, y con Rivera, el aliado algo inoportuno, que también había invadido la provincia mesopotámica con tropas propias y de Río Grande. Como resultado de estas desavenencias, Paz se retiró del mando, mientras las tropas federales que volvían de la campaña en el Norte contra Lavalle atacaban a Rivera y lo vencían en Arroyo Grande. Ferré debió huir al Paraguay, y Paz a Montevideo, quedando casi todo el país en control de los agentes de Rosas.

Paz había tenido disidencias con muchos de los que luchaban contra Rosas, sobre la política a seguir respecto a posibles separaciones del territorio nacional. En sus Memorias comenta que

> *el presidente López (Carlos Antonio), fuertemente adherido al pensamiento de constituir una república soberana, era un enemigo natural del dictador de Buenos Aires; la alianza del Paraguay y Corrientes era un consiguiente indispensable que, día más o menos, debía verificarse.*
>
> *En ello se negociaba, cuando el señor López acompañó a una de sus cartas un papel sin firma en que proponía la alianza, siempre que se abriese su horizonte (era su expresión) y se le hiciese ver la posibilidad de que Corrientes se constituyese, así como el Paraguay, en estado independiente.* [20]

Sospechando lo que se planeaba, Paz le escribe al gobernador de Corrientes, desde Entre Ríos, diciéndole que

los intereses argentinos no están consultados, ni garantida la nacionalidad en la guerra contra el tirano. Tal es mi opinión, y este convencimiento, que no puedo deponer, me ha determinado a separar completamente mi persona de la actual lucha.[21]

Rivera tenía como proyecto "de máxima" establecer una Confederación que además abarcara a Entre Ríos y Corrientes. Por su lado, los paraguayos soñaban con ser parte, pero dominante, de este conglomerado, obteniendo una salida al Atlántico por vía de Río Grande o del Uruguay. El ajedrez diplomático de la región era bien complicado, y los países podían dividirse como tortas en función de obtener la realización de objetivos nacionales o de facción. No otra cosa se hacía en Europa en aquella época, cuando todavía los límites y aun las mismas identidades nacionales no estaban bien definidas.

En el Río de la Plata, por otra parte, estaba bastante extendida la idea de que alguna vez se podría reconstruir la unidad del virreinato, basándose en la federación de unidades económicamente más sólidas que la mayor parte de las provincias argentinas. Sarmiento, en *Argirópolis* (1851) pensaba en formar con Uruguay y Paraguay unos Estados Unidos del Río de la Plata, con capital en la isla de Martín García, que vendría a ser una especie de Washington del Sur.

El equilibrio de poderes que naturalmente se daría entre Uruguay, Paraguay, y dos o tres regiones argentinas (como la Mesopotamia, la provincia de Buenos Aires y el interior centrado en Córdoba) sería la base de una genuina estructura federal, que no permitiría el predominio incontrastado de Buenos Aires. Para Sarmiento

la especie humana marcha a reunirse en grandes grupos, por razas, por lenguas, por civilizaciones idénticas y análogas. La Italia desde principios de este siglo trabaja por reunirse en una sóla nación, la Alemania aspira al mismo fin, los Estados Unidos del Norte se agrandan por la creación de nuevos Estados y la anexión de los vecinos.
Las repúblicas sudamericanas han pasado todas más o menos por la propensión a descomponerse en pequeñas fracciones, solicitadas por una anárquica e irreflexiva aspiración a una independencia ruinosa, oscura, sin representación en la escala de las naciones.
Los Estados del Plata están llamados, por los vínculos con que la naturaleza los ha estrechado entre sí, a formar una sóla nación. La dignidad y posición futura de la raza española en el Atlántico, exige que se presente ante las naciones en un cuerpo de nación que un día rivalice en poder y en progreso con la raza sajona del Norte, ya que el espacio del país que ocupa en el estuario del Plata es tan extenso, rico y favorecido como el que ocupan los Estados Unidos del Norte.[22]

CAPITULO 8

LAS INTERVENCIONES EXTRANJERAS

EL SITIO DE MONTEVIDEO: LA "NUEVA TROYA" (1842-1851)

El Gral. Oribe, que había vencido a Rivera en Arroyo Grande, ocupó rápidamente casi todo el territorio de Uruguay. Pero la ciudad de Montevideo tuvo tiempo de levantar fuertes defensas, delegando en un primer momento la responsabilidad militar en el experimentado Gral. Paz. Se inauguró entonces un sitio que duró casi diez años, y que fue celebrado por los poetas como reproduciendo la experiencia de la heroica Troya, sitiada por el ejército griego. Pero a diferencia de Troya, la ciudad oriental no cayó bajo el ataque de sus enemigos, y consiguió resistir hasta ser liberada como resultado del pronunciamiento de Urquiza de 1851.

La guerra civil en Uruguay era un fenómeno completamente multinacional. Entre los sitiadores había tropas argentinas y uruguayas, al mando de Oribe. En la ciudad el mando político era ejercido por Rivera o delegados suyos, pero muchos argentinos militaban en la defensa, y también participaban brigadas de los residentes extranjeros, muchos de ellos con antecedentes de luchas nacionales y democráticas en Europa. De la población de 31.000 habitantes de Montevideo, hacia aquella época, algo menos de la mitad eran uruguayos. Los argentinos llegaban a 2.500, y los italianos a más de 4.000, siendo los restantes de otros países europeos.

En agosto de 1843, Florencio Varela, de la Comisión Argentina de Montevideo, partió a Europa en misión oficial del gobierno uruguayo, para solicitar ayuda a Gran Bretaña y Francia. Nuevamente es el Gral. Paz quien nos revela sus reacciones ante este episodio:

> *Cuando el señor don Florencio Varela partió de Montevideo tuvo conmigo una conferencia en que me preguntó si aprobaba el pensamiento de la separación de Entre Ríos y Corrientes, para que formasen un estado independiente; mi contestación fue terminante y negativa. El señor Varela no expresó opinión alguna, lo que me hizo sospechar que fuese algo más que una idea pasajera, y que su misión tuviese relación con el pensamiento que acababa de insinuarme.* [23]



EL SEGUNDO CICLO DE PAZ Y LA ULTIMA REBELION CORRENTINA (1843-1847)

Después de la derrota, en 1842, de la resistencia correntina dirigida por Ferré, el gobierno fue ejercido en esa provincia por una facción federal aliada

de Rosas. Pero a los pocos meses una revolución interna llevó al poder a los hermanos Joaquín y Juan Madariaga, dispuestos a continuar la lucha de su provincia contra el predominio comercial porteño, y por lo tanto contra Rosas. En 1844, después de los primeros enfrentamientos con el gobierno de Entre Ríos (1843), llamaron al Gral. Paz para dirigir sus ejércitos y proseguir la guerra.

Paz aceptó sólo si se le delegaban plenos poderes en el campo militar, lo que abarcaba muchas esferas de acción. Los hermanos Madariaga aceptaron, pero quedó sembrada la semilla de la discordia por la delimitación de esferas de atribuciones. Desde inicios de 1845 Paz ya dirigía las fuerzas correntinas, y hacia fines del año se firmó otra vez una alianza con el Paraguay, que mandó tropas al mando del joven Francisco Solano López, hijo del presidente de ese país, que hacía sus primeras armas en estas lides.

La guerra no fue bien conducida, por disidencias entre los responsables civiles y militares de las operaciones. Uno de los Madariaga, Juan, cayó preso de Urquiza, y desde entonces los hermanos intentaron avenirse con su vecino. El precio fue el exilio de Paz, que emigró a Paraguay para luego establecerse en Río de Janeiro. El tratado de Alcaraz (agosto de 1846) entre los Madariaga y Urquiza aparentemente sellaba su conflicto y retrotraía a Corrientes a la Confederación y a delegar las Relaciones Exteriores en Rosas. Pero una parte secreta del pacto permitía a Corrientes desentenderse de la lucha contra el extranjero y de participar en el sitio de Montevideo. De manera más puramente verbal, se planteó un entendimiento entre los dos gobiernos, que ya evidenciaba un deseo de Urquiza de jugar un rol independiente en la escena nacional.

Rosas no aceptó el tratado de Alcaraz, por los privilegios y autonomía relativa que le confería a Corrientes, con lo cual las hostilidades continuaron, y finalmente Urquiza se impuso en la batalla de Vences (noviembre de 1847), estableciendo un gobernador amigo, Benjamín Virasoro.

LA INTERVENCION ANGLOFRANCESA DE 1845-1848

El sitio de Montevideo, que Oribe dirigía por tierra desde su sede del Cerrito, fue complementado por una escuadra al mando del almirante Brown. Las naves francesas e inglesas apostadas en el río no le permitieron acercarse, con lo cual se inició la intervención extranjera, ya en 1843, aunque por el momento limitada a operaciones de pequeña escala.

Varios intentos de mediación fracasaron, hasta que al final los anglofranceses decidieron bloquear el puerto de Buenos Aires, en setiembre de 1845. Al mismo tiempo, enviaron una parte de su escuadra para remontar el río Paraná y destruir las defensas que se habían establecido en el paraje conocido como Vuelta de Obligado, al norte de la provincia de Buenos Aires. Ahí el Gral. Lucio N. Mansilla intentó impedir el paso, cerrando el río con fuertes cadenas amarradas a barcazas de costa a costa, y colocando baterías en las barrancas. La defensa fue infructuosa (20 de noviembre de 1845), y detrás de

los buques enemigos pasaron numerosos barcos mercantes que llegaron con sus productos hasta Paraguay y Corrientes.

El bloqueo de Buenos Aires continuó, produciéndose diversas gestiones para llegar a un acuerdo y acrecentándose en algunos momentos las tensiones entre Francia e Inglaterra, cuando las estrategias que ensayaban eran distintas. En 1847 los ingleses decidieron levantar el bloqueo, ante la aparente decisión de Oribe, como jefe del gobierno uruguayo instalado en el Cerrito, de aceptar un armisticio. Al año siguiente también Francia decidió suspender las hostilidades, en parte por efectos del cambio revolucionario de gobierno ocurrido en París en febrero de 1848.

En noviembre de 1849 el enviado inglés Enrique Southern firmó un tratado definitivo de paz con la Confederación Argentina. Igual cosa hizo el delegado francés almirante Le Predour en 1850. Ambos tratados robustecieron la posición de Rosas, que finalmente había pasado por todos los escollos y se disponía a liberalizar en alguna medida su régimen. Algunos exiliados, entre ellos el legista Dalmacio Vélez Sársfield, volvían a Buenos Aires y se integraban a los círculos oficiales.

Otros, en cambio, se disponían a jugar una última carta, empleando una cuña del mismo palo: Urquiza. Brazo derecho de Rosas en las luchas de los últimos años, abrigaba desde hacía algún tiempo resentimientos y proyectos que podían hacer sombra al gobernante porteño.



LAS ISLAS MALVINAS

Las islas Malvinas habían sido ocupadas por el gobierno de Buenos Aires en 1820, desplazando a ocupantes ilegales norteamericanos. Desde 1823 el comerciante alemán Luis Vernet, establecido en Buenos Aires, recibió, a cambio de créditos que tenía contra el gobierno, el derecho a explotar los ganados y especies marinas existentes en las islas y obtener tierras en propiedad. En junio de 1829 el gobierno de Buenos Aires organizó una comandancia militar con sede en la isla Soledad, con jurisdicción sobre el Atlántico Sur, nombrando a Vernet gobernador. Este llevó algunos colonos, muchos de ellos de origen inglés, para dedicarse a la caza de ballenas y focas. En 1831, habiendo Vernet prohibido la actividad de pesqueros norteamericanos, fuerzas navales de ese país en represalia atacaron y destruyeron las instalaciones existentes.

Aprovechando este contratiempo, en 1833 Inglaterra envió desde Río de Janeiro un barco de guerra para ocupar las islas, expulsando a una escasa dotación argentina que estaba al mando del comandante José María Pineda. Desde entonces el gobierno de Buenos Aires, y luego el de la República, ha realizado constantes reclamaciones para la devolución de esos territorios.

En 1842 y 1844 hubo intentos de negociación, vinculados con la presión inglesa por cobrar las fuertes sumas impagas del empréstito contratado en la época de Rivadavia. Se exploró la posibilidad de que se retiraran las reclamaciones a cambio de una cancelación de la deuda, pero no se llegó a un acuerdo.

CAPITULO 9

LA CAIDA DE ROSAS

EL PRONUNCIAMIENTO DE URQUIZA

En 1850 ya los proyectos de Urquiza de reemplazar a Rosas en sus funciones eran ampliamente comentados por la opinión pública. Los exiliados de Montevideo lo trataban con gran deferencia, enviándole sus publicaciones, alabando su política de desarrollo económico y enfatizando la necesidad de que se abrieran los ríos a la libre navegación de todas las naciones.

Ese mismo año, con motivo de incidentes fronterizos entre Brasil y Uruguay, Rosas presentó protestas a la Corte de Río de Janeiro, que terminaron en una ruptura de relaciones. En abril de 1851 Urquiza envió cartas a los gobiernos provinciales recomendándoles que aceptaran la renuncia formal que todos los años Rosas realizaba de la delegación de las Relaciones Exteriores. Por su parte, en un Pronunciamiento (el 10 de mayo de 1851) proclamó que Entre

Ríos reasumía el pleno ejercicio de su soberanía y desconocía los poderes conferidos a Rosas. Las hostilidades estaban ya declaradas.

EL PACTO DE URQUIZA CON URUGUAY Y BRASIL

Urquiza, con apoyo del gobernador Virasoro de Corrientes, armó un ejército y firmó un pacto con los gobiernos de Uruguay y Brasil para derrocar a Rosas. Una decisión como ésta, de aliarse a una potencia extranjera para deponer un gobierno nacional considerado tiránico, era altamente discutible y discutida en la época, incluso por quienes se oponían a Rosas. Existía, sin embargo, una larga tradición en los países más desarrollados de apelar a estos medios. Una de sus más celebradas instancias había sido la que llevó a los protestantes ingleses a aliarse con Guillermo de Orange, gobernante holandés, para deponer a Jacobo II, quien amenazaba con convertir al país al catolicismo. También está el ejemplo, menos prestigioso, de los monárquicos franceses de la época de la Revolución de 1789 y del Terror de 1793-1794, que se aliaron, infructuosamente, al extranjero para prevenir los excesos cometidos en nombre de la libertad. En épocas más recientes, los antifascistas alemanes e italianos estuvieron dispuestos a combatir contra el gobierno de su país, aun a costa de pérdidas o divisiones territoriales, por considerar éstas un mal menor que la perpetuación de una tiranía masivamente violadora de los derechos humanos.

En los medios antirrosistas que repetidamente apelaron a este recurso había diversas opiniones al respecto, como las que vimos expresadas por el Gral. Paz. Lavalle también se había opuesto firmemente al uso de recursos extranjeros, hasta que se vio obligado por los acontecimientos a usarlos.



Después de concertada su alianza internacional, Urquiza pasó el río Uruguay y atacó a Oribe, mientras una escuadra brasileña avanzaba hacia el Río de la Plata. Oribe, ante la superior fuerza que lo amenazaba, llegó a un acuerdo y se retiró de la actividad política. El sitio de Montevideo quedó así levantado.

Ahora las fuerzas uruguayas y los argentinos emigrados se plegaron al ejército de Urquiza, y con otras tropas llegadas desde Brasil formaron el llamado Ejército Grande, que avanzó hacia la ciudad de Buenos Aires. En el trayecto ocurrió un motín de los integrantes de un cuerpo de unos 700 hombres dirigidos por el Cnel. Aquino, que asesinaron a su jefe y se dispersaron. Pero la disciplina evitó que este ejemplo cundiera, y el ejército llegó a las afueras de Buenos Aires, enfrentando en Monte Caseros a las fuerzas de Rosas, dirigidas por el Cnel. Martiniano Chilavert. La victoria estuvo del lado de Urquiza, el 3 de febrero de 1852, quien hizo gran número de prisioneros y se apoderó de casi todo el equipo enemigo.

DESENLACE Y EXILIO

Al confirmarse su derrota, Rosas se refugió en un barco inglés, y partió hacia Southampton, en Gran Bretaña, en cuyas cercanías vivió hasta el fin de sus días. Allá recreó su ambiente rural, alquilando una chacra, donde recibía a menudo visitantes de su país. Uno de ellos fue Juan Bautista Alberdi, que estuvo allá cinco años después de Caseros y dejó la siguiente descripción de su encuentro.

Anoche conocí a Rosas. Al ver su figura toda, le hallé menos culpable a él que a Buenos Aires por su dominación, porque es la de uno de esos locos y medianos hombres en que abunda Buenos Aires, deliberados, audaces para la acción y poco juiciosos. Buenos Aires es la que pierde de concepto a los ojos del que ve a Rosas de cerca. Cómo ha podido este hombre dominar ese pueblo a tanto extremo, es lo que se repite uno dentro de sí al conocerle. Después de la mesa, cuando se alejaron las señoras, habló mucho de política; casi siempre se dirigió a mí, y varias veces vino a mi lado. Habla con respeto y moderación de todos sus adversarios, incluso de Alsina. Habló mucho de caballos, de perros, de sus simpatías por la vida inglesa, de su pobreza actual, de sus economías, de su caballo y de los caballos ingleses. No es ordinario. Está bien en sociedad. Tiene la fácil y suelta expedición de un hombre acostumbrado a ver desde lo alto el mundo. Y, sin embargo, no es fanfarrón ni arrogante, tal vez por eso mismo, como sucede con los lores de Inglaterra, las más suaves y amables gentes de este país. Me dijo que no había sacado plata de Buenos Aires, pero, sí, todos sus papeles históricos, en cuya autoridad descansaba. El dice que guarda sus opiniones, sin perjuicio de su respeto por la autoridad de la nación. [24]

Quince años más tarde lo visitó con su padre el joven Ernesto Quesada, que luego sería su biógrafo, y que dejó esta transcripción de lo que les dijo Rosas en ese encuentro:

El reproche de no haber dado al país una constitución me pareció siempre fútil, porque no basta dictar "un cuadernito", como decía Quiroga, para que se aplique y resuelva todas las dificultades: es preciso antes preparar al pueblo para ello, creando hábitos de orden y de gobierno, porque una constitución no debe ser el producto de un iluso sino el reflejo exacto de la situación de un país. Siempre repugné a la farsa de las leyes pomposas en el papel y que no podían llevarse a la práctica. La base de un régimen constitucional es el ejercicio del sufragio, y esto requiere, no sólo un pueblo consciente y que sepa leer y escribir, sino que tenga la seguridad de que el voto es un derecho y a la vez un deber. Siempre he creído que las formas de gobierno son un asunto relativo, pues monarquía o república pueden ser igualmente excelentes o perniciosas, según el estado del país respectivo. El grito de "constitución", prescindiendo del estado del país, es una palabra hueca. Y a trueque de escandalizarlo a usted, le diría que, para mí, el ideal de gobierno sería el autócrata paternal, inteligente, desinteresado e infatigable, enérgico y resuelto a hacer la felicidad de su pueblo, sin favoritos ni favoritas. Por esto jamás tuve ni unos ni otras; busqué realizar yo sólo el ideal del gobierno paternal, en la época de transición que me tocó gobernar. He despreciado siempre a los tiranuelos inferiores y a los caudillejos de barrio, escondidos en la sombra: he admirado siempre a los dictadores autócratas que han sido los primeros servidores de sus pueblos. [25]

No está claro hasta qué punto estas frases revelan lo que realmente dijo Rosas (al padre de Quesada) en esa ocasión, pero por cierto reflejan sus puntos de vista, expresados en muchas otras ocasiones, quizás mejorados en la redacción por la pluma de quien se había convertido en su admirador. Más espontáneo es este otro testimonio de un visitante peruano, Salustio Cobo, de ideas opuestas, y que le escribe (en 1860) a su amigo el historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna estas impresiones:

Rosas estaba delante de mí.
-No esperaba yo respuesta tan elocuente de parte de Vuestra Excelencia, díjele por saludo.
-No, nada de eso... yo vivo aquí de cualquier modo, contestóme.
El desprendimiento casi nativo de las etiquetas del poder, se veía marcado en el tono con que Rosas profirió esta excusa; la indolencia acomodaticia del huaso, en los modales que la acompañaron, la presteza del que quiere despacharse de un asunto trivial, en el movimiento que hizo al quitarse el sombrero.
-Qué tal lo pasa Vuestra Excelencia con la vida de Inglaterra?
-Bien, paisano. A mí me va bien en todas partes, y particularmente con éstos de por acá a quienes conozco mucho. Treinta años en que no he hecho otra cosa que estudiar al hombre! Y me precio de conocerlo!
-Y qué es de la vida de la señorita Manuelita?
-Me ha faltado; me ha dado un pesar; se ha casado.
-Siento entonces haber traído el hecho...

-No, nada de eso, estamos en la mejor armonía. No sé qué le dio a Manuelita por irse a casar a los treinta y seis años, después que me había prometido no hacerlo, y hasta ahora lo había estado cumpliendo tan bien, por encima de mil dificultades. Me ha dejado abandonado, solo mi alma! Qué hago? estar resignado en mi desgracia y nada más. Yo no fumo, yo no bebo, yo no almuerzo, no como. Todo lo que tomo es una cenita a las diez de la noche, y para eso me la cocino yo con mis manos. [26]

Esta vida monacal era interrumpida cada tanto por las visitas de su hija, y con el tiempo, de los nietos. Así lo cuenta Manuelita en carta a una amiga:

Tus citadas de julio las recibí en casa de Tatita donde estuve acompañándolo tres semanas. Bien comprenderás cuál habrá sido su contento y el nuestro al vernos reunidos, así fue que, aún a pesar de la estrechez de sus ranchos, todos nos creíamos en un palacio, gozando de los mayores confortes.
Pobre Tatita! Con los ojos llenos de lágrimas me dijo varias veces la satisfacción que sentía al verme tan contenta en su pobre morada y te aseguro, Pepita, que realmente lo he sido, salvo algunos momentos de triste consideración al presenciar la necesidad penosa de trabajar sin descanso a que le ha reducido su infortunio. Sus nietos le distraían de tal modo que, después que le dejamos, dice la sirvienta que no hablaba sino de ellos festejando sus travesuras y sobre todo las ocurrencias de Rodrigo, que es idéntico a él en lo bromista. [27]



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Miguel Angel Scenna: *Los militares*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1980; Tulio Halperín Donghi: *Revolución y guerra*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.

2. Miron Burgin: *Aspectos económicos del federalismo argentino*, Hachette, Buenos Aires, 1960; Woodbine Parish: *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata*, Hachette, Buenos Aires, 1958; Juan Alvarez: *Las guerras civiles argentinas*, Eudeba, 6a ed., Buenos Aires, 1984.

3. Pilar González Bernardo: "El levantamiento de 1829", en Horacio Gaggero, comp.: *Estructura social y conflicto político en América Latina*, Biblos, Buenos Aires, 1989.

4. George Reid Andrews: *Los afroargentinos de Buenos Aires*, De la Flor, Buenos Aires, 1989.

5. Carta de Rosas a López, reproducida en Diego Abad de Santillán: *Historia argentina*, TEA, Buenos Aires, 1981, 2a ed., vol. 2 de 5, pp. 265-266.

6. Carta de Lavalle a Paz, del 9 de setiembre de 1829, reproducida en Ignacio Garzón: *Crónica de Córdoba*, La Minerva, Córdoba, 1901-1902, vol. 2 de 3, p. 236.

7. Carta del 29 de setiembre de 1829, ibídem, p. 237-238.

8. Carta del 8 de diciembre de 1829, reproducida por Andrés Lamas: *Revista del Río de la Plata*, 1871-1977, vol. 5, p. 599.

9. Al morir dejó un patrimonio de más de un millón de pesos, cifra muy grande para la época. Para diversas interpretaciones acerca de Quiroga ver Silvestre Pena y Lillo: *Juan Facundo Quiroga en Cuyo*, Mendoza, 1981; Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde: *Facundo y la montonera*, Contrapunto, Buenos Aires, 1987.

10. Adolfo Saldías: *Historia de la Confederación Argentina*, 3 vols, El Ateneo, Buenos Aires, 1951; Julio Irazusta: *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, Buenos Aires, 1953-1961, 5 vols.

11. Diego Abad de Santillán: *Historia argentina*, op. cit, vol. 2, pp. 287, 289, 292.

12. Juan Pablo Feinmann: *Filosofía y nación*, Legasa, Buenos Aires, 1982.

13. El autor usa la palabra "socialista", como era común en la época, casi como equivalente de lo que hoy se llamaría "sociológico". El término aún no estaba sistematizado en su significado, aunque ya había grupos que lo adoptaban como base de una ideología reformista de alto contenido igualitario.

14. Esteban Echeverría, "Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata", publicado en la segunda edición del *Dogma socialista*, realizada en Montevideo en 1846.

15. Juan Bautista Alberdi, «Fragmento preliminar al estudio del derecho» (1837) y «La República Argentina 37 años después de su revolución de Mayo» (1847). En *Obras completas*, 8 tomos, La Tribuna Nacional, Buenos Aires, 1886, vol. 1, 115 y vol. 3, p. 223.

16. Simón Bolívar, "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla", Kingston, Jamaica, 1815, conocida como "Carta de Jamaica", en *Doctrina del Libertador*, Ayacucho, Caracas, 1976.

17. Esteban Echeverría: *Ojeada retrospectiva*, op. cit.

18. Citado en Ignacio Garzón: *Crónica de Córdoba*, vol. 3, pp. 102-103.

19. Domingo F. Sarmiento: "Semblanzas históricas: la Sociedad del Diez de Diciembre y la Sociedad Popular (alias) Mazorca", en *Obras completas*, 52 vols, Luz del día, Buenos Aires, 1950, vol. 13, pp. 153-154.

20. José María Paz: *Memorias póstumas*, 2a ed., 3 vols, Imprenta Discusión, La Plata, 1892, vol. 3, p. 292.

21. *Ibídem*, p. 286-287, nota.

22. Domingo F. Sarmiento: «Argirópolis», en *Obras completas*, vol. 13, pp. 69-70.

23. José María Paz: *Memorias póstumas*, op. cit., vol. 3, p. 377.

24. Reproducido en José Luis Busaniche: *Rosas visto por sus contemporáneos*, Eudeba, Buenos Aires, 1973; 1a ed.1955, pp. 135-136.

25. *Ibídem*, pp. 160-161.

26. *Ibídem*, pp. 137-139.

27. *Ibídem*, p. 149.

CRONOLOGIA DE LA ARGENTINA	**1830-1852**	**CRONOLOGIA INTERNACIONAL**
Golpe militar de Lavalle (diciembre) y fusilamiento de Dorrego.	**1828**	Fin de la guerra entre la Argentina y Brasil. Independencia de Uruguay. Golpe de Estado de Bolívar en Colombia.
Guerra civil entre Lavalle y Rosas. Gobierno interino de Viamonte. Rosas electo gobernador por la Legislatura. El Gral. Paz ocupa Córdoba. Vence a Quiroga en La Tablada.	**1829**	Andrew Jackson, presidente de EEUU. Gobierno federal populista de Guerrero en México (derrocado en diciembre). Revolución conservadora en Chile: Diego Portales organiza nuevo gobierno. Santa Cruz presidente de Bolivia. El empresario socialista "utópico" inglés Robert Owen crea la colonia agraria New Harmony en EEUU.
Oposición unitaria porteña en el exilio. El Gral. Paz derrota a Quiroga nuevamente en Oncativo. Todo el Noroeste en manos unitarias (Liga del Interior).	**1830**	Revoluciones liberales en Francia, donde asume Luis Felipe, y en Suiza, Bélgica y Polonia. Conquista de Argelia por Francia. Rivera presidente de Uruguay. Renuncia y muerte de Bolívar. Venezuela y Ecuador se separan de la Gran Colombia. Auguste Comte publica el *Curso de Filosofía Positiva.*
Tratado del Litoral (Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes). El Gral. Paz es capturado y preso: disgregación de la Liga del Interior.	**1831**	Bélgica, Polonia e Italia luchan por su independencia. Mazzini funda La Joven Italia. Rebeliones obreras en Lyon , Francia. Prédica católica renovadora de Lacordaire, Lamennais y Montalembert. Pronunciamiento militar liberal en Brasil: abdicación de Pedro I, regencia por minoridad de Pedro II.
Clausura de periódicos federales doctrinarios. Rosas rechaza la reelección sin las Facultades Extraordinarias. Elección de Juan R. Balcarce como gobernador.	**1832**	Guizot y Thiers en el ministerio francés. Reforma electoral en Inglaterra: la clase media accede al voto. Continúan las revueltas contra el extranjero en Italia. Gobierno liberal de Santander en Colombia. Condena del Papado al liberalismo y a las doctrinas de Lamennais, que se separa de la Iglesia. Aplicación práctica de la locomotora de Stephenson. Muere Jeremy Bentham, teórico del utilitarismo.

Predominio de los "Lomos Negros" en Buenos Aires, por influjo del Ministro de Guerra E. Martínez. Violentas elecciones de 1833: Lomos Negros versus Restauradores. Revolución de los Restauradores. Gobierno interino de Viamonte: ministerio de conciliación. Campaña al Desierto de Rosas.	**1833**	Muere Fernando VII: se inicia período liberal, y rebelión conservadora Carlista, fuerte en Prov. Vascas. Gobierno liberal fuertemente anticlerical en México: Gómez Farías. Invención del telégrafo eléctrico.
Renuncia de Viamonte. Lo sustituye Maza, por negativa de Rosas a aceptar el gobierno sin Facultades Extraordinarias.	**1834**	Unión aduanera alemana (Zollverein). Santa Anna asume la presidencia e inicia reacción conservadora en México. Los Boers, colonos holandeses, se internan en Africa del Sud. Muere Malthus, estudioso de la población.
Asesinato de Quiroga en Barranca Yaco. Reelección de Rosas con la Suma del Poder Público y la Representación de las Relaciones Exteriores. Ley de aduanas.	**1835**	Gobierno liberal fuertemente anticlerical en España. Oribe electo presidente de Uruguay. Guerra civil en Río Grande do Sul, que se separa de Brasil. Rebelión de Abd-el-Kader en Argelia, contra Francia. Alexis de Tocqueville publica *La democracia en América*.
	1836	Rivera inicia rebelión contra Oribe. Texas declara su independencia de México.
Salón Literario y Joven Argentina	**1837**	Accesión al trono de Victoria, reina de Inglaterra. Se forma la Confederación Perú-Boliviana. Guerra con Chile y Argentina. En México se inicia la República centralista, conservadora. Muere Charles Fourier, socialista "utópico".
Bloqueo francés. Emigración de miembros de la Generación del 37.	**1838**	Inicio de la agitación obrera Cartista en Inglaterra. Rivera depone a Oribe tras una larga guerra civil. Gran Bretaña ocupa el puerto de Aden en Arabia. Uso de barcos a vapor para cruzar el Atlántico.
Levantamiento de Berón de Astrada en Corrientes, en combinación con Rivera y Lavalle. Cullen y los proyectos franceses. Lavalle cruza el Paraná.	**1839**	Agitación en Gran Bretaña contra las Leyes del Trigo (Corn Laws) que protegían la producción local encareciendo el pan.



1839

Derrota y muerte de Berón. Asesinato de Heredia, en Tucumán. Formación de la Coalición del Norte: predominio unitario en el Interior. Los Libres del Sur. Muerte de los Maza. Ferré continúa la lucha de Corrientes contra Rosas.

Derrota de la Confederación Perú-Boliviana en guerra con Chile (Yungay), y caída de Santa Cruz.

1840

Lavalle invade Buenos Aires. Cese del bloqueo francés. Retirada de Lavalle hacia Córdoba y su derrota en Quebracho Herrado.

Pronunciamiento militar fuerza a otorgar "mayoría de edad" a Pedro II de Brasil: monarquía constitucional.
Inicio de la "guerra del opio", debida a la prohibición de ese objeto de comercio por el Imperio Chino. Gran Bretaña ocupa Nueva Zelandia.
El pensador anarquista Proudhon publica *¿Qué es la propiedad?*

1841

Alianza entre Corrientes (Ferré) y Uruguay (Rivera), y de éste con R. G. do Sul. El Gral. Paz dirige la guerra. Marco Avellaneda degollado en Tucumán. Muere Lavalle.

Bulnes presidente conservador de Chile (h. 1851).
Friedrich List publica *Sistema nacional de economía política*, base teórica del proteccionismo industrial.

1842

Urquiza gobernador de Entre Ríos. Por desavenencias con Ferré y Rivera Paz se retira a Montevideo. Derrota y emigración de Ferré.

Agitación antiinglesa en Irlanda.
Invasión de Oribe a Uruguay, Montevideo prepara defensa.
Fin de la "guerra del opio": cesión de Hong Kong a Gran Bretaña, concesiones especiales en otros puertos.

1843

Viaje de Florencio Varela como delegado uruguayo a Londres para solicitar ayuda para su gobierno. Los hermanos Madariaga se levantan en Corrientes contra Rosas.

Sitio de Montevideo. Oribe instala su gobierno en las afueras de Montevideo, en el Cerrito.
John St. Mill publica el *Sistema de lógica deductiva*.

1844

Los Madariaga llaman a Paz para dirigir su ejército.

Guerra de Francia contra Marruecos.
Mazzini funda La Joven Europa.
Carlos Antonio López presidente de Paraguay.
En Gran Bretaña se funda la primera cooperativa de consumo de Rochdale, base de una organización internacional.

1845

Paz forma ejército unido de Corrientes y Paraguay. Rivera, aliado, es vencido por Urquiza (India Muerta). Bloqueo anglofrancés contra Buenos Aires. Batalla naval de Vuelta de Obligado.

Gran hambre en Irlanda, por peste de la papa.
Se crea la Sociedad caritativa católica de San Vicente de Paul en Paris. Engels publica *La condición de la clase obrera en Inglaterra*.

1846

Por disidencias con los Madariaga, Paz deja el mando y se exilia. Tratado de

Abolición de las Leyes del Trigo en Gran Bretaña.





Alcaraz entre Urquiza y Madariaga. Echeverría publica la *Ojeada retrospectiva*.	1846	Se inicia la guerra entre México y Estados Unidos. Invención de la máquina de coser.
Al no aceptar Rosas el Tratado de Alcaraz, se reanuda la guerra y Urquiza vence a los Madariaga en Vences. Gran Bretaña decide levantar el bloqueo.	1847	Liberalización política de Pío IX en el Estado Papal. Fundación de Punta Arenas en el sur de Chile. Invasión francesa de Indochina. Marx y Engels publican el ***Manifiesto comunista***.
Francia levanta el bloqueo.	1848	Revolución republicana (febrero) y represión de la insurrección obrera (junio) en París. Luis Napoleón Bonaparte electo presidente. Revoluciones liberales en casi toda Europa. Insurrección nacional italiana contra Austria. Revolución en Roma, huida del Papa. Declinación del Cartismo en Gran Bretaña. Tratado de paz entre México y EEUU: pérdida de Texas y California. Belzú establece dictadura militar-popular en Bolivia. Gran Bretaña anexa el Punjab, en la India. Muere Jaime Balmes, teólogo y ensayista español.
Tratado firmado entre Argentina y Gran Bretaña.	1849	Intervenciones austríaca y francesa en Italia. Movimientos revolucionarios en Prusia. Proyectos constitucionales del Parlamento Federal alemán en Francfort. Gobierno liberal reformista en Colombia; agitación popular. "Gold rush" en California. John St. Mill publica ***Sobre la libertad***.
Tratado firmado entre Argentina y Francia.	1850	Cavour, ministro en el Reino de Cerdeña (nombre adoptado por la Italia independiente del Norte, centrada en Piamonte y Lombardía). Retorno de Pío IX a Roma. Agitación y represión de la Sociedad de la Igualdad en Chile. Primer cable submarino entre Gran Bretaña y Francia.
Pronunciamieto de Urquiza. Alianza con Brasil y Uruguay. Ataque a Oribe y ocupación de Montevideo. Sarmiento publica ***Argirópolis***.	1851	Golpe de Estado de Luis Napoleón, convalidado por un plebiscito. Inicio de la carrera política de Bismarck en Prusia. Reacción conservadora en Alemania y Austria. Montt presidente de Chile, después de



	1851	vencer una revolución liberal. Reformas laicistas en Colombia. Descubrimiento de depósitos de oro en Australia. Desarrollo del cañón de acero por Krupp. Comte publica el *Sistema de política positiva*, Donoso Cortés el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.
Batalla de Caseros. Exilio de Rosas. Alberdi publica las *Bases*.	1852	Luis Napoleón (Napoleón III) restablece el Imperio en Francia. La nueva Constitución mantiene el sufragio universal masculino. Spencer inicia la publicación de *Principios de Psicología*.



Segunda parte

La organizacion nacional (1852 - 1880)

El liberalismo constitucional



CAPITULO 10

EL ESTADO DE LA OPINION DESPUES DE LA CAIDA DE ROSAS

EL PROBLEMA DEL ORDEN DESPUES DE CASEROS

En el desbande de las tropas porteñas, y ante la falta de vigilancia policial, muchos soldados se dedicaron al pillaje, lo que fue reprimido por Urquiza mandando ajusticiar a todos aquellos encontrados en posesión de bienes de dudosa procedencia. No hay datos ciertos, pero las cifras pueden haber llegado a varios centenares. Por otra parte, los integrantes del cuerpo que había asesinado a su jefe Aquino fueron duramente castigados. Al ser apresados en días sucesivos, fueron todos pasados por las armas. Hubo además excesos por parte de grupos descontrolados, como los que asesinaron a Martiniano Chilavert, que había sido el jefe de las tropas leales en Caseros.



Alberdi

Existía la convicción, en círculos antirrosistas, de que el jefe derrocado tenía amplio apoyo en estructuras de acción reclutadas entre sectores de la población más pobre, mezclados con mandos bajos de las Fuerzas Armadas y la policía, bases de la temida Mazorca. Por eso las nuevas autoridades fueron muy duras en reprimir cualquier intento de protesta, en el que se mezclarían móviles de tipo individual, clasificados como "banditismo", con otros de cariz político, capaces de canalizar el odio popular hacia las clases altas, fueran éstas federales o unitarias. Los ejemplos de saqueos masivos o insurrecciones populares, ocurridos en momentos de debilitación del sistema de control social de las élites, no faltaban en la historia del continente.

En un primer momento Urquiza contó con una gran simpatía en la opinión porteña, principalmente en el amplio sector de clase media y profesional de raíz unitaria y liberal, así como entre los extranjeros, que ya constituían un alto porcentaje de la población de la ciudad. También tuvo el apoyo de la mayor parte de la clase alta rosista, que desde hacía un tiempo pensaba que el régimen autocrático había cumplido su ciclo y producía ahora más dificultades que beneficios. El vuelco de lealtades fue tan impresionante que causó sorpresa en muchos observadores, entre ellos el Encargado de Negocios británico, que consideraba que "nunca fue tan amplia la traición".

De lo que se trataba en realidad era de una ruptura en la coalición que había apoyado a Rosas durante la mayor parte de su mandato. Ciertos sectores de las Fuerzas Armadas locales, especialmente las de frontera contra el indio, la policía, los activistas políticos de la Sociedad Popular Restauradora y sus clientelas en las capas más pobres de la población, siguieron en cambio siéndole fieles bastante tiempo, y no vislumbraban en el nuevo orden demasiadas ventajas inmediatas.

Por otra parte, los conflictos de intereses regionales siempre estaban prontos

a abrir un abismo entre Buenos Aires y Urquiza, cuya fuerza no era tanta como podía parecer contemplando el impresionante desfile de sus tropas victoriosas. Los círculos de emigrados que retornaban a Buenos Aires, fogueados y prestigiados por una larga lucha desde el exilio, no estaban dispuestos a aceptar permanentemente una posición de segundo lugar en la república, por más agradecidos que estuvieran por el derrocamiento de Rosas.

Algunos veían el tema con cierta filosófica paciencia, como Luis Domínguez, futuro historiador, quien ya repatriado le escribía a Félix Frías, aún en París, que si bien Urquiza abrigaba muy fuertes ambiciones, ellas podían canalizarse para bien de todos, y seguramente le daría al país "una organización unitaria en nombre de la Federación". Alberdi, desde Chile, le comentaba al mismo Frías que no había nada que temer de Urquiza, y era preciso moderarse en las expectativas de lo que se iba a conseguir: "con que nos dé un orden pasable, nos habrá dado cuanto espero yo del partido que ha triunfado."[1]

Otros eran más impacientes, entre ellos Sarmiento, quien no podía olvidarse de que Urquiza había sido hasta hacía poco uno de los más sólidos apoyos del gobernante depuesto. El jefe entrerriano, para conquistar a los federales porteños, determinó que era necesario seguir usando el cintillo rojo. Sarmiento se negó, y por fin se autoexilió otra vez. En su manera de pensar combinaba una visión romántica y trágica de la acción personal con una intolerancia hacia las transacciones y los acuerdos, que sin embargo eran en la mayor parte de las circunstancias la materia diaria de la acción política. Por cierto que, una vez llegado al poder o al acercarse a obtenerlo, tanto Sarmiento como otros que podían compartir su actitud tuvieron que hacer más de una adecuación a las realidades.

LA POLEMICA ENTRE ALBERDI Y SARMIENTO

Para Sarmiento, la estrategia --o la combinación de elementos de rigidez y elasticidad-- a emplear contra el caudillismo autoritario, era diversa de la que típicamente representaba Alberdi. Este, en una célebre polémica (*Cartas quillotanas*, 1853), le diría:

> *No es la resistencia, Sr. Sarmiento, lo que deben enseñar los buenos escritores a nuestra América española enviciada en la rebelión: es la obediencia. La resistencia no nos dará la libertad; sólo servirá para hacer imposible el establecimiento de la autoridad, que la América del Sur busca desde el principio de su revolución como el punto de partida y de apoyo de su existencia política.*[2]

Alberdi habla aquí de la obediencia al poder debidamente constituido y enfatiza la necesidad de establecer una autoridad legítima, para oponerse al autoritarismo sin reglas que demasiado a menudo había caracterizado a nuestros gobiernos. Contra ese autoritarismo, señala, no es la mera rebeldía lo que se precisa, aun cuando en algún momento pueda ser necesario apelar al derecho a la insurrección contra la tiranía, como se hizo en Caseros, o el 25 de

Mayo de 1810. Para consolidar un régimen de convivencia civilizada es preciso, en su enfoque, amortiguar algo las demandas para evitar una confrontación que lleve a la violencia y a la guerra civil.

En esa misma polémica de las *Cartas quillotanas* Alberdi criticaba a los primeros constructores de las instituciones libres, en la época de Rivadavia, por no haber intentado "establecer un gobierno que tuviera algo de asiático como el suelo de su aplicación, y en que las reglas del gobierno representativo inglés o norteamericano cediesen de su rigor a las peculiaridades de ese suelo y de esa sociedad". En otras palabras, recomendaba moderar los preceptos de un sistema constitucional con estricta división de poderes, para asegurarse de que las instituciones, aunque fuera en una versión más tosca, al menos consiguieran prender, dadas las difíciles condiciones de la época.

Reconvenía a Sarmiento por no aplicar su propio análisis de Facundo, en que había señalado precisamente las características "bárbaras" o "asiáticas" de nuestra sociedad. Mientras el sanjuanino las señalaba como el blanco contra el cual tirar, Alberdi creía que había que adaptarse a esas condiciones, diseñando instrumentos que funcionaran en ese medio hostil, pues de lo contrario peor sería el remedio que la enfermedad.

Alberdi tenía gran confianza en la operación de las fuerzas económicas, a las que había que liberar al máximo para que produjeran en el menor tiempo posible sus saludables efectos. El progreso económico, inevitablemente, se transformaría también en adelanto institucional y político, apenas se lo supiera canalizar un poco, pero sin forzar las tendencias naturales. Aplicaba un poco lo que Hegel llamaba la "astucia de la Razón", o lo que los cultores de las artes marciales llaman usar la fuerza del adversario para voltearlo. En una de sus expresiones más extremas, años más tarde, Alberdi escribiría:

> *De este inmenso cambio no abrigan perfecta conciencia ni los que lo han realizado, ni los que lo han sufrido, ni los que han ganado, ni los que han perdido. Esto probaría que el cambio se ha impuesto a los unos y a los otros con el poder despótico de la evolución. Somos la obra de leyes y fuerzas naturales que nos hacen y forman sin nuestra intervención, y que nosotros creemos hacer y gobernar a nuestra voluntad.*[3]

Sarmiento era más voluntarista en sus enfoques, y pensaba que había que aprovechar la oportunidad de estar en el poder para introducir al máximo las nuevas instituciones. No le preocupaba tanto como a Alberdi la perspectiva de producir un poco de caos o desorden en el proceso, porque eso podría actuar como elemento vivificador de las energías colectivas. Al contestarle sus *Cartas quillotanas*, en *Las ciento y una*, le resume así sus puntos de vista:

> *Mi viaje a Europa tenía por objeto estudiar, bajo mi punto de vista, las cuestiones de interés público que me interesaba conocer. Dos BASES había sospechado para la regeneración de mi patria: la educación de los actuales habitantes, para sacarlos de la degradación moral y de raza en que han caído, y la incorporación a la sociedad actual de nuevas razas.*[4]

Alberdi, ya desde las *Bases*, publicadas hacía poco, había argumentado que la educación de por sí había casi hecho más mal que bien al país, pues sólo enseñaba a la gente a absorber "el veneno de la prensa electoral, que contamina y destruye en vez de ilustrar". En el mejor de los casos, la educación popular era inocua, y en cuanto a la universitaria, consideraba que había sido "fábrica de charlatanismo, de ociosidad, de demagogia y de presunción titulada". Casi parodiando a Sarmiento, ya en ese libro (publicado en 1852, o sea el año anterior) Alberdi había dicho:

Se hace este argumento: educando nuestras masas, tendremos orden; teniendo orden vendrá la población de fuera.
Os diré que invertís el verdadero método de progreso. No tendréis orden ni educación popular, sino por el influjo de masas introducidas con hábitos arraigados de ese orden y buena educación. Multiplicad la población seria, y veréis a los vanos agitadores, desairados y solos, con sus planes de revueltas frívolas, en medio de un mundo absorbido por ocupaciones graves. Los pueblos litorales, por el hecho de serlo, son liceos más instructivos que nuestras pretensiosas universidades.[5]

Sarmiento, en *Las ciento y una*, le respondía a Alberdi que justamente para tener buenos obreros era necesario educarlos:

Para manejar la barreta se necesita aprender a leer, abogado Alberdi! En Copiapó se paga 14 pesos al barretero rudo, palanca de demoler ciegamente la materia; y 50 pesos al barretero inglés que, merced a saber leer, se le encomiendan las cortadas, socavones y todo trabajo que requiera el uso de la inteligencia. Para manejar un arado se necesita saber leer, periodista-abogado! En Chile es imposible por ahora popularizar las máquinas de arar, de trillar, de desgranar maíz, porque no hay quien las maneje.[6]

Entre ambos existían muchas diferencias, que pueden resumirse en una: Alberdi había decidido apoyar a Urquiza, mientras que Sarmiento estaba del lado de Mitre, que enfrentó en Buenos Aires al vencedor de Caseros. Este parecía querer imponer algunas prácticas autoritarias, ante la situación difícil que se le planteaba en la ciudad que algunos pensaban liberada y otros conquistada.

LAS NUEVAS AUTORIDADES PORTEÑAS

Una vez instalado en la ex residencia de Rosas, lo primero que hizo Urquiza fue designar interinamente gobernador de Buenos Aires a Vicente López y Planes, convocando a elecciones para la Legislatura. López, autor del Himno, había sido presidente de la república durante pocos días, después de la caída de Rivadavia, y era ampliamente respetado en los círculos ilustrados porteños, a pesar de ser suficientemente conviviente con el régimen rosista como para

desempeñar el cargo de presidente de su Corte Superior de Justicia.

Vicente López rechazaba los extremismos que pretendían deshacerse a la brevedad del caudillo entrerriano. En su gabinete incluyó a Valentín Alsina, de firme tradición antirrosista, prócer de los emigrados en Montevideo, y a José Benjamín Gorostiaga, participante en el régimen caído, aparte de su propio hijo, Vicente Fidel, el futuro historiador, quien estaría a cargo de Educación. La conjunción de gente de muy diverso origen, que ahora debía colaborar en la reconstrucción económica e institucional del país, tomó forma en la creación del Club del Progreso, mezcla de club social y núcleo político, al que se afilió un amplio espectro de los aspirantes de la ciudad de Buenos Aires. Para apoyar a Urquiza salió un diario, *El Progreso*, que en alguna medida quería reflejar la opinión de ese club.

Mitre dirigó el diario *Los Debates*, que apareció unos meses en 1852, para fundamentar una línea editorial más ligada al punto de vista porteño, expresando la experiencia política adquirida en el exilio. En el artículo inicial planteaba su interpretación de los acontecimientos políticos de las últimas décadas, que consideraba resultado de conflictos económicos más que de enfrentamientos puramente ideológicos.

Mitre trataba de moderar las expresiones más extremas de sus partidarios, lo que no era sencillo. Por un lado tenía que atenerse a la opinión media --bastante exaltada-- prevaleciente entre sus seguidores en la pequeña burguesía y la intelectualidad liberal, pero por el otro deseaba dar a ese grupo una expresión compatible con el diálogo con sus adversarios. Además tenía que evitar perder el apoyo de los sectores comerciales y terratenientes moderados, que se alarmaban ante una política de enfrentamientos violentos.

El problema era que si Mitre demostraba excesiva moderación, perdería el apoyo de calles que constituía un importante componente de su fórmula política. Ese apoyo de calles se nutría de empleados y dependientes de comercio, estudiantes y profesionales, y contrastaba con el que había caracterizado al rosismo, más anclado en los sectores bajos de la población. La actividad periodística de Mitre se expresaría, al suspenderse *Los Debates*, a través de *El Nacional*, y se prolongaría luego en una segunda época de *Los Debates* y en *La Nación Argentina*, fundado en 1863 y transformado en *La Nación* en 1870.

Dalmacio Vélez Sársfield, sobre la base de un antiguo diario comercial, creó *El Nacional*, destinado a una larga y prestigiada trayectoria. Expresaba en general puntos de vista de los sectores liberales del interior del país, como el mismo Vélez y Sarmiento, aunque a menudo colaboró ahí Mitre, que lo dirigió entre 1852 y 1855, siendo sucedido por Sarmiento. *El Nacional* publicaba numerosos avisos y noticias comerciales, buscando el perfil de "diario serio" capaz de analizar con detención los temas económicos e institucionales.

Otro diario importante que se publicaba en aquel entonces era *La Tribuna*, de los hermanos Mariano y Héctor Varela (hijos de Florencio, el dirigente unitario asesinado en Montevideo en 1848) y ligado a los Alsina, padre e hijo. Tenía gran circulación y representaba puntos de vista extremistas porteños, antifederales netos.

CAPITULO 11

URQUIZA Y LA ORGANIZACION CONSTITUCIONAL DE LA CONFEDERACION (1852-1860)



Urquiza

LA POLITICA UNIFICADORA DE URQUIZA Y EL ACUERDO DE SAN NICOLAS (1852)

Como parte de su propósito de reunificar a la opinión, Urquiza envió al interior a Bernardo de Irigoyen, joven miembro de una importante familia federal. En base a su posición social, había trabajado en la Cancillería de Rosas como "funcionario de carrera", se podría decir. Pero no era así como lo interpretaban sus adversarios políticos para quienes cualquier contacto con el oficialismo rosista era condenable. Ahora el objetivo de su misión era convencer a los gobernadores --casi todos, en su momento, aliados de Rosas-- de plegarse al nuevo orden, concurriendo a una reunión en San Nicolás de los Arroyos, simbólicamente ubicada en el límite entre Buenos Aires y Santa Fe.

La reunión efectivamente se llevó a cabo, en mayo y junio de ese mismo año de 1852. Se decidió ahí convocar a un Congreso Constituyente, según los preceptos marcados por el Tratado del Litoral de 1831 (uno de los "pactos preexistentes" de que habla el Preámbulo de nuestra Constitución). Lo grave, para Buenos Aires, era que en ese Congreso habría dos diputados por cada provincia, en vez de una representación proporcional a la población. Además, se otorgaban grandes poderes al director interino, que le daban autoridad para usar las tropas de cualquier provincia y disponer de los ingresos de todas las aduanas nacionales.

La Aduana de Buenos Aires había sido usada por el gobierno de Rosas para sostener las Fuerzas Armadas nacionales y la administración de su provincia, distribuyendo magros subsidios al resto del país. En una estructura federal que implicara una unión más estrecha que la muy endeble de una confederación entre Estados supuestamente iguales, los ingresos aduaneros tenían que ser administrados por las autoridades nacionales. Cómo se haría eso, cómo se dirigiría la transición y qué compensación se ofrecería a la Provincia de Buenos Aires, eran temas que una tan pequeña representación en el Congreso Constituyente no podría defender adecuadamente.

También existía el peligro de la capitalización eventual de la ciudad, que podría descabezar a la provincia y dejarla reducida a una zona puramente rural, pues en ese entonces no había otros centros urbanos de consideración en su interior.

La reacción, azuzada por el sector más intransigente de los antiguos emigrados, fue intensa y provocó las llamadas "jornadas de junio" (1852). La Legislatura local se acababa de elegir, con dos listas en competencia, de las que una era favorable a Urquiza y la otra más netamente porteñista. Esta última

ganó, pero para evitar un excesivo enfrentamiento se confirmó en su cargo de gobernador a Vicente López. Ahora se lo impugnaba por haber firmado el Acuerdo, malvendido la prioridad de representación que merecía Buenos Aires y confiado excesivamente en la autolimitación de los poderes del director.

Durante varios días las sesiones de la Legislatura fueron interrumpidas por una ruidosa barra, y los políticos más favorables a Urquiza hostilizados de manera muy violenta. Al final, tuvo que renunciar el gobernador, reemplazado por el presidente de la Legislatura (Manuel Guillermo Pinto), mientras la mayoría rechazaba la firma del Acuerdo y la participación en el proyectado Congreso.

Esto era un insulto al director, quien, argumentando que la decisión se había tomado bajo la influencia de los "demagogos", ni lerdo ni perezoso disolvió la Legislatura, cerró la prensa opositora, apresó y expulsó del país a sus principales dirigentes, entre ellos Mitre, Valentín Alsina y Vélez Sársfield, y volvió a ubicar a Vicente López en el poder. Para consolidar su apoyo, robusteció la participación de antiguos rosistas en el gobierno de la provincia de Buenos Aires y derogó la disposición de la Legislatura porteña que había confiscado los bienes del dictador.

Las premoniciones de los ex unitarios de que Urquiza era una nueva encarnación de Rosas, pues siempre había gobernado a su provincia a su antojo y ahora pretendía hacer lo mismo con el país, parecían verificarse. Era en alguna medida lo que se llama una "profecía autocumplida", pues al pronosticar un cierto hecho y actuar en consecuencia de manera extrema, se aceleraba la concretización del mismo, estimulando una reacción del adversario según las antiguas normas de la facciosidad política.

El resentimiento porteño estalló aprovechando un viaje de Urquiza a Santa Fe para inaugurar el Congreso Constituyente. El 11 de setiembre de 1852 un movimiento civil, combinado con diversos cuerpos de ejército, derrocó a Vicente López y repuso a la disuelta Legislatura. La opinión pública porteña ensalzó hasta el cielo la Revolución del 11 de setiembre, a la que se consideraba complementaria de la del 25 de mayo.

Desde antiguos colaboradores de Rosas como el fuerte estanciero Lorenzo Torres, hasta los más encendidos e irreconciliables emigrados como Valentín Alsina, convergieron en una unión sagrada que combinaba intereses localistas con conceptos liberales en política y economía. Esta convergencia se simbolizó en el "abrazo del Teatro Victoria" entre esos dos jefes, realizado aparatosamente ante un público entusiasta. Las nuevas autoridades anularon la participación de Buenos Aires en el Congreso Constituyente, y aunque declararon seguir siendo parte del mismo país, decidieron impulsar la organización nacional por otras vías.

Urquiza, después de un intento de reprimir la insurrección, y al ver que ella contaba con amplio apoyo, se resignó a convivir con la provincia autonomizada. Esta, por otra parte, trató de convencer --sin éxito-- a algunos gobernadores de retirar sus representantes de Santa Fe, por medio de una misión encabezada por el Gral. José María Paz. También envió un cuerpo de ejército a Entre Ríos, que se estrelló contra la eficaz resistencia organizada por



Ricardo López Jordán, desde hacía años segundo en comando en la provincia.

Hijo de un medio hermano del "Supremo Entrerriano" Francisco Ramírez, López Jordán se estaba perfilando como futuro caudillo, muy popular entre la gente de campo, y ulteriormente rival de Urquiza, aunque por el momento solidario con él y muy fiel a la causa federal. Ante las inevitables concesiones que Urquiza debía hacer para conciliarse la opinión porteña, su lugarteniente representaba la intransigencia y la lucha firme por los intereses localistas. En alguna medida, y con otra ideología, era la contrapartida simétrica de los extremistas liberales de Buenos Aires, que se oponían a todo acercamiento a la Confederación.

EL CONGRESO CONSTITUYENTE Y EL NUEVO ORDENAMIENTO ECONOMICO Y POLITICO

Las reuniones del Congreso Constituyente, iniciadas en noviembre de 1852, pronto adoptaron un sistema federal, pero con atribuciones importantes para los poderes centrales, sobre todo la presidencia, de manera que ya no podía hablarse de una confederación, aunque se retuvo el nombre oficial. Urquiza, por supuesto, fue electo presidente, con Salvador María del Carril, antiguo unitario, en la vicepresidencia. Varios miembros destacados de la Asociación de Mayo, como Alberdi y Juan María Gutiérrez, también colaboraron con Urquiza, aunque otros estuvieron del lado de Buenos Aires.

Se sancionó la libertad de cultos --en la época no universalmente aceptada en el continente-- aun cuando se dio un rol especial a la Iglesia Católica, apoyada por el Estado. Se adoptaron los principios del liberalismo constitucional en lo referente a división de poderes y régimen provincial. Sin embargo, se permitió la intervención del gobierno central a las provincias, lo que no estaba contemplado en el modelo norteamericano.

Para la formación del Congreso se reconocía una representación de cada provincia proporcional a su población, quedando la defensa más celosa de las autonomías radicada en un Senado, con dos miembros por cada entidad federada, designados por su Legislatura. Con un criterio parecido se nombraba al presidente por medio de colegios electorales, con representación igual a la de la Cámara.

Aunque no se hablaba de partidos políticos, se especificaba que toda la población masculina adulta tendría derecho de voto, práctica que en esa época sólo se aplicaba totalmente en los Estados Unidos (con la excepción de la población esclava) y en alguna medida en Francia, donde gobernaba autoritariamente Napoleón III, emergido sin embargo del sufragio universal. En España también se había aplicado, formalmente, durante bastante tiempo, el sistema de voto universal masculino, aunque deformado por las intervenciones de los gobiernos en las elecciones. En varios otros países de América Latina también se practicaba, en teoría, el voto sin restricciones por niveles de ingreso o de educación. Era éste un ideal al que la sociedad expresaba respeto, aun cuando lo violara en la práctica cotidiana.

De todos modos, la necesidad de recurrir al voto para renovar los poderes nacionales obligaba a las maquinarias partidarias a movilizar a sus seguidores, organizándose para copar las mesas electorales y atemorizar a los competidores. A menudo, los partidos que consideraban no tener suficientes garantías electorales optaban por la abstención, es decir, se negaban a votar, notificando así a la opinión pública de su proyecto de encaminarse por la vía insurreccional o rebelde.

La fuerza real de cada partido no consistía en el número de votos que podía colocar genuinamente en las urnas, sino en el de militantes dispuestos a participar en escenas de violencia callejera, armarse para una intentona revolucionaria o cultivar amistades en las Fuerzas Armadas para inducirlas a dar un golpe militar. Todo gobierno tenía que cuidarse de estas amenazas, y de ahí que a veces se viera forzado a asegurar elecciones relativamente competitivas o, más comúnmente, a realizar pactos con los opositores, de manera que las listas de candidatos fueran ya conciliadas y unificadas.

La actividad partidaria no era, pues, un mero formalismo, aunque sí lo era en general el recuento de votos. Las reuniones, marchas, demostraciones ruidosas ante la sede de los poderes públicos, y una prensa belicosa, tenían como objeto, prácticamente, ejercitar y preparar a los acólitos para una asonada que constantemente estaba sobre el tapete. Las libertades de asociación, de reunión y de prensa eran en este sentido esenciales, y servían para desestabilizar a cualquier gobierno que no contara con elementos adictos equivalentes. El equilibrio resultante no formaba lo que hoy llamaríamos precisamente un sistema democrático, en cualquier sentido exigente de la palabra, pero aseguraba la fragmentación del poder y evitaba un régimen de absolutismo.



LA LIBRE NAVEGACION DE LOS RIOS

En lo económico se elevó a norma constitucional la libre navegación de los ríos, que había sido un importante motivo del pronunciamiento de Urquiza. Se decidió que la ciudad de Buenos Aires sería la Capital de la República, delegando en una ley los detalles de su establecimiento. Provisionalmente las autoridades se instalaron en Paraná, federalizando todo el territorio de Entre Ríos.

Para afirmar más la libre navegabilidad, se firmaron tratados con Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, en que se les aseguraba ese derecho. Lo mismo se especificó con Paraguay, cuya independencia fue reconocida, cosa que Rosas se había negado sistemáticamente a hacer. Antes de la reunión del Congreso, Alberdi escribió, en Chile, su obra *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, que envió especialmente dedicada a Urquiza.

En esa obra Alberdi, aunque aceptando el ya establecido régimen federal, argumentaba la necesidad de centralizar el poder económico en las autoridades nacionales, para evitar que las provincias, si tuvieran excesivas fuentes propias de ingresos, quisieran separarse o imponerse a las demás. Esto iba dirigido especialmente al tema del puerto de Buenos Aires.

Dadas las costumbres y sistema productivo de la época, la Aduana era prácticamente el único lugar donde se podían cobrar impuestos con cierta eficacia y volumen, sin perturbar las transacciones comerciales. Un impuesto a la renta o a la propiedad, como la llamada Contribución Directa, era difícil o imposible de cobrar, y provocaba grandes resistencias. El impuesto a las ventas se podía usar, pero era muy contradictorio con las doctrinas económicas del tiempo, y también complejo en su cobranza. Como no era realista fiscalizar la operación en el momento de la venta, se acostumbraba establecer aduanas interprovinciales y en ellas se cobraba el impuesto a las mercaderías que ingresaban a la provincia. Esa práctica, que trababa el comercio interno, fue abolida por el Acuerdo de San Nicolás y luego por la Constitución.

En unos pocos países había seguras fuentes alternativas, como las minas de plata de México, Perú y Bolivia, los depósitos de salitre de Chile, o bien los de guano del Perú. En todos esos casos el fisco podía instalarse --con suficiente apoyo armado-- cerca de los lugares muy concentrados de producción y cobrar una importante tasa. En la Argentina no había fuentes equivalentes y, por lo tanto, había que reducirse a los puertos.

En todos los países federales la recaudación de las rentas de aduana era atributo nacional. No así cuando regía un sistema de mera confederación, como en los Estados Unidos en la primera década de su vida independiente, o en la Argentina desde 1820 hasta la caída de Rosas, exceptuando el intervalo rivadaviano, centralista. Ahora que se pasaba de una confederación a una federación (aunque legalmente se mantenía el nombre de Confederación Argentina), era necesario organizar la cobranza por autoridades nacionales y luego distribuir los ingresos en el país. Cada provincia quedaba libre de establecer otros rubros, que por las razones apuntadas no podían aspirar a

mucho. Siempre por el lado de la Aduana, se podía cobrar un impuesto no sólo a la importación (lo clásico) sino también a la exportación, pero ése también debería pertenecer al Estado nacional.

Desde la independencia, y especialmente en la época de Rosas, el Estado nacional tenía el grave problema de cómo cobrar los impuestos aduaneros en un lugar estratégico, evitando que los barcos se le escaparan para descargar sus mercaderías en algún despoblado. Si esto se generalizaba, el gobierno se vería ante una grave sequía financiera. Para evitarlo se obligaba a que todo el comercio internacional legal ocurriera sólo en el puerto de Buenos Aires, de manera que cualquier otra operación, detectada en cualquier lugar de la costa oceánica o más bien de los anchos ríos, pudiera ser considerada ilegítima y perseguida.

Por otra parte, en época de guerras civiles, en que el separatismo provincial era una posibilidad permanente, la autoridad nacional tenía que asegurarse de que los posibles secesionistas no tuvieran fondos con que financiar aprestos bélicos. Ya Paraguay y la Banda Oriental se habían separado, y la anarquía de los años veinte (que incluyó una República de Entre Ríos) señalaba los peligros existentes. Por eso muchos pensaban que lo más adecuado era apoyar la unidad con un control de la bolsa que dificultara la resistencia separatista.

Estos eran al menos los argumentos que siempre habían esgrimido los gobiernos de Buenos Aires, unitarios o federales. Las medidas centralizadoras, claro está, además contribuían a consolidar el rol comercial de su capital, y fueron consideradas por generaciones de tratadistas como simple expresión de localismo porteño, cuando no eran sólo eso. Pero ahora, caído Rosas, en buena parte como resultado de una protesta de las provincias que podían comerciar con el exterior a través de sus ríos, había que organizar las cosas de manera distinta, corriendo el riesgo de la desunión.

Había que instalar aduanas en diversos lugares, de manera que el comercio llegara más directamente a todo el litoral, vivificando su economía, y habilitar un número alto de puntos legales de entrada. Esos lugares, aparte de Buenos Aires, fueron Bahía Blanca, la boca del Salado (en Samborombón), Rosario, Paraná, Corrientes, Concepción del Uruguay y la isla de Martín García, estratégicamente ubicada en la boca de los dos grandes ríos y desde donde una batería de cañones podía parar al barco más corajudo.

La unión de las provincias ahora ya no se basaría sobre el hecho de estrangularlas económicamente, sino sobre el control que las autoridades nacionales ejercieran en cada aduana habilitada, reteniendo los fondos para el tesoro federal. Además, en Martín García sería obligatorio para todo barco dedicado al comercio internacional parar y ser revisado por lanchas de resguardo, que inspeccionarían su mercadería y anotarían los lugares adonde se las despachaba.



EL ROL CENTRAL DEL PUERTO DE BUENOS AIRES

Todo este sistema basaba su viabilidad económica en la posesión por parte de la Confederación del puerto de Buenos Aires, que por sus condiciones geográficas era el que seguramente tendría más tráfico, por libre que éste fuera aguas arriba. Desde ya que el transporte desde un lugar a otro del país debería quedar totalmente exento de derechos.

El sistema se vino abajo por la separación de Buenos Aires, que siguió monopolizando la mayor parte del comercio internacional, quedándose plenamente con los correspondientes ingresos. La Confederación trató de atraer a sus puertos a las marinas mercantes mundiales, pero con poco éxito. Hubo varios años de guerra económica, con derechos diferenciales: se les cobraba menos a los barcos que llegaban directamente a Rosario, por ejemplo, que a los que antes habían tocado Buenos Aires. Pero el resultado fue magro, aunque Rosario recibió un significativo impulso para dejar de ser una pequeña villa y acceder al rango de puerto internacional.

Lo grave para el futuro era que Buenos Aires se estaba acostumbrando a vivir de una aduana que sólo a ella financiaba, sin tener que compartir sus rentas. El día que se uniera al resto del país, la cobranza de las tarifas aduaneras sería hecha por autoridades federales, y éstas deberían atender primero a sus propios gastos, después de lo cual, quizás, pondrían algún sobrante a disposición de las provincias, por una especie de coparticipación de impuestos.

Un factor adicional que complicaba políticamente, aunque facilitaba económicamente la solución, era que la mayor parte de los ingresos de gobierno estaban destinados a gastos militares. De manera que si la provincia de Buenos Aires ingresara a la Federación, se vería libre del grueso de sus gastos. Estos serían asumidos por la Federación, que pagaría a esas mismas tropas que de provinciales pasarían a revistar como nacionales. Claro está que más de uno de los políticos porteños no querían perder el control que tenían sobre una fuerza armada que contribuía a defender sus intereses.

LA POLITICA DE INMIGRACION Y DE TIERRAS

El gobierno de Urquiza se propuso atraer a los extranjeros a nuestras playas. Ya la Constitución abría el país a todos los que quisieran venir a trabajar a él. Esta disposición constitucional se complementó con una activa promoción de la llegada de inmigrantes, especialmente los de origen europeo. No había, como en algunos países del Pacífico o del Caribe, una perspectiva de inmigración china, ni un aflujo de Africa, que en la época sólo se daba a través de la esclavitud. La concentración del aporte extranjero desde Europa era un hecho que nadie discutía en ese entonces, pues de ahí venían los únicos grupos que era realista traer y los que aportaban una mayor experiencia de trabajo y conocimientos técnicos.

Las tierras fiscales fueron ofrecidas a individuos o compañías que las quisieran subdividir y organizar en colonias. Esto implicaba una cierta capacidad empresaria, porque no se trataba sólo, para el inmigrante, de llegar e instalarse en las tierras que se le pudieran conceder. Era necesario un apoyo financiero durante un tiempo, por lo menos un año, durante el cual se le proveyera de semillas, implementos de trabajo y subsistencia hasta la cosecha.

Diversos empresarios, entre los cuales se destacó Aarón Castellanos, organizaron proyectos de este tipo. Algunos usaron tierras privadas, que se subdividían como negocio. Otros empleaban concesiones de tierras públicas. La Confederación, para poder competir con la más rica Buenos Aires, se veía obligada a conceder mejores condiciones a los posibles inmigrantes. Fue así como una gran cantidad de colonias se arraigaron en Santa Fe, sur de Córdoba y Entre Ríos, con buen apoyo oficial. En cambio en la provincia de Buenos Aires esas iniciativas eran mucho menos necesarias y no prosperaron.

El gobierno municipal electivo, sancionado por la Constitución, tardó en establecerse. Con el tiempo se fueron sin embargo creando los municipios. Dada la gran cantidad de extranjeros que ya se concentraban en algunas localidades, se les concedió el voto en temas locales, aun para los que no adoptaban la ciudadanía, que eran la gran mayoría.

La política educacional también recibió estímulo durante el gobierno de Urquiza. En Entre Ríos se organizó el Colegio Secundario de Concepción del Uruguay, que alcanzó fama nacional, formando una generación que participó activamente en la política y en la vida intelectual de la nación.



CAPITULO 12

EL ESTADO DE BUENOS AIRES (1852-1860)

LA SEPARACION DE BUENOS AIRES (1852)

En Buenos Aires, después de la revolución del 11 de setiembre (1852), fue nombrado gobernador Valentín Alsina, y ministro de Gobierno y jefe de las Fuerzas Armadas Bartolomé Mitre. Este se estaba perfilando como el principal dirigente político de la provincia, encabezando un grupo que pronto adoptaría el nombre de Partido Liberal, aunque siempre estuvo dividido en facciones.

El liberalismo se identificaba con las doctrinas que se difundían en gran parte del mundo occidental, y se definía como opuesto a lo que se consideraba el absolutismo de los caudillos aún supervivientes, incluido el mismo Urquiza. En esta dicotomía los liberales soslayaban el elemento de apoyo popular que podían tener los jefes federales. Sin embargo, Mitre, en su *Historia de Belgrano* (publicada en 1858), refiriéndose a la época de las primeras luchas civiles, caracterizaría a los partidos unitario y federal, como "aristocrático" y "democrático" respectivamente.

En ese entonces la palabra "aristocrático" no tenía la mala connotación que tiene hoy, ni el concepto de "democracia" era tan universalmente valorado. En realidad, la diferenciación entre esos términos provenía de los célebres textos de Aristóteles, que en su *Política* consideraba a la democracia como el gobierno irrestricto de las mayorías populares o de grupos capaces de movilizar a esas mayorías (que no es lo mismo, pero que era englobado bajo el mismo término). Para Aristóteles, así como para otros pensadores formados en esa tradición clásica, la democracia, aun en el mejor de los casos, significaba un poder irrestricto basado en la presión popular, con escaso respeto a las minorías calificadas. Este tipo de régimen fácilmente degeneraba, a su juicio, en la demagogia o gobierno de masas, y ésta a su vez en la tiranía unipersonal.

La forma política por excelencia, para esta escuela de pensamiento, era un gobierno mixto, o politeia, en que hubiera elementos de democracia compensados por otros de aristocracia, y aun de monarquía. La democracia estaría representada por las organizaciones populares y por una Cámara de Diputados elegida por sufragio muy amplio sino universal. La aristocracia se refugiaría en un Senado, teniendo, eventualmente, como en Inglaterra, elementos hereditarios. La monarquía se encarnaría en un presidente con considerables poderes. Los muy conocidos y difundidos análisis de Montesquieu en *El espíritu de las leyes*, sobre todo en su famoso capítulo sobre el gobierno de Inglaterra, convergían en esta dirección, señalando al régimen monárquico pero parlamentario de la isla como un ejemplo de gobierno mixto digno de emulación.

En Buenos Aires el elemento "democrático", o de movilización popular,

había estado representado por el Partido Federal, sobre todo bajo el liderazgo de Dorrego, y después había sido captado por Rosas. Con el tiempo, parte de sus estructuras fueron integradas por la facción del liberalismo dirigida por el joven Adolfo Alsina, hijo de Valentín, que a pesar de la tradición fuertemente antirrosista de su familia desarrolló con el tiempo una significativa capacidad de dirigir y organizar fuerzas populares reclutadas en los bajos fondos sociales. Sin embargo, en el temprano post-rosismo de los años cincuenta quedaban en esos ambientes populares numerosos grupos que podían soñar con un retorno al régimen anterior, o al menos con un acercamiento a Urquiza que les otorgara un espacio político mayor que el que estaban dispuestos a conceder los antiguos unitarios.

Estas fuerzas de raíz federal encontraron un jefe en el coronel Hilario Lagos, que había luchado en Caseros del lado porteño, y que ahora se decidió a sublevar la campaña, en diciembre de 1852, usando las estructuras populares-militares, sobre todo rurales, en cuyo manejo el federalismo era tan ducho.

La rebelión de Lagos, iniciada en Mercedes a fines de 1852, fue muy exitosa, y consiguió suficiente apoyo como para avanzar casi hasta el centro de la ciudad de Buenos Aires y luego sitiarla por tierra. Inmediatamente proclamó la adhesión de la provincia al Congreso Constituyente de Santa Fe. Al comienzo Urquiza se abstuvo de intervenir en un pleito supuestamente local, pero pronto se decidió a meter baza y avanzar con sus tropas hasta San José de Flores, mientras su escuadra, al mando del mercenario norteamericano John Coe, completaba el cerco por el lado del río (febrero de 1853).

Durante el asedio; que duró más de seis meses, la situación se puso muy crítica para el gobierno porteño. En la defensa colaboraron las comunidades extranjeras, formándose una legión española, otra italiana, y batallones alemanes e ingleses. Ante las primeras derrotas y la imposibilidad de romper el cerco, el gobernador Valentín Alsina tuvo que renunciar, siendo sustituido por Manuel Guillermo Pinto. Las medidas de seguridad se intensificaron, para evitar un golpe de mano por parte de simpatizantes federales de Lagos.

Finalmente, el poder económico de la ciudad portuaria vino en defensa de la acosada plaza. Los billetes de moneda corriente que, aunque bastante depreciados, tenían amplia circulación, fueron impresos en grandes cantidades, y parte del metálico existente fue a los bolsillos del almirante, que a cambio entregó la escuadra entera a la provincia asediada. El mismo método sirvió para debilitar a las tropas sitiadoras, de manera que en poco tiempo la situación se revirtió, y Urquiza tuvo que escapar a riesgo de su vida, protegiéndose en los barcos norteamericanos e ingleses apostados en el Río de la Plata, cuyos gobiernos habían ofrecido su mediación. El director supremo volvió, con su prestigio maltrecho, a Paraná, capital provisoria de la Confederación, decidido por un tiempo a convivir pacíficamente con la provincia rebelde.

En Buenos Aires las autoridades victoriosas fueron duras con los que habían apoyado la rebelión de Lagos y tenían antecedentes poco confiables. Entre ellos estaban en primera fila quienes habían desempeñado funciones entre policiales y de agitación popular bajo el régimen caído, como los

"mazorqueros" Ciriaco Cuitiño y Leandro Alén, que habían estado en el campo sitiador. Al retornar a la ciudad, acusados de complotar, fueron apresados y condenados a muerte.

Cuitiño había sido un jefe importante de la organización policial, y Alén tenía malos antecedentes, habiendo estado preso entre 1847 y 1849, por la propia policía rosista, por excesos cometidos durante la represión. Según las costumbres de la época, se los fusilaba y luego se colgaban sus cuerpos de la horca, en presencia de un público agolpado por la curiosidad y al que se pensaba educar de esta manera en el respeto a la ley. La sentencia se cumplió en diciembre de 1853, ante los ojos atónitos del hijo de Alén, Leandro, de once años de edad, que por cierto no se podría olvidar de esta escena en el resto de sus días.[7]

EL DESARROLLO DE BUENOS AIRES

Durante todo el período de división entre la Confederación y Buenos Aires (1852-1860) siempre se mantuvo un deseo, por ambas partes, de llegar eventualmente a reunificarse, aunque se hacía cada vez más evidente que la supremacía en el reconstituido país sería dirimida por las armas. Algunos localistas porteños, de todos modos, abrigaban esperanzas de convertirse, aun si se perdiera definitivamente la unión con el Norte, en una gran nación, recordando que las tierras de los indios, o sea toda la Patagonia y la provincia actual de La Pampa, según disposiciones de tiempos de la Colonia, pertenecían a la "gobernación" de Buenos Aires. En las pampas aún incultas había inmensas riquezas que más que compensarían las tierras, vistas como de dudosa rentabilidad y altamente conflictivas, de más arriba del Arroyo del Medio.

La posibilidad, pues, de que el país quedara permanentemente dividido en dos fue bien real. Si se la evitó fue por la habilidad de los dirigentes de ambas fracciones y, en buena medida, por la madurez que demostró Urquiza al darse cuenta de que, independientemente del éxito de las armas, la geografía y las fuerzas económicas hacían imposible quitarle a Buenos Aires la conducción del país. Lo que sí podía hacerse era insertar en la propia ciudad de Buenos Aires intereses económicos provincianos y compartir con los porteños el gobierno del país unificado.

Después de pasado el peligro de la rebelión de Hilario Lagos, la provincia se dio una Constitución, en que se declaraba parte de la Confederación Argentina, pero decidida a organizarla a su manera. En la Constitución bonaerense se establecía el ius soli para los hijos de extranjeros, o sea su automática ciudadanía argentina. En la Confederación, en cambio, se había aceptado, por inspiración de Alberdi, el criterio de los gobiernos europeos de que los hijos de sus connacionales mantuvieran la ciudadanía de la familia. Ese criterio, si se hubiera aplicado a Buenos Aires, donde la afluencia de inmigrantes era ya muy marcada, la habría dejado prácticamente sin ciudadanos.

La provincia también sancionó una ley para crear el régimen municipal. Se

mantuvo la situación de los jueces de paz como jefes del municipio, designados por el gobierno, pero se les asoció una comisión de cinco vecinos electos. Los extranjeros, sin necesidasd de tomar la ciudadanía, podían votar y acceder a cargos en los comicios locales.

Fue electo gobernador Pastor Obligado (1854-1857), joven de una familia terrateniente muy acaudalada, que nunca había emigrado. Obligado se rodeó de lo más granado del elenco político liberal: Mitre, Alsina, Vélez Sársfield, en los ministerios, y Sarmiento al frente de la Dirección de Escuelas, desde donde pelearía por aumentar el presupuesto de su repartición.

La expansión económica acompañó a este gobierno, que vio la concreción del primer ferrocarril, el Oeste, por inversores privados nacionales. La primera locomotora que se usó, bautizada La Porteña, venía de desempeñarse en la guerra de Crimea y fue acompañada de trabajadores de ese origen, que impusieron sus típicas bombachas cosacas como indumentaria rural, reemplazando rápidamente a los más criollos chiripás.

También se promovió la formación de colonias, aunque en menor medida que en la Confederación, concentrándose en Chivilcoy y en Bragado las iniciativas con apoyo estatal. En las cercanías de Bahía Blanca, aún muy alejada de la frontera ocupada efectivamente, se experimentó una institución muy peculiar, de inspiración romana. Se trataba de una colonia agraria-militar, cuya dirección se confió al italiano Silvino Olivieri, amigo de Mitre y mazziniano que había dirigido los batallones italianos creados durante el sitio de Lagos. Los colonos debían ser a la vez soldados, de modo de manejar ellos mismos su defensa contra los indios, lo que los hacía libres de sufrir exacciones a manos de comandantes de frontera y jueces de paz arbitrarios. La experiencia, aunque moderadamente exitosa en lo económico, no tuvo muchos imitadores.

ACTIVIDAD CULTURAL Y ASOCIATIVA

La libertad de prensa y de asociación permitió el florecimiento de numerosas actividades en el campo económico y en el cultural. En ellas participaban tanto los grandes empresarios como una multitud de pequeños productores, cuya condición social no estaba aún muy diferenciada. Existía una gama social que iba desde el obrero asalariado con oficio --muy a menudo extranjero-- al trabajador por cuenta propia y al empresario. Una publicación, denominada *El Industrial*, refleja este mundo, que ya en 1856 se quejaba de la falta de protección aduanera a la manufactura local.

También se inició la organización en la clase obrera, fundándose en 1857 la Sociedad Tipográfica Bonaerense, entidad de socorros mutuos más que sindical, pero que de hecho cumplía funciones de representación ante los patrones.

En el campo periodístico se dio la presencia de una mujer, Juana Manso de Noronha, argentina casada con un brasileño, precursora en el país del feminismo. Dirigió un *Album de Señoritas*, iniciado en 1854, y luego los *Anales*

de la Educación Común, en cuya tarea colaboró estrechamente con Sarmiento.

En la literatura hubo un florecimiento de la poesía gauchesca, en que competían Hilario Ascasubi, quien usaba el seudónimo de Aniceto el Gallo, y Estanislao del Campo, que más modestamente se apellidaba Anastasio el Pollo. Estanislao del Campo más tarde escribió el poema *Fausto*, donde describe con ironía la experiencia de un gaucho que va al Teatro Colón, inaugurado en 1857, y presencia la obra de Goethe, al igual que Don Quijote con los titiriteros, sin diferenciar entre la realidad y la fantasía.

En la novela, Vicente Fidel López publicó *La novia del hereje*, y José Mármol *Amalia*, que tuvo gran éxito, como relato histórico de la época del terror rosista en 1840.

Mitre sacó a luz su *Historia de Belgrano*, basada en cuidadosa documentación, y contribuyó a crear el Instituto de Historia y Geografía. Para demostrar su amplitud de criterio, invitó a Pedro de Angelis a formar parte de la institución. Este, muy resentido contra los que lo criticaban por su pasado rosista, dijo que sólo iba a ir si Mitre se comprometía a que nadie lo llamaría "mazorquero" en la reunión.[8]

Se formaron también dos asociaciones de discusión y conferencias, que por supuesto estaban peleadas entre sí y bastante politizadas a pesar de sus objetivos ostensiblemente literarios: el Ateneo del Plata, favorable a entenderse con Urquiza, y el Liceo Literario, más duro hacia el caudillo entrerriano.

En el frente de las revistas "cultas" Miguel Navarro Viola editaba *El Plata Científico y Literario*, mientras que el chileno Francisco Bilbao sacó dos números de una *Revista del Nuevo Mundo*, y Benito Hortelano publicaba la más liviana *Ilustración Americana*.

LAS FACCIONES PORTEÑAS

Cuando correspondió renovar las autoridades en 1857 se impusieron los sectores más localistas, seguidores de Valentín Alsina, a quien hicieron gobernador. Su hijo Adolfo organizaba grupos populares de choque, por lo que su sector fue denominado "pandillero", apoyado por los más exaltados anti-urquicistas, con el respaldo de *La Tribuna*, órgano de los hermanos Varela. Los sectores moderados, apoyados por *El Nacional*, eran resultado de un entendimiento entre políticos de origen unitario y otros de antigua identificación federal. Su tendencia al acuerdo, y a buscarlo a través de bien regadas comidas, así como a agasajar a sus seguidores con asados y vino, hizo que se los llamara "chupandinos".

Llegado al poder Valentín Alsina --que era menos extremista que la mayor parte de sus seguidores "pandilleros"-- designó a Mitre como ministro, y tuvo que enfrentar una política cada vez más hostil de la Confederación.

La tensión entre la Confederación y Buenos Aires llegó al rojo vivo debido a sucesos ocurridos en la provincia de San Juan. Allí había gobernado desde hacía más de diez años, como omnipotente caudillo federal, Nazario Benavídez, que se había encumbrado desde orígenes modestos, hasta

convertirse en uno de los más ricos hacendados de su región. En 1858 fue depuesto y encarcelado por un movimiento patrocinado por liberales aliados de la facción gobernante en Buenos Aires. Urquiza mandó la intervención, pero antes de que ésta llegara, Benavídez había sido asesinado en un motín ocurrido en la cárcel.

La opinión pública en la Confederación consideró que era necesario impedir lo que podría ser un plan originado en Buenos Aires para provocar cambios en todos los gobiernos provinciales, y controlar de esa manera a las autoridades nacionales. En abril de 1859 el Congreso autorizó al Ejecutivo a reincorporar por los medios que se pudiera a la provincia de Buenos Aires, eliminando la autonomía excesiva y anticonstitucional de sus gobernantes.

CAPITULO 13

LA LUCHA ENTRE LA CONFEDERACION Y BUENOS AIRES

EL PRIMER ROUND: CEPEDA (1859)

Como resultado de las desavenencias entre las dos fracciones en que se dividía el país, intensificadas por los acontecimientos de San Juan, la guerra estalló. Un gran ejército confederado, al mando de Urquiza, marchó hacia la frontera con Buenos Aires, donde encontró a Mitre en la localidad de Cepeda (octubre de 1859). La batalla incluyó a grandes masas de hombres de ambos bandos y terminó con la victoria de Urquiza. Pero dejemos que Julio A. Roca, que entonces todavía estaba en el colegio secundario, nos cuente cómo fue la pelea, o al menos cómo imagina Félix Luna que él la podría haber contado, recordándola en su vejez, en la autobiografía novelada *Soy Roca*:

> *Durante varios días marchamos orillando el Paraná hacia el arroyo del Medio, el histórico límite entre Buenos Aires y Santa Fe, y fue entonces cuando viví intensamente la sensación de lo militar. Pero sobre todo me impresionó esa inmensa máquina bélica que se movía porque un hombre, el capitán general don Justo José de Urquiza, así lo mandaba. Nítidamente sentí en esas jornadas el peso de la auctoritas que en las legiones romanas investía al general de un omnímodo poder. Yo veía pasar interminablemente hacia el sur a centenares de jinetes sobre caballos de un solo pelo, golpeándose la boca y gritándose bromas; miraba a los carros que conducían las municiones y la pólvora levantando una agria polvareda que marcaba el rumbo de la caravana como la estela de los navíos; contemplaba a los chasquis, a los jefes y oficiales que iban y venían al gran galope*



transmitiendo órdenes y mensajes. Disfruté de un inesperado placer estético: el de la guerra. Aquella tarde nublada de Cepeda, cuando contemplé el avance de las tropas porteñas hacia nuestras líneas como grandes cuadros de un color azul oscuro desplazándose acompasadamente por los verdes pastizales; cuando me crispó el toque de los clarines y percibí el humo blanco de la artillería y bajo los pies se estremeció el suelo con el trote unísono de miles de jinetes y el aire se rasgó con los alaridos de los lanceros entrerrianos, esa tarde caí en cuenta que la guerra puede ser bella y que, para ser un soldado de verdad, hay que amar esas galas del ruido y el color, aún sabiendo muy bien que atrás de la arengas y las charangas, de las banderas al viento y el alegre crepitar de los disparos vendrá el horror de los cadáveres destripados, los gritos y las súplicas de los heridos, la brutalidad, el dolor irremediable, el olor a mierda, el asco.
También fue allí donde advertí que mis compañeros del Colegio y yo estábamos equivocados al afirmar que los porteños eran cobardes o, por lo menos, cómodos y fríos para las cosas de la Patria. El ejército de Buenos Aires peleó bien. Su caballería no pudo aguantar el ataque de nuestros jinetes, es cierto, porque éstos estaban mejor montados; pero la infantería porteña resistió con firmeza y pudo retirarse intacta. Cuando observé, desde muy cerca, la disciplina con que esa gente caminaba después de haber perdido la batalla, no pude sofocar un espontáneo sentimiento de admiración.[9]

Mitre evitó un desbande, típico de los enfretamientos civiles en aquella época, pero tuvo que refugiarse en la capital. Hasta ahí lo siguió Urquiza, que se instaló en San José de Flores, con todos los triunfos en su mano. Sin embargo, era más fácil vencer en el campo de batalla a la provincia separatista que doblegarla en un sistema permanente de gobierno, pues su capacidad de recuperarse y movilizar sus recursos económicos era proverbial.

Por otra parte, el "suelo sagrado" de la ciudad, como lo llamaba Mitre, no fue hollado por los cascos entrerrianos, y aunque los porteños habían perdido una importante batalla no habían sufrido una derrota total, y podían abrigar esperanzas de imponerse a la larga. Hubo tratativas de arreglo por parte de los representantes de las grandes potencias, y también de Francisco Solano López, hijo del presidente paraguayo, que de esta manera se iniciaba en la alta política.

Finalmente, mediante un acuerdo, conocido como Pacto de San José de Flores o Pacto de Unión, también llamado Pacto de Familia (11 de noviembre de 1859), la provincia de Buenos Aires tuvo que aceptar reintegrarse a la Confederación, pero se le concedió que propusiera, si quería, reformas al texto constitucional, en una Convención convocada a ese efecto. Por otra parte, se le garantizaba durante cinco años, con fondos nacionales (que iban a ser recaudados principalmente en la Aduana de Buenos Aires), su presupuesto del año 1859. Con posterioridad, debería arreglar su esquema impositivo para tener suficientes fondos para solventar sus gastos, con recursos propios. Claro está que al pasar a ser nacionales sus Fuerzas Armadas, y parte de su adminis-

tración, los gastos disminuirían drásticamente. Al mismo tiempo, renunció el gobernador "duro" Valentín Alsina, aunque sus sustitutos no modificaron mucho su política básica.

En las elecciones de la Convención porteña los elementos liberales "duros" se impusieron en la ciudad, mientras que en el campo dominaban los de tradición federal, favorables a Urquiza y a una adhesión lisa y llana a la Constitución existente. Entre los liberales, Mitre mantenía una posición intermedia, aceptando la integración pero exigiendo respeto a la autonomía bonaerense, pues no podía la provincia simplemente pasar "bajo las horcas caudinas de la Confederación, en medio de la rechifla de los unos, de la conmiseración de otros, y de la vergüenza de todos los hombres de libertad y de principios". Era necesario, además, no arriar las banderas de la Revolución del 11 de setiembre, cuando la provincia se había negado a deponer sus derechos dándole una excesiva delegación de poderes al director provisorio. Veladamente, amenazaba que si a Buenos Aires se la hacía entrar de esa manera indigna en el cuerpo nacional, la solución no duraría, o sea una nueva sublevación retrotraería las cosas a la situación previa a la batalla de Cepeda.[10]

EL TEMA DE LA CAPITAL FEDERAL Y LA CONVENCION REFORMADORA

Uno de los temas más importantes a discutir en la Convención era el de la Capital Federal. La Constitución establecía, directamente, a la ciudad de Buenos Aires en esa condición, lo que implicaba pasarla a jurisdicción nacional y desarmar gran parte de la máquina política del porteñismo más radicalizado. Se exigió entonces, y se consiguió, que una ley fuera la que debía disponer cuál sería la capital, y que ningún territorio pudiera ser separado de una provincia sin su consentimiento, que era como postergar hasta el año verde la creación de una capital, salvo que la opinión bonaerense lo deseara o que ella se ubicara en algún despoblado, como Washington en los Estados Unidos.

Buenos Aires sólo aceptaría entregar su principal ciudad y centro económico y convertirla en una dependencia federal, si se sintiera confiada en controlar al Ejecutivo nacional. Esto no era nada fácil, pues el resto del país aventajaba en bastante a la provincia en población, con la consiguiente representación en Diputados, sin contar la aplanadora del Senado. Por otra parte, controlar desde el poder nacional a todo el país, mediante intervenciones o mandando tropas para establecer gobiernos amigos, no era tan simple como podía parecer en el papel.

En esa época era aún muy fácil para un grupo opositor enraizado en la opinión pública localista reclutar tropas y crear un foco de resistencia armada que después podía propagarse a otras provincias. Por eso es que la política, o sea el arte de obtener consensos, era necesaria, aunque la fuerza de ningún modo se dejaba de lado. La situación sólo se modificaría con el tiempo, cuando la tecnología moderna facilitara al poder nacional costosos y mortíferos armamentos que harían infructuosa la resistencia. Pero aun bajo esas

condiciones, quedaba la posibilidad, para los opositores, de conseguir apoyo en cuerpos de ejército que se plegaran a alguna asonada, rehusando obediencia a sus "mandos naturales".

Hubo además casi unas treinta modificaciones a la Constitución Nacional, propuestas por la Convención de Buenos Aires, en general de menor grado de conflictualidad. Todas esas propuestas fueron aceptadas por una Convención nacional reunida en Santa Fe en setiembre de 1860, con lo que en el papel quedó aprobada la reunificación. Sin embargo, los problemas sólo comenzaban.

LA PRESIDENCIA DE DERQUI (1860-1861) Y EL SEGUNDO ROUND: PAVON

La presidencia de Urquiza tocaba a su término a comienzos de 1860, y las elecciones para designar a su sucesor, como resultado de entendimientos entre los oficialismos provincianos, llevaron a una candidatura única con posibilidades de ganar, compuesta por el cordobés Santiago Derqui y el Gral. Esteban Pedernera.

En marzo de 1860, ya pacificado el país aunque todavía no incorporada Buenos Aires, Derqui asumió el mando, mientras que Urquiza era ungido gobernador de Entre Ríos. Al mismo tiempo, en Buenos Aires accedía a la gobernación el Gral. Bartolomé Mitre, con Sarmiento de ministro. Las piezas mayores habían finalmente salido al tablero, aunque cada una enfeudada en su provincia. Sobre ellas, el presidente tenía sólo un poder formal y casi nulo si rompía con su mentor Urquiza, lo cual no pudo menos que suceder.

La manzana de la discordia fue San Juan, donde ocurrió un drama con más muertos que tragedia de Shakespeare. Ya se vio que allí el caudillo federal Nazario Benavídez había sido depuesto y asesinado por una rebelión liberal, poco antes de Cepeda. Urquiza envió la intervención, al mando del correntino José Virasoro, muy antagonizado por los amigos de Sarmiento, que lo acusaban de ser una versión empeorada de los tradicionales caudillos federales. Además, al no ser sanjuanino, encontró notables resistencias de tipo localista.

Los grupos civiles --bastante exaltados-- que respondían al liberalismo porteño y a Sarmiento, dirigidos por Antonino Aberastáin, dieron un golpe de mano, en que fue ultimado Virasoro. La venganza vino por medio del gobernador de San Luis, Juan Sáa, designado interventor, que venció la resistencia armada opuesta por Aberastáin en Pocito (enero de 1861). Después de la batalla, los prisioneros, en primera fila Aberastáin, fueron fusilados. La barbarie federal de nuevo enseñoreada del país, clamaban en Buenos Aires, a pesar de que Derqui no la aprobaba. Los ánimos hervían, y se auguraba un destino semejante para la provincia si se integraba a la Confederación.

En Paraná también había disidencias, básicamente debidas a rivalidades entre Derqui y Urquiza, en parte con el motivo de cómo encarar el tema sanjuanino. Una excusa finalmente hizo prender el incendio: la provincia de Buenos Aires eligió sus diputados al Congreso nacional, según una ley

provincial en vez de la nacional, como correspondía. No había más remedio que invalidar esas designaciones, lo que fue tomado como casus belli.

Derqui, desconfiando de Urquiza, organizó fuerzas armadas en su nativa Córdoba, mientras que el jefe entrerriano marchaba hacia Buenos Aires. Se encontró cerca del límite, en Pavón, con Mitre. La batalla, clásica por haber sido una de las de mayor uso de tropas en la historia del país, tuvo un extraño desenlace (17 de setiembre de 1861). La caballería entrerriana venció a la de los porteños, pero la disciplinada infantería de éstos dispersó a sus oponentes. Al ver la dificultad de la situación, Urquiza ordenó --apresuradamente, según sus críticos-- el retiro.

El jefe entrerriano, pensando que tenía sus espaldas mal guardadas por Derqui, prefirió refugiarse en su terruño, y desde ahí cumplir un rol de gran elector, aun cuando en segundo lugar respecto a Buenos Aires. Para más no le daba la capacidad económica de su provincia, de la cual, por otra parte, era uno de los mayores propietarios --una de las personas más acaudaladas del país-- y necesitaba paz para poder gozar con seguridad de sus bienes.

Después de Pavón la guerra siguió unos meses más, pero pronto la derrota de la Confederación fue evidente. Sus autoridades renunciaron, Entre Ríos reasumió su soberanía, y acéfalo el Poder Ejecutivo, lo asumió provisoriamente Mitre, quien a principios del año siguiente (1862) fue electo presidente. Ahora por primera vez coincidía el poder económico con el político, robustecido éste por el triunfo armado. Más difícil sería su aceptación pública, y de hecho ello implicó problemas serios, pues para Buenos Aires no era posible gobernar sin una alianza que incluyera a un buen sector provinciano.



CAPITULO 14

LA PRESIDENCIA DE MITRE (1862-1868)

DISIDENCIAS EN EL LIBERALISMO PORTEÑO: MITRISTAS Y ALSINISTAS ANTE EL TEMA DE LA CAPITAL

Mitre, al llegar al poder a nivel nacional (provisionalmente en 1861, constitucionalmente al año siguiente), coronaba una trayectoria política que había reconocido muchos altibajos. Más joven que los creadores de la Asociación de Mayo (tenía 16 años cuando ésta se fundó), conoció y adhirió a ese grupo en el exilio montevideano.

Provenía de una familia de mediana posición; era su abuelo italiano, aunque de ascendientes griegos, de donde vino, por corrupción de Dimitris, su apellido. Tuvo una adolescencia muy rebelde, y para corregirlo su padre lo envió a la estancia de don Gervasio Rosas, hermano del Restaurador pero independiente políticamente. Esa estancia, al parecer, actuaba como lugar para enderezar a los hijos y parientes de amigos que no podían ser controlados de otra manera. Al poco tiempo, el joven se escapó y terminó en Montevideo, donde ingresó en el ejército.

En 1846, disconforme con la situación de los emigrados argentinos, se fue a Bolivia, donde participó en las luchas civiles, dirigiendo una Academia Militar a pesar de sus pocos conocimientos teóricos. Expulsado por los altibajos de la política, terminó en Perú, y de ahí se hizo echar a Chile. En ese país se vinculó con los liberales más radicalizados, de tradición "pipiola" y convicciones federales, que estaban ubicados en la oposición al gobierno para el cual trabajaba Sarmiento. A pesar de eso anudó una amistad con el sanjuanino que duraría mucho tiempo. Habiendo participado en una rebelión liberal, que protestaba contra la usual manipulación de los resultados electorales, en 1851, fue otra vez expulsado de su país de refugio, y finalmente recaló en el Río de la Plata, para participar en la campaña contra Rosas.[11]

Con esta experiencia, unida a la adquirida en el gobierno del Estado autonomista de Buenos Aires, estaba dispuesto a operar con cautela, para consolidar sus conquistas sin enajenar demasiado a sus enemigos. Desde entonces, sus tendencias acuerdistas lo acompañaron toda la vida, aunque en difícil convivencia con sus deseos de ver respetados sus derechos y los de sus coprovincianos.

La Constitución, que se había reformado para tener en cuenta los pedidos de Buenos Aires, ahora debía funcionar bajo control de esta provincia. Después de un corto período como encargado del Ejecutivo, Mitre consiguió cambiar los gobiernos provinciales que le eran desafectos, y fue electo presidente constitucional. El problema principal a resolver era el de la Capital Federal.

División del liberalismo: nacionalistas (mitristas, o cocidos); autonomistas (alsinistas, o crudos) • Rechazo por la legislatura porteña del proyecto de Mitre • La Aduana Nacional garantiza el presupuesto de la provincia de Buenos Aires por cinco años

El nuevo presidente, siguiendo el ejemplo de Rivadavia, decidió cortar el nudo gordiano, y pidió al Congreso que federalizara temporariamente toda la provincia de Buenos Aires, mientras no se tomara una decisión definitiva. Con esto se hubiera conseguido que todos los recursos de esa entidad fueran a ser administrados centralmente por el presidente, lo que le daría la posibilidad real de unificar al país. También Urquiza había hecho una cosa parecida al federalizar --temporariamente-- a la provincia de Entre Ríos, durante su mandato.



Mitre

El proyecto de Mitre, obviamente de inspiración unitaria, no pudo menos que enfrentarse con los intereses de los políticos locales de Buenos Aires. Algunos de éstos, como los Alsina (Valentín y su hijo Adolfo), aunque no menos unitarios en sus convicciones, ahora tenían que defender su pago chico, que en realidad no era tan chico, incluso daba más recursos que el resto de la República. Por otra parte, podían temer que la solución aparentemente temporaria se eternizara, y entonces, ante un posible cambio en las autoridades nacionales que diera el mando a un provinciano y quizás federal, la máquina política liberal porteña, arraigada en la ciudad de Buenos Aires, se quedaría sin combustible.

Aunque el proyecto de Mitre fue aprobado por el Congreso nacional, la Legislatura de la provincia de Buenos Aires, influida por el joven e impetuoso Adolfo Alsina, se opuso. Esto equivalía a un veto, porque según la Constitución reformada la cesión de territorio de una provincia debía ser refrendada por sus autoridades para ser válida. La transacción fue que por cinco años el gobierno nacional residiría en la ciudad de Buenos Aires y ejercería dentro de sus limites poderes propios, aunque el municipio seguiría siendo parte de la provincia y participaría en la elección de su gobernador.

Por otra parte, según ya había sido establecido después de Cepeda, aunque el gobierno nacional iba a ser el que recaudara las rentas de Aduana, cada mes debía enviar al Tesoro de la provincia de Buenos Aires las sumas que correspondían para mantener su presupuesto de 1859, durante cinco años. Con ello, durante ese tiempo la provincia seguiría teniendo su estructura administrativa casi completa y, lo que era más importante, su organización militar propia, en teoría dedicada a defender la frontera contra los indios pero que se podía usar para otros efectos.

La división quedó, de todos modos, establecida en el Partido Liberal. Por un lado, los seguidores de Mitre se denominaron nacionalistas, por su intento de integrarse más rápidamente a la nación. Por simétricos motivos, los partidarios de Adolfo Alsina se denominaron autonomistas. Más popularmente, los mitristas eran llamados "cocidos" que es como decir "blandos", mientras que los alsinistas eran conocidos como "crudos", o sea, "duros".

Mitre obtuvo apoyo en la comunidad de inmigrantes, sobre todo los italianos, y en esferas del comercio nacional y extranjero, interesado en una más estrecha unidad para formar un mercado nacional sin trabas. Alsina, con su experiencia de organizador de grupos de acción, canalizó a los más exaltados creyentes en la necesidad de mantener las atribuciones de la provincia. Aquí confluyeron grupos de muy diversa extracción. Por un lado, la

gente de tradición fuertemente antifederal y antiurquicista, ante la evidente intención de Mitre de entenderse con Urquiza, estaba dispuesta a apoyar a Alsina. Pero paradojalmente, los antiguos grupos federales y rosistas también se le acercaron, al ver que tomaba una posición menos "unitaria" que Mitre. Es así como el alsinismo, de extracción liberal exaltada y antifederal, se transformó en una combinación con fuertes elementos de conservadorismo popular rural, como había sido el rosismo, aunque, claro está, con otro signo ideológico y otros modelos de gobierno.

LOS LEVANTAMIENTOS DEL CHACHO PEÑALOZA Y DE FELIPE VARELA (1862-1863 Y 1867-1869)

Para conseguir alteraciones en los gobiernos provinciales --hasta la víspera partidarios de Urquiza casi todos-- Mitre, aún no designado presidente, había enviado un ejército al interior, dirigido por el Gral. Wenceslao Paunero, con Sarmiento como auditor de guerra, o sea a cargo de funciones judiciales militares. La acción directa de estas tropas, más la indirecta al estimular una sucesión de movimientos locales, pronto consiguió vencer casi todas las resistencias, y bajo esas nuevas condiciones las elecciones consagraron a Mitre presidente, con Marcos Paz como vice.

En San Juan, Sarmiento fue elegido gobernador, decidido a emprender grandes reformas, aunque encontró numerosas resistencias del espíritu tradicionalista, y porque sus obras de desarrollo técnico y educacional exigían impuestos altos, novedad poco apreciada por los contribuyentes. Más serias, sin embargo, fueron las resistencias que provenían de la vecina La Rioja, dominada por el Gral. Angel Vicente Peñaloza, "el Chacho".

El Chacho era un jefe federal muy particular, ya que había combatido junto a Lavalle durante la trágica retirada de éste después del fracaso de su campaña contra Buenos Aires. Es que por debajo de las etiquetas de federales o unitarios, estaban las realidades de provincianos y porteños. Rosas, para muchos provincianos, había sido un federal sospechoso, y se lo percibía más bien como porteñista. Lavalle, en cambio, aunque unitario de convicciones, estaba en ese momento enfrentando al señor del puerto de Buenos Aires.

Peñaloza, después, participó en la batalla de Pavón, del lado de Urquiza, y no estaba dispuesto a cesar en la lucha, aun habiéndose refugiado en su provincia nativa. Desde su cuartel, controlaba a cualquier gobierno que pudiera formarse en La Rioja. Dice el historiador Antonio Zinny, contemporáneo de los sucesos que describe, en su *Historia de los gobernadores*:

> *La residencia de Peñaloza era en el bosque de Guaja, donde tenía su buena casa y sus estancias. Su casa habitación era un pequeño campamento, pero la mayor población era, puede decirse, población flotante, que se componía de gente que acudía allí de toda la provincia de La Rioja y aun de las provincias vecinas, y que hacían de Peñaloza el verdadero gobernador.*

Daba audiencia en su casa a horas fijas, y no había más diferencia entre él y el gobierno de una republiqueta, que la de que Peñaloza recibía en grupos y sentado en el suelo, de cualquier clase o condición que fueran y casi simultáneamente. El decidía, sin apelación, los pleitos o cuestiones que se suscitaban por terrenos u otros intereses. Igual cosa ocurría en lo religioso. Su voluntad era omnímoda.[12]

La condición social de Peñaloza era bastante distinta de la que describiría luego Sarmiento en su *Vida del Chacho*. No era un gaucho de vida airada, sino un miembro de la clase media hacendada del interior, de posición social respetable, que había conseguido mantener a través de una carrera militar. En otras palabras, su situación social era lo más parecida posible a la de Sarmiento, aunque más rural que urbana, pero igualmente de antiguos antecedentes entre la "gente decente". La principal diferencia en cuanto a ubicación social --ideologías aparte-- era que en vez de seguir una carrera en las letras y el periodismo, lo había hecho en las armas.

El Chacho tenía un fuerte apoyo en la población humilde de su zona. Como vimos antes, tanto los gauchos como los artesanos sufrían un fuerte deterioro en su situación social --al menos en el corto plazo-- ante el avance del sistema de relaciones comerciales modernas. Su resistencia era un poco contra toda esperanza, algo así como la de los "luddistas" o destructores de máquinas que en Inglaterra se habían opuesto a los avances de la Revolución Industrial. La diferencia, de todos modos, era que en Inglaterra las fábricas se establecían en el mismo país en el que destruían a las artesanías.

Pero aparte de los artesanos y de los ocupantes tradicionales de parcelas rurales, hay que tener en cuenta la situación de los descendientes de una clase dirigente o administrativa tradicional, que con gran dificultad trataban de sobrevivir en una situación en que las fuerzas del mercado erosionaban sus fuentes de renta o sus empleos tradicionales en el Estado, la Iglesia o la Milicia. Paradójicamente, tanto Sarmiento como el Chacho pertenecían a esta misma clase social.

La resistencia de Peñaloza fue desesperada y a ratos amenazante, habiendo incluso llegado a ocupar la ciudad de Córdoba. La represión por parte de las tropas enviadas por el gobierno nacional fue muy cruenta y plagada de excesos y abusos, equivalentes a los que habían caracterizado el dominio del caudillismo federal de años anteriores. Uno de ellos fue el cometido por el Mayor Pablo Irrazábal, que al apresar al Chacho en Olta (1863) lo asesinó de un lanzazo, sin forma de juicio. Sarmiento, muy involucrado en la lucha, aprobó aunque no ordenó esta acción. Mitre, en cambio, la condenó, separando del ejército al autor del hecho.

Los rescoldos de la rebelión se mantuvieron vivos y fueron reactivados por la guerra del Paraguay, estallada en 1865. La presión reclutadora era muy intensa y ocasionaba resistencias que eran aprovechadas por los jefes montoneros. Uno de éstos era Felipe Varela, catamarqueño, que, como el Chacho, había militado en las filas de Lavalle y después en las de Urquiza y del mismo Peñaloza. En 1867 estallaron varias rebeliones, capitaneadas

principalmente por Varela y el puntano Juan Sáa. Pronto se difundieron por todo el Noroeste, pero en ese mismo año de 1867 los caudillos santiagueños Manuel y Antonino Taboada, aliados de Mitre, vencieron decisivamente a Varela en el combate de Pozo de Vargas, cerca de la ciudad de La Rioja.

Varela prosiguió la lucha, aunque tuvo que refugiarse en Bolivia y en otra ocasión en Chile, y volver, hasta ser derrotado en forma definitiva en los primeros días del año 1869. Terminó sus días en Chile, lo que le permitió salvar la vida.

Por su insistencia quijotesca en la lucha y por su negativa a aceptar la derrota a pesar de enfrentar fuerzas muy superiores, tanto el Chacho como Felipe Varela se han convertido en figuras románticas que representan la resistencia de sus provincias contra un proceso que ni sus beneficiarios ni sus víctimas sabían bien en qué consistía, como diría Alberdi.

EL DESARROLLO ECONOMICO Y EDUCACIONAL

Durante la presidencia de Mitre el ganado ovino, criado sobre todo por pastores irlandeses, se convirtió en la especie más numerosa y en la nueva base de las exportaciones. El desarrollo económico, especialmente de la zona pampeana y del Litoral, siguió a pasos agigantados. Esto fue así a pesar de la guerra del Paraguay, que aunque exigió grandes esfuerzos financieros estimuló la demanda de pertrechos bélicos y permitió grandes negocios, como ocurre a menudo con las guerras.

El tema de las tierras públicas era un potencial hueso de discordia entre la nación y las provincias. Mitre obtuvo, después de vencer la resistencia de los diputados, una solución de transacción que impuso usando su mayoría más segura en el Senado. Las tierras públicas ubicadas dentro de los límites de las provincias pertenecerían a éstas. Fuera de esos límites, serían de la nación y se organizarían políticamente en los nuevos territorios nacionales (La Pampa, Río Negro, El Chaco, etc), administrados por gobernadores designados por el Ejecutivo nacional, o sea, de manera unitaria.

En 1866 se organizó la Sociedad Rural, integrada por estancieros de fuerte posición social. Uno de sus inspiradores y teóricos fue Eduardo Luis Olivera, que había tenido una muy buena formación técnica en Europa. Quedó impresionado, allá, tanto por los adelantos agrarios como por el tipo de vida rural, marcado por el hecho de que los propietarios, incluso los de alto nivel de vida, residían en el campo. De esta manera contribuían a dar liderazgo a sus comunidades y a mejorar los servicios públicos, desde los caminos a las escuelas, ya que ellos los tenían que usar. Los efectos políticos eran considerables, pues naturalmente se convertían en líderes de la opinión y conseguían el apoyo electoral lugareño sin necesidad de pasar por las complejas intermediaciones que se hacían necesarias en la situación argentina.

El proyecto de transformar el modo de vida de los estancieros no tuvo éxito, y el campo siguió siendo una zona con poca presencia de clase alta, que residía en la Capital y manejaba sus intereses con intermediarios

administrativos y políticos. El alsinismo cumplió en un principio ese papel, luego heredado, como veremos, por la estructura política armada por el Gral. Roca en 1880, el Partido Autonomista Nacional (PAN).

La colonización se impulsó, aunque menos que en la época de la Confederación. Las provincias manejaban ese tema en sus jurisdicciones y la nación en los territorios. Fue así como en 1865 un grupo de inmigrantes galeses se instaló en el valle del río Chubut, creando un enclave en pleno territorio controlado por los indios. Las provincias de Santa Fe y de Entre Ríos, siempre necesitadas de dar mejores condiciones al extranjero para atraerlo, siguieron con una activa política de promoción de colonias con medianos productores.

Las comunicaciones se fortalecieron con la extensión de vías férreas y servicios de barcos a vapor en los ríos. La exportación se vio facilitada, aunque todavía se concentraba en productos ganaderos, estando la agricultura aún en estado de "industria infantil", o sea necesitada de protección, especialmente en lo referente a la elaboración de harina.

La educación secundaria fue muy promovida por Mitre. Al iniciar su presidencia, sólo había tres colegios públicos de ese nivel: el de Concepción del Uruguay, creado por Urquiza, el de Montserrat, en Córdoba, y el de Buenos Aires, dependientes estos dos últimos de sus respectivas universidades. Mitre creó otros colegios secundarios en provincias, tratando de dar una canalización hacia las profesiones o la administración pública a los jóvenes de la clase media local. En muchas de las provincias del interior esa clase media era un sector particularmente problemático. Según cómo se estructuraran sus perspectivas ocupacionales podía alimentar al caudillismo rebelde, dándole liderazgo, o bien canalizarse más pacíficamente hacia la administración pública y las profesiones, integrándose más fácilmente en el sistema político nacional.

En la provincia de Buenos Aires fue electo Mariano Saavedra (hijo del presidente de la Primera Junta), colaborador estrecho de Mitre. Pero en la renovación de 1866 venció Adolfo Alsina, que de esta manera establecía un poder paralelo y competitivo con el de Mitre, que sería un arma letal en la próxima renovación presidencial. Sobre todo, dadas las difíciles situaciones en que se debatía el país por la guerra iniciada con Paraguay el año anterior.

CAPITULO 15

LA GUERRA DE LA TRIPLE ALIANZA (1865-1870)

ANTECEDENTES

Paraguay había seguido una política de aislacionismo e independencia respecto al Río de la Plata, desde la época de la frustrada expedición libertadora de Manuel Belgrano. En 1844, después de la muerte de Gaspar Rodríguez de Francia, fue designado presidente Carlos Antonio López, que intentó una moderada apertura constitucional, aunque manteniendo las riendas del poder firmemente en sus manos. Paraguay tenía una vieja aspiración a acceder al mar, por vía de la fragmentación territorial de las Provincias Unidas, o quizás de Brasil, y una eventual recomposición federativa bajo su predominio.

Río Grande do Sul, extremo meridional de Brasil, había tenido un régimen separatista de 1835 a 1845, que en su momento fue saludado por Alberdi como una nueva accesión a la familia republicana del continente. Por otra parte, en la Mesopotamia argentina siempre había intereses dispuestos a independizarse, como forma de enfrentar el predominio porteño, que ahogaba a la región a través del control de los ríos. Entre los unitarios emigrados en Montevideo, una de las estrategias de lucha contra Rosas que algunos de sus miembros estaban dispuestos a explorar era la de promover la separación del Litoral, temporaria o definitiva.

Durante la lucha de la provincia de Corrientes contra Rosas, en 1845, se concertó una alianza con Paraguay, y tropas conjuntas fueron las que lucharon contra las que Urquiza comandaba por cuenta de Rosas. La negativa del Gral. Paz a solidarizarse con proyectos de este tipo fue una de las causas de su fracaso. También se refiere Paz a los deseos de Fructuoso Rivera, presidente de Uruguay, de incorporar a la Mesopotamia argentina a su país, repitiendo la época en que Artigas se había proclamado Protector de los Pueblos y tenía bajo su hegemonía a toda aquella zona, aunque no entonces como país independiente sino como grupo de provincias argentinas.

Dentro de este hervidero geopolítico hay que entender la estrategia de Francisco Solano López, hijo y sucesor de Carlos Antonio. Había realizado un largo viaje de estudios en Europa, donde pudo conocer el modelo provisto por Napoleón III, como jefe autócrata pero popular al mismo tiempo, con antecedentes incluso anclados en la tradición de la Revolución Francesa. Vuelto a su país, ejerció roles diplomáticos entre las facciones en lucha civil en la Confederación Argentina, y asumió la presidencia en 1862. En esa época el Paraguay tenía grandes ingresos por la exportación de su yerba, muy difundida en la región. El fuerte aislamiento en que vivía actuaba, de hecho, como factor

proteccionista para la actividad industrial y artesanal. Como por otro lado había un proyecto de expansión territorial que debía ser consolidado con preparativos bélicos, existía una demanda estatal y militar para la creación de establecimientos industriales.



EL DESENCADENANTE: LA SITUACION URUGUAYA

En Uruguay existían dos partidos. Los colorados, dirigidos por Fructuoso Rivera, eran fuertes en la capital y estaban aliados a los emigrados porteños. Los blancos eran dirigidos por Manuel Oribe y tenían su base en el campo, como los federales argentinos, con los que estaban aliados en las guerras civiles del vecino país.

Durante la campaña de Urquiza contra Rosas el gobierno uruguayo, colorado, había colaborado con tropas que combatieron en Caseros. Luego hubo un período de predominio blanco, basado en una revolución en 1854, sucedida por un contragolpe del colorado Gral. Venancio Flores, que invadió al país desde la Argentina en 1863. Después de una prolongada guerra civil, Flores consiguió el apoyo de la escuadra brasileña, que le permitió vencer la resistencia de la ciudad de Paysandú y asumir el gobierno de su país en 1865.

A juicio de la diplomacia paraguaya, esto alteraba el equilibrio político de la región, haciendo que Uruguay pasara a depender demasiado de Brasil. Por ello decidió realizar una cruzada liberadora del país hermano, y mandar tropas para reponer a los blancos en el poder. Estas debían pasar por territorio argentino, y para ello pidió autorización, negada por el presidente Mitre, que procuraba mantener la neutralidad ante lo que parecía ser un conflicto entre Paraguay y Brasil.

Una lucha entre esos dos países, si hoy puede parecer totalmente desproporcionada, no lo era tanto en aquella época. Aunque la población de Brasil era mucho mayor que la de Paraguay, estaba casi totalmente concentrada en la costa. Para las tropas brasileñas la única forma de llegar a Paraguay, prácticamente, era por el Río de la Plata, pues sus zonas fronterizas no tenían los recursos humanos ni económicos para sostener una fuerte movilización militar.

En marzo de 1865 Paraguay declaró la guerra a la Argentina (ya lo había hecho con Brasil el año anterior), y en abril ocupó la ciudad de Corrientes, donde estableció un gobierno amigo con algunos miembros del partido federal local. Desde ahí pasó a Río Grande do Sul, mientras los otros tres países de la región se unían en la llamada Triple Alianza, que se planteaba como objetivo derrocar a López, respetando la integridad territorial de su país (aunque siempre se podían discutir los mal marcados límites). Las tropas serían dirigidas por Mitre, mientras que la escuadra, principalmente brasileña, estaría al mando de un militar de ese país.

EL DESARROLLO DE LA GUERRA

Las tropas aliadas consiguieron expulsar a los invasores del territorio brasileño y argentino, tras rechazar el ataque a la localidad brasileña de Uruguayana. La escuadra imperial, al batir a sus enemigos en el Riachuelo, en las cercanías de Corrientes, permitió liberar a esta ciudad y luego forzar el Paso de la Patria, cerca de la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay.

Poco después, en la batalla de Tuyutí, los paraguayos sufrieron una seria derrota en su propio territorio, con 14.000 muertos. Este era el momento en que la lógica hubiera indicado la finalización de la guerra, y para ello se realizó una entrevista entre López y Mitre, en Yataí Corá, en setiembre de 1866. Mitre, en base a lo estipulado por el Tratado de la Triple Alianza, insistió en la renuncia de López, y al negarse éste, el conflicto continuó. Al poco tiempo un ataque masivo de los aliados al fuerte paraguayo de Curupaití fracasó, ocasionando ingentes pérdidas humanas y planteando una perspectiva de prolongación indefinida de la guerra, aunque las posibilidades de victoria para López eran escasas.

Sin embargo, el régimen paraguayo endureció su control sobre la población, a la que buscaba fanatizar, aplicando un terror contra los opositores que llegó a extremos difíciles de concebir. Aunque los vencedores crearon alrededor de esos hechos una leyenda negra, existen bases para ella. En Paraguay por mucho tiempo la memoria de López fue condenada, aunque desde los años treinta de este siglo ella ha sido rehabilitada, como parte de un renacimiento nacionalista.[13]

La disciplina en el ejército aliado era difícil de mantener, y la terrible carnicería que se producía en el frente provocaba resistencias al reclutamiento de tropas. Urquiza, que daba su apoyo aunque con algunas reticencias, no consiguió mantener el control sobre varios batallones que había convocado, los que se desbandaron, causándole una seria pérdida de prestigio ante las autoridades nacionales. En el interior de la Argentina la resistencia a la guerra, aumentada por la simpatía del partido federal hacia el régimen de López, provocó rebeliones y fomentó la guerra civil dirigida por Felipe Varela.

A fines de 1868 los aliados habían conseguido dominar a los fuertes de Curupaití y Humaitá. Bajo el mando de Luis Alves de Lima, Marqués de Caxías, que había sustituido a Mitre (ya finalizada su presidencia), ocuparon la capital el 1 de enero de 1869. López prolongó la resistencia aún por otro año más. Forzando a sus seguidores a acompañarlo en una lucha sin perspectivas, y aplicando severos castigos a los que no le obedecían, terminó refugiándose en las serranías de Cerro Corá, donde murió en un combate final (marzo de 1860).

El país estaba desangrado, y según la leyenda no había quedado más que un puñado de hombres adultos en el país. Aunque esto es una exageración y la cantidad de muertos nunca podrá saberse con precisión, no hay duda de que un muy alto porcentaje de la población masculina adulta pereció. Los partidarios de aquel entonces --y sus simpatizantes actuales-- rivalizan en establecer cifras y culpabilidades. Lo cierto es que fue una de las peores

hecatombes de nuestra historia, un ejemplo de cómo un conflicto inicialmente circunscripto puede degenerar y magnificarse por encima de la voluntad de los participantes.

Al terminarse las hostilidades hubo fricciones entre Argentina y Brasil acerca de cómo consolidar un gobierno local amigo en reemplazo del régimen caído, así como del tratamiento de litigios de límites, confusamente establecidos desde tiempos coloniales. Mitre, enviado por Sarmiento a Río de Janeiro en 1872, reestableció el buen entendimiento entre los dos países. Por otra parte, el ejército argentino ocupó partes del Chaco al norte del Pilcomayo, aunque luego se retiró, manteniendo en nivel diplomático sus pretensiones sobre esas regiones. Estas se sometieron al veredicto del presidente norteamericano Rutherford Hayes, quien en 1878 adjudicó el área a Paraguay.

EL PROBLEMA SUCESORIO PRESIDENCIAL (1868)

La sucesión presidencial, planteada desde 1867, constituyó un grave problema, pues debido a la prolongación de la guerra Mitre había perdido mucho prestigio, y al tener que estar la mayor parte de su tiempo en el frente no podía con facilidad tejer las alianzas necesarias para asegurar un proceso pacífico y a la vez continuista. Desde el Paraguay Mitre escribió una carta, para consumo público, llamada su "Testamento político", en la cual decía no querer influir en la elección de su sucesor, pero de hecho vetaba a Urquiza y a Alsina, tomando poco en serio la posibilidad de Sarmiento, y daba su preferencia a su ministro de Relaciones Exteriores,Rufino de Elizalde. La realidad era que Mitre había perdido su capacidad de imponer un sucesor, y de hecho fracasó en ese intento.

Los dos grupos políticos más poderosos existentes en el país eran el nacionalista, dirigido por Mitre, y el autonomista, liderado por Adolfo Alsina. Ambos estaban basados en la provincia de Buenos Aires, y eran ramas del Partido Liberal que había sido formado por Mitre con las fuerzas unitarias después de Caseros. Los antiguos federales porteños se habían incorporado a una u otra de estas organizaciones.

El resto del país había perdido mucho peso político desde la derrota de Urquiza en Pavón, aun cuando debía ser tenido en cuenta en cualquier combinación electoral. Incluso podía llegar a actuar como fiel de la balanza, al volcar sus preferencias por uno u otro de los bandos porteños.

Rufino de Elizalde era un moderado que nunca se había exiliado y que había tenido ciertas concomitancias rosistas que ahora prefería olvidar. Adolfo Alsina, por su parte, aspiraba al cargo a pesar de la opinión negativa de Mitre, y paro eso pensó en aliarse con el marginado Urquiza. Esta combinación no surtió efecto, porque era demasiado pronto para hacer superar los enfrentamientos de Cepeda y de Pavón. Es así que Alsina buscó otro aliado que cumpliera varias condiciones, a saber: ser provinciano, tener prestigio propio aun sin ser un rival de peso y, finalmente, contar con la buena voluntad del ejército.



Domingo Faustino Sarmiento resultó ser, de manera inesperada, quien mejor llenaba estas especificaciones. En esos momentos ejercía la Embajada en los Estados Unidos, que le fue otorgada después de terminar su gobernación en San Juan y la lucha contra la rebelión de Peñaloza. Su duro enfrentamiento con los caudillos, enemigos armados del ejército, lo hacía aceptable por este último. Su contradictoria personalidad combinaba una pasión por el desarrollo cultural y cívico, con aristas autoritarias en su trato a quienes consideraba enemigos de la pacificación y el progreso nacionales. Alsina le cedió el primer puesto en la fórmula, pensando controlar la situación desde la segunda fila, para quizás propulsarse al frente en un subsiguiente período. Lo principal era desplazar al mitrismo, y esto lo consiguió.

Las elecciones dieron el triunfo a la fórmula autonomista, mezclada con el necesario componente provinciano, contra el porteñismo más marcado de la candidatura nacionalista (mitrista) de Elizalde, o la imposible del propio Urquiza. Una vez en el gobierno, claro está, el sanjuanino no fue tan fácilmente manejable, aunque de hecho el poder político de Alsina en la provincia de Buenos Aires se mantuvo durante todo ese período.

CAPITULO 16

LA PRESIDENCIA DE SARMIENTO (1868-1874)

TRAYECTORIA POLITICA

Sarmiento, al llegar a la presidencia, coronaba una larga trayectoria de periodista combativo, político apasionado y luchador por la transformación cultural de su patria. Sus análisis sobre la realidad social argentina, escritos más a los apuros y desaliñadamente que los de Alberdi, tienen un equivalente nivel de profundidad. Además, tuvieron un gran impacto en la opinión pública, que lo veía como uno de los máximos representantes de la modernización institucional necesaria para ubicar al país entre las naciones de alto desarrollo.

Pertenecía a una familia de antigua tradición, descendiente de los primeros conquistadores y funcionarios coloniales, pero muy disminuida en su posición económica. Su padre, que desempeñaba roles administrativos subalternos, desapareció cuando él era aún muy joven, y su madre trabajaba un telar para ganarse la vida. Su falta de recursos le impidió usar una de las becas que el gobierno de Rivadavia había dado a cada provincia para enviar estudiantes al Colegio Nacional de Buenos Aires, así que se vio obligado desde la adolescencia a trabajar como dependiente de comercio, y a completar su educación de manera autodidacta.

En 1831, como resultado de las victorias de Quiroga en Cuyo, tuvo que

emigrar a Chile, donde se ganó la vida con multitud de oficios, desde capataz de minas a maestro y pequeño comerciante. Pasó entonces por una experiencia de sumergirse en lo popular, parecida a la de Rosas o Quiroga. Volvió a su provincia en 1836, y pronto adhirió a la Asociación de Mayo creada por Echeverría, uno de cuyos miembros pasó por San Juan en 1838.

Aprovechando un período de mayores libertades, bajo el nuevo gobernador federal Nazario Benavídez, publicó el periódico *El Zonda* y promovió diversas actividades culturales con sentido político. Finalmente enfrentado con Benavídez, a pesar del apoyo que éste originalmente le había dado, fue expulsado a Chile. En el camino escribió, en una piedra en la frontera, "no se matan las ideas", en francés, para que los que lo custodiaban no entendieran lo que decía.

Esta vez se ubicó mejor, y escaló posiciones en la prensa y en la organización de nuevas experiencias educativas, donde cosechó abundante experiencia. En su obra *Facundo*, publicada en 1845 como folletín en un diario de Santiago, así como en otras obras menores y en sus numerosos artículos periodísticos, había trazado una visión descarnada de la realidad nacional.



D.F. Sarmiento

LAS IDEAS SOCIOLOGICAS DE SARMIENTO

El atraso y la violencia política en que se debatía el país eran debidos, a su juicio, en buena parte a las costumbres transmitidas por la potencia colonial, una de las más atrasadas de Europa, y mentalmente cerrada aun en sus épocas de mayor esplendor. Sarmiento hablaba mal de España, pero "como un español", al decir de Miguel de Unamuno, que admiraba sus escritos y lo consideraba el mejor autor contemporáneo en esa lengua.

Sarmiento no era mucho más complaciente con la cultura india, aunque ésta era poco influyente en la Argentina, por comparación a otros países del continente. Para cortar con esas herencias Sarmiento pensaba que el país necesitaba un revulsivo cultural, administrado por la educación masiva y por la inmigración, preferiblemente originada en países que habían pasado con más éxito que España por la revolución del mundo moderno.

Pero aparte de la influencia española e indígena, Sarmiento señalaba los efectos del ambiente local, signado por la poca densidad de población y el estancamiento del comercio y las comunicaciones. Las clases populares, sobre todo las rurales, en estas condiciones no podían menos que reflejar el atraso y a su vez sostenerlo con sus actitudes. En este sentido no ahorraba epítetos, y enfatizaba con saña los aspectos brutalizadores del tipo de vida a que se veía reducida la población humilde.

Sarmiento no se forjaba ilusiones acerca del rol que esa masa popular ignorante podía desempeñar en la transformación del país. Más bien la veía como factor del atraso, especialmente por vía de su apoyo a los caudillos. Estos obstaculizaban el progreso económico, al crear una inestabilidad institucional, basada justamente en su capacidad de manejo de masas en contiendas cívicas y militares.

Ya hemos visto la forma dura en que durante la presidencia de Mitre, Sarmiento enfrentó la lucha contra los últimos levantamientos de caudillos, especialmente el del Chacho Peñaloza. Como no apreciaba la forma de vida del gaucho, Sarmiento ha sido acusado por la escuela historiográfica inspirada en el revisionismo, de tener una actitud "exterminadora" hacia la población pobre del país. Esto refleja con alguna parcialidad actitudes que efectivamente Sarmiento expresó, a menudo en cartas que trasuntan un malhumor momentáneo y que es preciso contrastar con el resto de su obra.

Sus análisis tienen un componente de racismo, el cual era casi universalmente aceptado en la época como factor explicativo de las diferencias humanas. En *Facundo* había contrastado las ideas de los primeros reformadores liberales, de la época de Rivadavia, con las de la actual generación. Los rivadavianos eran una hechura del Iluminismo enciclopedista, demasiado creyentes en las virtudes de la razón y en la adaptabilidad humana a las construcciones institucionales. Ahora, decía, se sabe que el hombre no es tan maleable, y alberga tendencias instintivas que hay que valorar en su justa fuerza. Esas tendencias se moldean a través de la cultura, y quedan cristalizadas y transmitidas por la familia, de manera que en la práctica forman grupos que a menudo coinciden con las razas, y cuyas actitudes básicas cambian sólo muy lentamente.

En *Facundo*, refiriéndose a estas nuevas concepciones, dice:

> *Con las paradojas del Contrato Social se sublevó la Francia; Buenos Aires hizo lo mismo; Voltaire había desacreditado al cristianismo, se desacreditó también en Buenos Aires; Montesquieu distinguió tres poderes, y al punto tres poderes tuvimos nosotros; Benjamín Constant y Bentham anulaban al ejecutivo, nulo de nacimiento se le constituyó allí; Smith y Say predicaban el libre comercio, libre el comercio, se repitió. Buenos Aires confesaba y creía todo lo que el mundo sabio de Europa creía y confesaba. Sólo después de la revolución de 1830 en Francia y de sus resultados incompletos, las ciencias sociales toman nueva dirección, y se comienzan a desvanecer las ilusiones. Desde entonces comienzan a llegarnos libros europeos que nos demuestran que Voltaire no tenía mucha razón, que Rousseau era un sofista, que Mably y Raynal unos anárquicos, que no hay tres poderes, ni contrato social, etc, etc. Desde entonces sabemos algo de razas, de tendencias, de hábitos nacionales, de antecedentes históricos.*[14]

No es que la nueva visión fuera menos racionalista que la anterior. La diferencia era que aplicaba el análisis, o sea la razón, para descubrir la falta de razonabilidad con que en general se maneja la gente en sociedad. El constructor de instituciones debe adaptarlas, entonces, a las características psíquicas y tradiciones culturales de su sociedad.

Así, por ejemplo, con el problema de la autoridad. Rousseau pensaba que se basaba --o debía basarse-- en un contrato, razonablemente convenido entre gobernados y gobernantes. Nada de eso, dice el nuevo enfoque, ahora adoptado por Sarmiento. El problema de la revolución americana fue que

destruyó los fundamentos tradicionales, conservadores, de la autoridad, sin poderlos sustituir por otros. Pensar que se podía solucionar el problema con un "contrato" era ilusorio. Había que imponer la autoridad, usando nuevos sistemas, más modernos pero no por eso menos basados en la mentalidad primitiva existente, que es la de la mayor parte si no de toda la humanidad, incluidas sus capas educadas:

> *La autoridad se funda en el asentimiento indeliberado que una nación da a un hecho permanente. Donde hay deliberación y voluntad, no hay autoridad.*
> *Me explicaré. Arrebatado a la España Fernando VII, la autoridad, aquel hecho permanente, deja de ser, y la España se reúne en juntas provinciales, que niegan la autoridad a los que gobiernan en nombre del rey. Esto es federación de la España. Llega la noticia a la América, y se desprende de la España, separándose en varias secciones: federación de la América. Del virreinato de Buenos Aires salen al fin de la lucha cuatro estados: federación del virreinato. La República se divide en provincias, no por las antiguas intendencias, sino por ciudades: federación de las ciudades.*
> *La República Argentina se hallaba en esta crisis social, y muchos hombres notables y bien intencionados de las ciudades creían que es posible hacer federaciones cada vez que un hombre o un pueblo se sienten sin respeto por una autoridad nominal y de puro convento.*
> *Pero la República Argentina está geográficamente constituída de tal manera, que ha de ser unitaria siempre, aunque el rótulo de la botella diga lo contrario.*[15]

El problema, entonces, es cómo establecer la autoridad sin el autoritarismo, el respeto por las jerarquías sin el servilismo hacia los poderosos. Por eso Alberdi, en la polémica de las *Cartas quillotanas*, le decía a Sarmiento que había que enseñar a obedecer, no a rebelarse, para evitar la guerra civil continua, como vimos antes. El ciudadano de una comunidad libre, entonces, no sería el que no obedece, sino el que está dispuesto a obedecer a la autoridad legítima.

El problema era cómo combinar la aceptación de ciertos aspectos de la realidad existente, con el necesario enfrentamiento contra los poderes oligárquicos, basados, paradojalmente, en la movilización de masas populares. En este difícil equilibrio Sarmiento mantuvo una actitud de búsqueda de soluciones de "progreso", negándose a la aceptación lisa y llana del desarrollo económico como artífice de todos los cambios, que era la solución propugnada por Alberdi. Para este último era preciso asegurar un mínimo de estabilidad política, aunque fuera con una buena dosis de autoritarismo, para que el capital y la inmigración fluyeran hacia el Plata. Lo demás vendría por añadidura.

Para Sarmiento el resto no vendría automáticamente, sino que había que estimularlo, y para eso era necesaria una mayor limpieza electoral. En la práctica, cuando gobernó, no siempre la respetó, e intentó vencer las

resistencias caudillistas, que consideraba "antihistóricas", mediante la aplicación de una fuerza a menudo brutal. Pensaba que la nueva población, formada en la educación y el trabajo bien remunerado, se iba a ocupar de hacerse respetar y crearía instituciones libres.

Durante su presidencia Sarmiento intentó establecer el sufragio secreto, cosa que no consiguió fuera aceptada por una Cámara demasiado obviamente producto de las influencias de los gobernantes provinciales. Y justamente enfrentó la oposición de la provincia más adelantada, Buenos Aires, cuyo caudillo letrado, Adolfo Alsina, no pensaba desarmar su máquina electoral, basada en una mezcla de popularidad e intimidación de los electores dudosos.[16]

Tanto para Sarmiento como para muchos otros escritores de la época era obvio que uno de los factores del progreso argentino era la existencia de gran cantidad de tierras, para una población escasa. Había que traer nuevos habitantes, que aportaran con ellos hábitos de trabajo, de vida familiar constituida y de respeto a las instituciones. El ambiente de escasez de mano de obra creado en una sociedad de "frontera" como la Argentina era capaz de afectar y modernizar a los mismos inmigrantes europeos, muchos de los cuales no provenían de los países más adelantados del continente, sino de los más arcaicos, incluyendo a la tan vituperada España.

Para ilustrar el fenómeno inmigratorio, Sarmiento se refiere, en *La condición del extranjero en América*, a un supuesto personaje a quien había visto apenas descendió del barco, "cargado de hombros y membrudo, con una ropilla pobre y mal cortada en demasía", caminando por el medio de la calle como hacía la gente no acostumbrada a vivir en una gran ciudad:

> *Un mes después lo vimos en el atrio de la Catedral, contemplando complacido una parada, y por los gestos y miradas se comprendía que nada del género había visto antes. Había ya ganado con qué comprarse un vestido mejor. Se tenía más derecho. Un año después lo encontramos saliendo de una cancha de pelota. El ejercicio, sin duda le había dado animación. Era otro hombre. Se veía de leguas, que se sentía feliz, libre e igual a los demás. Estaba perfectamente vestido a la moda, sin rastros del palurdo que desembarcó. Estos son los efectos de la emigración a la América del Norte o a la del Sur.*[17]

Era como para preguntarse quién modernizaba a quién. El gran modernizador era la existencia de amplias oportunidades de trabajo, altos salarios y posibilidades de independizarse y establecerse por cuenta propia. La abundancia de tierras era la garantía última de esta situación. Preferentemente, tierras accesibles para el trabajador con ganas de cultivarlas, como ocurría en las zonas de colonización, que Sarmiento proyectaba multiplicar en su presidencia. De hecho, no lo pudo hacer, pero aun cuando predominara la gran propiedad, si ella era administrada con criterio comercial moderno, igualmente produciría los efectos señalados, al crear demanda de trabajo directa o indirectamente.

Sin embargo, durante siglos la abundancia de tierras había sido una característica del país, y los efectos descriptos por Sarmiento en el pasaje citado no se habían dado. Lo que se necesitaba era una combinación de cambios institucionales, libertades públicas, ruptura de monopolios comerciales y mano de obra con potencialidad de aprovechar rápidamente las nuevas oportunidades.

EL FRENTE POLITICO INTERNO: ENTENDIMIENTO CON URQUIZA Y REBELION DE LOPEZ JORDAN.

El primer ministerio organizado por Sarmiento reflejó la complicada alquimia que era necesaria para tener contentas, si no a todas las facciones, al menos a las que representaran "la mitad más uno" del poder, ya que no de los votos, que no se contaban con excesiva escrupulosidad.

Incluyó a Vélez Sársfield, dueño del influyente diario *El Nacional*, de simpatías mitristas; a Mariano Varela, de *La Tribuna*, y a Nicolás Avellaneda, alsinistas; y a Benjamín Gorostiaga, que había estado en el gabinete de Urquiza.

Correspondió a Sarmiento conducir la última parte de la guerra del Paraguay, y enfrentar los coletazos de la rebelión de Felipe Varela. En numerosas provincias continuaban los golpes de mano tramados por las facciones que estaban fuera del poder, de raigambre federal o unitaria, y Sarmiento intervino a menudo para conseguir gobiernos que apoyaran su política.

En el frente internacional , envió a Mitre como delegado ante el gobierno de Brasil, para zanjar las dificultades que se habían suscitado con motivo de la paz con Paraguay. También hubo problemas diplomáticos con Chile, ligados a la ocupación por ese país del estrecho de Magallanes, de soberanía discutida. Finalmente, se llegó a un entendimiento, aunque los roces por problemas limítrofes continuaron durante décadas afectando las relaciones entre ambos países.

El intento de avenimiento con Mitre no duró, y pronto las relaciones entre ambos antiguos amigos y correligionarios llegaron a la ruptura. Mitre estaba preparando su retorno a la presidencia, y eso no pudo menos que encender la rivalidad entre los dos.

En 1870, ante el creciente conflicto con el mitrismo, y para recomponer su posición en el país, el gobierno nacional llegó a un acuerdo con Urquiza, sellado mediante una visita oficial a Entre Ríos. Sarmiento había sido enconado enemigo de Urquiza, hasta el punto de haber planteado, en su momento, la necesidasd de eliminarlo físicamente si no aceptaba el exilio. Ahora la reconciliación pareció ser total. Con ese paso, Sarmiento conseguía aplacar las oposiciones que se le suscitaban en el interior por parte de grupos federales que seguían considerando a Urquiza como su jefe histórico.

El avenimiento produjo, como es común en estos casos, disconformidades en los sectores más extremistas de ambos bandos. En Entre Ríos el

representante de esa posición era Ricardo López Jordán, desde hacía tiempo el segundo hombre en importancia en ese distrito, y muy querido por el pueblo. Dos meses después de la visita oficial, un grupo numeroso entró al palacio de San José, donde residía Urquiza, que era en ese entonces gobernador de la provincia, y lo asesinó, dando vivas a López Jordán. Al mismo tiempo fueron ultimados en Concordia dos hijos suyos, evidenciando un complot muy planeado.

Inmediatamente la Legislatura eligió a López Jordán como gobernador. Aunque éste pretendió en un primer momento buscar y castigar a los culpables, pronto demostró su solidaridad con ellos. Es probable que la trama haya sido organizada por él, aunque quizás no hubiera querido asesinar sino sólo arrestar a Urquiza, considerado traidor a su causa.

Sarmiento envió la intervención, con un ejército que encontró denodada resistencia en la provincia mesopotámica. Después de una larga campaña, López Jordán fue vencido en Ñaembé y tuvo que refugiarse en Uruguay, donde gozaba de gran apoyo en el Partido Blanco.

A los dos años, en 1873, López Jordán entró a Entre Ríos desde Uruguay, reiniciando su rebelión, que fue superada por un ejército nacional poderosamente armado con los más recientes adelantos de la técnica. Refugiado esta vez en Brasil, a cuyo gobierno pidió auxilios, todavía se levantó una tercera vez, en 1876, ya durante la presidencia de Avellaneda.

José Hernández, el autor de *Martín Fierro*, era un activo periodista, interesado en temas rurales. De formación federal, colaboró con Urquiza, y durante la guerra del Paraguay, residiendo en Corrientes, estuvo claramente en contra de la agresión a pesar de ciertas simpatías ideológicas con el gobernante del vecino país.

Luego, trasladado a Buenos Aires donde desde 1869 publicaba *El Río de la Plata*, inició una prédica de oposición a Sarmiento y también a Urquiza por haber abandonado las posiciones más netas de su partido. En este sentido, convergió con López Jordán, a quien secundó en su rebelión, motivo por el cual tuvo que exiliarse en Montevideo después de la derrota.

En agosto de 1873 hubo un intento de asesinar a Sarmiento; los autores eran dos italianos, muy posiblemente pagados por un comitente. Todas las sospechas señalaban a López Jordán como el promotor del hecho.

EL DESARROLLO ECONOMICO Y CULTURAL

El desarrollo económico del país continuó, estimulado por la apertura de zonas productivas rurales, que al ser alcanzadas por el ferrocarril podían mandar su producción al exterior en condiciones rentables. Al incremento de las vías ferroviarias se unió el del telégrafo, que unió a Buenos Aires con Rosario y Montevideo. Una exposición industrial en Córdoba mostró a un amplio público lo que se podía producir en el país.

En materia de colonización, los proyectos de Sarmiento de "hacer cien Chivilcoyes" --aludiendo a esa próspera zona caracterizada por pequeños

productores-- nunca se concretaron. La inmigración, sin embargo, siguió afluyendo. La educación fue promovida, como era de esperar en un fanático del tema. Las escuelas primarias fueron complementadas con otras de formación de maestros, las Escuelas Normales, y con una activa promoción de Bibliotecas Populares para la educación continuada de adultos. Se trajeron al país numerosas maestras norteamericanas para implantar los sistemas más modernos. También en niveles superiores se promovieron instituciones de investigación como el Observatorio Astronómico de Córdoba.

La educación alcanzó a las Fuerzas Armadas, con la creación del Colegio Militar y de la Escuela Naval para formar oficiales. Dio gran atención a robustecer el equipamiento técnico del Ejército y de la Marina. Esto se imponía por la situación de guerra existente aún con Paraguay, y como preparación ante posibles conflictos con Chile y Brasil. También era necesario para vencer definitivamente a las montoneras. Por otra parte, los militares habían tenido una importante participación en el movimiento de opinión que llevó a Sarmiento a la presidencia, y era conveniente retribuir su apoyo.

En el área legal se completó la tarea iniciada durante la presidencia de Mitre, de la redacción y aprobación del Código Civil, obra de Vélez Sársfield, y se sancionó una ley que fijaba la manera de obtener la ciudadanía por parte de los extranjeros.

En materia médica hubo que enfrentar la espantosa epidemia de fiebre amarilla, que atacó a Buenos Aires en el año 1871, posiblemente un efecto de la guerra del Paraguay. Los muertos sumaban cantidades tan grandes que no podían ser enterrados, y hubo que ampliar los cementerios existentes, además de crear el de la Chacarita.

La literatura gauchesca, durante este período, marcó el importante hito de la publicación de la primera parte de *Martín Fierro*, por José Hernández, en 1872. Poetas más tradicionales fueron Olegario Víctor Andrade, conocido por sus cantos patrióticos, Rafael Obligado y Ricardo Gutiérrez.

José Manuel de Estrada, católico liberal, fue autor de ensayos históricos que buscaban desarrollar una ciencia política basada en la experiencia nacional, especialmente en una interpretación de la época de Rosas y del caudillismo federal. Dice al respecto, en su *Política liberal bajo la tiranía de Rosas* (1873):

> *El Partido Federal, por su composición y naturaleza, era un partido popular; y siéndolo, se veía obligado a transigir con los caudillos que imperaban sobre las masas.*
> *La democracia sucumbió por no haber sido organizada, y cuando carece de organización se corrompe y degenera en tiranía, sea que las masas opriman, sea que las masas abdiquen. No se resuelve la democracia en la electividad de los que mandan ni en la "soberanía popular", que es el imperio del número, un cesarismo multiforme e incomprimible. Consiste en la solidaridad del pueblo para el ejercicio del derecho.*

Contrastaba esta "solidaridad para el ejercicio del derecho", base de la democracia, con el mero apoyo numérico de una mayoría, citando los

plebiscitos que convalidaban imposiciones políticas autoritarias, como el de Rosas en 1835, o el que había aprobado el golpe de Estado de Luis Napoleón en 1851.

También llevó más atrás sus estudios, publicando un libro sobre la Revolución de los Comuneros del Paraguay, de inicios del siglo XVIII, donde contrastaba el carácter "económicamente reaccionario" pero "políticamente progresista" de ese episodio. Con esto contribuía a evitar las simplificaciones y la polarización entre progreso y reacción, entre elegidos y condenados, en la interpretación histórica.

LA SUCESION PRESIDENCIAL Y LA REVOLUCION MITRISTA DE 1874

Al acercarse el fin de la presidencia, se planteó como siempre el drama de la sucesión. Como era usual, también, se levantaban como principales rivales las dos ramas en que se había dividido el Partido Liberal bonaerense: el nacionalismo, que tenía en Mitre a su candidato natural, y el autonomismo, para el cual Adolfo Alsina cumplía ese mismo papel. Como hacía seis años, una candidatura provinciana, la de Avellaneda, continuadora de la de Sarmiento y apoyada por éste, pretendía volcar su fuerza en uno de los platillos para determinar su victoria. Obviamente éste iba a ser el de Alsina, debido al distanciamiento cada vez más serio con Mitre.

Se estaba haciendo cada vez más evidente que a pesar de la fuerza económica de Buenos Aires se necesitaba el aporte que las provincias, por su población, podían hacer en los colegios electorales. Un fenómeno social de largo plazo estaba ocurriendo, por otra parte. Los grupos económicos dominantes en las provincias, de cualquier origen, fuera federal o unitario, estaban decididos a aceptar el sistema creado desde Buenos Aires y jugar un rol en él. Incluso muchos se trasladaban a vivir a la metrópolis y combinaban sus negocios con los de los porteños.

Este fenómeno es el que con el tiempo se expresó en el Partido Nacional, rótulo dado a las máquinas electorales de los mandatarios agrupados en la llamada Liga de Gobernadores. Debido a su carácter provinciano, tenía muchas raíces de tipo federal. Avellaneda, tucumano pero muy aporteñado, era su hombre.

Al final se dio la convergencia entre Avellaneda y Alsina, contra Mitre. Alsina, como seis años antes, de nuevo se vio obstaculizado por su porteñismo en el camino a la primera magistratura, y esta vez ya no podía volver a ser vicepresidente. Se contentó con un rol menor, como hombre fuerte del nuevo régimen, del cual sería principal ministro. El Autonomismo porteño, "nacionalizado" con esta alianza, dio en llamarse Autonomismo Nacional.

Para Avellaneda no iba a ser fácil vencer a Mitre. Este movía mucha gente en la ciudad de Buenos Aires y no dejaba de tener adictos en la campaña, aparte de algunos aliados en el interior, especialmente los Taboada de Santiago del Estero, y otros en Corrientes. Pero cuando llegó el día de las elecciones, el gobierno volcó toda su influencia en favor del candidato oficialista. El único

lugar, prácticamente, donde no pudo forzar los resultados fue la provincia de Buenos Aires, donde ganó Mitre.

Ante lo que se evidenciaba como un obvio fraude en escala nacional, Mitre lanzó la rebelión. Consiguió el apoyo de algunos cuerpos de ejército, y él mismo asumió el mando de un sector, que se combinó con otro dirigido por Arredondo, en el interior del país. Pero ya el poder central era suficientemente fuerte como para resistir estas intentonas, y los rebeldes fueron batidos. La sucesión estaba asegurada, aunque a un alto precio, porque cundía el descreimiento en las instituciones que tanto esfuerzo había costado construir.

CAPITULO 17

LA PRESIDENCIA DE AVELLANEDA (1874-1880)

LA BUSQUEDA DE LA CONCILIACION POLITICA

Avellaneda, que llegaba al poder en medio de una seria crisis de legitimidad, tenía que cuidar su imagen y buscar un entendimiento con la oposición, para evitar que ésta volviera al camino de las armas.

Primero de todo, robusteció la alianza que lo había llevado al poder. Un componente de esta alianza era el formado por la mayor parte de los gobernadores del interior, nucleados en un Partido Nacional muy dependiente del favor oficial.[18] El otro componente de la alianza era la facción porteña que seguía a Adolfo Alsina, jefe del Partido Autonomista, con arrastre popular.

A Alsina, que acababa de dejar la vicepresidencia, se le dio el ministerio de Guerra y Marina, mientras que a Bernardo de Irigoyen, un porteño de tradición federal, se le confiaba la cancillería. Pero no bastaba incorporar a esos representantes de la opinión pública porteña que ya estaban integrados al oficialismo: era necesario llegar a un entendimiento con el sector más "duro" y opositor, o sea el Gral. Mitre y su Partido Nacionalista, principal rama del antiguo Partido Liberal, al que había fundado.

Mitre, después del fracaso de su intento revolucionario, se había exiliado en el Uruguay. La búsqueda de un acercamiento llevó tiempo, porque no era fácil superar las pasiones suscitadas por el episodio. En mayo de 1877, a casi tres años de haber asumido el mando, Avellaneda concretó con Mitre el pacto denominado Conciliación. Por este pacto:

1. Se otorgó una amnistía a quienes habían participado en el levantamiento, que de este modo podían reintegrarse a las contiendas cívicas.



Avellaneda

2. Se dividieron entre los firmantes las candidaturas en las cercanas elecciones de gobernadores y diputados, pues nadie confiaba en una competencia honesta en las urnas. Lo más estratégico era la gobernación de la provincia de Buenos Aires, a la que se consideraba escalón esencial en el cursus honorum que llevaba a la primera magistratura. Se confeccionó una fórmula mixta. Como gobernador fue Carlos Tejedor, un independiente ligado a los autonomistas, de origen unitario muy abierto a las ideas del Gral. Mitre, o sea una persona ideal para actuar como integrador de tendencias. Como vicegobernador fue propuesto José María Moreno, del riñón del mitrismo; las listas de diputados se confeccionaron con miembros de ambos grupos.

3. En el sector ejecutivo, se incorporó a dos connotados mitristas (Rufino de Elizalde y José María Gutiérrez) al ministerio.

El mitrismo no podía quejarse de este arreglo, que casi era un puente de plata hacia el poder. Pero por esas mismas razones un sector de autonomistas a ultranza, que no quería aceptar la transacción con el enemigo de ayer, se separó del partido, aunque el pacto había sido aceptado por su jefe histórico, Adolfo Alsina. El nuevo grupo, bajo la dirección de Aristóbulo del Valle y Leandro Alem, se presentó a las elecciones de diputados en 1878, pero privado del favor oficial no pudo competir, a pesar de tener arraigo popular. Ese sector del antiguo autonomismo formó luego un nuevo partido, el Republicano, que se proponía modernizar las estructuras políticas nacionales, y contó con el apoyo de Sarmiento. Más tarde aún, tanto Del Valle como Alem formarían la Unión Cívica Radical (1891).

LA CRISIS ECONOMICA Y LA POLEMICA INDUSTRIALISTA

En los inicios de su presidencia Avellaneda tuvo que enfrentar una grave crisis económica internacional. La economía mundial pasaba por un ciclo depresivo, después de la euforia que la había caracterizado durante más de una década. El resultado era que los precios se habían venido abajo, incluso los de exportación de la Argentina, pero las deudas seguían con sus mismos valores nominales, que ahora significaban un mayor peso.

Avellaneda, interesado en mantener el flujo de capitales e inmigrantes del exterior, consideró esencial seguir cumpliendo con los pagos de intereses y amortizaciones según lo pactado, pues de lo contrario el impulso que venía desde afuera para el desarrollo del país se iba a cortar. Quedaron célebres sus palabras de que el honor del país estaba en juego en el respeto a sus compromisos, y que si era necesario había que ahorrar "sobre el hambre y la sed" de los argentinos. Estas palabras daban fácil blanco a la oposición para atacarlo, pues obviamente los sacrificios no estarían igualmente distribuidos entre todos. Fueron despedidos muchos funcionarios públicos, y numerosos trabajadores del sector privado también perdieron su empleo.

La crisis económica, iniciada en 1872 y ya muy aguda en 1874, afectaba

entre otros rubros a la producción de lanas, cuyos precios de exportación habían caído notablemente. Los estancieros dedicados a esa actividad, en busca de mercados alternativos, pensaron en promover la elaboración de la fibra en el país, en hilanderías y tejedurías que luego vendieran el producto al consumidor local.

La actitud de estos productores agropecuarios en favor de extender sus actividades era parecida a la de otros ubicados en similares posiciones: así, los cultivadores de caña pasaban a la elaboración de azúcar en ingenios, los de vid se hacían bodegueros, los de granos pensaban en establecer molinos harineros o aceiteros, los de carne tenían a los frigoríficos como complemento. Claro que no siempre la conexión era fácil, y sólo en pocos casos --sobre todo los azucareros y los bodegueros-- los mismos empresarios se dedicaban al aspecto agropecuario y al industrial de sus productos.

Para faciliar el arraigo de la contemplada industria textil era necesaria una cierta protección aduanera, o sea que se cobrara una tarifa de importación suficientemente alta como para que el producto extranjero no pudiera entrar y competir con el local. Es así como se sancionó en 1876 una ley de aduanas proteccionista, aprobada por el Club Industrial, entidad en la que convergían industriales medianos o pequeños y artesanos muy humildes, sin dejar de tener algunos estancieros como socios.

Esta heterogénea composición social reflejaba la presencia de un nuevo grupo de empresarios, en general inmigrantes de muy modestas condiciones, que iban consolidándose y en muchos casos se transformaban en importantes productores. Muchos de ellos aún no tenían claro si eran realmente patrones, o bien trabajadores independientes, con mentalidad aún de obrero calificado que ha conseguido establecer un taller o negocio propio. Este grupo fue suficientemente numeroso como para determinar que en el periódico de la asociación se incluyeran planteos de tipo proudhoniano, o sea, de un socialismo anarquista no violento y moderado, cooperativista, pero que de todos modos no eran muy congruentes con una entidad empresarial.[19]

Así, los más fuertes empresarios se retiraron de la entidad, para formar otra: el Centro Industrial. Sólo años más tarde, en 1887, ambas entidades se reunirían, para formar la Unión Industrial Argentina que, como sus predecesoras, tuvo una afiliación muy diversificada.

El interés de los sectores agropecuarios por la industria no duró mucho. La superación de la crisis, fenómeno cíclico muy típico de la economía internacional de aquel entonces, hizo más rentable la exportación directa, sin pensar en la elaboración local. Los exportadores en general favorecían una estrategia librecambista, o sea de bajas tarifas aduaneras, para que nuestros compradores en el exterior no tomaran medidas de retaliación y a su vez cerraran sus mercados a nuestras carnes y nuestros cereales, o les pusieran tarifas prohibitivas. Cuando en 1879 se discutió de nuevo en el Congreso la política aduanera, hubo una mayoría opuesta a mantener el proteccionismo.

Hacia 1877 los peores efectos habían pasado y se pudo continuar con la construcción de ferrocarriles y obras de infraestructura. La agricultura comenzó a dar saldos exportables, y los avances técnicos --las máquinas inventadas por

el francés Carlos Tellier-- permitieron exportar las carnes en barcos refrigerados, con lo que se abrían enormes perspectivas comerciales. Además, la relativa vecindad con Europa, por comparación a nuestros competidores, los australianos, hacía posible enfriar la carne sin congelarla, lo que en cambio era necesario en los envíos desde Australia. De esta manea el producto no perdía su sabor, y llegó a tener una gran fama en Europa, pues era más barata que la producida en el viejo continente y de mejor calidad que la australiana o neozelandesa.

LEGISLACION SOBRE TIERRAS E INMIGRACION

Avellaneda hizo un serio intento de asegurar condiciones para que la pequeña y mediana propiedad prevaleciera en el país, siguiendo lineamientos ya trazados durante la presidencia de Sarmiento. Pero no consiguió éxito duradero para su proyecto, enfrentado contra resistencias de sectores demasiado poderosos.

Para comenzar, aseguró nuevos lotes a los colonos galeses del Chubut, cuyos números se vieron incrementados por connacionales recientemente llegados. Algo parecido hizo en la Colonia Caroya, principalmente de italianos, de Córdoba, cuya administración fue cedida por la provincia. En forma más sistemática, promovió una ley, sancionada en octubre de 1876, sobre tierras e inmigración. Esta ley creaba un Departamento de Inmigración, que promovería la llegada de colonos, controlando que no hubiera fraudes en los contratos que a menudo se hacían con ellos, y asegurando que la tierra fuera a parar a muchas manos en pequeños lotes más bien que a formar latifundios.

Esta política consiguió por un tiempo frenar la extensión del latifundio, pero ante la gran expansión de tierras fértiles conquistadas en 1879 por la campaña del Gral. Roca, fue difícil controlar la tendencia a repartir las nuevas extensiones en grandes unidades.

LA PROTESTA SOCIAL

En los inicios de la presidencia de Avellaneda, la mala situación económica, y las desavenencias políticas con la principal fuerza opositora, el mitrismo, produjeron una situación muy inestable, con varios episodios de violencia en la protesta popular. La venida al país de emigrados franceses, que huían de la represión a que habían sido sometidos los que participaron en la Comuna de París (1871), contribuyó a sembrar semillas de rebelión, y una cierta paranoia o manía de persecución en los sectores acomodados que veían al comunismo amenazar su existencia.

En 1872 se formó un secretariado local de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), conocida como Primera Internacional, creada en Londres en 1864 por Karl Marx, Mikhail Bakunin y otros líderes revolucionarios internacionales. Pero el embajador francés en Buenos Aires informaba a sus

superiores que "el presidente es un señor Zimmermann, carpintero trabajador e inofensivo". Agregaba que la asociación no era secreta, porque "hay total libertad", y la próxima reunión estaba anunciada en los diarios. No se trataba en su mayoría de obreros, decía, sino de "algunos desclasados del periodismo que tratan de explotarlos".[20]

A comienzos de 1875, todavía calientes las pasiones desatadas durante la revolución mitrista del año anterior, hubo una agitación anticlerical, con motivo de disensiones entre el gobierno y el arzobispado. En marzo una pueblada atacó e incendió el Colegio del Salvador, de los jesuitas, quedando cuatro muertos como resultado de la violencia, que "recordaban las escenas de la Comuna", según exageraba el alarmado embajador francés.

Muchos pensaban que las sociedades secretas revolucionarias, de orientación socialista o anarquista, eran responsables por esta agitación, a la que se habrían sumado los mitristas. Hacia fines de año el mismo embajador anunciaba que una "conspiración socialista" iba a estallar en la noche del 18 al 19 de noviembre, pero que ella había sido desbaratada por la prisión de casi 200 personas, en su mayoría italianos y españoles. Como siempre, los rumores arreciaban. El gobierno acusaba a los siempre descontentos mitristas, mientras que la oposición argüía que todo había sido fraguado por el gobierno.[21]

Estas agitaciones, en las que participaban muchos de los inmigrantes recientemente arribados, unidas a la crisis que producía la desocupación, hacían ver con malos ojos a los extranjeros. La Nación, órgano del mitrismo, decía que ya había pronosticado que con el gobierno del provinciano Avellaneda estas actitudes antimodernas y prejuiciosas iban a difundirse con el apoyo o al menos la indiferencia oficial. Avellaneda, sin embargo, apoyó la inmigración, especialmente a través de su ministro Simón de Iriondo.

La tercera y última rebelión de López Jordán en Entre Ríos, en 1876, también puede catalogarse como parte de la protesta social, por el tipo de apoyo que ese caudillo tenía en el campo.

CAPITULO 18

LA CONQUISTA DEL DESIERTO Y LA CAPITALIZACION DE BUENOS AIRES

LA POBLACION INDIGENA DEL SUR

La población indígena vivía distribuida en una amplia zona, organizada en unidades tribales, con escasa tecnología. Los gobiernos nacionales y provinciales, a lo largo de muchas décadas, habían ensayado diversas estrategias hacia ellos. En algunos casos se optaba por la persecución y



exterminio de los aborígenes no reducidos a la convivencia pacífica con los criollos. En otros casos, se los intentaba pacificar dándoles beneficios económicos, por ejemplo periódicos envíos de vacunos, para que se abstuvieran de atacar a los pobladores de la frontera. El comercio realizado a través de las tierras de indios era bastante activo, y llegaba hasta Chile.

Los malones fueron intensificados en la época en que las tribus indias se confederaron bajo el caudillaje del cacique Calfucurá y luego de su hijo Namuncurá. Juan Calfucurá, de origen chileno, invadió tierras actualmente argentinas hacia 1830, estableciéndose en la zona de Salinas Grandes cerca de Carhué, en el sudoeste de la actual provincia de Buenos Aires. Llegó a unificar a muchos caciques de inferior rango, vivió hasta muy avanzada edad, y murió en 1873 insistiendo ante su hijo Namuncurá que "no entregara Carhué a los huincas (criollos)".

Calfucurá había representado una política de lucha contra los cristianos, enfrentando a otro cacique, Mariano Rondeau, que había colaborado con Rosas durante los años treinta. Calfucurá asesinó a Rondeau en medio de una gran reunión o parlamento de todas las tribus, en 1834, con lo que estableció su ascendiente. Tuvo como asesor letrado a otro chileno, posiblemente criollo o mestizo, Manuel Acosta. La presencia de criollos en las tierras indias era muy común en esos tiempos. Esa población iba desde los cautivos a los comerciantes, incluyendo gauchos temporaria o permanentemente refugiados de la acción de la ley.

Al pasar el mando a Namuncurá --quien también tuvo un secretario letrado, Juan Paillecura-- muchos caciques dependientes se rebelaron, lo que dificultó la resistencia contra la campaña de Roca en 1879. En otras palabras, hubo también ahí un problema sucesorio.

Lucio V. Mansilla (hijo del jefe del ejército argentino en la batalla de la Vuelta de Obligado), en su *Excursión a los Indios Ranqueles* dejó una penetrante descripción de la vida más allá de las fronteras, basada en una visita realizada en el año 1870, desde su sede en Río Cuarto, donde era comandante. Un pasaje revelador es el siguiente:

-- ¿Y cuánto vale una vaca?
-- No tiene precio.
-- ¿Cómo, no tiene precio?
-- Cuando es para comercio, depende de la abundancia, cuando es para comer, no vale nada; la comida no se vende aquí: se le pide al que tiene más.
-- De modo que los que hoy tienen mucho, ¿pronto se quedarán sin tener qué dar?
-- No, señor; porque lo que se da tiene vuelta.
-- ¿Qué es eso de vuelta?
-- Señor, es que aquí el que da una vaca, una yegua, una cabra o una oveja para comer, la cobra después; el que recibe algún día ha de tener.
-- Y si a un indio rico le piden veinte indios pobres a la vez, ¿qué hace?
-- A los veinte les da con vuelta y poco a poco se va cobrando.

-- Y si mueren los veinte, ¿quién le paga?
-- La familia.
-- ¿Y si no tiene familia?
-- Los amigos.
-- ¿Y si no tiene amigos?
-- No puede dejar de tener.
-- Pero todos los hombres no tienen amigos que paguen por ellos.
-- Aquí sí; no ve, señor, que en cada toldo hay allegados, que viven de lo que agencia el dueño?
-- ¿Y si se les antoja no pagar?
-- No sucede nunca.
-- Puede suceder, sin embargo.
-- Podría suceder, sí señor; pero si sucediese, el día que a ellos les faltase nadie les daría.
-- ¿Cada indio tendrá una cuenta muy larga de lo que debe y le deben?
-- Todo el día hablan de lo que han recibido y dado con vuelta.
-- ¿Y no se olvidan?
-- Un indio no se olvida jamás de lo que da ni de lo que le ofrecen.
-- ¿Me has dicho que cuando una vaca era para comercio tenía un precio?
-- Señor, comercio es, que el que tiene le haga un cambio al que no tiene.
-- Entonces, si un indio tiene un par de estribos de plata y no tiene qué comer, y quiere cambiar los estribos por una vaca, ¿los cambia?
-- No se usa; le darán la vaca con vuelta y él dará los estribos con vuelta también.
-- Y con los indios chilenos, ¿cómo hacen el comercio, lo mismo?
-- No señor; con los chilenos el comercio lo hacen como los cristianos, a no ser que sean parientes.
-- ¿Y hay pleitos aquí?
-- No faltan, señor.
-- ¿Y cuando los indios tienen una diferencia, quién lo arregla?
-- Nombran jueces.
-- ¿Y si alguno no se conforma?
-- Tiene que conformarse.[22]

LA CONQUISTA DE LAS TIERRAS OCUPADAS POR LOS INDIOS

El gobierno de Avellaneda procuró consolidar la soberanía en la Patagonia, donde había pocos asentamientos de pobladores argentinos o europeos llegados a través de nuestro país, como los galeses del río Chubut. El comodoro Py dirigió una expedición de reconocimiento, que frenó los intentos de Chile de controlar toda esa región. El país vecino, por otro lado, estaba en ese momento empeñado en una controversia con Bolivia y Perú por las ricas regiones salitreras de Antofagasta y Tarapacá. Ese conflicto estalló unos años más tarde, en la Guerra del Pacífico (1879-1883), que le valió a Chile el dominio de esas dos provincias. Pero ya desde mediados de la década del

setenta la preocupación por una posible confrontación en el Norte hacía que Chile prefiriera no sumar uno más a sus problemas de límites.

El ministro Alsina había tratado de consolidar los avances conseguidos en la frontera con el indio, haciendo construir una muralla de palos a pique, acompañada de una gran zanja. Esta defensa, que todo el mundo llamó un poco irónicamente "la Zanja de Alsina", corría cerca de la actual frontera entre las provincias de Buenos Aires y La Pampa. Pensaba el ministro facilitar de esta manera la tarea de los fortines, implantados a lo largo de la zanja, e impedir o al menos dificultar los malones.

La muerte de Alsina, a fines de 1877, siendo aún muy joven, aparte de dejar sin jefe a su facción política, recientemente dividida, produjo un cambio en la estrategia a ser usada para la conquista de la pampa. El general Julio A. Roca, ya distinguido por su rol en la represión de la revolución de Mitre en 1874, asumió ahora la cartera de Guerra, y desde ahí implementó una nueva política de expansión. Consiguió que el gobierno proveyera fondos para juntar suficientes tropas como para establecer de manera definitiva la soberanía de la Argentina en las vastas zonas habitadas por el indígena.

La prosperidad económica ganada hacia finales del período de Avellaneda hizo ese esfuerzo posible. Además, se aprovechó la concentración de Chile en la guerra con sus vecinos del norte, para lanzar una importante fuerza armada contra los pocos y mal armados, aunque aguerridos, miembros de las huestes de Namuncurá.

La campaña fue relativamente breve y produjo numerosas pérdidas de vidas, tanto entre los guerreros como en el resto de la población aborigen. Algunos grupos se avinieron a aceptar el dominio del cristiano, y obtuvieron tierras en propiedad, en general dadas a los caciques y capitanejos, para que en ellas emplearan a sus dependientes. Otros, refugiados en zonas cada vez más inhóspitas de la cordillera, murieron víctimas de las enfermedades y de la falta de alimentación adecuada, al encontrarse en un hábitat completamente distinto al que estaban acostumbrados.

El hijo de Namuncurá, Ceferino, siendo muy chico fue recogido por los misioneros salesianos y transformado en un modelo de comportamiento religioso, al punto de obtener la beatificación. La orden salesiana desde entonces realizó una intensa obra de desarrollo cultural en la Patagonia, orientada hacia la enseñanza de oficios a la nueva población puesta bajo sus cuidados espirituales.

Un partícipe francés de la expedición, Alfred Ebelot, cuenta de esta manera un episodio de los finales de la expedición, cuando había sido ocupada la toldería de Namuncurá en Lihué Calel:

> *Las cautivas eran una veintena, cargadas de niños mestizos en su mayor parte, y en ellas se podían percibir las gradaciones de la inoculación del salvajismo en esas infelices mujeres. Ellas eran los únicos cristianos que habían quedado en la tribu. De los desertores que habían querido en tiempos anteriores participar de la vida de la toldería, algunos habían conseguido escapar, apropiándose de los mejores caballos, otros habían sido*

masacrados, así como los cautivos, para cortar sus veleidades de evasión. Dos pequeños prisioneros, sin embargo, habían sido perdonados, debido a su poca edad, un italiano de quince años y un bello joven rubio en quien reconocí, no sin emoción, a un compatriota. Había sido capturado hacía casi tres años. Durante el viaje de vuelta, que hicimos juntos, volvía a ejercitar, lentamente, las lenguas de su infancia, el español primero, luego algo de francés.
En cuanto a las cautivas (sus dueños) les habían dicho el día anterior que, dada la escasez de caballos y de víveres, ellas no eran otra cosa que muebles molestos, y que se las degollaría antes de iniciar la emigración hacia los Andes. Ya se entregaban a todas las angustias del "último día de un condenado" cuando vieron brillar los sables de nuestra vanguardia. Estaban medio locas, y nos daban, en español y en idioma indio, explicaciones sobre la huida de Namuncurá, que si las hubiéramos escuchado nos hubieran desorientado completamente. "Pueden creerme, nos gritaba una de ellas, soy cristiana, no lo ven en mi cara?" La pobre criatura se hacía crueles ilusiones: la vida salvaje había impactado tanto sobre su fisionomía que no se distinguía de las mujeres indias más que por su exaltación. Era la hija de un estanciero, dueño de una legua cuadrada de tierra y de un millar de vacas. Ojalá los niños que ella trae del desierto, y que de ahora en adelante son ciudadanos de la Confederación Argentina, puedan llegar a ser gente de bien! [23]

Avanzando más hacia Neuquén, donde se habían refugiado casi todos los sobrevivientes indios, los expedicionarios encontraron un valle donde se había asentado un grupo importante de comerciantes chilenos,

tranquilamente ocupados en la compra y engorde de animales robados. Era el último vestigio de ese vasto e inmoral comercio con los salvajes que ha hecho pasar durante mucho tiempo por las manos de aventureros de Chile las ganancias de los ganaderos argentinos. El lugar elegido era un valle fértil de 12 leguas de largo por 4 ó 5 de ancho, aislado durante seis meses por las nieves.
Durante la estación activa no tenían más que una modesta confianza en la lealtad de sus proveedores, pues habían formado y equipado un pequeño ejército de trescientos hombres para proteger contra ellos las compras que les hacían. No es preciso aclarar que los jefes de la colonia se apresuraron a enviar al Comandante Uriburu testimonios de su devoción hacia el gobierno de Buenos Aires. Fueron bien tratados, pero se les dejó una guardia y autoridades argentinas. Es el núcleo de una ciudad: para prosperar, deberá olvidarse de sus tradiciones originales. [24]

LA DISCUTIDA CANDIDATURA DE ROCA

Al acercarse a su término la presidencia de Avellaneda volvió a plantearse el problema sucesorio. Adolfo Alsina, de haber vivido, seguramente hubiera

sido candidato oficialista, con apoyo de los mitristas conciliados. Su puesto era ahora tomado por el Gral. Roca, tucumano y por lo tanto fácilmente heredero de la máquina provinciana manejada por Avellaneda.

Tejedor, gobernador de la provincia de Buenos Aires por la Conciliación autonomista-mitrista, también aspiraba a la primera magistratura. Su apoyo se concentraba en la provincia, sobre todo en su ciudad capital. Esto no era poco, en términos de poder y aun de población, pero debido a la Constitución federal, y a las presiones del gobierno, eran pocas las esperanzas de acceder por elecciones a la presidencia.

Roca, por su parte, fusionó de manera más permanente la alianza entre la liga de gobernadores que se expresaba con el rótulo de Partido Nacional y el autonomismo bonaerense no conciliado, que reivindicaba las tradiciones antimitristas del partido. Con ambos grupos formó en 1880 el Partido Autonomista Nacional (PAN), destinado a un próspero futuro como máquina oficial de las próximas décadas, y con estructuras siempre dependientes del Estado, pero no por eso exento de apoyo popular, que sobre todo heredaba del alsinismo.

Contra la conjunción oficialista del PAN, que en alguna medida se puede caracterizar como conservadora popular, se enfrentó el grupo de la Conciliación. Esta Conciliación juntaba teóricamente a dos partidos, o facciones, la nacionalista del liberalismo mitrista, y la acuerdista o "conciliada" del autonomismo. Debido a la relativa debilidad de esta última facción, la Conciliación estaba dominada por el mitrismo.

Para los mitristas aceptar el continuismo del régimen, o sea la elección de Roca, era volver al dominio de los "caudillos feudales" del interior sobre la progresista y liberal ciudad porteña. Sus enemigos, en cambio, pensaban que los partidarios de Tejedor sólo deseaban mantener los privilegios de una provincia que ahogaba a las economías del interior.

El esquema partidario se planteaba entonces de la siguiente manera, para las elecciones de 1880:

A. Oficialismo (PAN)

- A1. Liga de gobernadores, de extracción federal, organizados en el Partido Nacional, de escasa organización.
- A2. Partido Autonomista no conciliado, con líderes populares del sector "duro" del alsinismo.

B. Oposición ("Partidos Conciliados")

- B1. Partido Nacionalista, tronco mayor del antiguo Liberalismo mitrista.
- B2. Autonomistas "conciliados", resultado del pacto entre Avellaneda y Mitre de 1877, dirigidos por Carlos Tejedor.

El problema sucesorio se complicó con el de la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Hasta ese entonces, al no haber un distrito federal, el gobierno nacional estaba simplemente como "huésped" del de la provincia, y no podía ejercer en la propia ciudad de su residencia el poder de policía.

LA REVOLUCION DE 1880

Mitre tenía gran prestigio en todos los niveles sociales en la provincia de Buenos Aires, aunque desde su participación en la revolución de 1874 se había enajenado muchas simpatías, pues ya no era más visto como "hombre de orden". Era popular entre la clase media porteña, y tenía mucho apoyo entre los inmigrantes italianos. Muchos de los dirigentes de esa colectividad eran republicanos, partidarios de Mazzini y Garibaldi, que habían luchado por la unidad de su país contra el ocupante austríaco, y en el exilio montevideano habían compartido con Mitre y los emigrados antirrosistas la defensa de la "Nueva Troya".

Los mazzinianos publicaban varios periódicos, entre ellos el *Amico del Popolo*, que se declaraba favorable a una forma "moderada y científica" de socialismo. Aunque simpatizaba con Tejedor, estaba alarmado porque consideraba que su candidatura era equivalente a una guerra civil. Los partidarios de Mitre fácilmente podían armarse y proveer de elementos humanos numerosos al gobernador Tejedor, si éste se decidía a resistirse al fraude que ungió a Roca en todas las unidades electorales del país salvo las provincias de Corrientes y Buenos Aires.

El gobierno nacional veía que el gobernador preparaba una insurrección, compraba armas en el exterior para equipar a sus aumentadas milicias, y no respetaba a las autoridades nacionales. Para cortar este foco de resistencia, propugnó e hizo aprobar en el Congreso la ley de Capitalización de Buenos Aires, por la que esta ciudad dejaba de pertenecer a la provincia y estaría bajo la autoridad de la Nación. El orden sería custodiado en ella por una Policía Federal que desde entonces se establecería.

La confrontación bélica pronto se dio, y el sector porteño dirigido por Tejedor, con apoyo de Mitre, consiguió reclutar una numerosa tropa. En esas fuerzas figuraban legiones de extranjeros, sobre todo italianos. Algunos participaban por convicción, otros como forma de ganar un ingreso extra, atractivo aunque peligroso.[25]

Hubo ingentes esfuerzos de los sectores moderados de la capital para evitar un enfrentamiento armado, que culminaron con una imponente manifestación encabezada por personalidades como Mitre, Sarmiento y Alberdi. La marcha fue organizada por las principales asociaciones comerciales, alarmadas por las consecuencias sobre sus negocios y aun sus vidas de una lucha armada.

Pero el camino hacia la violencia era difícil de controlar. Los grupos mitristas más exaltados no toleraban que el peso numérico de los electores designados por los "feudos" del interior contrabalanceara la victoria moral que ellos consideraban haber alcanzado y que se había reflejado en votos sólo en

las provincias de Buenos Aires y Corrientes. Proponían que cuando el Congreso se reuniera para aprobar o rechazar las elecciones de cada distrito había que rodearlo con una "manifestación armada" que vigilara los procedimientos.

Al final, la insurrección estalló, y el gobierno nacional, con el Congreso, tuvo que salir de la ciudad y asilarse en el pueblo de Belgrano. Después de combates en los alrededores de la ciudad (del 16 al 21 de junio de 1880), con numerosos muertos, las fuerzas nacionales entraron por la zona de lo que hoy es Avellaneda y Barracas, derrotando a las que Tejedor había reclutado y armado.

LA FEDERALIZACION DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

La cesión de territorio para formar la Capital Federal debía ser aprobada por la provincia interesada, como lo exige la Constitución. Buenos Aires fue intervenida y se convocó a renovar la Legislatura. Las nuevas autoridades aceptaron la transferencia, no sin antes haber discutido el tema en largas sesiones, pues el gobierno nacional, aunque había forzado la mano al electorado, no tenía un control completo de la situación y se veía obligado a cooptar dirigentes locales de no completa fidelidad.

En esas sesiones legislativas se dio una alianza extraña, porque algunos sectores porteños del propio PAN o cercanos a él se opusieron a que su provincia perdiera una tan importante sede de la economía y la política nacionales. Entre ellos estaba Leandro Alem, que a pesar de no coincidir con el mitrismo ni haber participado en la rebelión tejedorista, expuso la opinión de que al quitarle a la principal provincia su capital, se descabezaba el único poder real que podría ser un foco de oposición a un gobierno nacional con posibles tendencias autoritarias.[26]

Juan Bautista Alberdi, quien recién vuelto del exterior, participó en estos acontecimientos como diputado, escribió un libro *La República Argentina unificada con Buenos Aires por capital* (1881), donde planteaba la tesis contraria a la de Alem. Según Alberdi, la coexistencia en la misma ciudad de dos poderes tan fuertes como el nacional y el de la mayor provincia, sin otorgar al Ejecutivo nacional suficientes elementos como para imponerse, implicaba invitar constantemente a la guerra civil. Alberdi desconfiaba de la capacidad cívica de los habitantes del país, y pensaba que una dispersión del poder era inconveniente, porque induciría a la violencia y quitaría posibilidades de ejercer la autoridad con eficacia. Temía, en otras palabras, lo que hoy se llamaría una "crisis de gobernabilidad".

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Citado en Beatriz Bosch: *Urquiza y su tiempo*, Eudeba, Buenos Aires, 1980, 2a ed., p. 246.

2. Juan Bautista Alberdi: "Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina" (conocidas como "Cartas quillotanas", por haber sido escritas en la localidad chilena de Quillota, publicadas originalmente en Valparaíso en 1853), en *Obras completas*, Imprenta de la Tribuna Nacional, Buenos Aires, 1886-1887, 8 vols, vol. 4, pp. 5-94.

3. Juan B. Alberdi: *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*, Librería La Publicidad, Buenos Aires, 1881, p. xiii.

4. Domingo F. Sarmiento: "Las ciento y una", en *Obras completas*, vol. 15, p. 209. El término BASES está todo en mayúsculas en el original, indicando un juego de palabras con la obra de Alberdi.

5. Juan B. Alberdi: *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, en *Obras Completas*, 8 vols, La Tribuna Nacional, Buenos Aires, 1886, vol. 3, pp. 417 y 428.

6. Domingo F. Sarmiento: "Las ciento y una", op. cit., p. 214.

7. Leandro hijo luego cambiaría la forma de escribir su apellido por Alem, y agregaría una N. que nunca se supo si era inicial de un segundo nombre o una forma de diferenciarse de su padre.

8. Elías Díaz Molano: *Vida y obra de Pedro de Angelis*, Colmegna/Facultad Católica de Humanidades de Rosario, Santa Fe, 1968.

9. Félix Luna: *Soy Roca*, Sudamericana, Buenos Aires, 1989.

10. Bartolomé Mitre: "La Constitución debe examinarse y reformarse", serie de artículos en *El Nacional*, del 16 de enero al 15 de febrero de 1860; reproducidos en Juan Francisco Seguí: *Bartolomé Mitre, Polémica sobre la Constitución*, Instituto Histórico de la Organización Nacional, Buenos Aires, 1982, pp. 95-145, p. 102.

11. José S. Campobassi: *Mitre y su época*, Eudeba, Buenos Aires, 1980.

12. Antonio Zinny: *Historia de los gobernadores de las provincias: Noroeste*, Fundación Banco Comercial del Norte, Tucumán, 1974; 1a ed, 3 vols, 1879-1881, p. 384.

13. Juan E. O'Leary: *El mariscal Solano López*, Casa América/Moreno Hnos, Asunción, 1970; 1a ed. 1921; J. Natalicio González: *Solano López, diplomático*, Biblioteca de las Fuerzas Armadas, Asunción, 1948; Roberto Ares Pons: *El Paraguay del siglo XIX*, Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo, 1987.

14. Domingo F. Sarmiento: *Facundo*, Biblioteca de La Nación, Buenos Aires, 1906, p. 132. Ver también José Luis Romero: *Las ideas políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Mexico, 1959; y Natalio Botana: *La tradición republicana*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984.

15. *Ibídem*, pp. 137-138.

16. José S. Campobassi: *Sarmiento y su época*, Losada, Buenos Aires, 1975, vol. 2, p. 284.

17. Domingo F. Sarmiento: "La condición del extranjero en América", en *Obras completas*, op. cit., vol. 36.

18. No hay que confundir a este Partido Nacional, de breve existencia y poca estructura de partido, con el Partido Nacionalista, dirigido por Mitre, que era una fracción del liberalismo.

19. Dardo Cúneo: *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Pleamar, Buenos Aires, 1967; Jorge Schvarzer: *Empresarios del pasado; la Unión Industrial Argentina*, CISEA-Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.

20. Informe de la Embajada Francesa en Buenos Aires, del 30/4/1872, en Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, sección Argentina, Serie Principal, vol. 50, ff. 123-124.

21. Informes del 5/3/1875 y 22/11/1875, Serie Principal, vol. 52, ff. 223-228 y 432-436.

22. Lucio V. Mansilla: *Una excursión a los indios Ranqueles*, Emecé, Buenos Aires, 1989; originalmente publicado como folletín en 1870, pp. 347-348.

23. Alfred Ebelot: *Frontera Sur*, Kraft, Buenos Aires, 1968, pp. 241-242, basado en artículos originalmente publicados en la *Revue des Deux Mondes*, 1880, pp. 111-112 (traducción corregida en base al original).

24. *Ibídem*, pp. 252-253.

25. Giuseppe Parisi: *Storia degli italiani nell'Argentina*, E. Voghera, Roma, 1907, p. 261; Jorge Sergi: *Historia de los italianos en la Argentina*, Editora Italo Argentina, Buenos Aires, 1940, pp. 407-409.

26. Leandro N. Alem, *Obra parlamentaria*, Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1949, 6 vols.

CRONOLOGIA DE LA ARGENTINA	1852-1880	CRONOLOGIA INTERNACIONAL
Batalla de Caseros. Gobernador Vicente López. Acuerdo de San Nicolás: igualdad de voto para todas las provincias. Protesta de Buenos Aires. Renuncia de López, golpe de Urquiza, revolución del 11 de setiembre. Revolución federal de Lagos, sitio de Buenos Aires.	1852	Luis Napoleón (Napoleón III) restablece el Imperio en Francia. La nueva constitución mantiene el sufragio universal masculino. Spencer inicia la publicación de los *Principios de Psicología*.
El Congreso de Santa Fe, sin representación de Buenos Aires, sanciona la Constitución. Buenos Aires se libera del sitio. Se declara autónoma. Polémica Alberdi-Sarmiento: *Cartas quillotanas, Las Ciento y Una*.	1853	Rusia propone a Gran Bretaña dividir Turquía. Guerra entre Rusia y Turquía. Inicio del último gobierno de Santa Anna en México, conservador con tendencias monárquicas. Reformas laicas en Colombia. Gobineau publica el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*.
Constitución de Buenos Aires. Pastor Obligado electo gobernador.	1854	Francia y Gran Bretaña en guerra contra Rusia, aliados con Italia y Turquía ("Guerra de Crimea"). Tratados de comercio impuestos por Gran Bretaña y EEUU a Japón.
	1855	Caída de Santa Anna ante una rebelión liberal federal. Estudios de Le Play sobre *Los obreros europeos*. Primeros barcos de guerra blindados con chapas de acero.
	1856	Legislación laica de Montt en Chile, conflicto con la Iglesia. Tripartición política: Partido Nacional de gobierno (pro Ejecutivo fuerte) contra conservadores católicos (descentralizantes) y liberales principistas (parlamentarios). Fin de la Guerra de Crimea, concesiones de Rusia. Se inicia segunda "Guerra del Opio" en China. Trabajos de Mendel sobre genética y de Pasteur negando la generación espontánea.
Pandilleros y chupandinos se disputan la gobernación de Buenos Aires: Valentín Alsina electo. Se inaugura el Teatro Colón, en Plaza de Mayo.	1857	Constitución liberal en México. Rebelión en la India contra el dominio inglés.

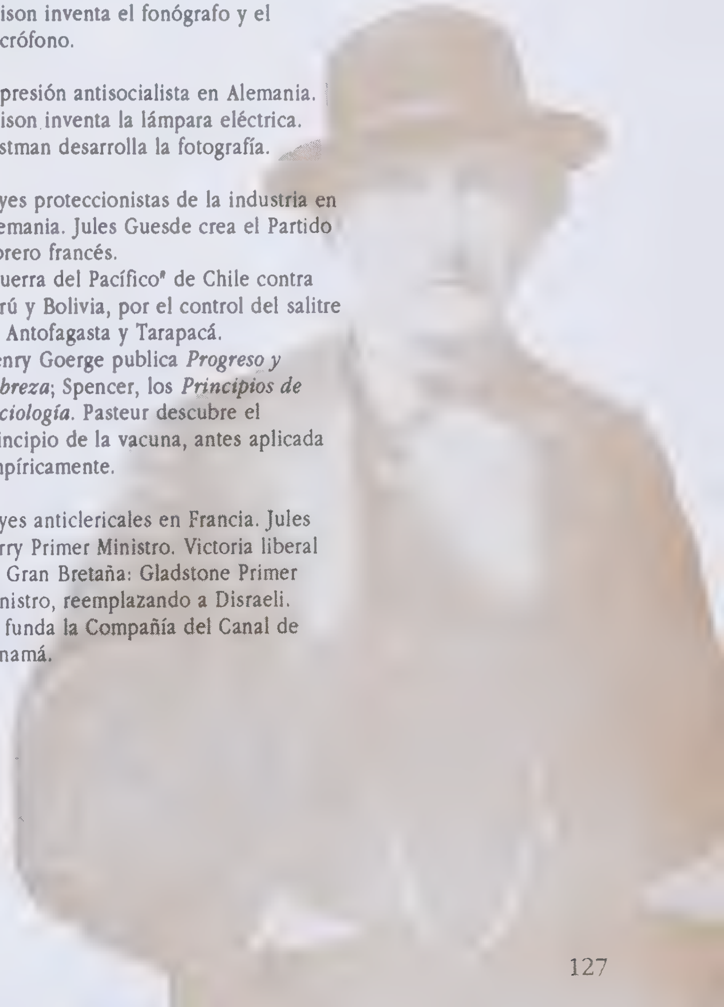
Deposición y asesinato del gobernador federal Benavídez en San Juan.	1858	Anexión completa de la India por Gran Bretaña. La reina Victoria declarada emperatriz. Inicio de guerra civil entre conservadores católicos y liberales radicales en México, dirigidos por B. Juárez. Primer cable telegráfico transatlántico.
Urquiza vence a Mitre en Cepeda. Sitio de Buenos Aires. Pacto de San José de Flores o de Unión: Buenos Aires se reintegra a la Confederación, pero sólo con su consentimiento podría la ciudad convertirse en Capital Federal.	1859	Guerra de independencia en Italia contra Austria. Francia ocupa Saigón en Indochina. Darwin publica *El origen de las especies*.
Continúan violencias en San Juan. Represión por el gobierno de la Confederación de una sublevación liberal.	1860	Garibaldi conquista Nápoles y Sicilia. El reino de Italia anexa el Estado Papal salvo Roma. Creación de la orden de los salesianos. Primera refinería de petróleo en EEUU. Aplicación de los fusiles a repetición Winchester.
En Pavón Mitre aventaja a Urquiza, y éste se retira a su provincia para evitar pérdidas mayores. Mitre envía tropas al interior para cambiar los gobiernos urquicistas. Sarmiento dirige la campaña.	1861	Lincoln presidente de los EEUU, por el recientemente formado Partido Republicano. Separación de los Estados del Sud y Guerra de Secesión. Guerra de Intervención en México, apoyada por Napoleón III, aliado a los conservadores locales. Dictadura conservadora de García Moreno en Ecuador. John St. Mill publica las *Consideraciones sobre el gobierno representativo*.
Mitre electo presidente. Rebelión del Chacho Peñaloza en La Rioja, reprimida militarmente. Sarmiento gobernador de San Juan.	1862	Bismarck Primer Ministro prusiano. Francisco Solano López presidente de Paraguay. Victor Hugo publica *Los miserables*.
Asesinato del Chacho.	1863	Revolución nacionalista liberal en Polonia. Venancio Flores inicia guerra civil en Uruguay. Revolución e inicio de la "Guerra Federal" en Venezuela. Tesis del pensador católico Montalembert sobre *La Iglesia libre en el Estado libre*. Proudhon publica *El principio federal*, Renan *La vida de Jesús*. Descubrimiento de minas de diamantes en Sud Africa.

Sarmiento enviado como embajador a EEUU.	1864	Reformas liberales en Rusia. Reconocimiento del derecho de huelga en Francia. Formación de la Asociación Internacional de Trabajadores ("Primera Internacional"). Maxwell publica la *Teoría del campo electromagnético*. Primer automóvil con motor a nafta.
Guerra con Paraguay y ocupación de Corrientes. Inmigrantes galeses se instalan en Chubut.	1865	Reformas democráticas en Suecia. Abolición de la esclavitud en los EEUU, fin de la Guerra de Secesión, asesinato de Lincoln. Venancio Flores asume dictadura en Uruguay. Julio Verne publica *De la Tierra a la Luna*. Método moderno de producción de acero, por Martin.
Inicio de la rebelión de Felipe Varela y Juan Sáa. Fundación de la Sociedad Rural (Eduardo Olivera).	1866	Guerra entre Austria y Prusia; ésta se convierte en hegemónica en Alemania. España, en conflicto con Chile, bombardea Valparaíso. Nobel inventa la dinamita.
Desarrollo de la rebelión de Felipe Varela y Juan Sáa. Derrota de Varela por Taboada en Pozo de Vargas.	1867	Reforma electoral en Gran Bretaña: voto para la mayoría de la clase obrera urbana. Violencias de nacionalistas irlandeses. Constitución federal y autonomía de Canadá. Los EEUU compran Alaska a Rusia. Fin de la Guerra de Intervención en México, fusilamiento de Maximiliano. Marx publica *El Capital*. Trabajos de Lister sobre asepsia.
Sarmiento presidente, apoyado por alsinismo.	1868	"Gloriosa Revolución" en España, huida de la reina. Regencia y gobierno parlamentario. Se inicia la Guerra de Diez Años por la independencia en Cuba. Revolución en Japón ("Restauración Meiji") contra la influencia extranjera: dominio de samurais modernizadores.
Ocupación de Asunción. Derrota definitiva de Felipe Varela y su exilio a Chile.	1869	Liberalización del Imperio en Francia. Formación del Partido Social Demócrata alemán. Cortes eligen rey a Amadeo de Saboya en España. Primer Concilio Vaticano. Inauguración del canal de Suez. Clasificación periódica de los elementos, de Mendeleev. Primera turbina hidráulica para electricidad.



Fin de la Guerra del Paraguay. Asesinato de Urquiza y rebelión de López Jordán.	**1870**	Guerra entre Francia y Prusia. Victoria prusiana. Caída de Napoleón III y gobierno parlamentario en Francia. Thiers principal figura política. Tropas italianas ocupan Roma ("20 de setiembre"). El Papa excomulga al rey y prohíbe la participación católica en política italiana. Gobierno liberal autoritario de Guzmán Blanco en Venezuela. Rockefeller funda la Standard Oil Co. para explotación del petróleo. Dostoyevsky publica *Los poseídos*.
Epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires.	**1871**	Insurrección obrera en París: la Comuna. Represión con miles de muertos. Paz con Alemania: anexión de Alsacia y Lorena. Creación del Imperio Alemán y de la Tercera República francesa. Libertad de vientres para los esclavos en Brasil. El poder pasa a liberales en Chile (Errázuriz), por división de fuerzas conservadoras entre Partido Conservador (católico, descentralizador) y Nacional (laico, centralista). Aceptación de no anglicanos en las universidades de Oxford y de Cambridge. Darwin publica *La descendencia del hombre*; Tylor, *La cultura primitiva*. Fundación de los Círculos Católicos de Obreros en Francia.
Inicio de crisis económica y baja de precios.	**1872**	Reinicio de guerras Carlistas, entre liberales y conservadores católicos, en el norte de España. Muere Mazzini.
	1873	El mariscal MacMahon presidente en Francia. Peligro de militarismo. Abdicación de Amadeo y proclamación de la Primera República en España. Lucha entre moderados y "federalistas", que cooperan con los anarquistas.
Avellaneda apoyado por alsinismo y por gobernadores del interior (Autonomismo Nacional). Fraude para imponerlo en la presidencia contra Mitre. Revolución mitrista.	**1874**	Republicanos de derecha se imponen en España, luchando contra la derecha carlista y la izquierda federal "cantonalista". Golpe militar proclama rey a Alfonso XII de Borbón.
Se crea el Club Industrial incluyendo artesanos.	**1875**	Restauración en España: poder compartido entre rey y Cortes. Partidos

Incendio del Colegio del Salvador.	**1875**	Conservador y Liberal se turnan en el gobierno. Dictadura militar desarrollista de Lorenza Latorre en Uruguay. Taine inicia publicación de *Los Origenes de la Francia contemporánea.*
Ley de Aduanas proteccionista.	**1876**	Revolución militar en México lleva al poder a Porfirio Díaz con la bandera de la no reelección. Dictadura militar desarrollista de Latorre en Uruguay (h. 1880). Libertad de cultos en España. Llegan carnes enfriadas de la Argentina a Europa. Motor a explosión de cuatro tiempos ("Ciclo de Otto"). Bell inventa el teléfono.
Conciliación con Mitre. Muerte de Alsina. Fin de la crisis económica.	**1877**	Reformas liberales en Turquía. Muertes masivas por hambre en la India y China. Edison inventa el fonógrafo y el micrófono.
Empresarios grandes forman Centro Industrial.	**1878**	Represión antisocialista en Alemania. Edison inventa la lámpara eléctrica. Eastman desarrolla la fotografía.
Conquista del Desierto. Preparaciones revolucionarias del gob. de Buenos Aires, Carlos Tejedor.	**1879**	Leyes proteccionistas de la industria en Alemania. Jules Guesde crea el Partido Obrero francés. "Guerra del Pacífico" de Chile contra Perú y Bolivia, por el control del salitre de Antofagasta y Tarapacá. Henry Goerge publica *Progreso y pobreza*; Spencer, los *Principios de Sociología*. Pasteur descubre el principio de la vacuna, antes aplicada empíricamente.
Roca electo presidente. Revolución porteña, derrotada por fuerzas nacionales. Capitalización de Buenos Aires.	**1880**	Leyes anticlericales en Francia. Jules Ferry Primer Ministro. Victoria liberal en Gran Bretaña: Gladstone Primer Ministro, reemplazando a Disraeli. Se funda la Compañía del Canal de Panamá.





TERCERA PARTE

LA GENERACION DEL OCHENTA Y SUS EPIGONOS (1880 - 1916)

CAPITULO 19



LA GENERACION DEL OCHENTA Y LA PRIMERA PRESIDENCIA DE ROCA (1880-1886)

LAS IDEAS DEL OCHENTA

Se ha dado el nombre de "generación del ochenta" a un grupo de hombres que alcanzó notoriedad hacia ese año. Algunos, entre ellos Roca y Pellegrini, llegaron a la presidencia y son por eso más conocidos, casi emblemáticos de esa generación. Otros los acompañaron en posiciones intermedias, o se destacaron en la actividad literaria o científica y en la prensa. Aunque habia entre ellos diferencias de opinión --como en la Generación del 37-- existe una común experiencia que los caracteriza: la Argentina dejaba de ser la colonia hispanoamericana que luchaba por constituirse, y pasaba a ser un país moderno, que tenía todas las condiciones para protagonizar un rápido crecimiento económico y cultural.

Típico representante de esta generación en el campo literario y político fue Lucio V. Mansilla, sobrino de Rosas, quien se educó en París y tuvo una vida mundana muy brillante, reflejada en sus artículos del diario *Sud América*, editados luego como libro, *Entre nous: causeries del jueves* (1889-90). Miguel Cané, político y periodista, es recordado especialmente por *Juvenilia* (1884), donde dejó un sentido homenaje a quien fuera director del Colegio Nacional de Buenos Aires, Amadeo Jacques. Otro inmigrante francés, Paul Groussac, dejó numerosos trabajos históricos, y fue periodista y director de la Biblioteca Nacional. Desde esa posición publicó una revista literaria, *La Biblioteca*, continuada como *Anales de la Biblioteca*, y que en total cubrió el período entre 1895 y 1913.

Hubo un desarrollo de la novela popular, en que tuvo mucho éxito Eduardo Gutiérrez, autor de una versión en prosa de Santos Vega y otras obras sobre personajes históricos o gauchescos, como Juan Manuel de Rosas, Juan Moreira o Juan Sin Patria. Muchas de estas obras se representaban en circos como pantomimas, un precursor de algunos shows actuales de televisión. El actor José Podestá adaptó la obra de Gutiérrez y la difundió en un teatro popular, iniciado en Chivilcoy, que tuvo gran éxito al circular por una amplia zona del país.

Juan Moreira es una especie de descendiente de Martín Fierro, convertido más claramente en "gaucho malo", pero igualmente víctima de la sociedad y hasta cierto punto objeto de reivindicación.

También en la novela costumbrista, para un público algo más culto que el que devoraba los folletines sobre Juan Moreira, se destacó Fray Mocho (seudónimo de José S. Alvarez), que dejó numerosas descripciones con contenido social. Reflejando otros tipos sociales, se destacaron las novelas *La Gran Aldea* (1884), de Lucio V. López, y *La Bolsa* (1891), de Julián Martel.

Hubo también un florecimiento de la poesía, con figuras como Carlos Guido Spano, Ricardo Gutiérrez, Olegario Andrade y Rafael Obligado, cuyo poema sobre Santos Vega se hizo famoso. Ahora el gaucho ya no era una figura realista sino mítica. Al final de la obra, Santos Vega, payador, cae vencido ante Juan Sin Ropa, el inmigrante.

Entre las figuras más políticas, cabe destacar a Eduardo Wilde y al grupo católico de Pedro Goyena y José María Estrada. Estos tres personajes estaban en polos ideológicos opuestos, pues Wilde se distinguió por su anticlericalismo y su actitud burlona y escéptica hacia las convenciones sociales. Fue ministro de Juárez Celman durante los conflictos por las leyes laicizantes. Escribió profusamente, casi siempre de manera irónica. Sarmiento apreció mucho sus primeras producciones, pues veía en ellas un necesario antídoto al pacato formalismo de la sociedad culta porteña de la época.

MODERNIZACION Y LAICISMO

El Gral. Roca, nieto de un inmigrante español que se había instalado en Tucumán, tuvo su formación secundaria en el célebre Colegio de Concepción del Uruguay, donde Urquiza había creado las condiciones para formar una élite política, tanto civil como militar. Su bautismo de fuego fue en la batalla de Cepeda, y luego prosiguió una rápida carrera en las armas. Tenía 37 años cuando asumió la presidencia. Bajo su dirección se inauguró un período de desarrollo económico y educacional muy dinámico, aprovechando las condiciones de paz interna que finalmente se habían creado, así como la ampliación de las tierras usables para la explotación agropecuaria.[1]

La ampliación del territorio controlado por las autoridades nacionales se complementó con una expedición al Chaco por el Gral. Benjamín Victorica, y la fundación de la ciudad de Formosa. Se continuó con el equipamiento de las Fuerzas Armadas, en parte bajo el estímulo de un conflicto de límites con Chile, que llegó al cierre de las representaciones diplomáticas de ambos países.

Pero muy pronto, en 1881, se llegó a un acuerdo, que fijaba los límites en las más altas cumbres que dividiesen aguas, quedando el Estrecho de Magallanes en poder de Chile, y Tierra del Fuego cortada en dos, hasta el Cabo de Hornos. Con Brasil hubo un litigio respecto a los límites orientales de Misiones, llegándose al acuerdo de someter el tema a arbitraje internacional. [2]

Fue también un período de construcción de ciudades, o remodelación, como en el caso de Buenos Aires. Transformada en municipio federalizado, con un concejo electo y un intendente designado por el Poder Ejecutivo, tuvo en Torcuato de Alvear (hijo del colaborador de San Martín) un promotor incansable de su transformación edilicia. Por otra parte, Dardo Rocha, gobernador de Buenos Aires, creó una nueva capital para la provincia, La Plata, que rápidamente surgió de la nada como ciudad planificada ideal, una especie de Washington del sur. Algunos incluso sospechaban que los localistas porteños no perdían la esperanza de reconquistar algún día su antigua capital, entregando a cambio esta nueva utopía urbanística. En la misma Capital Federal, se contrató, después de décadas de negociaciones frustradas, la construcción de un puerto de alto calado, por una firma privada, dirigida por Eduardo Madero, con apoyo de capitales extranjeros.

Se lanzó con renovados recursos la expansión del sistema educativo. Para que los tan necesarios inmigrantes se sintieran cómodos en el país era necesario asegurarles la máxima tolerancia religiosa, ya que muchos deberían venir, según los proyectos, de países protestantes o de las iglesias ortodoxas eslava y griega. Para ello se sancionó además la Ley de Educación 1420, sobre enseñanza primaria gratuita, laica y obligatoria.

Para preparar el ambiente se organizó un Congreso Pedagógico, con participación de expertos internacionales y latinoamericanos. Esto ocasionó una resistencia de los católicos, especialmente expresada por intelectuales como José Manuel Estrada y Pedro Goyena, que se complicó por la presencia de numerosas maestras protestantes en escuelas oficiales, y con conflictos respecto al nombramiento de un obispo. En las violentas discusiones que acompañaron a esta polarización extrema de la opinión, Estrada, profesor prestigiado del Colegio Nacional de Buenos Aires, fue destituido de su cátedra, y lo mismo ocurrió con otros funcionarios públicos. La situación terminó con una ruptura de relaciones con el Vaticano, en 1884. Recién en 1900 se reanudaron las relaciones diplomáticas con la Santa Sede. [3]

LA UBICACION DE LOS EXTRANJEROS EN LA SOCIEDAD ARGENTINA

Durante la presidencia de Roca el ingreso de extranjeros llegó a un promedio de casi 100.000 por año. La experiencia se estaba transformando en un cataclismo social, prácticamente sin precedentes en ningún país del mundo.

En los Estados Unidos los extranjeros nunca superaron el 15% del total de la población del país. En la Argentina, en cambio, entre la época de Roca y los años veinte del siguiente siglo, la cifra se acercaba al doble, o sea al 30%. A





esta significativa diferencia numérica se agregaban otros factores cualitativos y geográficos. Efectivamente en la Argentina, la concentración en el Litoral y sobre todo en un par de ciudades como Buenos Aires y Rosario, era muy grande. A ello se agregaba que gran parte de los recién llegados progresaban, y alcanzaban posiciones de clase media y empresariales con mayor facilidad que en el país del norte.

En las categorías censales de "empresarios" comerciales e industriales, y de obreros en las grandes ciudades del Litoral, los porcentajes se elevaban a cifras que superaban holgadamente los dos tercios. Ese fenómeno se mantuvo durante varias décadas. El resultado fue que un muy dominante sector de la burguesía urbana del país y de la clase obrera, era extranjero, lo que no tenía equivalente en los Estados Unidos. En la Argentina, por otra parte, los inmigrantes no se nacionalizaban (salvo un 2%), mientras que en Norteamérica lo hacía la gran mayoría.

Se plantean aquí dos problemas:

(1) ¿Por qué los extranjeros, en la Argentina, no tomaban la ciudadanía?

(2) ¿Qué efectos tenía sobre el sistema político del país el hecho de que una proporción tan alta de la población, y en dos sectores sociales tan estratégicos como la burguesía empresarial y la clase obrera, no accediera al voto?

Los inmigrantes que llegaban a la Argentina encontraban un país muy distinto, mucho más "vacío" que los Estados Unidos. La robustez de su gobierno era mucho más cuestionable, y por lo tanto no tenía tanta capacidad para imponerse sobre los recién venidos. Además, en aquella época las capas humildes de la población eran en buena medida mestizas, con un componente significativo de negros y mulatos en la capital.
Dadas las actitudes racistas difundidas casi universalmente, el italiano o el español que llegaba al Río de la Plata --y más aún en otras partes del continente-- sentía que tenía la "aristocracia de la piel" y que estaba por encima de una buena parte de la población local. En los Estados Unidos, por semejantes motivos, el europeo del sur o del este que llegaba, percibía que no sólo las clases medias locales, sino también las populares, estaban por encima de él.

Operaba en esto lo que puede llamarse el "orden del picotazo étnico", tomando un concepto desarrollado por los etólogos. Dicen que las gallinas y otros plumíferos respetan entre ellos un orden, según el cual está muy claramente determinado quién puede dar un picotazo a quién. Pues bien, entre los hombres (y las mujeres) ocurre algo parecido, y eso se reproduce entre los grupos étnicos.

El orden de superposición entre un grupo étnico y otro se debe a complejos factores sociales, culturales y económicos, y no tiene nada que ver con los genes del individuo. Pero la identidad étnica es tomada como un indicador, fácilmente observable por la fisonomía o el idioma, de un conjunto de otros factores. Así, pues, como decía Sarmiento:

> *En los Estados Unidos, de los trescientos mil inmigrantes que llegan al año, doscientos cincuenta mil hacen luego su declaración de ciudadanía. En la República Argentina,* ninguno *toma carta de ciudadanía, porque hace, al parecer, más cuenta; y en los años posteriores, cuando ya se siente la necesidad de ser patriota, el ejemplo de los que le precedieron, las instancias y lecciones de sus compatriotas, le hacen desdeñar tal carácter de ciudadano, aprendiendo a saborear las ventajas de no serlo y a enorgullecerse de saber* que hay al otro lado del Atlántico un país, cuyo nombre puede servir para entretener, disimular o extraviar los impulsos del patriotismo. *Entonces principia la nostalgia patriótica, que degenera luego en odio y menosprecio al país donde (viven).* [4]

En los Estados Unidos las leyes daban ventajas importantes a quienes adoptaran la ciudadanía. En la Argentina eso se ensayó, pero nunca pudo adoptarse. El país tenía que facilitar las cosas para el extranjero, para conseguir atraerlo, compitiendo en eso con la perspectiva de ir a Norteamérica o a Australia.

Por otra parte, en la clase política argentina había un sector que no deseaba extender con demasiada facilidad la ciudadanía a los extranjeros, pues ello haría más difícil mantener el control político. Pero esa actitud tenía su simétrica entre los líderes de las colectividades inmigradas, que en sus periódicos en general criticaban el "abandono de la patria" en que incurrían los que querían naturalizarse.

En cuanto a los efectos sobre el sistema político de la falta de adopción de la ciudadanía por la gran mayoría de la burguesía y el proletariado urbano, ellos son bien complejos y discutidos por los investigadores. Se da aquí una paradoja, o un enigma, cuya solución quedará más clara en la medida en que nos adentremos en la descripción, precisamente, de ese sistema político. La paradoja consiste en que

(a) por un lado, los extranjeros, que incluían a gente de intensas convicciones y alta educación, formal o autodidacta, tenían sin duda opiniones políticas, y muchos de ellos participaban fuertemente en el esquema político nacional. Ya vimos a los italianos mazzinianos enrolados al lado de Mitre. Más adelante veremos a otros contribuyendo a las agitaciones obreras, al anarquismo y al sindicalismo.

(b) por el otro lado, al no poder votar, la gran cantidad de extranjeros ocasionaba una importante debilidad de los partidos por los que pudieran simpatizar. Estos, típicamente, hubieran sido un liberalismo, como el mitrista, o un movimiento socialista, como el que luego dirigiría Juan B. Justo. Esos partidos existieron, pero su fuerza, su arraigo en la estructura social y en los grupos de interés, fue mucho menor que en un país parecido pero donde en vez de ser extranjeros hubieran sido nacionales. [5]



LA ASIMILACION DE LOS INMIGRANTES: EL ROL DE LA EDUCACION

Las colectividades extranjeras tenían una intensa vida asociativa, basada en mutuales, escuelas, entidades culturales y periódicos. Algunos sindicatos, en la práctica, actuaban como sociedades de extranjeros, por la inmensa mayoría que ese elemento formaba en su seno. Incluso, a veces, la pertenencia étnica demostraba ser una base más confiable de solidaridad que la común condición profesional.

Así, por ejemplo, en 1902, el Sindicato de Panaderos de la ciudad de Buenos Aires, después de una huelga perdida, se dividió en cuatro: uno, italiano, otro español, un tercero criollo, y otro más distanciado del anterior por motivos de liderazgo personal. [6]

Sarmiento tuvo, en la década de los años ochenta, reacciones a primera vista extrañas ante ciertas actividades culturales de los italianos. A pesar de su fanatismo por la educación, veía con malos ojos la existencia de escuelas financiadas por las comunidades extranjeras, en que la enseñanza, en la práctica, se hacía toda en el idioma de origen. En buena medida, la misma iniciativa del Congreso Pedagógico nacional, patrocinada por el gobierno, fue una respuesta a parecidos programas de los italianos, que habían organizado un Congreso propio.

Las complicaciones podían llegar a afectar el desarrollo de la nacionalidad y la misma consolidación geográfica del país. Sarmiento cita un diario alemán que

> *trae un trabajo sobre las futuras colonias de Alemania. El autor examina cuáles son los países donde convenga fundar sus colonias. En primer lugar la Etiopía. En segundo lugar, las provincias del sur del Brasil, donde se encuentran ya grupos importantes de alemanes. En fin, los países del mediodía del Brasil, República Argentina, el Uruguay y Paraguay. Estos diversos países no le serán adquiridos a Alemania por la fuerza; el gobierno no se meterá en ellos sino para asegurar a sus nacionales los derechos garantidos por los tratados. En un tiempo dado los países colonizados vendrán a ser de hecho provincias alemanas.* [7]

Un episodio ocurrido en Montevideo hacia aquella época (1882) ilustra la preocupación de Sarmiento. Dos marineros italianos habían participado en una gresca en el puerto y fueron conducidos a la comisaría, donde recibieron malos tratos, según ellos verdaderas torturas. El capitán de un barco de guerra italiano --apostado en la rada según las prácticas de la época, que permitían esa presencia de manera permanente-- decidió tomar la justicia en sus propias manos. Bajó con unos cuantos auxiliares armados, fue a la comisaría y liberó a los presos.

Qué se creía este señor capitán, clamaba Sarmiento. ¿Que estamos en un país de la costa de Berbería o del Africa, donde no hay instituciones locales confiables de justicia? Probablemente gran parte de los extranjeros efectivamente creía eso, y sin duda el capitán compartía el estereotipo. No es que Sarmiento aprobara el comportamiento de la Policía montevideana, pero

no podía tolerar ese tipo de intervenciones, pretendidamente justificadas como forma de protección a sus connacionales.

La integración y absorción del extranjero se convertía, entonces, en un tema de primera prioridad, porque podía afectar a la consolidación de la nacionalidad. Disolver esas potenciales colonias a través de la enseñanza laica, gratuita y, sobre todo, obligatoria, era una parte importante de la solución. De esa manera, las fuerzas --no demasiado poderosas-- que en la Argentina podían estar genuinamente interesadas en la educación por motivos humanistas, se engrosaban con otras que veían más allá.

LA SUCESION PRESIDENCIAL: SIN PROBLEMAS A LA VISTA

Durante el gobierno de Roca hubo diversas intervenciones en las provincias, pero ninguna erupción seria de violencia. Cuando se avecinaba la sucesión presidencial, por primera vez desde que se había constituido la república, no había perspectivas de insurrección o protesta armada ante los resultados.

El continuismo se armó a través de la candidatura oficial de Miguel Juárez Celman, cordobés, ex gobernador de su provincia, y concuñado de Roca. Con esta entrega de la banda a un miembro de su familia con poco arraigo propio, Roca esperaba que no se le obstaculizara su retorno al sillón presidencial. De hecho, las cosas se complicaron, y tuvo que esperar dos, no un solo período para volver a la Casa Rosada.

Para la vicepresidencia fue seleccionado Carlos Pellegrini, un porteño autonomista que había acompañado a Alsina en su etapa formativa. Se perfilaba en él un hábil político, que pretendía llevar una dosis de realismo a la actividad pública. Ya en su tesis doctoral de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires había escrito, seguramente inspirado en su maestro Alsina, que "el ser caudillo es un deber entre nosotros". Siempre, claro está, que se tengan las condiciones. [8]

La oposición estaba formada por tres grupos principales:

(1) el mitrismo, con sus antiguas banderas liberales, que se estaba recuperando del golpe sufrido desde su participación en la revolución de 1880.

(2) los católicos, resentidos por la política laicista del gobierno de Roca.

(3) un disidente del régimen, Bernardo de Irigoyen, que había sido ministro pero que se retiró y buscó perfilarse como candidato independiente.



Bernardo de Irigoyen realizó una interesante campaña a lo largo del país, viajando en vagón especial de ferrocarril, al estilo norteamericano. Por primera vez, la extensión de la red permitía hacer este uso inesperado de ella. El tren se paraba en cualquier lugar poblado, y desde el furgón de cola el candidato

se dirigía al pueblo congregado.[9] Por otra parte, el mitrismo intentó movilizar sus huestes, pero sin éxito. El gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Dardo Rocha, originariamente del PAN, podría haberse proclamado como candidato de la oposición. Su condición de representante de los intereses bonaerenses permitía adivinar en él a un continuador de Tejedor, pero no se dio. La fórmula oficial venció sin dificultad.

CAPITULO 20

EL UNICATO, ENTRE LA REVOLUCION Y EL ACUERDO: JUAREZ CELMAN Y CARLOS PELLEGRINI (1886-1892)

JUAREZ CELMAN Y LA CRISIS ECONOMICA DEL 90

El desarrollo económico del país seguía a ritmo vertiginoso. Por todos lados se construía, tanto en el sector estatal como en el privado. Los ingresos de aduanas crecían también, aunque no daban abasto para todos los proyectos que se presentaban. Había que pedir prestado, en el país o en el extranjero. Las grandes obras públicas creaban riqueza, pero al mismo tiempo generaban una carga de deuda que no iba a ser fácil de pagar, pues los resultados productivos no eran siempre inmediatos.

Bancos de todo tipo, privados y estatales, nacionales y extranjeros, proliferaron, y en muchos casos prestaban sin asegurarse de la capacidad de sus clientes de devolver los montos otorgados. Aumentó a niveles nunca vistos la actividad en la Bolsa, donde pequeños y medianos ahorristas podían emplear sus fondos comprando acciones de nuevas empresas. La especulación acompañó a este proceso, generando toda una clase de nuevos ricos, y estableciendo complicadas relaciones entre políticos y hombres de negocios.

Esta euforia no podía durar indefinidamente. En algún momento tenía que venir un reacomodamiento, una disminución del ritmo. A ello se sumó una de las típicas crisis cíclicas del sistema económico que se estaba formando a escala mundial.

Se combinó una baja de los precios de los productos de exportación --originada por factores internacionales-- con los efectos del desorden financiero interno. Las quiebras se multiplicaron y la economía comenzó a paralizarse. Ya a mediados de 1889 la situación se veía como grave, y los ministros de Hacienda no duraban.

LA REVOLUCION DEL 90

A la situación económica se añadió un nuevo conflicto con la Iglesia, debido a la sanción de la ley de matrimonio civil. Hasta ese momento los matrimonios debían ser oficializados por algún sacerdote, de cualquier culto reconocido. Pero muchas comunidades no tenían suficientes ministros del culto como para registrar las uniones, aparte de que los matrimonios mixtos abundaban. De ahora en más el acto civil iba a ser considerado el único válido.

O sea, que una pareja casada por la Iglesia no estaría realmente casada. Esto era un verdadero escándalo, y la reacción fue mayúscula. La opinión católica se volcaba así a la oposición, buscando aliados no necesariamente congruentes con sus ideas, con tal de darle una lección al gobierno. Una convergencia de los católicos --entre los que había una gama ideológica amplia-- con el liberalismo mitrista y con disidentes del régimen, se comenzaba a perfilar.

Para apoyar al presidente y a Ramón J. Cárcano, indicado como sucesor suyo, un grupo numeroso de jóvenes, ligados al partido oficial brindó un banquete al "líder único", tanto del gobierno como del partido oficial (PAN), apellidándose "los incondicionales". De ahí surgió el mote de "unicato", lanzado por sus opositores, para caracterizar al régimen que a su juicio se perpetuaba por la especulación, el peculado y el fraude.

En el mes de setiembre de 1889 se realizó una gran reunión opositora en el Jardín Florida, gran local de entretenimiento que ocupaba toda una manzana cerca de Retiro. De ahí salió constituida la Unión Cívica de la Juventud, a la que se adhirieron desde Mitre y otros liberales hasta Goyena y Estrada, por los católicos, junto a figuras próceres como Vicente Fidel López y Bernardo de Irigoyen, y gente nueva del tipo de Aristóbulo del Valle y Leandro Alem.

Antes de un año, en abril de 1890, ya podían juntar a treinta mil personas en un acto público de oposición. Dos cosas eran obvias: había libertad de reunión (aunque no de sufragio), pero la opinión estaba masivamente contra el gobierno. Juárez Celman aparentaba tranquilidad y saludaba la encomiable actividad cívica de tantos ciudadanos, mientras cambiaba el ministerio y prometía elecciones genuinamente competitivas, con representación para las minorías. En realidad, no las tenía todas consigo, porque en nuestro ambiente todo esto tenía olor a levantamiento armado.

Entre los jóvenes que adherían en grandes cantidades estaban futuros dirigentes partidarios, como Hipólito Yrigoyen, sobrino de Alem, Lisandro de la Torre, que luego fundaría el Partido Demócrata Progresista, y Juan B. Justo, organizador del Partido Socialista, mezclados con intelectuales como Carlos Ibarguren, que llegaría a ser un teórico del nacionalismo autoritario, y militares como José Félix Uriburu, quien llegaría al poder mediante un golpe de Estado en sus últimos años de vida, en 1930. El destino se encargaría de separar trágicamente los senderos que cada uno de ellos recorrería.

Mitre estaba un poco quemado de participar en movimientos armados, y para evitar compromisos decidió realizar un viaje a Europa. El 26 de julio de 1890 estalló la revolución, iniciada por un sector del ejército, dirigido por el Gral. Manuel J. Campos, que había sido trabajado por los opositores. La conspiración

fue organizada por Alem, que conoció entonces su hora de mayor brillo. Los rebeldes, incluyendo muchos civiles, ocuparon el Parque de Artillería, ubicado en el lugar donde actualmente se encuentra el Palacio de Tribunales, razón por la cual el movimiento fue luego conocido como la Revolución del Parque. Otros efectivos ocuparon los balcones de numerosas esquinas, formando cantones para apoyar el avance de tropas u hostilizar al enemigo.

El gobierno reaccionó con prontitud, y consiguió reprimir el movimiento rebelde, después de tres días de lucha y casi doscientos cincuenta muertos. El gobierno, de todos modos, quedaba exhausto y sin opinión pública. Por otra parte, Roca, en entendimiento con Pellegrini, estaba dispuesto a sacrificar a Juárez Celman para salvar al régimen. El presidente tuvo que renunciar, y Pellegrini ocupó su lugar, dispuesto a reconstituir el frente político oficial, con ayuda de su mentor y amigo Roca, que seguía con la vista fija en su posible retorno.

Roca presionó para conseguir la renuncia de Juárez Celman, porque temía que de lo contrario la oposición volviera a intentar un levantamiento. Por otra parte, si los revolucionarios hubieran vencido se habría planteado la seria posibilidad de una prolongada guerra civil, pues el régimen mantenía su control del interior.

Existía una verdadera situación de pánico económico mezclado al político. En mayo de 1891 los depositantes en varios de los principales bancos de la ciudad corrieron a retirar sus fondos, ocasionando la suspensión de pagos hasta que retornara la calma. José A. Terry, prominente economista y técnico bancario de la época, comentaba que "a los males de la crisis se agregaban los temores de inminentes revoluciones tanto o más sangrientas que la de Julio (de 1890)". [11]

PELLEGRINI Y LA TRANSACCION CON LOS OPOSITORES

A pesar de la derrota de la oposición armada, la situación del gobierno era insegura, porque era muy posible que la Unión Cívica intentara un nuevo golpe de mano. De hecho, lo intentaría el año siguiente (1891) en Córdoba, sin éxito. Para desarticular esa perspectiva, era necesario darle a la oposición una vía de acceso a compartir el poder.

Pellegrini, al organizar su ministerio, tuvo esto en cuenta. Dio dos carteras a connotados mitristas y una a Vicente Fidel López, independiente que había participado en la revolución. Para equilibrar estas concesiones, trajo a Roca al ministerio del Interior, y al Gral. Levalle, jefe de la represión al movimiento armado, al de Guerra, lo suficiente como para tener las espaldas bien guardadas. Paralelamente, hacia fines de año garantizó elecciones libres de senadores de la Capital Federal, las que fueron ganadas por Leandro Alem y Bernardo de Irigoyen, dirigentes de la fracción más radicalizada de la Unión Cívica. [12]

Para completar esta estrategia, Pellegrini buscó realizar un acuerdo con Mitre, jefe de la oposición, que a comienzos de 1891 volvía del viaje a Europa

que oportunamente había emprendido el año anterior para mantenerse *au desssus de la melée*. De lo que se trataba era de planear las ya cercanas elecciones presidenciales, que nadie pensaba que se pudieran hacer de manera seriamente competitiva. Había que transar y llegar a candidatos comúnmente concertados, pues de lo contrario el perdidoso nuevamente apelaría a las armas.

Hubo encuentros entre Roca y Mitre, que fueron limando las asperezas. Pero al mismo tiempo la oposición se reunía para lanzar sus candidatos. Había dentro de ella, como es habitual en estos casos, una disidencia entre el sector moderado, predispuesto a entenderse con el gobierno a cambio de algunas concesiones, y el más intransigente. Los acuerdistas tenían como jefe natural a Mitre, los intransigentes o radicales a Bernardo de Irigoyen y Leandro Alem. Nada más natural que una candidatura con Mitre en el primer término e Irigoyen en el segundo, y eso es lo que una convención decidió en Rosario.

Pero mientras tanto avanzaba el Acuerdo, y Mitre estaba dispuesto a buscar una fórmula común con el oficialismo. El partido de gobierno estaba dispuesto a apoyar a Mitre para la presidencia, pero eso implicaba reservar el segundo puesto para un hombre de sus filas, en lugar de Bernardo de Irigoyen. Mitre tenía confianza en su capacidad negociadora, y en que la Unión Cívica aceptaría las estrategias que él adoptara.

Pero la protesta del sector más radicalizado de sus seguidores hizo fracasar el Acuerdo. En junio de 1891 una fracción de la Unión Cívica aprobó la fórmula común con el gobierno, formando la Unión Cívica Nacional, mitrista, liberal y moderada. La otra fracción, en cambio, creó la Unión Cívica Radical, que como su nombre lo indica era más intransigente o principista, dirigida por Leandro Alem y Bernardo de Irigoyen. Viéndose privado del apoyo masivo que esperaba, Mitre prefirió renunciar a sus ambiciones y esperar a otra vuelta.

Para los radicales,

> *el acuerdo fue una defección, traicionando deberes patrióticos a cambio de posiciones oficiales. Nunca pensamiento más pernicioso penetró en causa más santa. Esa política, al dar patente de indemnidad a los grandes culpables, ha aumentado los males y los agravios.* [13]

El radicalismo no se veía a sí mismo "propiamente como un partido en el concepto militante, (sino como) una conjunción de fuerzas emergentes de la opinión nacional, nacidas y solidarizadas al calor de reivindicaciones públicas", o sea lo que hoy se llamaría un "movimiento". Buscaba definirse en un sentido ético extremista, que podía aducir precedentes en textos bíblicos interpretados un poco unilateralmente. Hipólito Yrigoyen, en carta a su correligionario Pedro C. Molina, de Mendoza, le decía que

> *todos los ciudadanos que no profesan el credo de la Unión Cívica Radical contribuyen, directa o indirectamente, en una forma u otra, a afianzar el régimen imperante, y se hacen causantes como los mismos autores.* [14]

La renuncia de Mitre a una candidatura acuerdista afectó al oficialismo, que realmente necesitaba cooptar a los opositores, única forma de cortar las perspectivas de rebelión, siempre presentes. La situación se le complicaba, porque gente de su propio riñón también ensayaba novedades, dispuesta a adecuarse a los tiempos. Es así que Roque Sáenz Peña, que había sido ministro de Juárez, formó con un grupo muy prestigiado de amigos el Partido Modernista, dispuesto a hacer respetar las instituciones. El peligro era que el oficialismo se dividiera en varios pedazos, y al final el gobierno cayera en poder de los "irresponsables" de la oposición, y sin acuerdo previo. Eso era el caos, y en medio de la crisis las peores consecuencias podían preverse, incluyendo una intervención extranjera para cobrarse las deudas e imponer orden.

Había que apurarse, porque la falta de confianza tiraba al suelo el valor del peso. El valor del oro (indicador equivalente de lo que hoy sería el dólar), de 150 en que estaba antes de la crisis, había subido a 242 al caer Juárez Celman, y a mediados de mayo de 1891 ya estaba en 342. Pronto llegaría a 450. Los que tenían deudas en el exterior (o sea en oro) podían ir pensando en el suicidio, mientras que los acreedores, nacionales y sobre todo extranjeros no por eso dormían más tranquilos, pues la cobranza de sus créditos se volvía altamente dudosa.

Desde París, hacia fines de 1891, Miguel Cané escribía a su amigo Roque Sáenz Peña:

> *Roque, si vieras a algunos ingleses que tienen más de un millón de duros frotarse las manos; si leyeras el artículo del Marqués de Lorne, publicado en la Deutsche Revue, incitando a Alemania a apoderarse de nuestro país; si sintieras como yo esta atmósfera, que forma en Europa la conciencia de que somos incapaces de gobernarnos;(...) compadezco a los hombres que gobiernen al país dentro de un año; si no salvan la independencia, llevarán en la historia la más tremenda e injusta condenación.* [15]

En este contexto dramático la responsabilidad de buscar una salida política cayó sobre los hombros de Roca. Al final, encontró la solución en el viejo y enfermo Luis Sáenz Peña, católico ferviente, quien desde hacía tiempo luchaba por la pureza del sufragio, y había estado muy cerca de Mitre. Con esta elección, Roca daba la impresión de ceder ante un opositor, o por lo menos un independiente, y de paso anulaba a Roque. Si por desgracia --que Dios no lo quisiera-- los sinsabores de la presidencia cortaran la vida del Primer Magistrado, el mando recaería sobre José Evaristo Uriburu, el designado vicepresidente, de sólida fe roquista. Por algo a Roca lo llamaban "el zorro".

Sólo faltaba convencer a Mitre y a los laicistas de que el nuevo presidente no anularía toda la legislación de la pasada década. Una vez conseguida esta seguridad, Mitre dio su bendición a la fórmula, con lo que se renovó el Acuerdo. Los radicales, estupefactos, pensaron en no participar, pero finalmente presentaron a Bernardo de Irigoyen, el jefe de su ala moderada, sin ninguna posibilidad de triunfo, dado el fraude imperante.

Quintana, antirroquista, al ministerio • Entrega de la conducción del gobierno a Aristóbulo del Valle, radical independiente (1893) • Nuevo ministerio integrador pero sin radicales de partido

Las urnas convalidaron esta brillante operación de *virtu* política, que eventualmente permitiría a Roca un retorno al poder. Pero había que esperar otros seis años para eso, seis años plagados de emociones, capaces de destruir a un organismo menos sólidamente estructurado.



CAPITULO 21

UN INTENTO FRACASADO DE CONVIVENCIA CON LA OPOSICION: LUIS SAENZ PEÑA Y JOSE EVARISTO URIBURU (1892-1898)

EL BREVE EPISODIO DE ARISTOBULO DEL VALLE

Una vez instalado en el sillón presidencial, Luis Sáenz Peña, a pesar de sus achaques, decidió inaugurar una política independiente, aunque sin contar con un significativo apoyo propio en el país. Confió la cartera de Interior --la más importante, aparte de la obviamente significativa de Guerra-- a Manuel Quintana, una figura de clara trayectoria antirroquista, cercana al mitrismo, y completó el gabinete con otras personalidades independientes, sin dejar de incluir a algún partidario del régimen anterior.

Las convulsiones provinciales seguían, a veces ocasionadas por levantamientos armados o golpes de mano, que exigían intervenciones federales y descomponían las más cuidadosamente tejidas alianzas entre facciones. Lo peor del caso era que los rumores de una próxima revolución armada a escala nacional, organizada por los cívicos (tanto los nacionales como los radicales), cundían en todos los mentideros políticos del país.

Quintana, a los pocos meses de haber tomado el cargo, enredado en los conflictos provinciales, tuvo que renunciar. En ese momento (julio de 1893), Luis Sáenz Peña, aconsejado por Pellegrini, se jugó, y lo llamó a Aristóbulo del Valle, un radical no afiliado al partido, para que organizara el ministerio. Del Valle, fogueado por la experiencia, pidió la cartera de Guerra. Trató de llenar el gabinete con sus amigos de la Unión Cívica Radical, pero éstos, influidos por la intransigencia de Alem, se resistieron.

Los radicales ya estaban complotando para llegar al poder mediante un levantamiento cívico militar, y no estaban dispuestos a vender ese derecho por el plato de lentejas que les ofrecían desde la Casa Rosada. Los ministerios fueron entonces ocupados por varios Cívicos Nacionales moderados, un simpatizante radical, y otros independientes opuestos a Roca. Con esta alquimia se consiguió el respaldo de una mayoría en el Congreso.

Era como para pensar que las artimañas del "zorro" esta vez lo habían

perdido. Pero el Destino vino en su ayuda, mediante un estallido revolucionario que cortó por la base ese intento de evolución institucional que, por cierto, de haber sido exitoso hubiera puesto al país en una línea muy avanzada entre los que en esa época practicaban la democracia. La gestión de Del Valle apenas duró poco más de un mes (5 de julio al 12 de agosto de 1893).

LA REVOLUCION RADICAL DE 1893

La revolución organizada por la Unión Cívica Radical estalló el 29 de julio de 1893, en la provincia de Buenos Aires, y se propagó rápidamente a Santa Fe, San Luis y Tucumán. Alem era el coordinador de las actividades, Hipólito Yrigoyen capitaneaba la rebelión en Buenos Aires, Lisandro de la Torre en Santa Fe, y Teófilo Sáa (hijo del caudillo federal Juan Sáa) en San Luis.

El gobierno, dirigido por Aristóbulo del Valle, no reaccionó de inmediato, especulando con que los movimientos podrían haberse limitado a deponer las autoridades fraudulentas de sus provincias. Pellegrini, escribiendo después de los hechos a su amigo Estanislao Zeballos, le decía que se les debería haber dejado ganar a los radicales en la provincia de Buenos Aires, "para que se deshicieran".[16] Todo el mundo sabía que existían serias diferencias entre el ala moderada de los radicales, dirigida por la figura prócer de Bernardo de Irigoyen, y el sector más intransigente, liderado por Alem y su sobrino Hipólito Yrigoyen.

Claro que el cálculo señalado por Pellegrini era riesgoso, porque si se les permitía controlar varias provincias importantes, sin duda los radicales hubieran conseguido una mayoría en el Congreso nacional, capacitándose para ganar las posteriores elecciones presidenciales. Siempre que no se dividieran, claro está, que era justamente lo que esperaba Pellegrini.

Del Valle, con otra perspectiva, consideraba en cambio que de esta manera se podía facilitar la transición hacia un régimen más genuinamente democrático. Por eso trató hasta último momento de no mandar la intervención.

En la provincia de Buenos Aires la Unión Cívica Nacional, mitrista, se plegó al movimiento, actuando por su cuenta. En pocos días casi toda la provincia fue ocupada por los revolucionarios, que instalaron un gobierno radical. Lo mismo ocurrió en Santa Fe y San Luis. Pero las autoridades nacionales, en contra de los deseos de Del Valle, se vieron obligadas a decretar la intervención a Buenos Aires. Del Valle deseaba asumir él mismo ese papel, para asegurarse de una solución política todavía negociada. Sin embargo, no consiguió apoyo y tuvo que renunciar a su cargo, el 12 de agosto de 1893, siendo reemplazado por Manuel Quintana. En las demás provincias rebeldes también el gobierno nacional reasumió el control, después de cruentos combates. En total, el episodio duró casi un mes, y estuvo a punto de triunfar y ocasionar cambios a escala nacional.

En Santa Fe hubo otra erupción rebelde en setiembre del mismo año, con

fuerte movilización militar, y participación del personal de un acorazado, el Andes. En ambos episodios santafesinos se mezclaron los residentes de las colonias agrícolas, especialmente los alemanes y suizos. En la toma de Rosario por Lisandro de la Torre hubo también numerosos italianos, en buena medida reclutados como mercenarios.

El año 1894 fue de consolidación del gobierno, a través de su ministro Manuel Quintana, quien consiguió reestablecer el orden en todo el país. Pero su apoyo parlamentario era débil, porque era atacado desde el radicalismo --que tenía algunos representantes, sobre todo de la Capital Federal, donde los comicios eran más genuinos-- y desde el roquismo. Al final, ante un problema suscitado en Mendoza, de difícil solución, Quintana tuvo que renunciar, y a los pocos días Luis Sáenz Peña hacía lo mismo (enero de 1895).



LA TRANSICION DE JOSE EVARISTO URIBURU (1895-1898)

Con la asunción del vicepresidente, José Evaristo Uriburu, retornaba la influencia directa de Roca en el gobierno. Mitre, siguiendo su política de conciliación, también apoyó al nuevo mandatario. La situación política se consolidaba, siempre dentro de un régimen poco respetuoso de las mayorías electorales, pero dispuesto a evitar la dictadura. La oposición gozaba de amplias libertades de asociación y de prensa, pero no tenía garantías en las urnas, salvo en algunas ocasiones en la Capital Federal y provincia de Buenos Aires.

La falta de elecciones genuinas fue generando en la Unión Cívica Radical un sector cada vez más intransigente, que se enfrentaba al más moderado dirigido por Bernardo de Irigoyen. Alem, deprimido después del fracaso de sus planes revolucionarios, entró en un período de declinación, acelerada por su muy mala situación económica, deudas impagables y, según dicen, un amor imposible. Decidió poner fin a sus sufrimientos pegándose un tiro, enfrente del Club del Progreso, al que se había hecho conducir en un coche de alquiler. En una carta que dejó instaba a sus partidarios a seguir adelante en la lucha, y asegurar que en ella el partido, si fuera necesario "se rompa, pero no se doble". El se había roto, predicando con el ejemplo.

La dirección del ala ya denominada Intransigente del partido recayó en su sobrino Hipólito Yrigoyen, con el cual, por otra parte, había tenido disidencias ligadas a la resolución de las varias rebeliones del año 1893. Yrigoyen prosiguió, de todos modos, las líneas maestras de Alem, y encauzó al partido por una línea que rechazaba la cooperación y el acuerdo con fuerzas que consideraba inmorales.

Acercándose la renovación presidencial, la candidatura de Roca se volvía casi incontrastable. Pellegrini, su posible rival, siendo aún joven, se preparaba para la próxima. En cambio en los ambientes de la Unión Cívica Nacional y de los radicales se formaba una convergencia --denominada "política de las paralelas"-- para presentar una fórmula única de oposición, y para eso se rememoraron los días heroicos de la Revolución del Parque. Parecía que

sectores disidentes del PAN podrían plegarse, pero esa perspectiva fue cortada por Pellegrini, quien se lanzó a una intensa campaña para disciplinar a sus huestes y ridiculizaba a la posible alianza de esas fuerzas en el fondo tan disímiles, la UCN y la UCR: las paralelas, definía, eran líneas que nunca podían unirse.

En la Unión Cívica Radical se perfilaron claramente dos tendencias: la "intransigente", bajo la conducción de Hipólito Yrigoyen, era fuerte en la Capital Federal y Buenos Aires. Pero la mayoría a nivel nacional la tenían los "evolucionistas", cuyo jefe era Bernardo de Irigoyen. En una convención, en 1897, la mayoría decidió apoyar la convergencia con los mitristas, pero el sector intransigente, fuerte en los principales centros de actividad política del país, no estaba dispuesto a colaborar, y tomó la medida de disolver el Comité de Buenos Aires, que fue seguida de igual medida en la Capital Federal.

Con esto liquidaban por el momento las posibilidades electorales del partido. A su juicio, era un ejemplo de la admonición de Alem: se rompían, antes que doblarse. Una división parecía inevitable. Lisandro de la Torre, del sector "evolucionista", perdidas las esperanzas de que el radicalismo entrara en una estrategia moderada, decidió desligarse de esa fuerza política.

En la provincia de Buenos Aires, al darse a fines de 1897 las elecciones para la gobernación, se produjo un extraño juego de coaliciones. El oficialismo local era mitrista y estaba dispuesto a forzar la decisión mediante una manipulación de los padrones. Los radicales se presentaron divididos, entre "hipolitistas" y "bernardistas". Se dio una tripartición de los votos, y Pellegrini, en sus intentos de atraer a los radicales --para disuadirlos de la vía revolucionaria-- ofreció apoyar a don Bernardo, y al final consiguió juntar una mayoría, incluidos los intransigentes de don Hipólito y por supuesto su propia gente del PAN (en esa época indistintamente también llamado Partido Nacional).

La presión para reelegir a Roca se vio ayudada por un conflicto con Chile, que estuvo a punto de conducir a una guerra. La Comisión de Límites, en su tarea de demarcación, no se ponía de acuerdo. Ya había habido una complicación en 1893, pero en ese momento un Protocolo Adicional pareció proveer una solución. El perito Francisco Moreno, por el lado argentino, cumplía una labor tesonera, pero el tema requería una solución política, no sólo técnica, ya que el concepto de las "más altas cumbres que dividan aguas" era demasiado confuso en una zona de compleja geografía.

El armamento de ambos países era bastante equilibrado, con una ligera ventaja para Chile en el campo naval, a pesar de su menor población. Ambos países encargaron más naves de guerra. La Argentina compró una unidad italiana y encargó en ese país la construcción de otras dos. El ingeniero Luigi Luiggi recibió la dirección de las obras del puerto militar de General Belgrano, cerca de Bahía Blanca. Hubo movilizaciones de tropas y preparativos para la lucha en la cordillera. Finalmente, en octubre de 1898, cuando se estaba por dar la transferencia del mando a Roca, se efectuó un avenimiento, por el cual se confiaba el entredicho al arbitraje de la reina de Gran Bretaña.

Cuando se efectuaron las elecciones presidenciales, en abril de 1898, la fórmula del PAN, Julio A. Roca - Norberto Quirno Costa, se impuso de la

manera más canónica, y sus opositores (mitristas y radicales) casi no accedieron al Colegio Electoral.





CAPITULO 22

LA CONDICION DE LAS CLASES POPULARES A FIN DE SIGLO

LAS TENSIONES SOCIALES DEL CRECIMIENTO

La transformación del país hacia fines de siglo era de proporciones difíciles de concebir. La Argentina se acercaba a ser uno de los países de mayor nivel de vida del mundo, aunque internamente los problemas de distribución de la riqueza eran muy agudos. En esto, por otra parte, no se distinguía de otros países desarrollados de la época, donde también coexistían la miseria y la riqueza en los grandes centros urbanos.

Sin embargo, en países como los Estados Unidos y Australia se había dado una estructura social más igualitaria en las zonas de frontera, colonizadas por una población dinámica, que había conseguido un mayor acceso a la tierra que en la Argentina, y que había gozado de condiciones de libertad política y posibilidades de autogobierno más temprano que en nuestro país.

La comparación con Australia era particularmente interesante, porque se trataba de un país de población incluso menor que la argentina, formado con aportes del exterior, y que era una dependencia británica, aunque con cierta autonomía. En Australia los inmigrantes, a diferencia de lo que ocurría en el Río de la Plata, no perdían la nacionalidad al llegar. Casi todos, en esa época,

provenían de Gran Bretaña (que incluía a Irlanda), y las instituciones de la madre patria se trasladaban al nuevo país en formación. La participación política, estimulada por las costumbres cívicas avanzadas de la metrópolis, permitió desde temprano la formación de partidos políticos, que reprodujeron el esquema europeo en alguna medida, dándose la formación de un Partido Laborista, basado en sindicatos fuertes, desde fines de siglo. Ese partido accedió al poder en alguno de los Estados que formaban la Federación, y en 1910 ya ejerció el gobierno a escala nacional.

En la Argentina, como se vio, la división de la tierra fiscal en parcelas medianas no se efectuó más que en pocas zonas (especialmente en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos). Es cierto que en otras partes los inmigrantes con capacidad técnica y algunos recursos podían acceder a ser arrendatarios, pero no era lo mismo. La concentración en las ciudades, especialmente en Buenos Aires, por lo tanto, fue mayor que lo que podría haberse dado, y el nivel de vida popular, aunque mayor que en sus países de origen, era muy deficiente para amplios grupos de trabajadores.

Cuando se daban períodos de desocupación, la situación se volvía tensa. En la masa inmigrada, por otra parte, la adaptación al nuevo país era mucho más problemática que lo que a menudo aparece a través del tiempo, o de los recuerdos un poco mitificados de sus descendientes. La gran saga de la inmigración transoceánica convivió con largos períodos de angustia y desorganización familiar.

Muchas veces los que venían eran hombres solos, que dejaban atrás a las familias. No eran raros los casos de matrimonios que dejaban a sus hijos pequeños con los abuelos, para llamarlos cuando "hicieran la América", lo que no ocurría con tanta rapidez como pensaban, si es que ocurría. Todo esto creaba un caldo de cultivo especial para la proliferación de fenómenos de protesta más intensos que lo que habría ocurrido si ese grupo humano hubiera sido local en vez de transoceánico.

Por otra parte, con la masa inmigrada --muchas veces procedente de áreas de poca o nula cultura cívica-- venían también minorías de mayor experiencia política. Estas minorías variaban, en su ideología, desde el republicanismo de izquierda, en el caso italiano de orientación mazziniana o garibaldina, hasta el socialismo y el anarquismo. También había militantes católicos y sacerdotes, aunque éstos en menor cantidad.

La situación política de la masa inmigrada era muy especial, pues por un lado el trauma por el que pasaban los motivaba a la protesta. Por el otro, al sentirse extraños en el nuevo país (del que no tomaban la ciudadanía, como se vio antes) su participación en la política local disminuía, sobre todo en lo referente a votar y afiliarse a partidos. Más fácil para ellos era integrarse a sindicatos y otros tipos de asociaciones de defensa de intereses, como las sociedades de socorros mutuos. Además, consumían ávidamente una prensa en sus propios idiomas, que les daba noticias de la patria lejana. En general, constituían una audiencia ideal para la prédica de los activistas de su propia nacionalidad, a los que tendían a dar más crédito que lo que hubieran hecho en sus propios países de origen.

De esta manera, los fenómenos de protesta social, originados en la Argentina, como en cualquier otro país, por los efectos del industrialismo y la vida urbana, se magnificaban por el factor inmigratorio. En cambio esa masa extranjera no se sentía muy identificada con los partidos políticos, sobre todo los que podían ser tachados de "criollos", palabra vista como poco prestigiosa. En cambio, no ocurría tal cosa en los Estados Unidos ni en Australia.

EL ESTUDIO DE BIALET MASSE SOBRE LA CLASE OBRERA

En un estudio encomendado por el gobierno de Roca al médico y especialista laboral español Juan Bialet Massé, en 1904, se puede ver una radiografía del estado de la población trabajadora del país. En contra de la opinión común en su época, Bialet Massé rechaza las explicaciones racistas, y más bien ensalza la capacidad de trabajo de los criollos e indios:

El obrero criollo, por su fuerza muscular y su inteligencia, revela una superioridad notable, y la experiencia del taller, del ferrocarril y de la agricultura demuestran que no es extraño ni refractario a ningún arte ni oficio.
Esta comprobación demuestra el error gravísimo con que se ha procedido y procede en materia de inmigración y colonización, atendiendo exclusivamente al elemento extranjero, dejando de lado al criollo, mucho más eficaz y valioso.
El mestizo de quichua que se cría en los faldeos de las sierras de Córdoba, Rioja, Catamarca y Tucumán, es sin duda alguna un obrero industrial de primer orden. Todo lo hace imperfecto y rudo, pero lo que hace sirve y le saca de más de un apuro. Vivo, inteligente y rápido en la concepción, nada lo sorprende y para todo halla salida. Generalmente fue soldado y viajó, algo le queda de todo lo que ha visto, y en la oportunidad lo aplica. Ese ***habiloso****, puesto en un taller, es un excelente oficial en cuatro meses.* [17]

A su reivindicación del criollo agrega Bialet Massé una encendida defensa de la capacidad de trabajo del indígena, en largas páginas dedicadas al Territorio del Chaco, donde ve un futuro promisorio de desarrollo agrícola:

Me fijo en primer término en el indio, porque es el elemento más eficiente del progreso en el Chaco: sin él no hay ingenio azucarero, ni algodonal ni maní, y nadie le supera en el hacha. Si los propietarios del Chaco miraran este asunto con el mayor y más crudo de los egoísmos, pero ilustrado, serían humanitarios por egoísmo; pero es seguro que no lo harán si la ley no lo impone y con mano fuerte. [18]

Bialet Massé había tenido una amplia experiencia empresaria en el interior del país, sobre todo en Córdoba, donde fue contratista de la construcción del dique San Roque. Constantemente recuerda esa experiencia en su informe, para

defenderse de las acusaciones de que era objeto en sus viajes y entrevistas. Sus interlocutores le decían que "era imposible plantear aqui la legislación del trabajo, que eso eran teorías de los doctores socialistas de Buenos Aires, que no sabían lo que era un taller, ni una industria". Al ver la resistencia del patronato, el estudioso ponía énfasis, en la presentación de su informe, en

la necesidad de imponer por la ley lo que se haría espontáneamente si pudiera darse a los patrones la ciencia necesaria para que lo hicieran por egoísmo. La experiencia de la práctica de la ley les traerá la convicción de las ventajas económicas, la utilidad en dinero, que resulta de proceder racionalmente con el obrero. [19]

El resultado de que no se operara racionalmente eran las huelgas, las cuales, dentro de ciertos límites, podían ser útiles para cambiar la situación. Bialet Massé explora detenidamente las organizaciones obreras del interior, yendo desde las católicas hasta las socialistas y anarquistas. Respecto a los Círculos de Obreros Católicos, los considera contraproducentes, pues están demasiado controlados por el clero, que les impone una mentalidad pro-patronal.

Más importante es que se expresen libremente los grupos anarquistas y socialistas, que en la medida en que consigan algunas reivindicaciones, van a dejar de lado sus ideas extremistas. Al final, van a evolucionar hacia un "socialismo australiano", que considera perfectamente aceptable. Por cierto que habría resistencias entre los más ideologizados, como señala recordando una conversación que tuvo con un militante, en Rosario:

Una tarde hablaba con uno de ellos, criollo, de hermosa presencia y de instrucción relativa, y le dije que si se organizaran de otro modo, podrían llevar un diputado propio al Congreso: él mismo, por ejemplo. Sin vacilar me contestó: Oh no, eso sí que no! En primer lugar sería reconocer el sistema burgués, y en segundo lugar, los mil pesos al mes, el trato con aquellos señores y el lujo me corromperían, y los colgaría a mis compañeros. En vano fue hacerle reflexionar que la desconfianza era una fuerza contraproducente. Era un fanático; la mirada grande de sus ojos, la palidez mate de su piel trigueña, sus ademanes solemnes, y la repetición de las frases hechas en los libros de Bakunín y Malatesta, bien lo denunciaban, y como éste hay cientos. [20]

De la misma manera se podría haber descripto a quienes hicieron la Revolución Inglesa, o la Francesa, por no hablar de la Rusa, cuya primera expresión ocurriría al año siguiente (1905). Este fanatismo era un factor de peligro para el régimen, mucho mayor que las asociaciones obreras. Comenta, de nuevo, Bialet:

Los patrones se niegan a reconocer las sociedades, miran como grave falta, y hasta como motivo de despido, el que los obreros pertenezcan a una sociedad, y exigen, para tomar un obrero, que se separe de la sociedad, si a ella pertenece.



Si el obrero no asociado es un obrero pulverizado, también es un obrero irresponsable, y hay que entenderse con tantos átomos como obreros; mientras que es fácil entenderse con un solo directorio, y la sociedad tiene interés en que se cumplan sus disposiciones; en verdad lo que hay es que en el país no se ha desarrollado el espíritu de asociación, tan necesario a los obreros y patrones, dada la forma de la industria moderna. [21]

En Tucumán había habido una huelga azucarera, en que intervino el delegado de la federación sindical nacional, de Buenos Aires, el pintor socialista Adrián Patroni. Bialet Massé dio una conferencia en la Sociedad Sarmiento, "hermosa institución que prohija todo lo que significa progreso y discusión científica, de la que forman parte casi todos los dueños de ingenios y cañeros de Tucumán". Ahí se enteró de que al día siguiente habría una asamblea obrera en la localidad azucarera de Cruz Alta, en el domicilio de un obrero, quizás un cañero. El visitante oficial decidió concurrir, y dejó esta descripción de la reunión, que se hizo en

un patio circunscripto por tres ranchos y la orilla del camino que pasa frente al ingenio Paraíso; la concurrencia se componía de veintidós mujeres, unos diez o doce muchachos, y cuando más doscientos cincuenta hombres, de ellos una docena de extranjeros. Todos estaban con la mayor compostura; sólo uno vi completamente ebrio, lo tomaron uno de cada brazo y lo sacaron en silencio de la reunión. Tucumanos no eran ni la tercera parte, casi todos forasteros.

El orador que dirigía la palabra a la asamblea era un criollo enjuto, nervioso, tipógrafo de oficio, de una verba potente y admirable, que conocía muy bien su público y le hablaba en el lenguaje más apropiado. Muchas afirmaciones rotundas, repetidas, categóricas, terminando cada período con una frase redonda y bien lanzada, que provocaba un aplauso unánime y algún que otro "viva la huelga!" tan disperso que nunca alcanzó a formar coro.

Yo saqué en claro de mis observaciones y de la reunión, que si los dueños de ingenios no acuerdan las mejoras que la razón y la justicia exigen, aun los obreros locales van a darles muchos dolores de cabeza, y les ocasionarán pérdidas diez veces mayores que el sacrificio, si lo es, de acordar mejoras. [22]

LAS CORRIENTES IDEOLOGICAS EN EL MOVIMIENTO OBRERO

En 1890, durante la agitación política que caracterizó a ese año, una comisión de sindicalistas e intelectuales, entre los que estaba Juan B. Justo y Germán Avé Lallemant, ingeniero alemán recientemente llegado al país, convocó a celebrar el Primero de Mayo. Esta fecha había sido señalada por la Internacional Obrera ("Segunda Internacional") para memorar la masacre de huelguistas realizada en 1886 en Chicago. Se reunió un grupo numeroso de sindicalistas e intelectuales, para comunicarse con el cual los discursos tuvieron

que ser pronunciados en varios idiomas, sin excluir, por cierto, el castellano.

Quedó formada en ese momento una Federación Sindical, de corta vida. Los conflictos entre socialistas y anarquistas ya dificultaban la acción conjunta. Paralelamente, proliferaban los sindicatos de oficio, también con fuerte participación extranjera, a menudo algo menos ideologizados que los intentos de constituir federaciones nacionales.

Lallemant publicó el periódico *El Obrero*, de clara orientación marxista, que se definía como órgano de la Federación recién constituida. En sus páginas se defiende del ataque de un periódico sindical de Barracas, *La Unión Obrera*, que acusa a la gente de la Federación de "ser alemanes". Le responde que no hay que tener en cuenta este tema de la nacionalidad, y enrostra a su crítico el haber condenado a las empresas de ferrocarriles por "ser inglesas", cuando lo grave es su condición de capitalistas. [23]

Más adelante Lallemant se traba en una polémica con el *Amico del Popolo*, mazziniano de izquierda, al que le aclara que "rechazamos la unión con la pequeña burguesía, que oculta sus tendencias de explotación bajo el manto del libre pensamiento, republicanismo, anticatolicismo, etc.". También se la toma con el *Centro Político Extranjero*, expresado en el *Argentinische Wochenblatt*, cuya falta de claridad ideológica lo lleva a apoyar al candidato Bernardo de Irigoyen, quien ha prometido dar el voto a los extranjeros (en elecciones municipales).[24] No trata mucho mejor a Alejandro Peyret, que escribía en *La Prensa*, autotitulándose socialista, lo que no podía ser dejado pasar así no más por el exigente órgano intelectual que se acababa de crear.

Lallemant fue un intelectual distinguido, entre los que difundieron las concepciones marxistas en el Río de la Plata, aunque no se caracterizó por su tolerancia hacia posiciones que consideraba equivocadas. Si la palabra "intransigente" se aplicaba a los radicales yrigoyenistas, a él le cuadraba aún más, con la diferencia de que su prédica por el momento no tenía aceptación entre sectores amplios de la población del país. Se difundía, sin embargo, entre una minoría activista influida por los intelectuales que venían junto a la masa de inmigrantes.

El Obrero también se definía contra el "sistema proteccionista del nefasto ministro de Hacienda Dr. Vicente Fidel López". El proteccionismo aduanero, que consistía en establecer tasas altas de impuesto para ciertos artículos de importación, tenía como objeto permitir su producción en el país, aun a costos más altos que los importados. De esta manera se pensaba promover la actividad industrial y la ocupación. A Lallemant le preocupaban los efectos sobre el costo de vida de la gran masa de consumidores de ingresos modestos, dejando de lado la defensa de los pocos que pudieran trabajar en las industrias protegidas. Inauguraba de esta manera una tendencia muy sistemática, en el movimiento obrero de aquellos tiempos, de oposición a medidas de proteccionismo aduanero, lo que dificultaba estrategias de alianza entre sectores sindicales y empresarios.



En su purismo revolucionario, *El Obrero* se alegraba también de que se estableciera una Gran Tienda, con apoyo oficial, aunque ello produjera la ruina de algunos pequeños comerciantes. "El destino de la pequeña burguesía --a la

que calificaba de 'compadritos'-- es perecer y hundirse, no hay remedio", afirmaba.[25]

EL ANARQUISMO

En cuanto al anarquismo, éste estaba pasando, en Europa, por una etapa particularmente violenta, y sus cultores difundieron en el Plata esas mismas estrategias. Había diversas tendencias, desde las más extremas, que creían en las bombas como argumento último contra la sociedad burguesa, hasta quienes favorecían formas menos violentas de "acción directa".

Entre los primeros estaban los que publicaban, en italiano, el periódico *Demoliamo**, de Rosario, cuyo título es suficientemente claro acerca de su orientación, y que en su primera página reproducía unos versos que terminaban con una invocación al "pensiero e dinamite"*. En la misma linea, los franceses de *La Liberté* decían que "sólo en la sangre la humanidad podrá lavarse de todas las inmundicias que la ensucian, sólo en la sangre podrá vengarse de tantas iniquidades que sufre". Se felicitaba de que los yeseros hubieran conseguido éxito en su huelga, pero no les servirá de nada, porque la ley económica del capitalismo pone límites precisos a lo que pueden ganar los obreros. [26]

Desde La Plata, *La Anarquía* recomendaba a los trabajadores no confiar en las simples huelgas por mejoras salariales, sino en "aquella materia gelatinosa descubierta por Nobel". Ante "las leyes de excepción y los fusiles de repetición no nos queda otro remedio que recurrir a la dinamita". Este mismo periódico informaba que sus redactores habían estado en un *meeting* reciente, organizado por los sindicatos en Buenos Aires. Aclaraba que ellos no creían en ese tipo de reuniones, pero concurrieron para hacer propaganda, y consiguieron que fueran silbados dos oradores socialistas, y que a otro se le impidiera hablar. Terminaba instando a sus lectores a que en el futuro, para luchar contra "esos farsantes, en vez de silbidos y protestas, acometamos a ellos puñal en mano, manchado ya con sangre burguesa, y no dejemos ninguno vivo de esos canallas".[27] Toda esta corriente estaba en contra de la acción de los sindicatos, porque consideraba que ellos terminaban por integrarse en el orden que querían combatir.

Otros grupos anarquistas, en cambio, sin dejar de lado sus ideas, aceptaban actuar en la organización sindical, y asumir las responsabilidades de representar los intereses concretos de trabajadores cuyas convicciones ideológicas eran muy tenues, o que no tenían nada que ver con las utopías anárquicas. *La Verdad*, de Rosario, decía que era "enemigo de la propaganda dinamitera y gruesa, que si bien puede ser buena para exaltar, en cambio a nadie convence, y lo que debemos buscar es convencidos y no exaltados"; de lo contrario, podrían atraer simplemente a los "despechados", y eso era peligroso para la organización. [28]

* Demolamos.
* Pensamiento y dinamita

Los conflictos entre las diversas líneas de acción se evidenciaban sobre todo en momentos de huelgas, en los que había que ponderar las estrategias alternativas, sin dejarse llevar por la emotividad hacia una confrontación con los patrones que podía ser suicida. Así, por ejemplo, los editores de *El Obrero Panadero*, anarquistas pero muy ligados a la actividad sindical, encaran a otro órgano extremista de esa tendencia:

La Nuova Civiltá, hablando de concesiones y reformas, dice que los hombres fuertes e inteligentes (y con fuentes de vida holgadas, agregamos nosotros) tienen por divisa: o todo o nada. Si los redactores de Nuova Civiltá tuvieran callos en las manos cambiarían en seguida su modo de pensar. [29]

Comenta el mismo periódico, en otra ocasión, que los intentos de unión deben realizarse sobre la base de la organización, no meramente como resultado de una huelga. Dice creer en las huelgas "enérgicas y revolucionarias", pero sin organización no dan resultados. Refiriéndose a quienes sólo exaltan la lucha, reconoce que

esas mismas creencias las hemos tenido también nosotros, pero los desengaños sufridos nos han servido de experiencia. Los charlatanes que predican que los de las fondas, los de las plazas, los del mercado, los no socios en fin, son tanto o más luchadores que los que están organizados, dicen una solemne mentira. Nosotros entendemos por luchadores, no aquellos que se levantan al grito de huelga, muchos de ellos por miedo de que les rompan el alma (los huelguistas). [30]

Se planteaba, en ese texto, la alternativa entre basar la acción en una minoría consciente y organizada, o bien movilizar a la gente "de las plazas, los mercados, etc", o sea la población flotante que sólo se movía ante situaciones de crisis, sin comprender en qué se estaba metiendo.

En el mismo periódico, otro colaborador, F. Falco, escribe un artículo diciendo que el gremio no ha progresado porque los ebrios controlan sus actividades, especialmente en el local de la calle Andes, donde "era contado el día en que los Moreiras no armaran alguna trifulca". Otro tanto pasaba en la calle Rincón, donde se llegó a jugar por dinero. En esos lugares se desahogaba "la furia alcohólica", que recibía más tolerancia por parte de los compañeros que de los dueños de tabernas, donde se ejercía más control sobre los parroquianos. Ya el año anterior los editores habían advertido que una huelga se había perdido, por basarse en asambleas dominadas por los desocupados. [31]

El problema de la organización era central, y los dirigentes no se hacían ilusiones sobre las condiciones que la mayoría de los trabajadores del gremio tenían para ella. El anarquista *El Rebelde* se dedica a una revisión de la estrategia, pues reconoce que "desgraciadamente (la masa) aún debe ser manejada, porque aún se bambolea en la incertidumbre". Para adquirir más fuerza es preciso atraer "a los hambrientos de levita", o sea a los intelectuales y otros empleados de oficina.

Algunos grupos anarquistas habían organizado una "Casa del Pueblo" como centro de reunión y esparcimiento, en un local donde antes estaba el Skating Rink (Charcas 1109). Ese lugar servía para reunir a la gente cuando se producía una huelga. Pero los huelguistas, sin saber qué hacer, iban a los bancos de la Plaza Libertad, mientras que en la Casa del Pueblo "se presentaban a la vista del espectador dos o tres canchas de pelota, y en las partes laterales por doquier que se mirase, se veían numerosos grupos jugando a los cobres". Al final, la gente presionó para que se enviaran comisiones a pedir el arbitraje del jefe de Policía, o a negociar con los patrones. Obviamente, de esta manera no se iba a llegar a la revolución social. [32]

La utopía anárquica a veces convergía con esperanzas más inmediatas y concretas de escapar de la sociedad burguesa e "irse al campo". Era entonces el momento de organizar colonias agrarias utópicas, que tenían una larga tradición, desde los tiempos de Owen y Fourier en el Viejo Mundo. En el periódico anarquista *El Rebelde* apareció en 1898 un aviso de un "Grupo Colonizador Tierra y Libertad", convocando a los interesados a una reunión. Anunciaba que

> *se propone fundar una colonia agrícola industrial en la forma más anárquica que prácticamente permita el medio ambiente burgués. Para dicho fin formará un fondo monetario para comprar instrumentos de trabajo y tierras que estén situadas cerca de los medios de comunicación.* [33]

Al no conseguir el dinero suficiente para comprar los terrenos que les ofrecía la Compañía de Colonización Stroeder, terminaron por arrendarle 500 hectáreas, con opción a compra.

El anarquismo influía bastante en los ambientes de la bohemia, entre artistas, periodistas y escritores poco exitosos. Uno de ellos, Alcides Greca, escribiendo en el periódico literario *Ideas y Figuras*, señala la importancia de ese grupo social, elaborador de la "gota de idealismo" que toda ideología necesita para sobrevivir, pues de lo contrario desaparece por la "irradiación de nuevas doctrinas que vengan impulsadas por la fuerza incontrastable del arte". Agrega:

> *Existe un temor, un respeto innato en el vulgo --y comprendo en éste a la aristocracia y al gobierno-- hacia todos los hombres que piensan con idealismo. Observad sinó, lo que sucede a los anarquistas literarios y a los anarquistas obreros. Aquéllos, mucho más peligrosos, mucho más revolucionarios que éstos, no sólo son tolerados, sino agasajados y admirados por todas las clases sociales, y aún por las personas que constituyen los poderes públicos. Y son más rebeldes porque poseen esa fuerza revolucionaria propia del arte cuando se pone al servicio de una idea.*[34]

El escritor anarquista inglés A. Hamon se explaya sobre algunas características psicológicas del grupo humano en cuestión, basándose en numerosas entrevistas realizadas por él a fines del siglo XIX. Primero de todo,

admite que por la naturaleza de vanguardia del movimiento, se le juntan algunos individuos desequilibrados, "criminales o locos, del mismo modo que en los comienzos del cristianismo". El autor elabora este paralelo, señalando con un juego de palabras que "el anarquista no llega a la convicción por la fe, pero llega a la fe por la convicción", y observa:

> *Generalmente, el anarquista no puede fluctuar entre dos ideas opuestas; una vez que ha hallado lo que él estima ser verdad, se para y se fija. Ha elaborado largo tiempo sus ideas y deliberado su opinión. Es más convencido que creyente.*
> *Es, evidentemente, un* orgulloso. *Ama, en efecto, su Yo, tiene fuertes convicciones, cree poseer la verdad. El orgullo conduce fatalmente a la ambición, pero su ambición es muy particular. No quiere dominar, quiere convencer. Prefiere la influencia al dominio; su acentuado proselitismo es una prueba convincente. Lo que ambiciona por encima de todas las cosas es la difusión de sus ideas.*[35]

Para los sectores más carenciados de la población no era fácil comprender a los anarquistas. A veces, sin embargo, se daban contactos inesperados. Así lo recuerda Humberto Correale, militante anarquista nacido en 1898, que de niño vivía en un barrio de latas en una zona inundable cerca del Riachuelo:

> *Un día estábamos jugando en la calle Rosetti y aparecen cinco tipos en fila india cruzando el puente del canal trayendo bajo sus brazos papeles, libros y otros bártulos. Nos impresionó la pinta, eran la antítesis de los tipos del barrio, que solían andar con alpargatas y lengues, que eran todos malandras y que dicho sea de paso a los chicos nos trataban siempre mal. Estos melenudos se ubicaron en una casa a un metro y medio sobre el nivel de la calle que tenía una escalerita.*
> *Ahí no más nos cautivaron. A partir de ese momento nos daban a leer los diarios, los periódicos y libros que tenían; pero había que conseguirles yerba, tabaco, azúcar. Ibamos a unos astilleros y les conseguíamos leña, les hacíamos el brasero... qué se yo... les hacíamos todo.*
> *Nos apasionaba verlos mientras conversaban, discutían y resolvían teóricamente los problemas; todo delante nuestro. Ahí --al conocerlos-- fue cuando dejamos de atorrantear.*
> *A los seis meses viene la cana y se los llevan y a nosotros nos dio una bronca bárbara.*[36]

EL GREMIALISMO APOLITICO Y EL PARTIDO SOCIALISTA

Existía también, aparte del gremialismo altamente ideológico de los anarquistas, otro de tipo más apolítico, ligado a la representación de intereses ocupacionales. En esos sindicatos, en general de obreros calificados, convivían activistas de diversas orientaciones.

Los maquinistas de locomotoras se agruparon desde 1887 en la Fraternidad, una entidad con alta experiencia asociativa, consciente de la condición de sus miembros, y no siempre dispuesta a ligarse al resto del movimiento obrero en acciones reivindicativas. Parecida situación era la de los gráficos, que ya en 1877 habían transformado en sindicato su organización mutual, y protagonizaron la primera huelga en 1878.

Los herreros, albañiles, yeseros, carpinteros, pintores y otros gremios ligados a la construcción también se organizaron de esta manera, aunque entre ellos a menudo se daban conflictos respecto a la vinculación con los grupos ideológicos. En 1895 esos gremios lanzaron un periódico, *La Unión Gremial*, cuyo programa inicial ya anunciaba que "no defenderían ambiciones personales ni de ningún partido político", y que darían prioridad a la obtención de mejoras. El 2 de mayo de 1895 no pudieron negarse a dar lugar a un artículo, escrito en italiano, tomado de una revista anarquista, sobre la fecha de los trabajadores, al mismo tiempo que, para equilibrar, incluían un "Inno del Partito Operaio", del líder socialista de la Península, Filippo Turati. La Sociedad de Herreros inmediatamente protestó por esta interferencia política, que "iba contra el programa", y se retiró de la Unión, iniciando la publicación de un periódico propio, *El Mecánico*. También *La Vanguardia*, socialista, acusaba a *La Unión Gremial* de ser "semianárquico".

Otro de los gremios asociados, los Albañiles, tuvieron un problema con su presidente, al parecer de tendencias anarquistas, que fue por ello expulsado por la Comisión Directiva, pero reinstalado al apelar ante una asamblea. Los Pintores también se pelean con La Unión, y se retiran, y sacan su propio órgano, *El Pintor*. Este grupo estaba dirigido por el socialista Adrián Patroni, que se candidateaba a diputado, mereciendo la hostilidad de los redactores de *La Unión Gremial*, donde en estos temas convergían las actitudes de los anarquistas (moderados) que había en su seno con las de los apolíticos.

En 1894 comenzaron tratativas entre varios núcleos ideológicos y sectores sindicales para formar un Partido Socialista. Esos grupos estaban divididos por nacionalidad: eran los alemanes de Vorwaerts, los franceses de Les Egaux, los italianos del Fascio dei Lavoratori y un grupo argentino, el Centro Socialista. Recién en 1896 se formó definitivamente el partido, pero ya desde dos años antes contaba con una hoja, *La Vanguardia*, orientada por Juan B. Justo. Su acción se complementó con la actividad cultural en entidades como la Sociedad Luz, de Barracas (1899) y la formación de cooperativas, principalmente de consumo y construcción de casas, que se centralizaron en El Hogar Obrero.

Desde 1897 los anarquistas tenían un órgano permanente, *La Protesta Humana* (luego simplemente *La Protesta*), destinado a larga vida, y su promoción de actividades culturales y educativas fue también muy intensa. En 1901 se formó una *Federación Obrera Argentina* (FOA), con participación de socialistas y anarquistas. Al año siguiente los anarquistas impusieron una política más agresiva, apoyando una huelga general de grandes proporciones, lo que provocó la división de la entidad. Al quedar solos, los anarquistas añadieron a la organización el adjetivo Regional, que marcaba su ideología, pues se negaban a reconocer la "República", y para ellos sólo existía una "Región" argentina.

Los socialistas formaron entonces la rival *Unión General del Trabajo* (UGT). Dentro de ella, así como en el Partido Socialista, de todos modos, pronto aparecerían escisiones. La más importante fue la protagonizada por un grupo que se autodefinía como Sindicalista Revolucionario, y estaba inspirado en el ejemplo del gremialismo francés, y del escritor Georges Sorel, autor de las *Reflexiones sobre la violencia*.

Sorel y los sindicalistas revolucionarios no creían en la acción de los partidos, y tenían una fuerte desconfianza hacia los intelectuales y otros "burgueses" que actuaban en el ambiente obrero para luego controlarlo. Para los sindicalistas revolucionarios la clase obrera debía organizarse sólo en sindicatos y asociaciones culturales, y prepararse para un acceso al poder mediante la huelga general. Pensaban que después de la toma del poder el Estado desaparecería, y sus funciones serían asumidas por la asociación libre de todos los sindicatos, cada uno de los cuales administraría su rama de producción. Su enfoque se acercaba por lo tanto al de los anarquistas, con los que coincidían en el rechazo a los partidos políticos, aunque eran menos violentos.

Toda esta actividad alarmaba grandemente a los observadores de la escena política, que buscaban las causas de tanta agitación. La masiva afluencia de inmigrantes era un factor fácilmente identificable, y que sin duda tenía mucho que ver con todo esto, aunque no era el único. Lucas Ayarragaray, escritor católico liberal de prestigio, afirmaba que desde 1880 la inmigración por "corrientes colectivas", o sea promovida por el Estado o asociaciones empresarias, había reemplazado a la "individual o de pequeños grupos", efectuando una alteración fundamental en el ambiente obrero, ya que el nivel de gente que venía era de mucho menor calificación.

Añadía Ayarragaray, entrando a aspectos ya no ligados a la inmigración sino al estadio de desarrollo social del sistema productivo, que la gran industria estaba reemplazando al taller artesanal, destruyendo los lazos personales que antes existían entre patrón y trabajador, y haciendo más difícil el tránsito de una a otra categoría. Una solución era distribuir la población en el interior del país, pues sólo en Buenos Aires y Rosario se planteaban los conflictos obreros. [37]

Este era el ambiente que Roca tenía que enfrentar, al asumir su segunda presidencia en 1898.

Pellegrini y la [illegible] mayores (1901)

CAPITULO 23

EL RETORNO DE ROCA: EL REFORMISMO CONSERVADOR (1898-1904)

LA CONSOLIDACION EN EL FRENTE ECONOMICO Y DIPLOMATICO

La situación económica estaba afectada por una fuerte deuda internacional. Roca decidió renegociar esa deuda, compuesta de numerosos empréstitos, otorgados en diversas condiciones, de manera de hacer una Consolidación, o sea entregar certificados de nueva deuda por los antiguos. El objetivo, que se consiguió en parte, era el de obtener una tasa menor de interés y un plazo más largo para el pago, todo lo cual era posible hacer ahora, dada la más sólida posición económica del país. Pero el precio fue alto: el gobierno argentino debió comprometerse a apartar un porcentaje de las entradas aduaneras, para que fueran afectadas al servicio de la deuda, antes de atender otras obligaciones. Para peor, se aceptaba una inspección inglesa sobre las recaudaciones, pues los acreedores no tenían suficiente confianza en que los fondos fluirían en la dirección adecuada.

El responsable de esta negociación era Pellegrini. La condición impuesta por los acreedores no era desusada en la época, pero la opinión pública reaccionó vivamente. El país recibía una afrenta, y además su uso de recursos para otros fines quedaba seriamente limitado.

Pellegrini, al volver a Buenos Aires, fue agredido en diversas ocasiones. Al final, la agitación parecía poder producir una conmoción, pues se combinó con otros motivos de resentimiento contra el gobierno. Hubo muertos y heridos en manifestaciones públicas. El embajador francés informaba que a las manifestaciones "se había sumado la hez de la población, y grupos conocidos de anarquistas se mostraban en las calles". Los opositores a la Consolidación, sin quererlo, les hacían el juego a los extremistas. [38]

Roca decidió retirar el proyecto del Congreso, y entregar la cabeza de Pellegrini como precio de una recuperada popularidad. Obviamente, la amistad entre ambos no podía sobrevivir a esta decisión.

Por otra parte, era necesario resolver el problema con Chile, que seguía al rojo candente aun cuando al finalizar la presidencia de José Evaristo Uriburu se había decidido someter las diferencias a la resolución de un árbitro, la reina de Gran Bretaña. Los ánimos volvieron a encresparse y otra vez pareció avecinarse un conflicto. Roca consiguió calmar esta agitación, realizando un encuentro con el presidente chileno en los canales del sur, dándose allí el llamado "abrazo de Punta Arenas" (1899).

La tensión volvió a subir al año siguiente. Cundían los grupos que se ejercitaban en el tiro al blanco, y se formaron batallones de extranjeros residentes, especialmente italianos. Las malas lenguas decían que éstos estaban

fomentados por Fernando Perrone, un empresario italiano que era el intermediario en la compra de dos acorazados de Italia. La Banca Baring de Londres advertía acerca del peligro de una baja desastrosa en el valor de los bonos argentinos y chilenos si se iba a la guerra.

La acción de los sectores más pacifistas, orientados por Roca y con el apoyo de Mitre y Pellegrini, produjo una distensión. Finalmente, se llegó a un acuerdo, firmándose un entendimiento, llamado Pacto de Mayo, en 1902, para dirimir amigablemente los conflictos pendientes. La empresa Ansaldo, de Génova, tuvo que aceptar que se rescindiera el pedido de los dos acorazados de 15.000 toneladas que se habían encargado. Ambos países se comprometieron a limitar sus armamentos.

Otro conflicto de límites con Chile, que provocó menos tensión, ocurrió respecto a la Puna de Atacama. Según el laudo británico, se dividió la zona, y con la parte argentina se formó el Territorio de los Andes (mucho más tarde dividido entre las provincias de Catamarca, Salta y Jujuy).

Con Brasil había otro litigio respecto a la extensión hacia el este del Territorio de Misiones. La decisión arbitral del presidente de los Estados Unidos dio toda el área en disputa a Brasil, lo que fue aceptado por la opinión pública sin producir una agitación equivalente a la del caso chileno.

También se solucionó durante este período la ruptura de relaciones con el Vaticano, iniciada durante la primera presidencia de Roca, por mediación de la orden salesiana, que tenía una intensa actuación en la Patagonia.

En 1902 hubo un conflicto internacional en Venezuela que produjo una gran conmoción en todo el continente. Inglaterra, Italia y Alemania mandaron fuerzas navales para bloquear y bombardear los puertos del país, ante la falta de pago de la deuda externa. El Ministro de Relaciones Exteriores, Luis María Drago, mandó una nota a los Estados Unidos instándolo a ejercer su influencia para impedir esos excesos. La posición argentina tuvo amplia repercusión en todo el continente. Se la conoció como "Doctrina Drago", y planteaba la ilegitimidad del uso de la fuerza para cobrar deudas, o para imponer otros arreglos económicos.

UN PROGRAMA DE REFORMA POLITICA

Paralelamente a estas actividades diplomáticas y económicas, Roca emprendió un programa de cambios en lo social y político. Ellos fueron particularmente intensos en la segunda parte de su mandato, cuando lo acompañó como ministro del Interior el prestigiado abogado y escritor riojano Joaquín V. González.

Joaquín González se había doctorado con un "Estudio sobre la revolución". En él decía, un poco retóricamente, que "el derecho a la revolución es un derecho santo de los pueblos, pero únicamente cuando tratan de realizar alguna de esas grandes evoluciones sociales tan necesarias para el perfeccionamiento de la humanidad".[39] El problema, claro está, estribaba en decidir cuáles eran esas evoluciones sociales necesarias, porque también los

anarquistas y socialistas de orientación marxista tenían su definición al respecto.

Desde ese temprano trabajo, se evidencia la preocupación de Joaquín V. González --compartida por muchos políticos y teóricos de su tiempo-- acerca de una posible subversión masiva del orden en la Argentina. De hecho, una conmoción social de ese tipo ocurrió en México, en 1910, y liquidó a la clase de los grandes propietarios de tierras, después de ocasionar casi un millón de muertos. Un acontecimiento de ese tipo se temía en la Argentina desde hacía ya tiempo, lo que afectó profundamente la estrategia de muchos actores políticos.

Joaquín V. González, en el temprano trabajo ya citado, agrega que

> *la instrucción gratuita y obligatoria es simplemente cuestión de defensa nacional. Es necesario extinguir la ignorancia, ese manantial de desorden que amenaza nuestro porvenir. Si no queréis obligar a todos los padres a instruir a sus hijos, preparaos a ensanchar nuestras cárceles.* [40]

No se trataba sólo de un problema de criminalidad, sino de las consecuencias políticas de la presencia de una población poco disciplinada. Sólo la educación hará imposible que cada soldado sea "instrumento ciego de las pasiones demagógicas y anárquicas de los partidos exaltados". O sea, se temía que una revolución, iniciada por grupos ideológicos minoritarios, se propagara en las filas de los reclutas de las fuerzas armadas.

Si no había educación, proseguía González, se terminaría como en el Imperio Romano, víctima del pretorianismo, o sea de golpes de Estado dados por fuerzas militares divididas en facciones, algunas eventualmente con apoyo popular. Otro remedio contra esa posibilidad era la extensión del espíritu de asociación, a través de experiencias cooperativistas o de otro tipo. [41]

Paralelamente, era necesario también reorganizar el Ejército. Eso se consiguió a través de la Ley de Conscripción Universal, sancionada en 1901. Por ella se creó un registro para toda la población masculina adulta, que debería cumplir un servicio de un año en los cuarteles. Se le daría a los jóvenes una Libreta de Enrolamiento, para certificar el cumplimiento de sus deberes militares. El Gral. Pablo Ricchieri, ministro de Guerra, estuvo a cargo de las reformas necesarias para convertir a las Fuerzas Armadas en una organización más eficiente.

Se pensaba, además, que el servicio militar obligatorio induciría ideas de orden, hábitos de disciplina e higiene y eventualmente una experiencia de trabajo, en la nueva generación. Actuaría como un gran instrumento homogeneizador de la población, mezclando a gente de diversos orígenes sociales, a los inmigrantes con los criollos, a peones y obreros con hijos de la clase media. A estos últimos, si estudiaban en la universidad, se les daría una instrucción especial, de la que saldrían como oficiales de reserva, en disponibilidad para dar su liderazgo ante cualquier tipo de crisis.

Ya como diputado, poco antes de asumir el ministerio, en una discusión acerca del estado de sitio, Joaquín V. González afirmaba que

muchas veces nace una revolución en donde ningún estadista, aún el más penetrante, ha podido preverla. Lecky, el gran filósofo político inglés, hace notar los peligros de la plutocracia triunfante, de la desigualdad de las fortunas, y cómo nacen estas revoluciones por causas aparentemente nimias, pero que radican en lo más hondo del espíritu de las masas, sublevadas por el espectáculo perenne de las injusticias de la vida. [42]

Inesperadamente, se producía una posible coincidencia de tácticas entre el reformismo conservador del roquismo, y el programa moderado de cambios propugnado por los socialistas. Estos estaban mucho más dispuestos a dialogar con el gobierno que los radicales, que confiaban en el camino armado hacia el poder, o que los anarquistas, que también creían abierta esa posibilidad.

En agosto de 1901, después de una demostración en demanda de mejores condiciones de trabajo, realizada en la Plaza Lorea, una parte de los manifestantes, dirigidos por Adrián Patroni, se dirigieron a la Casa Rosada a pedir la intervención de Roca, actitud poco grata a los anarquistas. Al llegar, Enrique Dickman y Julio A. Arraga, ambos del Partido Socialista, entrevistaron al presidente y luego salieron con él al balcón, en medio de los silbidos de una parte de la concurrencia. [43]

Ya ministro, Joaquín González encaró la reforma de la Municipalidad de Buenos Aires. Observando el desarrollo de las fuerzas socialistas en los municipios alemanes e ingleses, invocaba a su autor preferido, Lecky, y sacaba la conclusión de que había que asegurar

un municipio verdaderamente representativo de todos sus intereses, de todas sus clases sociales --ya que esta palabra clases está incorporada a nuestro vocabulario político-- de todas las modalidades nuevas que presenta la ciudad de Buenos Aires. [44]

Pasaba inmediatamente a la reforma de la ley electoral, en escala nacional. Proponía el voto secreto, y que hubiera circunscripciones electorales chicas, que elijieran un sólo diputado. Así, el país estaría dividido en un centenar de distritos. En algunos de ellos, entonces, se podrían imponer candidatos opositores, sin alterar las estructuras gobernantes a nivel provincial o nacional. En otras palabras, una valvula de seguridad, para largar algo de vapor y que no estallara la caldera.

Para González, "la causa de las profundas perturbaciones del día es que las clases obreras no tienen sus representantes en el Congreso". Había que conseguir que los tengan, como en Europa, y no preocuparse de que se expresen las "teorías más extremas o más extrañas del socialismo contemporáneo, pues es mucho más peligrosa la prescindencia de esos elementos". [45]

Lo que se buscaba, también, era proveer cauces para que las clases acomodadas de cada circunscripción pudieran acceder al liderazgo político, sin necesidad de pasar a través de la complicada intermediación de las estructuras partidarias provinciales. Les sería más fácil --a los que tuvieran un poco de

vocación política-- actuar en los "pagos chicos" donde tenían sus intereses. El diputado Vedia, miembro informante, decía que había que fomentar la emergencia de nuevos "caudillos", que a diferencia de los tradicionales tendrían un rol positivo. Bajo el rubro de "un poco de sociología nacional", hacía una lista de cuáles serían esos nuevos liderazgos:

Anoto en primer (lugar) al patrón de la fábrica, al dueño de la viña, al propietario del ingenio, al estanciero, al explotador de minas, al colono, al terrateniente, al afincado, a todos los que, manejando cuantiosos intereses, de cualquier género, tienen a su servicio grandes masas de hombres.
Anoto en el segundo al hombre útil a sus convecinos, capaz de molestarse por ellos, curioso de sus necesidades, gran amigo del cura, del juez de paz, del boticario, del periodista, y del maestro de escuela; que el lunes solicita la libertad del pobre trabajador que se embriagó el domingo; que a éste le paga la multa cuyo perdón no obtuvo; que al otro le procura un empleo; que llama a todos sus hijos y como a tales los trata; que no se cansa de pedir para su circunscripción y que lo pide todo: el telégrafo, el ferrocarril, el tranvía, la luz eléctrica, el pavimento.
En el mismo grupo puede anotarse al que llamaremos intelectual --médico, abogado, político de raza o de ocasión-- que imita al tipo que acabo de esbozar, que va como él al comité y al atrio, y que compensa con imaginación y con cierta habilidad su inconstancia, realizando por temporadas lo que constituye el trabajo permanente, la verdadera esclavitud en que el otro vive y goza. [46]

Hay aquí ecos de lo que una generación antes Eduardo Olivera había observado, comparando la falta de liderazgo cívico ofrecido por los estancieros argentinos, con la acción pública de las clases altas inglesas, residentes en el campo. También Sarmiento había instado a los sectores propietarios a hacerse cargo más directamente de sus intereses, pasando por encima de las máquinas políticas que movían a sus clientelas de hombres bravos en días de elecciones, amedrentando a los pacíficos ciudadanos.

Finalmente, se aprobó que las elecciones se hicieran por circunscripciones pequeñas, donde se presentara un solo candidato. Pero no se aceptó el criterio de que el voto fuera secreto. Es interesante el argumento que dio Pellegrini, que reflejaba otros semejantes que en Inglaterra había sostenido, años antes, John Stuart Mill:

El voto secreto es contrario a ciertas bases fundamentales de nuestro régimen político. Una de las condiciones más importantes para que este régimen funcione con regularidad es la existencia de grandes partidos políticos con sus programas, con sus tendencias, con sus hombres representativos; y son estos grandes partidos políticos los que vienen a remediar, en la práctica, los inconvenientes del sufragio universal; pues éste sería el caos, la anarquía, si no existieran estos partidos, que lo disciplinan y que lo hacen servir a ideas y propósitos determinados.

Pero un partido supone la acción pública: el meeting, la discusión del candidato, la discusión del programa. Todos los actos preparatorios de la elección son actos públicos, en que cada ciudadano hace profesión de fe, de principios, de simpatías. ¿Qué significaría la publicidad de todas estas opiniones en el momento de condensarlas en un voto, si se quisiese convertirlas en un secreto?
Se me dirá que es para resguardar a algún ciudadano que no tiene bastante independencia política para resistir a las influencias que pesaran sobre él. Pero no podemos trastornar toda una legislación para dar un escudo a la cobardía cívica. [47]

El resultado del voto en circunscripciones uninominales fue que el socialista Alfredo Palacios, por La Boca, accedió a la Cámara de Diputados, y lo mismo ocurrió con algunos radicales. Como había dicho el diputado Vedia, "está en el interés de las mayorías la representación de minorías en el gobierno, pues las fuerzas que no hallan cómo ascender en proporción a las esferas dirigentes para aplicarse a la labor común de una sociedad, se entretienen en morder los cimientos, como que han quedado abajo, haciendo de la socavación su programa".

LA REFORMA SOCIAL: LA LEY NACIONAL DEL TRABAJO

Después de las reformas políticas, Roca y su ministro encararon el tema social. Se precisaba una ley sobre relaciones del trabajo, y para eso se encargó una encuesta al reconocido especialista Juan Bialet Massé. Se contó con el asesoramiento de una comisión formada predominantemente por profesionales de orientación socialista, entre ellos Enrique del Valle Iberlucea, José Ingenieros, Manuel Ugarte y Leopoldo Lugones (quien luego evolucionaría hacia la derecha nacionalista). El informe de Bialet Massé fue el resultado de ese encargo oficial. Recomendaba tomar medidas acerca de:

1. Accidentes del trabajo: responsabilidad del patrón o del empleado, y pagos al afectado.
2. Enfermedad: mismo problema.
3. Horarios: duración de la jornada, y descanso dominical.
4. Regulaciones especiales para mujeres y menores.
5. En el sector rural, facilitar el acceso a la tierra, usando lotes de propiedad del Estado, o aun en algunos casos expropiando bienes privados no usados.

En el proyecto sobre Ley Nacional del Trabajo, presentado al Congreso durante el último año de la presidencia de Roca, González argumentaba, en defensa de las innovaciones, resistidas por gran parte del patronato del país, que

cada ley dictada en Europa, en América del Norte o en las colonias australianas, ha sido la consecuencia de una honda conmoción

revolucionaria y de sangrientas sacudidas, que han obligado a los partidos conservadores a ceder y ampliar el campo de expansión de los derechos y de la vida de las clases trabajadoras. [48]

En la Argentina también el proyecto oficial era una respuesta a las agitaciones existentes, que preocupaban a un amplio espectro político. En 1902 hubo una seria huelga general, centrada en el puerto de Buenos Aires, que paralizó las exportaciones en el momento más álgido de la cosecha. La violencia en el movimiento obrero parecía extenderse. Una primera medida fue de tipo represivo, la Ley de Residencia, sancionada ese mismo año de 1902. Ella permitía al Ejecutivo expulsar del país a todo extranjero sospechoso de actividades o prédicas subversivas, sin intervención del Poder Judicial. Como la gran mayoría de los dirigentes obreros eran extranjeros, la medida podía descabezar prácticamente a cualquier organización que operara en este ambiente.

Pero la Ley de Residencia, dirigida a los anarquistas, se complementó con el proyecto de Ley Nacional del Trabajo, para el cual se contó con el notable apoyo de intelectuales socialistas e independientes. En ella se implementaban las recomendaciones de Bialet Massé, y se agregaban disposiciones para reconocer y controlar la actividad sindical y la huelga. Se reconocía el derecho de los trabajadores en huelga al "picketing", o sea a formar grupos de manifestantes enfrente de las empresas en conflicto, para disuadir a los demás obreros de entrar al establecimiento. Este era un tema particularmente controversial, pues se prestaba a intimidaciones por parte de los activistas sindicales. La ley, por cierto, penalizaba seriamente el uso de violencia en esas y otras ocasiones, y a toda paralización prolongada de los transportes nacionales. Autorizaba también, ante evidencia de acciones violentas por parte de los sindicatos, a intervenirlos y disolverlos.

La ley fue rechazada por los anarquistas, que controlaban la principal federación sindical, la FORA, y por la UGT, entidad obrera dirigida por socialistas y sindicalistas revolucionarios. En el Partido Socialista un congreso decidió por mayoría, enfrentando una fuerte oposición interna, apoyar el proyecto, aunque solicitando cambios en algunos aspectos. [49]

Finalmente, después de largas discusiones, la Ley del Trabajo no fue aprobada por el Congreso. La oposición era demasiado intensa. A pesar de las argumentaciones de González, acerca de la necesidasd de entregar algo para evitar perderlo todo, la mayoría del empresariado se sentía afectada por el posible incremento en el costo de la mano de obra. También temía las consecuencias inmediatas de una mayor libertad sindical, por canalizada que fuera dentro de normas legales e inspecciones de la autoridad.



División del PAN: Pellegrini forma el Partido Autonomista • Crisis del mitrismo: la UCN se transforma en Partido Republicano (Emilio Mitre) • Convención de Notables • Conservadorismo reformista y socialismo moderado

CAPITULO 24

LOS PRIMEROS INTENTOS DE TRANSICION INSTITUCIONAL: DE QUINTANA A FIGUEROA ALCORTA (1904-1910)

LA PRESIDENCIA DE QUINTANA (1904-1906)

La finalización de la presidencia de Roca fue complicada, porque el régimen había perdido un importante componente al alejarse Pellegrini, como consecuencia del fracaso de su intento de Consolidación de la deuda externa. El PAN estaba dividido, porque los pellegrinistas habían formado un Partido Autonomista, usando el nombre del prestigiado partido de la época de Alsina, y se habían volcado a la oposición. El mitrismo pasaba por la crisis del retiro de su creador, que moriría al año siguiente. Su hijo, Emilio, había transformado el partido, dándole el nombre de Republicano, tratando de recuperar la tradición reformista del que décadas antes había sido propulsado por Del Valle, Alem y Sarmiento. Los radicales continuaban en la abstención revolucionaria.

Como Roca no pudo imponer fácilmente a un miembro de su propio grupo, lanzó la idea de una Convención de Notables, con participación de gente de diversos partidos, e independientes (todos previamente filtrados por él, se entiende). De ahí salió la candidatura de Manuel Quintana, un independiente que había tenido notable actuación como ministro "fuerte" de Luis Sáenz Peña, cooperando incluso con la experiencia de Del Valle. Junto a José Figueroa Alcorta para la vicepresidencia, la fórmula se impuso fácilmente, pues los mitristas se sintieron en parte representados por Quintana.

En su discurso inaugural Quintana planteó una continuación del programa de aperturismo social de su predecesor, afirmando que "el programa mínimo del partido socialista argentino es en gran parte aceptable y puede ser adoptado por los poderes públicos en todo aquello que no afecte a la Constitución, siempre que reconozca la preeminencia del Estado y mientras se detenga ante la propiedad, la familia y la herencia". [50]

La convergencia entre un liberalismo conservador pero abierto, y un socialismo moderado, era una pauta que se estaba imponiendo en diversos países europeos. Ahora la Argentina quería emular ese proceso. El implicaba, claro está, acelerar la evolución del socialismo en sentido reformista, lo que de todos modos estaba ocurriendo. En Europa la nueva corriente estaba representada por el escritor alemán Eduard Bernstein. En la Argentina Juan B. Justo estaba claramente enrolado en esa línea, pero la oposición interna era muy fuerte, y amenazaba una división del partido, o el alejamiento de sectores militantes hacia posiciones distintas. Un ejemplo de esto fue la separación de los Sindicalistas Revolucionarios, que se alejaron del partido en 1906.

La política de apertura social fue refrendada con el nombramiento del ministro saliente del Interior, Joaquín V. González, que ocupó la cartera de Educación. Pero la realidad de los conflictos sociales, agudizada por la difícil absorción de los inmigrantes, impidió que los propósitos reformadores se realizaran. El Código o Ley Nacional del Trabajo no fue aprobado, la ley de elecciones según circunscripciones uninominales fue cambiada, y se volvió al viejo sistema por el cual en cada provincia todos los diputados eran adjudicados al partido vencedor. Más grave, hubo que enfrentar un serio levantamiento de la Unión Cívica Radical, en febrero de 1905, a pocos meses de la asunción del mando por Quintana.

La revolución radical de 1905 fue planeada por Hipólito Yrigoyen, ya jefe indiscutido de la UCR, y consiguió adeptos en diversos sectores del Ejército. Tuvo que desencadenarse un poco antes de lo previsto, y lo hizo en diversas provincias, incluida la Capital Federal. Pero fue, a diferencia del episodio de 1893, vencida con facilidad. Sin embargo, quedó una señal intranquilizante. Durante la rebelión en Córdoba, donde los insurgentes tuvieron más éxito, ellos apresaron al vicepresidente, y al hijo del Gral. Roca, estando este mismo a punto de caer en su poder. Los más alarmistas temían que un enfrentamiento de larga duración hubiera podido estimular a los anarquistas, quienes, venciendo su desprecio teórico hacia el radicalismo, se podrían unir a él en una guerra civil que asumiera proporciones mayores.

Guerras civiles entre fracciones políticas tradicionales eran muy comunes en América Latina. Habían hecho estragos en Colombia, con la llamada Guerra de los Mil Días (1899-1901) entre liberales y conservadores. Algo parecido, aunque con menor número de víctimas, había ocurrido en Uruguay, con dos recientes rebeliones dirigidas por el último caudillo oriental, Aparicio Saravia, jefe de los blancos, contra el gobierno colorado (1896-1897 y 1904). Lo mismo bien podría ocurrir en la Argentina, con las complicaciones añadidas debidas al mayor grado de desarrollo del país, y el factor imprevisible del rol de los extranjeros, muchos disponibles para la violencia. Uno de esos inmigrantes, un catalán anarquista, quiso matar al presidente, en 1905, pero su proyecto fue tan mal planeado que su revólver no funcionó.

LA PRESIDENCIA DE FIGUEROA ALCORTA (1906-1910)

Figueroa Alcorta llegó a la presidencia a causa del fallecimiento de Quintana. Trató de incorporar al gabinete a figuras de la oposición y sobre todo amigos de Pellegrini, sin descuidar a un connotado roquista, el ex vicepresidente Quirno Costa.

Era urgente demostrar que había cambios, para desactivar la bomba de la revolución radical, que podía volver a estallar en cualquier momento. Pero, a pesar de los nuevos aires políticos, el Congreso seguía dominado por los representados creados en el pasado por la máquina roquista, que además seguía controlando varias provincias. Particularmente fuerte era el feudo fraudulento que Marcelino Ugarte se había creado en la provincia de Buenos Aires, como heredero de Roca en ese distrito.

Esta situación generó un conflicto entre la Presidencia y la mayoría legislativa, que estalló a fines de 1907, cuando el Congreso, convocado a sesiones extraordinarias, se negó a discutir el presupuesto para el año entrante, con lo que en teoría dejaba al gobierno sin poder funcionar. Este recurso, que la Constitución daba al Congreso, era un poder capaz de trabar el funcionamiento de cualquier gobierno. En Chile su uso era habitual en aquella época, y estaba produciendo una parálisis del Estado, con constantes cambios de ministerios, agravados por la fragmentación de los partidos políticos.

Para evitar esa perspectiva, y como parte de su campaña para eliminar las fortalezas del roquismo, el presidente decidió, en los primeros días de 1908, dar por terminadas las sesiones extraordinarias, y sancionar de facto el mismo presupuesto del año anterior, para el entrante. La medida era de dudosa constitucionalidad, aunque no llegaba a constituir una "clausura del Congreso", como se dijo en su momento. El presidente prohibió las reuniones de legisladores, en el Congreso o en cualquier otro lado, lo que hizo aun más grave su decisión.

Figueroa Alcorta, ante esta crisis que se avecinaba, había explorado el espectro político, y tuvo dos reuniones con Hipólito Yrigoyen, prometiendo amnistiar a los militares radicales, para evitar problemas por ese lado, aunque subsistía un malestar respecto a si ellos iban a ser pospuestos en las promociones o no. El presidente hizo un esforzado intento de "quedar bien" con los radicales. Don Hipólito así lo comentaría ante una Convención de su partido:

El señor presidente (me declaró) que no había tratado ciudadanos más altruistas y patriotas, ni de más alto pensamiento, y que no existía en el mundo un movimiento de opinión con ideales más levantados y tan dignos de respeto y consideración. Pero que era preciso convenir también, que entre las exigencias de la opinión y la realidad del gobierno, había mucha distancia. Agregó el señor presidente que haciendo uso de la franqueza con que estábamos hablando se permitía decirme que había un poco de lirismo en nosotros.[51]

Ante esta doble finta, Yrigoyen le retrucó que

ese juicio era según desde el punto de vista en que se miraran las distintas actitudes de la vida, y que desde el suyo era lógico que así pensara. Pero que estuviese convencido de que todos y cada uno de nosotros sabíamos bien, que cuando menos, valíamos tanto como todos y cada uno de los demás, siéndonos muy fácil comprender cómo se entraba y se salía de los gobiernos, utilizando todas sus ventajas y beneficios.

En este intercambio de amabilidades y estocadas, que era también un juego del gato y el ratón, lo que quedaba claro era que los radicales no iban a aceptar ministerios: o todo o nada. Pero por lo menos se había establecido un contacto, un comienzo de diálogo.

Al año siguiente al cierre del Congreso, cuando correspondió iniciar las sesiones ordinarias, ellas se llevaron a cabo normalmente. En el ínterin se habían realizado elecciones de diputados, que dieron una mayoría favorable al gobierno, aliado a los seguidores de Carlos Pellegrini, quien había fallecido hacía poco.

En la provincia de Buenos Aires las presiones oficialistas desplazaron a la máquina de Marcelino Ugarte y la sustituyeron por otra, que adoptó el nombre de Partido Conservador, dirigida por figuras como Benito Villanueva, Vicente Casares y Antonio Santamarina. Más tarde Marcelino Ugarte se plegaría a esa nueva situación, reconciliándose con Figueroa Alcorta, y retomando el control del partido.

LA AGITACION SOCIAL EN AUMENTO

Los años de la presidencia de Figueroa Alcorta fueron de gran expansión económica, aumento de la exportación de cereales, extensión de las líneas férreas, a lo que se sumó también una instalación de fábricas de elaboración de alimentos, y el descubrimiento del petróleo en Comodoro Rivadavia. Pero los conflictos sociales seguían sin resolverse. Una breve declinación de la actividad económica, en 1906-1907, contribuyó al malestar.

Ya en 1905, después del fracaso de la revolución radical, y terminado el estado de sitio, se organizó una manifestación obrera para el 1 de mayo, que fue disuelta violentamente. El embajador francés pensaba que "el antagonismo entre los obreros y los patrones amenaza asumir en este país formas tan violentas como en la mayor parte de los demás países". Al año siguiente, afirmaba que el socialismo "crece a pasos de gigante, y si en Capital Federal está a punto de imponer sus leyes, durante tres días ha sido dueño de Córdoba". De lo que se trataba era de que una huelga del Ferrocarril Central Norte había paralizado y aislado a la ciudad, y las manifestaciones populares debieron no ser hostilizadas excesivamente por el gobierno, pues de lo contrario ello hubiera "sido la señal para una masacre general". Al menos así es como se veía la cosa desde un importante sector de las clases acomodadas. [52]

En 1907 fueron disueltas manifestaciones obreras en Buenos Aires y en las cercanías de Bahía Blanca, ocasionando varios muertos. Al año siguiente un atentado individual contra el presidente fracasó porque la bomba que se le tiró no llegó a explotar. El 1 de mayo de 1909 la usual manifestación en homenaje a esa fecha internacional produjo una represión por parte del jefe de Policía Ramón Falcón, con una docena de víctimas fatales.

La protesta tanto de anarquistas como socialistas se hizo más amenazante. A fines de ese año un joven anarquista ruso, Simón Radowitzky, lanzó una bomba contra el odiado jefe de Policía, ocasionando su muerte. La reacción oficial y paraoficial, no se hizo esperar. Hubo grupos de militantes de derecha que atacaron las sedes de los partidos y periódicos de izquierda, como *La Vanguardia* y *La Protesta*, ocasionando numerosas víctimas.

El año siguiente el terrorismo anarquista volvió a vengarse, haciendo estallar

una bomba en el Teatro Colón, durante una de las celebraciones del Centenario. El Congreso sancionó inmediatamente una Ley de Defensa Social, que complementaba la de Residencia, y daba poderes para perseguir a las organizaciones sospechosas de albergar orientaciones violentas o anarquistas.

CAPITULO 25

LA TRANSICION A LA LIBERTAD ELECTORAL: ROQUE SAENZ PEÑA Y VICTORINO DE LA PLAZA (1910-1916)

LA PREPARACION INTELECTUAL PARA EL CAMBIO: LAS IDEAS DEL NUEVO SIGLO

Desde inicios de siglo hasta la Primera Guerra Mundial (estallada en 1914) hubo en el país una intensa fermentación de ideas, que acompañó los proyectos de cambios que se diseñaron desde el poder. En algunos casos lo hizo desde esferas cercanas a quienes ejercían las responsabilidades del mando. En otros casos, se preparó desde posiciones independientes, o netamente opositoras. Al mismo tiempo, los estudios de ciencias exactas y biológicas y la expresión artística y literaria, formaban un telón de fondo para esta introspección nacional, que alcanzó una creatividad fácilmente parangonable a la de la Generación del 37.

Ya hemos visto los planteos más netamente políticos de Joaquín V. González, que además se expresó en la literatura en sus recuerdos de *Mis montañas*. En el análisis sociológico de la realidad nacional se destacaron, desde posiciones conservadoras o liberales, Agustín y Juan Alvarez, Juan Agustín García, José María y Francisco Ramos Mejía y Estanislao S. Zeballos. Con enfoques reformistas o revolucionarios, complementaban estos análisis Augusto y Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros. En una línea más directamente política, Lisandro de la Torre, Juan B. Justo y una pléyade de escritores anarquistas.

Un transfondo de estos análisis puede encontrarse en una renovada influencia de los conceptos evolucionistas, que habían sido extrapolados de la biología a la sociología por el teórico inglés Herbert Spencer. Ya habíamos visto a Alberdi fascinado con la operación de fuerzas que actúan sin que nadie esté consciente de ellas. Ahora el evolucionismo atraía a pensadores desde la derecha a la izquierda, y podía ser reinterpretado de diversas maneras.

Spencer había planteado en la historia de la humanidad una secuencia prácticamente inevitable, que iba desde una etapa "militar" a otra "industrial".

Era obvio que al salir del caudillismo, la Argentina podía ilustrar este proceso a la perfección. Dentro de la etapa "industrial" lo normal era un gobierno constitucional, aunque Spencer no aclaraba necesariamente si él iba a ser democrático o elitista, pero daba por sentado que sería capitalista.

Ahora pensadores de orientación socialista añadían que, dentro de la etapa "industrial", una evolución natural llevaría desde el predominio de la burguesía y la propiedad privada al de la masa de la población, especialmente la clase obrera, en un sistema de propiedad pública. Karl Marx había planteado una secuencia semejante, aunque más signada por conflictos y revoluciones. Como hacia fin de siglo esas revoluciones no parecían muy probables a gran parte de la intelectualidad, comenzó a difundirse un enfoque reformista, expresado en Gran Bretaña por pensadores como Sidney Webb y sus colegas de la Sociedad Fabiana, ligada al Partido Laborista, y en Alemania por Eduard Bernstein, que teorizó lo que ya se estaba dando como práctica del Partido Socialdemócrata.

Para dar fuerza a las perspectivas de cambio que estos analistas percibían, las basaron en las muy aceptadas teorías evolucionistas de Spencer en vez de en los más discutibles planteos del marxismo. Ingenieros ilustra esta combinación de influencias, mediatizadas por los libros de Achille Loria, un difusor italiano del socialismo que tuvo gran repercusión en su tiempo. Ingenieros decía que

> *la evolución humana es una continua variación de la especie, bajo la influencia del medio en que vive. Por ser una especie viviente, está sometida a leyes biológicas; por ser capaz de vivir en agregados sociales, se subordina a leyes sociológicas, que dependen de aquéllas; por ser apta para transformar y utilizar las energías naturales existentes en el medio, evoluciona según leyes económicas, especializadas dentro de las precedentes.*
>
> *Los diversos grupos sociales necesitan adaptarse a su medio y están sometidos al principio biológico de la lucha por la vida, lo mismo que los grupos de otras especies gregarias.* [53]

Ingenieros ilustraba en este texto una actitud muy preponderante en un amplio grupo de pensadores, que iban desde la derecha a la izquierda. Ellos no deseaban predicar moralmente a favor de una cierto modelo de sociedad. Eso les parecía meritorio quizás, pero poco inteligente. Preferían detectar en la sociedad tendencias al cambio, y enfatizar la operación de fuerzas a las que había que adaptarse para no quedar tirado --individual o colectivamente, figuradamente o en los hechos-- en una zanja al costado del camino de la historia. Porque "la evolución social es sorda a las loas y a las diatribas de los apóstoles".

Con esta actitud Ingenieros y la gente que pensaba como él a menudo escandalizaba a personas con sentimientos más caritativos hacia sus semejantes. Pero fascinaba a quienes veían la posibilidad de acoplarse a una poderosa locomotora histórica que nos conduciría a un destino mejor,

independientemente de los pequeños proyectos de grupos, facciones o partidos políticos.

La lucha por la vida era un hecho que se daba, independientemente de que nos gustara o no. Primero de todo, entre razas, y no había duda acerca de cuál era la vencedora. Lo mismo entre países, y entre clases. Mirando a nuestra parte del continente, Ingenieros estaba seguro de que la Argentina se impondría, con el tiempo, como potencia rectora. Tenía "mejor tierra" que Chile, y más "raza blanca" que Brasil.

Había, en el fondo, un elemento de nacionalismo dentro del pensamiento socialista de Ingenieros. En mucha mayor medida ese fenómeno se daba en su amigo, el poeta Leopoldo Lugones, que de joven tuvo simpatías anarquistas, y cooperó con él en la edición de la revista cultural y política *La Montaña*. En el caso de Lugones el fenómeno se daba con mucha mayor intensidad, y con el tiempo él llegó a posiciones de derecha nacionalista. Ingenieros, por el contrario, evolucionó hacia la izquierda, simpatizando con la Revolución Rusa en sus primeras etapas. Pero, escribiendo en 1910, afirmaba que el nacionalismo es un

> *fenómeno natural; no (así) el patrioterismo político, que han explotado todos los tiranos 'protectores de las razas americanas' sin más propósito que apoyarse en las masas indígenas y mestizas para luchar contra ilustradas minorías de la raza blanca.* [54]

Ya vimos en el Capítulo 4 la interpretación que Ingenieros hacía respecto al caudillismo o caciquismo latinoamericanos, equivalentes al "feudalismo medieval europeo", y que reflejaban el predominio del latifundismo. Al Partido Unitario lo caracterizaba como "enemigo político de la clase conservadora", y a la lucha con los federales como un conflicto interno a los sectores dominantes de la sociedad, en el cual el rol progresista era el de los rivadavianos y sus sucesores en la Organización Nacional, Mitre, Sarmiento y Avellaneda, representantes de la burguesía.

Con el desarrollo económico y el fin de las grandes oportunidades de movilidad social generadas por la frontera abierta, prevé el incremento de los conflictos de clase, como en Europa. Esto hará que en vez del dualismo tradicional de la política argentina (unitarios y federales y sus epígonos), se dé una tripartición, entre las clases propietarias rurales, las comerciales o industriales, y los obreros. Entre ellas no tiene porqué haber siempre una lucha, puede en determinados momentos haber etapas de cooperación. [55]

No todos los pensadores de esta época coincidían en el determinismo racial que adoptaba Ingenieros. Así, por ejemplo, Agustín Alvarez, en *¿Adónde vamos?* afirma que lo que importa son las ideas que se transmiten y no la raza; entre nosotros, "aún el norteamericano es transformado en sudamericano, en una variedad del español".[56] Su visión es pesimista, como se trasunta en su otra obra, algo depresiva, *South America* (1894). Pero bajo condiciones diversas, las razas se transforman:

El Japón, sin la constitución norteamericana, sin inmigración europea, sin cruza de razas, haciendo la regeneración del petiso indígena por la educación norteamericana, se levanta de un salto maravilloso. [57]

Ya vimos cómo Bialet Massé, también, valorizaba a la población indígena y mestiza del país, a la que consideraba particularmente adaptada para trabajar en las condiciones climáticas del Norte. Pero tenía sus límites, cuando se trataba de la población china, en esa época bastante buscada en zonas con escasez de mano de obra, como la costa del Perú o algunas partes del Caribe:

En el estado actual del país, permítase la entrada de 20.000 chinos, y antes de seis meses no hay ejército que sea capaz de contener el movimiento de exterminio que produciría contra ellos el hambre de los hijos del país y de los extranjeros de otras razas.
Los Constituyentes no pudieron prever el problema de la inmigración china, y los funestos efectos que en todas partes causa, porque el coloso que forma la Capital Federal es el único en que hay salarios elevados, y quedaría esta ciudad a merced de bandos que no tendrían más remedio, para defender su jornal, que el fuego y la sangre. [58]

La suposición que operaba detrás de esta actitud era que los chinos estaban acostumbrados a un bajísimo nivel de vida y a jornadas agotadoras de trabajo. En esas condiciones, podían desplazar a los demás del mercado de trabajo y luego apoderarse de los pequeños comercios. Parecida actitud había hacia los japoneses, aunque éstos en general venían con más apoyo de su gobierno. Los chinos, llamados *coolies*, eran reclutados en su país como trabajadores forzados, con contratos por varios años, durante los cuales eran tratados como esclavos. De hecho, a la Argentina casi no llegaron.

El mismo tema de la inmigración china podía ser tratado de otra manera. Así, por ejemplo, un periódico sindicalista revolucionario de la época argumentaba que no había que oponerse a la llegada de chinos, sino educarlos y organizarlos. Agregaba que las razas ya prácticamente no existían, pero

evidentemente las amarillas están en una situación inferior material e intelectualmente con relación a los blancos. Son elementos étnicos detenidos en su progresiva ascensión, pero no son inmutables. Son tan susceptibles de modificación como lo han sido los blancos. En un tiempo, las nobles razas, como dice Novicow, estuvieron en peores condiciones que los amarillos. [59]

Otro de los primeros sociólogos de la Argentina fue Juan Agustín García, orientado a estudios históricos. Influenciado por los métodos más recientes, escribió *La ciudad indiana* (1900), exploración del pasado de la ciudad de Buenos Aires. Su búsqueda de factores sociales o culturales, por encima de las anécdotas administrativas o aun las facciosidades políticas, implica un importante paso adelante en el conocimiento de la propia realidad. Sin embargo, la falta de estudios más pormenorizados le hizo englobar al pasado

porteño como si Buenos Aires fuera una más de las "ciudades antiguas" estudiadas para Europa por Fustel de Coulanges, su maestro.

También José María Ramos Mejía, médico de profesión, intentó aportar los conocimientos de otras ciencias para buscar una mejor comprensión de los fenómenos políticos e históricos. En un temprano trabajo se refirió a *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* (1878-1882). Siguió en esa tónica en *La locura en la historia* (1895), y luego extrapoló el enfoque psicológico, de los grandes personajes, a la masa de la población, en *Las multitudes argentinas* (1899), que seguía las enseñanzas, en ese momento muy influyentes, del sociólogo y psicólogo francés Gustave Le Bon. Su trabajo más documentado fue el que publicó sobre *Rosas y su tiempo* (1905), en que continúa con su análisis unilateral sobre la psicología individual, tema peligroso sobre todo cuando no es posible contar con datos muy fidedignos sobre el personaje estudiado. Francisco Ramos Mejía contribuyó a estos estudios con *El federalismo argentino* (1889).

La reconsideración de la figura de Rosas encontró dos cultores importantes. Uno fue Ernesto Quesada, historiador de muy buena formación alemana, que intentó una reivindicación del Restaurador, usando un enfoque que combinaba buena documentación con intentos de "comprensión", en alguna medida intuitivos, como los que en esa época preconizaba toda una escuela de científicos sociales germanos.

Otro temprano "revisionista" fue Adolfo Saldías, de fuerte formación liberal, pero que en su *Historia de la Confederación Argentina: Rozas y su época* contribuyó a valorizar algunos aspectos de la labor del gobernador de Buenos Aires. [60]

Juan Alvarez fue autor de un importante *Estudio sobre las guerras civiles argentinas* (1914) en que avanza sobre los análisis anteriores sobre este tema. Ya no toma como un hecho obvio el que los caudillos pudieran movilizar a las "masas ignorantes". Explora los factores económicos que pudieron impeler a esas masas a protestar contra el orden imperante de cosas, y a buscar una alternativa en caudillos locales que les asegurarían la mantención de sus modos habituales de vida. Además, hace una correlación entre las oscilaciones de precios, en que se ve que las crisis coinciden con intentos revolucionarios (1874, 1880, 1890, 1893). La rebelión radical de 1905, en cambio, rápidamente fracasó porque la coyuntura estaba en alza. [61]

Alvarez era un típico miembro de la élite liberal-conservadora de su tiempo, aperturista en lo social, como Roque Sáenz Peña, y como él muy preocupado por las posibles subversiones que se producirían si no se avanzaba aceleradamente en las reformas. Le tocó presenciar el Grito de Alcorta, huelga de arrendatarios de la zona sur de Santa Fe y norte de Buenos Aires, casi todos italianos, en 1912.

La huelga fue estimulada por la baja de precios de los granos, mientras que los arrendamientos, fijados en pesos, se mantenían firmes. Los dirigentes eran tres italianos, Francisco, José y Pascual Netri, los dos últimos curas locales y el primero influenciado por ideas de izquierda. Los radicales y los socialistas intentaron sacar algún capital político interviniendo en el conflicto, que

después de un proceso largo, con escenas de violencia, consiguió arreglarse, pero dejando rescoldos de resentimiento en los actores involucrados.

Dice Alvarez al respecto que lo de Alcorta fue un "movimiento esporádico, anunciador de mayores trastornos en el futuro". Para evitar que en el futuro los arrendatarios, expulsados de sus posesiones, vinieran sobre Buenos Aires cual nuevas montoneras, era necesario asegurarles el acceso a la propiedad. De lo contrario,

> *millares de familias volverán a estar de más el día que, por cualquier causa, los grandes propietarios decidan producir ganados en lugar de cereales. La huelga sangrienta es ya fenómeno más grave y peligroso que las revoluciones provinciales.* [62]

La poesía con contenido de protesta tuvo dos destacados intérpretes en Evaristo Carriego y Pedro Palacios, conocido como Almafuerte. En la novela se destacaron Benito Lynch, Gustavo Martínez Zuviría, que firmaba Hugo Wast, y Roberto Payró, cuyas *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* constituyen una obra de crítica social, en que el descendiente de un viejo caudillo se enfrenta a un intelectual renovador influido por las nuevas ideas del siglo.

En el campo de las publicaciones periódicas culturales y científicas, hay que mencionar la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, de Rodolfo Rivarola, la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, de Estanislao Zeballos, y la *Revista de Filosofía*, de José Ingenieros.

EL PROYECTO DE ROQUE SAENZ PEÑA (1910-1914)

Los partidos políticos estaban muy disgregados, comenzando por el oficialismo, herido de muerte por la escisión entre Roca y Carlos Pellegrini. Los intentos reformistas de los propios gobiernos del régimen producían más divisiones, pues no todos los que hacían funcionar al sistema pensaban que había que reformarlo radicalmente para asegurar su supervivencia. Preferían pensar, parafraseando a Luis XV, "El que viene atrás, que arree".

De todos modos, la influencia oficial siempre servía. Figueroa consiguió mediante su gestión en algunas provincias, comenzando por la de Buenos Aires, imponer a Roque Sáenz Peña como sucesor. Sáenz Peña tenía una larga trayectoria, como representante de un conservadorismo esclarecido, dispuesto a correr algunos riesgos para abrir el sistema a la participación popular. Su victoria fue producto del fraude, pero dio un paso definitivo para abolirlo, al imponer la ley de sufragio secreto.

La campaña de Sáenz Peña se caracterizó por su prédica a favor de tres "obligatoriedades":

1. El sufragio secreto, basado en un padrón genuino, y obligatorio.

2. La educación común, laica, gratuita y obligatoria.

3. El servicio militar para todos, también, por supuesto, obligatorio. [63]

Es más fácil entender la obligatoriedad de la educación y del servicio militar, que la del voto. Si el voto era un derecho, ¿por qué obligar a la gente a ejercerlo? Había varias respuestas posibles, desde las más ostensibles y públicas hasta las menos explícitas pero no por ello menos importantes.

El argumento más manifiesto era que la gente no estaba acostumbrada a votar, y que por eso había que hacer el sufragio obligatorio. También se decía que un gran sector de la población, de clase media para arriba, no concurría al comicio por temor a la violencias habituales. Ahora tendrían que ir y enfrentar los riesgos, si no querían que todos sus trámites oficiales se les dificultaran por falta del sello en su libreta.

Menos ostensible, era el argumento de que el radicalismo, así como la izquierda, tenían arraigo sólo entre minorías activas. Esas minorías podían determinar el éxito de una huelga, los gritos de una manifestación, pero nunca llegarían a formar una mayoría electoral. El mismo ejemplo europeo lo demostraba: ahí, en condiciones de libertad electoral, el socialismo raramente superaba una quinta o cuarta parte del electorado. Sáenz Peña, en el Mensaje al Congreso, presentando su ley electoral, decía que

> *sin la inercia egoísta de los más, jamás llegarán las minorías que se agitan en el seno de todas las naciones a poner en serios peligros el orden institucional o político, y aún los fundamentos del orden social.* [64]

Se suponía que la mayoría de la población, en todos sus niveles sociales, era básicamente moderada, y aceptaba el liderazgo ofrecido por los sectores "esclarecidos", prestigiosos y adinerados. El problema era sacarla a la luz, hacer expresar a esa "mayoría silenciosa". De ahí el voto obligatorio. El patrón de estancia, el jefe político local, ahora podría forzar a su gente a ir a las urnas, aunque ya no controlara la forma en que votaran. Se daba por seguro que iban a votar, en su gran mayoría, por alguna variante de los políticos tradicionales. El peligro era la apatía.

En condiciones en que muy poca gente concurriera a votar, lo más probable, se pensaba, era que se impusieran los activistas radicales o socialistas. Para evitar esa eventualidad, se había apelado sistemáticamente al fraude, ocasionando resentimientos y revueltas. Ahora, ya que había que dejar de lado el fraude, lo mejor era conseguir que la gran masa de la población votara, para ahogar a las minorías activistas e ideológicamente antagónicas al sistema imperante.

Si no se hacía nada, el peligro era la continuación de la situación existente, en que, según Ramón J. Cárcano (el fracasado "delfín" de Juárez Celman), por "un cuarto de siglo el gobierno y la Nación han vivido venciendo a la rebelión estallada, o temiendo a la rebelión por estallar". [65]

Se trataba de una apuesta, en el fondo bastante riesgosa. De hecho, fracasó

en su objetivo principal, que era el asegurar una nueva presidencia conservadora o liberal, moderadamente progresista y legitimada por el voto. Tuvo éxito en otro objetivo secundario: dividir a la oposición legal (radical y socialista) que tomó el camino de las urnas, de la subversiva, anarquista, que no iba a aceptar esta alternativa y que, en consecuencia, se iba a ver aislada. Que es lo que de hecho pasó.

LA APLICACION DE LA LEY SAENZ PEÑA Y LA ELECCION DE HIPOLITO YRIGOYEN

Sáenz Peña planteó su proyecto de ley desde el inicio de su presidencia, con la colaboración del ministro del Interior, Indalecio Gómez, quien jugó un rol parecido al que Joaquín V. González desempeñó para Roca. Consiguió una mayoría que aprobara su proyecto. En él, otro aspecto tan importante como el del voto secreto era el que buscaba asegurarse que el padrón o lista de electores fuera genuino, para que no votaran los muertos y los marcianos. Esto se consiguió usando para identificar al elector el empadronamiento para fines militares, que le emitía a cada ciudadano una Libreta de Enrolamiento, que servía también como documento de identidad. Por otra parte, el Ejército custodiaría las urnas, para dar más seguridad de que grupos políticos armados no se animarían a meter cuña en el proceso, atemorizando a la gente o alterando el registro de los votos.

La ley volvió al sistema tradicional de usar a las provincias como circunscripciones electorales, o sea no adoptó las ideas de Joaquín V. González respecto a los distritos chicos, uninominales. Pero para garantizar la representación de las minorías estableció el llamado sistema de "lista incompleta". Cada partido sólo podía presentar como candidatos dos tercios del número de diputados que correspondían a la provincia. De esta manera se aseguraba que el segundo partido más votado, cualquiera fuera el número de sufragios alcanzado, llegara a poseer una apreciable representación, o sea el tercio restante. Pero para eso era preciso tener bastantes votos a nivel provincial.

Si un partido tenía fuerza sólo en un pequeño distrito de una provincia, seguramente no alcanzaría la condición de segunda fuerza a escala provincial, y no tendría representación. En ese sentido, la Ley Sáenz Peña aseguraba menos vía abierta a las minorías pequeñas, pero concentradas geográficamente, que el método ideado por González. La gran innovación, de todos modos, era el voto secreto y el padrón electoral controlado mediante las libretas de enrolamiento, cuya pureza era necesaria a los efectos del servicio militar. En ese sentido las reformas de Sáenz Peña fueron de enorme trascendencia.

Apenas declarada la victoria electoral de Sáenz Peña, que estuvo basada en el usual fraude, se rumoreaba que los radicales planeaban otra revolución, como la que acompañó la asunción de Quintana. Para evitar esa perspectiva Sáenz Peña se entrevistó con Yrigoyen, anunciándole su proyecto de ley, y proponiendo a su partido participar en algunos ministerios. Yrigoyen dijo que

sólo quería que se sancionara la ley y que no podía aceptar ninguna cartera en el gabinete.

La primera prueba del nuevo sistema vino en 1912, con la renovación de poderes en Santa Fe, donde una intervención había eliminado al régimen fraudulento preexistente. Los radicales santafesinos, venciendo la resistencia de Yrigoyen, que aún desconfiaba, se presentaron, y ganaron la gobernación, aunque sin una mayoría absoluta. En segundo lugar figuró una Coalición conservadora, y el tercer puesto correspondió a la Liga del Sur organizada por Lisandro de la Torre, un político renovador que había pasado brevemente por la UCR y se había distanciado ante el personalismo de Yrigoyen. En las elecciones nacionales de diputados, realizadas ese mismo año de 1912, ganaron los radicales en la Capital, donde se desplomó el oficialismo, que ni siquiera llegó a la minoría, conquistada por el socialismo. En cambio, en la provincia de Buenos Aires el conservadorismo se impuso, en parte por su popularidad, y en parte porque ya habían encontrado algunas formas de hacer trampa aun ante el cuarto oscuro. Llevó algunos años antes de que se pudiera asegurar realmente la pureza del sufragio. En Córdoba también los oficialistas ganaron la gobernación, por escasa diferencia con los radicales.

El balance no era del todo malo para el gobierno. Al año siguiente, 1913, en la Capital había que elegir senador, y salió vencedor Enrique del Valle Iberlucea, socialista. Como el electo era nacido en España, en el Congreso hubo oposición a aceptar su designación. Esa oposición fue liderada por José Camilo Crotto, radical que, a pesar de ser hijo de italianos, impugnó la presencia de una persona que no sólo era extranjero, sino que tenía convicciones nacionales poco confiables, dado el internacionalismo que prevalecía en un amplio sector del Partido Socialista. La Cámara, de todos modos, aceptó su designación.

Al año siguiente, 1914, ya la mayoría en la Capital correspondió a los socialistas, con los radicales en segundo lugar. Obviamente, la Capital no era lugar de fuerza para los conservadores; pero éstos se defendían bastante bien en las provincias. En Buenos Aires el conservador Marcelino Ugarte retornaba a la gobernación, aunque forzando algo las cifras a su favor mediante la compra de votos, que cuando los integrantes de la mesa escrutadora no vigilaban bien, podía verificarse marcando de alguna manera la papeleta. En Córdoba llegaba a la gobernación Ramón J. Cárcano, y en Salta Robustiano Patrón Costas, ambos claramente conservadores, pero dispuestos a entrar en el nuevo juego de competencia política con una oposición popular.

En el frente diplomático, Sáenz Peña llegó a un acuerdo amistoso con Brasil, con el cual se habían desarrollado serias tensiones al finalizar el período anterior.

El desarrollo económico prosiguió muy dinámicamente y ello se reflejó en el Tercer Censo Nacional (1914), uno de los mejor realizados técnicamente en el país. Lo dirigió Francisco Latzina, uno de los hombres de ciencia que distinguieron este período. Formaba un trío brillante, junto al perito Francisco Moreno, conocido por su labor en el conocimiento de la Patagonia, y a Florentino Ameghino, cuyas investigaciones sobre especies fósiles permitieron tener una imagen más completa de la evolución de las especies en esta parte

Partidos políticos oficialistas: 1. P. Conservador de Buenos Aires (Marcelino Ugarte); 2. P. Demócrata Progresista (Lisandro de la Torre)

del mundo. Más discutida y finalmente no aceptada, fue su tesis de que el hombre había tenido su origen en América.

En agosto de 1914 murió el presidente, y ese mismo año fallecía Julio A. Roca. Poco antes (1906) habían desaparecido Bartolomé Mitre, Carlos Pellegrini y Bernardo de Irigoyen. Una nueva época nacía, con buenos presagios porque, fenómeno raro en la historia, los personeros del antiguo régimen parecían dispuestos a ceder el paso sin demasiadas resistencias.

Quienes apoyaban el proyecto de Sáenz Peña consiguieron asegurarse de que su sucesor no diera marcha atrás. Uno de los partidarios de la reforma, Miguel Rodríguez, se lamentaba de que el presidente fallecido no hubiera hecho mayores esfuerzos por organizar un partido alrededor de sus ideas. A su juicio el extremismo, o lo que parecía tal, no era peligroso, pues el mismo socialismo, según afirmaba el historiador italiano Guglielmo Ferrero, se moderaría si llegara al gobierno. Era necesario aceptar casi todo el programa mínimo del socialismo, como lo había aconsejado Quintana en su momento. [66]

Sáenz Peña no había intentado --posiblemente porque no tenía posibilidades concretas de hacerlo-- formar un partido propio, o reagrupar en torno a él lo que quedaba del antiguo oficialismo del PAN. Las fuerzas capaces de oponerse al yrigoyenismo eran dos:

1. El Partido Conservador, de la provincia de Buenos Aires, dirigido por Marcelino Ugarte, donde se mantenían las principales tradiciones del PAN, con pocas convicciones acerca de la necesidad de las reformas.

2. El Partido Demócrata Progresista (PDP), dirigido por Lisandro de la Torre, y agrupando a diversos partidos provinciales.

Lisandro de la Torre había actuado brevemente en la Revolución del Parque y en la UCR, de la que luego se alejó por disidencias con el personalismo de Yrigoyen. Años después formó, en la zona de influencia de Rosario, la Liga del Sur, partido de gravitación local, apoyado por pequeños productores, propietarios y comerciantes. Ahora emergía a la escena nacional, dispuesto a cooperar con el proyecto aperturista aunque conservador de Roque Sáenz Peña.

El Partido Demócrata Progresista proclamó la fórmula presidencial encabezada por Lisandro de la Torre, con un vice, Alejandro Carbó, más claramente conservador. Lisandro de la Torre, que había pasado por el radicalismo, siempre tuvo algunas simpatías hacia formulaciones socializantes, que se incrementaron con el tiempo, pero ellas eran superadas por su animosidad contra el personalismo yrigoyenista. Las fuerzas que ahora lo apoyaban eran en extremo heterogéneas, y eso fue causa de numerosos conflictos internos e intentos de cambiar a último momento la candidatura. Esta siempre podía, en el momento de la reunión de los Colegios Electorales, cambiarse, en base a transacciones o búsquedas de alianzas. El Partido Conservador de Buenos Aires iba con electores propios, con libertad de volcarse a último momento por quien prefirieran.

La elección dio el triunfo a Yrigoyen, aunque por algo menos que la mitad de los sufragios. El radicalismo de Santa Fe fue dividido, y allí se impusieron los disidentes, encabezados por Rodolfo Lehmann, un exitoso colono alemán naturalizado. Los socialistas sacaron también electores en la Capital, por la minoría, y hubieran obtenido la mayoría de no ir divididos.

Por un momento pareció que podría darse la gran coalición de "todos contra Yrigoyen", desde la derecha hasta el socialismo, incluyendo los disidentes santafesinos. Pero al optar éstos por dar sus preferencias a Yrigoyen, las cábalas se terminaron.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. José Arce: *Roca, 1843-1914: su vida, su obra*, 2 vols, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1960.

2. El concepto de "altas cumbres que dividan aguas" crearía más tarde interpretaciones conflictivas, sobre todo en la zona sur, donde las montañas son más bajas, y la compleja estructura de valles hace que la divisoria de las aguas a menudo corra separada de la línea de más altas cumbres.

3. Néstor Auza: *Los católicos argentinos: su experiencia política y social*, Diagrama, Buenos Aires, 1962.

4. Domingo F. Sarmiento: «La condición del extranjero en América», en *Obras completas*, vol. 36, pp. 63-90.

5. Ese país, con el que se puede comparar a la Argentina, es Chile, donde en vez de constituir un 30%, los extranjeros nunca superaron un 5%. El resultado es que tanto el Partido Liberal como el Socialista han sido más fuertes en el país trasandino que en el Río de la Plata.

6. *El Obrero Panadero*, año 3, nos. 48 al 55, del 6/10/1901 al 23/3/1902.

7. Domingo F. Sarmiento: «La condición del extranjero en América», pp.91-115.

8. Carlos Pellegrini: *Obras*, 5 vols., Ediciones Jockey Club, Buenos Aires, 1940, vol. 1, p. 293.

9. David Peña: *Viaje político del Dr. Bernardo de Irigoyen al interior de la República* (julio, agosto y setiembre de 1885), Buenos Aires, 1885.

10. Roberto Etchepareborda: *Tres revoluciones*, Pleamar, Buenos Aires, 1968.

11. José A. Terry: *Finanzas*, Martín Biedma, Buenos Aires, 1898, p. 195. El libro consiste en apuntes taquigráficos de sus clases en la Universidad de Buenos Aires.

12. Miguel Angel Cárcano: *La presidencia de Pellegrini*, Eudeba, Buenos Aires, 1968.

13. "Manifiesto de la Unión Cívica Radical al pueblo de la República, 4 de febrero de 1905", en Gabriel del Mazo, comp., *El pensamiento escrito de Yrigoyen*, Talleres Index, Buenos Aires, 1945, p. 55.

14. *Ibídem*, pp. 44 y 52.

15. Citado en R. Sáenz Hayes: *Miguel Cané y su tiempo*, Buenos Aires, 1955; ver también Ezequiel Gallo, "Un quinquenio difícil: las presidencias de Carlos Pellegrini y Luis Sáenz Peña", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, comps.: *La Argentina del ochenta al centenario*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980. Lo de "frotarse las manos" debe haber sido de desesperación ante la posibilidad de no poder cobrar sus créditos, no de contento ante las desgracias ajenas.

16. Carta del 11 de abril de 1894, de Pellegrini a Zeballos, en esos momentos embajador en Washington. En Carlos Pellegrini: *Obras*, vol. 2, pp. 431-431.

17. Juan Bialet Massé: *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*, 2a ed., Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1968, pp. 30-31, 41-42.

18. *Ibídem*, p. 54.

19. *Ibídem*, p. 33.

20. *Ibídem*, p. 439.

21. *Ibídem*, p. 444.

22. *Ibídem*, pp. 507-508.

23. *El Obrero*, año 2, no. 51, del 9/1/1892.

24. *El Obrero*, año 2, no. 52, del 16/1/1892.

25. *El Obrero*, año 2, no. 55, del 6/2/1892.

26. *La Liberté*, año 1, nos. 9 y 11, del 18/3 y 3/4/1893.

27. *La Anarquía*, año 1, nos. 1, 3 y 11, del 27/1, 11/3 y 26/10/1895.

28. *La Verdad*, año 1, no. 11, julio de 1895.

29. *El Obrero Panadero*, año 3, no. 37, del 3/4/1901.

30. *El Obrero Panadero*, año 4, no. 58, del 3/7/1902.

31. *El Obrero Panadero*, año 4, no. 56, del 29/4/1902.

32. *El Rebelde*, año 4, nos. 88, 89 y 92, del 24/6, 17/7 y 2/8/1902.

33. *El Rebelde*, año 3, no. 74, del 29/9/1901.

34. Alcides Greca: "Psicología de la Bohemia", en *Ideas y Figuras*, año 7, no. 129, 8/9/1915.

35. H. Hamon: *Psicología del socialista-anarquista*, Valencia, sin fecha; original en inglés, 1894-1895, pp. 232, 238-239, 247.

36. Testimonio de Humberto Correale, en Carlos M. Jordan: *Los presos de Bragado*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1988, p. 151.

37. Lucas Ayarragaray: *Socialismo argentino y legislación obrera*, Buenos Aires, 1912.

38. Informes de la Embajada de Francia en Buenos Aires, del 5 y 11/7/1901, en Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Nueva Serie, vol. 1, ff. 145-148 y 153-159.

39. Joaquín V. González: *Obras completas*, 25 vols, Buenos Aires, 1935-1937, vol. 1, p. 194.

40. *Ibídem*, vol. 1, p. 234.

41. *Ibídem*, vol. 1, pp. 250-254.

42. Joaquín V. González: *Ibídem*, vol. 5, p. 155.

43. *L'Avvenire*, año 7, no. 155, del 15/8/1901.

44. "Régimen municipal de la Capital", Joaquín V. Gonzalez, vol. 5, p. 221.

45. "Reforma electoral", *ibídem*, vol. 5, p. 182 (sesión 27/11/1902 en Diputados).

46. Discurso del miembro informante, Sr. Vedia, en la Cámara de Diputados, 15/10/1902. En Joaquín V. González, vol. 6, p. 254.

47. Discurso del miembro informante en el Senado, Sr. Carlos Pellegrini, 20/12/1902, en Joaquín V. González, vol. 6, pp. 275-276.

48. Joaquín V. González: op. cit., vol. 6, p. 320.

49. José Panettieri: *Las primeras leyes obreras*, CEDAL, Buenos Aires, 1984.

50. Citado en Diego Abad de Santillán: *Historia Argentina*, 5 vols, TEA, Buenos Aires, 1981, vol. 3, p. 568.

51. *Ibídem*, pp, 64-65.

52. Informes de la Embajada de Francia, del 22/5/1905 y del 26/12/1906, en Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Nueva Serie, vol. 2, ff. 44-47 y 54-57.

53. José Ingenieros: "De la sociología como ciencia natural"; artículo publicado en 1908 e incluido en su *Sociología argentina*, reedición, Buenos Aires: sin fecha, pp. 18-19.

54. José Ingenieros: "Función de la nacionalidad argentina en el continente sudamericano", en *Sociología Argentina*, op. cit., p. 82.

55. José Ingenieros, "La evolución sociológica argentina", ponencia al Congreso Científico Internacional de Montevideo, 1901, en *Sociología Argentina*, especialmente pp. 74-75.

56. Agustín Alvarez: *¿Adónde vamos?*, Buenos Aires, 1915, 2a edición, p. 325.

57. *Ibídem*, p. 326-327.

58. Juan Bialet Massé: *El estado de las clases obreras argentinas*, op. cit., p. 100.

59. *La Acción Socialista*, año 1, no. 5, del 11/9/1905.

60. Adolfo Saldías: *Historia de la Confederación Argentina*, El Ateneo, Buenos Aires, 3 vols, reedición, 1951.

61. Juan Alvarez: *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, Juan Roldán, Buenos Aires, 1914, cap 6 y 7.

62. *Ibídem*, pp. 106-107, 162, 198.

63. Roque Sáenz Peña: *Escritos y discursos*, Buenos Aires, 1914-1915, 2 vols; ver también Unión Nacional, *Sáenz Peña: la campaña política de 1910*, 2 vols, Buenos Aires, 1910.

64. *Ibídem*, vol. 2, p. 104.

65. Ramón J. Cárcano: *Otras cuestiones y juicios*, Buenos Aires, 1914, p. 9

66. Miguel Rodríguez: *Sáenz Peña y su obra*, Buenos Aires, 1915, pp. 50-52.

CRONOLOGIA DE LA ARGENTINA	1880-1916	CRONOLOGIA INTERNACIONAL
Roca electo presidente. Revolución porteña, derrotada por fuerzas nacionales. Capitalización de Buenos Aires.	1880	Leyes anticlericales en Francia. Jules Ferry Primer Ministro. Victoria liberal en Gran Bretaña: Gladstone Primer Ministro, reemplazando a Disraeli. Se funda la Compañía del Canal de Panamá.
Tratado de Límites con Chile.	1881	Inicio de la construcción del Canal de Panamá por la compañía francesa de De Lesseps. Rebelión nacionalista en Egipto.
Congreso Pedagógico Nacional	1882	
	1883	Fin de la Guerra del Pacífico: Chile adquiere Antofagasta y Tarapacá. Protectorado francés en Túnez.
Ley 1420 de educación. Ruptura con el Vaticano.	1884	Spencer publica *El individuo contra el Estado.*
	1885	Invención de la ametralladora.
Juárez Celman presidente.	1886	Movimiento político autoritario popular dirigido por el Gral. Boulanger, héroe de guerra, amenaza la estabilidad republicana en Francia. Descubrimiento de las ondas electromagnéticas (Hertz). Nietsche publica *Más allá del bien y del mal.*
Se forma la Unión Industrial Argentina, fusionando el Club y el Centro Industrial.	1887	
	1888	Se extienden las Bolsas de Trabajo en Francia, base del movimiento llamado Sindicalismo Revolucionario. Abolición de la esclavitud en Brasil.
Crisis económica. La oposición se nuclea: Unión Cívica. Francisco Ramos Mejía publica *El federalismo argentino.*	1889	Decae el movimiento boulangerista, se exilia su jefe. Formación de la Segunda Internacional, de predominio socialdemócrata. Primera Conferencia Panamericana en Washington. Revolución militar crea República en Brasil.





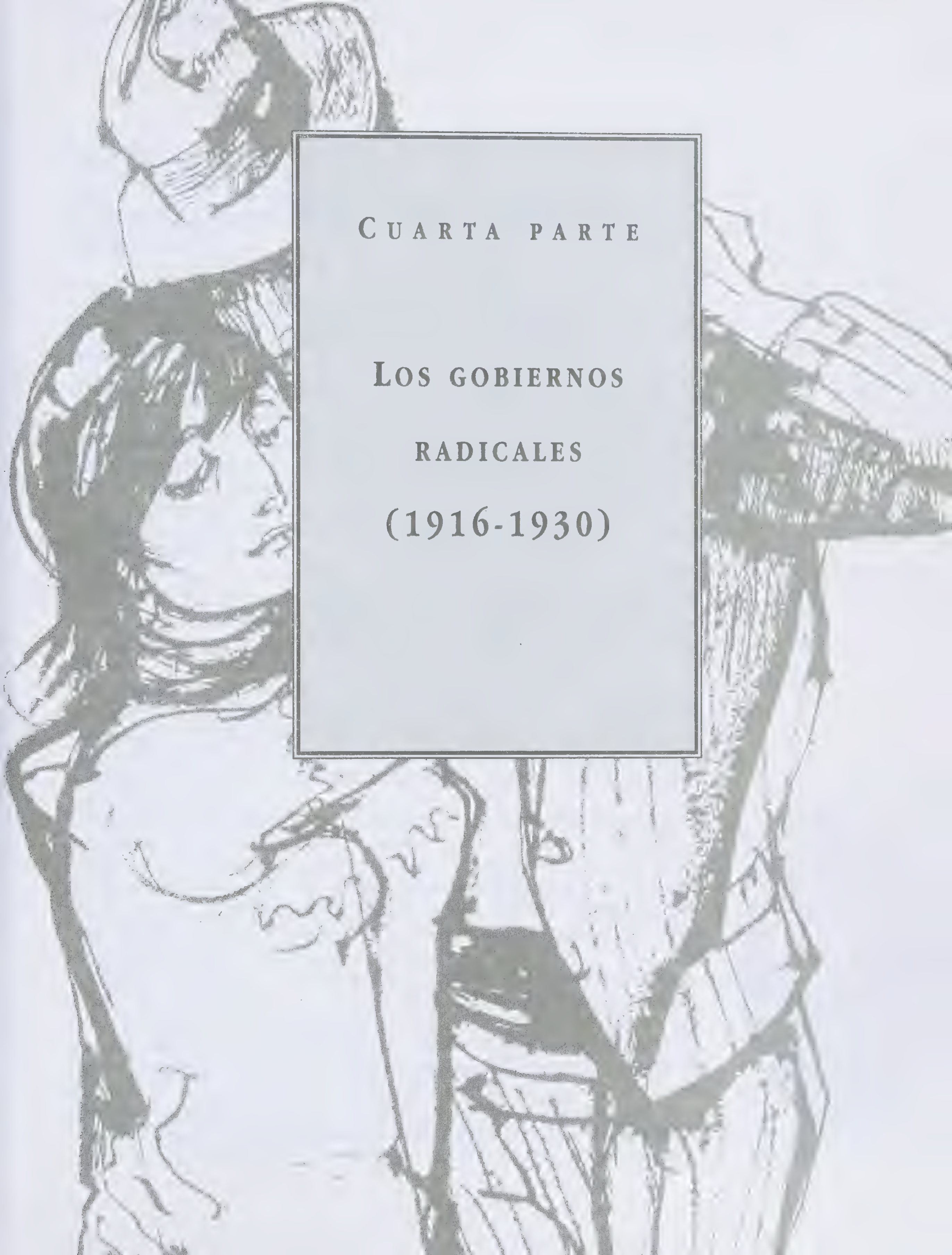


Revolución del Parque. Renuncia de Juárez Celman, reemplazado por Pellegrini. Celebración obrera del Primero de Mayo en Buenos Aires.	**1890**	Quiebra del Banco Baring en Londres.
Acuerdo entre Roca y Mitre. División de la Unión Cívica en Nacional (UCN) y Radical (UCR).	**1891**	Guerra civil en Chile, deposición de Balmaceda, cuyo programa de ejecutivo fuerte y desarrollista es opuesto por la mayoría de conservadores, liberales y radicales. Inauguración de la República Parlamentaria, con constante rotación ministerial (h. 1924). Encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, sobre problema obrero.
El Partido Modernista propone a Roque Sáenz Peña para la presidencia. Roca promueve la elección de Luis Sáenz Peña.	**1892**	Fundación de la Federación de las Bolsas de Trabajo en Francia, por F. Pelloutier.
Ministerio de Aristóbulo del Valle. Revoluciones radicales y mitristas exitosas en varias provincias. Del Valle fracasa en llegar a un acuerdo con ellas. Su caída y reemplazo por Quintana. Represión de los gobiernos revolucionarios provinciales.	**1893**	Ola de atentados anarquistas en Francia. Se forma el Partido Laborista Independiente en Gran Bretaña. Guerra civil en Brasil. Evolución civilista de la República, militarista en sus primeros años.
Continuas agitaciones y rumores revolucionarios. Juan B. Justo publica *La Vanguardia* e inicia formación P. Socialista. Agustín Alvarez publica *South America*.	**1894**	Asesinato del presidente francés Sadi Carnot por un anarquista. Condena de Dreyfus, militar francés judío, acusado de espionaje ("Caso Dreyfus"). Durkheim publica las *Reglas del método sociológico*.
Renuncia del ministro Quintana y de Luis Sáenz Peña, reemplazado por el vice José E. Uriburu, roquista.	**1895**	Dreyfus degradado y condenado a prisión perpetua. Se forma la Confederación General del Trabajo (CGT) en Francia, de predominio Sindicalista Revolucionario. Régimen liberal autoritario de Eloy Alfaro en Ecuador. Se inicia Guerra de Independencia en Cuba.
	1896	Herzl escribe *El Estado judío*, base del sionismo. Primeros planteos de Freud sobre el psicoanálisis.
Acercamiento entre mitristas y radicales moderados: "política de las paralelas". Ruptura entre radicales "bernardistas" e "hipolitistas".	**1897**	Guerra civil dirigida por el caudillo Blanco Saravia, es dominada pero consigue garantías de participación en gobiernos locales designados por Ejecutivo nacional.

Tensiones con Chile, carrera armamentista. Apoyo oficial para la elección de Bernardo de Irigoyen, radical moderado, al gobierno de Buenos Aires. Roca presidente por segunda vez.	1898	Guerra de EEUU contra España: conquista de Puerto Rico y Filipinas, y ocupación de Cuba. Zola publica *J'Accuse*, en defensa de Dreyfus. Los esposos Curie descubren el radio. La "generación del 98" en España.
Distensión con Chile: "Abrazo de Punta Arenas". José M. Ramos Mejía publica *Las multitudes argentinas.*	1899	Gabinete Waldeck-Rousseau en Francia, con participación de Millerand, del P. Socialista, que se divide. Revolución Federal, liberal, en Bolivia. Guerra con Brasil por el territorio de Acre. Inicio de la Guerra de los Mil Días en Colombia, que termina con victoria conservadora contra liberales en 1902. Se inicia dictadura de Cipriano Castro en Venezuela. Inicio de la guerra Anglo-Boer en Sud Africa. Bernstein publica *Las bases del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, base del reformismo socialista; Kautsky, *La cuestión agraria*; Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia.*
Reinicio de tensión con Chile. Juan A. García publica *La ciudad indiana.*	1900	Asesinato del rey de Italia por un anarquista. Inicio de las "Mancomunales" obreras en el norte de Chile. Acción de Luis E. Recabarren. Rebelión nacionalista de los "Boxers" en China.
Ricchieri moderniza al Ejército: Ley de Conscripción. Pellegrini llega a acuerdo en Londres para la Consolidación de la Deuda Externa. Reacción negativa en Buenos Aires: Roca retira su apoyo. Ruptura con Pellegrini. Creación de la FOA (luego cambia a FORA).	1901	Asesinato del presidente de los EEUU McKinley por un anarquista.
Distensión con Chile: Pactos de Mayo. Huelga general y Ley de Residencia. Rol internacional argentino: Doctrina Drago.	1902	Enmienda Platt: protectorado de EEUU sobre Cuba. Intervención en Panamá. Ataque de potencias europeas a Venezuela para cobrar deuda. M. Barrés publica *Escenas y doctrinas del nacionalismo*; Lenin, *¿Qué hacer?*
Esquema partidario: P. Nacional, ex	1903	Presidente J. Batlle, colorado reformista,

PAN, en gobierno (Roca); P. Autonomista (Pellegrini); P. Republicano, ex UCN (Emilio Mitre); UCR (Yrigoyen); Liga del Sur (L. de la Torre); P. Socialista (J.B. Justo). Carlos Octavio Bunge publica *Nuestra América*.	**1903**	en Uruguay: se inicia levantamiento de Saravia. Creación de la fábrica Ford de automóviles.
Ley electoral con distritos uninominales (J.V. González). Voto secreto propuesto pero no aceptado. Bialet Massé publica su *Estudio sobre las clases obreras argentinas*. Propuesta de Ley Nacional del Trabajo, rechazada (oposición obrera y patronal). Roca transa con la oposición (salvo UCR) para lanzar la candidatura de Quintana, quien es electo presidente.	**1904**	Derrota de Saravia en Uruguay. Guerra entre Japón y Rusia.
Revolución radical fracasada. José M. Ramos Mejía publica *Rosas y su tiempo*.	**1905**	Derrota rusa contra Japón. Intento revolucionario fracasado en Rusia, y promesas de reforma.
Asume presidencia Figueroa Alcorta, antirroquista.	**1906**	Maurras, nacionalista de derecha, funda la Acción Francesa. Rehabilitación de Dreyfus. Nueva ocupación de Cuba por EEUU, ante rebelión exitosa del P. Liberal con fuerte movilización popular (h. 1909).
Conflicto entre F. Alcorta y mayoría del Congreso. Entrevista con Yrigoyen. Ingenieros publica *La evolución sociológica argentina*.	**1907**	Huelga salitrera, y masacre de Iquique en Chile. William James publica *El pragmatismo*.
Mayoría antirroquista en el Congreso. Ingenieros presenta ponencia sobre "La sociología como ciencia natural".	**1908**	Se inicia larga dictadura de Juan Vicente Gómez en Venezuela, consolidada por inicios de prosperidad petrolera. Georges Sorel, teórico del Sindicalismo Revolucionario, publica las *Reflexiones sobre la violencia*.
Manifestación obrera baleada por la policía. Ricardo Rojas publica *La restauración nacionalista*.	**1909**	Revueltas obreras en Cataluña. Ejecución del dirigente anarquista Ferrer.
Asesinato del jefe de Policía Falcón. Ley de Defensa Social. Grupos civiles armados apoyan a la Policía en la persecución al movimiento sindical y de izquierda.	**1910**	Revolución militar republicana en Portugal. Madero inicia la Revolución Mexicana en el Norte. Bertrand Russell y Whitehead publican

Roque Sáenz Peña presidente. Se entrevista con Yrigoyen, quien no acepta ministerios. Manuel Gálvez publica el *Diario de Gabriel Quiroga.*	**1910**	*Principia Mathematica.*
Aprobación de la ley de voto secreto y obligatorio, y de la representación asegurada de un tercio para la primera minoría ("lista incompleta"). Ernesto Quesada publica *La evolución social de la República Argentina.*	**1911**	Italia conquista Libia, posesión turca. Extensión del seguro social en Gran Bretaña (Lloyd George, ministro Liberal). Triunfo de Madero: exilio de Díaz. Segunda presidencia de Batlle, política reformista.
Primera elección de diputados, por sufragio secreto. Incorporación de representantes radicales y socialistas.	**1912**	Adopción del sufragio universal en Italia. Rebelión del P. Independiente de Color en Cuba reprimida con apoyo de EEUU. Formación del P. Socialista Obrero de Chile.
Elección de senador socialista por la Capital.	**1913**	Rebelión militar contra Madero, quien es asesinado. Se extiende la resistencia contra el golpe. Movimiento campesino de E. Zapata.
Elección equilibrada de diputados en el país. Muere Sáenz Peña y lo reemplaza Victorino de la Plaza. Juan Alvarez publica *Estudios sobre las guerras civiles argentinas.*	**1914**	Inicio de la Primera Guerra Mundial. Apertura del Canal de Panamá.
	1915	Entrada de Italia en la guerra, del lado aliado. EEUU ocupa Haití. Trabajos de Einstein sobre la teoría general de la relatividad.
Elección presidencial: oficialismo dividido entre P. Demócrata Progresista (L. de la Torre) y P. Conservador de Buenos Aires (Marcelino Ugarte). Victoria de Yrigoyen, por escasa diferencia.	**1916**	Formación de la Liga Espartaquista, grupo socialista de izquierda antibélico en Alemania. EEUU ocupa la Rep. Dominicana. Freud publica *Introducción al Psicoanálisis.*



Cuarta parte

Los gobiernos radicales (1916-1930)

CAPITULO 26

LAS FUERZAS SOCIALES EN JUEGO: ANTECEDENTES

CARACTERISTICAS DEL RADICALISMO: LOS TIEMPOS INICIALES Y LA IDEOLOGIA

El radicalismo emergió durante el último tercio del siglo XIX como un desprendimiento de los partidos tradicionales, especialmente el Autonomista. Tanto Leandro Alem e Hipólito Yrigoyen, como Aristóbulo del Valle y Bernardo de Irigoyen militaron en el partido de Alsina. Los dos primeros serían luego la base del sector intransigente, mientras que los últimos siempre fueron más negociadores. Los cuatro se desprendieron del alsinismo en 1877, como protesta ante la Conciliación con Mitre, cuya rebelión acababa de ser vencida tres años antes.

Buscando nuevos horizontes políticos, los recientemente separados intentaron formar un Partido Republicano, con ideas reformadoras, y ofrecieron la candidatura presidencial a Sarmiento, proyecto que no se concretó. En vez de eso, se fue a la confrontación de 1880 y la federalización de la Capital. Durante ese episodio el grupo apoyó al gobierno nacional, contra el levantamiento de Carlos Tejedor, y se solidarizó con el PAN organizado por Roca. En esa ocasión fue electo diputado nacional por Buenos Aires Hipólito Yrigoyen, en las listas del partido oficial. En cuanto a Bernardo de Irigoyen, llegó a ser ministro de Roca. Alem también se afilió en un primer momento, pero pronto demostró su autonomía y renunció, al oponerse a la entrega de la ciudad de Buenos Aires. [1]

Durante la Revolución del Parque, de 1890, se dio realmente el bautismo de fuego de lo que sería luego la Unión Cívica Radical, aunque por el momento unida a los mitristas y a los católicos. Alem fue el jefe de la revolución, y después dirigió al sector "radical" que rompió con la política acuerdista que Mitre intentaba. En 1891 se formó el partido, como escisión de la Unión Cívica (que quedó convertida en Unión Cívica Nacional, una resurrección del viejo Partido Liberal, bajo la dirección de Mitre).

En 1893 el gobierno de Luis Sáenz Peña, fruto de la Conciliación, ofreció a Aristóbulo del Valle un puesto que equivalía a ser Primer Ministro (aunque ese cargo no existía constitucionalmente). Este era un paso muy audaz, que buscaba integrar a la principal oposición popular en las responsabilidades de gobierno, dejando de lado la vía armada. Aunque Del Valle no era formalmente miembro de la UCR, en la práctica estaba estrechamente asociado a sus hombres, especialmente al ala moderada de Bernardo de Irigoyen.

No se consiguió el objetivo buscado con esta incorporación, y enseguida estalló la revolución radical de 1893, en varias provincias. Poco después,



Yrigoyen

desaparecido Alem, el partido quedó dividido entre "bernardistas" e "hipolitistas". Bernardo de Irigoyen siguió una estrategia acuerdista, que lo llevó a la gobernación de la provincia de Buenos Aires (1898-1902), mientras que Hipólito persistía en la intransigencia, y en los complots con sectores de las Fuerzas Armadas.

Los objetivos del radicalismo se centraban en el cumplimiento de la Constitución, buscando una purificación del voto y un respeto por la autonomía de los tres Poderes. Pero además siempre hubo aspectos de reforma económica y social, en los que no todos los sectores internos coincidían.

Un aspecto central de estas políticas en lo económico era la actitud hacia las tierras públicas. El objetivo era lograr su más igualitaria subdivisión, como decía una comunicación del ya presidente Yrigoyen al gobernador de Santiago del Estero, en 1920:

La tierra pública, empleada como elemento de trabajo, es el más poderoso factor de civilización, de ahí que una nación del grado de cultura a que ha llegado la nuestra no deba desprenderse de sus tierras sino para entregarlas a la labor de muchos, a la colonización intensa y a la radicación de hogares múltiples. De otra manera, se cae en el concepto anacrónico del latifundio que retarda el progreso.[2]

Paralelamente a preservar para uso amplio la tierra pública, Yrigoyen planteaba la necesidad de proteger la "segunda gran riqueza", el petróleo, "poniendo en manos del Estado el dominio efectivo de los yacimientos petrolíferos y confiriéndole el monopolio de su explotación y comercialización". [3]

Como parte de un proyecto de desarrollo económico más equilibrado, Yrigoyen planteaba también la salida al Pacífico del Norte argentino, a través de ferrocarriles "que pusieran directa y prácticamente en comunicación con el mundo, las zonas del país cuya ubicación excluye la idea de una vía económica intensa a través de una dependencia absoluta del litoral."[4] Como resultado de esta actitud de promoción productiva, sería necesario para el

Estado adquirir una posición cada día más preponderante en las actividades industriales, que respondan principalmente a la realización de servicios públicos, y si en alguna parte esas actividades deben sustituirse en lo posible a las aplicaciones del capital privado, es en los países de desarrollo constante y progresivo, como el nuestro. [5]

En cuanto a las relaciones entre Capital y Trabajo, la Unión Cívica Radical proponía el establecimiento de un Código del Trabajo --ensayado sin éxito ya en la segunda presidencia de Roca-- y la intervención del Poder Ejecutivo en los conflictos, cuando fuera necesario, para lograr una conciliación sin aplicación de la fuerza.

En el radicalismo de los primeros tiempos había un elemento de nativismo antiextranjero, más enfatizado por algunos sectores que otros dentro del

partido. Ricardo Caballero, que fue vicegobernador de Santa Fe (1912-1916), se definía como de tradición federal, e insistía en el apoyo que tenía la UCR entre "los altaneros gremios criollos de estibadores, conductores de carros, cocheros, peones de las barracas, reseros y consignatarios de hacienda y trabajadores de playa del barrio de los viejos mataderos".

Caballero contrastaba esta situación con la de la Liga del Sur, de Lisandro de la Torre (precursora del Partido Demócrata Progresista) que, dice, "tomó sobre sí la ingrata tarea de nacionalizar extranjeros de cualquier origen y condición, con fines electorales", obteniendo apoyo de "la plutocracia rosarina, los fuertes traficantes de la campaña, los colonos italianos y sus hijos". La invasión extranjera, a su juicio, amenazaba al mismo PAN, que "comenzaba a perder su fisonomía criolla; caudillos del tipo de Cayetano Ganghi, nacido en Nápoles, actuaban en los comités, sustituyendo a los característicos y bravíos jefes de parroquias". [6]

Ganghi era un personaje curioso en la Argentina, pero muy común en los Estados Unidos. Allá proliferaban los individuos que facilitaban a los inmigrantes sus trámites para hacerse ciudadanos, esperando obtener a cambio sus votos. Los partidos norteamericanos eran los que organizaban estas actividades, por supuesto.

En la Argentina, a pesar de este caso poco común, en general los extranjeros no se nacionalizaban. Y esto no era porque los partidos locales no trataran de conseguir su apoyo, sino porque la resistencia a perder su ciudadanía de origen era muy grande entre la mayor parte de los nuevos habitantes, como ya lo observara Sarmiento.

En cuanto a las formas de la organización partidaria, uno de los primeros teóricos del radicalismo, Joaquín Castellanos, planteaba la necesidad del caudillismo en nuestro ambiente. Afirmaba que

> *los males políticos del presente no son la herencia de los caudillos, sino al contrario, una resultante de su desaparición durante un ciclo histórico, en el que aún se hacen necesarios para la organización y la dirección de las fuerzas populares.* [7]



Para Castellanos lo malo no era el caudillismo, sino el caciquismo, y lo peor de todo, la indiferencia cívica. Quizás haya aquí una mera cuestión de nombres --caudillismo versus caciquismo-- pero el hecho es que Castellanos estaba señalando una característica general de la política, que es su necesidad de que emerjan personalidades de destaque, capaces de dar liderazgo a los demás.

Una sociedad moderna genera este tipo de dirigencia con menor elemento personal que una más novata en las lides cívicas. De todos modos, aun en esos países de mayor desarrollo político a menudo la dirigencia tiene un elemento sorprendente de personalismo. No había que enceguecerse, entonces, en la copia de un modelo "moderno" que a lo mejor no existía ni siquiera en los países donde se lo pensaba poder encontrar.

Extrañamente, Castellanos criticaba a Roca por no ser un caudillo, pues "no conoce los comités". Más caudillos, en el buen sentido de la palabra, habían

sido Mitre, Alem, el mismo Bernardo de Irigoyen y también Pellegrini. Es significativo que, enfrascado en la lucha interna contra Hipólito Yrigoyen, Castellanos no lo reconociera como potencial caudillo.

Ligado al tema de los caudillos estaba el de los partidos, que gran parte de la opinión pública de la época consideraba excesivamente facciosos, poco constructivos. Para Castellanos, en cambio, "el gobierno de partido, tal como debe entenderse y no como se ha practicado entre nosotros, es el verdaderamente lógico, el más moral, el único posible en definitiva". En cuanto a los partidos de la izquierda, no temía su influjo, pues pensaba que eran un fenómeno natural. De todos modos, si se hubiera aprobado una legislación agraria para sacar de las ciudades a la excesiva población que había en ellas, el socialismo tendría mucho menor fuerza. [8]

EL MOVIMIENTO OBRERO Y LA IZQUIERDA

Desde fines del siglo anterior, el Partido Socialista se había formado agrupando a un amplio espectro ideológico, sindical y étnico. Ya vimos cómo varios grupos de extranjeros participaron en su formación (1894-1896). Además, diversos sindicatos mandaron representantes, y hubo sectores ideológicos filoanarquistas así como marxistas de posición más revolucionaria que la de Juan B. Justo, como Germán Avé Lallemant.

Un miembro de la directiva del Sindicato de Herreros y afines, anunciando la formación del partido, informaba que su sociedad había enviado un delegado, aunque se quejaba de la falta de consultas por parte del proyectado Comité Ejecutivo. Los anarquistas italianos de *L'Avvenire* decían que ellos se habían separado de la organización socialista cuando se había decidido convertirla, luego de largas negociaciones, en partido con "programa mínimo". [9]

También participaba un influyente grupo intelectual, con figuras como José Ingenieros, Roberto Payró, Leopoldo Lugones y Carlos Madariaga, nucleados en un Centro Socialista de Estudios, creado por Juan B. Justo en 1896. Luego se les añadirían otros escritores, como Manuel Ugarte. Ugarte se orientó hacia posiciones de solidaridad latinoamericana, actitud poco compartida en el partido. En 1913, ante lo que consideraba una referencia despectiva hacia Colombia en *La Vanguardia*, Ugarte inicia una polémica, que enseguida toca el tema del nacionalismo y de lo que él consideraba el "antipatriotismo" y el poco respeto a la bandera nacional (por contraste con la roja de la revolución) ostentado por el partido.

La discusión alcanzó gran repercusión y en su transcurso se dio una reyerta entre Ugarte y Alfredo Palacios, ya diputado, que debía resolverse con un duelo entre ambos caballeros. El resultado: los dos expulsados. Palacios retornaría después de varios años, mientras que Ugarte continuaría de manera independiente su prédica de nacionalismo latinoamericano con orientación socialista.

La integración de tendencias tan diversas como las que habían convergido en su fundación resultó difícil de sostener, y con el tiempo el partido



evolucionó hacia una forma de ortodoxia socialdemócrata que lo aisló un tanto del ambiente político local. Juan B. Justo rechazaba la "política criolla", y pensaba que el proceso inmigratorio seguiría con la misma intensidad durante décadas. Eso hubiera hecho posible una forma de acción distinta que la que de hecho se impuso cada vez más, pues seguía habiendo un muy numeroso país criollo, que buscaba otras formas de expresión.

Esta disyuntiva se enfrentaba cuando los dirigentes del partido o del sindicalismo en general, viajaban al Interior, para ayudar a la formación de sindicatos. Hacia la época en que Bialet Massé visitó esa región, el dirigente obrero socialista Gregorio Pinto, continuando la tarea iniciada por Adrián Patroni, intentó organizar sindicalmente a los trabajadores del azúcar (1905). Pero no consiguió ningún efecto duradero, pues para que la gente local se moviera había que "ejercer el rol de monarca de un estado autoritario", y él se negaba a actuar de esa manera. Quizás tampoco pudiera hacerlo, aunque quisiera. Años después comentaría, un poco dubitativo:

> *Hemos contribuido sin querer a que la organización (en Tucumán) no continúe. Con las prácticas gremiales aprendidas no hemos podido ser capaces de decirles a los peones 'vayan allá', 'quédense aquí'. Les hemos dicho 'la asamblea resolverá', la comisión, los estatutos... 'no hay jefes entre nosotros'... y sigo creyendo que así he cumplido con mi deber pero duele decir que los peones azucareros siguen siendo monoteístas. Sin ídolo no hay lucha.* [10]

La preocupación de los activistas obreros por el concepto de "ídolo" era común en aquel entonces. El periódico sindicalista revolucionario *Acción Socialista* decía en un editorial denominado "Génesis del ídolo", que "la imbecilidad del pueblo lo crea, y el caudillo no puede sino ser el prototipo del imbécil".[11] A este editor, evidentemente, no le preocupaba ofender ni a su público ni a las autoridades. Seguramente pensaba que el progreso histórico iba a barrer con estos resabios del pasado y de la ignorancia, y que quienes no pertenecieran al sector esclarecido del pueblo no se tomarían el trabajo de leerlo.

Para Juan B. Justo --más cuidadoso en sus expresiones que aquellos militantes más rudos-- lo importante era la organización de la clase obrera:

> *La forma más simple es el club o centro en que se reúnen los trabajadores de un ramo y una ciudad, sin comisión permanente en sus comienzos. Cuando disponen ya de un local y tienen una caja que guardar, designan una comisión, pero este rudimento de órgano ejecutivo apenas abrevia las tareas de la asamblea, que delibera y resuelve aún sobre las cuestiones de detalle. No así los gremios principales de las grandes ciudades modernas. Imposible que los 8.500 obreros sastres de Buenos Aires, ni los 15 ó 20.000 trabajadores de la casa Krupp de Essen, reunidos en masas, deliberen con acierto. Necesariamente predominaría en esas multitudes la opinión de los hombres de voz más estentórea y desaforado gesto.*



Al elevarse el número de secciones coligadas, se hace preciso designar uno o más funcionarios permanentes del gremio, que es preciso también pagar de un fondo central (y que) desarrollan sus aptitudes y se califican cada vez más. [12]

Luego describe Justo la constitución del gremio de Caldereros de Inglaterra, "de una democracia primitiva e inadecuada para una organización de tal magnitud; (que) había caído en completo desuso y, en realidad, el gremio era administrado y dirigido por una burocracia de hombres capaces y honorables, formada por los funcionarios a sueldo, siempre reelectos, y dócilmente secundados por el Comité éjecutivo". Este modelo es un poco extremo, pero obviamente Justo lo considera más eficiente que una estructura de mayor participación de base.

Da, sin embargo, otro ejemplo a su juicio más eficaz, que vio en Alemania: una mezcla de burocracia centralizada y activismo en las secciones locales. Estas "son siempre, en cierta medida, asambleas deliberantes, lo que, para la masa de afiliados, hace más eficiente su función educativa. Pero las principales cuestiones relativas a la acción del gremio son resueltas por el Congreso de la Federación, formado por representantes con amplios poderes, no por simples delegados con mandato imperativo, y por el Comité Federal, elegido y fiscalizado por el Congreso". [13]

Los anarquistas, en cambio, rechazaban toda esta compleja organización que llevaba a la burocracia y quizás a la corrupción de los dirigentes, o por lo menos a la pérdida de su impulso revolucionario. En el caso más extremo de los anarquistas individualistas, "rechazan toda organización artificial, todo reglamento, toda liga, toda especie de centro o de simple comisión". En un artículo de un periódico de esta tendencia, *L'Agitatore*, de Bahía Blanca, titulado "Seamos bárbaros", Julio Camba invocaba "la edad venturosa de nuestros primitivos, aquellos hombres velludos que errabundaban libremente por las selvas". Después de ese exordio algo retórico, agregaba, más seriamente: "Necesitamos rebelarnos contra la cultura. La fuerza: hé ahí todo lo que nos hace falta".

En sus desordenadas lecturas en las Bibliotecas Populares, muchas de ellas creadas por Sarmiento, los militantes se "envenenaban" --ya lo había predicho Alberdi-- no sólo con los libros del *corpus* marxista y anarquista sino también con los de Spencer y aun los de Nietzsche. Uno de ellos concluía: "El antiguo grito 'proletarios de todos los países, uníos', ha hecho bancarrota. 'Proletarios de todos los países, rebelaos', es lo que hay que gritar". [14]

Contra la organización burocrática, contraponían el individuo, y no rehuían aceptar el nombre de aristocratizantes que sus adversarios les lanzaban. El mismo periódico reproduce al respecto un texto del italiano Umberto Faina, en que caracteriza al pueblo como a un gran enfermo, que tiene en su seno "un tumor gangrenoso: la plebe. Ha sido siempre la sicaria de los poderosos, la asesina de todas las aspiraciopnes al bienestar, a la justicia, al amor." Al autor no le importa que lo llamen aristócrata: lo es, dice, "en el culto estético, que siento vivo en mí, de una idea que, como la nuestra, es noblemente, artísticamente gentil y perfecta". [15]

L'Agitatore, el periódico donde aparecieron esos textos, tuvo que mudarse a Montevideo, y luego, al retornar a Buenos Aires, ya se definía simplemente como "bimensile individualista". En un artículo de J. Zonchetti, fechado en Asunción, contraponía dos grandes tendencias: el cristianismo, que cree en el bien de los demás, y el individualismo, que cree en el bien propio, como ha sido predicado por Emerson, Stiner y Nietzsche. [16]

Otros, iniciado su camino en el anarquismo, terminarían en el fascismo, como Juan E. Carulla. Evidenciando algunas de sus posteriores tendencias, ya en 1915 escribía, en el prestigiado periódico cultural dirigido por el poeta anarquista Alberto Ghiraldo, que "la existencia de razas superiores e inferiores, en razón de civilización, es innegable, aunque ello repugna a la estrechez mental de ciertos sociólogos profesionales. La historia nos demuestra que en todo momento una de estas razas, más o menos definida, ha desempeñado, desde el punto de vista de la civilización, una función rectora con respecto a los demás grupos étnicos". Por el momento, la conclusión que sacaba de este hecho era que los anarquistas debían apoyar a los aliados contra Alemania, a pesar de que esa lucha no era, obviamente, una lucha de clases. [17]

En la revista *Ideas y figuras* se expresaba, en general, el sector más moderado, más "organizador" del anarquismo, cercano al sindicalismo revolucionario. Uno de los miembros de esa corriente, Juan Pallas, hablando de la "nueva etapa" en que ahora se encontraba el movimiento obrero, que sería de tipo evolucionista, la contrastaba con la tradicional, en que

> *el mayor éxito estaba destinado para los que hablaran más profundamente a los sentimientos que a la razón.*
> *La agitación de pura cepa, demagógica, que propugna por la 'revolución social inminente' y que en Europa entró ya en su ocaso, se halla aún aquí en su hora propicia".* [18]

En este ambiente de ideas tan contrapuestas, la Revolución Mexicana de 1910 (que se consolidó recién en 1920, al costo de un millón de muertos) produjo un efecto que es casi comparable al de la Revolución Cubana décadas después, aunque pronto fue eclipsada por la que estalló en Rusia. El órgano de la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA), entidad que se había formado en 1910 con socialistas, sindicalistas revolucionarios y algunos anarquistas "evolucionistas" (en contra de la más tradicional FORA anarquista), saludaba a los compañeros mexicanos, en un artículo titulado "La revolución obrera en Méjico. La burguesía en peligro. Ayudemos a nuestros hermanos", y afirmaba con entusiasmo que "los obreros mejicanos han realizado ya lo que nosotros jamás hemos siquiera intentado: derrotar fuerzas del ejército sostenidas por fuertes baterías". Y eso que el proceso recién empezaba. [19]

Entre los socialistas y los anarquistas se ubicaban los sindicalistas revolucionarios, que se separaron del Partido Socialista en 1906, e incorporaron luego a grupos de procedencia anarquista. Consideraban a los sindicatos como la forma de organización de la sociedad futura, en la que estarían a cargo de dirigir la producción, sin Estado. La forma de lograr la

transformación revolucionaria sería a través de la huelga general, que paralizaría el funcionamiento del Estado y de sus órganos represivos. Rechazaban también la acción de los partidos políticos y de los intelectuales, de quienes desconfiaban profundamente.

Muy representativo de esta actitud es un artículo titulado "La subclase intelectual", aparecido en un periódico de esa orientación. En él se dice que una cosa son los creadores como Marx o Sorel, de los cuales casi no hay ejemplos en la Argentina. En cuanto a los demás, son unos "asalariados de la pluma, y quizá el primer explotador del trabajo ajeno ha sido el intelectual. En todo caso, y esto está fuera de duda, él ha sido el aliado de los fuertes y de los explotadores". El origen histórico del intelectual se puede ubicar en el momento en que "la capacidad productora del hombre llegó a permitir la acumulación de productos". En la actualidad, "hay que destruir a la casta intelectual, (para que) la labor intelectual no sea monopolio de una determinada categoría de individuos".[20]

Los sindicalistas revolucionarios estaban también muy enfrentados a los anarquistas "duros", que controlaban la FORA, que se había dividido en dos en su Quinto Congreso, realizado en 1905. Desde entonces la FORA de los anarquistas era llamada "la FORA del Quinto Congreso", y sus adherentes "quintistas", y se expresaba en el periódico *La Protesta*. Sus adversarios los condenaban como "clericales de la lucha obrera", aduciendo que habían convertido a ese periódico en "una tribuna mística y antirrevolucionaria". Con menor cortesía, los gremialistas de *La Confederación* los tildaban de "vagos, ex policías, procuradores, tinterillos y aves negras de toda especie que redactan La Protesta".[21]

Por otra parte, la relación entre socialistas y radicales no era fácil, debido quizás a las características personalistas y muy "criollas" del liderazgo de Yrigoyen, así como al purismo ideológico del partido dirigido por Juan B. Justo. En el Partido Socialista había un cierto enfrentamiento entre su práctica claramente moderada y reformista, y algunas de sus declaraciones teóricas, que eran de subido corte marxista. Para compatibilizar ambas características, el partido diferenciaba su "programa máximo", que planteaba una socialización total de la propiedad, de su "programa mínimo", único que se presentaba al electorado y sobre el que se basaba la acción parlamentaria y sindical de sus adherentes.

En el campo se daban a veces también fenómenos de agitación social que podían conectarse con los de la ciudad. En la zona maicera del norte de Buenos Aires y sur de Santa Fe se generalizó en 1912 una protesta de la gran cantidad de arrendatarios, en su mayoría italianos, que eran los que cultivaban el cereal en esa zona, como se vio en el capítulo anterior.

La huelga fue decidida en una reunión en la Sociedad Italiana, de la localidad de Alcorta, de ahí el nombre de "Grito de Alcorta" con que se conoce este movimiento. Durante su transcurso hubo participación de dirigentes socialistas y anarquistas. También el recientemente electo gobierno radical de Santa Fe apoyó la protesta, y lo mismo ocurrió con sectores de la prensa y del comercio, que culpaban a los grandes acopiadores internacionales de ser los causantes de la crisis.

Como resultado de esta acción colectiva, que duró tres meses e involucró a una gran cantidad de gente, se formó la Federación Agraria Argentina (FAA), dirigida por Esteban Piacenza, con fuertes influencias de izquierda. La FAA estableció un acuerdo de acción conjunta con la FORA de orientación sindicalista (llamada FORA del IX Congreso para distinguirse de los anarquistas del V Congreso). [22]

EL ESPECTRO DE LAS FUERZAS CONSERVADORAS Y LIBERALES, Y LOS ORIGENES DEL NACIONALISMO

El conservadorismo tradicional argentino tenía su base en la clase alta agropecuaria, muchos de cuyos miembros habían participado desde antiguo en el ambiente político local. La burguesía, en cambio, mayoritariamente extranjera y sin carta de ciudadanía, ofrecía un déficit de participación, y por lo tanto debilitaba lo que podría haber sido una fuerza conservadora moderna o liberal. El Partido Demócrata Progresista, en sus inicios, cumplía ese rol, y por eso fue elegido como principal vehículo del esfuerzo renovador pero continuista del sector gobernante.

La fracción más netamente tradicionalista de las fuerzas de la derecha era el Partido Conservador de Buenos Aires, dirigido por Marcelino Ugarte, que desconfiaba de las innovaciones y prefería jugar a lo seguro. La división entre estas dos alas de la derecha o centro derecha argentina fue la responsable de que no hubieran podido enfrentar con éxito el reto de Yrigoyen, y de que luego su apoyo electoral se diluyera rápidamente.

Hacia la época del Centenario aparecieron dos libros que reflejaban un creciente sentimiento nacionalista. Este comenzó expresándose dentro de cauces liberales, y luego evolucionó en diversas formas. Esos dos libros fueron *La restauración nacionalista*, de Ricardo Rojas (1909) y *El diario de Gabriel Quiroga*, de Manuel Gálvez (1910).

Ricardo Rojas, cuyo padre fue gobernador de Santiago del Estero, venía de la clase alta local. Estudiante en Buenos Aires, pasó por el impacto de sentirse un "Don Nadie" en medio de la ola de inmigrantes que hacían fortuna y no sabían nada de su pago chico ni de sus tradiciones y prestigios. Impactado por la Generación española del 98, que incluía figuras como Miguel de Unamuno, realizó un viaje a Europa enviado por el gobierno para ver cómo se hacía ahí el estudio de la Historia. Se dio cuenta de que esos países eran menos internacionalistas de lo que podían aparecer vistos de lejos. Al volver resumió sus puntos de vista en *La restauración nacionalista*.

Manuel Gálvez provenía de una familia acaudalada y ligada a la política de la provincia de Santa Fe, a la que había dado caudillos locales y un gobernador, tío de Manuel. Se recibió de abogado en Buenos Aires, a donde llegó muy joven, lleno de ideas de anarquismo cristiano bebidas en los libros de León Tolstoy. También estaba influenciado por la prédica de José Enrique Rodó, el autor uruguayo de *Ariel*, obra que tuvo gran impacto en el continente, pues contraponía el "espiritualismo" latinoamericano al "materialismo" anglosajón.



En *El diario de Gabriel Quiroga* elige un personaje habituado a la introspección y a confiar sus ideas al diario íntimo, para expresar sus propias ideas. Gálvez buscaba una regeneración nacional, a través de una pequeña élite de gente dedicada a un ideal, por encima de la multitud. Dada esta posición aristocratizante no simpatizó en un inicio con Yrigoyen, aunque se acercó más tarde a apoyarlo, recién en 1928, pero por poco tiempo.

Rojas y Gálvez habían participado en la revista literaria *Ideas* (1903-1905), junto a Mario Bravo y Alberto Gerchunoff, que se orientarían luego hacia la izquierda. Como poetas, admiraban a Rubén Darío, aunque, como luego recordaría Gálvez,

> *carecíamos de fervor hacia las princesas, las marquesas versallescas y la Grecia de tercera mano que nos evocaban el maestro y sus discípulos inmediatos. Nosotros éramos mucho menos cosmopolitas que ellos, y en nuestra subconsciencia se agitaban ya, seguramente, las imágenes de los seres y de las cosas de nuestra tierra, que haríamos vivir más tarde en nuestros libros.* [23]

Rojas era fundamentalmente laico, y en 1930 se afilió a la UCR. Gálvez, después de un breve período izquierdista en su juventud, se convirtió al catolicismo, y tuvo una accidentada evolución ideológica, que lo llevaría al fascismo y al apoyo a la revolución de 1930. Incluso su breve fascinación por Yrigoyen (de quien escribió una biografía muy vendida en su tiempo) se basaba en que le veía un gran parecido con el *duce* italiano. Ambos autores desconfiaban del rol demasiado preponderante de los extranjeros, y pensaban que había que revisar los enfoques de Alberdi y Sarmiento, pero Gálvez, en el Diario, es más duro:

> *Sarmiento y Alberdi hablaron con encono de nuestra barbarie y predicaron la absoluta necesidad de europeizarnos. Tanto nos dijeron que en efecto nos convencimos de que éramos unos bárbaros y con una admirable tenacidad nos pusimos en la tarea de hacernos hombres civilizados. Para eso se empezó por traer de las campañas italianas esas multitudes de gentes rústicas que debían influir tan prodigiosamente en nuesstra desnacionalización. Después se imitó las costumbres inglesas y francesas, vinieron judíos y anarquistas rusos y se convirtió a Buenos Aires en un mercado de carne humana.*
>
> *Y por último todo el mundo puede ahora leer, gastando apenas treinta centavos, a Voltaire, a Marx, a Kropotkine y a Boakounine. Como se vé, estamos completamente civilizados.* [24]

CAPITULO 27

EL PRIMER GOBIERNO DE YRIGOYEN (1916-1922)

TRAYECTORIA POLITICA

Yrigoyen, al llegar a la presidencia, a los 64 años, era casi una figura mítica en el escenario nacional. Sus orígenes sociales eran muy modestos. Su madre, hermana de Leandro Alem, se casó con un vasco francés analfabeto, Martín Yrigoyen, que distribuía leche en su carro, todavía en época de Rosas. Con el tiempo el padre de Hipólito llegó a tener una buena tropa de carros, de los que se usaban para desembarcar pasajeros y mercaderías en el puerto.

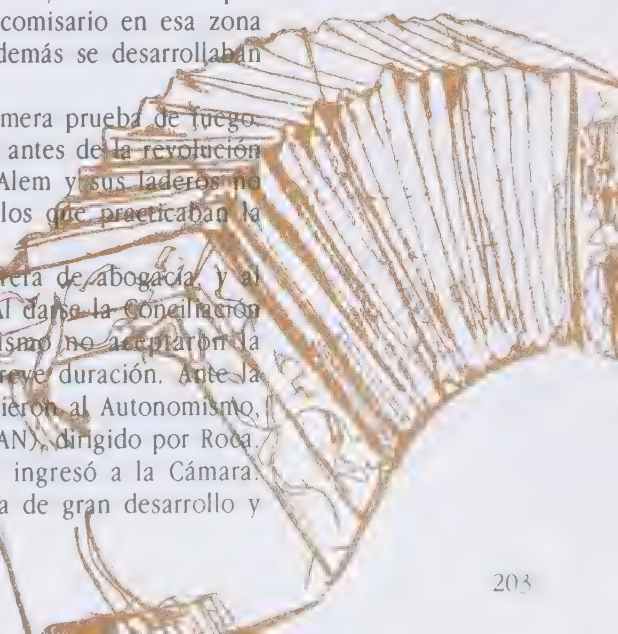
Alem, su tío, de atormentada vida, había tenido que enfrentar terribles adversidades desde la muerte de su padre, fusilado en 1853. Pero había conseguido salir adelante y recibirse de abogado. Pronto se orientó hacia la política, y dado su ambiente de origen, le era fácil actuar en las estructuras de apoyo popular en que se basaba el autonomismo.

Alem llegó a ser el caudillo de Balvanera, barrio bravo de aquel entonces. Era experto en conducir gente a las urnas, rodearlas, impedir la entrada de los rivales y demás artes de la política criolla. A pesar de eso, desarrolló una concepción ética de la vida, que le transmitió al sobrino, quien a su vez la consolidó con lecturas de un filósofo alemán de segunda línea, Karl Krause, discípulo de Kant y teórico de los valores morales.

En la práctica política Alem señoreaba su parroquia, valiéndose de los "muchachos", especialmente su hijo Lucio y sus dos sobrinos Hipólito y Roque. A Hipólito le consiguió un puesto de Comisario de Policía, en Balvanera por supuesto, cuando apenas tenía 20 años de edad. Ser comisario en esa zona exigía ciertas dotes de coraje, fuerza y astucia, que además se desarrollaban con la experiencia.

A los dos años de tener ese puesto, pasó por su primera prueba de fuego: las elecciones de diputados a comienzos de 1874, poco antes de la revolución mitrista de fines de ese año. Los tiros abundaron, y Alem y sus laderos no estaban en ese momento necesariamente del lado de los que practicaban la pureza del sufragio. Eso vino más tarde.

Hipólito, mientras tanto, hacía con dificultad la carrera de abogacía, y al terminar consiguió un empleo en un estudio jurídico. Al darse la Conciliación entre Avellaneda y Mitre algunos "duros" del alsinismo no aceptaron la componenda y formaron el Partido Republicano, de breve duración. Ante la renovación presidencial de 1880, Alem e Yrigoyen volvieron al Autonomismo, ahora transformado en Partido Autonomista Nacional (PAN), dirigido por Roca. En las elecciones de comienzos de ese año Yrigoyen ingresó a la Cámara. Como diputado, consiguió crédito fácil --era una época de gran desarrollo y



euforia financiera-- y compró un campo en Nueve de Julio, y más tarde otro en Las Flores.

Luego vinieron los años de acción más pública, que comenzaron a la sombra de Alem en la Revolución del Parque (1890) y en las de 1893, y luego un distanciamiento con su tío. Al morir éste y Aristóbulo del Valle en 1896, la dirección del partido quedó en manos de Bernardo de Irigoyen (de quien Hipólito no era pariente). Hipólito se perfila entonces como jefe del ala intransigente, y después de un enfrentamiento con don Bernardo, emerge como jefe único de la UCR. Pronto, la revolución de 1905 será su sola responsabilidad. [25]

Durante los años de transición, especialmente bajo Figueroa Alcorta y Roque Sáenz Peña, se trató repetidamente de cooptarlo, sin éxito. También Pellegrini y Marcelino Ugarte intentaron incorporarlo a sus planes políticos, pero no consiguieron resultados concretos. Ya estaban lejos los años formativos en aquel lejano Balvanera de su juventud. Ahora trataba de llevar a la práctica las últimas palabras del caudillo desaparecido: que se rompa, pero que no se doble.

Convicción moral u obsesión por el poder no compartido, cada uno lo podía interpretar a su manera. Lo cierto es que de este modo canalizaba profundos sentimientos populares, deseosos de renovación, que lo ensalzaban como líder regenerador, o "reparador" de la nacionalidad. Existía una "causa", que enfrentaba al "régimen" corrupto.

El destino quiso que llegara al gobierno, pero no al poder, por la lentitud del sistema representativo en reflejar la opinión pública. El Senado, con cargos de nueve años de duración, y un gran peso dado a las provincias más conservadoras del interior, se mantuvo como bastión opositor. Lo mismo ocurrió con el Poder Judicial. La propia Cámara de Diputados, al comienzo, le era opositora. Las minorías renovadoras, o sea los socialistas (de la Capital especialmente) y los demócrata progresistas (de Santa Fe) tampoco lo apoyaban, y la tradición intransigente de la UCR le dificultaba entrar en alianzas con estas fuerzas. Entre los mismos radicales había grupos disidentes (fuertes en Santa Fe especialmente) con los que no era fácil entenderse.

LA DIFICIL SITUACION INTERNA: EN EL GOBIERNO PERO NO EN EL PODER

La mayoría de los gobiernos provinciales era resultado del fraude que sistemáticamente se ejecutaba, salvo en algunos distritos desde la aplicación en 1912 de la Ley Sáenz Peña. Pero en muchas provincias aún las elecciones locales se hacían por la disposiciones tradicionales. El caso más flagrante era el de la Provincia de Buenos Aires, verdadero feudo de Marcelino Ugarte.

Disponía éste de una máquina política distribuida en todas las localidades, con grupos de matones que complementaban la acción de la policía venal. Mediante intercambio de favores se conseguía formar una clientela electoral --a veces formada con libretas compradas-- no necesariamente mayoritaria, pero

bastante activa como para intimidar a los opositores.

Un mentado caso fue el asesinato del joven militante socialista De Diego, en Quilmes, en 1913, según denunciaba un periódico local, perteneciente a una fracción rival del mismo Partido Conservador:

> *Iniciada la asamblea (de proclamación del candidato Palacios a la gobernación), se sucedieron los discursos, tocándole el turno a nuestro convecino el señor Francisco Cúneo. Este, con la claridad de expresión habitual, hizo el proceso de la actual administración, poniendo de manifiesto los escandalosos negocios que realiza y la manera como se dilapidan los dineros públicos.*
> *En la sala había emisarios del intendente, que llevaban la versión de lo que se decía de él, que estaba en la confitería de la estación. En el transcurso de su peroración Cúneo preguntó a la sala si estaba conforme con las actuales autoridades, y un* no! *atronador hendió el espacio, yendo a golpear los tímpanos del cacique, que con aire insolente comentaba el acto. Un sí! no menos atronador fue la respuesta dada a la pregunta de si estaba dispuesta a derrocar las autoridades. Estos hechos exasperaron al caudillo, despertando sus brutales instintos, los que poco tardaron en estallar.* [26]

Al terminar el acto, Cúneo tuvo la mala idea de ir a tomar un café a la misma confitería, con su esposa e hijo, y fue agredido por la gente que rodeaba al intendente. El joven militante De Diego, entonces, increpó al jefe comunal por permitir estos procedimientos, ante lo cual recibió una cuchillada por la espalda, que le resultó fatal. No fue posible castigar a los culpables, protegidos por la máquina de influencias dirigida por Ugarte. Episodios de este tipo se repetían con frecuencia, y las denuncias en la prensa y en el parlamento no eran eficaces.

Ahora, desde el Poder Ejecutivo, lo menos que correspondía hacer era mandar la intervención. No era fácil justificarla porque no se había dado una grave alteración del orden, pero se podía armar una "carpeta" llena de antecedentes. Al final, Yrigoyen, durante el receso del Congreso, decretó la intervención.

Descabezada la hidra, las intervenciones en otras provincias se suceden. El gobierno no puede menos que emplear los elementos humanos con que cuenta, en muchos casos deseosos de venganza contra las autoridades anteriores. Ahora quienes cometen abusos, a menudo, son los mismos radicales. En algunas provincias intervenidas las conservadores tienen una mayoría electoral, basada en sus prestigios locales y los hábitos de respeto tradicional hacia sus superiores por parte de la población local. Hay que forzar la mano al electorado, entonces, y todo un ciclo vicioso se inicia. Pero la mayoría del país sigue apoyando al gobierno.

Varias propuestas legislativas de Yrigoyen fueron bloqueadas por la mayoría adversa que tenía en el Congreso. Especialmente significativas eran una para la formación de un Banco Agrícola, destinado a ayudar a los colonos, y otra que proponía lanzar un empréstito para formar una flota mercante nacional.



EL IMPACTO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y DE LA REVOLUCION RUSA

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) ya estaba muy avanzada cuando llegó Yrigoyen a la presidencia. La guerra submarina lanzada por Alemania amenazaba también a los neutrales cuyos barcos se acercaran a los países en guerra, pues su objetivo era dificultar su aprovisionamiento de víveres. En 1917 un barco argentino fue hundido, y luego otros dos. La tormenta en la opinión pública, en su mayoría pro-aliada, fue muy grande. Se pedía la ruptura de relaciones con Alemania, a imitación de los demás países del continente. Yrigoyen se rehusó, para marcar la independencia del país, sin por eso simpatizar con la política de Alemania. Consiguió durante todo su gobierno mantener la neutralidad y resistir a intentos de presión por parte de los Estados Unidos e Inglaterra. Cuando, terminada la guerra, se organizó la Sociedad de las Naciones (precursora de las actuales Naciones Unidas) la Argentina no se plegó, por considerar que los derechos de los países menos poderosos no estaban suficientemente garantizados.

Como parte de la política neutralista, Yrigoyen convocó a un Congreso Latinoamericano que respaldara esa posición, pero no consiguió suficiente apoyo, y el Congreso no pude realizarse.

La Revolución Rusa, iniciada de manera moderada a inicios de 1917, tomó forma más radical con el acceso de los bolcheviques al poder, en noviembre de ese año (octubre según el calendario tradicional ruso). El impacto sobre el movimiento obrero, la izquierda y la juventud en general fue muy grande. Se pensaba que estaban creadas las condiciones para una serie de revoluciones socialistas en escala mundial. Algo de cierto había en esó, pues a fines de 1918, al producirse la derrota de Alemania, hubo en ese país un intento muy serio, aunque fracasado, de toma del poder por los obreros revolucionarios. También en Hungría hubo un corto régimen comunista en 1919, y en Italia ese año se produjeron intentos en el mismo sentido, con ocupaciones de fábricas y violencias de parte de grupos enfrentados de derecha e izquierda, de donde emergería el fascismo como reacción.

En la Argentina un sector dentro del Partido Socialista se separó, influido por la nueva experiencia, que en cambio era rechazada por la mayor parte de la dirigencia establecida. Se formó el Partido Socialista Internacional (enero de 1918), con la incorporación masiva de la Juventud, dirigida por el gráfico José Penelón y el jefe del socialismo chileno, Luis Emilio Recabarren, temporariamente en la Argentina. A fines de 1920 cambió de nombre, adoptando el de Comunista, y adhirió a la Internacional centrada en Moscú. [27]

Varios intelectuales, entre ellos José Ingenieros y su discípulo Aníbal Ponce, simpatizaron con la lejana revolución. Ponce, con el tiempo, se transformaría en uno de los principales teóricos ligados al partido.

El clima de ebullición intelectual y búsqueda de nuevos horizontes, era también un resultado de la guerra, que con su inmensa inmolación de vidas ponía en cuestión todas las certidumbres tradicionales. Esta actitud se expresó en cambios en la vida cotidiana, en el arte y la literatura, y también en la Universidad.

En Córdoba estalló, en 1918, la protesta contra el sistema muy arcaico de enseñanza vigente. A la protesta se la conoció como Reforma Universitaria, que planteó la renovación del elenco de profesores, la difusión del sistema de concursos para designarlos, la apertura a la posibilidad de cátedras paralelas y la participación de estudiantes y graduados en el gobierno de la institución.

LA RELACION CON EL MOVIMIENTO OBRERO

Los primeros años de la guerra producen dificultades a la economía argentina, acostumbrada a usar insumos del exterior. No es fácil reemplazarlos de golpe con otros de fabricación nacional. Con el tiempo, sin embargo, esta sustitución de importaciones se va logrando y aumentan las actividades fabriles, aunque a costos muy altos. Todo ese sector queda expuesto a graves pérdidas al terminar el conflicto bélico. Las condiciones para agitaciones sindicales son máximas.

Ya en los primeros meses de la presidencia, las huelgas proliferan. Yrigoyen usa su influencia para lograr avenimientos, siguiendo una tradición que ya Roca había practicado, pero ahora eso se hace en mucha mayor escala. De particular magnitud fue la huelga ferroviaria de 1917, en que el gobierno intervino para lograr una transacción favorable a los sindicalistas.

Otros conflictos eran más difíciles de zanjar. Principal entre ellos fue el que se dio a inicios de 1919 en la gran fábrica metalúrgica de propiedad del empresario de origen italiano, Pedro Vasena. Localizada en Barracas, con sus 2.500 obreros era una de las mayores del país en aquel entonces.

En los primeros días de 1919 una huelga local en esa fábrica degeneró en violencia, al oponerse los huelguistas a que fueran descargados carros a la entrada del establecimiento, donde algunos rompehuelgas aún trabajaban con protección de agentes de seguridad contratados por la empresa. Estos dispararon, matando a cuatro personas.

Había en esos momentos dos federaciones obreras. La numéricamente más grande, la FORA "del Noveno Congreso", dirigida por sindicalistas y socialistas, seguía una política moderada y estaba orientada a entrar en negociaciones con el gobierno para investigar el hecho.[28] La otra organización rival, la "FORA del Quinto Congreso", anarquista, estaba siempre dispuesta a aprovechar las oportunidades de confrontación para acelerar las posibilidades revolucionarias.

La Vanguardia, órgano del Partido Socialista, desaconsejaba la violencia:

Ni nuestro medio político, económico y social --decía-- ni la capacidad constructiva de nuestra clase obrera, permiten suponer o esperar la posibilidad de transformaciones bruscas, hondas y violentas. Nadie que no sea iluso o loco puede aconsejar al pueblo hoy y aquí un alzamiento armado, en el cual tendría mucho que perder y poco que ganar. [29]

Al realizarse un cortejo fúnebre, en camino a la Chacarita, se produjeron enfrentamientos con la policía, que pronto se generalizaron a una gran parte

de la ciudad, con un alto número de muertos. Con motivo de la consecuente indignación general, los anarquistas tuvieron poca dificultad en lanzar una huelga general. La huelga persistió varios días, siendo tomada su dirección, en un cierto momento, por la más moderada FORA del Noveno Congreso.

La violencia, sin embargo, se mantuvo, ocasionando una intervención del Ejército. Al mismo tiempo, grupos de civiles armados actuaban por su cuenta, apoyando a la policía y cometiendo desmanes contra centros políticos y culturales de izquierda, y en el barrio judío, con considerar que "rusos" y "maximalistas" o comunistas era la misma cosa. De esos grupos emergió la Liga Patriótica Argentina, dirigida por Manuel Carlés, que tendría larga vida como entidad nacionalista de derecha, preparada para la acción directa.

La violencia amainó después de varios días, dejando un saldo de 700 muertos y numerosos heridos. Por intervención del presidente Yrigoyen se llegó a una solución en el tema de la fábrica de Vasena, favorable a los huelguistas.

A pesar de este conflicto, en el movimiento obrero, especialmente en su sector más pragmático, las simpatías con el gobierno radical eran amplias. En junio de 1919, a pocos meses de la represión de la Semana Trágica, decía el órgano oficial de los ferroviarios, que el de Yrigoyen era el "primer gobierno popular de la República", y celebraba que hubiera designado al ministro de Obras Públicas (encargado de supervisar los ferrocarriles) sin consultar a las empresas. Un juez federal había condenado a varios obreros, durante una huelga, por "abandono del trabajo". La Federación ferroviaria pidió reconsideración de la medida y encontró eco en el presidente.

Los dirigentes gremiales estaban en medio de dos fuegos. Por un lado, sus convicciones de contenido revolucionario, al menos al nivel teórico --o al de los militantes de base que los acosan en las asambleas-- les recomendaban no creer en los "gobiernos burgueses" ni hacer largas antesalas en los ministerios. Por el otro lado, se daban cuenta de que algo se conseguía con esos métodos. Aunque todavía afirmaban estar en contra del reformismo y de los conciliábulos, decían que sería un error no querer entrevistarse con las autoridades, como en cambio insistían los anarquistas y los "maximalistas". [30]

Para quienes simpatizaban con la Revolución Rusa había también noticias difíciles de interpretar, que venían de la Unión Soviética. Allá estaban prohibidas las huelgas, y se impuso la militarización del trabajo, para enfrentar los problemas derivados de la guerra civil y la indisciplina tradicional del trabajador ruso. Un anónimo militante ferroviario escribía que en condiciones revolucionarias esas medidas se justificaban --se supone que siendo de corta duración-- no así en un país burgués como la Argentina. [31]

Hacia el final de la presidencia se generó un serio conflicto en el sur patagónico, zona de grandes estancias lanares. En tiempos de esquila se concentraban grandes masas de trabajadores itinerantes, muchos de ellos inmigrantes europeos con tradiciones sindicales, otros provenientes de Chile, gente con menor experiencia organizativa.

Ya en 1920 existía en Río Gallegos, en el extremo sur del Territorio de Santa Cruz, un Centro de Oficios Varios, que trataba de organizar también al sector

rural, enviando delegados a las estancias donde se concentraba personal temporario. La confrontación se intensificó con episodios laterales, ocasionándose una huelga de corta duración que fue arreglada a satisfacción de los sindicalistas.

Después de este éxito, se intentó extender la organización obrera a la estancias, y pedir una serie de mejoras a los patrones, a fines de 1920, las que fueron concedidas por algunos empresarios. Pero en otras zonas rurales la represión policial contra los delegados sindicales se hizo sentir, y desde Lago Argentino una gran masa de manifestantes se desplazó hacia la capital para pedir protección judicial. En el medio del camino fueron alcanzados por partidas policiales venidas de ambos extremos, ocasionándose un tiroteo y varios muertos, incluyendo de la Policía.

Este episodio fue tomado como motivo por los extremistas de ambos lados para intensificar la violencia, que se difundió a otros centros de esquiladores. El presidente entonces envió al teniente coronel Héctor Varela al frente de un cuerpo armado para imponer el orden. Una vez llegado en enero de 1921, Varela consiguió calmar los ánimos. Los obreros lo recibieron con muy buena voluntad, y depusieron las armas, entregando a los rehenes que custodiaban en un improvisado campamento. Los participantes en el conflicto se dieron por satisfechos de su mediación, y a los pocos meses el militar volvía a Buenos Aires. Algunos huelguistas, sin embargo, no aceptaron las condiciones, y se prepararon para seguir la resistencia.

El conflicto sindical, por otra parte, prosiguió con diversas alternativas, y la represión oficial se complementó con la acción de grupos civiles de choque pertenecientes a la Liga Patriótica Argentina. En agosto la situación se agravó, con la declaración de una huelga general en el territorio, y la erupción de la violencia por parte de sectores más extremos de militantes obreros. Algunos volvieron a tomar rehenes, e incendiar estancias, cometiéndose abusos que la prensa magnificó al infinito.

Ante la extensión del nuevo conflicto, Yrigoyen volvió a enviar a Varela al frente de más numerosas fuerzas. Esta vez el militar, que gozaba de la confianza del presidente por haber sido militante de la insurrección radical de 1905, y que tenía una predisposición al diálogo, venía con una actitud más dura. Muchos dueños de estancias en el Sur eran extranjeros, y al sufrir ellos los efectos de la violencia de los huelguistas ya transformados en rebeldes --"bandoleros" según la prensa-- la repercusión internacional se hacía obvia y muy grave.

En la represión, Varela se extralimitó respecto a sus órdenes, y decretó fusilamientos y represalias que no estaban dentro de sus atribuciones. Los muertos llegaron al millar, y quedaron como un baldón sobre la política obrera y de derechos humanos del gobierno de Yrigoyen. En el Congreso la oposición intentó una acusación, pero la mayoría radical, por solidaridad partidaria y para evitar un mayor desprestigio del ejército, lo impidió.

LA FACIL SUCESION: DEBILIDAD ELECTORAL DE LA ALTERNATIVA CONSERVADORA

Hacia el final de su primera presidencia, Yrigoyen había conseguido imponer gobiernos radicales en una gran parte del país. En algunos lados había tenido que enfrentar disidencias internas. Los dos casos más importantes fueron los de Mendoza y San Juan.

En Mendoza, Yrigoyen depuso al gobierno conservador con una intervención en 1917. El antiguo dirigente radical, el "gaucho" José Néstor Lencinas, cuyos seguidores eran tildados de "descamisados" y "chusma de alpargata", era amigo de don Hipólito y seguro ganador en las elecciones. Pronto se convirtió en jefe indiscutido de una corriente que combinaba reformas sociales con un gran desorden administrativo y maltrato a los opositores.

Lencinas estableció conquistas sociales como el salario mínimo y la jornada de ocho horas. En su afán de asegurar los cambios, no respetó los mecanismos constitucionales, que daban demasiadas ventajas al régimen anterior, atrincherado en posiciones legislativas y judiciales. Incluso hubo excesos contra la prensa, tanto es así que Yrigoyen se vio obligado a enviar una segunda intervención, en 1919. Pero en las elecciones subsiguientes Lencinas volvió a acceder a la primera magistratura de la provincia, y murió en 1920, transfiriendo el liderazgo a su hijo Carlos Washington. Ante el caos producido por su desaparición, Yrigoyen envió otra intervención más, pero al finalizar ésta volvió a imponerse la UCR Lencinista, con Carlos Washington como gobernador.

En San Juan, Federico Cantoni, hijo de un inmigrante italiano, se proclamaba discípulo de José Néstor Cantoni. En disidencia con el sector de la UCR que seguía las directivas nacionales, se convirtió en jefe de un movimiento que combinó métodos de acción directa y matonismo con medidas de progreso social. En 1920 le había llegado el turno a San Juan de ver su gobierno conservador eliminado por una intervención nacional. Yrigoyen consiguió producir una unidad de los radicales, asegurándose que ganara la gobernación el radical independiente Amable Jones.

Se le atribuyó al bloquismo el asesinato de Jones en 1921, y muchos otros abusos contra legisladores y miembros del Poder Judicial. Para controlar la situación tuvo que intervenir el ejército nacional, pero el partido que ahora formó Cantoni, la UCR Bloquista, se robusteció como fuerza mayoritaria que constantemente reemergía después de los intentos centrales de desalojarla del poder.

Tanto en Mendoza como en San Juan estos radicalismos disidentes adoptaron formas populistas, con elementos de izquierda. El hermano de Federico Cantoni, Aldo (gobernador luego, en 1926), había sido fundador del Partido Socialista Internacional, y tanto él como su hermano trajeron al régimen inaugurado por el bloquismo iniciativas sociales avanzadas. Extrañamente, sin embargo, en su antagonismo al yrigoyenismo, terminaron por aliarse a los sectores de derecha de la UCR, cercanos a Alvear.

Las fuerzas conservadoras estaban en un estado de debilidad electoral que amenazaba orientarlas cada vez más hacia salidas golpistas, o hacia modelos no democráticos, como los de tipo corporativista. Por el momento, esas tendencias estaban en latencia, aunque ya en el ejército se había formado una Logia General San Martín, destinada a resistir los intentos de Yrigoyen de alterar las cadenas naturales de promoción para favorecer a sus correligionarios. Entre sus miembros figuraban Arturo Rawson, Pedro P. Ramírez, Carlos von der Becke y Juan Pisarini.

Como suele pasar en las sucesiones de importantes jefes políticos, la designación recayó sobre una figura con pocas posibilidades de convertirse en serio rival. El elegido fue Marcelo T. de Alvear, de una antigua y prominente familia argentina (era nieto del prócer de la independencia). Había vivido muchos años en París, donde era embajador, y se lo consideraba poco orientado hacia el poder. De hecho, como también suele suceder, fue un hueso más difícil de roer que lo esperado. Su vicepresidente fue Elpidio González, de clara fe yrigoyenista, puesto ahí "por si acaso".

En las elecciones el radicalismo sacó el 56% de los votos, contra sólo el 24% de la principal oposición, la Concentración Conservadora. Demócratas Progresistas y Socialistas tuvieron que contentarse con menos del 10% cada uno. Los guarismos eran muy desiguales, salvo que todos se unieran contra la UCR. Eso era feo, y por cierto que cualquier intento en esa dirección era marcado a fuego por don Hipólito como "contubernio", una forma poco airosa de matrimonio en la época romana. Pero también podía suceder que la UCR se dividiera, lo que era además natural dado su gran monopolio del poder, al menos en el aspecto electoral.

CAPITULO 28

LA PRESIDENCIA DE ALVEAR (1922-1928)

LA DIVISION RADICAL: YRIGOYENISMO Y ANTIPERSONALISMO

Cuando Alvear armó su ministerio, sólo incluyó a un yrigoyenista. Aparte de los dos encargados de los ministerios militares, sin afiliación, los otros cinco eran del grupo de antiguos partidarios de Alem, o sea, alejados de la fidelidad yrigoyenista. El panorama se ensombrecía. La derecha se alegraba de ver eliminado a todo el elenco plebeyo de fanáticos de don Hipólito. Este, de todos modos, prometía volver dentro de seis años, y en eso cumplió.

Ya a los dos años del nuevo gobierno, la división se había materializado. Los seguidores de Alvear --no él personalmente-- formaron la Unión Cívica Radical Antipersonalista, mejor conocida como "los galeritas". Los yrigoyenistas



Alvear

quedaron con el control de la UCR. Esta división facilitó la figuración electoral del socialismo en la Capital Federal.

El radicalismo era una fuerza de muy heterogéneos orígenes. Ya vimos que Manuel Carlés, dirigente de la Liga Patriótica Argentina, había sido afiliado radical. Entre los antipersonalistas se incluían algunos de los más connotados primeros orientadores del movimiento, como Joaquín Castellanos y Francisco Berroetaveña. Un extraño personaje, en este grupo, era Benjamín Villafañe, que había sido gobernador de Jujuy, y estaba fuertemente atacado por el virus del "peligro rojo". En 1919 prometía ir desde el interior "a salvar la nacionalidad de una guerra civil semejante a la que legara Porfirio Díaz a Méjico con su dictadura pacífica de aparente progreso". Con el tiempo se convirtió en uno de los principales agoreros acerca del peligro revolucionario en el país, que veía en manos "de 500.000 terroristas", y amenazado de una conmoción parecida a la mexicana. Al mismo tiempo denunciaba los negociados de los más diversos gobiernos, lo que lo llevó a ser muy respetado en círculos nacionalistas. [32]

El antipersonalismo absorbió a la diversas disidencias que se habían ido produciendo dentro del partido, por motivos diversos, incluyendo a cantonistas (bloquistas) de San Juan y lencinistas de Mendoza. Estos dos últimos sectores, en vez de ser más moderados y liberales que los yrigoyenistas, eran por el contrario más populistas, y gozaban de apoyos obreros. Durante el gobierno de Aldo Cantoni se realizó una reforma de la Constitución provincial (1927), que dio el voto a la mujer, sancionó la separación de la Iglesia y el Estado, reafirmó la laicidad y gratuidad de la enseñanza pública, abolió el Senado, y garantizó medidas de seguridad social (jubilación, salario mínimo, horario máximo, etc). Medidas parecidas eran promovidas en Mendoza por los Lencinas, pero concitaban la oposición combinada de la Derecha empresaria, y del radicalismo y la izquierda, que condenaban los abusos del poder, la corrupción y la violencia de esos regímenes.

AÑOS DE PROSPERIDAD Y CONSOLIDACION INSTITUCIONAL

La economía del país, durante la mayor parte de la presidencia de Alvear, experimentó un notable crecimiento. La industria se había recuperado del bajón producido por la finalización de la Primera Guerra Mundial, pero necesitaba un mayor estímulo, para poder enfrentar la competencia extranjera. La necesidad de industrializar el país, única forma de seguir dando ocupación a una población que se hacía cada vez más urbana, era sostenida por un núcleo de economistas que fue formado por Alejandro Bunge a través de su *Revista de Economía Argentina*, prestigiado órgano, publicado desde 1918. [33]

Bunge, ya desde 1909, había propuesto una "Unión Aduanera del Sud", englobando a la Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Esto implicaba una tarifa aduanera común, igual en un comienzo a la más alta existente, y la total eliminación de restricciones al comercio entre estos países. Un proyecto semejante fue planteado años después, en Chile, por Eliodoro Yáñez y otros, en combinación con el mismo Bunge, y en 1929 el ministro de Hacienda de



Chile le pidió al economista argentino que actualizara la información sobre la capacidad productiva del conjunto, al que podría unirse Brasil en una segunda etapa. La idea de agrandar el espacio económico propio de los países de América del Sud quedaba lanzada, aunque no tuvo por el momento repercusión a nivel gubernamental.

El plan de Unión Aduanera, como lo planteaba Bunge, implicaba extender el máximo proteccionismo existente a todos los países del área a integrar, y estaba claramente orientado a promover la actividad manufacturera. Existía, sin embargo, un importante sector de políticos y economistas que era menos favorable a la industrialización. No necesariamente porque estuviera en contra de que ella ocurriera, sino porque rechazaba los medios casi siempre necesarios para dar pasos importantes en ese sentido, o sea el proteccionismo, que al encarecer la entrada de mercaderías extranjeras facilitaba su producción local, pero aumentaba el costo de vida.

Después de superada la crisis de la posguerra, intensa hacia 1921/1922, la industria continuó su expansión, especialmente la metalúrgica, que de un índice 10 en 1921 pasó a 29 en 1926 y a 35 en 1930. La rama textil también incrementó su volumen, aunque mucho menos rápidamente, entre los mismos años, de 12 a 15 y 22.

La actividad metalúrgica y textil, de todos modos, era aún embrionaria, como lo indica el valor de sus índices, cuya base es 100 para 1950. Dentro del conjunto de la producción manufacturera, tomando valores promedios para el período 1925-1929, resulta que los rubros textiles sumaban sólo el 3% (a lo que se puede sumar el 7% de confecciones), y los metalúrgicos y de maquinarias el 7%. En su mayor parte, se realizaban en establecimientos pequeños y medianos. [34]

El petróleo era explotado en parte por empresas extranjeras, y en parte por Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), muy promovido por Yrigoyen. Ahora la campaña en defensa de una mayor explotación por el Estado de esa fuente de energía fue conducida por el coronel Enrique Mosconi, con quien colaboraba el coronel Alonso Baldrich. [35]

En Tucumán hubo problemas serios que afectaron a los tres grupos principales en que se dividía la industria:

1. Los empresarios industriales, que además eran dueños, en Salta y Jujuy, de grandes extensiones de cañaverales (no así en Tucumán).

2. Los obreros de la industria y los del surco, entre los cuales había un alto porcentaje de mano de obra temporaria, que migraba desde las provincias vecinas, o desde Bolivia. La sindicalización era aún incipiente entre ellos.

3. Los "cañeros", en general productores rurales de pequeña o media extensión, muy tironeados entre el precio que obtenían de los grandes consorcios industriales y el salario que debían pagar ante las demandas sindicales o las reglamentaciones del gobierno.

En 1923 estalló una huelga, acompañada de amenazas de violencia por ambos lados, y preocupación en las Fuerzas Armadas repecto a una reproducción de los fenómenos de la Patagonia. La situación pudo ser arreglada, con algunas conquistas obtenidas por los trabajadores.

Pocos años después hubo otro conflicto, esta vez entre industriales y cañeros, respecto a las condiciones de molienda. La solución vino a través del llamado Laudo Alvear, de 1928, que estimulaba al pequeño productor, dificultando el uso por parte de los ingenios de sus propias extensiones de caña. La industria se veía afectada por una permanente crisis, pues las condiciones ecológicas, sobre todo de Tucumán, no eran las ideales para producir azúcar. Sin embargo, la profusión de interes existentes a su alrededor, a todos los niveles sociales, hacían muy difícil cualquier cambio, en el sentido de reorientarse hacia otro tipo de cultivos.[36]

LA REACCION CONSERVADORA Y EL NACIONALISMO DE DERECHA

La reacción conservadora, ya muy visible en la primera década del siglo durante los violentos episodios de aquel entonces, se exacerbó después de la Semana Trágica. La Liga Patriótica Argentina, dirigida por Manuel Carlés, militante radical que luego se separó del partido, intensificó sus actividades. Al mismo tiempo, la Asociación del Trabajo, inspirada por prominentes figuras de la alta sociedad, vigilaba el ambiente sindical y buscaba organizar grupos de gente dispuesta a trabajar para romper las huelgas.

El afamado poeta Leopoldo Lugones, que había comenzado su vida intelectual como encendido anarquista, ahora pasó al extremo opuesto. Durante el año 1923 dio una serie de conferencias en un teatro de la ciudad de Buenos Aires. Al año siguiente, enviado en delegación oficial al Perú a participar en la celebración del aniversario de la batalla de Ayacucho, declaró que había llegado "la hora de la espada", para corregir los vicios de la democracia.

En 1925, siendo ya presidente Alvear, Lugones entra en una polémica con su amigo Lucas Ayarragaray, intelectual católico liberal. El motivo inmediato era una crisis ministerial, que actualizaba las dificultades de mantener una línea firme de conducta en un gobierno que debía responder a la opinión pública. Le dice Lugones a su corresponsal:

> *La inmoralidad del gobierno democrático, tampoco requiere nueva demostración. Es el gobierno más caro, porque está obligado al cohecho electoral perpetuo. Por eso se observa que la comprobación de las inmoralidades más evidentes y groseras, no quita popularidad.*
> *Nuestro sistema constitucional no tiene ya remedio dentro de sí mismo, porque está muerto. Lo único que sobrevive, es decir el poder presidencial, se mantiene así porque está en nuestra índole. De ahí ha de salir por iniciativa o por abdicación, aquella gloriosa dictadura que está triunfante o que se ve venir para todos los pueblos de nuestra raza. Es decir, el gobierno*

verdaderamente representativo, no en la letra de instituciones postizas, sino en la realidad característica del temperamento nacional. [37]

Acá Lugones se estaba refiriendo a los regímenes autoritarios ya establecidos en España, con el Gral. Miguel Primo de Rivera (1923-1930), padre del creador de la Falange, y en Italia, con Benito Mussolini (1922-1943). Al hablar de la "verdadera representatividad" de las nuevas instituciones autoritarias, estaba repitiendo el argumento común en los círculos de la derecha extrema, según el cual la relación directa entre la masa y un líder que sabe interpretarla, es más genuina que la que se filtra a través de un complejo sistema de representación. Por otra parte, en esos mismos ambientes se pensaba que en vez de un voto por partidos libremente competitivos, era mejor que los intereses sociales se representaran a través de asociaciones ocupacionales (empresarias, culturales, obreras), cada una de las cuales podía enviar diputados a un Congreso corporativo.

De esta manera se pensaba evitar la demagogia y asegurar que la gente votara a quienes conocía, dentro de su propio círculo de intereses. La representación corporativa, como se la practicaba en el Portugal de Oliveira Salazar, y como se la proponía para Italia y España, recogía una antigua idea del pensamiento católico tradicionalista. Con esa presentación se podía evitar, además, que los sectores populares tuvieran un excesivo peso. Bastaba con darle a los grupos sindicales una proporción no mayoritaria del Congreso. O sea, hacer que la representación no fuera proporcional a la población, sino a lo que podría considerarse la importancia económica y cultural, o peso social, de cada grupo.

Ayarragaray le respondió a Lugones, admitiendo las fallas del liberalismo constitucional, pero advirtiéndole que

existen conformaciones legales que una vez incorporadas a la personalidad política de un pueblo no son dables suprimir bruscamente, sin promover peligrosísimos trastornos o retrocesos.
Si nuestras multitudes electorales suelen elegir representantes que cuadran a su nivel, no sería razón culpar de ello a las instituciones. El sufragio es uno de los tantos expedientes políticos de que suelen echar mano los hombres de Estado para gobernar a sus semejantes. Fueron arbitrios de esa índole en su época, el derecho divino, y luego el principio de la legitimidad. Si los partidos resultan deficientes por su rudimentariez no es menester culpar a la Constitución de ello, ni tampoco a la democracia en abstracto, sino a nuestra inferioridad o incipiencia política.
Propone usted para remediar los vicios criollos y cosmopolitas de la política actual, la dictadura latina, suponiéndonos latinos 'a priori'. Nuestro país, como sus congéneres del Continente, son mestizos de sangre y de cultura. Según todas las probabilidades la dictadura que de seguro usted obtendría, sería la gauchesca o soldadesca. Permítame recordar a usted que el dictador romano fue creación constitucional con poder transitorio, el cual surgía en épocas extraordinarias sin arruinar la Constitución, suspendiéndola solamente. [38]



Lugones respondió, defendiéndose de la imputación de querer imponer una dictadura. Simplemente, decía, "la veo venir", hecha evidente por la "revisión de valores impuesta por la guerra". Haciendo otra excursión histórica, le observaba que la dictadura, "institución eventual de la república romana, tornóse permanente con el imperio". Y terminaba con un desplante, calculado para escandalizar los sentimientos más íntimos de su interlocutor:

El jefe resulta una necesidad vital, y la fuerza la única garantía positiva de vivir. Vivir es conquistar vitalidad ajena para incorporársela. Y por ello la jerarquía fundada en la fuerza, la servidumbre de los vencidos y dominados, es inabolible fuera del dominio de los sueños. Se nace león o se nace oveja, nadie sabe porqué. Pero el que nace león se come al que nace oveja, sencillamente porque ha nacido león.

Ayarragaray no consideró que valía la pena contestar esta carta. En cuanto a Lugones, con esta visión del mundo, no es extraño que en un arranque de depresión haya decidido, unos cuantos años después, tomar dos decisiones completamente contradictorias: abandonar sus convicciones ateas, convirtiéndose al catolicismo, y terminar con su vida con un tiro de revólver. En definitiva, un gran poeta.

LA PROBLEMATICA SUCESION DE ALVEAR

Hacia el final del gobierno de Alvear era obvio que el retorno de Yrigoyen se hacía inevitable. Alvear mismo trataba de ser prescindente en la lucha entre yrigoyenistas y antipersonalistas, aunque la mayor parte de la gente de su equipo estaba con estos últimos. El conservadorismo seguía débil, estructurado fundamentalmente en partidos provinciales.

En la provincia de Buenos Aires gobernaba un yrigoyenista. Desde el elenco ministerial nacional se hicieron insistentes intentos de enviar la intervención. En 1925 el tema había motivado la renuncia del ministro del Interior, Vicente Gallo, quien quería hacerlo mientras el Congreso estaba en receso, como de costumbre. Alvear no quería caer en este hábito, en parte porque aún esperaba llegar a una reunificación de las dos fracciones radicales. Es así que envió el proyecto al Congreso, donde estaba casi seguro de no contar con apoyo suficiente.

La única forma de armar una mayoría antiyrigoyenista era sumar los votos de conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas. Este "contubernio", como lo llamaba Yrigoyen, implicaba pasar por encima de fuertes diferencias ideológicas y programáticas, sobre todo en lo referente a los socialistas, aunque también los radicales antipersonalistas albergaban viejos enconos contra los conservadores.

En 1927 pareció emerger un tema que podría movilizar a los socialistas, por vía de sus preocupaciones éticas. En la provincia cundían el juego y las carreras, permitidos por el gobierno pues eran parte de la estructura oculta de

financiación de su máquina política. Juan B. Justo llegó a proponer la intervención, sobre esta base, sin tener suficientemente en cuenta que para la mayor parte de la gente se trataba de una simple excusa, con el objeto de preparar un triunfo oficialista.

En esa ocasión el "Peludo", como se lo llamaba a Yrigoyen, salió de su cueva y entrevistó a Juan B. Justo, asegurándole que a la brevedad el tema sería controlado en la provincia. Así se hizo, y entonces el bloque socialista retiró su apoyo a la intervención, que no se pudo efectuar.

En el Partido Socialista había un sector que tenía actitudes más pragmáticas que las de los iniciales militantes, y deseaba entrar a pleno en la política de alianzas y coaliciones. Esta era por otra parte la práctica en casi todos los países del mundo, aunque era todavía mal vista por un buen sector de la dirigencia y sobre todo de la militancia de base del partido.

El pequeño episodio desencadenante fue el casamiento por la Iglesia de Federico Pinedo, diputado socialista con destacada trayectoria en el partido, experto financiero y además miembro de una tradicional familia de la clase alta del país. Largas discusiones terminaron con su expulsión por tan condenable entrega a los "prejuicios burgueses". El malestar, añadido a muchos otros factores que se venían acumulando, terminó con la separación de un nutrido grupo, que formó en 1927 el Partido Socialista Independiente.

A inicios del año siguiente --año electoral-- murió Juan B. Justo, a quien lo siguió en la conduccion del partido Nicolás Repetto, que no innovó en cuanto a la rigidez doctrinaria y ética de la agrupación.

Los Socialistas Independientes pronto se vieron arrastrados en la vorágine de la política "pragmática", atraídos por la tentación de formar parte de una coalición victoriosa antiyrigoyenista, que sin duda contaría con apoyo oficial.

Para las elecciones, la fórmula de los radicales antipersonalistas fue votada por los varios partidos conservadores provinciales. Pero sus candidatos, Leopoldo Melo y Vicente Gallo, no pudieron competir contra el prestigio de Yrigoyen, que ganó por un gran margen, en lo que sus partidarios llamaron "plebiscito".





CAPITULO 29

LA SEGUNDA PRESIDENCIA DE YRIGOYEN (1928-1930)

EL "PLEBISCITO" Y LA TARDIA LLEGADA DE YRIGOYEN AL PODER

La campaña electoral había sido bastante violenta, y los sectores conservadores del país estaban muy alarmados ante lo que parecía ser una orientación más de izquierda, nacionalista y revolucionaria de la UCR. Yrigoyen esta vez tenía una mayoría adicta en Diputados, aunque no en el Senado. La preocupación en círculos conservadores era muy fuerte y se reflejaba también entre los representantes extranjeros. La Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires informaba a sus superiores en Washington, al conocerse la victoria electoral de Yrigoyen:

> *La actitud demostrada por su supuesto vocero en el Senado, Dr. Molinari, y la franca hostilidad expresada por el diario yrigoyenista* La Epoca, *en relación con los intereses de la Standard Oil Co. en la Argentina, son claros indicios de lo que puede esperarse en los próximos seis años.*
> *La psicología de los argentinos es de una naturaleza tan particular y tan poco comprendida en los Estados Unidos, que un acto que sería completamente normal y justificado en cualquier parte, produce reacciones desfavorables.*
> *He sabido que quienes están al frente de importantes intereses británicos en este país, están muy preocupados por lo que pueda ocurrir con respecto a sus inversiones en la Argentina.*[39]

En San Juan y Mendoza la situación seguía siendo muy violenta. El predominio de los Cantoni (Federico y Aldo) y de los hijos del "gaucho" Lencinas seguía siendo muy firme, por su gran apoyo popular, a pesar de la violencia y persecución a opositores que practicaban.

Las intervenciones que envió Yrigoyen en 1929 se enfrentaron con una resistencia armada, nada fácil de vencer. Carlos Washington Lencinas, miembro electo del Senado nacional aunque no aceptado por este cuerpo por irregularidades en su elección, fue asesinado al volver a su provincia. El hecho --que en la práctica liquidó al lencinismo-- contribuyó a crear la atmósfera de círculo vicioso de violencias que ciertos grupos opositores deseaban alimentar.

Otras provincias fueron también intervenidas, lo que era estratégico para poder desde una situación local controlada, designar los senadores nacionales y conseguir una mayoría en la Cámara Alta.

El tema del petróleo fue uno de los más importantes durante este período. Ya a fines de la presidencia de Alvear, en 1927, la Cámara de Diputados había

aprobado un proyecto yrigoyenista para nacionalizar toda la explotación del oro negro. Esta concentración de la actividad en el Estado era parte de las declaraciones doctrinarias de la UCR, pero antagonizaba fuertemente a todo el conjunto de inversores extranjeros. Gran parte del mismo partido Radical --desde ya los alvearistas-- no compartía este criterio estatizante. Para Yrigoyen, en cambio, era esencial evitar en este tema un despilfarro de recursos equivalentes al que había ocurrido respecto a la tierra pública.

Ahora, ya en el nuevo período presidencial, correspondía al Senado aprobar o rechazar el proyecto. Por su mayoría opositora, era casi imposible que lo aprobara, pero para evitar un enfrentamiento con la opinión pública --entusiasmada con la nacionalización-- el Senado optó más bien por demorar el tratamiento del asunto.

Por otra parte, como la Argentina no era aún autosuficiente, era necesario importar el combustible, provisto por las grandes empresas internacionales, que de esta manera presionaban sobre el gobierno. Para evitar este juego, Yrigoyen decidió realizar una gran importación de petróleo ruso, concertando un convenio comercial y crediticio con ese país.

El golpe militar del 6 de setiembre de 1930 ocurrió justo el día en que se debían realizar elecciones en San Juan y Mendoza, intervenidas debido a los conflictos generados por el cantonismo y el lencinismo. La casi segura victoria radical inmediatamente se traduciría en la designación de senadores yrigoyenistas, lo que quizás podría destrabar la sanción de la ley de hidrocarburos, si se conseguían algunos votos ajenos, incluidos los demócrata progresistas y los socialistas.



POLARIZACION POLITICA Y GOLPE

En los ambientes conservadores, ante las pocas perspectivas electorales, recrudecían las tesis autoritarias y "nacionalistas". En 1927 un grupo de intelectuales, liderado por los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, estancieros de Entre Ríos, lanzó el periódico La Nueva República para plantear un programa alternativo a la democracia fácilmente degenerada en demagogia, y que podía llevar insensiblemente al socialismo. Entre sus colaboradores estaban Ernesto Palacio, César Pico y el ex anarquista Juan Carulla. Paralelamente, formaron grupos de acción, estructurados en formaciones reminiscentes de los grupos fascistas italianos, preparados para la lucha de calles.

El Gral. José Félix Uriburu --conocido por sus amigos como "Von Pepe" por sus simpatías alemanas-- tenía un gran prestigio en las Fuerzas Armadas, y estaba muy ligado a la clase política. Como miembro de la aristocracia salteña, tenía amplios contactos en ambientes conservadores, incluyendo algunos bastante renovadores. Su interés por la política provenía de los tiempos del Noventa, cuando había participado en la Revolución del Parque, junto a Lisandro de la Torre y otros, con quienes mantuvo sólida amistad, aunque sus pasos divergieron.

Uriburu se vinculó a los jóvenes nacionalistas de simpatías fascistas de *La Nueva República*, y con ellos se preparó para un golpe que permitiera llevar a la práctica las ideas de regeneración nacional que todos albergaban. Ellas implicaban transformar la Constitución de un modelo liberal a otro de tipo corporativo, con prohibicion de partidos políticos, y representación a través de asociaciones ocupacionales controladas por el Estado. En esta prédica colaboraba el diario *La Fronda*, de Francisco Uriburu, primo del general.

Para juntar fuerzas, sin embargo, se necesitaba aportar más elementos. Uno de ellos fue el Gral. Agustín P. Justo (pariente cercano del líder socialista, desaparecido en 1928), vinculado a los Radicales Antipersonalistas. Tanto ese grupo, como muchos de los tradicionales políticos del conservadorismo, desconfiaban de las soluciones corporativistas, y creían que había que mantener el sistema existente de elecciones y partidos, aunque ocasionalmente "corregido" con un poco de fraude, mientras el pueblo terminara de adquirir conciencia cívica.

Los militantes medios y bajos del radicalismo se habían organizado en grupos de acción callejera, llamados Klan Radical. Esta "nueva mazorca", según exageraba la oposición, hostilizaba a sus adversarios, empleando una violencia que consideraba defensiva pero que a menudo seguía la táctica napoleónica de que un buen ataque es la mejor defensa. A fines de 1929 un atentado contra el coche del presidente falló en el blanco, aunque el agresor fue instantáneamente muerto por la guardia.

Yrigoyen tuvo que enfrentar también la oposición de buena parte del movimiento obrero y de la izquierda, así como de los estudiantes. De hecho, y sin necesariamente proponérselo, muchos de éstos convergieron con el golpismo de derecha, en su antagonismo contra lo que consideraban un gobierno corrupto, no necesariamente en la figura del presidente, pero sí de

muchos colaboradores, que no eran adecuadamente controlados.

Los conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes habían llegado a actitudes claramente golpistas, en contacto con jefes militares. Los socialistas del partido tradicional y los demócratas progresistas, aunque rechazaban esta intención, de hecho contribuían fuertemente a crear un clima de desestabilización al criticar implacablemente al gobierno.

Los estudiantes universitarios realizaron una gran manifestación que recorrió las calles céntricas dando mueras a Yrigoyen, rechazando lo que se consideraba su dictadura. Al prohibírseles el paso hasta la Casa Rosada, hubo tiros y murió un manifestante. Las muertes violentas de participantes en refriegas callejeras se hicieron comunes en los últimos tiempos de la presidencia, como resultado de enfrentamientos entre grupos rivales o con la policía.

El diario *Crítica*, dirigido por Natalio Botana, se había convertido en un órgano de gran tiraje, con enfoque sensacionalista. Había apoyado a Yrigoyen en la campaña presidencial, pero pronto se dio vuelta y contribuyó fuertemente a su desprestigio.

En los primeros meses de 1930 hubo elecciones de diputados, donde se esfumó la gran mayoría radical de dos años antes. En parte esto se debía a la naturaleza caudillista del fenómeno yrigoyenista, que no se traspasaba fácilmente a otros dirigentes medios, especialmente para cargos de diputados. De todos modos, la crisis mundial, iniciada a fines de 1929, afectó al país fuertemente, ocasionando paralización de actividades y desocupación. Los dos partidos socialistas emergían como las principales fuerzas electorales en la Capital, aunque el Independiente era en buena parte votado por gente de derecha que lo usaba como vehículo antiyrigoyenista, ante la falta de poder de convocatoria de sus propios candidatos.

Finalmente, el 6 de setiembre Uriburu dirigió un levantamiento, con algunas fuerzas de Campo de Mayo, y ante la pasividad de los demás sectores de las Fuerzas Armadas y la poca resistencia civil, derribó al gobierno constitucional. Era la primera vez que una intervención armada tenía éxito en la Argentina, desde 1862: casi setenta años de tradición legalista llegaban a su fin, y una larga odisea se abría para el país.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Aristóbulo del Valle: *La política económica argentina en la década del ochenta*, con estudio preliminar de Luis Sommi, Raigal, Buenos Aires, 1955; César Augusto Cabral: *Alem: informe sobre la frustración argentina*, Buenos Aires, 1967.

2. Gabriel del Mazo, comp.: *El pensamiento escrito de Yrigoyen*, 2a ed., Index, Buenos Aires, 1945, p. 85.

3. "Mensaje al Congreso Nacional", 22/10/1929, *ibídem*, pp. 90-91.

4. "Mensaje al Congreso Nacional", julio de 1922, *ibídem*, pp. 98-99.

5. "Mensaje al Congreso Nacional", 16/10/1920, *ibídem*, p. 95.

6. Ricardo Caballero: *Hipólito Yrigoyen y la revolución radical de 1905*, Libros de Hispanoamérica, reedición, Buenos Aires, 1975, pp. 111, 138-140.

7. Joaquín Castellanos: *Labor dispersa*, Payot, Lausanne, 1909.

8. *Ibídem*, pp. 218, 346.

9. *El Mecánico*, "Organo de las Sociedades de Mejoramiento Social de Obreros Herreros, Mecánicos, Fundidores, Caldereros, Maquinistas, Foguistas y Anexos", año 2, no. 10, del 28/5/1896; *L'Avvenire*, 4/7/1897.

10. Gregorio Pinto, *Revista Socialista Internacional*, año 1, no. 7, 25/5/1909, p. 451; y para la cita anterior, *La Unión Obrera* (órgano de la Unión General de Trabajadores), febrero-marzo 1906.

11. *Acción Socialista*, 29/1/1910.

12. Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la historia*, reedición (Libera, Buenos Aires, 1969; 1a ed., 1909); ver también Donald Weinstein, *Juan B. Justo y su época* (Fundación Juan B. Justo, Buenos Aires, 1978).

13. *Ibídem*, pp. 350-351.

14. Julio Camba, "Seamos bárbaros", *L'Agitatore* (Bahía Blanca), vol. 2, no. 8, del 14/4/1906; *ibídem*, vol. 2, no. 16, del 13/11/1907.

15. *Ibídem*, vol. 2, no 6, sin fecha (del año 1905).

16. *Ibídem*, vol. 2, no. 20, del 17/12/1908.

17. Juan Carulla: "Alemania debe ser vencida", *Ideas y Figuras*, año 6, no. 120, del 4/1/1915.

18. Juan Pallas, "Nueva etapa", *ibídem*, año. 7, no. 126, del 28/5/1915.

19. *La Confederación*, año 2, no. 10, de julio 1911.

20. Silvano Prado, "La subclase intelectual", *Acción Socialista*, año 5, no. 115, del 12/3/1910.

21. *Acción Socialista*, año 2, no. 42, del 1/5/1907; La Confederación, año 2, no. 15, 1/2/1913.

22. Plácido Grela: *El grito de Alcorta: historia de la rebelión campesina de 1912*. Tierra Nuestra, Rosario, 1918; Aníbal Arcondo, "El conflicto agrario argentino de 1912: ensayo de interpretación", en Horacio Gaggero, comp.: *Estructura social y conflicto político en América Latina*. Biblos, Buenos Aires, 1989.

23. Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud* (Hachette, Buenos Aires, 1961), citado en María Inés Barbero y Fernando Devoto; *Los nacionalistas* (Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983), p. 21.

24. Manuel Gálvez: *El diario de Gabriel Quiroga*, citado en Barbero y Devoto, pp. 31-32. Ver también Eduardo Cárdenas y Carlos Payá: *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*. Peña Lillo, Buenos Aires, 1978; Hebe Clementi: *El miedo a la inmigración*. Leviatán, Buenos Aires, 1984.

25. Manuel Gálvez: *Vida de Hipólito Yrigoyen*. Club de Lectores, Buenos Aires, 1976; 1a ed. 1939; David Rock: *El radicalismo argentino*. Amorrortu, Buenos Aires, 1977; Hebe Clementi: *El radicalismo: nudos gordianos de su economía*. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1982 y *El radicalismo: trayectoria política*. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1982.

26. Informe del diario de Quilmes *La Verdad*, reproducido por Del Valle Iberlucea en la sesión del Senado nacional del 4/11/1913. En Enrique del Valle Iberlucea; *Discursos parlamentarios* (Sampere y Cía, Valencia, 1914), pp. 252-253.

27. Emilio J. Corbiere: *Orígenes del comunismo argentino*. Centro Editor de America Latina, Buenos Aires, 1984.

28. Los sindicalistas, como se dijo antes, eran una corriente del movimiento obrero inspirada en la experiencia francesa y en las teorías sobre huelga general de Georges Sorel. En un comienzo se llamaban a sí mismos "sindicalistas revolucionarios", pero luego ellos mismos se autodesignaban simplemente como "sindicalistas", lo que evidenciaba su mayor moderación. Esto puede producir confusión en el uso de esa palabra, razón por la cual la empleamos con mayúscula para designar a la corriente ideológica.

29. Citado en Mirta Henault: *Alicia Moreau de Justo*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983, p. 58.

30. *El Obrero Ferroviario*, año 8, nos. 61 y 81, del 1/6/1919 y 1/4/1920.

31. *El Obrero Ferroviario*, año 9, no. 85, del 1/6/1920.

32. Benjamín Villafañe: *Nuestros males y sus causas*. Perrotti, Buenos Aires, 1919, pp. 160-161 y *Hora obscura: la ofensiva radical-extremista contra la sociedad argentina*. Buenos Aires, 1935, p. 68. Porfirio Díaz fue presidente desde 1876 hasta 1911 (con sólo una interrupción de cuatro años) y dirigió un proceso de gran desarrollo económico, pero con poca participación cívica. La acumulación de tensiones sociales originó la Revolución Mexicana, a fines de 1910.

33. Ver también Alejandro Bunge: *Una nueva Argentina*. Kraft, Buenos Aires, 1940.

34. Guido Di Tella y Mannuel Zymelman: *Las etapas del desarrollo económico argentino*. Eudeba, Buenos Aires, 1967, pp. 366 y 395, y Carlos Díaz Alejandro: *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Amorrortu, Buenos Aires, 1975, p. 222. Los valores históricos están basados en tomar la producción (textil, metalúrgica, etc.) del año 1953 como igual a 100, y por comparación a ese valor se calcula el número índice de cada año. Por ejemplo, para la industria metalúrgica, en 1921 lo que se producía representaba un volumen de una décima parte de lo que llegó a ser en 1950.

35. Enrique Mosconi: *La batalla del petróleo*, selección y notas de Gregorio Selser, Ediciones Problemas Nacionales, Buenos Aires, 1957; Raúl Larra: *Mosconi, general del petróleo*, Futuro, Buenos Aires, 1957 y *El General Baldrich y la defensa del petróleo argentino*, Editorial Mariano Moreno, Buenos Aires, 1981.

36. Daniel Santamaría: *Azúcar y sociedad en el Noroeste argentino*. Ediciones IDES, Buenos Aires, 1986.

37. Lugones a Ayarragaray, julio de 1925, reproducida en Lucas Ayarragaray: *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*. Buenos Aires: Lajouane, 1926.

38. *Ibídem*.

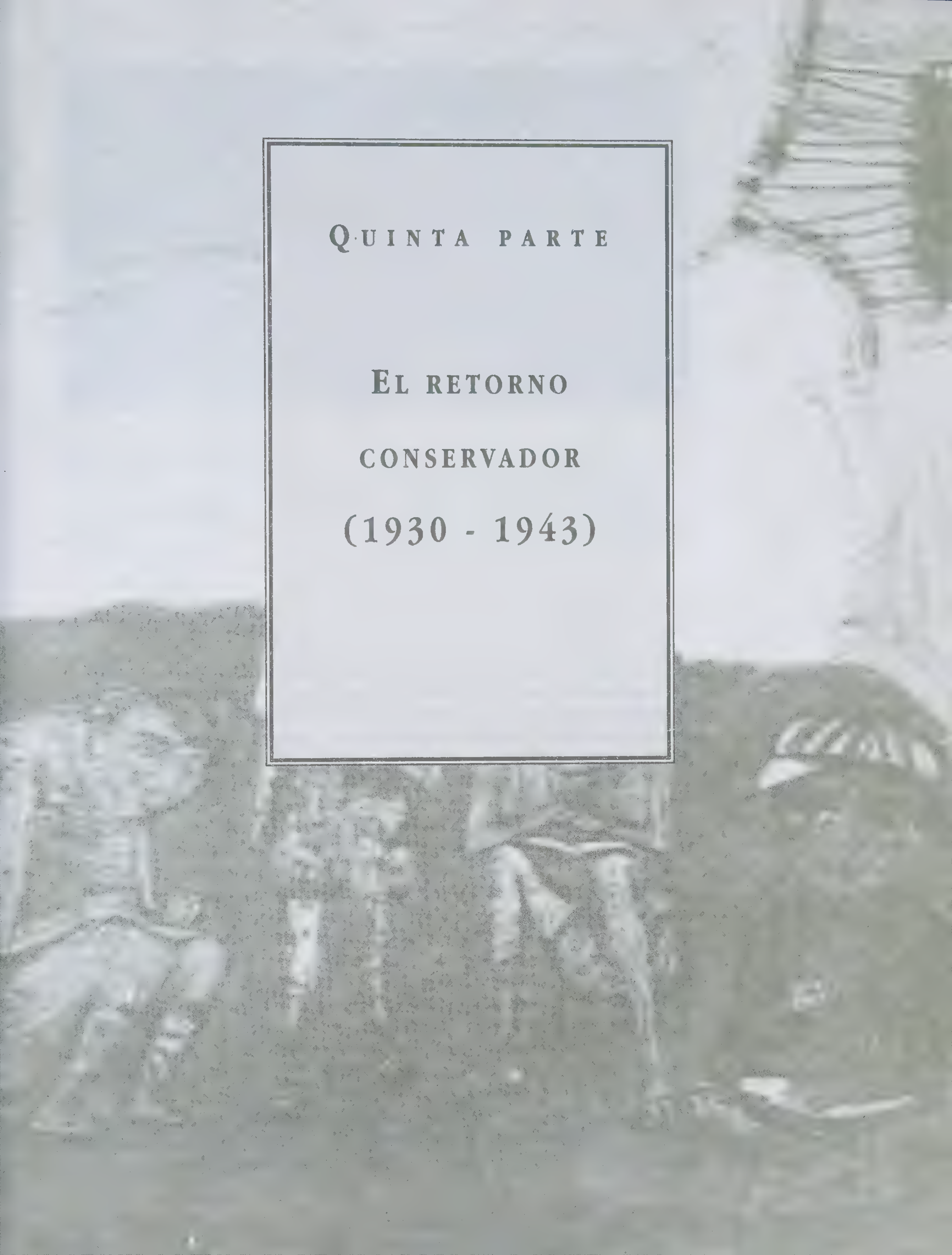
39. Informe de 5/10/1928, reproducido en Roberto Etchepareborda: *Antecedentes de la crisis de 1930*, publicado junto con Gabriel del Mazo con el título *La segunda presidencia de Yrigoyen*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984, p. 127.

CRONOLOGIA DE LA ARGENTINA	1916-1930	CRONOLOGIA INTERNACIONAL
Elección presidencial: oficialismo dividido entre P. Demócrata Progresista (L. de la Torre) y P. Conservador de Buenos Aires (Marcelino Ugarte). Victoria de Yrigoyen, por escasa diferencia. Yrigoyen propone empréstito para construcción de flota mercante nacional; rechazado por el Congreso.	1916	Formación de la Liga Espartaquista, grupo socialista de izquierda antibélico en Alemania. EEUU ocupa la Rep. Dominicana. Freud publica *Introducción al Psicoanálisis*.
Huelgas ferroviaria y portuaria. Intervención a la provincia de Buenos Aires. Hundimiento de un barco argentino por Alemania. Yrigoyen mantiene neutralismo.	1917	Revolución Rusa: en febrero, caída del Zar y régimen republicano de Kerensky; en octubre golpe bolchevique dirigido por Lenin y Trotsky. Guerra civil en Rusia. Huelga general revolucionaria en España, con apoyo de anarquistas y socialistas. EEUU entra en guerra contra Alemania.
Formación del P. Socialista Internacional. Inicio de huelga metalúrgica en la empresa Vasena. Victoria radical para gobernación de Buenos Aires. Después de una intervención nacional, es electo gobernador en Mendoza J. N. Lencinas ("el gaucho"). Por abusos contra opositores, Yrigoyen envía intervención. Es nuevamente electo Lencinas.	1918	Fin de la Primera Guerra Mundial, victoria aliada. Rebeliones socialistas en Alemania y Austria reprimidas. Gobierno socialdemócrata, con apoyo de Fuerzas Armadas. Voto femenino en Gran Bretaña. Uruguay: Constitución adopta mezcla de Presidencia y Colegiado, y voto secreto . Rutherford desintegra el átomo. Spengler publica *La decadencia de Occidente*.
Huelga de marítimos. Semana Trágica. Liga Patriótica y Asociación del Trabajo.	1919	Lucha por la independencia en Irlanda. Intentos revolucionarios socialistas en Alemania; Constitución "de Weimar", parlamentaria, con ejecutivo débil. Breve gobierno comunista en Hungría (Bela Kun). Temores acerca de los "rojos" en EEUU ("Red Scare"). Dictadura de Leguía en Perú ("Oncenio"). En Uruguay se recortan poderes del Presidente y pasan en parte a un Colegiado.
Yrigoyen se niega a entrar a Naciones Unidas, por falta de garantías para potencias menores.	1920	Huelgas y ocupación de fábricas en Italia. Fin de la guerra civil y la intervención internacional en la Unión

Después de intervención nacional en San Juan contra gobierno conservador, es electo el radical Amable Jones. Muere gob. J.N. Lencinas. Intervención federal. Formación del P. Comunista.	1920	Soviética. Arturo Alessandri presidente, con apoyo de un sector liberal y de radicales. Campaña de desobediencia civil de Gandhi en la India.
Jones asesinado en San Juan. Su enemigo, el radical disidente Federico Cantoni (UCR Bloquista), inicia una rebelión. Intervención nacional. Huelga de esquiladores y violencias en Patagonia.	1921	Agitación fascista en Italia, dirigida por Mussolini. Represión por el Ejército Rojo de la rebelión de marineros de Kronstadt, cerca de Leningrado. Inicio en la URSS de la "Nueva Política Económica" (NEP), con fuerte rol de empresa privada. Agitación social en España, inicio del "Trienio rojo".
Nueva intervención militar y masacres en Patagonia. Alvear presidente.	1922	Acceso al poder de Mussolini ("Marcha sobre Roma"), con apoyo de derecha y centro parlamentarios. Independencia de Irlanda. Posición central de Stalin en la URSS. Levantamientos de militares jóvenes en Brasil ("tenentismo"). Mustafá Kemal Attaturk inicia régimen autoritario reformista en Turquía, con partido único.
Se aprueba ley de jubilaciones, propuesta por Yrigoyen en período anterior (derogada en 1925). Miguel de Andrea propuesto al arzobispado, oposición del Vaticano. Víctor Molina sustituye a Herrera Vegas en Hacienda. Rebaja de derechos de importación del azúcar. Victoria electoral del radicalismo bloquista (Cantoni) en San Juan.	1923	Golpe de Estado militar de Primo de Rivera en España, con partido único. Colaboración en China entre el Kuomintang y el P. Comunista. Maritain publica *Elementos de filosofía*.
División UCR: se forma UCR antipersonalista. Victoria electoral del radicalismo lencinista en Mendoza (C.W Lencinas, "gauchito"). Discurso de Lugones: "La hora de la espada".	1924	Ministerios socialistas en Francia y Gran Bretaña. Represión en Italia y asesinato del diputado socialista Matteoti. Muerte de Lenin; lucha entre Stalin y Trotsky. Gran difusión del Ku Klux Klan en EEUU. Rebelión tenentista en Brasil: "Columna Prestes" (1924-1927). Intervención militar en Chile, inicia período de hegemonía de Carlos Ibáñez. G. Machado, liberal reformista, electo presidente en Cuba. Formación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), como internacional nacionalista revolucionaria, por Haya de la Torre.

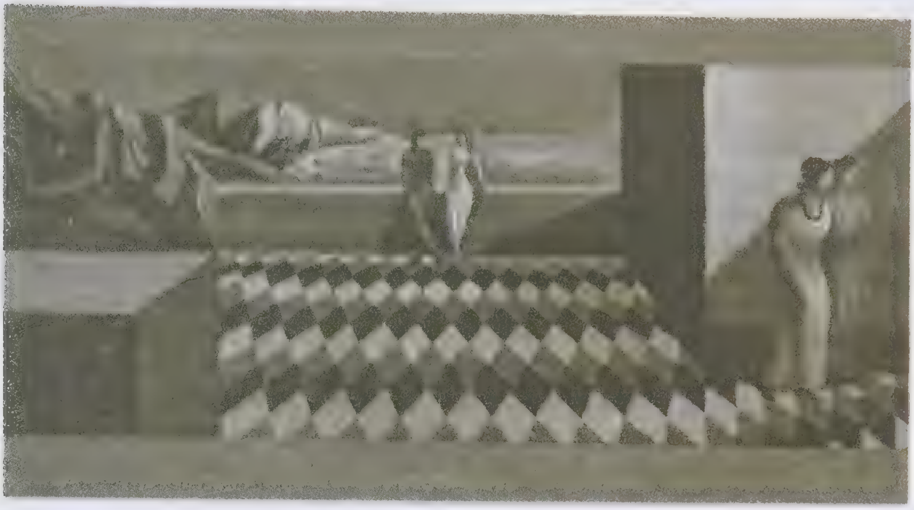
	1924	Berdiaeff publica *Una nueva Edad Media.*
	1925	Dictadura y régimen de partido único en Italia. Hitler publica *Mi lucha.*
Güiraldes publica *Don Segundo Sombra.*	1926	El Papa condena la Acción Francesa de Maurras, nacionalista autoritario.
Se forma el P. Socialista Independiente (De Tomaso Pinedo). Aparece *La Nueva República* (J. y R. Irazusta).	1927	Carta del Trabajo en Italia. Ibáñez dictador en Chile (h. 1931). Sandino inicia lucha campesina en Nicaragua, primero aliado a liberales, contra gobierno conservador fraudulento. Inicio de etapa dictatorial del gobierno de Machado en Cuba. Chang Kaishek, jefe del Kuomintang, rompe con los comunistas. Represión de la "Comuna de Shangai". Principio de la Indeterminación, de Heisenberg. Maritain publica *Primacía de lo espiritual.*
Yrigoyen presidente, por "plebiscito", contra anti- personalistas Melo y Gallo.	1928	El Sexto Congreso de la Internacional Comunista adopta la política de enfrentamiento contra el reformismo, para agudizar las tensiones revolucionarias.
Intervención a Mendoza y San Juan. Resistencia cantonista. Asesinato de Lencinas por un yrigoyenista.	1929	Gobierno laborista en Gran Bretaña. Inicio de la crisis económica mundial con caída de Bolsa de Nueva York. Trotsky exiliado. En Nicaragua Sandino prosigue sólo la lucha contra inervención de EEUU, en su país (h. 1933). Estudios de Teilhard de Chardin, evolucionista católico, sobre orígenes del hombre.
Malos resultados en elección diputados para UCR. Golpe de Estado de Uriburu. Lugones publica *La patria fuerte* y *La grande Argentina.*	1930	Caída de Primo de Rivera en España. Fuerte voto del Partido Nazi en Alemania. Conferencia Imperial británica, trata problemas económicos. Golpe de Estado militar contra Leguía, plan de volver democracia. Liberales llegan al gobierno en Colombia, por división de conservadores. Revolución cívico-militar en Brasil: Vargas presidente provisorio. Trujillo accede al poder en Rep. Dominicana. Ortega y Gasset publica *La rebelión de las masas.*





QUINTA PARTE

EL RETORNO CONSERVADOR (1930 - 1943)



CAPITULO 30

EL REGIMEN MILITAR: JOSE FELIX URIBURU (1930-1932)

LAS LINEAS INTERNAS

Uriburu se rodeó de ministros civiles, salvo los de Guerra y de Marina. En su elenco se combinaban conservadores tradicionales con nacionalistas de derecha. La mezcla reflejaba las alianzas concertadas para conseguir suficientes apoyos como para dar el golpe. Los nacionalistas estaban encabezados por el ministro del Interior, Matías Sánchez Sorondo, y pretendían establecer un régimen corporativo, al estilo fascista, con apoyo de grupos de acción en la calle. El conflicto entre ambos sectores pronto se evidenció, y el Gral. Agustín P. Justo, jefe del Ejército, emergió como la figura más visible de los que querían simplemente una recuperación de la República elitista del pasado, sin innovaciones peligrosas.

Uriburu, que tenía una alta idea de Lisandro de la Torre con quien había compartido las luchas del Noventa, pensó en un primer momento --antes del estallido del golpe-- hacer transferir el poder al líder demócrata progresista. No halló eco, pero persistió en la idea de que su antiguo amigo podría retornar al rol que había asumido en 1916, como jefe innovador de las fuerzas conservadoras. Estos escarceos no terminaron de convencer a de la Torre, que aunque mantenía su antiyrigoyenismo, había evolucionado hacia posiciones más reformistas y se estaba acercando al socialismo moderado.[1]

La idea de introducir elementos corporativos en la Constitución, con una representación de asociaciones patronales, culturales y obreras, tuvo que ser dejada de lado, aunque era uno de los caballitos de batalla del sector ideológico cercano al general. Se formaron, sin embargo, brigadas de choque,

denominadas *Legión Cívica Argentina*, en la línea de algunos ensayos previos de la década anterior. Ahora esos grupos tendrían fuerte apoyo oficial, y se podrían armar como voluntarios para el mantenimiento del orden, yéndose a entrenar a los cuarteles. Sus desfiles marcaron una época, y pareció por un momento que la evolución hacia un sistema fascista era una posibilidad real.

La confusión en los sectores independientes era muy grande, pues algunos habían dado su apoyo al movimiento revolucionario en la creencia de que éste se limitaría a exigir la renuncia de Yrigoyen y de su vicepresidente Enrique Martínez, para inmediatamente traspasar el poder, posiblemente a la Corte Suprema, según preveía la Constitución.

Uno de los más convencidos representantes de la orientación corporativista era Carlos Ibarguren, interventor en Córdoba, quien planteó claramente los objetivos de su grupo. Esto motivó una respuesta abierta de los políticos ligados al conservador Partido Demócrata de Córdoba, principalmente Miguel Angel Cárcano. El proyecto corporativista se hizo imposible, debido a la resistencia del espectro tradicional de fuerzas políticas. Hubo que aceptar la presión social que demandaba elecciones, que por otra parte habían sido prometidas en la proclama revolucionaria.

LA ACTITUD DEL SINDICALISMO

La oposición fue muy cautelosa, ya que desde un inicio la represión a quienes querían enfrentar con decisión y violencia al régimen fue muy dura. El tema era particularmente candente en el movimiento obrero. Ya antes del golpe se estaba produciendo un intento de unificación de las centrales sindicales, del que quedaron afuera los anarquistas (que aún seguían con la FORA del Quinto Congreso) y los comunistas, que se agrupaban en un Comité de Acción Sindical Clasista, ninguno de los cuales controlaba importantes estructuras obreras.

Las dos principales centrales eran la *Unión Sindical Argentina* (USA), de orientación sindicalista revolucionaria, y la *Confederación Obrera Argentina* (COA), socialista. Ambas, más algunos gremios autónomos, se unieron para formar la *Confederación General del Trabajo* (CGT). La fundación de esta entidad, que se venía deliberando desde hacía más de un año, se concretó pocos días después del golpe. Fue necesario acelerar los inacabables cabildeos que acompañaban a esas tratativas, para poder enfrentar con una política unificada al gobierno militar.

La idea era que la CGT se mantuviera independiente ante los partidos políticos y no permitir que éstos interfirieran en su funcionamiento. Fue complicado llegar a un entendimiento que pudiera ser suscripto por una amplia gama de las corrientes ideológicas que actuaban en el movimiento obrero. De hecho, quedaron afuera la gran mayoría de los anarquistas y de los comunistas. Para tranquilizar a las entidades grandes, ya algo burocratizadas, fue necesario establecer que no se podría declarar huelgas generales sin que mediara la aprobación de un Congreso en que estuvieran representados todos los

sindicatos afiliados. O sea, se negaba al Comité Central Confederal el poder de adoptar, por sí sólo, esa decisión.

Durante los primeros momentos del régimen militar, aplicando el estado de sitio y la Ley Marcial, pareció que varios militantes anarquistas iban a ser fusilados. La reacción pública fue muy grande, pues ya el país no estaba acostumbrado a esos procederes. En su deseo de salvar a los militantes anarquistas, la CGT, con mayoría sindicalista, tuvo que hacer declaraciones de solidaridad con el nuevo gobierno, que luego le serían echadas en cara por sus opositores de izquierda.

LA ELECCION PRESIDENCIAL DE 1931

El gobierno se planteó realizar elecciones por provincias, en forma gradual, para verificar el estado de la opinión. La primera, en Buenos Aires, en abril de 1931, le resultó un fracaso, pues ganaron los radicales yrigoyenistas. Con el argumento de impedir el retorno del régimen depuesto, se invalidó el comicio y se prohibió la presentación de candidatos ligados al anterior gobierno. También se suspendieron las otras consultas provinciales.

Los radicales volvieron entonces a su tradicional política de abstención revolucionaria. Ya pocos días después de la anulación de las elecciones, el coronel Gregorio Pomar hizo un intento de levantar la guarnición local en Corrientes, con apoyo civil, pero sin éxito. En Córdoba, Entre Ríos y Tucumán hubo movimientos similares, principalmente basados en grupos civiles, como resultado de los cuales se realizaron docenas de arrestos.

Muchos militantes políticos y sindicales fueron enviados a Ushuaia, y la tortura comenzó a generalizarse como método de obtener información. Sectores del público que habían apoyado al golpe, como el diario *Crítica*, de enorme influencia popular, pasaron a la oposición y su director, Natalio Botana, fue preso.

La lucha dentro del régimen militar entre los que deseaban imponer una nueva Constitución corporativista y los que querían celebrar elecciones con el sistema tradicional, se definió a favor de estos últimos. Se llegó así a la convocatoria a elecciones generales, para fines de 1931.

Por el oficialismo se organizó una Federación Democrática Nacional, que luego se transformaría en Concordancia, con conservadores (Demócratas Nacionales), radicales antipersonalistas y socialistas independientes, que llevó al Gral. Justo en su primer término, dando a los electores para optar entre el conservador Julio A. Roca (hijo del presidente) y el antipersonalista José Nicolás Matienzo para el segundo término.

Con la eliminación de la UCR, el resultado no era muy problemático. Pero todavía quedaba una incógnita: los radicales podían decidir votar masivamente por otro candidato opositor y retrotraer todo el proceso a foja cero. Alvear, prontamente retornado de Francia, abandonó sus posiciones antiyrigoyenistas y asumió la dirección del partido, al que trató de reunificar. Yrigoyen, que pasó hasta su muerte en 1933 gran parte del tiempo preso, aprobaba la nueva conducción.

Los otros dos principales partidos opositores, el Demócrata Progresista y el Socialista, concertaron una alianza, que presentó la fórmula Lisandro de la Torre - Nicolás Repetto. Su campaña tuvo, como correspondía a las actitudes dominantes en ambos partidos, un alto contenido antiyrigoyenista. De la Torre incluso se proclamaba continuador del espíritu de las jornadas revolucionarias de setiembre, cuando parecía que sólo se iba a derrocar a un régimen visto como corrupto, para inmediatamente recuperar la legalidad.

Las únicas posibilidades de ganar estribaban en el veto que pesaba sobre los radicales, pues los Demócrata Progresistas y los Socialistas tenían votos propios sólo en Santa Fe y en la Capital Federal. Tanto de la Torre como Repetto estaban conscientes de que esta forma de llegar a la presidencia sería moralmente objetable, o --igualmente grave-- un baldón para su futuro político. Pero argumentaban que, aun con ese vicio formal, su victoria facilitaría un posterior retorno completo a las libertades públicas, del cual también los radicales se beneficiarían.

Entre la abstención radical y una buena dosis de fraude --especialmente en la provincia de Buenos Aires-- Justo triunfó y consiguió ocupar el sillón de Rivadavia. Lo acompañaría Julio A. Roca.



Guerra entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) • Saavedra Lamas y la Paz del Chaco (1935) • La UCR abandona la abstención revolucionaria (1935) • El liderazgo de Alvear

CAPITULO 31

LA PRESIDENCIA DE AGUSTIN P. JUSTO (1932-1938)

EL NUEVO EQUIPO GOBERNANTE: EL FRENTE POLITICO Y SINDICAL

Agustín P. Justo era un militar con fuerte vocación política. Había participado en la Revolución del Parque en 1890, y siguió luego las orientaciones del Gral. Mitre. Habiendo sido ministro de Guerra durante la presidencia de Alvear, estaba bien conectado con los radicales antipersonalistas, que ocupaban una posición que recordaba en algunos aspectos a la de los mitristas.

El ministerio del Interior fue confiado a Leopoldo Melo, candidato presidencial antipersonalista derrotado en 1928 por Yrigoyen. A Relaciones Exteriores fue Carlos Saavedra Lamas, reconocido internacionalista. En Agricultura (que incluía industria) se desempeñó el Socialista Independiente Antonio de Tomaso, sustituido al fallecer por el más ortodoxo conservador Luis Duhau, fuerte propietario rural. En el Ministerio de Hacienda, después de una primera etapa a cargo de Alberto Hueyo, actuó la mayor parte del tiempo Federico Pinedo. Estaba representada toda la gama de los partidos de la Concordancia.

Las relaciones exteriores con los países vecinos merecieron particular atención, especialmente la guerra que desde 1932 hasta 1935 enfrentó a Paraguay y Bolivia por la posesión del Chaco Boreal, o sea la zona al norte del río Pilcomayo. El conflicto implicó grandes pérdidas de vidas para ambos países, y la peor parte la llevaron los bolivianos, forzados a pelear en condiciones inhóspitas muy distintas a las del Altiplano. Saavedra Lamas promovió gestiones de pacificación, que al final tuvieron éxito y le valieron el Premio Nobel de la Paz.

Justo tuvo que enfrentar varios intentos radicales de levantamiento armado, entre ellos el del Teniente Coronel Atilio Cattáneo, que se descubrieron entre 1932 y 1933. Hubo torturas y encarcelamientos masivos, tanto entre opositores políticos como sindicales.

Finalmente, la UCR, bajo la dirección de Alvear, optó por una línea no violenta, y a comienzos de 1935 decidió poner fin a la abstención. Se preparaba para tentar su suerte en la próxima renovación presidencial, donde seguramente Alvear sería su abanderado. Se trataba de un candidato muy aceptable para las clases conservadoras del país, a pesar de sus vinculaciones con el conjunto del partido radical, aún predominantemente yrigoyenista.

En el radicalismo, de todos modos, había grupos que deseaban revitalizar una línea más confrontacionista. Uno de ellos se estructuró el mismo año 1935,

bajo la inspiración de Arturo Jauretche, Gabriel del Mazo y Luis Dellepiane, con el nombre de Fuerza de Orientación Radical de la Juventud Argentina (FORJA), a la cual se acercó luego Raúl Scalabrini Ortiz. Su prédica se encaminó cada vez más hacia posiciones antiimperialistas, especialmente contra los ingleses.[2]

Otro sector radical antagónico a la política de Alvear era el dirigido en Córdoba por Amadeo Sabattini. Imitando un poco las prácticas de Yrigoyen, rehusaba salir de su terruño de Villa María y cultivaba un aire de misterio alrededor de su persona. De manera más compleja, se comenzaban a dar algunas raras estrategias de alianzas en las periferias del radicalismo, hacia algunos de los grupos nacionalistas.

El nacionalismo había colaborado con Uriburu y había quedado decepcionado por no haber conseguido una transformación institucional del país. Por otra parte, lejos de aplicarse algunas de sus ideas antiimperialistas, la política económica adoptada por el presidente Justo era de cooperación expresa con los intereses británicos y norteamericanos.

Es así como emergieron dos figuras opositoras en este ambiente: Juan P. Ramos y Juan Bautista Molina. Ramos fue un intelectual que llegó a ser visto como el "jefe del nacionalismo", al frente de la Alianza de la Juventud Nacionalista, organización con características paramilitares, derivada de la Legión Cívica Argentina que había creado Uriburu. El Cnel. Juan B. Molina, admirador del régimen recientemente instalado por Adolf Hitler (1933), volvió de Alemania en 1936 decidido a aplicar las experiencias vistas allá. Complotó en repetidas ocasiones, prácticamente apenas bajado del barco, en un movimiento que incluía a Diego Luis Molinari, convencido yrigoyenista que luego evolucionaría hacia el peronismo. El plan de este movimiento combinaba medidas radicalmente antiimperialistas, control de la economía y organización política corporativista. En otras partes de América Latina este tipo de combinaciones estaban a la orden del día, especialmente en Brasil, Bolivia y Paraguay.[3]

Los conceptos de "derecha" e "izquierda" comenzaban a confundirse y mezclarse. Mucha gente de origen derechista, al entrar al nacionalismo, se encontraba, en su oposición a las potencias anglosajonas, repitiendo argumentos parecidos a los del comunismo pro soviético, aunque por diversos motivos.

Por otra parte, la persistente depresión económica mundial y la sucesión de crisis políticas a que se veían enfrentadas las democracias occidentales, debilitaban las convicciones de quienes en condiciones más normales hubieran creído en la reforma gradual y evolutiva del sistema capitalista.

Los proyectos de golpe militar, dirigido por Juan Bautista Molina, fueron constantes durante los últimos años de la presidencia de Justo, y a pesar de ellos no fue considerado oportuno alejar al militar de sus cargos en las Fuerzas Armadas. Con apoyo del grupo más "duro" uriburista, ahora lo que planteaban los golpistas era un gobierno militar sin límite de tiempo, con la eliminación de los partidos políticos, y severa censura, así como control en el campo cultural y educativo. Una verdadera "regeneración" del país, en la que no faltaba la apelación a los valores morales.

Para este sector, el propio gobierno del Gral. Justo era visto como una expresión del liberalismo cosmopolita, que inevitablemente abriría paso al socialismo o al comunismo. La corrupción que a veces afloraba y las ventajas que el gobierno se veía obligado a conceder al capital extranjero, eran también usadas como argumento para demostrar su poca preocupación por el interés nacional. Convergió así una crítica desde la derecha filofascista, con otra lanzada desde posiciones de izquierda, o de nacionalismo renovador, como el de FORJA, que terminaron acuñando para el período el mote de "década infame".

En el frente de la política legal, hubo cambios importantes a partir de 1936. Como resultado de su retorno a las urnas, el radicalismo ganó en 1936 una amplia bancada en la Cámara de Diputados y algunas gobernaciones estratégicas, como la de Córdoba, que fue asumida por Sabattini (1936-1940). En esa provincia una corriente renovadora del conservadorismo, dirigida por José Aguirre Cámara, rechazaba el recurso al fraude y, aunque no pudo ganar los comicios, mantenía la fidelidad de un apreciable sector del electorado.

En el movimiento obrero se fortaleció durante la década del treinta la influencia socialista, y comenzó la del comunismo. Los antiguos sindicalistas, que habían dirigido la CGT en una inestable alianza con los socialistas, tuvieron que tomar la responsabilidad por la política muy moderada, tildada de colaboracionista, de la central obrera.

La Unión Ferroviaria era el principal sindicato del país, con sede importante en la calle Independencia, filiales a lo largo de todo el país y una compleja organización de seccionales y comisiones a diversos niveles, desde el local hasta el nacional. Tenían también algún personal pago, y los miembros más destacados de la Comisión Directiva recibían retribución por sus servicios. Una especie de "burocracia" en potencia, aunque aún embrionaria. Luego consiguieron un Hospital Ferroviario, con contribuciones estatales, y poseían bastantes servicios sociales.

La fuerza principal de la Unión Ferroviaria estaba en los talleres de reparación, de los que había uno muy importante en Remedios de Escalada, en las afueras de Buenos Aires, y otros a lo largo del país, desde Rosario a Tafí Viejo, suburbio de Tucumán. También agremiaban a los guardas de tren y otro personal de estación. Los maquinistas y fogoneros de las locomotoras, muy calificados, tenían un sindicato especial, La Fraternidad. Los anarquistas los consideraban a todos "amarillos", pero constituían uno de los principales baluartes sindicales del país.

En el gremio ferroviario había una lucha entre Antonio Tramonti, caudillo de origen sindicalista, aunque muy "pragmático", y José Domenech, más moderno, ligado al Partido Socialista. La lucha terminó en alguna violencia. Los socialistas, alegando fallas organizativas y falta de cumplimiento de los estatutos, coparon la Unión Ferroviaria y la misma CGT, ocasionando una división de la central. Desde entonces hubo por un tiempo dos CGT, la de la calle Independencia (en el local de la Unión Ferroviaria) y la de la calle Catamarca. En esta última se refugiaban los sindicalistas, y pronto le cambiaron el nombre, adoptando el de Unión Sindical Argentina (USA), que fue

declinando. Luis Gay, telefónico, era uno de sus principales jefes.

Los socialistas eran fuertes también entre los Gráficos y en Empleados de Comercio, gremio débil en aquel entonces y muy necesitado de apoyo legislativo para poder imponer a los patrones algunas conquistas, ya que su personal de empleados de grandes tiendas no era muy combativo. Su dirigente era Angel Borlenghi, afiliado socialista. Parecida situación se daba en el gremio de Obreros y Empleados Municipales, cuyos batallones más proletarios estaban entre los recolectores de residuos, pero que también incluían a gente de "cuello duro", más difícil de sindicalizar. El socialista Francisco Pérez Leirós, que a través de su actividad sindical llegó a la Cámara de Diputados, los capitaneaba.

Los comunistas habían adoptado a inicios de la década una política muy sectaria, siguiendo directivas internacionales según las cuales había que oponerse a los reformistas y moderados. Después del acceso de Hitler al poder, en parte consecuencia de esa estrategia aplicada al caso alemán, los comunistas pasaron a favorecer una estrategia de alianza con las fuerzas antifascistas. Dejaron entonces su exclusivismo, expresado en las agrupaciones "clasistas", y entraron a la CGT. Pronto tuvieron mucha fuerza en el gremio de la Construcción y en la Carne. En las nuevas industrias, sobre todo la textil y la metalúrgica, la agremiación se hacía más difícil.

CAUDILLISMO CONSERVADOR Y FRAUDE ELECTORAL

Casi todo el período del retorno conservador, entre 1930 y 1943, se caracterizó por la tergiversación de la voluntad popular a través del fraude, realizado en casi todas los distritos. Las principales excepciones eran la Capital Federal y Córdoba, pero el lugar donde más abiertamente se lo practicaba era la provincia de Buenos Aires.

En esta provincia ya Marcelino Ugarte había montado una máquina que fue famosa en su época, tanto por su efectividad en conseguir clientelas genuinas --aunque no necesariamente convencidas-- a través del intercambio de favores, como por su habilidad en comprar libretas de enrolamiento o, si las papas quemaban, directamente colocar sobres en la urna. La práctica era, por cierto, vieja. Según se dice, una vez el "puntero" italiano Cayetano Ganghi fue a la casa de Pellegrini con una carretilla llena de papeletas para votar, basadas seguramente en documentos de naturalización que había tramitado para sus connacionales, siguiendo el ejemplo norteamericano. Emocionado, el patricio lo congratuló: "Sos un caudillo positivo, Ganghi!" [4]

Pero quien llevó estas prácticas a un arte --con algunas víctimas fatales-- fue Alberto Barceló, poderoso jefe de Avellaneda desde 1910 hasta 1943, quien llegó incluso a merecer algún tango que celebra sus fastos, por si la Historia llegara a olvidarse de él. Su mano derecha era Esteban Habiague, inspector de Policía, antes director de un hipódromo. Uno de sus colaboradores de base fue Juan Ruggiero, Ruggierito para los amigos, que murió de un balazo sin que se supiera bien quién fue el responsable.

De joven, Carlos Gardel cantaba en las campañas políticas de Barceló, lo que obviamente mejoraba el nivel artístico y atraía embelesados oyentes. Barceló le consiguió los papeles para que figurara como nacido en Avellaneda en vez de Toulouse, lo que para trámites facilitaba las cosas.

El abuelo de Barceló, un español muy buscavidas, hizo fortuna en Entre Ríos asociado a Urquiza. Su hijo se recibió de médico, pero dilapidó sus bienes. Alberto, con ocho hermanos, no tenía un cobre cuando empezó su carrera política. Terminó viviendo en un verdadero palacete, en lo mejor de Avellaneda. Ruggierito, en un nivel más modesto, era hijo de un carpintero napolitano que tuvo 17 hijos con una alemanita.

Dos hermanos mayores de Barceló fueron intendentes entre 1901 y 1908. Al año siguiente le pasaron la posta a Alberto, que estuvo al frente de la municipalidad desde 1910 hasta 1917, cuando vino la intervención mandada por el "Peludo". Pero no había que desesperarse. Ya entonces Alberto era senador provincial, como siempre bajo la sombra protectora de don Marcelino. Pero ahora eso se acababa, convenía abrirse camino solo. Es así como funda en 1922 el Partido Provincial, separado del Conservador, al que sólo retornaría en 1930.

En 1924, ya en tiempos de Alvear, con su propia estructura partidaria, gana las elecciones y vuelve a la Intendencia. Hasta 1943 ya no la abandonaría, ocupándola directamente o por interpósita persona. Durante el interregno entre la intervención de 1917 y su retorno en 1924 ensayó varias tácticas. Una de ellas fue en 1919, cuando casi igualó en votos a los radicales, que también tenían su máquina y su caudillo, aunque principiantes por comparación. En esa ocasión hizo votar para Intendente a Jacinto Oddone, del Partido Socialista, que había sacado menos de un 20% del voto popular, y que duró dos años al frente de la comuna.

Barceló usaba una mezcla de fraude, corrupción e intimidación de adversarios para llegar a sus altos guarismos electorales, pero no se puede negar que tenía cierta popularidad. Como dice Norberto Folino, que ha estudiado al personaje:

Domingo Barceló iniciaba los repartos de víveres a los indigentes, después larga tradición conservadora. Juan Ruggiero fue muchas veces a las puertas de la municipalidad, para llenar su bolsa con la limosna de verdura o papas o yerba. Después, los Ruggiero se mudan al barrio de Entre Vías. A los catorce años Juan pega carteles para el comité conservador.
Tiene sólo dieciocho años y Barceló lo pone al frente de un grupo político. De pronto, Juan hace popular su nombre: se ha tiroteado, vereda a vereda, a la salida de los prostíbulos de la calle Saavedra --regenteados por Enrique Barceló, hermano del caudillo-- con otro incipiente caballero. Los duelistas no se hacen daño, pero la fama de Ruggiero ha echado a correr. [5]

Enrique Cadícamo, el autor de letras de tango, recuerda en un poema:

Hubo hace muchos años, en la Isla Maciel,
un turbio atracadero de la gente nochera,

ahí bajaba del bote la runfla calavera,
a colocar su línea y tirar su espinel.
Se llamaba ese puerto, el Farol Colorado,
y en su atmósfera insana, en su lodo y su intriga,
floreció la 'taquera de la lata en la liga',
de camisa de seda y de seno tatuado.

Por esos lados se veía a menudo al apenas iniciado Aníbal Troilo, o a Arolas, quien "con su pinta vistosa de músico y de apache" siempre llegaba en coche, de La Boca. Después de esas farras, los trasnochadores se cruzaban con las muchachas que madrugaban para ir a la fábrica:

Fosforeras, fosforeras,
palomitas en bandadas
que encontré en las madrugadas
de mi loca juventud.
Obreritas de mi pueblo
tan alegres, tan bonitas,
que encontré en las mañanitas
cuando el sol iba a llegar.[6]

Roberto Arlt también describió, ya en los años treinta, los contrastes de esta casi mítica isla Maciel, donde

hay calles a lo largo de sauzales, más misteriosas que refugios de pistoleros, y un tranvía amarillo ocre pone sobre el fondo ondulado de chapas de zinc de las casas de dos pisos, su movediza sombra de progreso. No se sabe si se encuentra uno en una orilla de Africa o en los alrededores de una ciudad nueva de la península de Alaska.[7]

A la sombra de Barceló se formaba el joven médico Manuel Fresco, que con ayuda del caudillo consiguió una buena posición en el Hospital Fiorito. En el Partido Demócrata Nacional había una lucha sorda entre el sector más tradicional, dirigido por los Barceló y los Fresco, y el más renovador, con figuras como Rodolfo Moreno y Vicente Solano Lima, que querían limpiarle un poco la cara al partido.

Barceló no hacía muchas declaraciones y era casi más huraño que Yrigoyen cuando de hablar en público se trataba. En cambio a Fresco le gustaban mucho los discursos. Orientado hacia una nueva época, quiso sistematizar en una política de "justicia social" la táctica de su mentor, y adhirió fervorosamente al fascismo, en el que veía una alternativa válida, adaptada a nuestro genio latino, entre el comunismo "ruso" y el capitalismo salvaje "yanqui".

En 1936 Fresco llegó, con los métodos usuales, a la gobernación de Buenos Aires, donde trató de poner en práctica sus ideas, sin mucho éxito. En 1940 lo que correspondía era dejarle el lugar a Barceló, que aunque bastante mayor que él en edad, recién se atrevía en ese momento a salir de su rincón.

El escándalo en las urnas fue mayúsculo, y además eran ya otros tiempos. El presidente Ortiz --fruto del fraude él mismo, como Roque Sáenz Peña, pero decidido a terminarlo-- mandó una intervención fulminante, y el viejo caudillo nunca llegó a mandar en toda la provincia. Luego, el peronismo lo dejaría de lado, la fábrica de cerveza que había instalado quebraría, y al morir en 1946 sólo un pequeño grupo de correligionarios lo despediría en el cementerio. Su palacete es hoy repartición nacional.

LA INTERVENCION ESTATAL EN LA ECONOMIA

En el frente económico el artífice de las numerosas iniciativas concretadas en el período de Justo fue Federico Pinedo. El ministro había ya dejado atrás sus convicciones socialistas, pero guardaba una orientación hacia el intervencionismo económico, al que consideraba necesario para salir de la aguda crisis de desocupación existente. De Tomaso, desde Agricultura, colaboró en la organización de nuevas instituciones de planificación en el área rural.

Para evitar oscilaciones excesivamente bruscas en el mercado y en los precios, se fundaron la Junta Nacional de Carnes, las Juntas Reguladora de Cereales, del Algodón, del Azúcar, de Vinos, de la Yerba Mate y de la Industria Lechera. Estas entidades garantizaban un precio mínimo al productor, y mantenían reservas en sus depósitos y elevadores, para luego exportar. También se instalaron frigoríficos, para lo cual se estableció la Corporación de Productores de Carnes (CAP).

Para facilitar el transporte de las cosechas se dio impulso a la red caminera pavimentada, que complementaba la de los ferrocarriles, compitiendo, claro está, con ellos. La Dirección Nacional de Vialidad estuvo a cargo de esta tarea, que enfrentó la hostilidad de los intereses británicos, mientras que era aplaudida por los exportadores norteamericanos de automotores, algunos de los cuales tenían terminales de montaje instaladas en el país.

Para paliar dificultades con Gran Bretaña, se proyectó intervenir en el transporte por ómnibus y colectivos, que en manos privadas entraban en una guerra de precios, haciendo poco rentables los tranvías y ferrocarriles suburbanos británicos. El tema excitó mucho a la opinión pública, con gran oposición al proyecto. Este sólo pudo concretizarse en 1942, con la creación de una Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires, que pasaría a ser la propietaria de las líneas de colectivos y reguladora de sus tarifas, y de la cual las antiguas empresas serían accionistas.

La situación fiscal era difícil, pues las importaciones y los consiguientes impuestos de aduana, habían bajado mucho. Para compensar esta disminución se estableció el impuesto a la renta, siguiendo las líneas universalmente aceptadas acerca de las fuentes que debe tener el gasto público. Este impuesto, que afectaba a los más pudientes, generaba una redistribución de ingresos, siempre, claro está, que se lo pagara.

La crisis había dejado un tendal de problemas en los bancos, a menudo incapaces de cobrar sus créditos. Para ordenar el sistema se creó, con

asesoramiento inglés, el Banco Central, al que se dotó de gran autonomía para que no se viera forzado a prestar sus fondos al gobierno, lo que habría estimulado la inflación.

La alterada economía mundial obligó a todos los países a tomar medidas de defensa contra los desajustes producidos por un mercado incontrolado. Gran Bretaña reunió a los integrantes de su Imperio y en la Conferencia de Ottawa (Canadá), en 1932, decidió erigir una barrera arancelaria contra las importaciones provenientes del resto del mundo. De esta manera protegía el comercio entre la metrópoli, los Dominios como Canadá y Australia, y las colonias, principalmente de Asia y Africa. Esta barrera implicaba que la carne, en adelante, ya no podría llegar desde la Argentina en condiciones competitivas con Australia o Nueva Zelandia. El precio local se desplomó, amenazando de ruina a la mayor parte de los productores ganaderos del país.

El gobierno de Justo decidió negociar, aprovechando la importante posición de la Argentina como mercado para la producción británica. El vicepresidente, Julio A. Roca (h) fue a Londres y llegó a concertar un acuerdo, conocido como Tratado Roca-Runciman, en 1933.

Por este tratado se permitía a la Argentina enviar una cierta cantidad de su mejor producción de carne enfriada ("chilled beef") a Londres, libre de gravámenes. A cambio de esto, se aceptaría también en condiciones privilegiadas, en la Argentina, al carbón y a ciertos productos industriales británicos, y se comprometía el país a dar un buen tratamiento a las inversiones que vinieran de la isla.

¿Quién pagaba el pato de la boda? Había varios intereses perjudicados:

1. Los productores de carne de menor calidad, así como los criadores que proveían de novillitos y terneros a los invernadores de la pampa húmeda.

2. Los industriales argentinos, así como los extranjeros ya radicados en el país, que perdían la protección que podían tener ante la competencia inglesa.

3. Los exportadores de los Estados Unidos (y de otros países) a la Argentina, que ahora se veían en dificultades por no gozar del acceso preferencial que tendrían los británicos a nuestro país.

La situación merece un tratamiento más detallado, que veremos en el próximo capítulo.

CAPITULO 32

ECONOMIA Y SOCIEDAD DESDE LOS AÑOS TREINTA HASTA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



LA PRODUCCION DE CARNE: CRIADORES E INVERNADORES

El proceso de producción de carne bovina tiene dos etapas, la de la cría y la del engorde o invernada. La cría de terneros, hasta el año de edad, se hace en campos no demasiado buenos, o sea muchos de los del interior y algunos de la pampa húmeda. La segunda etapa, que exige mejores campos y pasturas artificiales, la realizan empresarios que compran los terneros y los llevan hasta los dos años de edad, engordándolos a razón de casi un kilo por día.

Una vez obtenido el producto terminado, o sea el novillo de 400 o más kilos de peso, todavía falta otro pequeño detalle, que es enviarlos al mercado de hacienda, donde son adquiridos por los frigoríficos, faenados y convertidos en medias reses que deben ser inmediatamente refrigeradas. Sin perder un minuto de tiempo, hay que enviarlas en barcos que van a todo vapor para llegar al mercado de Smithfield en Londres antes que los australianos. No es tan simple como puede parecer, ubicar un bife en el plato de un consumidor inglés.

Este esquema, en lo básico, sigue aplicándose, aunque con numerosas variaciones. En la época a que nos referimos, la división del trabajo entre criadores e invernadores era más nítida que en la actualidad. Un tercero en discordia eran los arrendatarios, pequeños productores familiares, que en general producían cereales, y que después de unos años de rotación dejaban instalado un alfalfar para ser devorado por los novillos.

Los empresarios locales más fuertes eran los invernadores. Por encima de ellos estaban, sin embargo, los frigoríficos, casi todos de propiedad extranjera. Los intereses en conflicto en esta cadena productiva se pueden caracterizar de la siguiente manera:

1. *Los invernadores*: eran un grupo muy poderoso y bien conectado políticamente, organizado en la *Sociedad Rural Argentina*. Eran la base del Partido Demócrata Nacional, y por supuesto apoyaban el Pacto Roca-Runciman, que les aseguraba colocar la mayor parte si no el todo de su producción.

2. *Los criadores*: formaban un sector menos influyente, más local. No conseguían un tratamiento especial con el Pacto, y por lo tanto era más fácil que entre ellos se difundieran actitudes nacionalistas de rechazo. Se organizaron en la *Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa* (CARBAP).

3. *Los arrendatarios y otros productores agrícolas medios*: formaban una

clase media rural, siempre en dificultades para colocar su producción, ante la intermediación de los grandes cerealistas, como Bunge y Born, Dreyfus, De Ridder y otros. Entre ellos, aquellos que eran arrendatarios tenían el problema adicional de la inestabilidad de sus tenencias. Muchos estaban organizados en la *Federación Agraria Argentina* (FAA), creada en 1912 después del Grito de Alcorta. La FAA había tenido posiciones de izquierda e incluso pactos de acción conjunta con la FORA, que luego se fueron moderando. Sus simpatías tendían hacia el radicalismo, o en Santa Fe hacia la Democracia Progresista.

4. *Los frigoríficos*: constituían uno de los principales factores de poder económico del país, y se beneficiaban de su rol de intermediación, así como de sus reservas financieras. Influían a los gobiernos, aunque por su condición de extranjeros la vinculación con los partidos era menos directa que en el caso de los invernadores o criadores.

5. *Los acopiadores cerealistas*: estos tenían su cúpula en tres o cuatro grandes empresas, algunas base de grupos trasnacionales. Eran propiedad de residentes argentinos, algunos de reciente inmigración, y estaban ligados al mundo político más estrechamente que los frigoríficos.

El tema de las carnes tuvo un final dramático en 1935, durante un debate en el que participaba Lisandro de la Torre, quien impugnaba la política oficial, resultado del Pacto Roca-Runciman. Las acusaciones eran muy fuertes y generaban palabras airadas por ambos lados, incluyendo los ministros que concurrían a la sesión de interpelación. De pronto, sonó un tiro en pleno Senado, apuntado a de la Torre pero que mató a un colaborador suyo, Enzo Bordabehere, recientemente electo senador también por Santa Fe. El responsable, aunque señalado por la opinión pública, nunca fue debidamente identificado por la Justicia y quedó en libertad.

EL CRECIMIENTO DE LA INDUSTRIA ARGENTINA Y SUS PROBLEMAS

Durante los años treinta la industria argentina emergió como un importante factor de poder en el país. La crisis la afectó de manera inesperada. Efectivamente, la baja de precios de exportación y la contracción de la demanda internacional dejaron al país con gran carencia de divisas. Se hacían entonces difíciles las importaciones, y se estimulaba, sin necesariamente proponérselo, a la industria argentina. Esto era particularmente estratégico para las nuevas ramas, en los sectores textil, metalúrgico y químico.

Particularmente dinámico fue el crecimiento textil, pasando el personal ocupado en esa actividad, en la Capital Federal, de un índice 100 en 1929 a 298 en 1943; en el país en su totalidad los obreros textiles pasaron de 52.576 en 1935 a 103.600 en 1943. La mano de obra era en su gran mayoría poco calificada, formada por mujeres y jóvenes en una proporción de más de dos tercios. [8]

Según el Censo Industrial de 1935 había más de 6.000 establecimientos textiles en la Argentina, pero unos 1.600 de ellos no empleaban personal en relación de dependencia y otros 3.200 tenían menos de cinco empleados. Esos "boliches" constituían un aspecto importante de la industria y formaban un estrato intermedio entre la verdadera patronal y los obreros, constituyendo una vía de ascenso social para muchos trabajadores.

Había importantes concentraciones de pequeños productores caseros, en Chacarita (Villa Crespo) y en Villa Lynch y otros barrios del partido de San Martín. Ahí trabajaba gran cantidad de inmigrantes de Europa Oriental, tanto empresarios como obreros. Algunos venían con tradiciones sindicales y políticas, pero la actividad en este pujante sector brindaba oportunidades de ascenso social a más de un militante, haciéndole abandonar el sindicalismo si no la política. Para muchos activistas el emplearse en un pequeño negocio era una manera de conseguir trabajo al abrigo de las listas negras que circulaban entre las empresas mayores, y no era raro que terminaran instalándose por cuenta propia, o que llegaran a capataces.

Una buena parte de los pequeños empresarios (algunos sólo trabajando con ayuda familiar) eran los llamados "façonniers", que poseyendo un par de telares o poco más, tomaban trabajo de las empresas grandes. Estas les daban hilo y encargos, pues no podían atender a todos los pedidos, ya que preferían evitar comprometerse con mayores costos fijos. Lógicamente esto creaba una enorme inestabilidad en el campo de los façonniers, pero también fuertes oportunidades de enriquecerse, especialmente aprovechando la mayor demanda generada por la guerra, una vez superados los problemas de desabastecimiento de los dos primeros años.

La parte concentrada de la industria consistía en unos 200 establecimientos, con un total de 62.000 obreros. Pero la verdadera punta estaba formada por monstruos como Alpargatas, con unos 7.000 asalariados, donde el sindicato tenía gran dificultad en hacer pie. El patriarca de la industria textil, en aquellos años treinta y cuarenta, era Miguel Campomar, dueño de una fábrica en Valentín Alsina (Avellaneda) con 2.500 obreros, otra en Belgrano con unos 2.000 obreros, y una tercera cerca de Colonia, Uruguay, con 2.300 obreros. Se decía que la empresa había comenzado, en 1882, con 2 telares.



Miguel Campomar era presidente de la Confederación Argentina de Industrias Textiles, de predominio lanero, afiliada a la Unión Industrial. Otro miembro de la familia que cumplía funciones gerenciales en la empresa, don Jaime, "tenía cansado al personal" con sermones, según se quejaba el periódico sindical, pero estaba determinado a salvar sus almas, orientándolas por la buena vía del sindicalismo católico de empresa. Entre el 8 y el 11 de mayo de 1941 invitó a Monseñor De Andrea, obispo liberal y algo obrerista, a que predicara su evangelio a los trabajadores. El periódico sindical aprovechaba para decir que los curas ahora aceptaban el derecho del personal a sindicalizarse: bueno, entonces, que lo hicieran en la Unión Obrera Textil. La verdad es que no era fácil asentar reales en esa empresa paternalista y católica, y en momentos menos cuidados el periódico admitía la falta de militancia de su personal. [9]

En Valentín Alsina, barrio de Avellaneda, había una gran presencia textil, alrededor de la fábrica de Campomar y otras tejedurías laneras. En 1937 el sindicato hizo un notable esfuerzo por organizar la zona, aprovechando la gran concentración barrial que se producía ahí, pues la casi totalidad de los pobladores del lugar eran textiles. Este "populismo oligárquico" es un fenómeno a veces considerado precursor del peronismo, pero se diferencia marcadamente de éste, pues su liderazgo no es de tipo movilizador y carismático sino meramente paternalista. La agitación fracasó, según se informó luego, por falta de conciencia y por las tácticas apresuradas de algunos, terminando todo en consolidar la influencia de los "elementos inconscientes y agentes de los caudillos que operan en la zona", interesante comentario que puede referirse a los Barceló y otros, que por diversos medios cooptaban a la población humilde. [10]

En Bernal había también un núcleo textil, centrado en dos importantes hilanderías de algodón, La Bernalesa y la Compañía General Fabril Financiera. En La Bernalesa el sindicato textil había conseguido hacer pie desde 1939, mediante el apoyo del Departamento Provincial del Trabajo, dirigido por Armando J. Spinelli, durante el gobierno de Manuel Fresco. Hasta ese momento actuaba en la zona una Sociedad de Mejoramiento de Obreros Hilanderos de Bernal, cuyo nombre es bastante indicativo de sus módicas intenciones. Entre otras actividades organizaba una Academia de Corte y Confección, cuyas alumnas completaban su curso dando examen ante la Academia de Arte Profesional María Auxiliadora.

La industria siderúrgica se vio impulsada por Fabricaciones Militares, donde actuaba el Gral. Manuel Savio. Esta empresa tenía una Fábrica Militar de Aceros, en el Gran Buenos Aires, y un Alto Horno en Zapla, aprovechando el mineral de hierro extraído en la vecina Palpalá, ambas en la Provincia de Jujuy. En el sector privado, la empresa Acindar, dirigida por el Ing. Arturo Acevedo, instaló una elaboración de chapas de acero.

El petróleo era producido por el sector estatal, Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), y por empresas privadas, especialmente las dependientes de la Standard Oil de Estados Unidos y la Shell de Gran Bretaña. En YPF se había destacado el Gral. Enrique Mosconi, muy activo en los años veinte, cuya labor fue continuada por el Gral. Alonso Baldrich. Ambos defendieron la producción estatal del combustible.

La electricidad en la ciudad de Buenos Aires era generada por dos empresas extranjeras, la Compañía Hispano Argentina de Electricidad (CHADE) y la Cía. Italo Argentina de Electricidad. Las concesiones de servicios eran otorgadas por la Municipalidad. En 1936, cuando vencían esos contratos, se los extendió, mediando influencias que causaron un escándalo político. Más tarde una Comisión Investigadora, en 1943, produjo un informe que fue silenciado por el gobierno militar y sólo años más tarde fue publicado.

EL TRIANGULO ARGENTINA - ESTADOS UNIDOS - GRAN BRETAÑA

La economía argentina anterior a la Segunda Guerra Mundial, en sus relaciones externas, formaba un problemático triángulo con Gran Bretaña y los Estados Unidos. El país exportaba fundamentalmente alimentos, sobre todo a Gran Bretaña. A nuestros granos y carnes les era más difícil entrar a los Estados Unidos, porque ese país también los producía y creaba barreras protectivas, en parte con argumentos sanitarios relativos a la aftosa, enfermedad del ganado considerada infecciosa.

En lo relativo a importaciones, en cambio, la mayor parte de los bienes manufacturados y semimanufacturados venían de los Estados Unidos, que eran más baratos. Por eso en el Tratado Roca-Runciman, Gran Bretaña trató de protegerse, asegurándose de que las divisas obtenidas por la Argentina a través de sus ventas a la isla fueran usadas para comprar productos industriales en ella.

Así, pues, la Argentina tenía permanentes déficit con los Estados Unidos y superávit con Gran Bretaña. Estos últimos se acumularon de manera muy significativa durante la guerra, generando hacia su finalización un gran crédito congelado, que se usó para la compra de los ferrocarriles. El déficit con los Estados Unidos se compensaba con la entrada de capitales de ese origen, que se utilizaban para financiar las importaciones de maquinarias y otros productos industriales de ese origen.

CAPITULO 33

LAS PRESIDENCIAS DE ORTIZ Y CASTILLO (1938-1943)

EL INTENTO APERTURISTA DE ORTIZ

Al finalizar la presidencia de Agustín P. Justo la Concordancia lanzó como candidato presidencial a Roberto Ortiz, radical antipersonalista, que ocupaba desde hacía poco tiempo la cartera de Hacienda en reemplazo de Pinedo, y que había sido ministro con Alvear. Además, estaba muy ligado al capital extranjero, especialmente a los ferrocarriles, de quienes era abogado. Como vice se optó por el Demócrata Nacional Ramón Castillo, senador por Catamarca, que había tenido una larga carrera en la Justicia y en la Universidad. La oposición no pudo unirse, y se presentó por la UCR Alvear, y por el socialismo Nicolás Repetto.



La victoria de Ortiz fue fraudulenta, sobre todo en la provincia de Buenos Aires, donde el gobernador Manuel Fresco (1936-1940) tenía a las urnas, ya que no al electorado, en un puño. A pesar de este origen, Ortiz intentó, desde

el poder, cambiar las cosas y terminar con la era del fraude. Estaba motivado por un deseo de regeneración, pero al mismo tiempo era inevitable darse cuenta de que se acumulaban las fuerzas de protesta, desde todos los rincones ideológicos, y que en algún momento podían explotar en un movimiento armado, con o sin apoyo popular.

Para evitarlo, había que abrir las compuertas electorales, estrategia ésta ya ensayada en diversas oportunidades de nuestra historia por otros gobiernos que se sentían inseguros. Por otra parte, el haber obstaculizado, mediante un fraude muy evidente, el acceso al poder de una figura tan respetable como la de Alvear, había irritado a un amplio sector de opinión pública moderada, que no veía ningún peligro en ese recambio de autoridades.

Su programa se vio afectado, primero por la Segunda Guerra Mundial, declarada en setiembre de 1939, y luego por su enfermedad, que lo obligaría a alejarse del mando muy pronto.

EFECTOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL SOBRE LA ECONOMIA ARGENTINA

En un primer momento la guerra produjo serias dificultades a la economía argentina. La falta de transportes afectó la exportación, y no podían venir del exterior las maquinarias y otros insumos industriales necesarios para la producción local. Es así que se llegó a usar maíz y aceite de lino como combustibles.

Con el tiempo, se encontraron salidas a estos problemas. En el puerto había una gran cantidad de barcos mercantes pertenecientes a las potencias del Eje, sobre todo Italia, que no podían salir para no ser apresados por la escuadra británica. El Presidente Castillo decidió expropiarlos, y formar con ellos una empresa estatal, la Flota Mercante Argentina, que llegó a contar con una cincuentena de naves.

Las empresas locales, obligadas a producir de todo para evitar el desabastecimiento, se encontraron de golpe con una gran demanda y a cualquier precio. Por motivos estratégicos, los militares también promovían la industrialización, para poder producir armamentos.

En diciembre de 1941 Japón atacó a los Estados Unidos, bombardeando el apostadero de su flota, en Pearl Harbor, en las islas Hawaii. La presión para romper relaciones con el Eje se volvió intensa. Se convocó a una Conferencia en Río de Janeiro, en enero de 1942. El objetivo era que todos los países del hemisferio se comprometieran a la ruptura. La resistencia principal, por diversos motivos, venía de Chile y la Argentina.

El Presidente Castillo, amigo de los nacionalistas, no estaba demasiado convencido de que los Aliados ganarían la guerra, y prefería quedar bien posicionado por si acaso. Después de largas discusiones, su ministro de Relaciones Exteriores, Enrique Ruiz Guiñazú, consiguió una redacción que sólo "recomendaba" la ruptura, la cual luego fue postergada *sine die*. Ante este desplante, lógicamente los Estados Unidos no enviarían armamentos, mientras

que sí lo hacían con Brasil, que terminó entrando en el conflicto bélico y enviando fuerzas al frente italiano.

Los industriales tenían como principal entidad representativa a la Unión Industrial Argentina (UIA), presidida por Luis Colombo. Su gran preocupación era respecto a lo que ocurriría al terminar la guerra, pues entonces era previsible que volviera la importación, a precios más bajos, produciendo la quiebra de las experiencias intentadas durante estos años de protección automática.

Ya en 1940 Federico Pinedo, ministro de Hacienda, había elaborado un proyecto (llamado Plan Pinedo) para estimular a la industria, sobre todo la que transformaba materias primas nacionales. Se basaba en otorgar créditos baratos a largo plazo, y en construir casas populares para generar demanda en la industria de la construcción. Pero para consolidar las ventajas adquiridas durante la guerra, se haría necesaria una protección aduanera muy alta, al menos por un tiempo. Era difícil que un gobierno conservador, muy influenciado por los exportadores agropecuarios, adoptara esa medida. El mismo Plan Pinedo encontró diversas fuentes de oposición, y no pudo ser aprobado por Diputados, donde había mayoría radical, que no deseaba colaborar con el programa gubernamental.

Entre los militares, uno de los más decididos en favor de una política de industrialización a todo vapor era el coronel Manuel Savio, en ese entonces director general de Fabricaciones Militares. En una conferencia pronunciada en la UIA, en 1942, sobre *Política Metalúrgica*, pronosticaba el "caos económico", que seguramente seguiría a la finalización de la guerra si no se hacía algo para prevenirlo.[11] En otra conferencia, en el mismo lugar, el Gral. José M. Sarobe, uno de los más encumbrados hombres de armas del momento, advirtió que era "necesario conquistar una cierta autonomía económica para conservar la independencia política," aunque agregando, de manera algo desmesurada, que ante la formación, a su juicio permanente, de cuatro grandes bloques (Estados Unidos, Alemania incorporando a Ucrania, la Unión Soviética, y Japón controlando todo el Oriente) la Argentina podría llegar a dirigir un quinto bloque mundial, basado en América Latina.[12]



El temor a la desocupación que se produciría al terminar la guerra era muy prominente en la época. Leopoldo Melo, candidato presidencial antiyrigoyenista en 1928, hablando ante la UIA, pronosticaba que la posguerra podría "hacer más víctimas que la guerra misma", lo que era mucho decir.[13] En una obra colectiva editada por el Instituto Bunge, que reunía artículos publicados en el diario católico El Pueblo entre junio de 1943 y diciembre de 1944, se expresaba el temor ante los "ejércitos de desocupados" que podrían generarse en el país.[14]

Todas estas voces de Casandra estaban por cierto interesadas en crear aprehensión sobre lo que podría deparar el futuro, para extraer del gobierno medidas convenientes a la industria local, de manera que seguramente exageraban la gravedad del espectro que rondaba en el futuro cercano. Pero sería demasiado simple por ello ignorar sus genuinas preocupaciones acerca de la desestabilización económica y social que la reconversión a la paz podría acarrear.

Se estaban creando las condiciones sociales que facilitaron la emergencia del peronismo. Es significativo que en la Comisión Directiva de la UIA figuraran entre otros Miguel Miranda, empresario metalúrgico interesado en los problemas macroeconómicos, que llegaría a ser el zar de la economía bajo la primera presidencia de Perón; Rolando Lagomarsino, textil, que también desempeñaría funciones como secretario de Industria y Comercio en esa presidencia; y Ernesto L. Herbin, designado presidente del Banco de Crédito Industrial en 1944.

En el ambiente de la derecha autoritaria y de la Iglesia había también convergencias hacia programas económico-sociales que innovaran sobre el tradicional esquema agroexportador. Los modelos económicos "ortodoxos", de cuño liberal, tenían en cambio gran fe en las virtudes del mercado. Prestaban por lo tanto menos atención a los problemas sociales generados por la gran aglomeración que se estaba dando, con mucha gente recién venida del interior del país para trabajar en las industrias en expansión.

El temor anticomunista era por cierto predominante en la derecha, laica o eclesiástica. Así, por ejemplo, Virgilio Filippo, cura párroco de San Antonio, en Villa Devoto, que luego se afiliaría al peronismo, decía en emisiones radiales de 1938 que él tenía que enfrentar a quienes "bailan tranquilos sobre un volcán a punto de entrar en erupción", añadiendo que sus numerosas condenas a la acción de los judíos "no eran antisemitismo sino nacionalismo sensato". Hacía suyas las palabras del conocido estadístico Francisco Latzina, quien ya a fines del siglo pasado alertaba acerca de que "no sería imposible que viéramos algún día no lejano la gente desesperada agarrarse de la política como de un pretexto para convulsionar el país. Las montoneras que entonces se formen no saquearán las estancias por razones políticas, sino por razones de estómago".

Filippo agregaba que cuando él hablaba "contra el capitalismo usurero era fácil tratarlo de socialista, comunista o revolucionario", pero eso era un error. De la misma manera, no por atacar al comunismo él debía ser considerado fascista, ni antisemita por denunciar repetidamente las maniobras del judaísmo internacional. [15]

EL MOVIMIENTO OBRERO Y LOS PARTIDOS POLITICOS

El movimiento obrero se fue consolidando durante los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, y durante el transcurso de ésta. Desplazada la corriente sindicalista, la hegemonía había pasado al Partido Socialista, con una competencia seria por parte del Partido Comunista. Esta era significativa en la Construcción, la Carne, y en gremios más nuevos, como los Metalúrgicos o los Textiles, donde la mayor persecución patronal y oficial sólo daba lugar a que una minoría del personal se agremiara.

El sindicato textil se había iniciado en 1921, con predominio socialista y participación de anarquistas y comunistas. En su declaración de principios --aprobada por una asamblea-- se pronunciaba contra el control de los "parásitos" capitalistas, y planteaba la propiedad colectiva de los medios de

producción, obtenible a través de "la fuerza del proletariado organizado en sus organismos de clase". Este esquema contrastaba con el de entidades más antiguas, como la Unión Ferroviaria, que preferían dejar esos objetivos, de cuyo realismo no estaban ya muy convencidas, para discutir en los partidos políticos.

En los sindicatos nuevos y pequeños la autoridad máxima era la Asamblea de todos los socios, que elegía a la Comisión Directiva. Los teóricos del Partido Socialista estaban particularmente opuestos a esta forma organizativa, ya que no se sentían muy seguros de controlar ese tipo de reuniones aun cuando contaran con el apoyo de una mayoría de afiliados, que a menudo no iban a esas reuniones, o se retiraban temprano, cansados de las interminables discusiones. Los militantes de base, en cambio, incluso los del propio Partido Socialista, las preferían porque las consideraban una forma directa de democracia, aun cuando una pequeña parte del personal agremiado concurriera.

Una característica importante de muchos sindicatos de la época era su organización barrial, con seccionales en cada zona de influencia. Un paso más allá del asambleísmo directo se daba cuando cada seccional designaba representantes a una Asamblea de Delegados, usualmente llamada Congreso, proporcionalmente a la cantidad de afiliados. Cuando se alcanzaba la organización a nivel nacional este mecanismo era, por supuesto, el único posible.

Para defender a los dirigentes del usual despido o negativa a emplearlos, se hacía necesario asignarles un sueldo, lo que les creaba un modo de vida muy distinto al del común de los obreros, que los podían considerar "burócratas". El Partido Comunista, con bastantes fondos a su disposición, a menudo rentaba a sus militantes, lo que les ayudaba a dedicarse plenamente a las tareas de organización, o a no preocuparse si eran echados del empleo por su activismo.

La interferencia de la política partidaria hizo que la CGT se dividiera en dos, durante la reunión del Comité Central Confederal de diciembre 1942 a enero 1943. Quedó de un lado la CGT Nº 1, relativamente apolítica, basada en la Unión Ferroviaria y su jefe José Domenech, quien aunque afiliado socialista era muy independiente de las directivas que venían del partido. Del otro, la más politizada CGT Nº 2, con socialistas y comunistas, y encauzada hacia la formación de un Frente Popular, como en Francia y en Chile. La dirigían Francisco Pérez Leirós, de los Obreros Municipales, y Angel Borlenghi, de los Empleados de Comercio, ambos socialistas. Los gremios controlados por los Comunistas estaban todos en este sector.

EL CONTINUISMO CONSERVADOR DE CASTILLO Y LA CANDIDATURA DE PATRON COSTAS

La actitud reformadora de Ortiz, concretada en la intervención a la provincia de Buenos Aires en 1940, le valió las simpatías de la oposición. Pero este veranito pasó pronto, por la enfermedad del presidente, debido a la cual

tuvo que delegar el cargo en Castillo, provisoriamente ese mismo año 1940 y poco después de manera definitiva. El nuevo mandatario reorganizó el gabinete, dándole un contenido más claramente conservador, y decidido a perpetuar al partido en el gobierno a través del fraude electoral.

Entre los opositores proliferaban actitudes de unidad, inspiradas por el ejemplo de la guerra, especialmente desde la ruptura entre Stalin y Hitler, ocasionada por la invasión que este último desató contra su anterior aliado. Una Unidad Democrática entre radicales, democrataprogresistas, socialistas y comunistas reproduciría las experiencias de los Frentes Populares, sobre todo vividas en Francia, España y Chile desde antes del conflicto bélico. Las negociaciones encontraban resistencias en el sector más "intransigente" de la UCR, dirigido por Amadeo Sabattini, que no deseaba diluir la tradición radical. De todos modos, la presión para una unificación de los partidos opositores era fuerte, y vista como amenazante por la derecha más alarmista.

La necesidad de unidad contra lo que se veía como influencia fascista en el gobierno de Castillo se reforzó por algunas medidas de éste. La más impactante fue el cierre del Concejo Deliberante de la Capital, por denuncias de corrupción que afectaban a algunos miembros del cuerpo. Castillo optó por clausurarlo, provisoriamente, hasta que se aclararan los hechos. Con poco tacto, agregó ante los periodistas que si en el Congreso hubiera semejantes sospechas, no vacilaría en ponerle candado también.

Pero la gota de agua que rebalsó el vaso fue la decisión, a mediados de 1943, del Partido Demócrata Nacional de nombrar candidato para las elecciones de setiembre de ese año a Robustiano Patrón Costas, un azucarero del norte, ligado a lo más tradicional y poco renovador del partido. Además, era muy pro inglés. Con esto no arreglaba nada sino que empeoraba las cosas, pues ahora el PDN ofendía a todo el mundo. A la potencial Unión Democrática, por su solidaridad con las prácticas fraudulentas; y a los nacionalistas de derecha, por sus simpatías británicas, en lo que se diferenciaba de Castillo.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Raúl Larra: *Lisandro de la Torre, el solitario de Pinas.* 6a ed., Hemisferio, Buenos Aires, 1956.

2. Miguel Angel Scenna: *FORJA, una aventura argentina.* 2 vols., La Bastilla, Buenos Aires, 1972.

3. Robert Potash: *El ejército y la política en la Argentina.* 2 vols., Hyspamérica, Buenos Aires, 1986, vol. 1, p. 145. Juan B. Molina no debe ser confundido con Ramón Molina, jefe del Ejército hacia esos años, cuya orientación era opuesta, tendiente hacia el radicalismo, y que fue apartado por Justo. Ver también Alain Rouquié: *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, 2 vols., Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

4. Norberto Folino: *Barceló, Ruggierito y el populismo oligárquico.* De la Flor, Buenos Aires, 1983, p. 85.

5. Folino, op. cit., p. 116.

6. Versos de Amaro Giura, música de M. Chapela, secretario privado de Barceló. Citado por Folino, p. 117.

7. Roberto Arlt: *Aguafuertes porteñas.* Buenos Aires, 1958, citado en Folino, p. 116.

8. Datos del Departamento Nacional del Trabajo, *Investigaciones Sociales* (Buenos Aires, 1941), y del Censo de Población de 1947, vol. 3, pp. 26-27.

9. *El Obrero Textil*, oct 1942, nov. 1942, oct-nov 1943.

10. *La Voz Textil, Organo de los Obreros Textiles de Valentín Alsina.* Agosto 1937 (año 1, no. 1), encuadernado en la colección de *El Obrero Textil* usada para este trabajo.

11. Manuel N. Savio: *Política de la producción metalúrgica argentina.* Unión Industrial Argentina, Buenos Aires, 1942, p. 33.

12. José María Sarobe: *Política económica argentina.* Unión Industrial Argentina, Buenos Aires, 1942, pp. 16, 17 y 31.

13. Leopoldo Melo: "La postguerra y algunos de los planes sobre el nuevo orden económico", Unión Industrial Argentina, Buenos Aires, 1942, p. 15.

14. Instituto Alejandro Bunge de Investigaciones Económicas y Sociales, *Soluciones argentinas a los problemas económicos y sociales del presente.* Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1945, p. 112.

15. Virgilio di Filippo: *El monstruo comunista. Conferencias radiotelefónicas irradiadas el año 1938 por LR8 Radio París de Bs As.* Tor, Buenos Aires, 1939, pp. 7, 473, 457. Ver también Benito Agulleiro: *Técnica de la infiltración comunista.* La Mazorca, Buenos Aires, 1943, escrito por un autoproclamado ex militante de izquierda ahora redactor de *Crisol*, periódico de extrema derecha nacionalista.

CRONOLOGIA DE LA ARGENTINA	1930-1943	CRONOLOGIA INTERNACIONAL
Malos resultados en elección diputados para UCR. Golpe de Estado de Uriburu. Lugones publica *La patria fuerte* y *La grande Argentina*.	**1930**	Caída de Primo de Rivera en España. Fuerte voto del Partido Nazi en Alemania. Conferencia Imperial británica, trata problemas económicos. Golpe de Estado militar contra Leguía, plan de volver a democracia. Liberales llegan al gobierno en Colombia, por división de conservadores. Revolución cívico-militar en Brasil: Vargas presidente provisorio. Trujillo accede al poder en Rep. Dominicana. Ortega y Gasset publica *La rebelión de las masas*.
Elecciones en Buenos Aires dan victoria radical; son anuladas. Rebelión militar radical de Pomar. Abandono de proyectos corporativistas, y elecciones nacionales, con prohibición de UCR y fraude.	**1931**	Agitación popular en España. Establecimiento de la República. Se extiende la crisis económica mundial. Elecciones en Perú, victoria gubernamental, fraudulenta según los apristas. Caída de Ibáñez en Chile, ante oposición de derecha liberal, centro radical, izquierda y estudiantes. Japón ocupa Manchuria, en China. Encíclica *Quadragesimo anno*, de Pio XI, sobre relación entre Capital y Trabajo.
Asume presidencia Gral. Agustín P. Justo, apoyado por radicales antipersonalistas y socialistas independientes (Concordancia).	**1932**	Conferencia de Ottawa: proteccionismo para Imperio Británico. Se extiende la desocupación en el mundo. Salazar, Primer Ministro en Portugal. Gobierno socialdemócrata en Suecia inicia largo período de hegemonía. Inicio de la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay. Rebelión aprista en el norte ("Masacre de Trujillo"). Guerra civil en Brasil: Sao Paulo se opone al gobierno provisorio de Vargas, exige Constitución. Retorno al gobierno constitucional en Chile: Arturo Alessandri presidente. Frustrada rebelión comunista en El Salvador (Farabundo Martí). Piaget publica *El juicio moral en los niños*; Bergson, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*.
Tratado Roca-Runciman Martínez Estrada publica *Radiografía de la pampa*.	**1933**	Hitler, aliado a derecha parlamentaria, asume el gobierno y establece dictadura, partido único y persecución



	1933	antisemita. Golpe de Estado fascista de Dollfus en Austria. Gran hambre en la URSS. Roosevelt presidente de EEUU: "New Deal". Sandino depone las armas en Nicaragua. Presidente peruano Sánchez Cerro asesinado por un aprista. Autogolpe del presidente colorado de derecha Terra, contra el bloqueo legislativo y el Colegiado. Revolución en Cuba, con izquierda, estudiantes, y sargentos: Grau San Martín y Batista. Teilhard de Chardin publica *Cristología y evolución*.
Carlos Ibarguren publica *La inquietud de esta hora*, con propuestas corporativistas.	**1934**	Hitler reprime a la "izquierda" de su Partido Nacional Socialista. Rebeliones socialistas en el norte de España, y en Viena. Terror en la URSS. Golpe de Batista contra Grau, inicio de su predominio. Lázaro Cárdenas presidente de México, reactiva la reforma agraria. Asesinato de Sandino, inicio del régimen de Somoza en Nicaragua. López Pumarejo presidente liberal reformista de Colombia. Uruguay: Nueva Constitución presidencialista, y reelección de Terra. Tras ser derrotado en guerra civil, Mao Tsetung inicia "Larga Marcha" por el interior, organizando guerrillas.
Abandono de la abstención revolucionaria por la UCR. Se consolida el liderazgo de Alvear. Asesinato de Bordabehere en el Senado. Creación de FORJA: Jauretche.	**1935**	Italia ataca a Etiopía. VII Congreso de la Internacional Comunista: colaboración con el reformismo contra peligro fascista. Fin de la Guerra del Chaco. Muerte de Gómez en Venezuela: inicio de una liberalización controlada. Difusión de la Asociación Integralista Brasileña, fascista, de Plinio Salgado. Intento revolucionario comunista dirigido por Prestes, con contactos militares, ex "tenentes". Experiencias de Fermi sobre fisión del átomo. Mounier publica *Revolución personalista y comunitaria*, Carnap *Problemas de lógica científica*.
Sabattini gobernador de Córdoba. Amplia bancada radical en Diputados. Extensión de las concesiones eléctricas: escándalo en el Concejo Deliberante.	**1936**	Victoria del Frente Popular (radicales, socialistas y comunistas) en Francia: León Blum. Gobierno de Frente Popular en España. Alzamiento de Franco: inicio de la Guerra Civil.

	1936	Golpe en Bolivia: militarismo reformista de Busch y Toro (h. 1939). Golpe militar en Paraguay: reformismo "Febrerista" de Rafael Franco (h. 1937). Victoria electoral liberal y socialista en Japón; intento de golpe militar. Keynes publica *Teoría general del empleo, el interés y la moneda*; Maritain, *Humanismo integral.*
Mallea publica *Historia de una pasión argentina.*	1937	Creación del campo de concentración de Buchenwald en Alemania. Juicios fraguados a opositores en la URSS. Golpe de Estado en Brasil: el Estado Novo, dictadura corporativista. Se inicia guerra chino japonesa (h. 1945), y alianza de nacionalistas y comunistas chinos. Trotsky publica *La revolución traicionada*; muere Gramsci apenas salido de la cárcel en Italia; Encíclica *Mit Brennender Sorge* sobre la situación alemana.
Roberto Ortiz, radical antipersonalista, asume presidencia, con apoyo de Concordancia. Suicidio de Alfonsina Storni.	1938	Pogroms antijudíos en Alemania ("Noche de cristal"). Hitler anexa Austria. Acuerdos de Munich: concesiones a Alemania para evitar la guerra. Gobierno de Frente Popular en Chile (radicales, socialistas y comunistas). Nacionalización del petróleo en México (Cárdenas). Reelección de López Pumarejo en Colombia, después del intervalo de Santos. Baldomir (colorado) electo presidente en Uruguay.
	1939	Fin de la Guerra Civil en España. Hitler ocupa Checoeslovaquia, firma pacto con Stalin, y ataca y reparte Polonia. Inicio de la Segunda Guerra Mundial.
Fresco impone elección de Barceló para gobernación Buenos Aires. Intervención nacional, y posterior elección de Rodolfo Moreno, renovador del PDN. Asume Castillo, por enfermedad de Ortiz. Plan Pinedo. Alejandro Bunge publica *Una nueva Argentina.*	1940	Ocupación de París por los alemanes. Resistencia francesa: De Gaulle. Morínigo presidente de Paraguay, con apoyo P. Colorado, conservador popular autoritario. Batista electo presidente en Cuba, con cooperación de P. Comunista en ministerio.
Creación Flota Mercante del Estado.	1941	Gobierno autoritario de derecha en Japón (Tojo). Ataque a Pearl Harbor y entrada en guerra de Japón y EEUU.

	1941	Hitler invade la URSS. Creación del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en Bolivia: Paz Estenssoro.
Negociaciones para formar Unión Democrática (UCR, PDP, PS y PC) contra continuismo conservador. Acción de calle de grupos favorables al Eje.	1942	Revueltas en la India, dirigidas por extremistas el P. del Congreso, a pesar de moderación de Gandhi y Nehru. . Conferencia de solidaridad americana de Río de Janeiro. Autogolpe de Baldomir, cambia Constitución, apoyada por plebiscito. Schumpeter publica *Capitalismo, socialismo y democracia*; Carnap *Introducción a la semántica*.
PDN designa a Patrón Costas candidato presidencial. Golpe militar, Ramírez presidente tras pocos días de ejercer el cargo Rawson. Disolución de partidos políticos, intervención a sindicatos, persecución a izquierda, fuerte participación de la derecha en el poder. Perón Secretario de Trabajo y Previsión (noviembre). J.L. Torres publica *Los perduellis*; J. Figuerola, *La colaboración social en Hispanoamérica*.	1943	Deposición de Mussolini, invasión aliada de Italia. Derrota nazi en Stalingrado. Golpe militar nacionalista en Bolivia: Gualberto Villarroel, basado en logia RADEPA y MNR. Fleming aplica la penicilina.



SEXTA PARTE

ASCENSO Y CAIDA DEL JUSTICIALISMO (1943 - 1966)

CAPITULO 34

EL GOBIERNO MILITAR (1943-1946)

LAS PRIMERAS ETAPAS DEL REGIMEN

Al comienzo de los años cuarenta se había formado una logia militar, especialmente difundida entre coroneles, denominada Grupo Obra de Unificación (GOU). Se trataba de un grupo con orientación nacionalista, fuertemente influenciado por las ideas de derecha prevalecientes en ese campo intelectual en aquel entonces, y con simpatías por los países del Eje Roma-Berlín-Tokio, al que le asignaban fuertes posibilidades de ganar la guerra. Muchos de sus miembros, sin embargo, eran más pragmáticos, y buscaban desarrollar una política que permitiera al país asumir un rango importante en el mundo, como líder de un área económica sudamericana.[1]

El complot pretendía, por espíritu de disciplina, llevar al poder al ministro de Guerra de Castillo, Gral. Pedro P. Ramírez. Este había evidenciado cierta independencia respecto al régimen conservador, y por eso había sido también tocado por los radicales, sin resultados concretos. Por otra parte, marchaba un proyecto independiente, dirigido por el Gral. Arturo Rawson. Ante la crisis desatada por la perspectiva de continuismo conservador bajo Patrón Costas, ambos proyectos confluyeron, y una asonada militar rápidamente derrocó al presidente, el 4 de junio de 1943, ocasionando una pequeña resistencia, con una treintena de muertos.

El resultado de este doble origen fue una situación confusa, pues en un primer momento asumió la primera magistratura, provisional, el Gral. Rawson. Pero a los tres días ya había sido desplazado por Ramírez. Detrás de éste había un grupo de poder que incluía como elemento importante al Cnel. Juan D. Perón y otros tres o cuatro colegas del GOU.

El ministerio fue llenado con militares, casi todos del GOU, divididos entre los que eran fuertemente neutralistas (o simpatizantes del Eje) y los que preferían que el país se acercara a los Aliados. Por razones de técnica y de vinculación con el empresariado, se designó a un civil, Jorge Santamarina, en Hacienda.[2]



En un primer momento los radicales y algunos sectores obreros y de izquierda pensaron que el nuevo gobierno podría dar resultados positivos, acabar con el fraude y devolver rápidamente el poder a los civiles. Esto no fue así, y muy pronto esos grupos pasaron a la oposición. Las medidas represivas se sucedieron unas a otras: censura de prensa, disolución de los partidos políticos, intervención de sindicatos, apresamiento de dirigentes, intervención a las universidades nacionales, ubicación de connotados intelectuales simpatizantes del fascismo en posiciones claves.

La intervención en Tucumán fue confiada a Alberto Baldrich, quien pretendía realizar ahí una experiencia piloto de lo que no titubeaba en llamar "nuevo orden", palabra puesta en boga por el régimen alemán. Decía que "para que la Argentina no sea comunista, es necesario que sea cristiana, no sólo en el orden de la fe, sino en el de la organización social". Preveía en un futuro próximo "convulsiones sociales" que extenderían a la Argentina el previsible caos social que dominaría a Europa, como había ocurrido después del anterior conflicto mundial.[2]

La preocupación por los "ejércitos de desocupados" era participada por los intelectuales católicos que publicaban el diario *El Pueblo* y que se nucleaban también en el Instituto Bunge de Investigaciones Económicas y Sociales, que preveía para el próximo futuro "una competencia ruinosa para buena parte de la industria nacional, provocando la desocupación industrial y el estancamiento de la actual diversificación de la producción". Con base en la doctrina social de la Iglesia, agregaban que había que aplicar elementos de planificación para evitar "un verdadero cataclismo económico y social para el país". Dejado a sí mismo, el capitalismo era, a su juicio, "enemigo de la propiedad", o sea, de la pequeña y mediana propiedad, en favor de los monopolios y grandes empresas internacionales.[3]

El temor al comunismo era muy sentido, alimentado por las experiencias internacionales y por la perspectiva de una reproducción en la Argentina de los Frentes Populares que habían tenido vigencia en otros países parecidos al nuestro. El entonces coronel Humberto Sosa Molina, miembro del GOU, cuenta cómo pocas semanas antes del golpe, se había impresionado al ver miles de manifestantes marchar, el Primero de Mayo, con el puño en alto y caras de pocos amigos hacia el régimen imperante. Para combatir ese peligro, los militares consumían los libros, conferencias y folletos que les distribuían ideólogos como Jordán Bruno Genta y José Luis Torres, quienes combinaban autoritarismo con nacionalismo y preocupación por lo social.

Hacia fines de 1943 la derechización del régimen se hizo más patente. Este proceso coincidió con el estallido de una rebelión militar exitosa en Bolivia, donde una logia militar, "Razón de Patria" (RADEPA), aliada a un grupo político de reciente creación, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), llevó al poder al Gral. Gualberto Villarroel. Las sospechas, en los círculos cercanos a los Estados Unidos, de que la Argentina iniciaba una estrategia de hegemonía continental, se incrementaron. Hubo una crisis de gabinete ocasionada por el descubrimiento de negociaciones destinadas a obtener armas de Alemania, mediante un funcionario que resultó ser también agente secreto germano, lo

que abonaba la misma impresión. Santamarina renunció en Hacienda, en Interior fue designado el Gral. Luis Perlinger, y en Educación asumió Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), escritor católico tradicionalista de notorias simpatías fascistas.

Para evitar quedar totalmente descolocado, el gobierno de Ramírez, en contra de sus preferencias, se vio obligado a decretar la ruptura de relaciones con el Eje, a fines de enero de 1944. Esto le cortó los apoyos entre sus propios simpatizantes, que ahora lo veían como inclinándose al bando contrario.

La confusión generada por este episodio fue aprovechada por el grupo que inspiraba Perón, que desplazó a Ramírez de la presidencia, reemplazándolo con el Gral. Edelmiro J. Farrell, ministro de Guerra. Básicamente el nuevo equipo era más pragmático que el anterior, y estaba dispuesto a evitar una política demasiado estricta de neutralismo, que produciría perjuicios al país si ganaban los Aliados, como ya parecía que iba a suceder. Los Estados Unidos, de todos modos, seguían en su política de aislar diplomáticamente a la Argentina y de obligar a sus líderes a adoptar una estrategia más claramente favorable a su causa.

PERON Y EL MOVIMIENTO OBRERO

Perón fue nombrado a fines de 1943 director del Departamento Nacional del Trabajo, pronto convertido en Secretaría de Trabajo y Previsión Social. Llevó ahí como técnico al español José Figuerola, que había sido funcionario durante la dictadura de Primo de Rivera y había emigrado al declararse la República en 1931. Como resultado de su vinculación con aquel régimen, tenía una sólida experiencia de administración de programas de solidaridad social, dentro de los lineamientos de la Doctrina de la Iglesia, aunque llevados a la práctica bajo regímenes de tipo autoritario.

En el frente educacional, se estableció la enseñanza religiosa obligatoria, vetándose algunos textos --como el de Alberdi, *El crimen de la guerra*-- y se trató de establecer una disciplina social bordeando en lo ridículo, que llegó a prohibir la reproducción de ciertas letras de tango, por motivos obvios.

Con este tipo de entorno no es extraño que la mayor parte de los políticos e intelectuales ubicados desde el centro liberal hacia la izquierda se hayan volcado a la oposición. Dentro del régimen, de todos modos, había luchas de tendencias, en torno de dos núcleos temáticos:

1. *La actitud internacional a tomar*: las alternativas iban desde un neutralismo de simpatías germanas hasta una posición favorable a los Aliados, pasando por un neutralismo más genuino.

2. *La actitud hacia el movimiento obrero*: una buena parte de los militares y sus asesores de derecha temían que el movimiento obrero fuera una base para la subversión comunista; otros, en cambio, pensaban que se lo podía convertir en un elemento de consolidación del régimen, si se le otorgaban conquistas sociales al nivel de los tiempos.



J.D.Perón

Perón se convirtió en jefe de un sector pragmático, que se dio cuenta de que el Eje perdería la guerra, y que por lo tanto había que ir acercándose a las potencias occidentales. Por otra parte, se jugó --jugada riesgosa-- a cooptar al movimiento obrero, conocido por su poca simpatía por las Fuerzas Armadas. La jugada era riesgosa porque se enajenaba la buena voluntad de gran parte de los uniformados, y desde ya la de las clases altas civiles.

Domingo Mercante, hijo de un trabajador ferroviario, fue un estrecho colaborador de Perón desde la primera hora. En una ocasión, tuvo que ir a Avellaneda, para arbitrar en una huelga del gremio de la carne, dirigida por el comunista José Peter. Según recordaría años más tarde, Mercante se impresionó por la gran concentración de huelguistas, reunidos en asamblea en el estadio de Dock Sur, y por sus expresiones de odio hacia su condición de militar.

Perón y Mercante consiguieron, luchando dentro del régimen, que la intervención a la Unión Ferroviaria y a la Fraternidad, de agresiva se convirtiera en amigable, y se finalizó llamando a elecciones que ratificaron a las anteriores dirigencias. Pero ya se habían ganado algunos amigos, especialmente en la Unión Ferroviaria (los de la Fraternidad eran un hueso mucho más duro de roer).

En otros gremios se llevó a cabo una estrategia diversificada. Cuenta Lucio Bonilla, dirigente socialista de los Textiles, que un día lo visitaron en la sede sindical dos personas de civil que invitaron a los dirigentes a concurrir a una reunión en la Secretaría de Guerra. Ahí fue Bonilla, encontrándose con muchos otros igualmente convidados, a quienes se les pidió que plantearan las demandas que tenían entabladas ante el Departamento de Trabajo.

Sorprendidos por la inesperada buena voluntad de las nuevas autoridades, los dirigentes concurrieron a sucesivas reuniones, hasta que al final tenían una oficina instalada donde despachaban numerosos asuntos, convocando a los empresarios, que ahora se veían obligados a conceder cualquier cosa que se les pidiera. Bonilla y otros dirigentes se daban cuenta del intento de captación, pero aprovechaban la oportunidad, a pesar de que las autoridades perseguían a ciertos sectores, especialmente a los comunistas.

Al difundirse en las fábricas la nueva actitud oficial, el personal antes apático comenzó a afiliarse al sindicato en cantidades nunca vistas. En mayo de 1944 el gobierno le presentó a los sindicalistas la factura: se les proponía concurrir a un acto masivo en Plaza de Mayo, el 24 de mayo, para agradecer a la Revolución de Junio su lucha por la justicia social. Bonilla y otros se opusieron, y desde entonces comenzaron a perder sus posiciones de influencia, y a sufrir amenazas de ser mandados presos (como los comunistas), o si eran extranjeros, de vuelta a sus países de origen donde no serían muy bien tratados.

En este primer año de gobierno de facto la cantidad de afiliados al sindicato textil que dirigía Bonilla aumentó enormemente, mientras que su rival comunista había sido clausurado desde fines de 1943. Se estaba dando una gran afluencia de gente con escasa o nula experiencia previa en las lides sindicales, para quienes de golpe ir al sindicato era como concurrir a una oficina pública a cumplir una formalidad necesaria para recibir beneficios.

Entre esos nuevos miembros cundía la simpatía hacia quien dispensaba tantos favores, aunque entre los dirigentes había mucha menor predisposición a sumarse al nuevo movimiento que se estaba gestando.[4]

EL 17 DE OCTUBRE

Dentro del gobierno, como hemos visto, el grupo "pragmático", dirigido por Perón, que consideraba conveniente llegar a un entendimiento con los Estados Unidos, se impuso en febrero de 1944, cuando Ramírez fue derrocado, y reemplazado por el Gral. Edelmiro J. Farrell. El costo fue que los grupos nacionalistas comenzaron a considerarse traicionados por Perón, que estaba detrás de las nuevas autoridades.

La política adoptada por éstas tuvo un éxito parcial, hacia fines del año 1944. En los Estados Unidos hubo un cambio de Secretario de Estado, y el nuevo funcionario decidió recomponer las relaciones con la Argentina. La respuesta fue que nuestro país declaró la guerra al Eje, en marzo de 1945. La rendición de Alemania se daría tres meses después.

La relación con los Estados Unidos, de todos modos, no se recompuso, porque dentro del gobierno de la revolución seguía habiendo facciones diversas. Los sectores aun favorables a una neutralidad total, desde la caída de Ramírez, estaban concentrados alrededor del Gral. Luis Perlinger, ministro del Interior, y oponían resistencia a una estrategia de alineación total con los Aliados.

En mayo llegó a la Argentina el nuevo embajador, Spruille Braden, quien enseguida tomó una posición de abierto enfrentamiento con Perón, e intervención directa en la política nacional. Estaba convencido de que la lucha contra el régimen militar argentino era una continuación de la que acababa de terminar en Europa. Lo mismo pensaba gran parte de la oposición. Esta había formado una Junta de Coordinación Democrática, que abarcaba desde el conservador Partido Demócrata Nacional al comunismo, pasando por radicales, demócrata progresistas y socialistas. La justificación para unir a sectores tan disímiles estaba dada por el hecho de que a juicio de sus dirigentes lo que se enfrentaba era una amenaza fascista, y contra ella se hacía necesaria la unidad de los más diversos grupos, como se había dado durante la guerra en Europa.



La política social de Perón estaba antagonizando, por otra parte, al empresariado local, especialmente el rural. No sólo los grandes estancieros, también los agricultores medios se vieron afectados. Esto era grave, porque en los primeros momentos de la Revolución de Junio los chacareros, principalmente arrendatarios, se habían visto muy beneficiados por las medidas del ministro de Agricultura, Gral. Diego Mason. Este había congelado los valores de los arrendamientos, y asegurado la renovación automática, por tres años, de los contratos existentes.

Pero a mediados de 1944 se sancionó el Estatuto del Peón Rural, que aseguró niveles mínimos de retribución, permanencia en el empleo, y cobertura sindical a los asalariados del campo. Se llegó incluso al extremo de

prohibir que los hijos de los chacareros ayudaran en la cosecha, para no quitar trabajo a los peones. La nueva situación fue vista como una fuente de abusos y de encarecimiento antieconómico de la mano de obra por casi todos los empresarios del sector, incluyendo los medianos y pequeños, agremiados en la Federación Agraria Argentina (FAA), que entonces se orientó a la oposición.

El fin de la guerra estimuló la movilización política de los partidos de oposición, que realizaron masivas demostraciones pidiendo la convocatoria a elecciones, sin candidatos oficiales. La tensión se incrementó, especialmente al descubrirse un complot dirigido por el Gral. Rawson. El gobierno arreció la represión, llegando a allanar la sede la Sociedad Rural Argentina y encarcelar por varias semanas a sus directivos. Lo mismo ocurría con dirigentes políticos y culturales, mientras que la campaña presidencial de Perón seguía a todo vapor con apoyo gubernamental.

Finalmente, el 8 de octubre de 1945 se pronunciaron los mandos de Campo de Mayo, pidiendo el retiro de Perón de todos sus cargos oficiales. El Gral. Eduardo Avalos, jefe de esa guarnición, antiguo miembro del GOU aunque algo inquieto por la política a su juicio excesivamente populista de Perón, se plegó al movimiento, quizás en parte para moderarlo y evitar derramamientos de sangre. Se le unió el almirante Vernengo Lima, que aportó el apoyo de la Marina, siempre desconfiada acerca del innovador coronel que jugaba con fuego.

Perón se vio obligado a retirarse, y al día siguiente fue apresado, supuestamente para protegerlo de las iras de sus enemigos. Todo el ministerio también renunció, y comenzó una semana de vacío de poder, pues los diversos grupos de la oposición no se podían poner de acuerdo. Algunos querían que el mando fuera entregado a la Suprema Corte de Justicia, otros aceptaban que Farrell siguiera en la Presidencia, o que lo reemplazara una Junta.

Mientras tanto, los partidarios de Perón comenzaron a organizarse para la resistencia. Entre la masa de la población más pobre el rechazo a la nueva situación era muy neto, agudizado por ciertas medidas tomadas por entidades empresarias, que decidieron no cumplir con las leyes sociales recientemente decretadas, que a su juicio eran ilegales y destructivas de la economía nacional.

La CGT, desde hacía un tiempo, se había reconstituido, sobre la base de sindicatos favorables a Perón, y de otros que habían sido creados como entidades paralelas cuando las más antiguas se resistían. En 1945 el sindicalismo ya estaba muy trabajado por la influencia del nuevo movimiento en gestación. Ya desde los primeros momentos del régimen militar se había dictado un decreto que controlaba la actividad sindical, pero éste fue derogado cuando Perón asumió la Secretaría de Trabajo, para conciliarse al movimiento obrero.

En 1945 el gobierno volvió a sancionar una regulación de Asociaciones Profesionales acerca del reconocimiento de sindicatos, que facilitaba el control gubernamental, aunque era menos estricta que la de dos años atrás. Aunque se permitía la formación libre de entidades obreras, se le otorgaban muchas ventajas, especialmente en cuanto a ser las responsables de negociar con las

patronales, sólo a las más representativas y que cumplieran con ciertas normas. El gobierno se podía encargar de dificultarle los trámites a los gremios opositores.

Ante la agitación popular por el retorno de Perón se reunió el Comité Confederal de la CGT. La central estaba bastante debilitada, por la desafiliación de varios sindicatos antiperonistas, y por la presencia de entidades paralelas a las antiguas, algunas de dudosa representatividad, fruto de la aplicación del decreto sobre Asociaciones Profesionales. Muy tironeado por actitudes contradictorias en cuanto a la estrategia a adoptar, finalmente el Comité Confederal decidió convocar a una huelga general para el día 18 de octubre.

Sin embargo, algunos gremios muy influidos por el nuevo movimiento, así como militantes políticos más entusiastas, ya estaban organizando manifestaciones sin esperar las consignas de la CGT, tanto en Buenos Aires como en otras ciudades con concentraciones industriales.

Berisso, centro satélite industrial de La Plata, donde casi toda la gente trabajaba en dos grandes frigoríficos, era el baluarte de Cipriano Reyes, que había organizado ahí un Sindicato Autónomo de la Industria de la Carne, apoyado por la Secretaría de Trabajo, en competencia con el comunista de Peter, más enraizado en Avellaneda. En refriegas que habían ocurrido últimamente, el hermano de Cipriano, Doralio, había muerto, aportando un mártir a la causa y cimentando el prestigio de Cipriano como hombre decidido.

Ya desde el 15 y 16 de octubre los obreros de Berisso realizaban manifestaciones, dispersadas por la policía sin demasiada convicción. En la madrugada del 17, después de pasar toda la noche en el local del sindicato, los activistas rodearon a los frigoríficos con piquetes, para que nadie entrara, y volcaron varios camiones y tranvías que venían desde La Plata, con lo cual el barrio quedó aislado.

A la tarde del 17 la gente de Berisso se juntó con otros que estaban esperando en el Bosque, en La Plata, y avanzaron hacia el centro de la ciudad, ocasionando numerosos destrozos en negocios y clubes, y en la casa del rector de la universidad local, así como en el diario local *El Día*, sin descartar un generoso saqueo a los depósitos de cerveza de la fábrica Quilmes. Los organizadores trataron en vano de evitar estos excesos, lo que se dificultaba porque en su mayoría estaban en la Plaza de Mayo en Buenos Aires.

La atmósfera era de una gran festividad, una violación ritual de los tabúes sociales, y a la policía no se la veía por ningún lado. En una relojería cuyos vidrios rotos permitían que cada uno se sirviera de sus existencias, un manifestante armado de un revólver gritaba, orgulloso, mostrando a los demás su adquisición: "Nunca en mi p... vida tuve un reloj!". Así se lo cuenta un memorioso al investigador Daniel James, que también recoge otros testimonios, en general mitificados por el recuerdo:

Fue un día maravilloso, familias enteras salieron a la calle. Mi hijita vino con nosotros: la llevé a babuchas gran parte del trayecto. La gente coreaba estribillos y cantaba, hacía bromas y juegos. La comida y las bebidas pasaban de mano en mano. El tiempo estaba espléndido, y cuando llegamos

al Paseo del Bosque era como un enorme picnic. No, no hubo escenas de violencia, la gente estaba contenta.[5]

Finalmente, los manifestantes llegaron a la Casa de Gobierno de La Plata, donde varios dirigentes se entrevistaron con el nuevo interventor pidiéndole la liberación de Perón. Pasaron la noche durmiendo en las plazas del centro, y el día siguiente se repitieron sucesos semejantes.

Fue la versión local del 17 de Octubre, pero los acontecimientos más importantes se desarrollaban en Buenos Aires. Ahí se congregaba una gran masa, que venía de todos lados, especialmente de Avellaneda, a pesar del intento de levantar los puentes para que no pudieran pasar. La heterogeneidad de las fuerzas que apoyaban a las nuevas autoridades militares, añadida al hecho de que todavía quedaban en la administración muchos simpatizantes del "Coronel del pueblo", incluyendo al jefe de Policía, hacía imposible la represión. Al final de esa agotadora jornada, Avalos aceptó que había perdido la partida, Perón fue liberado y concurrió a la Casa Rosada, desde donde se dirigió al pueblo pidiéndole que se desconcentrara en calma, pues todo había vuelto a la normalidad.

Se convino en que Perón, por su propia voluntad, se retiraría de las posiciones de gobierno, pero manteniendo su candidatura y quedando en el régimen todos sus amigos. Fue una victoria decisiva, que le permitió lanzar una campaña con todas las ventajas del oficialismo y del Estado de sitio que se mantuvo hasta casi el día del comicio. Para las elecciones armó básicamente dos partidos, uno el Laborista, otro la UCR Junta Renovadora. Más pequeño, con algunos sectores conservadores y nacionalistas, fue el Partido Independiente.

El Partido Laborista fue organizado por varios líderes sindicales de antigua militancia, que se habían volcado al nuevo movimiento. Entre los más destacados figuraban Angel Borlenghi, dirigente socialista de Empleados de Comercio, Luis Gay, telefónico de la corriente sindicalista, y Cipriano Reyes, que tenía una trayectoria en posiciones menores en el movimiento obrero. Su ambiente principal había sido el de los frigoríficos, donde había organizado entidades obreras competitivas con las más sólidamente asentadas, dirigidas por el comunista José Peter.

Estos dirigentes, especialmente Luis Gay, el más principista de ellos, quisieron organizar un partido parecido al británico de igual nombre, cuyos estatutos otorgaban una fuerte injerencia a los sindicatos, lo que contrastaba con la estructura más ideológica y centralizada del Partido Socialista. En la práctica, consiguieron un gran aporte de votos, pero éstos seguían más a Perón que a ellos, y por lo tanto no pudieron mantener por mucho tiempo la autonomía que pretendían.

En cuanto a la UCR Junta Renovadora, en ella se reunían políticos radicales que habían aceptado la cooperación con el régimen militar, entre ellos el correntino Hortensio Quijano (candidato a vicepresidente con Perón), J.I. Cooke y Armando Antille, aparte de la mayor parte de los jóvenes de FORJA, e intelectuales como Diego Luis Molinari.

En el campo conservador varios dirigentes se le plegaron, especialmente caudillos locales, y se dio también el aporte, más significativo ideológicamente que en cuanto a votos propios, de Manuel Fresco. En general, en el viejo Partido Demócrata Nacional el ala liberal se definió opositora, mientras que la que combinaba preferencias nacionalistas y autoritarias se sensibilizó al nuevo modelo que se estaba gestando.



CAPITULO 35

LAS DOS PRIMERAS PRESIDENCIAS DE PERON (1946-1955)

TRAYECTORIA POLITICA

El abuelo de Perón había sido un distinguido médico de origen italiano. El padre era administrador de estancias, primero en la provincia de Buenos Aires y luego en la Patagonia, y la madre una persona de condición social mucho más modesta. Juan Domingo fue enviado a la Capital Federal a hacer la escuela secundaria y luego entró al Colegio Militar. La situación económica del hogar no era brillante, y la carrera de las armas ofrecía una buena perspectiva ocupacional y facilidades económicas para completar los estudios.[6]

En 1930, como joven oficial (tenía 35 años), participó en el golpe de Uriburu, y luego obtuvo una posición como ayudante del ministro de Guerra, muy interesado en el entrenamiento de tropas de montaña. Desde fines de 1936 estuvo en Chile como agregado militar, lo que le brindó una apertura a la realidad latinoamericana. Eran los tiempos de Lázaro Cárdenas y su reforma agraria en México, así como de la nacionalización de las compañías extranjeras de petróleo que llevó a cabo en 1938, llamando mucho la atención en todo el mundo.

La influencia del pensamiento nacionalista argentino, en sus varias gamas, era fuerte en Perón. Según Fermín Chávez, estudioso y difusor de su obra, también recibió la impronta del filósofo democristiano Jacques Maritain, que estuvo en Buenos Aires en 1936, y cuyas ideas eran bien conocidas en la Argentina. A través del nacionalismo --Lugones, Carlos Ibarguren, José Luis Torres, Alejandro Bunge-- venían también las ideas del corporativismo, o como lo llamaba Ibarguren, la "democracia funcional", sustituyendo a la democracia liberal excesivamente basada en el individuo.

En los inicios de la Segunda Guerra Mundial estuvo como agregado militar en Italia. Quedó impresionado por lo que veía ahí: la organización de todo un pueblo, dirigido hacia lo que parecía ser un objetivo nacional común, y la aplicación de normas de seguridad social y de desarrollo para zonas atrasadas.

En años posteriores, al retornar al país en 1973 después de un largo exilio, recordaría ante las cámaras de la televisión esos tiempos, en que había visto cómo los italianos construían su propia forma de "socialismo".

La palabra era un poco abusada, y en la observación de lo que ocurría en regímenes como el de Mussolini pasaba por alto muchos aspectos ligados a las libertades públicas. Pero en esos mismos tiempos los visitantes que, desde otro hemisferio ideológico, llegaban a la Unión Soviética, no se revelaban mucho más críticos. La necesidad de creer, en aquellos años desesperados, era tan grande que incluso los esposos Sidney y Beatrice Webb, sólidos ideólogos del más reformista laborismo inglés, creyeron entrever en la URSS las bases de una "nueva civilización".

Tampoco pudo resistir Perón la tentación de ver al ejército alemán en acción. Era un cultor de las teorías del estratega del siglo pasado, C. von der Goltz, que hablaba del "pueblo en armas", ya no de las meras fuerzas armadas, como factor capaz de ganar las guerras. Para que un país fuera fuerte, era preciso que su población tuviera un buen nivel de vida, como para actuar solidariamente y con eficacia en caso de combate.

La influencia de las doctrinas fascistas en Perón es innegable, y él mismo lo ha admitido, hablando sobre todo de Mussolini. Esas ideas estaban muy difundidas en América Latina, entre importantes pensadores, que iban desde Vasconcelos en México a Oliveira Vianna en Brasil. Dos factores sobresalían entre los que hacían atrayente al fascismo:

1. La formación de un poder jerárquico y firme, capaz de imponer orden y dar seguridad para la inversión y la actividad productiva, independientemente de oscilaciones electorales o efímeras alianzas parlamentarias.

2. La representación de intereses organizados, en vez de electorados anónimos, a través del sistema corporativista.

Aunque el fascismo fue la principal forma en que el corporativismo se expresó como fenómeno de masas en el siglo XX, es una simplificación confundir a ambos términos como si fueran la misma cosa. El tema vale una exploración en más detalle.

CORPORATIVISMO, "COMUNIDAD ORGANIZADA" E INDUSTRIALIZACION

La crisis de la democracia y de todo el sistema liberal, tanto en lo económico como en lo político, era muy evidente en los años treinta. Aunque algunos espíritus avizores ya la presentían desde bastante antes, durante esos años la incapacidad del sistema existente de otorgar paz, seguridad y bienestar a la masa de la población parecía muy cuestionada. La desocupación, consecuente a la gran crisis iniciada en 1929, hacía estragos por todas partes. En Alemania y los Estados Unidos una buena cuarta parte de la población

económicamente activa estaba sin trabajo a los inicios de la década. Esa cifra sólo había bajado a algo menos del 20% en los Estados Unidos, en las vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Fue realmente la guerra la que puso fin a esa situación, con el estímulo que implicó para la producción industrial.

El corporativismo brindaba un modelo de planificación social, y representación de grupos ocupacionales o culturales, muy aceptado en ambientes social católicos. Menos conocido es el auge que esas posiciones tuvieron entre pensadores liberales y socialistas. Así, Emile Durkheim, sociólogo francés independiente pero cercano a posiciones socialistas, escribía ya en 1902 que en las relaciones entre Capital y Trabajo

> *siempre la ley del más fuerte es la que dirige los conflictos, y el estado de guerra es continuo. Para el establecimiento de una ética ocupacional y una legalidad en las diferentes ocupaciones económicas, la corporación debería de nuevo convertirse en un grupo organizado y definido: en una palabra, una institución pública (...) con representantes de los empleados y de los empleadores, como es ya el caso en los tribunales de los oficios calificados.*
> *La corporación será la fundación o una de las bases esenciales de nuestra organización política, la unidad política fundamental.*
> *Mientras haya ricos y pobres por nacimiento, no puede haber contrato justo, ni una justa distribución de bienes sociales. Pero la reforma corporativa, si no dispensa de las otras, es la primera condición para su eficacia.*[7]

Spencer también se había referido a una representación de los intereses económicos, en vez de los partidos políticos, como más capaz de reflejar la opinión calificada de la sociedad. En América Latina Víctor Raúl Haya de la Torre, creador en 1924 del APRA, partido político orientado hacia una izquierda nacionalista y más tarde de tipo socialdemócrata, también propuso que las cámaras de Diputados y de Senadores se vieran complementadas por otra corporativa. En ésta debía haber una representación "cualitativa" del Trabajo, el Estado y el Capital, formando lo que él llamaba el "Estado de los cuatro poderes", o sea agregando el económico a los tres clásicos definidos por Montesquieu.[8]

En la Argentina, Ingenieros combinó una apreciación del sistema de representación ocupacional con su entusiasmo por las primeras etapas de las Revolución Rusa, en un folleto titulado *La democracia funcional en Rusia*, donde considera que los soviets, órganos electos dentro de las principales estructuras productivas del país, son los más adecuados órganos para expresar la voluntad popular:

> *No es malo el sistema representativo, sino su actual forma parlamentaria. El perfeccionamiento de la vida política consistirá en marchar hacia formas cada vez más eficaces del sistema representativo, procurando que todas las funciones de la sociedad tengan una representación en los cuerpos deliberativos.*
> *En las actuales asambleas parlamentarias, quién representa la producción,*

la circulación y el consumo de las riquezas, y quién la agricultura, la industria, el comercio, los bancos? Y dentro de cada función, quién representa a los capitalistas y quién a los trabajadores? Quién representa las funciones educativas, morales y jurídicas? Quién las funciones culturales y estéticas, las Universidades, los Institutos científicos, las letras y las artes? El elector es un cero a la izquierda después de elegir como representantes a los políticos profesionales que dirigen el partido de sus simpatías. El elector no les confiere la representación de funciones definidas; los elegidos no necesitan competencia especializada para representar ninguna función.[9]

De hecho, después de la Segunda Guerra Mundial, el sistema representativo liberal se reconstituyó en los principales países de Occidente, y desde entonces ha tenido una exitosa difusión hasta los lugares donde su aceptación hubiera sido considerada más problemática, especialmente en América Latina y en la órbita soviética. La revitalización de los partidos ha ido acompañada, en muchos casos, de la proliferación de asociaciones empresariales, sindicales y culturales, que han creado una trama casi de tipo corporativo.

En este sistema los intereses "corporativos" están en parte representados en los partidos, sobre todo donde partidos laboristas o socialdemócratas mantienen relaciones privilegiadas con el sindicalismo, mientras que los conservadores o liberales lo hacen con el mundo empresario. Por otra parte, en casi todos lados se extienden los órganos consultivos pero de gran influencia, como son los Consejos Económicos, Cámaras de Conciliación y Arbitraje, y otras instituciones de planificación con participación de la comunidad.

A este sistema se le ha llamado "neocorporativismo", y a menudo implica una cierta supervisión o control por parte del Estado sobre las asociaciones voluntarias, aunque sin interferir en su autonomía. Es ésta la base de la democracia moderna, en que las libertades públicas resultan de un equilibrio de poder entre sectores organizados. O sea, entre asociaciones patronales, sindicales, profesionales, culturales y religiosas, cada una con acceso a recursos e influencia propios, sin por eso tener una representación directa en los órganos legislativos, como en el corporativismo clásico.

En el pensamiento de Perón, el equivalente de este concepto es el de "comunidad organizada". En su versión, especialmente pensada para un país en vías de desarrollo, el componente de intervención estatal en la creación de esos intereses es mayor que en la experiencia pluralista moderna europea, norteamericana o japonesa. Eso es porque la práctica de la participación en asociaciones representativas, que estén libres de excesivo faccionalismo, es aún escasa, y entonces la tutela del Estado es vista como necesaria.

Ya al asumir su cargo de Secretario de Trabajo y Previsión, en diciembre de 1943, había dicho Perón:

La táctica del Estado abstencionista era encontrarse frente a ciudadanos aislados, desamparados y económicamente débiles. La contrapartida fue el sindicalismo anárquico, simple sociedad de resistencia, sin otra finalidad que la de oponer a la intransigencia patronal y a la indiferencia del Estado,

una concentración de odios y resentimientos.
La carencia de una orientación inteligente de la política social, la falta de organización de las profesiones, y la ausencia de un ideal colectivo superior, ha retrasado el momento en que las asociaciones profesionales estuviesen en condiciones de gravitar en la regulación de las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores.
El ideal de un Estado no puede ser la carencia de asociaciones. Casi afirmaría que es todo lo contrario. Lo que sucede, es que únicamente pueden ser eficaces, fructíferas y beneficiosas las asociaciones cuando, además de un arraigado amor a la patria y un respeto inquebrantable a la ley, viven organizadas de tal manera que constituyen veraderos agentes de enlace que lleven al Estado las inquietudes del más lejano de sus afiliados y hagan llegar a éste, las inspiraciones de aquél.[10]

Para complementar y hacer posible la incorporación de la masa obrera al sistema político, era necesaria una industrialización, sobre todo dadas las condiciones especiales creadas por la guerra. La interdependencia entre el fomento de la industria y la preparación para la defensa es, por otra parte, muy estrecha. Así lo planteaba Perón en su celebrada "clase magistral" dada al inaugurar la cátedra de Defensa Nacional en la Universidad Nacional de La Plata, a mediados de 1944:

Hemos gastado en el extranjero grandes sumas de dinero en la adquisición de material de guerra. Lo hemos pagado a siete veces su valor, y todo ese dinero ha salido del país sin beneficio para su economía.
Una política inteligente nos hubiera permitido montar las fábricas para hacerlos en el país, y las sumas invertidas hubieran pasado de unas manos a otras: argentinas todas.
Lo que digo del material de guerra, se puede hacer extensivo a las maquinarias agrícolas, al material de transporte, y a cualquier otro orden de actividad.
La defensa nacional exige una poderosa industria propia y no cualquiera, sino una industria pesada. Para ello es indudablemente necesaria una acción oficial del Estado, que proteja a nuestras industrias, si es necesario.[11]

Durante el régimen militar se formó el Consejo Nacional de Postguerra, con la tarea de planificar la acción económica necesaria para evitar los trastornos previsibles con el retorno a la paz. Muchos de sus lineamientos son los que luego se impusieron como política económica del gobierno constitucional.

LA EXPERIENCIA DE GOBIERNO

Al asumir la presidencia, Perón se encontraba con una gran concentración de poder, con más de dos tercios de las bancas en Diputados, y casi la totalidad del Senado, pues sólo San Juan y Corrientes fueron ganadas por la

oposición (bloquista y conservadora). Como se vio antes, el movimiento político que lo había apoyado fue transformado en un nuevo organismo único, bajo conducción verticalista. Los disidentes, Luis Gay y Cipriano Reyes, se separaron y mantuvieron un Partido Laborista independiente, pero con poco apoyo entre los diputados electos o en las estructuras sindicales y partidarias.

En 1947, con motivo de una visita de sindicalistas norteamericanos, Luis Gay fue desplazado de la Secretaría General de la CGT, acusado de ser demasiado receptivo a sus inquisiciones. El objeto de la visita era establecer un entendimiento entre las fuerzas obreras de ambos países, para lanzar una federación continental, opuesta a la que con apoyo comunista dirigía, desde México, Vicente Lombardo Toledano. Para eso era necesario, antes, que los dirigentes yanquis dieran su visto bueno al grado de autonomía de que gozaba el movimiento en la Argentina, tema fuertemente cuestionado por la oposición. Lo menos que podían hacer era visitar a los dirigentes obreros socialistas, ahora en el llano, y eso terminó por poner fin a las relaciones amigables.

Desde entonces, el movimiento obrero pasó a ser férreamente dirigido desde el poder, y el Secretariado General de la CGT adjudicado a personalidades poco relevantes.

En el ministerio, Perón empleó en importantes posiciones a dos antiguos socialistas: Juan Atilio Bramuglia, asesor legal de sindicatos, como canciller, y Angel Borlenghi, dirigente de Empleados de Comercio, como ministro del Interior. Hacienda fue ocupada por Ramón Cereijo, un brillante egresado de la Facultad de Ciencias Económicas, amigo del yrigoyenista Diego Luis Molinari, flanqueado en el Banco Central por Manuel Miranda, quien se convertiría, hasta 1949, en el verdadero gestor de la política económica. En Agricultura puso al estanciero y miembro de la Sociedad Rural (una mosca blanca en ese ambiente) Juan Carlos Picazo Elordy.

Una de las primeras medidas inspiradas por Miranda fue la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), que tuvo el monopolio del comercio de exportación de granos, sustituyendo a las tradicionales casas cerealistas. Lo grave para los productores agropecuarios era que se les pagaba menos de la mitad del precio internacional, que en esos momentos estaba particularmente alto. La diferencia fue empleada en fomentar la industrialización con créditos baratos. También se usó para importar masivamente material sobrante de guerra, sobre todo camiones.

El IAPI, acusado también de corrupción, no le valió muchos amigos a Perón en el agro. Cierto es que buena parte de la producción de cereales era realizada por los modestos chacareros más bien que por los estancieros, y que la carne, rubro en que éstos se especializaban, sufría menos la intermediación oficial. Pero como al mismo tiempo proseguía la congelación de arrendamientos rurales, la situación para los empresarios del campo en general no era muy buena, y sus inversiones y tecnificación se vieron paralizadas durante estos años.

Hubo, en los primeros momentos del régimen, algunos intentos de promover una reforma agraria, a través de la adquisición de grandes extensiones poco o mal usadas, y su distribución en parcelas. Esto provocó gran resistencia en el

propio gobierno, y Perón puso pronto fin a esos proyectos, que creaban un serio malestar en factores de poder que ya estaban bastante mal dispuestos hacia él, y que retenían importante influencia en la opinión pública.

En el frente de los servicios públicos se realizaron varias importantes estatizaciones de empresas extranjeras. Los ferrocarriles, principalmente ingleses, fueron comprados usando los grandes excedentes que se estaban acumulando en el comercio con Gran Bretaña. Esto se definió como una recuperación de soberanía, aun cuando los propios inversionistas ingleses deseaban terminar con ese rubro, en el cual ya las ganancias eran muy reducidas o inexistentes. Para el gobierno, por otra parte, el inmenso sistema ferroviario se convirtió en una fuente casi inagotable de nuevos empleos, con los cuales pagar deudas políticas y obtener nuevas clientelas.

Se creó una empresa de Gas del Estado, que nacionalizó a la compañía que producía ese elemento en la Capital Federal, e instaló el primer gran gasoducto, entre Comodoro Rivadavia y Buenos Aires.

En el frente cultural, varias universidades nacionales fueron intervenidas y luego reorganizadas con muy escasa autonomía. Fue sancionada una ley de enseñanza religiosa, que la hacía prácticamente obligatoria, aunque los padres podían pedir que sus hijos fueran exceptuados de ella. Pero al ser dictada en horarios normales, sólo los muy convencidos usaban ese recurso.

La relación con los grupos nacionalistas se había visto debilitada por la actitud "pragmática" de Perón relativa al neutralismo. Ahora empeoraba, pues el presidente estaba decidido a arreglar las relaciones con los Estados Unidos, aunque esto no era fácil por la prevención que existía en ese país respecto a las intenciones geopolíticas del gobierno argentino. Ya en las elecciones de 1946 la mayor parte de los nacionalistas (salvo Ernesto Palacio y J. Díaz de Vivar) no había aceptado participar en las listas de diputados promovidas por Perón. El núcleo principal y más extremo se concentró en la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN), dirigida por Alberto Queraltó y Alberto Bernaudo, cuyas actitudes hacia el gobierno oscilaban, y reflejaban una independencia, poco apreciada por el oficialismo de aquel entonces.

Dentro de las Fuerzas Armadas, Perón sabía que la Marina le era hostil, pero en el Ejército y la Aeronáutica tenía muchos apoyos. Para consolidar sus relaciones, favoreció una política de compra de armamentos, y envió al Gral. Carlos von der Becke a los Estados Unidos para las correspondientes adquisiciones. Sin embargo, en el país del norte se veía a la Argentina como poco confiable, dada toda la trayectoria del régimen militar y sus simpatías neutralistas, lo que hizo imposible el aprovisionamiento. Razón de más para basarse en la producción nacional, o sea en el estímulo a rajatabla de todo tipo de industrias. Al mismo tiempo, se establecieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, lo que fue llovido sobre mojado en lo relativo a las relaciones con los Estados Unidos.

La política de industrialización se concentró en un Plan Quinquenal (lanzado formalmente en 1947), y fue acompañada de un riguroso control de importaciones. Estaba prácticamente prohibida la entrada de la mayor parte de los bienes de consumo durable que se producían en el país, o bien se les

aplicaban fuertes impuestos de aduana. Con esto las empresas locales tenían un mercado asegurado y pudieron expandirse sin dificultades.

El volumen físico de la producción industrial argentina ya venía en expansión desde los años treinta, cuando pasó desde un índice 37 en 1932 a uno de 61 en 1939 (con base 100 para 1950). Durante la guerra los indicadores continuaron su incremento, pasando a 76 para 1945. El volumen rápidamente subió a 101 para el año 1948, el de máxima prosperidad de la posguerra. Desde entonces, quedó estancado, en parte debido a las dificultades producidas por la gran baja de los precios de exportación de cereales y carne.[12]

El gobierno peronista, aunque aparentemente muy sólido en las urnas, en realidad sufría de una seria debilidad, por la oposición que encontraba en la gran mayoría de los sectores adinerados y aun de la clase media y la intelectualidad del país. Los productores agropecuarios estaban en la primera fila de la oposición. Los comerciantes e industriales, en cambio, estaban más tironeados entre posiciones contradictorias. Por un lado, no les gustaba la política de agitación social y promoción del activismo sindical, pero por el otro se beneficiaban por el proteccionismo y la expansión del consumo popular, que creaba una activa demanda.

La Sociedad Rural fue siempre un centro opositor, aunque hubo un cambio interno de autoridades, para facilitar el diálogo con el gobierno. El termómetro de las relaciones entre los grandes estancieros y el gobierno ha sido siempre la inauguración de la Exposición Rural en Palermo, donde una silbatina, basada en el anonimato de miles de espectadores, puede ser, si no mortífera, al menos grave.

Picazo Elordy les dijo a los nuevos directivos de la Sociedad Rural que llevaría al Presidente al acto si ellos se comprometían a actuar como gente educada, lo que se esforzaron en hacer, aunque nunca podían estar seguros del comportamientos de sus "bases", o sea sus hijos y esposas. Como lo contaría después a Hugo Gambini, el día de la inauguración acompañó al Presidente, quien

> *creyó que con su uniforme de general iba a contrarrestar el clima, y se engalanó. Entró endurecido y le pedí que saludara con la mano y una sonrisa. Me hizo caso y recogimos los primeros aplausos. Minutos después llegó su esposa en medio de un silencio sepulcral. La tensión iba en aumento, hasta que Martínez de Hoz (el nuevo presidente de la Sociedad Rural) comenzó a hablar y su tono mesurado tranquilizó a Perón. Después me tocó a mí, pero acorté el discurso para no alargar el sufrimiento.*
> *Al retirarnos, una multitud nos esperaba en la calle coreando el nombre de Perón y éste, aliviado, me dijo: Aquí me siento mejor, estoy entre los míos...*[13]

Entre los industriales, la contraposición entre los que se oponían y los que se beneficiaban con el nuevo gobierno era intensa y se reflejaba en la Unión Industrial. Esta, sin embargo, sobre todo reflejaba a las grandes empresas tradicionales, y en buena parte a la industria de alimentos. Durante la campaña electoral fue muy sonado el episodio del "cheque", pues uno hecho por la UIA

a favor de la Unión Democrática fue detectado y hecho público, lo que le valió la inquina oficial. Pronto el nuevo gobierno intervino a la entidad empresaria, tratando de conseguir apoyos internos, pero al considerar que éstos no eran suficientes optó por disolver la organización y crear una nueva entidad. Es así como se creó la Confederación General de la Industria, por iniciativa del empresario catamarqueño, luego convertido en fuerte industrial, José Gelbard. Iniciativas paralelas crearon las Confederaciones del Comercio y de la Producción, aunque éstas nunca fueron significativas, pero sí lo fue, como sigla con sentido político, la unión de ellas en la Confederación General Económica (CGE), arraigada sobre todo en la pequeña empresa, la del interior, y otros sectores cercanos al oficialismo.

SEGUNDA PRESIDENCIA, CONFRONTACION Y CAIDA (1952-1955)

Los años dorados del régimen no se extendieron mucho más allá de 1950. Ya en 1949 hubo un cambio de guardia. Miranda perdió sus posiciones oficiales, reemplazado por un equipo dirigido por Alfredo Gómez Morales, acompañado por una reorientación hacia el agro. En 1950 la necesidad de obtener un préstamo de los Estados Unidos obligó al Congreso a confirmar el Tratado de Río de Janeiro, de solidaridad continental. Ese Tratado implicaba un apoyo de todos los países del continente a aquel que fuera atacado desde afuera (o sea, a los Estados Unidos), lo que era importante política y económicamente, no por el aporte de tropas que pudiera hacerse. El Congreso, trabajado por influencias nacionalistas, demoraba la aprobación, pero ahora la influencia financiera pudo torcerle el brazo.

El mismo año de 1950 se llevó a cabo una ofensiva contra la prensa independiente, que fue casi toda silenciada, con la excusa de que los opositores se habían resistido a incluir, después de la fecha, la aclaración "Año del Libertador Gral. San Martín". Ya la radio era prácticamente en su totalidad controlada por el Estado. Ahora faltaba la educación, contra la cual también hubo un orquestado intento de subordinación, llevado a cabo sobre todo durante la segunda presidencia, a partir de 1952.

En 1949 un Congreso especialmente convocado sancionó una nueva Constitución, que permitía la reelección, aseguraba las conquistas sociales, y además, en su célebre artículo 40, establecía que los recursos naturales no podían ser entregados a empresas extranjeras. La realidad de las presiones económicas, agudizada por la crisis debida a la disminución de precios de exportación, pronto forzó a reinterpretar esas disposiciones, resistidas por los inversores extranjeros.

Para la elección presidencial de 1951 hubo una fuerte presión, sobre todo sindical, para que Eva Perón fuera candidata a la vicepresidencia. La resistencia de toda la oposición, muy fuerte en las clases altas que no perdonaban el origen humilde de Evita, proveniente del medio artístico de la radio y el cine, y ya muy sensible en ambientes militares, imposibilitó esta salida. Al poco tiempo Evita moría, víctima del cáncer, apenas pasados los treinta años de edad.



La disminución de la prosperidad económica, acompañada de inflación, generó protestas en el ambiente sindical, siempre trabajado por los antiguos dirigentes antiperonistas y algunos otros nuevos activistas de izquierda, incluidos peronistas disconformes. A fines de 1950 se inició una grave huelga ferroviaria, que continuó en enero de 1951, y obligó al gobierno a decretar la incorporación al ejército de los huelguistas, para ser sometidos a disciplina marcial. Ya en 1949 había habido una huelga en el azúcar, en Tucumán, dirigida por la usualmente fiel Federación Obrera de Trabajadores de la Industria del Azúcar (FOTIA).

La "peronización" de la educación, el uso como material oficial de lectura del libro autobiográfico de Evita y de otros materiales oficialistas, comenzó a antagonizar también a la Iglesia. En 1953, durante una de las usuales concentraciones masivas en la Plaza de Mayo, estalló una bomba que causó varios muertos. La reaccción popular, que Perón no hizo nada por aminorar, terminó en una serie de vandálicos atentados, con el incendio del Jockey Club, sindicado como centro de "oligarcas" antiperonistas, y de las sedes de los partidos opositores, el Radical y el Socialista, incluyendo esta última una importante biblioteca. El régimen se las arreglaba para antagonizar a un amplio espectro de la opinión pública, tanto a derecha como a izquierda.

El año de 1954 vio un nuevo y fatal frente de confrontación: la Iglesia. Esta, quizás tratando de evitar la excesiva identificación con un régimen al que se le adivinaban pies de barro, comenzó a distanciarse, y como primera medida decidió entrenar dirigentes sindicales en escuelas propias. Esto era atacar al régimen en lo más sensible. Al mismo tiempo, se comenzó a hablar de formar un Partido Demócrata Cristiano, como en Europa, que constituyera un canal más seguro y sólido de defensa de los intereses eclesiásticos que el régimen visto como ya demasiado personalista y autoritario del Gral. Perón.

El gobierno contraatacó: entre 1954 y 1955 sancionó leyes que recordaban los tiempos de Roca y Juárez Celman. Principalmente, ley de divorcio y eliminación de la Educación Religiosa como materia obligatoria, que sería reemplazada por una asignatura de Moral, basada en los textos de Evita y otros del oficialismo. Unido al fomento de reuniones espiritistas y de protestantes evangélicos, esto era ya demasiado, y la excomunión cayó sobre la cabeza de los gobernantes. El resto de la oposición, expectante, redescubría su sensibilidad hacia los derechos de la religión. Los nacionalistas católicos, nunca muy convencidos de la solidez del régimen peronista, que no era suficientemente autoritario ni jerárquico para ellos, ahora se plegaron masivamente a las protestas.

En junio de 1954 el clima opositor estalló, con una sublevación de sectores de las Fuerzas Armadas, que llegaron a bombardear la Plaza de Mayo, donde una concentración popular se disponía a defender al régimen con armas en la mano. Estas armas, a pesar de ser solicitadas por los militantes más radicalizados, y a sectores de izquierda ya asociados a ellos, no fueron entregadas. La matanza fue numerosa, y produjo una reacción popular, semejante a la de 1953. Ahora fueron las principales iglesias de la ciudad de Buenos Aires, así como la Curia, sede de las autoridades de la Iglesia, en la Plaza de Mayo, las que fueron purificadas por el fuego.

Perón, por cierto, no aceptó responsabilidad por estos excesos, aunque no los había reprimido con la suficiente energía. Aplicaba, aunque demasiado tarde, el aforismo de Napoleón, de que "quien controla el desorden tiene más poder que el que mantiene el orden". Hizo un decidido intento de liberalizar el régimen, permitiendo la aparición de algún semanario moderadamente opositor, y el uso de la radio por los principales dirigentes de los partidos, a quienes el público ya se había olvidado de escuchar por ese medio.

La confrontación, de todos modos, prosiguió. En setiembre, finalmente, otro complot militar tuvo éxito en movilizar suficientes fuerzas, concentradas en Córdoba y en la Marina, apostada en Bahía Blanca. El Gral. Eduardo Lonardi y otros militares influidos por la prédica católica y nacionalista dirigían este movimiento, bautizado como "Revolución Libertadora", y que contó con el apoyo de casi todo el espinel político del centro hasta la izquierda, y de las entidades estudiantiles universitarias.



CAPITULO 36

LA DEMOCRACIA SEVERAMENTE CUSTODIADA (1955-1966)

LA TRANSICION MILITAR (1955-1958)

El nuevo régimen tuvo, como otros anteriores, un ala nacionalista y otra liberal. Ambas eran fuertemente antiperonistas, como que habían participado en el derrocamiento del régimen, pero tenían distintas estrategias respecto a cómo encontrar una alternativa. El sector nacionalista, que tuvo el predominio en un comienzo, estaba ideológicamente cercano al corporativismo, y pensaba poder integrar, en un sistema de ese tipo, a los sindicatos, vistos como columna dorsal del peronismo.

Es así como en un principio no se intervino a la CGT, esperando entrar en algún entendimiento con sus líderes, siempre deseosos de tener autonomía respecto al líder del movimiento, y por lo tanto capaces de escuchar proposiciones políticas.

Entre los nacionalistas que participaban en el gobierno había muchos que tenían orientaciones muy de derecha, sobre todo en el campo cultural. La reacción del espectro liberal y de izquierda fue muy fuerte, hasta que consiguieron promover un golpe interno, dirigido por el Gral. Pedro E. Aramburu, con el apoyo del Almirante Isaac Rojas.



Las nuevas autoridades, rodeadas de una Junta Consultiva, donde había representantes de los partidos políticos (salvo el Comunista) y del laicado católico, se empeñaron en lograr una "desperonización" a fondo del país. La interpretación que tenían del movimiento justicialista era que se trataba de una creación artificial, debida a los efectos de la propaganda y la corrupción oficiales. Si se cortaban estas fuentes y se aplicaba una seria represión a la acción de las minorías que eran las que a su juicio controlaban las estructuras de apoyo popular del régimen caído, el cambio iba a ser completo.

Se usaba el paralelo con lo que había ocurrido en Alemania e Italia, donde efectivamente el apoyo a los regímenes caídos fue muy escaso después de la guerra. Pero no se tuvo en cuenta las grandes diferencias entre los casos europeos y el argentino, empezando por el tipo de régimen, y pasando por el hecho de que allá había habido una derrota masiva en el campo de batalla, acompañada de indecibles privaciones, suficientes para deshacer cualquier nostalgia.

La CGT fue intervenida, así como casi todos los sindicatos, y los nuevos interventores, a menudo militares, se rodearon del asesoramiento de los antiguos dirigentes, que aún quedaban, autotitulados "libres". En algunos casos esos viejos dirigentes tenían apoyos significativos, y usando además de las influencias oficiales y de la apatía de gran parte de los afiliados, consiguieron

controlar varias entidades. Esto fue particularmente el caso de Empleados de Comercio y la Unión Ferroviaria, aparte de los más seguros Gráficos y La Fraternidad. Pero en los sindicatos basados en las nuevas industrias, como Textiles y Metalúrgicos, no hubo forma de evitar el predominio peronista.

En las universidades nacionales, que fueron intervenidas, gran parte de los docentes, comprometidos con actos de obsecuencia al gobierno anterior, fueron expulsados de sus cátedras, y éstas abiertas a nuevos concursos. En el proceso se cometieron abusos, pero la universidad conoció un período de gran florecimiento, por la llegada a posiciones directivas de toda una generación que había estado en el exterior, o en un exilio interno, y que conformaba lo más granado de la intelectualidad del país.

En Buenos Aires, después del período de Intervención, a cargo del historiador José Luis Romero, se normalizó el gobierno universitario, bajo el rectorado de Risieri Frondizi, hermano de quien luego fuera presidente de la nación. El nuevo Estatuto universitario establecía el gobierno tripartito, con una representación en los Consejos de cada Facultad, del 50% para profesores concursados y un 25% para estudiantes y egresados, respectivamente.

En 1956 hubo un intento de rebelión peronista, dirigida por el Gral.Valle. Al ser descubierta, la reacción oficial reveló el temor que se tenía a un vuelco de la situación: se ordenó el fusilamiento de numerosos implicados, comenzando por su jefe, cometiéndose un acto ya desusado en el país.

El peronismo, que había gozado por una década de las ventajas del poder, maltratando a menudo a sus opositores, ahora recibía la retribución aumentada de sus excesos. Paralelamente, al convertirse, ante la opinión pública, de perseguidor en perseguido, comenzó a concitar simpatías de sectores que no concordaban con la política del nuevo régimen.

Para combatir la inflación y reorganizar la economía del país, se contrató Raúl Prebisch, economista argentino, Secretario de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), organismo de las Naciones Unidas con sede en Santiago de Chile. El Plan Prebisch recomendó medidas privatizadoras y de estímulo a las inversiones externas e internas, controlando las demandas salariales. Esto provocó una resistencia del gremialismo y extendió la protesta sindical, que pasó por etapas de violencia, conocidas como "Resistencia Peronista".

En 1957 se realizaron elecciones para un Congreso Constituyente, con el propósito de convalidar la anulación de la Constitución peronista de 1949, decretada por el gobierno, y la adopción de otra o el retorno a la de 1853, eventualmente modificada. El Partido Peronista, bajo cualquier nuevo nombre que éste adoptara, quedó excluido, por considerárselo de propensiones totalitarias. La elección también serviría como termómetro de la opinión.

Mientras tanto, en la UCR, que se veía con toda razón como principal heredera del régimen caído, comenzó una lucha interna por el control del partido. Esta terminó en una división, entre un sector dirigido por Arturo Frondizi, denominado UCR Intransigente (UCRI), y otro capitaneado por Ricardo Balbín, que adoptó el nombre de UCR del Pueblo (UCRP). Frondizi favorecía un cierto entendimiento con Perón, y reunía en torno a sí un

numeroso grupo de intelectuales y profesionales de izquierda, y nacionalistas, deseosos de encontrar un canal partidario donde poder expresarse, por encima de las pequeñas agrupaciones en que tradicionalmente habían militado.

El peronismo dio la orden de votar en blanco para el Congreso Constituyente, pero gran parte de sus simpatizantes, deseosos de no "perder el voto", se lo dieron a Frondizi y su UCRI, vistos como la oposición al régimen militar. El mayor bloque de votos resultó ser el de los sufragios en blanco, seguido de cerca por el de la UCRP y luego el de la UCRI de Frondizi. Frondizi se había quedado con una minoría del electorado tradicional radical, pero estaba ya incorporando las preferencias del sector menos "duro" del peronismo, y de grupos independientes.

La Constituyente pronto enfrentó la oposición sistemática de la UCRI y otros grupos nacionalistas, que se retiraron y la dejaron sin quórum. Sólo se sancionó, sobre la base de la Constitución de 1853, una adición, el artículo 14 bis, que incorporaba derechos sociales, como el de huelga, a los clásicos establecidos en el artículo 14 original.

El siguiente paso fueron las elecciones para llenar todos los cargos constitucionales, convocadas para comienzos de 1958. Ya para ese entonces la confrontación entre Frondizi y el gobierno militar era muy intensa. La UCRI, aunque acusada de ser un canal para criptocomunistas y properonistas, tenía suficiente legitimidad como para no ser puesta fuera de la ley. Sobre esta base, Frondizi pudo negociar con Perón y firmar un pacto, en el que participaron activamente los asesores de ambos dirigentes, Rogelio Frigerio y John W. Cooke. Por el pacto, Perón daba a Frondizi sus votos, a cambio de obtener la legitimización de su partido, y de una legislación favorable para el retorno de los sindicatos a manos peronistas.

La victoria de la UCRI, dado este pacto, era inevitable. La orden de Perón de votarlo a Frondizi, barruntada desde hacía un tiempo, fue formalmente anunciada pocos días antes de la votación, para impedir algún veto por parte de los sectores más antiperonistas del gobierno.



LA PRESIDENCIA DE FRONDIZI (1958-1962)

Frondizi había desarrollado, a través de una larga carrera política, un perfil con claras connotaciones nacionalistas y de izquierda. Su obra *Petróleo y política* (1954), en que condenaba la acción imperialista ligada a ese combustible y promovía su explotación por YPF, era una de las bases de ese prestigio.

En el régimen militar no dejó de haber algún intento de no entregarle el poder, con el argumento de que él era una máscara detrás de la cual se escondía el retorno de Perón al poder. La acción de Aramburu finalmente se impuso y se realizó la transferencia del mando.

Frondizi tenía, durante la campaña y enseguida después, dos "equipos" trabajando en el plan de gobierno. El más cercano a él era el que organizaba Frigerio, hombre de empresa que hacía tiempo había abandonado su

izquierdismo juvenil, y estaba ahora orientado de manera "pragmática", dispuesto a revisar sus enfoques anteriores, para conseguir apoyo del capital internacional para la industrialización acelerada del país. El otro grupo, que tenía en el economista Aldo Ferrer a una de sus cabezas, estaba formado por gente más joven, muchos con experiencia en organismos internacionales, y más estatistas y distribucionistas en sus actitudes básicas, influidos por las teorías de la CEPAL (Comsión Económica para América Latina), organismo de estudios y asesoramiento económico de las Naciones Unidas.



Al llegar al gobierno, Frondizi claramente dio su preferencia al grupo de Frigerio, quien quedó como Secretario de Relaciones Económico Sociales de la Presidencia, una especie de monje negro del nuevo gabinete. El grupo de "cepalinos", en cambio, fue enviado a dirigir la economía de la provincia de Buenos Aires, cuyo gobernador, Oscar Alende, se mantenía más fiel --dentro de lo que permitía la disciplina partidaria de la UCRI-- a las banderas tradicionales de la izquierda radical.

Rogelio Frigerio, por su pasado y su habilidad --estimada como maquiavélica por sus adversarios-- para idear estrategias, era muy antagonizado por la derecha y las Fuerzas Armadas. A los pocos meses, Frondizi, permanentemente hostigado por levantamientos y "planteos" militares, tuvo que deshacerse de su colaborador en la Secretaría, pero lo designó en las mismas funciones en calidad privada. Más adelante aun ese rol le sería negado. Pero sus ideas, que no tenían nada que ver con las posiciones de izquierda que se le atribuían, fueron las vigentes en la nueva política económica adoptada, de apoyo a la modernización a través del capital extranjero.

Lo que se temía de Frigerio era que, en sus estrategias por mantenerse en el poder, siguiera con la práctica de concertar alianzas inesperadas, como la que lo había llevado al pacto con Perón. En algún momento él podía perder el control, por jugar con excesivo riesgo, y entonces el país se vería de nuevo en manos del peronismo, quizás más radicalizado por la persecución. La derecha veía, pues, a Frondizi y a Frigerio como los "Kerenskys" de un posible estallido revolucionario social en el país.

En el frente cultural, Frondizi intentó cooptar a un grupo de izquierda, nucleado alrededor de la revista Contorno, que se autodefinía como "denuncialista". Creada hacía unos años, expresaba las actitudes de búsqueda de nuevas orientaciones por parte de intelectuales que comenzaban a reanalizar el peronismo, pero aún mantenían fuertes resistencias hacia ese movimiento. La UCRI, o lo que comenzaba a llamarse "frondizismo", en cambio, les parecía una forma de insertarse en el poder e influir desde ahí para la apertura intelectual de la población hacia proyectos parcialmente socialistas. Las posiciones, en el área oficial, otorgadas a este grupo, de todos modos no duraron mucho, pues ante la derechización de la política gubernamental decidieron retirarse, y los que persistieron fueron apartados, salvo, por supuesto, los conversos al nuevo pragmatismo.

Particularmente irritante para la izquierda universitaria fue la propuesta, por el gobierno, de una Ley de Enseñanza Libre, que permitía el establecimiento de universidades privadas, lo que en la práctica implicaba en la mayoría de los

casos, católicas. La controversia, conocida como la de "la laica contra la libre", agitó a gran cantidad de gente, con manifestaciones masivas que ocupaban por semanas las calles de las principales ciudades del país. Finalmente, la ley fue sancionada. Este era el precio de una reconciliación de Frondizi con la Iglesia, que desde entonces pasó a apoyar decididamente a su gestión.

En el campo sindical Frondizi aceleró las elecciones en los gremios, y promovió la formación de una CGT unificada. Pero el antagonismo entre los dirigentes peronistas (de una nueva generación, pues los otros estaban aún inhabilitados) y los "libres", que se habían posesionado de varias organizaciones durante la Revolución Libertadora, determinó la ruptura. En un Congreso, supuestamente de unificación, quedaron 62 gremios del lado peronista, y 32 del otro. Ese fue el origen de que las agrupaciones peronistas reconocieran como su entidad coordinadora, por mucho tiempo, a "las 62 organizaciones", más brevemente "las 62". Los antiperonistas, en cambio, formaron un nucleamiento denominado "los 32 gremios democráticos". Después de unos años la falta de apoyo oficial, y de mucha simpatía entre las bases, determinaron el retorno a control peronista de la mayor parte de los sindicatos, incluyendo los baluartes de "las 32", como Gráficos, Fraternidad, Municipales, Empleados de Comercio y Unión Ferroviaria.

Una Ley de Asociaciones Profesionales, basada principalmente en la del régimen peronista, favoreció el mantenimiento de la unidad en cada rama ocupacional, haciendo prácticamente imposible la coexistencia de varios sindicatos competitivos en cada una de ellas. El modelo alternativo, favorecido por los llamados "sindicalistas libres", era el vigente en varios países europeos, especialmente Francia e Italia. En esos países la presencia de un fuerte gremialismo comunista, imposible de reprimir por la fuerza, hizo que las leyes favorecieran la coexistencia de entidades rivales (socialdemócratas y democristianas). En el caso argentino tanto el frondizismo como el peronismo, en cambio, consideraban mejor fomentar la unidad, y tener entonces un diálogo más fácil con los dirigentes favorecidos por el calor oficial.

En la economía es donde los cambios instrumentados por el gobierno de Frondizi, respecto a su proyecto, fueron más significativos. Para dar la "batalla del petróleo" se realizaron contratos de perforación con empresas extranjeras, lo que era visto como anatema por el sector nacionalista, interno o externo a la UCRI, pero que tuvo que ser aceptado por quienes quedaban en sus filas. Para evitar la inflación, el gobierno se enfrentó contra las demandas de incrementos, acompañadas por huelgas, que enseguida proliferaron. La represión de esos movimientos fue el principal componente de la ruptura entre el gobierno y el peronismo, sobre todo su ala sindical, y realimentó la "Resistencia Peronista", acompañada de sabotajes y huelgas violentas, y aun más violentamente reprimidas.

La estrategia de Frondizi y sus asesores, de todos modos, siempre fue la de intentar recomponer la alianza con un "peronismo razonable", apenas pasara la tormenta de las primeras adecuaciones a las condiciones económicas, vistas como temporarias. Esta búsqueda de interlocutores peronistas moderados llevó, sobre todo en las provincias del interior menos desarrollado y en algunos

sindicatos, a encontrar dirigentes dispuestos a llegar a una "integración". La "integración" del peronismo y de la clase obrera pasó a ser uno de los puntos estratégicos de la ideología del gobierno, y para conseguirla se usaron generosamente las arcas del Estado.

En las elecciones de diputados, de 1960, había que enfrentar la opinión del electorado acerca de todo este nuevo paquete. Lo que ocurrió fue prácticamente una reversión de alianzas. Una buena parte de la derecha o centro derecha, que tenía una gran prevención contra la imagen izquierdista de Frondizi, ahora lo vio como un valioso converso y lo votó, permitiéndole figurar muy bien en las urnas, y superar a la UCRP, que antes había sido la receptora de las preferencias de ese sector político. El peronismo se dividió entre el voto en blanco y el apoyo a partidos locales llamados "neoperonistas", que a menudo no eran reconocidos por el líder exiliado. En conjunto, el gobierno podía considerar que su estrategia rendía frutos. Ahora, a pesar de la ruptura con el peronismo "duro" y el sindicalismo combativo, Frondizi mantenía su dominio en el Congreso y encontraba interlocutores que le permitían decir que buscaba una vía media para el país.

En 1959 tuvo que enfrentar un intento de rebelión por parte del Gral. Carlos Severo Toranzo Montero, que no pudo ser reprimido. El gobierno, que había querido destituirlo de su posición de jefe del Ejército, tuvo que dar marcha atrás y perder seriamente su prestigio. Episodios similares se repetirían a lo largo de su gestión, sumándose entre pequeños y grandes una buena treintena.

Para poner coto a estas protestas y buscar apoyos en el empresariado neoliberal, Frondizi decidió, en 1959, otorgar la conducción de la economía al capitán Ingro. Alvaro Alsogaray, que podría transferirle la confianza de la derecha, tanto económica como armada. Por cierto que con esto antagonizó aun más al peronismo y la izquierda, y desconcertó a muchos de sus originales apoyos ideológicos. La conversión al "pragmatismo" y la búsqueda maquiavélica de insospechadas alianzas, tomaba un ritmo vertiginoso.

El problema era que su base propia, original, o sea el sector UCRI del radicalismo, era muy débil y desorientado por lo que estimaban una traición a los principios. El voto o el apoyo en la opinión pública que Frondizi conseguía, no eran tan débiles, pero dependían de una suma de pactos o decisiones tácticas que no involucraban demasiada simpatía genuina.

La gran afluencia de capitales extranjeros, aunque perjudicó a algunas empresas nacionales al crearles una competencia interna mucha más modernizada y financiada, produjo un incremento de la producción y una expansión en general, que generó una sensación de prosperidad.

El test de este programa vendría en las siguientes elecciones, las de 1962, donde había que renovar ya no sólo la mitad de la Cámara de Diputados, sino las gobernaciones en casi todas las provincias. Y esto era grave, porque el gobernador es el que maneja la policía local. ¿Se podría correr el riesgo de que los peronistas tuvieran el control de la policía, cuya responsabilidad era mantener el orden en el cordón industrial del Gran Buenos Aires? Era necesario ser muy animoso, en las condiciones de la época, para apostar a favor. Frondizi lo hizo, y perdió.

ELECCIONES Y GOLPE (1962)

Para las elecciones el gobierno había autorizado en la práctica la presentación del peronismo, a través de partidos locales ahora ya muy controlados por Perón, desde su exilio en Madrid. Frondizi intentó captar el voto de centroderecha, como dos años antes, y de hecho lo consiguió en gran parte, aunque la UCRP era preferida por parte de los sectores centristas cuyo antiperonismo no les permitía aceptar las maniobras realizadas desde el oficialismo. La diferencia con la elección anterior, de todos modos, era que ahora el justicialismo estaba en la liza, y peleando por gobernaciones, donde la concentración en un candidato introducía el factor personalista que estimulaba con facilidad a su electorado y que estaba ausente en las elecciones legislativas.

El resultado fue, si se lo ve con perspectiva histórica y calma filosófica, bastante bueno para el gobierno. El peronismo ganó la gobernación en algunas provincias estratégicas, como Buenos Aires, pero sin la mayoría absoluta. Parecía, bajo condiciones de relativamente genuina libertad electoral, que esa fuerza se reducía de sus grandes mayorías históricas a un más modesto 40% del electorado, o aún menos en ciertas provincias pobres, cuyos caudillos eran fácilmente manipulables por el calor oficial. Pero seguía siendo la mayor de las formaciones partidarias, dada la insanable división de las otras, en derecha (con pocos votos), frondizismo (nucleando a un centroderecha "pragmático"), radicalismo del Pueblo (centro antiperonista), e izquierda (a su vez fragmentada).

Si se hubieran respetado los resultados electorales de 1962, lo más probable hubiera sido que la "integración" de que hablaba el oficialismo hubiera efectivamente ocurrido. Gran parte de la bancada de diputados, así como muchos gobernadores, eran pan comido. Lo grave era la provincia de Buenos Aires, con el irritante Andrés Framini, sindicalista textil de orientación izquierdista dentro del justicialismo, como nuevo gobernador. Eso, las vestales del antiperonismo y de la Revolución Libertadora, los memoriosos de los abusos y las persecuciones que sin duda había habido en el régimen derrocado --aunque cada vez más empardadas por sus sucesores-- no lo podían dejar pasar.

Después de unos días angustiosos y de desesperados intentos de Frondizi de evitar el golpe mandando intervenciones a las provincias más estratégicas, las tropas se movieron y forzaron la renuncia del Presidente y su sustitución por el vice, José M. Guido, puro formalismo para esconder el gobierno directo de las Fuerzas Armadas.

GOLPE Y REGIMEN MILITAR PROVISIONAL (1962-1963)

El objetivo de las Fuerzas Armadas era de reconstituir el sistema de elecciones y de partidos políticos, convocando a la brevedad a comicios. Era necesario a su juicio, sin embargo, corregir la legislación y otras prácticas

corruptas, que continuaban favoreciendo al peronismo en los sindicatos y en los municipios que controlaban.

Inmediatamente se perfilaron dos facciones militares. Una de ellas favorecía una posición negociadora con el peronismo, al que se podía canalizar pero no eliminar. La otra era más dura en el enfrentamiento, y esperaba poder destruir las bases de apoyo social del movimiento si se lo combatía con decisión.

El Gral. Juan Carlos Onganía fue el jefe del sector negociador. Ya antes de fin de 1962 hubo un conflicto armado entre los dos grupos. El negociador se llamó "azul", el otro "colorado". Después de alguna violencia se llegó a un acuerdo de coexistir, pero la lucha volvió a estallar, esa vez más intensa, en abril de 1963. Ahora hubo más tiros y algún muerto entre los militares, mientras la población civil, de todas las posiciones, miraba desde afuera este progresivo deterioro del prestigio de la institución militar y de la "imagen" del país mismo.

Finalmente, en el segundo encontronazo, fueron los azules y Onganía quienes se impusieron y desataron la salida electoral, pensando, claro está, que podrían armar alguna estrategia que evitara entregar el poder al peronismo. Onganía, ideológicamente nacionalista y corporativista, tenía más que algunas concomitancias con el enfoque mental del peronismo. Salvo, claro está, en lo relativo a la disciplina social. Comunidad organizada, sí, pero bajo control de la autoridad estatal y de las jerarquías sociales. Preferentemente, con un sistema de representación corporativista, o si no, con algún equivalente de él, basado en acuerdos entre las principales fuerzas políticas.

Hubo febriles negociaciones para armar un "Frente Nacional y Popular", con Onganía de candidato presidencial, con el apoyo del peronismo y la UCRI, aparte de sectores católicos, tanto de la variante nacionalista como de la democristiana. El proyecto fracasó, así como otros en que podría haber habido un candidato ultramoderado o aun conservador, designado por los peronistas. Se pensó en ese momento en el conservador popular Vicente Solano Lima, de antiguas lealtades fresquistas, que había evolucionado y se había separado del viejo tronco "gorila" Demócrata Nacional. Las tratativas no llegaron a puerto, y no hubo más remedio que prohibir a último momento a cualquier candidatura peronista, lo que llevó al movimiento al voto en blanco.

Uno de los candidatos que circulaban en el ambiente político era Aramburu, que había lanzado una Unión del Pueblo Argentino (UDELPA), claramente modelada en el partido de parecido nombre que apoyó a De Gaulle en su exitoso acceso al poder, en 1958. Se hizo un intento de que él fuera el candidato de transacción, pero los militantes peronistas lo odiaban por su rol durante la Libertadora, a pesar de que luego fue quien aseguró la transferencia del poder a un Frondizi apoyado por los justicialistas, en 1958.

La elección, para llenar todos los cargos constitucionales, fue ganada por el Dr. Humberto Illia, médico cordobés, de la UCRP, que apenas consiguió un cuarto del electorado. La UCRI se dividió entre los partidarios de Frondizi (que luego fundarían el Movimiento de Integración y Desarrollo, MID), y los de Oscar Alende (que luego crearían el Partido Intransigente, PI). Los frondizistas se abstuvieron, mientras que Alende se presentó como candidato y cosechó

bastantes votos peronistas, pero sólo llegó en tercer lugar, detrás de los votos en blanco. En cuarto término llegó Aramburu; partidos provinciales, de derecha y centroderecha, y una izquierda dividida, completaban el panorama.[14]

LA PRESIDENCIA DE ILLIA (1963-1966)



A. Illia

Illia llegó a la Casa Rosada con muy poca legitimidad, debido al escaso caudal de votos que tuvo y la forzada abstención del peronismo en que basó su victoria. De todos modos, podía parecer que el peronismo se reducía a una cantidad más manejable, con ese cuarto fiel del electorado, que había votado en blanco, al que se le podía --o no-- sumar otro cuarto, que era "integrable" de manera temporaria o permanente en otras formaciones políticas.

Este cálculo estimuló todo tipo de posibles combinaciones, en que políticos, o militares, con un pie en el sistema reconocido de poder, y otro en la contestación, podían esperar ser el nuevo foco de lealtad que canalizara hacia sí las preferencias de esa masa vacante de representación. Entre los militares, Onganía siguió cultivando la imagen de sucesor más moderado de Perón, realizando quizá lo que había sido el primer proyecto del viejo General, de incluir en un solo haz tanto a empresarios como obreros, profesionales como eclesiásticos, técnicos junto a intelectuales "pragmáticos". Entre los políticos, la aspiración a "integrar" a las masas peronistas cundió entre los católicos independientes (de derecha), los democristianos, y los socialistas, estimulando escisiones en esos partidos.

Illia intentó redemocratizar la escena, asegurando la vigencia de las libertades públicas, y el derecho del peronismo a presentarse a elecciones, con ciertos condicionamientos, de los que el principal era que Perón nunca podría ser candidato a nada. El líder mismo, para poner a prueba la disposición del gobierno, intentó un regreso al país, a fines de 1964. Pero en Río de Janeiro fue interceptado por las autoridades, a pedido de las argentinas, y tuvo que volver a Madrid.

Las relaciones con el sindicalismo fueron un constante problema para Illia. Los dirigentes obreros estaban decididos a erosionar al gobierno radical, aun al precio de crear una situación de ingobernabilidad. Las huelgas generales proliferaron, y pronto fueron acopañadas por ocupaciones de fábricas y secuestros de empresarios, a quienes se impedía salir de sus fábricas mientras duraban los conflictos.

Las actitudes violentas estaban en aumento en todos los ambientes del país. El ejemplo de la Revolución Cubana (en el poder desde enero de 1959) fue determinante en este sentido, pues hizo concebir a muchos que lo que habían tenido como una lejana esperanza, se volvía de pronto perfectamente real. La influencia cundió no sólo en la izquierda clásica, determinando escisiones en ella, sino también en el peronismo, sobre todo el que había llevado desde 1955 la responsabilidad de la Resistencia.

La convergencia entre un peronismo de militantes de base, dirigentes medios del mismo movimiento, y sectores juveniles de diverso origen, fue cada vez

mayor. La transmutación fue particularmente llamativa entre los jóvenes, en general de clase media o aun más alta. En medio de una revisión y condena total de valores burgueses, redescubrían el peronismo, como típico fenómeno revolucionario del "Tercer Mundo". Perón estimulaba esta fermentación intelectual, mezclando en su doctrina las enseñanzas del Che Guevara y de Mao Tsetung, como grandes estrategas de la lucha antiimperialista. A diferencia de los pensadores de la socialdemocracia europea, o del aburguesado comunismo soviético, éstos eran valorados como "socialistas nacionales".

Estas ideas eran atractivas no sólo para los muchachos de orientación izquierdista, sino también para los católicos. Incluso los nacionalistas de derecha sufrieron el embrujo. Tacuara, una organización dedicada a pintar cruces esvásticas (incluso en las piernas de alguna chica judía), émula de otras formaciones bastante comunes en el pasado argentino, terminó dividida en tres grupos. Uno, bautizado como Guardia Restauradora Nacionalista, se mantuvo en su línea derechista. Otro se fue a la izquierda y terminó luchando en Vietnam del Norte contra los yanquis, dirigida por José Baxter. El de centro se acercó al peronismo, y dentro de él a posiciones cada vez más radicalizadas, absorbiendo a militantes de otros orígenes: se llamó Movimiento Nacionalista Revolucionario "Montoneros".

Aunque algunos de estos fenómenos estaban aún en gestación, las tendencias ya estaban actuando durante la presidencia de Illia, y produciendo una reacción de alarma en sectores cada vez mayores de la población. El peronismo clásico era juego de niños comparado a esta nueva amenaza de una revolución social, cuyos ejemplos cundían en América Latina.



Dentro del movimiento peronista, en sus esferas más oficiales, había también una división entre los grupos más "verticalistas", ligados a Perón, y los que obedecían al sector de sindicalistas, y a veces de políticos provinciales, que deseaban tener un poco más de autonomía respecto al jefe ausente. Augusto Vandor, dirigente metalúrgico, era de los principales inspiradores de la línea autonomista respecto a Perón. Este, para volver a controlar al movimiento, envió a su esposa, María Estela Martínez ("Isabelita"), como representante personal. En unos comicios en Mendoza, en abril de 1966, se dio un *test* de fuerza entre esas dos tendencias El justicialismo se presentó dividido, y el sector verticalista aventajó por una módica diferencia al autonomista, permitiendo así que ganaran los conservadores, tradicionalmente sólidos en esa provincia. Ante la opinión pública, el Jefe se había vuelto a imponer.

Para 1967 correspondían las elecciones de gobernadores, o sea las equivalentes de las que habían sido fatales para Frondizi en 1962. Ahora todos daban por seguro que el peronismo triunfaría, sobre todo debido a la división de sus rivales. Las Fuerzas Armadas, recelosas de lo que podría ocurrir, aunque estaban dirigidas por el "integracionista" y negociador Gral. Onganía, decidieron que era mejor intervenir *antes* y no *después* de las elecciones. El golpe se efectuó a mediados de 1966.

EL DESARROLLO CULTURAL DE LOS AÑOS SESENTA

La "década de los sesenta" ha quedado inscripta en la memoria colectiva como un período de gran florecimiento cultural, modernización de pautas de vida y relativa prosperidad, sobre todo para la clase media. Esta y los intelectuales, que se habían visto muy censurados y bloqueados durante el régimen peronista, ahora tenían un gran campo de acción por delante. La libertad de expresión era mucho mayor que en épocas anteriores, aunque una minoría de la intelligentsia, de simpatías peronistas, no gozaba plenamente de ella, y ciertos grupos militantes de ese movimiento eran seriamente reprimidos.

La "década" en realidad comenzó un poco antes de 1960, hacia 1957 ó 1958, cuando se normalizaba la Universidad, y ya se generalizaba el retorno de los exiliados. El éxodo económico, sin embargo, siguió produciendo lo que se llamó el "brain drain" o drenaje de cerebros. Esa pérdida, de todos modos, recién tomó proporciones alarmantes con el golpe de Onganía, que parecía querer poner fin a la experiencia de libertades públicas en el país, tratando de imitar al ya anacrónico modelo franquista. La "década", con esfuerzo se arrastró unos años más, pero ya hacia 1971 ó 1972 estaba muerta, ante el avance de la violencia guerrillera y la represión militar.

El grupo de científicos y literatos de tradición liberal y de izquierda que se hizo cargo de la Universidad de Buenos Aires y de muchas otras estatales, realizó, con suficientes fondos a su disposición, una actualización de la enseñanza y la investigación. Rolando García, en la Facultad de Ciencias Exactas, usaba fondos de cualquier origen para modernizar las estructuras y formar en el exterior a centenares de becarios. Desde Eudeba el incansable Boris Spivacow entraba a saco en el repertorio libresco internacional y local, haciendo proliferar las ediciones baratas, que alcanzaban cantidades nunca antes vistas en el país. El Estado nacional, por iniciativa del biólogo y Premio Nobel Bernardo Houssay, creó un Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), modelado en su homónimo francés.

En las Universidades católicas, así como en centros privados de investigación, se emuló este proceso. En la Fundación Campomar trabajó el también futuro premio Nobel argentino, el biólogo Luis Leloir. Las exposiciones de arte moderno conseguían entusiasmar a los jóvenes, aun a riesgo de escandalizar a muchos más. La creatividad, claro está, fue acompañada en más de un caso por el esnobismo, o el entusiasmo regimentado ante cualquier novedad. El cineasta peronista Pino Solanas estigmatizó estas actitudes, y todo el ámbito social de la época, en su película *La hora de los hornos*, donde enfatizó la característica "tercermundista" que a su juicio tenía la Argentina, donde sólo existía un pequeño islote flotante de prosperidad, concentrado en los alrededores de "Florida y Viamonte".

A pocas cuadras de ese lugar se encontraban los desaparecidos bares "El Coto", "Florida" y "Moderno", donde las nuevas generaciones que estudiaban sociología, psicología y plástica elucubraban sus visiones de una sociedad ideal. No mucho más lejos estaban los antros de perdición intelectual del Instituto de Sociología y del "Di Tella", donde se mostraban colchones que

pasaban por obras de arte, y a veces otras cosas más perdurables.

No todo ocurría en ese circuito encantado, que hubiera necesitado al Dostoyevsky de *Los poseídos* para ser adecuadamente descripto. Porque las visiones que incubaba esa mezcla de soñadores, eruditos, profesionales en busca de ascenso social, y hombres y mujeres de mundo a la caza de excitaciones, terminaron fabricando una verdadera bomba de tiempo en la sociedad argentina. A más de uno les explotó literalmente entre las manos, y a casi todos figurativamente. Algo irresponsable fue esa generación intelectual, que para compensar los errores de sus antecesores, que habían creído ver París en cada esquina, descubrían ahora las sierras de Cuba en cualquier villa miseria o en el Aconquija.

La carrera de Sociología fue creada, enseguida después de recuperada la Universidad de Buenos Aires, justamente para analizar la estructura social del país, y para darle un trasfondo temporal se organizó el Centro de Historia Social. Gino Germani y José Luis Romero formaron a numerosos investigadores en estos centros, pero no pudieron transmitirles su visión moderada y reformista de la problemática nacional. La nueva generación deseaba un Evangelio más demandante y totalizador, y se lo construyó, buscando sus textos en las bancas de la calle Corrientes, más que en los aún poco poblados anaqueles de las bibliotecas de investigación. Su radicalización se agudizaba por un sentimiento de culpa ante su temprana involucración "gorila", al ver a la masa del pueblo ahora sometida a un maltrato para nada más blando que el que ellos mismos habían sufrido bajo el régimen depuesto. Les molestaba, bastante comprensiblemente, transformarse de perseguidos en perseguidores, o beneficiarios de la persecución. Muchos redescubrían al peronismo, a Jauretche, a Hernández Arregui, y a los autores en boga en Europa. El ejemplo de la Revolución Cubana y luego el del París revolucionario de 1968, hicieron el resto.

La juventud intelectual no quiso saber nada de los partidos políticos tradicionales del centro y de la izquierda moderada, o del peronismo clásico. En alguna medida, los abandonó a sí mismos, absorbida por las verdades alucinantes de las sectas y de los minúsculos partidos ubicados en los márgenes de la legalidad. Dostoyevsky hubiera dicho que, fascinados por el escarabajo francés, no veían al elefante ruso.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Juan V. Orona, *La logia militar que derrocó a Castillo*. Buenos Aires, 1966; Roberto Potash, comp., *Perón y el GOU: los documentos de una logia secreta* (Sudamericana, Buenos Aires, 1984).

2. Intervención Federal en la Provincia de Tucumán, *Causas y fines de la Revolución Libertadora del 4 de junio: nueve meses de gobierno en la Provincia de Tucumán*. Tucumán, 1944.

3. Instituto Bunge, *Soluciones argentinas para los problemas económicos y sociales del presente*. Buenos Aires, 1945.

4. Entrevista con Lucio Bonilla, *Programa de Historia Oral*. Instituto Di Tella, Caja 1, Cuaderno 2.

5. Daniel James: "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina", en H. Gaggero, comp.: *Estructura social y conflicto político en América Latina*. Biblos, Buenos Aires, 1989, pp. 191 y 192.

6. Ver Fermín Chávez: *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*. 2 vols, Oriente, Buenos Aires, 1975 y 1984; Joseph Page: *Perón: una biografía*. 2 vols, Javier Vergara, Buenos Aires, 1984.

7. Emile Durkheim: "Prefacio de la segunda edición", *La división del trabajo social*. Akal, Madrid, 1982.

8. Víctor Raúl Haya de la Torre: *Treinta años de aprismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1956, pp. 78 y 129.

9. José Ingenieros: *La democracia funcional en Rusia*. Editorial Adelante, Buenos Aires, sin fecha, publicado aproximadamente en 1920, pp. 29-30.

10. Juan D. Perón: "Se inicia la era de la política social", discurso radial del 2/12/1943, en Fermín Chávez: *Perón y el justicialismo*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984, pp. 23-24.

11. J.D. Perón: "El Estado y la industrialización", *ibídem*, pp. 28-29.

12. G. Di Tella y M. Zymelman: *Las etapas del desarrollo económico argentino*. Eudeba, Buenos Aires, 1967, p. 508; y Carlos Díaz Alejandro: *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Amorrortu, Buenos Aires, 1975, cap. 4.

13. Declaraciones de Picazo Elordy a Hugo Gambini, en el libro de éste, *La primera presidencia de Perón*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985, p. 118.

14. Julio E. Nosiglia: *El desarrollismo*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983; Daniel Rodríguez Lamas: *La presidencia de Frondizi*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984; Eugenio Kvaternik: *Crisis sin salvataje: la crisis político-militar de 1962-63*, IDES, Buenos Aires, 1987.

CRONOLOGIA DE LA ARGENTINA	1943-1966	CRONOLOGIA INTERNACIONAL
PDN designa a Patrón Costas candidato presidencial. Golpe militar, Ramírez presidente tras pocos días de ejercer el cargo Rawson. Disolución de partidos políticos, intervención a sindicatos, persecución a izquierda, fuerte participación de la derecha en el poder. Huelga de la carne (Peter). Perón Secretario de Trabajo y Previsión (noviembre). J.L. Torres publica *Los perduellis*; J. Figuerola, *La colaboración social en Hispanoamérica*.	1943	Deposición de Mussolini, invasión aliada de Italia. Inicio de la batalla de Stalingrado. Golpe militar nacionalista en Bolivia: Gualberto Villarroel; creación del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Fleming desarrolla la penicilina.
Golpe interno: Farrell sustituye a Ramírez. Ascenso de la influencia de Perón. Estatuto del Peón Rural, creación del Consejo Nacional de Postguerra y del Banco de Crédito Industrial. La Aviación es creada como Arma autónoma del Ejército.	1944	Liberación de París y de Roma. Caída de la dictadura de Ubico en Guatemala: se inicia período reformista dirigido por Arévalo. Régimen militar nacionalista en El Salvador, de corta duración. Grau San Martín (P. Revolucionario Auténtico) sucede a Batista por elecciones. Revolución cívico-militar en Ecuador: Velasco Ibarra (h. 1947). Beveridge publica *Pleno empleo en una sociedad libre*.
Medidas del gobierno contra Sociedad Rural Argentina (directivos presos). Gran movilización política de la oposición. Prédica sindical exitosa de Perón. Nacionalización del Banco Central. Golpe militar contra Perón, casi inmediata reacción de sectores militares y de masa popular: "17 de Octubre". Creación de P. Laborista y UCR Junta Renovadora.	1945	Fin de la guerra. Fuerte voto de izquierda en Francia, y gobierno de coalición dirigido por De Gaulle. Gobierno laborista en Gran Bretaña. División de Alemania. Golpe militar en Venezuela: Betancourt y Acción Democrática en el poder ("trienio"). Democratización en Perú, con aprismo fuerte en Congreso. Deposición de Vargas por golpe militar. Sartre publica *Los caminos de la libertad*; Teilhard de Chardin, *Cristianismo y evolución*.
Perón presidente constitucional. Disuelve partidos que lo apoyaron (UCR Junta Renovadora, y P. Laborista), reemplazados por P. Unico de la Revolución Nacional (luego Peronista). Creación del IAPI y Gas del Estado, Teléfonos. Intervención de Unión Industrial	1946	Renuncia de De Gaulle e inicio de gobiernos inestables de la Cuarta República. Guerra civil en Grecia. División del liberalismo colombiano: Gaitán, jefe del ala izquierda populista; victoria electoral conservadora. Deposición y muerte de G. Villarroel en Bolivia: gobiernos civiles de derecha y

Argentina. J.L. Romero publica *Las ideas políticas en la Argentina.*	1946	centro. Sartre publica *El existencialismo es un humanismo.*
Lanzamiento del Primer Plan Quinquenal. Se crea el Movimiento de Intransigencia y Liberación en UCR (Lebensohn, Arturo Frondizi, Del Mazo). Ley de enseñanza religiosa en escuelas públicas. En Conf. Interamericana de Río de Janeiro, EEUU pide solidaridad contra "ataque exterior" (URSS). Argentina firma, pero luego el Congreso no ratifica.	1947	Cesa la participación comunista en gobiernos de coalición occidentales. Inicio del Plan Marshall de ayuda a Europa. Gobierno demócrata cristiano en Italia. Guerra civil en Paraguay, febreristas fracasan en derribar a Morínigo. Independencia de India y Pakistán. Mounier publica *Introducción a los existencialismos* y *Qué es el personalismo.*
Se crea la Fundación Eva Perón. Fuerte crédito a España para alimentos. Prisión de Cipriano Reyes (h. 1955).	1948	Golpes comunistas en Hungría y Checoeslovaquia. Ruptura entre Stalin y Tito. Bloqueo soviético a Berlín. Creación del Estado de Israel. Golpe militar en Venezuela: dictadura de Pérez Jiménez; y en Perú: Odría. Asesinato de Gaitán: Bogotazo. Guerra civil en Costa Rica, dirigida por Figueres, inaugura serie de gobiernos constitucionales, con rotación partidaria. Revolución militar en El Salvador. Muñoz Marín, reformista democrático, gobernador de Puerto Rico. María Montessori publica *Del niño al adolescente.*
Reforma constitucional: presidente reelegible. Se inaugura el primer gasoducto, desde Comodoro Rivadavia. Miranda reemplazado por Ares y Gómez Morales: reorientación hacia el agro. Huelga azucarera en Tucumán.	1949	Victoria de la Revolución China: Mao Tsetung. Gobierno demócrata cristiano en Alemania Occidental. Tratado del Atlántico Norte (OTAN), de coordinación militar. Extensión de violencia en Colombia, entre conservadores y liberales. Ayer publica *Análisis de los juicios morales.*
Cierre de numerosos diarios y estaciones de radio opositoras. Deterioro de exportaciones, obtención de préstamo EEUU a cambio de ratificar Tratado de Río.	1950	Radicalización en Guatemala: Arbenz, sucesor de Arévalo, con apoyo comunista. Derrotas francesas en Vietnam. Inicio de la Guerra de Corea.
Ley de voto femenino. Intento de golpe militar: Benjamín Menéndez. Huelga ferroviaria, reprimida con movilización militar de trabajadores. "Peronización" en enseñanza:	1951	Comunidad Europea del Carbón y del Acero: inicio de la integración económica (Plan Schumann). Churchill vuelve al gobierno en Gran Bretaña. "Caza de brujas" anticomunista en





tensión con la Iglesia.	**1951**	EEUU: McCarthy. Vargas presidente en Brasil (P. Trabalhista). Nacionalización del petróleo por Mossadegh en Irán. Camus publica *El hombre rebelde*.
Segunda presidencia de Perón. Muerte de Eva Perón. Se crea la Confederación General Económica.	**1952**	Revolución civil del Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia (Paz Estenssoro). Adopción del Ejecutivo Colegiado en Uruguay. Puerto Rico convertido en Estado Libre Asociado (Muñoz Marín). Revolución nacionalista en Egipto: Naguib.
Estallan bombas en concentración peronista. Represalia: incendio de sedes UCR y PS, y del Jockey Club. Detenciones de dirigentes opositores. Mercante expulsado del P.P. Ley favorable a radicación capital extranjero. Se crea la Conf. General de Profesionales. La UIA es disuelta, y se crea la Conf. General Económica (CGE): Gelbard.	**1953**	Protestas obreras en Berlín Oriental. Eisenhower, militar republicano, presidente de EEUU. Fin de la Guerra de Corea. Intento de Mossadegh de radicalizar su gobierno en Irán; golpe militar de derecha.
Huelga metalúrgica, rebelión contra dirigencia sindical. Ruptura entre Perón y la Iglesia: ley de divorcio, proyecto formación P. Demócrata Cristiano. Frondizi publica *Petróleo y política*.	**1954**	Presión militar y suicidio de Vargas. Contrarrevolución en Guatemala, con apoyo de EEUU: Castillo Armas. Stroessner presidente de Paraguay, con P. Colorado. Nasser reemplaza a Naguib en Egipto: radicalización de la revolución. Derrota francesa en Vietnam.
Concesión petrolera a Standard Oil de California: oposición del Congreso impide aprobarla. Fin de enseñanza religiosa en escuela pública. Intento golpista de junio. Quema de Iglesias. Intento de liberalización del régimen. Golpe exitoso de setiembre: "Revolución Libertadora". En noviembre, golpe interno sustituye al nacionalista católico Lonardi, por el liberal más duro Aramburu. Disolución de la CGE, se reabre UIA.	**1955**	Se extiende la insurrección nacionalista en Argelia. B. de Jouvenel publica *La soberanía*.
Intento de rebelión peronista, reprimida con fusilamientos (Gral. Valle y otros veintiseis). E. Sabato publica *El otro rostro del*	**1956**	Euratom: integración europea en energía atómica. XX Congreso del PC en URSS: Khruschev revela crímenes del stalinismo. Revueltas obreras en



peronismo.

1956

Polònia; revolución anticomunista en Hungría, sofocada.
Caída de Odría: Aprismo, vetado en eleccion es, apoya al conservador Prado ("Convivencia"). Kubitschek, varguista moderado (P. Democrático Social), presidente.
Independencia de Marruecos y Túnez. Agitación entre la numerosa colonia francesa en Argelia para impedir la separación de Francia. Guerra de Suez: Francia y Gran Bretaña contra la nacionalización del Canal por Egipto.
Calvez publica *El pensamiento de K. Marx*; Marcuse, *Eros y civilización*.

Retorno a Constitución de 1853, con pequeña reforma.
División de UCR en Intransigente (Frondizi, UCRI) y del Pueblo (Balbín, UCRP). Apoyo de sectores nacionalistas, de izquierda y peronistas, a Frondizi.

1957

Violencia de derecha en Argelia y Francia. Creación de la Comunidad Económica Europea: proyecto de unificación económica a largo plazo (Tratado de Roma).
Caída de Rojas Pinilla: Frente Nacional en Colombia, alternancia pactada entre conservadores y liberales por veinte años. Duvalier presidente de Haití.
Independencia de Ghana y de Malasia.
Primer satélite artificial, ruso: Sputnik.

Frondizi accede a presidencia, con apoyo peronista.
Política económica favorable al capital extranjero y privatización. Influencia de Frigerio.
Se reabre la CGE, núcleo de apoyo del frondizismo. Se nuclean la UIA, la Sociedad Rural y la Bolsa de Comercio, en la Acción Coordinadora de Instituciones Empresarias Libres (ACIEL).
Conflicto educacional: "laica" vs "libre".

1958

Violencia en Argelia y en Francia. Desobediencia de las Fuerzas Armadas y acceso semiconstitucional de De Gaulle al poder: Quinta República, con presidencia fuerte, aprobada por plebiscito. Creación del Parlamento europeo.
Juan XXIII accede al Papado.
Caída de Pérez Jiménez: Pacto de Punto Fijo entre democristianos (COPEI) y socialdemócratas (Acción Democrática).
Victoria conservadora en Chile, por escaso margen contra izquierda.
Uruguay: blancos, aliados con ruralismo populista (B. Nardone, "Chicotazo") en gobierno.
Revolución militar nacionalista en Irak, apoyo de URSS.
Levy Strauss publica *Antropología estructural*.

Ruptura de Frondizi con peronismo y sindicatos.
Concesiones petrolíferas. Permanentes intentos de planteos militares. Alsogaray en ministerio.

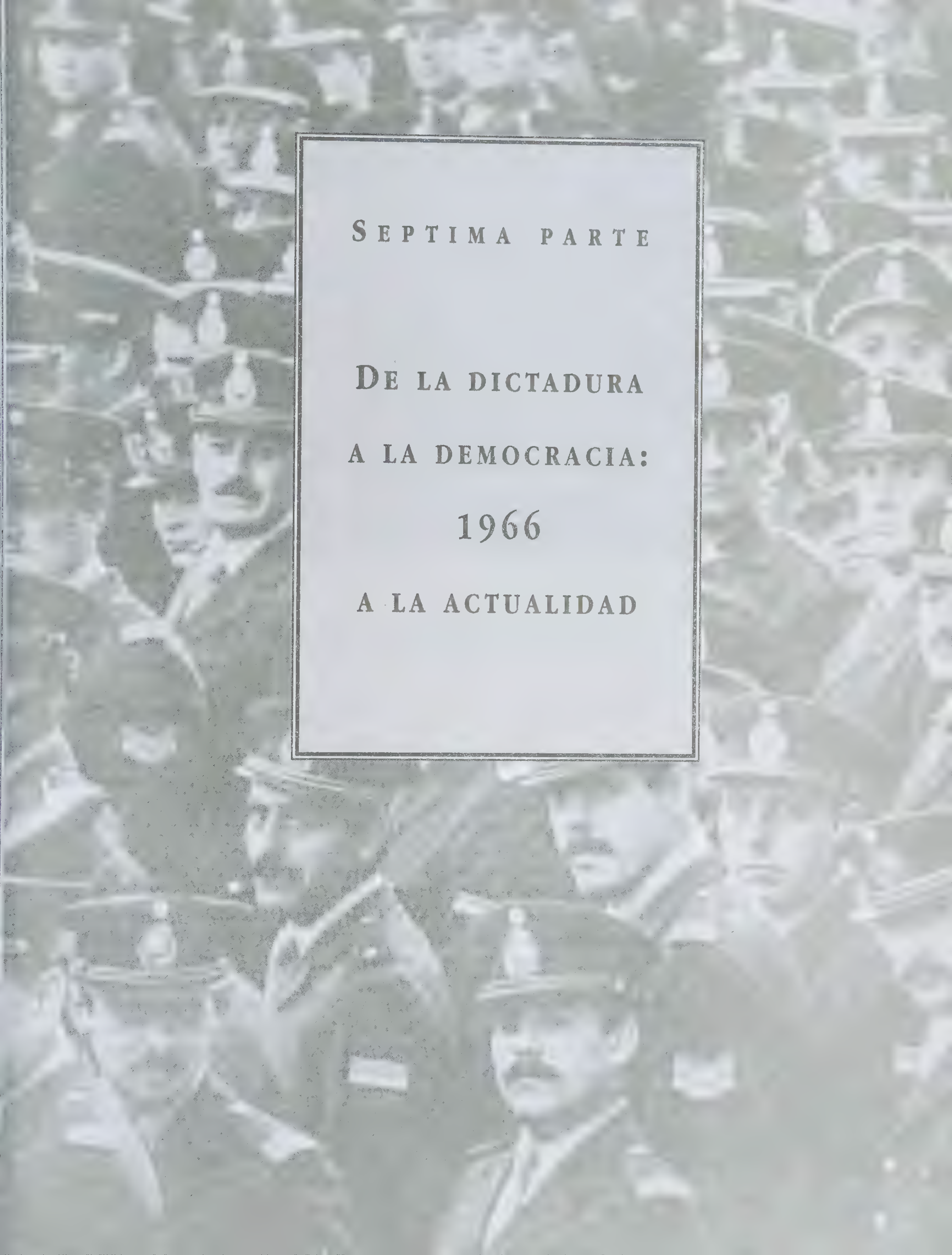
1959

Inauguración del Mercado Común Europeo.
Castro en el poder en Cuba.

J.J. Hernández Arregui publica *La formación de la conciencia nacional.*	**1960**	Segunda presidencia de Paz Estenssoro. Ruptura con la izquierda del MNR (Lechín). Guerrillas castristas en Venezuela y Perú. Independencia de Nigeria y de casi toda el Africa ex francesa. Guerra civil en el Congo Belga (Zaire), breve período en el poder de Lumumba, con apoyo comunista. Sartre publica *Crítica de la razón dialéctica*; Ayer, *Filosofía y lenguaje.*
Palacios (PS Argentino) electo senador por Capital, con apoyo del voto peronista. Alsogaray sustituido por Roberto Alemann, también neoliberal. Entrevista entre Frondizi y el Che Guevara en Bs. As.	**1961**	Kennedy presidente de EEUU: "Alianza para el Progreso". Quadros presidente, con apoyo de derecha brasileña, y Goulart vice, con izquierda varguista. Renuncia de Quadros, ante presión militar. Asunción de Goulart, mediatizado por régimen parlamentario sancionado al efecto, tras breve lucha entre bandos militares. Asesinato de Trujillo, inicio de democratización. Se crea en exilio el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Inicio de lucha por independencia en Angola. Galbraith publica *La sociedad opulenta*; Carnap, *Introducción a la Semántica.* Encíclica de Juan XXIII, *Mater et Magistra*, sobre problemas sociales.
Elecciones de diputados y de gobernadores dan victoria peronista. Golpe escudado tras la figura de Guido; Pinedo, Alsogaray ministros. Primer enfrentamiento armado entre "azules" y "colorados". "Pacto social" entre CGE y CGT. Germani publica *Política y sociedad en una época de transición.* En la Universidad de Buenos Aires, Olivera (con apoyo "humanista" católico) es nombrado rector.	**1962**	Elección de Juan Bosch (P. Revolucionario Dominicano), con programa de izquierda. Acuerdo para la independencia de Argelia. Resistencia y terrorismo de la Organization de l'Armée Secrete (OAS), reprimida por De Gaulle. Integración europea: adopción de una política agrícola común. Ruptura entre la URSS y China. "Apertura a la izquierda" del gobierno demócrata cristiano de Italia. Concilio Vaticano II. "Crisis de los misiles": peligro de guerra entre EEUU y URSS por colocación misiles en Cuba. Golpe militar en Perú para evitar victoria aprista.
Segundo enfrentamiento entre azules y colorados. Intento fracasado de Onganía, jefe "azul", de ser electo con apoyo peronista ("peronismo sin Perón").	**1963**	Paulo VI accede al Papado. Asesinato de Kennedy. Lucha contra la segregación racial. Golpe contra Bosch en R. Dominicana. Golpe militar en Ecuador (h. 1968).

Abstención del peronismo y frondizismo, victoria de UCRP con 25% de votos: Illia presidente. UCRI dividida entre frondizistas (futuro MID) y alendistas (futuro P. Intransigente).	1963	Revolución en Irak: "socialismo árabe" del Partido Baath, matanza de militantes comunistas. Golpe militar del P. Baath en Siria. Encíclica de Juan XXIII, ***Pacem in Terris.***
Conflicto entre sindicatos e Illia. Guerrillas en el norte. Perón intenta volver, es parado en Brasil.	1964	Golpe militar, tras dos años de agitación de izquierda y perspectivas de reformas radicales por Goulart. Golpe militar de Barrientos, contra reelección Paz Estenssoro. Conflicto turco-griego por Chipre. Gobierno laborista en G. Bretaña. Intento de golpe militar en Italia. Ley de Derechos Civiles para los negros en EEUU. Democracia Cristiana gana elecciones en Chile, con apoyo conservador (Frei). Gran incremento de tropas de EEUU en Vietnam.
Continuas huelgas generales, sabotaje y secuestro de empresarios en lugares de trabajo. Importante votación peronista para Diputados. Conflicto en el Justicialismo entre verticalistas y autónomos (Vandor).	1965	Revolución militar de izquierda en Rep. Dominicana. Intervención de EEUU. Intento revolucionario comunista en Indonesia, y toma del poder por las Fuerzas Armadas: masacre de miembros del PC y de la comunidad china. Althusser publica ***Por Marx***, y ***Leer El Capital.***
Golpe de Estado de Onganía, en parte para evitar previsible victoria electoral peronista del año siguiente. Apoyo de importantes líderes sindicales peronistas. Cierre de los partidos e intervención a las Universidades Nacionales. Violencia entre derecha e izquierda del P.P.	1966	Segunda presidencia de De Gaulle. Gobierno laborista en Gran Bretaña (Wilson). "Gran Coalición" democristiana-socialdemócrata en Alemania. En Brasil se fuerza a agrupación de todos los políticos en dos partidos: ARENA oficialista y MDB opositor. Chile: partidos Conservador y Liberal se unifican en P. Nacional. Balaguer, ex colaborador de Trujillo, electo en Rep. Dominicana. Uruguay: plebiscito contra el Colegiado, el Gral. Gestido, colorado, electo presidente.





Septima parte

De la dictadura a la democracia: 1966 a la actualidad



CAPITULO 37

LA "REVOLUCION ARGENTINA" (1966-1973)

LAS COMPLEJAS ALIANZAS

En el régimen de Onganía convivían, como en tantos otros gobiernos militares, dos tendencias. La más cercana al presidente era la nacionalista católica, "preconciliar", o sea resistente a la renovación producida en la Iglesia por el Papa Juan XXIII, desde los tiempos del Concilio Vaticano II a inicios de los años sesenta. Esta corriente no confiaba demasiado en las fuerzas del mercado, ni en los mecanismos liberales de la política. Tenía como modelo el de la España de Franco, donde en vez de partidos eran las corporaciones empresarias o sindicales --controladas por el Estado-- las que debían reflejar la opinión pública. Todo, bajo el fuerte control ideológico de la Iglesia, con poco o nada de libertad en los ámbitos de la cultura y la educación.

Este modelo ya era visto por algunos de sus propios partidarios como difícil de imponer, y en alguna medida era un ideal que estaban abandonando ante la necesidad de incorporarse al orden económico internacional. En la misma península la orden religiosa Opus Dei, inspiradora de los equipos gobernantes, adaptaba esas ideas algo anacrónicas a las necesidades del capitalismo moderno y de la integración europea. Para esta corriente nacionalista católica en trance de experimentar nuevas fórmulas, el peronismo, dirigido de manera moderada y dialoguista, podía formar parte del sistema que pensaban

establecer. Se le reservaría un lugar, en un segundo plano, como representante del sindicalismo, sin acceso al poder, pero aceptado como socio menor de la coalición gobernante.

La otra corriente que operaba dentro del régimen de Onganía era la liberal conservadora, que tenía como objetivo el retornar al sistema de partidos políticos y elecciones, una vez que se hubiera asegurado de que el peronismo se convirtiera en minoría, o dejara de lado sus prácticas de agitación popular. Las dos corrientes pensaban que había que "domesticar" al peronismo, pero la nacionalista católica estaba más dispuesta a entrar en pactos con él, reservándole un lugar dentro de un régimen no necesariamente democrático, pero que tuviera apoyo en la población. Para el grupo liberal conservador --ligado a los grupos "colorados" del ejército-- más que negociar con el peronismo había que debilitarlo, quizás fomentando un gremialismo "libre", como en algunos países de Europa, donde en cada rama ocupacional había dos o tres sindicatos (en general, socialistas, comunistas y católicos). [1]

La mayor parte del empresariado nacional tenía una manera de pensar cercana a la de los liberales conservadores, que estaban más directamente ligados a la tradición de la derecha argentina, desde las épocas del roquismo.

Después de un corto experimento con un empresario innovador y desarrollista, Héctor Salimei, al frente de la cartera de Economía, Onganía optó por el más conocido Adalbert Krieger Vasena, fuertemente respaldado por las asociaciones empresarias tradicionales. En las áreas culturales y de manejo de la política --ministerios de Educación, de Interior y de Bienestar Social-- ensayó en cambio las recetas del catolicismo social y de la "integración" de los peronistas moderados.

Entre los sindicalistas se destacaron dos importantes dirigentes, el metalúrgico Augusto Vandor y el sastre José Alonso. Ambos, ya algo conflictuados con Perón y con la rama específicamente política del Justicialismo, decidieron concurrir a la asunción del mando por parte de Onganía, como para diferenciarse de la oposición radical y de izquierda, y dar una señal de que si se los trataba bien, ellos estarían dispuestos a apoyar al nuevo régimen.

Esto era algo extraño, puesto que justamente uno de los objetivos de ese régimen era impedir el acceso del peronismo al poder. Pero eso afectaba especialmente a los políticos y no tanto a los dirigentes gremiales. La mentalidad de los sindicalistas los llevaba a verse como representantes de un sector de la población que siempre estaría en la base de la sociedad, proveyendo el trabajo, cualquiera fuera quien gobernara. Onganía les quitaba lo que de todos modos ya no pensaban poder alcanzar: el gobierno. En cambio, les aseguraba sus puestos al frente de las organizaciones obreras y el respeto a muchas de las conquistas sociales justicialistas.

¿Estaban entonces vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas, como Esaú?[2] No necesariamente, porque no eran ni se sentían primogénitos, sino más bien hijos últimos, y además desheredados. Distinta era la posición para un Perón, o para los políticos que lo acompañaban: para ellos la única forma de ejercicio de alguna cuota de poder era ser reconocidos como partido legalizado.

Dentro de esta básica diferencia de actitudes, cabían muchas combinaciones tácticas, creando un verdadero berenjenal de alianzas posibles, intentadas o realmente establecidas.

De hecho, sin embargo, la necesidad mayor del gobierno era la de contentar a los sectores económicamente poderosos, nacionales y extranjeros, necesitados de una política social que limitara el poder de los sindicatos. El enfrentamiento, entonces, fue inevitable. A los pocos meses de la asunción del mando, ya la cooperación con el sector "participacionista" --como se lo llamaba-- del sindicalismo se mostró ilusoria. Las huelgas volvieron a sucederse, pero ahora, a diferencia de las de la época de Illia, la represión se hizo sentir, acompañada de algunas intervenciones de sindicatos.

La mayor parte del liderazgo peronista se adaptó a esta nueva relación de fuerzas. Muchos, rechazando la lucha frontal, hicieron del "participacionismo" una ideología, y consiguieron que sus sindicatos no fueran intervenidos. Otros, aun después de intervenidos, pudieron colocar a sus personeros como asesores, o retornaron ellos mismos en ese rol. En definitiva, hubo un constante tira y afloja, con etapas más represivas y otras más cooptativas. Tanto Onganía como los dirigentes sindicales aplicaban la táctica de combinar el guante con el puño de hierro, pensando que de todos modos la sangre no llegaría al río.

Esta política sinuosa de la dirigencia sindical produjo disidencias en el propio ambiente peronista, alimentando una corriente de protesta "de bases" dentro del movimiento. Por otra parte, sectores de la antigua izquierda, o mutaciones nuevas de ella --inspiradas por la Revolución Cubana-- conseguían consolidarse en algunos gremios, o en seccionales, o como listas opositoras. Estos grupos eran cuidadosamente vigilados por el gobierno, que sin embargo los dejaba proliferar hasta un cierto nivel como para amenazar a la dirigencia tradicional, demostrándole que ella necesitaba del favor oficial para evitar ser superada por los activistas más radicalizados.

La economía nacional venía desarrollándose con bastante dinamismo durante la década de los sesenta, aunque evidenciando algunas señales de crisis. La política de Frondizi de abrir las puertas al capital extranjero, sobre todo en petróleo, petroquímicia y automotores, había generado empleos y prosperidad para sectores técnicos y de mano de obra calificada. La instalación de empresas extranjeras había afectado negativamente a algunas nacionales, que disponían de menos financiación para competir con las recién venidas, pero en el conjunto había tenido efectos expansivos.

El interludio militar de 1962-1963 generó incertidumbre acerca de la estabilidad del panorama social argentino. Luego, la agitación de los años de Illia contribuyó a la desconfianza por parte del capital internacional, impresionado por la falta de autoridad del gobierno y de la dirigencia empresaria para mantener la disciplina laboral en las fábricas. Este "caos" gremial prometía disturbios de todo tipo y retraía las inversiones. De ahí que para Onganía y su equipo económico lo más urgente era revertir esa situación, aplicando medidas represivas al sector gremial.

La reacción de los ambientes financieros internacionales ante el programa de

Onganía fue muy positiva. El gobierno planteaba una secuencia, en la que primero venía un *tiempo económico*, o sea una reordenación del sistema productivo, luego un *tiempo social*, que se iba a evidenciar por una mejora de los niveles salariales, y sólo más tarde un *tiempo político*, en el cual se transferiría el poder a alguna forma de gobierno compartido (corporativo o democrático, eso se vería en su momento).

Krieger Vasena consiguió éxito en la lucha contra la inflación, y en lanzar una cierta reactivación económica. A comienzos de 1969 --a casi tres años de asumir el mando-- la impresión en las esferas financistas era tan buena, que un alto funcionario de un banco británico declaró que Onganía era ejemplo de gobernantes, no sólo para los subdesarrollados países de América del Sud, sino también para Europa. En esto el ejecutivo estaba reaccionando, de paso, contra el malestar que se notaba en muchas partes del viejo continente, y que produjo las sublevaciones estudiantiles y juveniles de 1968, en París y otras capitales europeas, precedidas el año anterior por las protestas en los *campus* universitarios de los Estados Unidos contra la Guerra de Vietnam. Un cierto tipo de anarquismo intelectual parecía difundirse en muchos países del Primer Mundo, alcanzando incluso al este de Europa. Allí el impacto fue especialmente intenso en Checoeslovaquia, donde una mutación interna del régimen comunista parecía llevar a un florecimiento de las libertades públicas, hasta que éstas fueron reprimidas por la intervención rusa.

En América Latina los efectos de esta oleada de cambios también se hicieron sentir. Pero en México terminaron trágicamente con una manifestación estudiantil reprimida en la llamada "masacre de Tlatelolco", con centenares de muertos. En la Argentina, una protesta más amplia, con bases no sólo estudiantiles sino principalmente obreras, estalló en Córdoba, a mediados de 1969.

CORDOBAZO Y VIOLENCIA

Debido a las diferencias de estrategia de lucha --o conflictiva cooperación-- con el gobierno, la CGT se había dividido en dos, a mediados de 1968. Una de ellas, dirigida por antiguos jefes peronistas como Vandor y Alonso, era la *CGT Azopardo* (por la calle donde tenía su sede tradicional), que buscaba el entendimiento. La otra, la *CGT de los Argentinos*, dirigida por Raimundo Ongaro, justicialista de izquierda influenciado por las nuevas corrientes cristianas "post-conciliares", dirigía la resistencia contra la política económica oficial y contra la dirigencia sindical moderada.

En Córdoba se había dado un crecimiento industrial reciente, sobre todo ligado a la fabricación de automóviles, camiones y tractores. Uno de los polos industriales de la zona eran las fábricas de la FIAT (Concord y Materfer). Normalmente, su personal debería haber estado agremiado en el Sindicato de Mecánicos (SMATA), o en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), entidades nacionales protegidas por la legislación existente. Pero ante la duda entre estas dos pertenencias, la empresa había intentado dividir al gremio, estimulando la

creación de sindicatos independientes de fábrica, aprovechando el hecho de que sus obreros ganaban muy bien por comparación a los demás del área.

En un comienzo estos sindicatos, SITRAC y SITRAM, fueron maleables a la política patronal. Pero pronto se evidenció un fenómeno nuevo. Al no estar bajo el control de la experimentada dirigencia "burocrática" peronista, se fue produciendo una izquierdización de sus bases, estimulada en parte por el influjo de activistas externos a la clase obrera, que entraban a trabajar en este promisorio ambiente. El hecho es que pronto SITRAC y SITRAM se convirtieron en ejemplo de sindicalismo combativo, con constantes asambleas y reuniones de delegados, y líderes como René Salamanca, de orientación marxista extrema. Algo parecido ocurrió en otros gremios locales, como la seccional de Luz y Fuerza, dirigida por Augustín Tosco, autonomizado de la conducción nacional, y los metalúrgicos de la misma ciudad, inspirados por Atilio López, peronista "combativo".

El que este fenómeno se haya dado más en Córdoba que en otras partes del país es digno de análisis, y no existe una única explicación al respecto. Es un hecho que en el cinturón industrial de esa ciudad se estaba formando un complejo industrial muy avanzado. Es posible que algo haya tenido que ver el hecho de que se tratara de una zona de reciente desarrollo, y por lo tanto formada en buena medida por recién venidos de otras partes de la provincia o del interior. Este tipo de origen --como el de procedencia ultramarina a comienzos de siglo, o el que acompañó a los inicios del peronismo-- en general está asociado a actitudes más radicalizadas, debido a la difícil adaptación a un medio nuevo, especialmente cuando la economía no está muy floreciente, o pasa por notables altibajos, o cuando se experimenta una persecución patronal o del gobierno.[3]

La agitación que llevó al Cordobazo se originó en problemas estudiantiles, aparentemente de poca monta, como los precios que se cobraban en comedores universitarios, subsidio que sin embargo permitía a muchos proseguir con sus estudios. El tema se inició en Corrientes, a comienzos de 1969, ocasionando un muerto, pasando luego a Rosario, donde hubo otra víctima fatal. La represión gubernamental, fuera de toda proporción, originó un mayor encono de los ánimos. La influencia del fidelismo, por otra parte, era ya grande, tanto en el estudiantado en general, como en sectores de la izquierda y del justicialismo.

La protesta prosiguió en Córdoba, combinándose ahí la solidaridad estudiantil con problemas económicos específicos de los trabajadores locales. Una huelga declarada por las dirigencias cordobesas tuvo una primera expresión parcial a mediados de mayo. Luego se convocó a otro paro, con protesta y movilización de calles, por 36 horas, a iniciarse el 29 de mayo de 1969.

El gobierno prohibió ese paro, que igual se realizó, pero la represión fue inmediata. La reacción popular no se hizo esperar, y tomó un cariz violento, con quema y saqueo de sedes de empresas. Cuando todo terminó, quedaban varias decenas de muertos y numerosos heridos.

Onganía y su grupo de asesores y aliados civiles, que trataban de integrar y cooptar al movimiento obrero, se vieron golpeados por este episodio.

Intentaron, una vez pasada la refriega, recomponer las alianzas, pero ya era difícil. Habían perdido prestigio, y sus enemigos podían argumentar, ante las "fuerzas vivas", que el oficialismo era incapaz de mantener el orden, como resultado de su política contemplativa.

CRISIS DEL REGIMEN

Onganía aún duró casi un año, pero ya muy jaqueado desde todos los lados. Finalmente, a mediados de 1970 un golpe interno, dirigido por el comandante en jefe, Gral. Alejandro Lanusse, depuso al presidente y lo reemplazó por el Gral. Norberto Marcelo Levingston, de la sección de Inteligencia, o sea de los que planean las grandes líneas de la acción estratégica militar y se ocupan de los Servicios Secretos.

Levingston era un individuo de fuertes convicciones derechistas. Pero estaba orientado hacia el nacionalismo y preocupado por robustecer la industria local, a la que veía excesivamente desprotegida por la política de Krieger Vasena, favorable al capital extranjero.

Levingston, para renovar la imagen del régimen, designó como ministro de Economía a Aldo Ferrer, un técnico de centroizquierda que había sido parte de los equipos del frondizismo original. Su posición era claramente la de estimular la industrialización, mediante protección aduanera, préstamos baratos subsidiados, y una reglamentación de "compre argentino", que obligaba a las reparticiones públicas, en sus contratos de aprovisionamiento, a adquirir productos nacionales.

Había en ese momento dos ejemplos latinoamericanos que estaban impactando no sólo a los militares sino a importantes grupos de la intelectualidad y de la clase política. Uno era el brasileño, el otro era el peruano.

En Brasil un gobierno militar de derecha se había instalado desde 1964, pero a diferencia del argentino, había mantenido una apreciable unidad y generado un proceso muy dinámico de crecimiento económico, que llegó a cifras del 10 o del 11% anual, visto como "el milagro brasileño".

En Perú, en cambio, ante la proliferación de la guerrilla, un golpe militar, en 1968, había inaugurado la llamada "Revolución Peruana". Aunque su objetivo era el de combatir la subversión de izquierda y la amenaza aprista, había optado por la estrategia de introducir serias reformas sociales como forma de pacificar al país. [4]

Así como en los primeros momentos de la presidencia de Onganía un sector del peronismo pensó que podía llegar a un entendimiento beneficioso con el general triunfante, ahora eran los técnicos de centroizquierda los que se forjaban parecidas esperanzas, tras el modelo "nasserista".[5] En el sindicalismo también se abría un compás de expectativas favorables, después de la desilusión con la etapa onganiísta.

Sin embargo, el nuevo modelo no cuajó. Desde ya, enfrentó la oposición de amplios sectores empresariales, que temían justamente por las mismas razones

que a los otros esperanzaban. Además, al mismo tiempo que promover la industria, Levingston tenía como objetivo mantener la disciplina social, y en el frente cultural su persecución a las expresiones independientes se intensificó. Con esto menguó el apoyo que podía conseguir gracias a su política industrializadora y a su enfrentamiento, aunque modesto, con los grandes intereses internacionales.

La protesta estalló otra vez en Córdoba y tomó una forma cada vez más violenta. Ya en 1969 se había evidenciado la existencia del grupo guerrillero Montoneros, de contradictoria extracción social e ideológica, pero que actuaba en combinación con el liderazgo peronista del más alto nivel. Perón mismo fomentaba esta estrategia, buscando diversificar sus frentes de lucha contra los varios regímenes cívico-militares que lo mantenían fuera de la ley.

En esos años el jefe justicialista, estrechamente ligado al ideólogo de izquierda John William Cooke, redefinía su movimiento como formando parte de los fenómenos revolucionarios del Tercer Mundo, que iban desde el maoísmo de China hasta el fidelismo cubano. A diferencia de los marxistas soviéticos --o de algunos occidentales-- un Mao o un Castro eran vistos como dirigentes nacionales más que clasistas. El peronismo debería ser una manifestación argentina, con variantes locales, de ese tipo de fuerza. Además, para luchar contra la derecha económica aliada a los militares, era necesario a su juicio promover la lucha armada, al menos de una fracción del movimiento, para desestabilizar a cualquier gobierno que no permitiera el retorno a las urnas.[6]

Perón combinó en esta oportunidad a tres fuerzas muy disímiles, como eran: (a) el sindicalismo, básicamente negociador; (b) un movimiento popular de liderazgo personalista, y (c) el extremismo guerrillero. Con esta difícil *ars combinatoria* generó una gran fuerza social, capaz de imponerse ante el régimen militar. No lo volteó por una victoria armada --como ocurrió en Cuba o Nicaragua-- sino a través del ataque combinado de sus diferentes formaciones, peleando como un boxeador que emplea tanto la derecha como la izquierda para golpear al adversario.

En esta política de alianzas el peronismo incluyó a la otra principal formación guerrillera, de origen marxista, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), con el cual no tenía coincidencias ideológicas pero sí tácticas o estratégicas. Por el otro lado llegó a entendimientos con el radicalismo, para formar una alianza llamada La Hora del Pueblo.

En el frente de la violencia, durante el año 1969 los Montoneros se distinguieron por el secuestro y posterior asesinato del Gral. Aramburu y del sindicalista metalúrgico Augusto Vandor, seguidos de numerosas otras operaciones de ese tipo. Finalmente, ante una violencia masiva, aparentemente incontrolable a pesar de la represión, Lanusse y el sector más liberal del ejército se propusieron el retorno a un régimen civil. Pensaban necesario realizar una operación del tipo de la de Sáenz Peña en su época, cuando al abrir el camino de las urnas a los radicales y a los socialistas legalistas, consiguió separar a estas fuerzas de toda posible convergencia con los anarquistas y otros extremistas que recurrían a la violencia.

Ahora lo necesario era entenderse con el peronismo, tanto en su sector estrictamente político (Perón y los caudillos de provincia) como en el sindical, que por otra parte tenían una difícil convivencia, hecha aun más inestable por la presencia de la Juventud y los Montoneros en ese extraño maridaje.

Al año de haber llegado Levingston al sillón presidencial, entonces, Lanusse, mediante otro golpe de Estado interno, lo derrocó y asumió directamente el poder. De inmediato convocó a un radical independiente, Arturo Mor Roig, como ministro del Interior, con lo que daba una clara señal a la UCR de que ésta podía considerarse heredera del régimen, si aprovechaba algunas ventajas oficiales que estaban a su disposición, y que de todos modos las elecciones se harían sin ninguna duda. Por otra parte, optó por abolir el Ministerio de Economía, subdividiendo sus funciones entre varios otros ministerios no coordinados, para impedir cualquier retorno al dirigismo estatista.

Con esta última decisión Lanusse se ganaba a la derecha económica clásica, agroexportadora, libreempresista, aunque al precio de perder predicamento entre los sectores de la industria que precisaban un mayor estímulo gubernamental. Sin embargo, Lanusse no pudo tomar medidas totalmente contrarias a las de su antecesor, justamente debido a la gran fuerza de resistencia que tenían los sectores que se podrían ver afectados por un enfoque más abierto al mercado internacional. En el ámbito educativo se relajaron las restricciones que operaban sobre las universidades y centros culturales, así como sobre los medios de comunicación y la prensa. Fue posible de nuevo dejarse crecer el pelo, ir a oír rock y leer las revistas humorísticas, restringidas durante la etapa "seria" de la dictadura.

En el campo estrictamente político la nueva concepción fue llamada Gran Acuerdo Nacional (GAN). No se consiguió lo que hubiera sido el objetivo ideal de Lanusse, de hacer coincidir a todos los partidos en un candidato único moderado y ampliamente aceptable (por ejemplo él mismo). Al final, las elecciones fueron convocadas, con la principal restricción de la candidatura de Perón, que seguía vetada. Esto no era un pequeño detalle, pero fue aceptado para facilitar el proceso.

Como intento de reaseguro, Lanusse impuso una modificación constitucional de facto, por la cual el presidente sería designado por voto directo (no mediante colegios electorales), y si nadie obtenía el 50% de los votos, se convocaba a una segunda vuelta, o "ballottage". La esperanza era que si el Justicialismo no alcanzaba a la mitad del electorado, podría ser batido en una segunda instancia por los radicales, a quienes muy probablemente se plegarían tanto la derecha como la izquierda, movidos por su tradicional antiperonismo.



El Justicialismo propuso para la presidencia, por orden del jefe máximo, a un político de escaso relieve y antecedentes conservadores, Héctor Cámpora, quien sin embargo fue enseguida rodeado por la izquierda y los grupos de superficie afines a los Montoneros. Como vice iba Vicente Solano Lima, antiguo conservador de los tiempos del fraude, que había reconsiderado su pasado y fundado el Partido Conservador Popular, aliado del Justicialismo.

Entre los radicales hubo una lucha de tendencias, que opuso al tradicionalismo de Ricardo Balbín contra la innovación de Raúl Alfonsín. Balbín

ganó la interna, pero no la externa. En las elecciones nacionales, de inicios de 1973, la UCR apenas juntó algo más del 20% de los votos. El peronismo, con sus aliados en el frondizismo (Movimiento de Integración y Desarrollo, MID), y en sectores democristianos y socialistas, consiguió arañar el 50% del total. Francisco Manrique, importante funcionario del gobierno de Lanusse separado a último momento del oficialismo, juntó casi un 15% de los votos, mientras que un pequeño sello de goma autoproclamado como sucesor del régimen apenas sumó 2% de las voluntades populares. La izquierda organizó una Alianza, entre el Partido Intransigente (PI) de Oscar Alende, escindido de la UCRI frondizista, el Partido Comunista y un sector de la Democracia Cristiana liderado por Horacio Sueldo, llegando casi al 10% del total. La Derecha liberal, con Alsogaray y otros candidatos menores y provinciales, completaban el cuadro con apenas unos pocos puntos porcentuales. En definitiva, una gran fragmentación en el hemisferio no peronista de la política argentina, como sucedía casi siempre, dando la impresión de una abrumadora victoria justicialista. De hecho, la victoria no era tan grande, pues no iba más allá de la mitad del conjunto nacional.

CAPITULO 38

EL RETORNO PERONISTA (1973-1976)

HETEROGENEIDAD DE LA FUERZA VICTORIOSA

La fuerza que llegaba al poder mediante las elecciones de 1973 era extremadamente heterogénea. Ya desde sus inicios el peronismo unía elementos muy diversos, aparentemente o realmente contradictorios, y esa característica se había intensificado por las alianzas necesarias para ganar la pulseada contra Lanusse. Como decía el Gral. Perón, en esta ocasión él necesitaba pasar una zanja de tres metros de ancho, y sólo tenía una tabla de dos metros y medio. Debía pagar un alto precio por un par de otros tablones si quería llegar al otro lado.

En sus inicios, cuando se lanzó a la política en 1943, Perón hubiera deseado formar un movimiento integrador, por encima de las clases sociales. No importaba si algunos sectores extremos en la derecha oligárquica o en la izquierda internacionalista no se le plegaban. Su objetivo era incorporar a los grupos más dinámicos de la sociedad, desde los empresarios y técnicos modernos a los científicos, la clase media y los obreros. Con una fuerza de ese tipo, debidamente disciplinada y jerárquica, hubiera podido quizás conducir un proceso de industrialización y de unidad nacional, parecido al de Taiwan o Corea en la actualidad, o Japón en el pasado.

Pero la realidad no se plegó a este esquema. Lejos de haber formado un movimiento por encima de los conflictos de intereses, Perón generó una de las experiencias más intensas de enfrentamiento de clases de la historia argentina. Su partido fue claramente percibido por los sectores altos de la sociedad argentina y por casi toda la derecha económica y política del país, como una amenaza a sus intereses. Esta amenaza tuvo momentos de particular gravedad durante los episodios de 1953, de ataque al Jockey Club y a las sedes partidarias radical y socialista, y durante 1955, en ocasión de la quema de las iglesias. Es cierto que en ambos casos se trató de represalias ante una feroz violencia opositora, pero eso no quita la gravedad del enfrentamiento.

Perón era visto por muchos como el líder capaz de controlar y moderar a esa fuerza popular. Pero obviamente él no era inmortal, y no se podía descartar la posibilidad de que la fuerza que había generado se le fuera de las manos. Esto útimo era lo que parecía ocurrir el 25 de mayo de 1973, cuando asumía Cámpora en la Casa Rosada, ante una gran multitud en la que se entremezclaban libremente, y con clara identificación de banderas y distintivos, toda clase de grupos guerrilleros. Para hacer más claro el simbolismo, los dos principales invitados, que compartían el balcón con Cámpora, eran Salvador Allende, jefe del muy izquierdista gobierno de la Unidad Popular en Chile, y el presidente cubano Dorticós, en representación de Fidel Castro.

Esa noche, durante la desconcentración, numerosos grupos marcharon a la cárcel de Villa Devoto para imponer la liberación de docenas de guerrilleros y otros presos políticos, que Cámpora decidió por decreto, validado por una ley de amnistía sancionada por el Congreso a tambor batiente tres días después.

La izquierda peronista se nucleaba sobre todo en la Juventud (JP), a su vez dividida en facciones, algunas de las cuales eran prácticamente la estructura de superficie de los Montoneros. En esa juventud se incluía a una gran cantidad de gente --algunos bastante entrados en años-- que había pasado por otras posiciones, principalmente de la izquierda clásica o del movimiento estudiantil universitario, y que ahora ingresaban al peronismo para estar con las mayorías populares. También había un gran aporte de los sectores renovadores de la Iglesia católica, muchos de los cuales estaban en camino a la adopción del marxismo como ideología capaz de expresar las inquietudes del cristiano con preocupación social.

La masa del peronismo estaba bastante distante de estas posiciones. Dentro de esa mayoría había un sector de clara identificación, el sindicalista, dirigido por funcionarios burocratizados, muy acostumbrados al uso de la violencia para mantener sus posiciones ante los embates de sus rivales. Hay que reconocer que esta orientación tuvo una cierta necesidad histórica en los momentos en que el movimiento tenía que defenderse contra los asaltos realizados por gremialistas rivales, apoyados por los varios gobiernos antiperonistas, comenzando por el de Aramburu. Pero con el tiempo la necesidad de defensa se transformó en un sistema muy perfeccionado de represión a minorías disidentes, usado para acallar todo tipo de protesta interna. En ese ambiente la corrupción no podía menos que proliferar. Sin embargo ese liderazgo, con sus hábitos caudillistas, estaba en general

refrendado por un historial de lucha de los dirigentes, que además eran muy hábiles en la negociación colectiva por salarios y condiciones de trabajo.

Los dirigentes de la "burocracia" sindical, ante una asamblea con un par de miles de miembros, reclutados entre los activistas (y por lo tanto con gran participación de opositores) podían fácilmente sufrir una derrota. Pero en una elección de todo el gremio las cosas eran muy distintas, y ahí en general eran respaldados, aunque tampoco votara un alto porcentaje de los afiliados, pero sí muchos más que los que concurrían a las asambleas.

Ante una perspectiva de huelga siempre había grupos más militantes que no querían saber nada de negociaciones, pero la masa de afiliados en general seguía las directivas de sus jefes, más experimentados en juzgar lo que se podía y lo que no se podía conseguir. Los grupos guerrilleros, poco conscientes del grado de arraigo de la dirigencia sindical, pensaban que con su eliminación física la base quedaría libre para poder expresarse, y que esto lo haría de manera revolucionaria. De hecho, sin embargo, por cada Vandor, Rucci o Alonso asesinados emergían otros iguales para reemplazarlos. Era la estructura social la que los reproducía constantemente.

Como ejemplo de las ideologías y actitudes enfrentadas entre la burocracia y los militantes, así como del clima intelectual de la época, son muy jugosos los siguientes trozos de un debate que se realizó en febrero de 1973, por el Canal Once de televisión, en el programa *Las dos campanas*, entre José Rucci, dirigente peronista "ortodoxo" de la UOM y en ese momento secretario general de la CGT, y Agustín Tosco, izquierdista independiente de Luz y Fuerza de Córdoba.

El periodista que dirigía el debate en un cierto momento le pregunta a Rucci si existía la "burocracia sindical":

> *Rucci: Yo quisiera primero discriminar. Porque a veces las palabras, si están ligeramente expresadas, suenan a hueco. Burocracia sindical, ¿y qué es la burocracia sindical? ¿Qué es lo que hay que hacer para no ser burócrata sindicalmente? Primero quiero saber qué es burocracia.*
> *P: Vamos a preguntárselo a Tosco.*
> *Tosco: La burocracia sindical es reducir todo a administrar, desde posiciones de poder, los beneficios sociales, de discutir especialmente los convenios colectivos de trabajo, de quedarse gobernando al movimiento obrero desde posiciones administrativas. Es decir, no asumir la proyección general de la lucha del movimiento obrero como factor de liberación nacional y social, en la militancia concreta fuera de la oficina, en la calle, en la lucha con los compañeros. Eso es ser representante sindical y no simplemente burócrata.*
> *P: ¿Cuál es su opinión, Rucci?*
> *Rucci: Eso es burocracia, pero eso no alcanza al sindicalismo argentino. Porque gracias al sindicalismo argentino tenemos un movimiento obrero politizado que sabe lo que quiere y sabe adónde va. Esos calificativos son rebuscados para efectuar ataques que no tienen ningún sentido.*
> *P: A nadie se le escapa el suceso del frigorífico Swift. ¿Qué dice la CGT?*[7]

Rucci: Usted pregunte lo que hizo la Federación de la Carne. La CGT no tiene facultades para tratar problemas de organizaciones sindicales. Son las que representan a los trabajadores las que deben asumir la defensa, de acuerdo a los dirigentes que tengan, pero no la CGT. Ocurre que la Federación de la Carne en ningún momento lo trajo al seno de la CGT.
P: Tosco, ¿usted está de acuerdo con el planteo de Rucci?
Tosco: No. Nosotros creemos que la CGT debe cumplir una función de coordinación orientadora, de promoción en la lucha del movimiento obrero. Nosotros hemos reclamado insistentemente a la CGT nacional la convocatoria del Comité Central Confederal. No nos hemos largado solos, nos hemos largado las veces que eran necesarias, pero previamente hemos reclamado la convocatoria del Comité Central Confederal.
Rucci: Quiero aclarar. Quizá nunca el Comité Central Confederal (CCC) se reunió más veces que siendo yo secretario general. Lo que ocurre es que el CCC, integrado por cuatrocientos secretarios generales y dirigentes de las organizaciones confederadas, donde también está el compañero Tosco, tomó resoluciones de acuerdo a la estrategia que se imponía ese CCC. Lo que implicaría que si el compañero Tosco hubiera ido, o estuviera integrado a ese CCC y dentro del juego democrático que se debe dar en los cuerpos orgánicos, tendría que aceptar lo que se resolviera. [8]

El periodista pidió a ambos debatidores que propusieran medidas concretas de cambio. Tosco había hablado de establecer el control de cambios, el monopolio estatal del comercio exterior y la nacionalización de los bancos, a lo que Rucci asintió. Pero después éste marcó su diferencia en lo referente al "traspaso" de las fuentes de trabajo, o sea la estatización de las empresas privadas, señalando que apoyaba la existencia de "un capital al cual el gobierno le haga ajustar las reglas de juego para que ese capital esté al servicio de la comunidad y cumpla una función social".

Esto planteaba el tema del "socialismo nacional", al que Perón mismo había dado su aprobación, aunque definiéndolo de manera distinta a la concepción que tenían los militantes de izquierda. En el mismo programa televisivo se dio el siguiente intercambio al respecto:

P: ¿El peronismo plantea la lucha de clases?
Rucci: El peronismo plantea la unidad de todos los sectores. El socialismo que se plantea en este momento en la Argentina se nutre también en el propósito de la evolución de los pueblos. El peronismo no es un movimiento estático. Evoluciona, y dentro de esta evolución da lugar a un proceso que va a terminar en el socialismo nacional.
P: ¿Podría definirlo?
Rucci: El socialismo tiene, en distintos países del mundo, diversos matices. El socialismo que yo planteo es una integración de una sociedad donde, fundamentalmente, por sobre los sectores o grupos, prive el respeto a la dignidad y priven también los fundamentos en que está basada nuestra sociedad.

Tosco: Nosotros queremos rescatar los medios de producción y de cambio que están en las manos de los consorcios capitalistas, fundamentalmente de los monopolios, para el pueblo, socializarlos y ponerlos al servicio del pueblo. Nuestro punto de vista es que deben desaparecer las clases y que debe existir una clase, la de quienes trabajan. Y no como ahora que existe la de los explotados que trabajan y la de los explotadores que sólo viven del esfuerzo de los demás.
Rucci: Yo planteo que eso no es socialismo sino marxismo.
P: Rucci, ¿le tiene mucho miedo al marxismo?
Rucci: No, no le tengo miedo. Pero considero que en este momento el marxismo ya no tiene más vigencia en el mundo. [9]

EL ROL MEDIADOR DE PERON

Gran parte del electorado peronista, sobre todo en las provincias más pobres y menos sindicalizadas del interior, seguía a caudillos políticos, que no provenían del gremialismo sino de las clases medias y altas locales. Estos líderes constituían un sector pragmático, que podía oscilar entre la derecha (su posición más natural) y la izquierda (cuando la táctica lo aconsejara), y que dependían, para refrendar su posición, del espaldarazo de Perón. En ese sentido, eran más dependientes de él que los jefes sindicales, que emergían de las bases, aunque luego se distanciaran bastante de ellas.

Finalmente, hay que tener en cuenta a los intelectuales, muchos de origen nacionalista, y a ciertos empresarios que se acercaban al peronismo, en busca de una política más protectiva de sus intereses que la que podían esperar de una derecha dirigida por el sector agroexportador del país.

En el empresariado, sobre todo el industrial, el cruce de intereses y actitudes era tan confuso, como para generar innumerables fracturas en la organización política de ese sector. Este fenómeno es típico de los países periféricos o subdesarrollados, donde hay una proliferación de líneas cruzadas de intereses que no se da de manera tan extrema en naciones de más largo asentamiento industrial. En esta extrema fragmentación de intereses industriales y de otros sectores de la clase alta, el clero o los militares, siempre hay algunos que optan, en su lucha por el poder, por una estrategia de movilización de masas. Por eso la diversidad de componentes de los movimientos populares, en casi cualquier país de América Latina, es mucho mayor que en esas otras partes del mundo, y eso se expresa tanto en su origen social como en sus expresiones ideológicas.

La consecuente coexistencia de extrema izquierda y extrema derecha, que se dio en el peronismo de manera muy nítida en aquella época, es un fenómeno que se reproduce en muchos otros casos en el continente.

Perón tenía suficiente trayectoria y capacidad de diálogo y de llegar a acuerdos, como para integrar a muy diversos componentes de su alianza política. Se requirió su máximo esfuerzo, de todos modos, para poder poner en pie de guerra esta última y tan amplia coalición, con componentes sindicales y

empresarios, y grupos ideológicos que iban desde el filofascismo de López Rega (secretario privado de Perón y luego ministro de Bienestar Social) hasta el socialismo guevarista de la Juventud. La mezcla, sin embargo, era un poco demasiado, y no se mantuvo muchos meses después del acceso al poder.

Perón regresó de manera definitiva al país al poco tiempo de ser ungido Cámpora presidente, y su llegada desencadenó una lucha interna de proporciones. En el camino al aeropuerto de Ezeiza, el 20 de junio, se congregó más de un millón de personas para dar la bienvenida al líder ausente, transformado en un verdadero Mesías, que los retornaba a tiempos idos de mayor prosperidad o juventud.

Una concentración de tanta gente es de por sí motivo de potenciales violencias, como en cualquier cancha de fútbol donde fenómenos de pánico pueden producir avalanchas mortales. Más grave que el millón de concurrentes, de todos modos, eran las "barras bravas", varias decenas de miles de activistas, de todas las orientaciones concebibles, que estaban dispuestos a colocarse de manera preferencial ante el palco desde el cual Perón iba a dirigirse a su pueblo finalmente reencontrado.

El resultado previsible: varios centenares de muertos en enfrentamientos internos, con casi total ausencia de la policía, y Perón bajando en otro aeropuerto, para no estimular más aún la lucha, o recibir él alguno de los numerosos tiros disparados en esa ocasión.

Pronto se hizo muy obvio que el "entorno" de Perón, manejado por sù secretario López Rega, estaba dominado por los sectores de derecha del movimiento. La posición de López Rega en este panorama era un poco extraña, porque aunque Perón confiaba en él, ideológicamente estaban bastante apartados. El anciano líder había evolucionado, durante su larga estadía en Europa, hacia una aceptación del sistema democrático de gobierno, o sea hacia el liberalismo político, con sus partidos, elecciones y equilibrio de poderes, dejando de lado las veleidades corporativistas que pudo haber tenido en el pasado.

Para canalizar los sentimientos de la Juventud, hablaba del "socialismo nacional", como forma de sociedad que superaría al capitalismo, sin caer en el comunismo soviético. Bajo ese régimen la propiedad privada de medios de producción sólo sería aceptada en la medida en que cumpliera una función social claramente perceptible, acompañada de un fuerte sector estatal o cooperativo, o de gestión obrera. Ejemplos de este "socialismo nacional" podían encontrarse en los países árabes que habían realizado revoluciones antiimperialistas, estatizando amplias áreas productivas, aparte de la expropiación de casi todas las tierras en manos de grandes propietarios.



Era bastante obvio, de todos modos, que este plánteo ideológico --bastante distinto al original de sus primeras presidencias-- era para consumo juvenil y externo, y que lo que se proponía era una versión mucho más moderada, de Estado de Bienestar Social, con un sector estatizado, que básicamente sería el ya existente de los ferrocarriles, el petróleo, la electricidad y otros servicios públicos, incluyendo Fabricaciones Militares y acero, por motivos estratégicos. Suficiente, de todos modos, para alarmar al empresariado nacional, especialmente si en las transacciones políticas se volvía inevitable hacer algunas concesiones al modelo socialista.

La presencia de López Rega en el entorno del general era un guiño dirigido a esos sectores de hombres de negocios y a los militares. La derecha lopezreguista, por otra parte, estaba aliada con el gremialismo de los "burócratas" sindicales, que se sentían amenazados por la Juventud y los Montoneros, quienes efectivamente asesinaron a algunos de sus más conspicuos miembros. Por cierto que la reacción normal de éstos era la de proveerse de todo un arsenal, con el que llenaban los sótanos de los locales sindicales, y sacaban a relucir en cualquier asamblea de fábrica para evitar los raids de sus adversarios.

La Juventud, en un intento de hacer equilibrio político, creía --o más bien aparentaba creer-- que Perón estaba por encima de las facciones, y que él les aseguraría un lugar protegido dentro de la coalición gobernante. Perón los animaba en sus convicciones, con medias palabras, hasta que finalmente rompió con ellos, poco antes de morir.

Antes de esto se dio la consolidación del poder, mediante la forzada renuncia de Cámpora y Solano Lima, obligando a nuevas elecciones presidenciales. Como era muy probable que Perón moriría antes de terminar su período (tenía 78 años), la elección del compañero --o compañera-- de fórmula era esencial. Se trataba nada menos que de resolver el problema de la sucesión, enigma digno de la Esfinge de Tebas, que en el pasado había desafiado la imaginación de los más poderosos hombres públicos del país.

Perón creyó cortar por lo sano las peleas entre facciones eligiendo a su esposa, "Isabelita", con lo cual sólo consiguió patear para adelante el problema pavoroso de la lucha de todos contra todos por hacerse de la herencia. Lo peor del caso es que en ese momento no sólo estarían presentes los hijos --buenos o malos-- sino algunos de afuera, empezando por los militares, el mundo de las finanzas y las grandes empresas nacionales y extranjeras, la izquierda violenta (ya no peronista en ningún sentido real de la palabra) y los otros partidos políticos.

LUCHA INTERNA Y DECLINACION

La elección, realizada en setiembre de ese mismo año 1973, le dio un 62% de los votos a Perón, porque la coalición de izquierda, que había sacado meses atrás casi 10%, decidió sumarse al "plebiscito". Por otra parte, la figura del anciano líder, a diferencia de la de Cámpora, ejercía un efecto especial sobre un sector del público que no era peronista pero que estaba dispuesto a plegarse al entusiasmo generalizado, y sentirse alguna vez ganador y partícipe en una gran fiesta popular.

La fiesta, de todos modos, pronto se transformó en un luto, con la violencia reiniciada, ante la lucha sin cuartel entre la guerrilla y los sectores armados del Estado, asistidos por formaciones paramilitares, algunas de raíz sindical, otras de inspiración lopezreguista, como la "Triple A". El secuestro, la tortura y el asesinato se pusieron a la orden del día.

Perón, finalmente, en una multitudinaria concentración ante la Casa Rosada,

el 1 de mayo de 1974, increpó a los Montoneros y a la JP, ocasionando su retirada masiva, lo que dejó un gran hueco en la plaza, aparte de las grescas que acompañaron la ruptura. A pesar de los nostálgicos, no eran ya los tiempos de antes: para no afectar su salud debilitada, Perón hablaba enfundado en un grueso sobretodo, y desde atrás de un vidrio blindado para protegerse de las balas que más de un francotirador suicida podría querer dirigirle. Era como para pensar que el peronismo estaba, igual que su creador, viviendo sus últimos días.

La economía tampoco daba como para hacerse grandes ilusiones. La violencia y la lucha interna dentro del régimen militar, hicieron que no se reprodujera el "milagro" brasileño. El mayor equilibrio de fuerzas existente en la Argentina entre factores de poder --incluido el sindicalismo-- hacía que el modelo de desarrollo dinámico bajo dirección autoritaria, efectivo en el vecino país y en otros del Este asiático, no funcionara.

O sea, el poder estaba en la Argentina demasiado distribuido entre diversos sectores sociales como para permitir un crecimiento capitalista salvaje, basado en grandes masas de mano de obra barata y sumisa. No es que la distribución del poder en la Argentina fuera pareja, o justa, entre los diversos estratos de la sociedad. Pero sí puede decirse que había suficientes elementos de poder en manos de los sectores populares como para que éstos tuvieran una importante capacidad de veto, o de resistencia, ante los proyectos patronizados desde las altas esferas sin su consenso.

Los constantes enfrentamientos dentro del régimen militar de la "Revolución Argentina", y la violencia popular que los acompañó, enfriaron cada vez más a los inversores, que por lo tanto se retrajeron, enviando una buena parte de sus capitales al extranjero, donde tenían menor rentabilidad pero mucha mayor seguridad.

Perón había intentado recrear algo del ambiente económico de sus primeros gobiernos, colocando en el Ministerio de Economía a José Gelbard, un empresario de origen catamarqueño, que había iniciado sus negocios y su actividad política a través de la Confederación General Económica (CGE) durante los años cincuenta. Había tenido mucho éxito, y ahora se pensaba que podría reproducir el fenómeno de un Miranda poniendo su experiencia adquirida en el campo privado al servicio del ordenamiento de la economía nacional. Pero esto no sucedió, porque las condiciones sociales eran totalmente distintas.

Al morir Perón, el 1 de julio de 1974, el poder de López Rega fue en ascenso, gracias a su influjo sobre Isabelita y su alianza con el sindicalismo. Finalmente, pudo controlar el Ministerio de Economía, desde donde pensaba que era necesario implementar una política de *shock*, y no la gradualista que se estaba siguiendo. Colocó ahí, en junio de 1975, a su colaborador Celestino Rodrigo, que planteó un programa de austeridad, que incidiría principalmente sobre el sector asalariado, al poner límite a los aumentos que se podían dar por convenios colectivos, mientras duplicaba el valor del dólar, liberaba los precios y aumentaba las tarifas de servicios públicos y transporte.

Ante estas medidas, la rebelión sindical se generalizó, orquestada por el

veterano dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica Lorenzo Miguel, peronista de la mayor ortodoxia. Esta resistencia convergió con otras corrientes de protesta contra el sistema de gobierno armado por el todopoderoso ministro de Bienestar Social. La CGT convocó para el 27 de junio a una gran concentración en la Plaza de Mayo, que se canalizó contra López Rega, apodado "el brujo".

La violencia amenazaba estallar ahora entre grupos que hasta ayer habían sido aliados, lo que debilitaría su común lucha contra la guerrilla, o su resistencia contra un eventual y siempre posible golpe militar. A los pocos días la CGT decretó una huelga por 48 horas, para forzar la liberación de los aumentos de salarios sancionados por paritarias entre empresarios y sindicatos.

El ministro Rodrigo tuvo que ceder ante pedidos de aumentos en que cada gremio competía con los otros, generándose un pico de inflación que era el mayor --hasta el momento-- de la historia argentina, sumando en un año casi 300%. A este proceso se lo llamó el "Rodrigazo", que devoró los ahorros de mucha gente que no tenía suficiente experiencia o asesoramiento como para hacer los constantes cambios de colocación que se precisaban para protegerse. Rodrigo tuvo que renunciar, y lo mismo ocurrió con López Rega, quien enseguida se exilió, para evitar ser víctima del tipo de violencia que él mismo había promovido. [10]

El descrédito de Isabelita llevó a algunos de sus asesores, dentro del mismo peronismo, a proponer que renunciara, para dejar paso al muy moderado democratacristiano José Antonio Allende, o al peronista "potable" Italo Luder. Pero los sectores verticalistas se opusieron a esta maniobra, reputándola una traición al movimiento.

Como alternativa, la presidenta se tomó una corta vacación, acompañada por las esposas de los tres comandantes en jefe, que la tenían virtualmente presa. El control de las Fuerzas Armadas sobre el gobierno y su acción prácticamente autónoma en la lucha antiguerrillera, convertían al gobierno constitucional cada vez más en una ficción. El golpe, que se venía preparando cuidadosamente desde hacía tiempo, finalmente estalló en marzo de 1976. La presidenta fue llevada a un lugar de detención y reemplazada por una Junta Militar, formada por los tres comandantes, del Ejército, la Marina y la Aeronáutica. Estos enseguida designaron a Jorge Rafael Videla presidente de facto.



CAPITULO 39

EL REGIMEN MILITAR DEL "PROCESO" (1976-1983)

LAS FACCIONES EN EL NUEVO REGIMEN

El nuevo gobierno implicaba en cierto sentido un retorno a la época de la Revolución Argentina, aunque ahora se autotitulaba Proceso de Reorganización Nacional, en breve, "el Proceso". Pero las condiciones estaban muy empeoradas por el progresivo descrédito, que ahora había alcanzado también al peronismo. Por otra parte, Videla estaba lejos de poseer el prestigio, en círculos militares y civiles, que en su momento rodeaba a Onganía.

Esta vez no existía una facción organizada de orientación nacionalista católica. No es que faltaran individuos enrolados en esa escuela, pero tenían mucho menos peso que en la experiencia anterior. El nuevo régimen nunca se planteó la reconstitucionalización del país en un régimen corporativo, de eliminación de partidos. Más bien aceptaba la vigencia, a largo plazo, de un retorno a instituciones liberales. El plazo nunca se especificó, pero implícitamente se podía pensar en veinte o más años, o sea, dadas nuestras costumbres políticas, el infinito. De hecho, sin embargo, la experiencia chilena de Pinochet es eso lo que duró, más o menos (desde 1973 a 1989). Por el momento, nada de partidos, muy poca libertad de prensa y de asociación, control en el frente universitario y cultural, y terrorismo de Estado contra el terrorismo guerrillero.

De todos modos, los conflictos de la sociedad civil se reflejaban a través de enfrentamientos entre militares, basados en las rivalidades de las tres armas, o en personalismos. Los planteos alternativos que había se pueden esquematizar en tres dilemas.

El primer dilema era:

(a) seguir apoyando la industrialización proteccionista del país, con toda su estructura de subsidios y de estatismo; o bien

(b) orientarse hacia una economía más abierta hacia las corrientes internacionales, dando entrada al capital extranjero, y estimulando la competencia de manera que sólo sobrevivieran las empresas más eficientes. No importaba que se generaran focos de desocupación, porque se pensaba que a la larga las fuerzas del mercado los reabsorberían; además, un poco de desocupación contribuiría a debilitar al sindicalismo, haciendo que la mano de obra fuera más disciplinada.

El segundo dilema:

(a) reprimir al máximo cualquier expresión opositora, incluyendo la del sindicalismo tradicional, condenable como fuente de la distorsión que la economía nacional había sufrido por obra del peronismo; o bien

(b) disminuir algo la represión, para evitar excesivas reacciones de la opinión pública internacional, siempre algo influyente sobre los gobiernos de las grandes potencias, y sobre los posibles inversores extranjeros.

El tercer dilema:

(a) tratar de que el sindicalismo se dividiera al máximo, para debilitarlo; o bien

(b) entenderse con la dirigencia peronista moderada de los sindicatos, manteniendo sus monopolios de representación para motivarlos a colaborar, y para que ellos se encargaran de reprimir a las potencialmente amenazantes alternativas de izquierda.

A diferencia también, de lo ocurrido durante la "Revolución Argentina", el régimen fue predominantemente militar en cuanto a sus funcionarios, ministros y gobernadores. Excepto, claro está, en el sector de Economía, donde se dio gran poder a un equipo formado por José Alfredo Martínez de Hoz, muy ligado a fuertes intereses económicos del país y del extranjero. Este grupo se orientaba, preferentemente, en los tres dilemas referidos, hacia abrir la economía a la competencia internacional, disminuir algo la represión, y debilitar a los gremios a través de la pluralidad sindical y la desocupación.

Una buena parte de la dirigencia militar apoyaba este enfoque. Pero había importantes sectores de uniformados que preferían defender la industria existente, sobre todo la ligada a la defensa, y que favorecían un diálogo privilegiado con el peronismo "razonable". En cuanto a la represión, había una amplia gama de actitudes al respecto, aunque no se ponía en duda la necesidad de apelar a un terrorismo de Estado, por más que violara derechos humanos fundamentales, lo que se consideraba inevitable en una guerra.



LA MAGNITUD DE LA AMENAZA SUBVERSIVA O EL MUNDO DE LO QUE NO FUE

Al iniciarse el nuevo régimen militar la mayor parte de la opinión conservadora, de los círculos empresarios y aun de la clase media del país, le dieron su apoyo, al menos pasivo. En general consideraban que el terrorismo de Estado era necesario para evitar una alternativa revolucionaria que hubiera tomado, de llegar al poder, medidas radicalmente expropiatorias.

¿Hubo, realmente, una posibilidad revolucionaria de ese tipo en el país? No es posible dar una respuesta segura en tema tan resbaloso, pero vale la pena hacer un intento exploratorio. Para ello es conveniente protegerse con la autoridad de un eminente filósofo inglés, que decía que en el fondo toda la actividad científica consiste en plantearse preguntas del tipo de qué hubiera ocurrido si la nariz de Cleopatra hubiera sido un centímetro o dos más larga. Con este patrocinio entremos en el mundo de lo que no fue.

Como el proyecto subversivo fracasó y se hundió en un abismo de sangre, es muy común, aun entre quienes en el momento simpatizaron con él, considerar que la posibilidad no existió, que fue una locura embarcarse en él. Sin embargo, las "locuras" a menudo son las que mueven la historia, así que el tema merece una atención más detallada.

Para acercarse a una respuesta hay que comenzar por mirar lo que ha ocurrido en otras sociedades. En nuestro continente ha habido dos casos de revoluciones de origen guerrillero moderno, claramente expropiatorias, que tuvieron éxito: la cubana y la nicaragüense. Por otra parte, en períodos anteriores tanto la Revolución Mexicana (iniciada en 1910) como la Boliviana (1952) produjeron alteraciones muy radicales en el sistema de propiedad, aunque no alcanzaron la intensidad de las dos más recientes, o las de Rusia y China en su época. ¿Por qué no en la Argentina?

Se dice a veces que los grupos guerrilleros eran una pequeña minoría. Efectivamente lo eran, comparados con la población total, aunque su número, en términos absolutos, es bastante impresionante, ya que casi seguramente alcanzaban a alguna decena de miles o más.[11] Además hay que tener en cuenta que las revoluciones en general no son hechas por las grandes masas, sino por minorías muy dedicadas que consiguen una cierta inserción en sectores más amplios (no necesariamente mayoritarios) de la población. Eso los grupos guerrilleros argentinos no lo consiguieron, una vez que el Peronismo rompió abiertamente con ellos.



Sin embargo, aun en ese momento, gozaban de bastante simpatía en ambientes intelectuales, estudiantiles y artísticos. Además, en sus inicios, y durante varios años (1969-1973) estuvieron estrechamente aliados al principal movimiento de masas del país, que de hecho los generó de su seno. Sin duda los Montoneros (y el ERP) estaban bastante conscientes de que en algún momento el enfrentamiento con el General y su entorno se daría. Pero su cálculo era que para ese entonces ya ellos habrían conseguido suficiente apoyo como para cortocircuitar al viejo líder, especialmente si el Destino lo eliminaba antes físicamente de la escena.

Sin embargo, subestimaron la solidez interna del movimiento peronista, y el grado de arraigo de los liderazgos sindicales y caudillistas. Justamente, una de las diferencias entre la Argentina y países como Cuba y Nicaragua (o Rusia y China antes), es que en éstos el movimiento sindical era menos fuerte --por comparación al conjunto de la población-- que en nuestro país, y el sistema de partidos políticos mucho más fluido y fluctuante.

En ese sentido, uno de los factores que más impide en la Argentina la repetición de una experiencia subversiva, es la consolidación de un sistema democrático con partidos estables y organizaciones sindicales respetadas. No hay que olvidarse de que la iniciación del fenómeno --como en los otros casos mencionados más arriba-- se dio en períodos en que por muchos años o décadas la ciudadanía, o un importante sector de ella, no podía expresarse a través de la libre acción política.

Otro aspecto del "mundo que no fue" es el del conflicto de límites con Chile. Lo que estaba en juego eran tres islas del extremo sur, sobre el Canal de Beagle. Estas habían sido objeto de un arbitraje, confiado a la Corte Internacional de Justicia de La Haya en 1971. En 1977, después de un largo análisis, esa Corte se expidió a favor de los reclamos chilenos. Los militares se resistían a aceptar esta decisión, acompañados por el sector nacionalista de la opinión pública, con fuerte repercusión en el peronismo.

Aunque las convenciones internacionales imponían aceptar lo sancionado por un árbitro elegido de común acuerdo, los espíritus más entusiastas se oponían a esa concesión. Obviamente, si el gobierno "entregaba" las islas, la oposición, sobre todo la peronista, aprovecharía para condenarlo como poco celoso de los intereses nacionales. Hubo incidentes de frontera y una agudización de tensiones, hasta que para fines de 1978 casi se llega a la guerra. En ese momento hubo una intervención mediadora del Papa, aceptada por ambos países, lo que llevó al Tratado de Montevideo, de inicios de 1979. El tema quedaba entonces temporariamente archivado.

LA POLITICA ECONOMICA

La nueva política económica se propuso crear condiciones adecuadas para la inversión de capital, aumentando la rentabilidad de las empresas. Uno de los mecanismos inmediatos que se implementó fue el de reprimir la actividad sindical, lo que en tiempos de inflación alta (46% en marzo de 1976) implicó, a los pocos meses, una fuerte reducción del salario real. Sobre la base de un número índice 100 para 1974, el salario real, que ya había bajado un poco en 1975, se desplomó a un valor de 63 en 1976. El porcentaje del ingreso nacional que correpondía a los asalariados, de 49% en 1975, bajó a 32% al año siguiente, y quedaría en cifras parecidas hasta el fin del Proceso. [12]



A pesar de estas medidas, la inflación nunca pudo ser realmente controlada. Es cierto que a fines de 1976 había bajado, desde las cifras casi hiperinflacionarias de marzo, a niveles más normales del 6 ó 7% mensual. Pero se quedó en ellos o volvió a subir, y para 1977 alcanzó al 150% anual. La lucha

intersectorial continuaba, incluyendo a los sindicatos, debilitados pero no muertos. Además, estaban los grandes terratenientes agroexportadores, los pequeños productores rurales, los industriales, los financistas y la clase media en general, aparte de los sectores no específicamente económicos, como la Iglesia, las Fuerzas Armadas y el mundo de la cultura y la Universidad. Las Fuerzas Armadas a su vez experimentaban serios enfrentamientos entre Armas.

Uno de los mecanismos que alimenta la inflación es la lucha por rebanadas del ingreso nacional, entre sectores fuertemente organizados, en condiciones en que el gobierno tiene poco poder para imponerse. Aunque parezca extraño, un régimen puede ser dictatorial, incluso terrorista, y sin embargo no tener suficiente autoridad como para imponer sus decisiones al conjunto de la sociedad. Esta debilidad está asociada a las agudas divisiones internas en su propio seno, que hacen que cualquier decisión inmediatamente sea impugnada por algún sector interno con suficiente fuerza obstruccionista. Luego, los opositores externos al régimen se alían a ese opositor interno y arman un conjunto que es capaz de paralizar al gobierno. Estas alianzas son a su vez fluctuantes, lo que genera una sensación de ir a la deriva.

El resultado de esta puja intersectorial es la inflación, pues al no ejercer el gobierno un verdadero arbitraje, está obligado a ceder ante las presiones de cada grupo, contentándolo con medidas que implican siempre un aumento de precios. Puede tratarse del precio del salario, o del de la carne, o de las tarifas de protección o subsidio, o del valor del dólar: todo termina en una espiral inflacionaria. Para reequilibrar la distribución entre los sectores en pugna, nunca se pueden bajar los precios que cobra el que momentáneamente salió favorecido. La única forma es aumentar los de los otros.

En un país con suficiente distribución social básica del poder, como la Argentina, no hay posibilidad de cortar esa puja interna si no es a través de un cierto consenso. Y eso exige un sistema de mayores libertades públicas y discusión a través de entes representativos, que no pueden menos que incluir a los partidos políticos, y desde ya a las asociaciones empresarias y sindicales.

La política económica optó por dos palancas centrales en la lucha contra la inflación: (a) la mantención de una tasa alta de interés para préstamos y depósitos en pesos, y (b) la fijación de un valor predecible y relativamente bajo para el dólar, lo que se llamaba la "tablita".

(a) *la alta tasa de interés*: al haber una alta tasa de interés en pesos, los inversores (nacionales o extranjeros) pasaban sus dólares a pesos, atraídos por las ganancias. Esto hacía bajar el valor del dólar, por la aplicación de la ley de la oferta y la demanda. El peligro para los inversores era que al cobrar sus intereses y querer convertirlos de nuevo en dólares, se encontraran con que ya no era posible hacerlo, o que el dólar (en el mercado oficial o en el negro) hubiera aumentado mucho de valor, en cuyo caso terminarían teniendo menos dólares que antes. Para evitar este peligro era necesario el mecanismo de la tablita, como se verá a continuación.

(b) *la tablita*: la tablita era una lista de los valores a los que el Estado

vendería dólares, publicada para los siguientes treinta días o más. Dada la alta tasa de inflación (varios puntos porcentuales por mes) no era posible fijar un valor absoluto del dólar, como había hecho Onganía, que lo tuvo muchos meses fijo en 350 pesos. Ahora se pronosticaba una cierta inflación (que casi siempre resultaba ser algo menor que la real), y de manera proporcional se fijaba el valor futuro del dólar. Así, si un inversor sabía que podía colocar sus pesos a una tasa mayor que la de la inflación implícita en la tablita, estaba seguro de que al salir de su operación (que se medía por semanas) tendría una cantidad asegurada de dólares. Negocio redondo; siempre que el gobierno cumpliera, claro está.

El gobierno durante un largo tiempo cumplió. Los inversores, entonces, que calculaban sus ganancias o pérdidas en moneda extranjera, se iniciaban digamos con 1000 dólares. Los convertían en pesos, recibiendo un interés que era uno o dos puntos porcentuales por encima de la inflación pronosticada para los próximos meses. La tablita hacía que no les importara cuál sería la inflación real: al terminar su operación, convertirían los pesos en dólares, a la tasa de la tablita, y al cabo de un año se encontrarían con que sus dólares iniciales se habían convertido en 1200, 1300 ó más.

Había varias otras caras de este negocio. Una era que ante esta perspectiva, nadie iba a invertir en actividades productivas. La otra era que los productores que se veían obligados a recurrir a créditos, tenían que pagar unos intereses colosales, que inevitablemente los llevaban a la quiebra. Salvo, claro está, que consiguieran préstamos especiales, de promoción, lo que podía llegar a tener un precio, no necesariamente registrado en la parte "blanca" de la contabilidad.

El motivo por el cual había tasas tan altas de interés en el país era lo que se llamaba el "riesgo argentino". Si se trataba de un banco que prestaba a un empresario, el riesgo era que éste no pudiera devolver el dinero, con lo cual las ganancias del banco (o de sus depositantes) se esfumaban. Si se trataba del ahorrista que invertía con la garantía de la tablita, el riesgo era que el gobierno anulara su validez y que el dólar se fuera a las nubes. Entonces lo que se cobraría al final de la operación sería menos que lo colocado, calculado en dólares, o en pesos indexados. [13]

Había aún otra más grave cara de este proceso, a saber, la sobrevaluación del peso. Este es un proceso algo contradictorio, que les llevaba un tiempo entender aun a los empresarios y financistas extranjeros, acostumbrados a una situación muy distinta en sus países de origen. Por un lado, el peso se devaluaba muy rápidamente, en términos reales, puesto que la inflación lo erosionaba a razón de un 5 o un 10% mensual. Pero la mayor parte de los operadores económicos, sobre todo los más fuertes, pero también los trabajadores sindicalizados, se las arreglaban para que sus ingresos se indexaran, o sea, se corrigieran, cada mes o cada par de meses, por la inflación. Resultaba, entonces, que sus ingresos indexados significaban cada vez más dólares, puesto que el valor del dólar subía a una tasa menor que la de la inflación, o sea, al ritmo de la inflación prevista, siempre menor a la real.

Con este proceso, la Argentina terminó siendo uno de los países con costo

de vida, medido en dólares, más alto en el mundo. Con estos costos internos se hacía difícil exportar cualquier cosa que no fuera cereales o carne. El resultado de todos estos procesos fue una grave desindustrialización del país, la conversión de obreros calificados en trabajadores por cuenta propia, a menudo marginales, y la proliferación de bolsones de miseria en los barrios pobres de las grandes ciudades. [14]

A largo plazo no era posible que se mantuviera una situación de este tipo. A corto plazo lo que la permitía era la existencia de amplias reservas en dólares, con las cuales el gobierno seguía entregando moneda extranjera a quien la quisiera a los valores baratos imperantes, marcados por la tablita.

Esas amplias reservas, a su vez, se debían a dos factores, uno genuino, el otro no. El genuino fue que estaba aumentando bastante la producción rural, fácilmente exportable. El no genuino era que una de las fuentes de dólares del gobierno eran las altas tasas de interés pagadas localmente, lo que atraía moneda extranjera. Pero éste era un remedio que no hacía más que agravar la enfermedad: el riesgo argentino se hacía cada vez mayor. La deuda externa, por otra parte, pasó de 13 mil millones de dólares a fines de 1978 a casi 30 mil en marzo de 1981.

El ministro, por supuesto, sabía que esto estaba ocurriendo, pero pensaba que podría tratarse de un fenómeno superable con el tiempo. Su idea era que las nuevas condiciones de seguridad, dadas por un control político que eliminara la subversión y disciplinara a la fuerza de trabajo, atraerían la inversión genuina. Las muchas empresas antieconómicas que se habían establecido en épocas de proteccionismo indiscriminado serían ahora reemplazadas por otras que realmente pudieran competir internacionalmente con precios y calidad adecuados, y así se generaría, por obra de sus exportaciones, otra corriente de ingresos genuinos en dólares. Al disminuir el riesgo argentino las tasas locales disminuirían, haciendo posible que los empresarios pidieran préstamos para encarar proyectos de expansión.



LUCHA INTERNA

El programa económico del ministro Martínez de Hoz provocaba escozores en numerosos sectores de las Fuerzas Armadas, que hubieran preferido una mayor defensa de la industria nacional, y sobre todo de las empresas ligadas directa o indirectamente a la fabricación de armamentos, empezando por las de Fabricaciones Militares. También el nacionalismo siempre vigente en algunos de esos sectores los llevaba a oponerse a las ideas oficiales respecto a privatización de servicios públicos y energía. Por eso es que el gobierno no pudo avanzar prácticamente nada en ese frente. La oposición de una gran parte de la opinión pública civil, sobre todo en el peronismo, también hacía difíciles los cambios.

El Gral. Videla, que inició su gestión como presidente de la Junta e interino del país, pasó a desempeñarse en forma reglamentaria aunque legal, desde 1978, por un período de tres años. Esto estaba establecido en el Estatuto de la



Revolución, que hacía de cuerpo legal máximo, complementario y sustituto de la Constitución.

Cuando llegó el momento de nombrar otro presidente, el eterno problema de la sucesión se volvió a plantear. La Junta de los tres comandantes en jefe era la que debía hacer la designación, por mayoría, pero preferiblemente por unanimidad. Cuando, en octubre de 1980, habiéndose dado un mes para tomar la decisión, se venció el plazo sin que hubiera habido una decisión, se volvió evidente que las opiniones estaban encontradas. ¿Habría un nuevo golpe interno, como tantas otras veces?

El almirante Emilio Massera se había convertido, de uno de los principales directores de la represión, en crítico de algunos aspectos del gobierno. El Ejército tenía su candidato, el Gral. Roberto Viola, que pretendía ir a una mayor institucionalización del Proceso, y dar participación a civiles representativos de diversos sectores económicos, y aun de partidos políticos. Finalmente, para evitar más especulaciones, la Junta se decidió apresuradamente por Viola, sin especificar los votos a favor y en contra, pero al parecer fue un ajustado dos a uno.

Viola, que asumió en marzo de 1981, inició una "apertura", distribuyendo los principales ministerios entre personalidades civiles ligadas a grupos económicos. También nombró embajadores tomados de partidos o sectores políticos que mantenían una actitud de expectativa ante las promesas del gobierno de una eventual liberalización y progresiva democratización. Como interventores de gran número de municipalidades fueron designados políticos con prestigio local, algunos de tipo "vecinal", o sea apartidario, pero bastantes otros del sector dialoguista de la UCR, y algunos del peronismo. Con los sindicatos se intensificó la política de entendimiento con las dirigencias tradicionales, que volvieron a ocupar sus antiguos puestos de mando.

En un cierto momento no fue posible mantener la tablita, y el dólar trepó a valores siderales. De ser la ciudad más cara del mundo, Buenos Aires se volvió la más barata (para quienes tenían dólares). Para evitar la quiebra de muchos empresarios, el gobierno asumió sus deudas con el exterior, y se transformó en acreedor de ellos, pero en pesos indexados, los que ahora se transformaban en relativamente baratos, por comparación al dólar. Esto implicaba una "socialización" de la deuda privada, cuya carga iba a pesar sobre toda la población.

El revuelo causado por la situación económica y el progresivo deterioro de muchas empresas y bancos, estaba originando una pérdida seria de prestigio del gobierno. Como por otro lado Viola daba más libertades y estaba dispuesto al diálogo, el sindicalismo aprovechó para reorganizarse y lanzar movimientos de protesta. Durante todo el Proceso se habían dado numerosas huelgas parciales, en general en forma más o menos espontánea y no coordinada. Una de las primeras fue la de Luz y Fuerza de enero de 1977, terminada con el secuestro y muerte ("desaparición") del peronista moderado Oscar Smith. Otra de las más importantes fue la de Ferroviarios de octubre de 1977. Luego hubo un intento de paro general, en junio de 1978, convocado por el Movimiento Sindical Peronista (por estar clausurada la CGT), que no tuvo mucho éxito.

Ya a fines de 1980, cuando había sido designado el Gral. Viola pero aún no había asumido, la CGT se estructuró de hecho --a pesar de la prohibición legal-- bajo la dirección de Saúl Ubaldini, peronista del gremio de Cerveceros, que rechazaba la política más "participacionista" o colaboracionista, de otra parte del elenco sindical tradicional. En julio de 1981, ya bastante distendido el sistema represivo, en pleno período de apertura de Viola, la CGT lanzó otra huelga general. En noviembre de ese mismo año se organizó un movimiento de protesta con movilización, que trataba de verificar la vigencia de la mayor libertad de asociación que se estaba reimplantando en el país.

La posibilidad de que una eventual expansión económica permitiera moderar el inconformismo social era ahora vista como imposible, o muy alejada en el tiempo. A fines de marzo de 1982 una huelga general acompañada de movilización popular produjo serios enfrentamientos con la policía en las principales ciudades del país. No sólo los sectores populares, sino también muchos empresarios afectados por la política económica demostraban su oposición. La prédica de los grupos de derechos humanos y de las "Madres de Plaza de Mayo", que manifestaban cada semana su demanda de explicaciones acerca de sus hijos desaparecidos, impactaban cada vez más a la opinión pública, antes adormecida.

Había que empezar a pensar en dar por terminado el Proceso, argumentando que lo principal, la guerra contra la subversión, se había concluido con éxito. Iba a ser imposible encontrar una salida creando algún movimiento político solidario con el oficialismo, que pudiera ganar las elecciones y continuar su obra en un ambiente constitucional. La aspiración a conseguir ese tipo de sucesión, dentro de un esquema partidario renovado, no era tan absurda como puede parecer. En otros países, especialmente Brasil y Chile, había una fuerte sección del electorado que estaba dispuesta a votar a favor de candidatos gubernamentales promovidos por los regímenes militares. Pero eso no parecía ser el caso en la Argentina. Salvo que...

El Gral. Leopoldo Galtieri tenía ideas propias en este tema. Para implementarlas, comenzó por un golpe de Estado, en diciembre de 1981, radiando a Viola y asumiendo el poder, aun a expensas de antagonizar a la Marina. La gran idea era invadir las Malvinas. Todos los manuales decían que en esos casos la opinión pública súbitamente se encolumna detrás del jefe que toma una tan audaz decisión.



LA GUERRA DE LAS MALVINAS, DETERIORO POLITICO Y TRANSICION (1982-1983)

El conflicto con Chile por las islas del Canal de Beagle, al que antes nos referimos, aunque grave, no había tenido un impacto excesivamente grande como para suscitar una ola de apoyo al gobierno. El tema, por más que entusiasmara a algunos, dejaba impasible a gran parte del país, y estaba bastante por detrás de la euforia producida ese mismo año por la victoria en el Campeonato Mundial de Fútbol.

Por otra parte, una eventual guerra con un país con tantas vinculaciones históricas, económicas y culturales con el nuestro, quizás tendría efectos políticos más bien negativos, aparte de que podría prolongarse largo tiempo debido a la equivalencia de fuerzas. El hecho es que los consejos de moderación y prudencia se impusieron en ese momento (fines de 1978). Además, eran tiempos en que todavía el régimen militar podía esperar éxito en sus programas económicos y de reconstitución cultural e institucional, sin tomar medidas tan extremas. Ahora la cosa era distinta: jugarse a todo o nada era quizás la única salida.

Es así que se decidió la ocupación de las Islas Malvinas y otras del Atlántico Sur, en abril de 1982, lo que fue fácil por la escasísima guarnición local existente. El tema legal de la pertenencia de las islas a nuestro país se venía planteando constantemente en organismos internacionales, que en general se expedían a favor de la Argentina, pero aconsejando una negociación, que luego no producía efectos. De todos modos, había un sentimiento generalizado en el mundo, y sobre todo entre países americanos, de la validez de la posición argentina, y en esta ocasión fue nuevamente expresado en diversas reuniones. Pero en cuanto a la forma que se había elegido para hacerse justicia, las opiniones ya variaban mucho. Casi todos los países europeos, y también los Estados Unidos, condenaban la acción argentina, y Gran Bretaña mandó una fuerte escuadra para recuperar su posesión.

En la Argentina la noticia de la ocupación de las islas cayó como una bomba. Mucha gente se solidarizó con el gobierno, aunque la medida no tenía nada que ver con los problemas que los atenaceaban en su vida diaria. Sin embargo, había un aspecto que sí podría afectar las futuras políticas económicas y sociales: el gobierno se estaba jugando a un radical cambio de alianzas.

Efectivamente, invadir las islas implicaba enfrentarse con los intereses financieros y empresarios internacionales, que hasta el día anterior eran uno de los mayores apoyos del gobierno argentino. Es cierto que los problemas económicos y la inestabilidad política habían ocasionado algún enfriamiento en esos círculos. Pero seguían pensando, en su mayoría, que el Proceso marchaba en la buena dirección. Ahora esa dirección súbitamente se confundía, cayendo en lo que consideraban aventurerismo militar y despreocupación por la sana economía.



Ante el acercamiento de la flota británica, y fracasados varios intentos de mediación, el gobierno nacional ya amenazaba tomar medidas contra residentes y colegios británicos, y agitaba consignas nacionalistas y xenófobas. Sectores extremistas de la población podrían, por supuesto, tomar a su cargo algunas tareas en esta área. Era iniciar un camino del que no sería fácil retornar. ¿Terminarían estos militares por "peronizarse", como lo habían hecho los de 1943?

La pregunta no sólo se la hacían en los ambientes de la derecha, sino también, de manera simétrica, en el peronismo y en la izquierda. Cuando Galtieri convocó al pueblo a la Plaza de Mayo, ésta se llenó. Pero los asistentes eran mayoritariamente opositores al Proceso. Proliferaban cánticos como "Un

pueblo unido jamás será vencido", o "Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar". La desconcentración parecía, en algunos tramos, una marcha peronista. La confusión era total. En algún sentido, la gente que concurrió, o una gran parte de ella, estaba estimulando al Gral. Galtieri, y con él a todo el gobierno, a dar un paso adelante para colgarse, o para transformarse en algo totalmente opuesto a lo que habían sido hasta ese momento.

Efectivamente, si Galtieri hubiera tenido éxito militar --quizás por mediaciones internacionales que dejaran a la Argentina en posesión, aunque condicionada, del archipiélago-- su gobierno se hubiera convertido en una dictadura popular antiimperialista, con fuertes componentes anticapitalistas. Algo parecido a los nacionalismos o "socialismos árabes", del tipo de Khadaffy en Libia o Sadam Hussein en Irak. Al menos había una alta posibilidad de que esto ocurriera. La consecuencia fue que la derecha económica y social, que había sido el principal baluarte del régimen, redescubrió las virtudes de la democracia, que impide estos súbitos cambios de dirección.

En otras palabras, los militares demostraron no ser Cancerberos suficientemente fieles para defender al sistema económico existente. Cuando, además, perdieron, todos se les echaron encima.

Los enfrentamientos bélicos en las islas duraron poco, habiendo sido precedidos por combates aéreos y marinos. Un submarino británico hundió al General Belgrano, que navegaba lejos del teatro de operaciones, mandando al fondo del mar a varios centenares de soldados. Grave violación de los derechos humanos, que al fin y al cabo hay que respetar incluso en una guerra. Era realmente extraño oír este argumento en boca de quienes habían apoyado cualquier método en la Guerra Sucia. Ya la situación no daba para más.

Las Fuerzas Armadas, durante el conflicto y enseguida después, protagonizaron serios conflictos entre armas acerca de la estrategia a seguir. Pocos días después del final el Ejército desplazó a Galtieri, designando en su lugar al Gral. Reynaldo Bignone, con el encargo de liquidar el régimen y preparar las elecciones. La Marina se retiró de su participación en la Junta, y la Aeronáutica retaceó su apoyo.

Llevó todavía algo más de un año desempolvar las urnas, que según una célebre declaración de uno de los dirigentes del Proceso, estaban "muy bien guardadas". Un nuevo Estatuto de los Partidos Políticos dio pautas aceptables para la reorganización de esas asociaciones, estableciendo normas para la afiliación y las elecciones internas. En octubre de 1983 ya se celebraban los comicios nacionales, en un ambiente de libertad y acceso amplio a los medios de comunicación.

Renovación en el peronismo • La aglutinación de fuerzas en torno a Alfonsín • Alsogaray y la Unión de Centro Democrático (UCD) • Alende y el Partido Intransigente (PI)

CAPITULO 40

LA DEMOCRATIZACION

LA REORGANIZACION DE LOS PARTIDOS POLITICOS

Durante el Proceso el peronismo sufrió la natural crisis que ocurre a la muerte del líder en un movimiento muy estructurado en torno a su jefatura. La mayor parte de la Juventud y sectores de izquierda, desilusionados acerca de los modelos en base a los cuales habían actuado, se orientaban hacia versiones moderadas de sus ideales, o sea hacia alguna forma de socialdemocracia, para la cual no veían un cauce en el sindicalismo peronista. La dirigencia gremial se repartía entre quienes preferían un diálogo con las autoridades militares, llamados "participacionistas", y los que sin ir a actitudes extremas, preferían una posición más combativa, como Lorenzo Miguel y Saúl Ubaldini. En la rama más específicamente política se estaba dando una así llamada "Renovación", que buscaba actualizar la doctrina nacional y popular tomando elementos de las experiencias europeas de la Democracia Cristiana o del reformismo socialdemócrata. Antonio Cafiero era el principal dirigente decididamente enrolado en esta corriente.

En la Unión Cívica Radical Raúl Alfonsín estaba elaborando una nueva síntesis de estrategias y actitudes políticas, que lo llevó a rodearse de un sector intelectual y juvenil, a menudo de orígenes extrapartidarios de izquierda. Con ellos remozó la imagen de la antigua agrupación, y ganó las elecciones internas, contra el sector tadicional, debilitado a su vez por la desaparición de Balbín.

Es así como ante un peronismo debilitado e internamente caotizado, se alzaba un radicalismo rejuvenecido. En cuanto a la derecha, en ella se estaba afirmando la figura de Alvaro Alsogaray, quien desde los tiempos de la Revolución Libertadora intentaba ingresar al campo de la política electoral con agrupaciones de diverso nombre, que nunca habían conseguido repercusión en las urnas. Ahora, con la Unión de Centro Democrático (UCD), parecía tener mayores perspectivas, y atraía a sectores profesionales e intelectuales, influenciados por el ambiente internacional de resurgimiento de la economía de mercado. En la izquierda se destacaba el Partido Intransigente (PI), de Oscar Alende, desprendimiento de la UCRI frondizista, que ahora integraba a muchos de los grupos juveniles que aún mantenían posiciones revolucionarias.

Al acercarse las elecciones la figura de Alfonsín se fue agrandando, con una prédica de sentido civilista y ético, que contrastaba con la imagen que daba una buena parte del peronismo. Al convertirse en un candidato con posibilidades de victoria, la mayoría del electorado de centroderecha y del de izquierda, lo apoyó, movido por sus resortes antiperonistas clásicos.



En la campaña, el peronismo incitó, sin proponérselo, esta convergencia, al colocar en posiciones importantes a figuras de antecedentes muy discutibles,

que eran vistas como amenazantes por un amplio sector de la opinión pública. A pesar del respeto que imponía la figura del candidato presidencial, Italo Luder, la impresión era que él sería, una vez en el gobierno, prisionero de grupos cerrados, poco respetuosos de la oposición. La quema, quizás con espíritu de broma, de un ataúd con las siglas de la UCR en el último acto preelectoral, quedó como símbolo de esa perspectiva.

Cuando se contaron los votos, en octubre de 1983, resultó que Alfonsín había superado por un par de puntos el 50%, mientras que el peronismo se veía reducido a un 40%. Obviamente, un cierto sector de antiguos votantes justicialistas había desertado. Pero lo que dio la victoria a Alfonsín fue su capacidad de aunar, a sectores de la derecha y de la izquierda moderadas, y de dar esperanzas a los peronistas descorazonados. Esa fue su fuerza, pero al mismo tiempo indicaba una debilidad para su futuro gobierno, basado en una coalición muy heterogénea de voluntades expresadas en las urnas, por encima de los partidos a los que esos votos podrían haber afluido.

LA PRESIDENCIA DE ALFONSIN (1983-1989)

La campaña de Alfonsín se había basado en buena parte en acusar al sindicalismo peronista de concomitancias con los militares, y al respecto acuñó la frase "pacto militar-sindical". Con esto se refería a la esperanza, fuerte entre los justicialistas, de recrear la alianza entre pueblo y Fuerzas Armadas que había generado al movimiento, y que parecía haber reemergido por breves instantes en ocasión del golpe de Onganía. Por otra parte, entre los militares había algunos sectores que podían abrigar parecidas intenciones de reconstituir esa alianza.

A este esquema hay que contraponer el hecho de que prácticamente todos los golpes militares en la Argentina, desde 1945, tuvieron como objeto evitar el acceso del peronismo al poder, o derrocarlo cuando lo ejercía. También hay que tener en cuenta que durante el Proceso el gobierno tuvo más enfrentamientos con el sindicalismo y el Partido Justicialista, muchos de cuyos miembros pasaron largos años detenidos, que con la UCR.

Es probable que entre los dirigentes y militantes radicales hubiese más profundas convicciones democráticas que entre los peronistas. Lo importante, de todos modos, era no sólo esto, sino que la característica esencialmente moderada y liberal de la UCR no amenazaba a nadie, y por lo tanto su gobierno era ideal para presidir un período de convalecencia después de los tiempos de violencia vividos.

Paradojalmente, debido a esta esencial moderación, el presidente Alfonsín incluso pudo asumir una actitud más dura que los justicialistas ante el tema del castigo a los integrantes de las Juntas por violación de derechos humanos. Los procesos que se iniciaron fueron posibles debido al deterioro que habían sufrido las Fuerzas Armadas, y terminaron con la prisión perpetua o de largos años de todos sus integrantes salvo el último presidente, Bignone, que había instrumentado la transición. Viniendo de los peronistas, esa misma medida

hubiera podido ser confundida con venganza, y habría sin duda estimulado reacciones extremas, no sólo entre militares sino entre los civiles de derecha que simpatizaban con ellos.

La investigación de los abusos cometidos durante la represión evidenció una lista de por lo menos diez mil "desaparecidos" acerca de los cuales se tiene información fidedigna. Las asociaciones de derechos humanos sostenían que la cifra era bastante mayor, pero por su naturaleza éste es un tema de casi imposible dilucidación final. [15]

Otro frente de ataque fue contra la "burocracia sindical", a la que se consideraba entronizada en sus posiciones gracias a la Ley de Asociaciones Profesionales, que facilitaba demasiado las cosas para los núcleos que obtenían reconocimiento del Estado. Ahora se iba a plantear una ley sindical que forzara al reconocimiento del rol de las minorías en los sindicatos, asegurando un cierto nivel de descentralización en cuanto a manejo de fondos.

La resistencia fue muy fuerte, y una ruidosa barra de activistas interrumpía constantemente las sesiones del Congreso. Finalmente, la ley no pudo pasar en el Senado, donde el radicalismo no tenía, a diferencia de Diputados, mayoría propia. La fuerza del justicialismo en numerosas provincias del noroeste y otras zonas periféricas del país le daba un predominio en el Senado, siempre que se asociara a los representantes de otras tres provincias, controladas por partidos locales de oscilante posición. La CGT se vengó con una continuada política de paros generales contra el gobierno, por motivos económicos, pero con clara intención política.

La economía demostró ser, desde el inicio, un difícil problema. Ante el fracaso de las primeras medidas, Alfonsín convocó en 1985 a un grupo de técnicos, dirigidos por Juan Sourrouille, para que preparara un proyecto económico, al que se llamó Plan Austral. Este Plan tuvo mucho éxito en un inicio. La inflación bajó a niveles insólitos, de uno o dos por ciento mensuales, y la confianza retornaba. Parecía un país distinto.

Las elecciones de renovación de diputados de ese mismo año, en consecuencia, dieron otra victoria a la UCR, mientras el peronismo se desangraba en luchas internas entre los "renovadores" y los "tradicionalistas". Entre los renovadores se distinguió una terna formada por Antonio Cafiero, Carlos Grosso y Carlos Menem. Este último se había caracterizado, el año anterior, por un decidido apoyo al gobierno radical, cuando se conoció la decisión del Papa respecto a las islas del Canal de Beagle, que favoreció a Chile. Alfonsín deseaba aceptar esa decisión, pero para evitar futuras acusaciones, optó por consultar al pueblo a través de un referéndum. Durante la campaña la estructura oficial del peronismo, junto a los sectores nacionalistas independientes, se opuso a aceptar la decisión del árbitro. La votación favoreció por un margen cómodo la firma del tratado, que se realizó ese mismo año 1984.

En 1987 el tema militar interno reemergió al primer plano. Una rebelión de mandos medios, conocidos como "carapintadas" por el uso del camuflaje reglamentario de campaña, paralizó al país durante la Semana Santa. Lo que pedían era la suspensión de las medidas legales contra los militares incursos en

violaciones de derechos humanos, a cuyo respecto las denuncias proliferaban, a pesar de la *Ley de Punto Final* dictada el año anterior.

Las órdenes de reprimir a los rebeldes no fueron seriamente ejecutadas por los altos mandos. Alfonsín convocó a una gran reunión en la Plaza de Mayo, con apoyo de casi todos los partidos, y por primera vez se vieron en el balcón juntos a dirigentes de los más diversos sectores, incluyendo los peronistas y la UCD, dando su solidaridad a las instituciones. El presidente tuvo que parlamentar con los insurgentes, que depusieron su actitud después de una larga reunión.

Aunque Alfonsín negó siempre que él hubiera prometido concesiones, el hecho es que antes de fin de año se pasó una *Ley de Obediencia Debida*, que descargaba de responsabilidades a la gran mayoría de los imputados por abusos represivos. Esto distendió mucho el frente militar, aunque provocó protestas en ambientes de derechos civiles y de la izquierda, así como en sectores del mismo partido oficial.

La situación militar se mezcló con la política y la económica. Para enfrentar en mejores condiciones la renovación de diputados, que coincidía con la más importante de gobernadores, el gobierno cedió en 1987 a la tentación de tomar medidas aparentemente populares pero contrarias a las necesidades del Plan Austral. Es así que la inflación volvió por sus fueros, y de todos modos los comicios dieron una victoria al peronismo, que se posesionaba de numerosas provincias, incluyendo la estratégica de Buenos Aires. Desde ese momento era previsible una repetición del resultado para las presidenciales, con lo que la autoridad del gobierno comenzó a desvanecerse.

Al comenzar el año 1988 otra rebelión "carapintada", esta vez en Corrientes, puso en vilo al país. Aunque no fue difícil reprimirla, evidenció la continuada existencia de malestar militar, a pesar de las leyes que cedían a sus preocupaciones. Lo mismo ocurrió con otro motín, a fin de año, en las afueras de la Capital Federal (Villa Martelli).



Ese mismo año, el peronismo, en elecciones internas, dio la victoria a Menem contra Cafiero. Menem, que había sido de los primeros renovadores, había roto con ellos, y se había ligado a gran parte del elenco tradicional del partido, incluida la mayoría de los sindicalistas. Para la opinión pública independiente, este hecho parecía anunciar un retroceso en los cambios que se esperaban en ese movimiento.

La situación económica, mientras, seguía empeorando, y un plan se sucedía a otro, sin conseguir parar la inflación. Hacia febrero de 1989, ya a pocos meses de la elección presidencial, se hacía evidente, por las encuestas de opinión, que Menem sería el próximo presidente. Su campaña no era como para tranquilizar a los opositores, pues se agitaban muchos de las tradicionales caballitos de batalla del justicialismo, provocando, por diversos motivos, una sensación de amenaza en gran parte del empresariado y en los sectores intelectuales.

La perspectiva del retorno al poder de un peronismo confiscatorio, violento, se hacía carne en la opinión independiente. La reacción, en esos casos, era ya canónica: comprar dólares, acaparar productos, echar a los inquilinos para no

perder la propiedad de la casa o el departamento. Este pánico, unido a desperfectos del plan económico y a la especulación contra el austral, terminaron por generar la hiperinflación, una vez que los resultados de la elección confirmaron la victoria menemista, con un 47% de las voluntades populares. El radicalismo juntó un 37% para su candidato, el moderado Eduardo Angeloz, de la provincia de Córdoba. El resto se desperdigó en pequeños grupos de derecha, de centroderecha provincialista, y de diversos matices de izquierda.

LA PRESIDENCIA DE MENEM (1989-1995)

Las elecciones habían tenido lugar en mayo, con un poco de anticipación, por encima de la ya bastante significativa que imponen las instancias constitucionales. Bajo condiciones de hiperinflación (200% en un solo mes, el de junio) y de pánico, era imposible esperar los siete meses que faltaban para la asunción del mando, en diciembre. El gobierno radical estaba muy golpeado, y falto de autoridad, especialmente ante un sindicalismo siempre dispuesto a usar sus armas al máximo. Se decidió transferir el mando con anticipación, lo cual forzó a Menem a acelerar los usualmente largos preparativos para formar un equipo gobernante.

Lo que ocurrió entonces sería mejor reservarlo para una futura edición de este libro, que tendrá mayor perspectiva histórica. A pesar de eso, para no defraudar la curiosidad de los lectores, podemos intentar alguna interpretación.

El enfrentamiento que se daba en esos momentos en el país, teniendo en cuenta lo que había ocurrido en su historia reciente, y las actitudes desplegadas por Menem durante la campaña, permitían prever una situación de agravamiento de conflictos, hasta terminar en una reedición de los episodios de 1973-1976, o del gobierno de la Unidad Popular en Chile en 1970-1973.

Menem, ante esta perspectiva, optó por concertar un pacto con la derecha para pacificar el panorama político. Como no había un partido conservador creíble, pues Alsogaray había sacado 5% de los votos, Menem prefirió entenderse directamente con la mayor empresa privada del país, Bunge y Born. Esta empresa, originada como exportadora de granos, se había luego expandido a actividades industriales. Representaba, tradicionalmente, junto a otras comercializadoras de productos agrarios, el tipo de economía contra la cual el justicialismo había luchado desde la primera presidencia de Perón. Precisamente por eso el acercamiento a ella tenía un valor simbólico, como reconciliación de antiguos adversarios.



La decisión fue entregar el Ministerio de Economía a un personero de esa empresa, que murió al mes, y fue reemplazado por otro, Néstor Rapanelli. Domingo Cavallo, extrapartidario que cooperaba con el justicialismo, y que también tenía su programa de corte neoliberal, fue puesto en reserva, a cargo de Relaciones Exteriores. Para completar la gran reconciliación, Alvaro Alsogaray fue designado asesor, y su hija María Julia tuvo también cargos de confianza.

Este paquete no podía menos que antagonizar a un amplio sector del

peronismo, y más aun de la izquierda. En el sindicalismo un numeroso grupo de gremios justicialistas se declaró en rebeldía, y se produjo la división de la CGT. La resistencia era dirigida por el secretario general, Saúl Ubaldini, al que secundaban algunos veteranos dirigentes como Lorenzo Miguel, cuyo gremio metalúrgico podía verse afectado por una política de apertura al comercio mundial.

Esta política estaba en parte inspirada por el ejemplo de muchos partidos populares, especialmente en Europa, que ante las cambiadas circunstancias económicas internacionales se veían también obligados a pactar con sus adversarios de ayer y lanzar programas que contenían fuertes elementos del arsenal teórico del capitalismo liberal. La desarticulación de la economía estatista soviética era otro ejemplo importante que se aducía a favor de la nueva orientación.

La política de pacto con Bunge y Born, conocida como "Plan BB", surtió efecto en cuanto a apaciguar los temores que el empresariado tenía acerca del régimen peronista. En el sector popular hubo malestar, pero éste se vio atenuado por la esperanza de salir de la hiperinflación, que en su pico máximo había generado una ola de saqueos, con algún muerto, en los últimos días del gobierno de Alfonsín. Además, la disciplina partidaria y la sensación de que a pesar de todo se trataba del gobierno votado por la mayoría, indujeron a un alto grado de aceptación.

La ineficacia con la que durante décadas se había manejado el aparato estatal había producido una gran predisposición a las privatizaciones. Sea por ello, o por la propaganda de los medios de comunicación de masas, la aceptación del mercado y de la empresa privada como instrumentos de política económica era muy general, incluso entre quienes habían votado por Menem.

En esta área las actitudes eran a menudo contradictorias. Por ejemplo, en 1986 una gran mayoría en los grandes centros urbanos pensaba que el Estado debía controlar los precios (83%) y congelar los alquileres (75%), así como dar trabajo a toda persona que lo necesitara (83%).[16] Esto refrendaba la pauta de creer en la acción del Estado cuando lo puede beneficiar a uno, sin pensar necesariamente en su factibilidad o en sus consecuencias secundarias. Al mismo tiempo, sin embargo, se creía en la mayor eficacia de la empresa privada por comparación a la estatal. En una encuesta realizada en 1990 el 78% de la gente opinaba que era mejor que en una sociedad la mayor parte de las empresas estuvieran en manos privadas y no en las del Estado, y un 71% consideraba más urgente aumentar la producción que insistir en la distribución. [17]

El hecho es que la popularidad del presidente, después del paquete de medidas, subió en vez de bajar, aunque se deterioró entre un sector de militantes partidarios. Algunos de éstos se separaron del Partido Justicialista, pero sin mucha respuesta electoral.



En el frente militar, Menem optó por conceder un amplio indulto, a fines de 1989, lo que fue criticado en el ambiente de Derechos Humanos, pero dejó casi sin respaldo en la corporación militar a quienes, como los "carapintadas", seguían haciendo planteos. Cuando realizaron un levantamiento, a fines de 1990, fueron muy severamente reprimidos, en un operativo que incluyó un

bombardeo por parte de varios tanques al Cuartel de Palermo. La popularidad así adquirida por el presidente le permitió, con motivo de las festividades de fin de año, incluir en el indulto a los miembros de las Juntas que aún purgaban sus condenas.

En los primeros meses de 1991 el Plan BB había entrado en crisis y la alta inflación retornaba. Se necesitó entonces otra vuelta de tuerca esta vez confiada a Cavallo. Este asumió en marzo la cartera de Economía, y lanzó el llamado Plan de Convertibilidad, por el cual se fijaba por ley la paridad entre el austral (luego convertido en peso, quitando cuatro ceros) y el dólar. El efecto fue positivo en cuanto a parar la inflación, que pronto descendió a valores oscilantes entre uno y dos por ciento mensuales, cifras insólitas en el país. De nuevo, la opinión pública acompañó a la decisión oficial.

Este apoyo se refrendó a mediados de año, cuando la renovación de Diputados dio al gobierno un 40% del electorado, contra una cifra cercana al 30% para el radicalismo. Ambos partidos habían bajado sus cifras del comicio presidencial, pero el oficialismo se mantuvo a la cabeza. Con sus aliados de la UCD y otros grupos provinciales, podía controlar la Cámara de Diputados, y tenía una cómoda posición en el Senado.

El plan económico de Cavallo pudo alcanzar sus objetivos debido a que ciertos datos de la economía nacional habían estado cambiando. Desde hacía ya unos años se experimentaban fuertes excedentes de exportación, y aumentaba la recaudación de impuestos. Con esto se comenzaron a equilibrar las cuentas fiscales en lo "operativo", o sea sin tener en cuenta los pagos de intereses para la deuda pública externa e interna. La privatización de empresas estatales avanzó rápidamente, y aportó fondos para pagar parte de esos intereses y del capital.

El mar de fondo en varios partidos era intenso, no sólo en el peronismo. En la UCR Alfonsín lanzó una línea interna de orientación socialdemócrata, enfrentado a la posición moderada, que incluía una solidaridad con los lineamientos básicos del Plan Cavallo, de su adversario interno, el gobernador de Córdoba Eduardo Angeloz.

En la UCD Alsogaray enfrentaba un deterioro de su liderazgo y de sus votos, porque gran parte de sus seguidores no estaban de acuerdo con su excesivo acercamiento al oficialismo. En la izquierda el Partido Intransigente se debilitó, dejando de cumplir el rol aglutinador que pareció poder ejercer al comienzo del proceso de democratización. La división entre diversas alternativas seguía siendo típica de ese sector ideológico.



En el plano institucional la oposición denunciaba un excesivo fortalecimiento del Ejecutivo ante los demás poderes, incluyendo la ampliación del número de miembros de la Suprema Corte, llenada luego con partidarios del gobierno. Además, la corrupción estaba muy generalizada, aunque ciertas medidas oficiales, y la operación de la Justicia, ponían algún coto a sus excesos.

Las libertades públicas se mantuvieron y consolidaron, en un país que aún sigue siendo muy autoritario en las opiniones básicas de gran parte de su población. En 1988 todavía un 25% de la población de las grandes ciudades

pensaba que los gobiernos militares son más eficientes que los civiles, y sólo la mitad de los encuestados (52%) se negaba a suscribir la afirmación de que "la democracia es peligrosa porque puede traer desorden y desorganización". Sin embargo, una gran mayoría (79%) estaba convencida de que el mejor sistema para designar a los gobernantes es el de las elecciones. [18]

Que un partido fundamentalmente apoyado en el voto de los sectores más desposeídos pudiera gobernar sin causar malestar en el bando empresario era un avance importante en nuestro estadio evolutivo. Que ese partido lo hiciera con un programa distinto, casi opuesto, al que había sostenido en las urnas, generaba consternación entre los militantes, pero era un fenómeno muy común en otras latitudes con más experiencia cívica.

En definitiva, un país en convalecencia, con ocasionales "desprolijidades", como se dio en llamarlas, pero que avanzaba en su camino de consolidación democrática, a la cual las presidencias de Alfonsín y de Menem, con actitudes distintas y por diversos motivos, habían contribuido.

Es que Roma no se hizo en un día.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1. Natalio Botana, Rafael Braun y Carlos Floria: *El régimen militar.* La Bastilla, Buenos Aires, 1974; Rubén M. Perina: *Onganía, Levingston, Lanusse: los militares en la política argentina.* Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1983.

2. Dice la Biblia que Esaú, hijo mayor del patriarca Isaac, al volver de una cacería le pidió a su hermano Jacob que compartiera con él las lentejas que estaba comiendo. Jacob le dijo que con mucho gusto, si le cedía los derechos de la primogenitura, a lo que Esaú, atenaceado por el hambre, accedió.

3. Juan Carlos Agulla: *Diagnóstico social de una crisis: Córdoba, mayo de 1969.* Editel, Córdoba, 1969; Francisco Delich: *Crisis y protesta sociual: Córdoba. 1969-1973,* 2a ed., Siglo XXI, México, 1974; Beba y Beatriz Balvé: *El 69: huelga política de masas.* Contrapunto, Buenos Aires, 1989; Oscar Terán: *Nuestros años sesentas.* Puntosur, Buenos Aires, 1991.

4. El aprismo es un movimiento político popular, algo parecido al peronismo, aunque con elementos ideológicos a la vez más liberales y más socialistas. Fue creado en los años veinte por Víctor Raúl Haya de la Torre, líder estudiantil a la sazón, y había protagonizado un muy intenso enfrentamiento con la derecha económica y los militares. Los dirigentes de la Revolución Militar peruana provenían, en gran parte, como Levingston, del sector de Inteligencia.

5. El Gral. Gamal Abdel Nasser dio un golpe de Estado en Egipto en 1954, radicalizando un régimen militar ya preexistente. Realizó cambios muy profundos en la sociedad egipcia, como la reforma agraria y la estatización de servicios públicos y otras ramas productivas, en lo que se llamó "socialismo árabe".

6. Juan Domingo Perón/John William Cooke: *Correspondencia.* 2 vols., Parlamento, Buenos Aires, 1984-1985; Richard Gillespie: *J.W. Cooke: el peronismo alternativo.* Cántaro, Buenos Aires, 1989.

7. El Frigorífico Swift, por una maniobra económica internacional, había tenido que cerrar sus puertas, despidiendo a un numeroso personal.

8. Jorge Osvaldo Lannot y Adriana Amantea, comps.: *Agustín Tosco, presente en las luchas de la clase obrera: selección de trabajos.* Edigraf, Buenos Aires, 1984, pp. 283-287.

9. *Ibídem,* pp. 274-276.

10. Liliana de Riz: *Retorno y derrumbe: el último gobierno peronista.* Folios, Buenos Aires, 1981; Guido Di Tella: *Perón-Perón, 1973-1976.* Sudamericana, Buenos Aires, 1983; Juan Carlos Torre: *Los sindicalistas en el poder: 1973-1976.* Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983.

11. Roberto Baschetti, comp.: *Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970.* Puntosur, Buenos Aires, 1988; Gillespie: *Libro sobre los montoneros.*

12. Jorge Schvarzer: *Martínez de Hoz: la lógica política de la política económica.* Cisea, Buenos Aires, 1983; Arturo Fernández: *Las prácticas sociales del sindicalismo, 1976-1982.* Cedal, Buenos Aires, 1985.

13. El valor indexado en un determinado momento consiste en sumarle al valor inicial su producto por la tasa acumulada de inflación hasta ese momento.

14. Marta Bellardi y Aldo de Paula: *Villas miseria: origen, erradicación y respuestas populares.*

Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1986.

15. Comisión Nacional de Desaparición de Personas: *Nunca Más.* Eudeba, Buenos Aires, 1984.

16. Edgardo Catterberg: *Los argentinos frente a la política.* Planeta, Buenos Aires, 1989, p. 33.

17. Manuel Mora y Araujo: *Ensayo y error.* Planeta, Buenos Aires, 1991, p. 73.

18. Catterberg, pp. 57 y 65.

CRONOLOGIA DE LA ARGENTINA	**1966-1992**	**CRONOLOGIA INTERNACIONAL**
Golpe de Onganía para evitar previsible victoria peronista. Apoyo inicial de importantes líderes sindicales peronistas. Cierre de los partidos e intervención a las Universidades. Prohibición de actividad partidaria.	**1966**	Gobierno laborista en Gran Bretaña. "Gran Coalición" democristiana-socialista en Alemania. En Brasil se fuerza a agrupación de todos los políticos en dos partidos: ARENA oficialista y MDB opositor. Balaguer, ex colaborador de Trujillo, electo en Rep. Dominicana. Colombia: acción guerrillera y muerte del cura Camilo Torres.
Krieger Vasena ministro de Economía. Enfrentamiento con los sindicatos, Formación de un sindicalismo de izquierda, con sectores peronistas y marxistas. Rodolfo Puiggrós publica *Las izquierdas y el problema nacional*.	**1967**	Golpe militar en Grecia: gobierno de "Coroneles". Guerrilla y muerte del Che Guevara en Bolivia. Comienza la Revolución Cultural en China. "Guerra de seis días" de Egipto, Jordania y Siria contra Israel. Primer trasplante de corazón por Barnard. Debray publica *Revolución en la revolución*.
Exito en control de inflación y desarrollo económico. Tensiones entre sectores "liberal" y "nacionalista" del régimen. División de la CGT: "CGT de los argentinos", con izquierda (Ongaro). Guerrilla en Tucumán. Posibles golpes nacionalistas: Cándido López, Enrique Rauch.	**1968**	Protestas estudiantiles en varias ciudades europeas: "Mayo" parisiense. Liberalización en Checoeslovaquia (Dubceck) cortada por intervención de URSS. Asesinato de Martin L. King, líder negro en EEUU. México: agitación estudiantil y represión ("Masacre de Tlatelolco"). Acceso al poder de Torrijos, militar nacionalista en Panamá. Guerrilla tupamara en Uruguay. Golpe militar reformista en Perú (Velasco Alvarado).
Cordobazo. Tosco, líder sindical de izquierda en Córdoba. Inicio de guerrilla urbana: Montoneros y "Ejército Revolucionario del Pueblo" (ERP). Asesinato de Vandor.	**1969**	Gobierno socialdemócrata en Alemania: Willy Brandt. Grandes huelgas en Italia. Se intensifica lucha entre protestantes y católicos en Irlanda del Norte. Nixon presidente en EEUU. Bolivia: Muere Barrientos, lo sustituye Ovando, con programa nacionalista. Se forma el Grupo Andino, integración económica de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Revolución militar nacionalista en Libia: Khadaffy.

Intensificación de la violencia. Asesinato de Aramburu, de Alonso (Sindicato del Vestido), ocupaciones de fábricas. Golpe interno: Levingston presidente. Se forma núcleo opositor "La Hora del Pueblo" con PJ, UCR, PDP, socialistas y conservadores populares.	1970	Violencia guerrillera en Brasil. La Unidad Popular en el gobierno en Chile (Allende). México: Echevarría presidente, giro a la izquierda. Agitación militar populista en Bolivia: Torres, Asamblea popular.
Segundo golpe interno: Lanusse presidente, Mor Roig, radical, ministro del Interior a cargo de salida electoral. Violencia muy extendida. Lanusse propone "Gran Acuerdo Nacional" (GAN). El conflicto del Beagle es enviado al arbitraje de la Corte Internacional de Justicia de La Haya.	1971	Intensificación de rebelión en colonias portuguesas de Africa: Angola, Mozambique, Guinea. Golpe de derecha en Bolivia: Banzer.
Continúa violencia. Convocatoria a elecciones con veto a candidatura de Perón. López Rega secretario influyente de Perón. Secuestro y asesinato de Sallustro, gerente de Fiat. Frondizi apoya alianza con Perón: FREJULI.	1972	En El Salvador, candidatura opositora del democristiano Duarte, superada por fraude. Generalización de la violencia. Gobierno de izquierda en Jamaica: Manley.
Victoria electoral peronista: Cámpora presidente, Gelbard y López Rega ministros. Renuncia de Cámpora y elección de Perón. Conflicto abierto entre facciones peronistas: asesinato de Rucci, ruptura con Montoneros.	1973	Guerra entre Grecia y Turquía por Chipre. Caída del régimen militar griego. Golpes en Chile y en Uruguay. Retorno de Acción Democrática, nacionalización de petróleo y servicios públicos en Venezuela: Carlos A. Pérez presidente. Guerra de "Yom Kippur" entre árabes e Israel. Fuerte aumento del precio del petróleo como represalia.
Muerte de Perón, acceso de María Estela de Perón. Predominio de la derecha peronista: López Rega. Intensificación de la violencia. Fusión de UIA y CGE. Política de derecha en la Universidad, después de expulsar a la izquierda peronista, que la dirigía.	1974	Golpe militar en Portugal, contra Caetano, sucesor de Oliveira Salazar; creciente influencia de izquierda. Revolución militar pro comunista en Etiopía.
Continuados enfrentamientos con guerrilla urbana. Fracasa política económica de ajuste implementada por C. Rodrigo y produce alta inflación ("Rodrigazo"). Ruptura de la CGT con López Rega, quien deja el ministerio.	1975	Muerte de Franco, apertura política en España. Golpe interno en régimen militar peruano: reorientación de derecha, preparación de elecciones.

Golpe de Estado: Junta Militar, presidida por Videla. José Martínez de Hoz ministro de Economía. Intervenciones militares en sindicatos. Terror oficial y guerrillero. Muere el jefe del ERP, Mario Santucho.	1976	Suárez al frente de gobierno centrista en España. Formalización del golpe militar en Uruguay, designación por FFAA de un presidente civil títere.
Intensa represión: "guerra sucia". Se conoce arbitraje desfavorable de Corte Internacional por Beagle.	1977	Carter presidente en EEUU. Inicio de insurrección masiva en Nicaragua contra Somoza. Derecha en el poder en Israel (Menahem Begin).
Liberalización de la economía, apertura a inversiones extranjeras: Martínez de Hoz. Tensiones con sectores nacionalistas de las Fuerzas Armadas. A fin de año, grave tensión prebélica con Chile por islas del Canal de Beagle.	1978	Acceso de Juan Pablo II al Papado. Asesinato de Chamorro (La Prensa) en Nicaragua. Caída de Banzer e inicio de "anarquía militar" en Bolivia.
Fuerte sobrevaluación del peso. Desindustrialización. Convenio de Montevideo con Chile para someter al Papa el litigio del Canal de Beagle.	1979	Asesinato de Moro, Primer Ministro italiano, por las Brigadas Rojas. Mitterrand presidente socialista en Francia. Caída de Somoza ante revolución sandinista con apoyo de sectores moderados. Junta Militar en El Salvador: lucha de facciones izquierda y derecha. Revolución islámica en Irán (Ayatolah Khomeini)
Acumulación de deuda externa pública y privada. Quiebras de varios bancos de primera línea. La Junta Militar, de los tres Comandantes en Jefe, después de tensiones internas, elige con oposición de la Marina (Alm. Massera) al Gral. Viola presidente.	1980	Alta inflación en Italia. Huelga del sindicato ilegal Solidaridad en Polonia: Lech Walesa. Belaúnde, centrista, presidente en Perú.
Viola asume Presidencia (marzo). Política económica de mayor apoyo a sectores empresarios nacionales. El Estado asume deuda externa privada, convirtiéndola a pesos. Golpe interno: Galtieri presidente (diciembre).	1981	Intervención militar en Polonia, para mantener el régimen comunista pero con apertura: Jaruzelski. Panamá: muere Torrijos, sustituido por Noriega. Uruguay: el Gral. Alvarez presidente por las FFAA.
Guerra de Malvinas. Segundo golpe interno: Bignone presidente, convocatoria a elecciones.	1982	Victoria socialista en España: Felipe González. Gobierno civil en Bolivia, predominio de izquierda nacionalista.
Alfonsín presidente, con mayoría en	1983	Comienzan a debilitarse las Brigadas

Diputados, Senado dominado por Justicialismo.	1983	Rojas en Italia. Craxi, socialista, Primer Ministro italiano, aliado a Democracia Cristiana (h. 1986). Victoria electoral democristiana en El Salvador (J.N. Duarte). Continúa la violencia.
Laudo papal por islas del canal de Beagle favorable a Chile es aceptado por plebiscito.	1984	Pacto en Uruguay, entre militares y partidos
Se inician juicios a las Juntas Militares. Plan Austral, éxito inicial contra inflación. Victoria del gobierno en las elecciones de diputados.	1985	Fin de gobiernos militares en Brasil: Neves-Sarney electos, muerte de Neves. Perú: Alan García presidente aprista. Uruguay: presidente Sanguinetti (colorado).
Actividad huelguística contra gobierno radical. Ley de Punto Final.	1986	Reelección de Mitterrand. Bolivia: retorno de Paz Estenssoro, política económica neoliberal y control de inflación. Ley de amnistía a militares en Uruguay.
Reorientación del Plan Austral para enfrentar las elecciones de diputados y de gobernadores. Derrota de la UCR. Rebelión "carapintada" de Semana Santa. Ley de Obediencia Debida.	1987	Fuerte represión a "intifada", rebelión palestina en Israel.
Reaparición de la inflación alta. Victoria de Menem contra Cafiero en internas del P. Justicialista. Rebeliones "carapintadas" en enero y diciembre.	1988	Retorno de C.A. Pérez, de Acción Democrática, en Venezuela, con programa económico neoliberal. Plebiscito en Chile: derrota oficialista.
Victoria presidencial de Menem contra Angeloz. Hiper inflación. Asunción anticipada de Menem, plan económico basado en entendimiento con empresa Bunge y Born y UCD. Gobierno con respaldo mayoritario en Diputados y Senado. Indulto general, salvo a ex Juntas Militares.	1989	Liberalización en la URSS: Gorbachov. Caída de casi todos los regímenes de Europa Oriental. Collor, externo a partidos tradicionales, electo en Brasil. Caída de Stroessner en Paraguay. Protesta y violencia popular en Venezuela. Victoria electoral de la derecha en El Salvador (Cristiani). Después de liberalización en China, represión y masacre de plaza Tien An Men de Pekín. Muere Khomeini en Irán.
Retorno de alta inflación a fin de año. Resistencia de sectores sindicales contra política económica de ajuste, privatización y corte de subsidios (Ubaldini). Rebelión "carapintada" (nov.) fuertemente reprimida. Indulto a Juntas y a jefe montonero (dic.).	1990	Reunificacíon de Alemania. Guerra civil en Yugoeslavia. Fujimori, externo al sistema de partidos tradicionales, electo en Perú. Gana oposición en Uruguay: Lacalle (blanco). Salinas de Gortari, presidente de México, intensifica política privatizadora. En Chile asume presidencia P. Aylwin, democristiano, con apoyo socialista moderado.

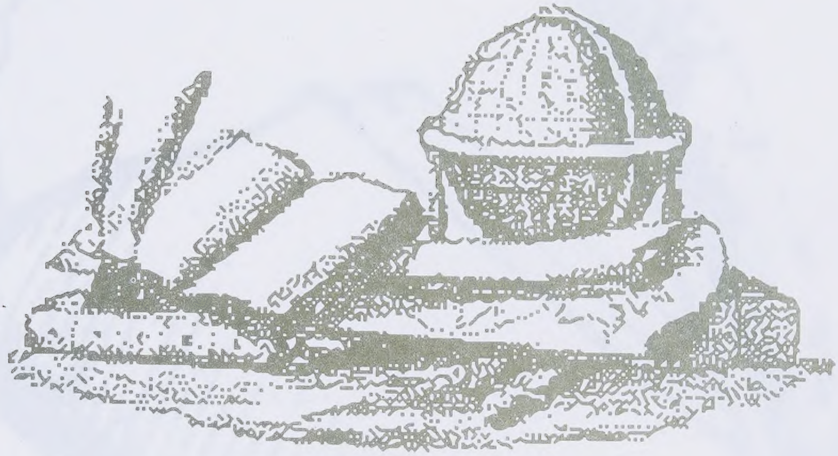
Plan Cavallo de Convertibilidad: control de inflación. Exito del Justicialismo en elecciones legislativas. Entendimiento entre gobierno y dirigentes de la CGT.	1991	URSS: intento de golpe contra Gorbachov. Resistencia dirigida por B. Yeltsin, ex PC convertido en privatizador. El PC italiano abandona el comunismo. Haití: J.B. Aristide, cura tercermundista, electo y luego derrocado. Guerra del Golfo por invasión de Irak a Kuwait. Golpe derroca al régimen militar-comunista de Etiopía.
Continúa la privatización de empresas estatales. Campaña por la reforma constitucional que permita la reelección de Menem. Alfonsín lanza una línea "social-demócrata" dentro de la UCR. Crisis interna en la UCD, contra colaboración de Alsogaray con el gobierno.	1992	Disolución de la URSS, adopción de sistema capitalista. Disolución de Yugoeslavia y de Checoeslovaquia. Pacificación en El Salvador. Autogolpe de Fujimori en Perú. Collor acusado por corrupción y desplazado en Brasil. Venezuela: intentos de golpe militar contra medidas neoliberales. Argelia: golpe anula elecciones en que triunfaba el Frente Islámico, fundamentalista. Victoria laborista en Israel (Yitzak Rabin).




AEROLINEA

LISTA DE ILUSTRACIONES

Agradecemos el material facilitado por el Archivo General de la Nación, así como el perteneciente a los siguientes libros: *La Argentina. Un país maravilloso*, Manrique Zagó Ediciones; *23 Pintores de la Argentina. 1810-1900*, Editorial Universitaria de Buenos Aires; *Iconografía de Buenos Aires. La ciudad de Garay hasta 1852*, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires; *Argentina en fotos. Fotografía periodística 1981-1991*, Grupo Zeta Ediciones; *Argentina 1880*, SSECC Ediciones; *Acindar. 80 años en el país y en el mundo.*



Esta 3ra. edición se terminó de imprimir
en los talleres de IMPRE ANDES,
Santafé de Bogotá, Colombia;
en el mes de enero de 1995





9 789501 662467